

HOJEDA

I. A  
CRISTIADA

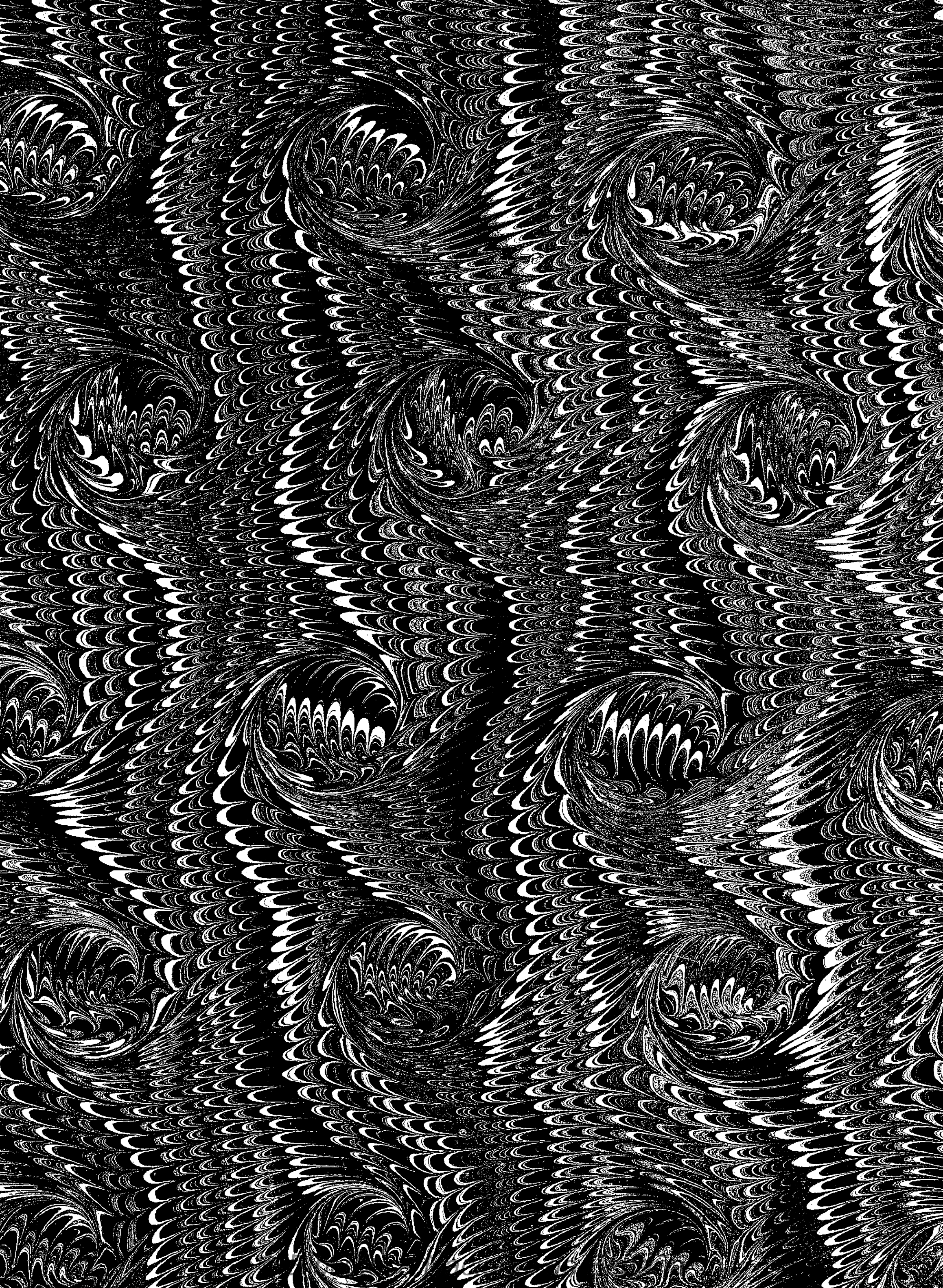




B. A.

1866





*A. Menéndez*









# La Orstrada.

## VIDA

DE

# JESVS

## N.S.



Is. Gonzalez & Cia Editores



# BARCELONA 1895



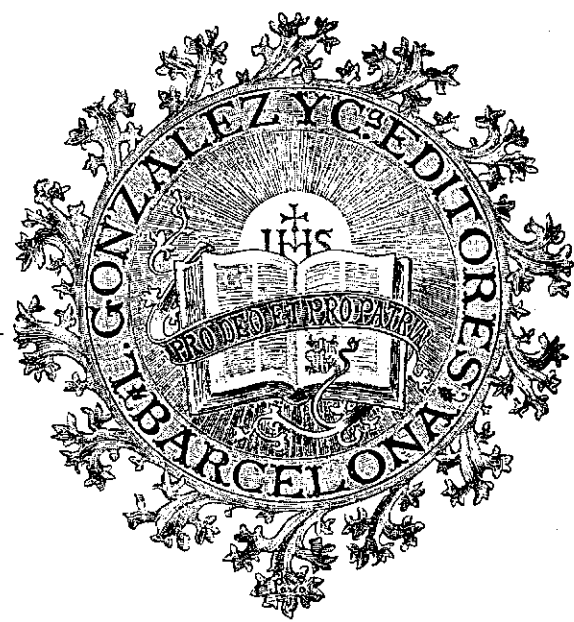




La Cristiada

VIDA DE JESVS  
N.S.

The title is rendered in a highly decorative, blackletter-style font. The word 'VIDA' is on the left, 'DE' is a small central element, 'JESVS' is on the right, and 'N.S.' is below. A central sun with rays and a face is positioned behind the 'DE' and 'JESVS'. Two angels are shown above the sun, and one is below it. The entire composition is framed by ornate scrollwork and floral motifs.



---

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 (Ensanche de San Antonio).—Barcelona.





FACSIMIL DEL VERDADERO RETRATO DEL P. HOJEDA

(Cuadro al óleo existente en Lima)

L. GONZÁLEZ Y C.<sup>ª</sup>, EDITORES

J. THOMAS — BARCELONA



LA CRISTÍADA.

---

VIDA

DE

**JESÚS**

NUESTRO SEÑOR

FOR

FR. DIEGO DE HOJEDA.

EDICIÓN MONUMENTAL

ILUSTRADA CON CRÓMOLITOGRAFÍAS, COPIA DE LOS CÉLEBRES CUADROS DE MURILLO, S. DEL PIOMBO,  
RUBENS, RAFAEL, P. VERONÉS, TINTORETTO, TIÉPOLO, TIZIANO, ETC., ETC.,  
Y CON PROFUSIÓN DE DIBUJOS INTERCALADOS ORIGINALES  
DE PELLICER, RIQUER, LLIMONA Y OTROS,

y precedida de un prólogo por

D. FRANCISCO MIQUEL Y BADÍA.

---

*REVISADA POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.*

---

BARCELONA.

---

L. GONZÁLEZ Y COMPAÑÍA, EDITORES.

MDCCCXCVI.

---

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

---





S. S. LEÓN XIII.

LOS EDITORES.





## ALGUNAS PALABRAS AL QUE LEYERE LA CRISTIADA.



ÍCESE, y lo dicen personas doctas, que España no tiene ningún poema épico. La afirmación nos parece demasiado absoluta, ya se trate de poema épico, que puede llamarse popular, ya de un poema épico erudito y literario. Es muy cierto que nuestra nación no posee poema alguno que pueda parangonarse con la *Iliada* de Homero ni con la *Divina Comedia* del Dante Allighieri, en los cuales se juntaban las condiciones populares y propiamente nacionales y las condiciones literarias. Es la *Iliada* encarnación cabal del pueblo heleno, y en ella se sintetizan los sentimientos y pasiones de aquella privilegiada comarca, en los tiempos en que vivió Homero. Es la *Divina Comedia* cifra y compendio, por modo sublime, de la Italia medieval, expresión augusta del catolicismo triunfante, serie de cuadros hábilmente distribuidos, en donde cobran vida los sucesos más culminantes de aquella península, al par que el mismísimo poema encierra cuanto de más sustancioso reunía el saber del siglo XIII, principalmente en las dos soberanas ciencias de la Teología y la Filosofía. En estos conceptos España no posee ningún poema que poner al lado de la *Iliada* y de la *Divina Comedia*.

Si, empero, tratamos exclusivamente de poemas épicos de índole popular, no será supuesto atrevido el de que España los posee en el *Poema del Cid* primero, en el ciclo de romances históricos más adelante, y acaso en alguno de ellos coetáneamente con el citado poema. No llega éste á la grandiosidad épica de los *Eddas* escandinavos ni de los *Nibelungos* de Alemania; menos todavía á la magnitud y sentido religioso del *Ramayana* indio; pero muestra, sí, en sus rudos versos, el alma de la nación española, á la que presenta en su lucha contra los moros, ocupación de nuestro pueblo durante el larguísimo período de la Reconquista, y como simbolización de sus aspiraciones más tarde, para lograr siempre la más cabal unidad religiosa. El *Poema del Cid*, además, reúne el colorido del tiempo: en lo gráfico de sus breves descripciones nada tiene que envidiar á los cantos de gesta y poemas medievales; y en nobleza, representada en el héroe, en el *Mío Cid*, se adelanta á otros poemas mucho más sonados y celebrados. Que es fruto de una pluma tosca nadie lo pondrá en duda; mas no de una tosquedad tal que en medio de su rudeza le esté negado llegar á los más altos afectos del corazón humano, los cuales aparecen bajo luz hermosísima en diversas escenas del poema. La misma grandiosidad, con mayor gallardía á veces, con puntas de refinamiento cortesano en los últimos tiempos, se advierte en el ciclo de romances históricos, ya traten de D. Rodrigo y del conde Alarcos, ya de la batalla de Roncesvalles, ó de Bernardo del Carpio, ya del mismísimo Cid Díaz Campeador.

El conjunto de estos admirables romances constituye un verdadero poema, deshilvanado, con claros importantes, que necesitaba haber encontrado un aeda que hiciera con ellos lo que, según dictamen de críticos perspicaces, realizó Homero con los cantos populares y tradiciones de su patria, que refundió en sus dos grandes poemas la *Ilíada* y la *Odisea*, labor muy parecida á la que llevó á cabo el Dante en su *Divina Comedia* respecto de poemas, tradiciones y sentimientos de su época y de las centurias á ella anteriores. A tal luz examinado el tesoro de la literatura española, es lícito afirmar que figura en él, con el *Poema del Cid*, un poema épico, de índole nacional ó popular, no indigno de ser comparado con la *Chanson de Roland* de nuestros vecinos transpirenaicos; á lo cual debe agregarse que el ciclo de romances históricos y caballerescos forma por su parte á modo de un poema, que encierra lo más hondo del sentimiento genuinamente castellano.

Si de los poemas de la índole expresada pasamos á los eruditos ó literarios, es innegable que España los posee, aun cuando ninguno de ellos se iguale con la *Eneida* de Virgilio, modelo de corrección académica; ni con la *Gerusalemme liberata* del Tasso, de entonación magnífica, aun cuando en muchos puntos artificiosa. Los poemas épicos eruditos que figuran en la historia de la literatura española no tienen los vuelos de los de Virgilio y del Tasso, conforme hemos afirmado; mas reúnen méritos de concepto y bellezas de forma por donde colocarlos en lugar muy alto y señalarlos como gallardos ejemplos de la musa narrativa en nuestra patria y fuera de ella. *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, en cuyos cantos la musa guerrera muestra su bizarría, con estro potente que allá se va, en determinados fragmentos, con el de las más inspiradas canciones de gesta; el *Bernardo*, del ilustrísimo Valbuena, obispo que fué de Puerto Rico, cuadro vigoroso á trozos, convencional en otros, de las hazañas del héroe protagonista, enlazados con el sentimiento popular, más ó menos modificado por ideas algo exóticas, producto del cambio operado en el siglo décimosexto; *LA CRISTÍADA*, del Padre Maestro Fray Diego de Hojeda, en la que los purísimos afectos del cristiano compiten con la destreza del que posee á fondo la lengua y la maneja con desembarazo por la misma causa; el *Monserate*, de Cristóbal de Virués, donde, á vueltas de afectación culterana, asoma la inspiración del poeta en felices estrofas,—sin contar con el *San José*, de Valdivielso, ni *La Invención de la Cruz*, de Zárate—; son obras que sin escrúpulo de ninguna especie pueden llamarse poemas épicos, ó, mejor dicho, deben ser calificados de esta manera, siempre entendiéndose en el concepto de poemas de índole literaria, lo cual no obsta á la espontaneidad de los pensamientos, y menos á la viveza y carácter castizo de los afectos. Entre los poemas que hemos citado tenemos por joya de nuestra literatura *LA CRISTÍADA*, del Padre Maestro Fray Diego de Hojeda, y por esta circunstancia, por su profundo sentido cristiano y católico, que es de todos los tiempos y de todas las sociedades, y por haberse hecho de él contadas ediciones, se lleva á cabo la presente con todo el esplendor y con todos los primores que permiten en nuestros días el Arte y la Tipografía. Como proemio de la obra del venerable Padre, y como introducción á su lectura, ponemos, por benévolo encargo de los editores, estos párrafos, en los cuales trataremos de dar idea, lo más cabal posible, de las excelencias del poema.

† † †

A pesar de lo mucho que han rebuscado los investigadores, poco se sabe acerca de la vida del Padre Maestro Fray Diego de Hojeda. Diríase que la Providencia ha querido que toda ella se sintetizase en su poema, y que éste hubiese de servir para darnos noticia, ya que no de lo que hizo ni de lo que viajó, por lo menos de su fe acendrada, de sus altísimos sentimientos en todos los órdenes y de su serena inteligencia. Don Manuel José Quintana es quien más ha dicho sobre el modesto fraile, insertándolo en su *Musa épica* al reproducir fragmentos de *LA CRISTÍADA*. Sábese que el Padre Hojeda fué natural de Sevilla y regente de los estudios de Predicadores de Lima, dato el último que consta en la portada de la primera edición de su poema. Nicolás Antonio había averiguado lo mismo y el norteamericano Tiknor ha de referirse al propio origen en cuanto expone acerca de la vida del Padre Diego de Hojeda. Parece averiguado que muy joven fué á Lima, donde escribió su obra y donde entregó el alma á Dios siendo superior de un convento de dominicos que él fundó. «En la *Historia general de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores*,—dice el Sr. D. Cayetano Rosell,—princiada por Fray Hernando del Castillo y proseguida por D. Fray Juan López, obispo de Monópoli,

VIII



no se hace mención alguna de nuestro poeta, á no ser que tenga relación con él la noticia, que hallamos en la cuarta parte de dicha historia, de un maestro Fray Hernando de Ojea (que el nombre pudo ser equivocación), «el cual escribió un tomo *De vita Christi* y tenía para imprimir otros tomos de diferentes historias.» Tampoco reza nada de nuestro insigne poeta el poema *Lima fundada ó Conquista del Perú*, del Dr. D. Pedro de Peralta, impreso en Lima el año 1732. El Dr. Peralta habla de varios escritores de aquellas provincias, así eclesiásticos como seglares, mas en parte alguna de su libro suena el nombre del Padre Hojeda. La primera edición de LA CRISTÍADA se hizo en Sevilla, en casa de Diego Pérez, en el año del Señor de 1611. Dedicó el autor su obra al Excmo. Sr. Marqués de Montes Claros, virrey del Perú, diciéndole que «quien ha gobernado los dos reinos de las Indias Occidentales, y el archivo de sus tesoros, Sevilla, con tanto acertamiento y prudencia, es justo se le ofrezca por espejo la fundación y acrecentamiento y premio del reino del Salvador, Rey de reyes verdadero.»

† † †

¿Qué méritos reúne LA CRISTÍADA? Empieza el poema con la Cena del Salvador y acaba en el Calvario apenas ha expirado en el sacro madero Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo en sus cantos la Pasión, paso tras paso y conforme, según es de suponer de la ortodoxia del poeta, con el relato de los Evangelistas. Fray Diego de Hojeda narra y amonesta al lector juntamente; refiere los padecimientos del Redentor con gráfica pluma, con toques de verdad pasmosa, con la verdad que ponían en sus bultos y en sus lienzos los escultores y pintores españoles de los siglos XVI y XVII. Nada perdona en este punto el piadoso Padre para mover á compasión á cuantos leyeren su obra. En estas descripciones se levanta con frecuencia á grandísima altura, porque siendo fidelísimo en el pintar, sabe dar á los cuadros toques excelsos merced al sentimiento místico que los sublima. De vez en cuando, empero, decae de aquella entonación y llega á ser vulgar, aunque de una vulgaridad que no ofende, porque más que tal podría y debería llamarse espontaneidad y sencillez casi popular. Estas caídas, no obstante, más existen en el lenguaje que en el concepto, puesto que éste muestra siempre en su fondo la misma alteza que domina en todo el poema, por el asunto, por los santos personajes que en él intervienen, y por el cristiano aliento que puso en todos los cantos, en todas las estrofas y en todos los versos el eximio poeta. A vueltas de octavas reales,—que es el metro del poema, según lo exigía entonces la preceptiva,—en las que brilla una inspiración vigorosa, asoma un cierto aire de artificio que imprime al canto aspecto de discurso metrificado, dicho por algún ilustre Padre desde el púlpito en día de solemnidad religiosa. Ocurre esto, en los casos á que aludimos, porque Fray Diego de Hojeda, antes que poeta, con serlo de mucho vuelo, sería predicador y misionero, pudiendo en él más el afán por adoctrinar á las gentes y hacerlas mejores, que el deseo peculiar al poeta de mover la imaginación y el sentimiento con el valor artístico del concepto y el valor artístico de la expresión.

Quien lea detenidamente LA CRISTÍADA pensará, ante determinados trozos, que tiene en la mano un libro místico al modo de los que compusieron San Juan de la Cruz y Santa Teresa, los venerables Padres Maestros Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, ó los Padres Nieremberg y Rivadeneira. La verdad es que no podía suceder otra cosa. Los españoles que escribían de Religión ó sobre asuntos religiosos en los siglos décimosexto y décimoséptimo eran católicos fervorosos, y este fervor rebotaba en todos sus escritos, ora estuviesen redactados en prosa, ora se hubiesen compuesto en verso. Ardiente católico el Padre Hojeda, celoso misionero, como lo dice el que pasara á Lima desde Sevilla, cuando daba forma poética á las excelsas escenas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, desahogaba al par su corazón en ayes de dolor por la iniquidad que los hombres cometieron en la persona divina del Justo, ó abría su pecho al consuelo, pregonando la infinita misericordia de Dios y llamando al pecador á penitencia para lavar sus pecados y alcanzar por tal camino la gloria eterna. Esta predicación va envuelta en LA CRISTÍADA con la parte propiamente épica ó narrativa, figurando en ella como bellísimas perlas, como joyas de valor subidísimo, desahogos y deliquios místicos, de una espontaneidad portentosa, de un sentimiento intensísimo y procedentes de las más puras fuentes de la doctrina católica. Más adelante haremos notar especialmente á nuestros lectores algunas de las bellezas á que aludimos, y que contribuyen á redondear el valor del poema que publicamos, en el doble concepto de obra cristiana y devota,—pues por libro devoto juzgamos LA CRISTÍADA,—y de poema de peregrino mérito, de

verdadera importancia literaria, y uno de los que ponen siempre los críticos más conspicuos al lado de *La Araucana* de Ercilla y de *El Bernardo* de Valbuena. Y ya que hemos mentado estos poemas, permítasenos añadir que á nuestro juicio *La Araucana* vuela cual águila real en el Parnaso castellano por alturas mayores de las que pueden alcanzar los demás poemas llamados épicos, pero que *El Bernardo*, á pesar de sus atrevimientos, de su extensión, y de primores de lenguaje y de concepto que allá se van con los del poema de Ercilla, no se adelanta en el conjunto á LA CRISTÍADA, que siendo más modesta reúne perfecciones de más delicada y penetrante belleza.

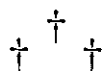
En un breve, pero muy sustancioso proemio, puesto por el insigne literato D. Manuel Milá y Fontanals á una edición económica de LA CRISTÍADA, estampada en Barcelona, dice el reputado maestro: «No sería éste lugar oportuno para escribir un menudo examen literario de las bellezas al par que de las imperfecciones de la obra de Hojeda, ni nos veríamos con fuerzas para tantearlo siquiera, después de haber sido hecho magistralmente por el autor de la *Musa épica*, que se dedicó á un detenido estudio del poema para entresacar sus trozos sobresalientes ó más brillantes. Nos contentaremos, pues, con indicar ó resumir sus juicios. Nota Quintana, con más ó menos fundamento, poca energía en la pintura de los caracteres, falta de dignidad en el desempeño de algunas ideas grandes, difusión y estilo en ciertos puntos poco claro, ó sobrado familiar, ó menos poético por abstracto; pero afirma que «no »deja de alcanzar á veces en invención, en abundancia y en calor de estilo á los más célebres poemas »de Inglaterra y de Alemania;» que «tiene más magnificencia, pasajes de mayor elevación y un calor de »entusiasmo ascético más propio del asunto, á pesar de sus desigualdades, que toda la cultura de Vida;» que su dicción «hierve toda de expresiones sublimes á veces, á veces tiernas y dulces;» que consiguió dar «á la acción toda la riqueza y variedad posibles, sin romper la unidad y sencillez de su plan, sin »alterar en un ápice la religiosa austeridad que le caracteriza.»

«Tratando, en fin,—prosigue el Dr. Milá y Fontanals,—del desempeño del argumento, escribe estas elocuentes palabras—sigue refiriéndose á Quintana—: «... no hay duda en que está grandemente »concebida en LA CRISTÍADA esta alta composición; en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, »atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales, inciertos al principio del gran »acto que se prepara, dudan, averiguan, después tratan de impedirlo por medios de blandura, y »desengañados al fin y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rabia »y crueldad de los sayones, como en venganza de la mengua que van á padecer: mientras que los »moradores del cielo, conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y maravilla por lo que se consiente »á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra, á »suministrar aquí consuelos, allí esperanza, más allá firmeza y resignación, y algunas veces terror y »espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni el castigo: Dios en lo alto, inmóvil en sus decretos, »llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra »prestándose al sacrificio, y sufriendo con toda la majestad y constancia de su carácter divino aquel »raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los »ángeles, los demonios, Dios y los hombres, todo está en movimiento, todo en acción en este magnífico »espectáculo, donde la pompa y la brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del »estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intención y de los pensamientos.»

En la crítica de Quintana asoma en no escasa parte el espíritu retórico de su tiempo. El patrón clásico era el único que admitían aquellos literatos, y cuanto de él se separaba objeto de las críticas de escritores, para quienes Virgilio se adelantaba á Homero ó poco menos. De ahí que el autor de la *Musa épica* notase en LA CRISTÍADA «poca energía en la pintura de los caracteres,» objeción infundada á todas luces, según nuestro leal saber y entender. El Padre Hojeda no trató en ningún momento de imprimir aire dramático á su poema, antes por lo contrario, buscó en él una suerte de igualdad de relieve, que le apartase de los efectos aparatosos del drama, así en la poesía épica como en la poesía escénica. La figura colosal y sublime del Salvador lo llena todo, y ella es la que en todos los instantes aparece, hasta en aquellos en que, conforme lo hemos dicho antes, desfoga el poeta su corazón creyente en versos llenos de unción y de íntima poesía. Los demás personajes quedan en una discreta penumbra, y hasta ocurre lo propio con algunas personificaciones tan felices como la de la Oración, las cuales pronto semeja que se esfuman para que con sus líneas no distraigan al lector de las altísimas ideas que el Padre Maestro pone en boca de aquellas acertadas representaciones. Además, ó por instinto propio

de católico ó por dictado de su ilustrada inteligencia, huye el autor de LA CRISTIADA de los recursos que podían empuñecer el asunto ó profanarlo, como á buen seguro lo hubieran profanado ciertos medios puramente retóricos, de índole mundana. Cuando desciende de lo que demandan las grandes alturas de la fe y de la piedad, sólo en la forma, nunca en el fondo, según hemos ya afirmado antes, es únicamente por breve espacio, sin que apenas quede rastro de ello en el poema. Porque hemos de insistir en que no pocas de las frases que se tienen por caídas en el estilo, no lo son en realidad de verdad, y sí expresión sencilla, popular, que hubieran usado gentes sin cultura literaria, frases dictadas por afectos tiernísimos, por impulsos muy delicados del corazón humano. Precisamente porque así opinamos concedemos mayor mérito al poema del Padre Hojeda del que le atribuyen los que lo examinan sujetándolo al microscopio de los preceptos retóricos, que hace desaparecer los grandes lineamientos y pone á la vista imperfecciones de detalle, todo al modo de quien, para apreciar las bellezas del *Moisés* de Miguel Angel, aplicara á la estatua el lente de aumento y viera sólo, por ende, las rugosidades del mármol.

El Dr. Milá y Fontanals hace notar, con su acostumbrado tino y perspicacia, cuán respetuoso se mostró el Padre Hojeda con el asunto y cómo por este mismo respeto no se atrevió á dar rienda suelta á su fantasía. «Fácil es reconocer,—escribe,—cómo, por poco que en el incomparable asunto tratado por éste y otros poetas se dé entrada á la invención y á la fantasía, se corre riesgo de profanar lo más respetable y sagrado: Hojeda supo inventar, según indicó ya el citado crítico, sin el menor asomo de temeridad é imprudencia. Concepciones emblemáticas como la de la Oración personificada que sube al cielo, ó la de los pecados de los hombres pintados en la vestidura de Jesucristo en el huerto; la continua y oportuna intervención de los mensajeros celestiales; los recuerdos de la venidera historia de la Iglesia: tales son las fuentes de su invención y de lo que con harta impropiedad se llamarían ornatos poéticos. La piedad era la única inspiradora del autor de LA CRISTIADA, el cual, aunque dotado de potente fantasía y de claro entendimiento enriquecido con vasta doctrina, se distingue en especial por el calor é intensidad de los afectos.» No puede ser más justa la afirmación del ilustre maestro de la Universidad barcinonense: la piedad fué la inspiradora del Padre Hojeda: la piedad guió su pluma en todo el libro; y los destellos de su piedad iluminan todas sus páginas, todos sus cantos, todos sus versos, todas sus palabras.



Aunque el dictamen de autoridad tan indiscutible bastaría para dejar probado á nuestros lectores que el poema, materia de este volumen, ha de ponerse entre los mejores de la literatura castellana y en absoluto entre los buenos que se deben á la musa épica; copiaremos, á mayor abundamiento, algo de lo que en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira, ha escrito persona de tanto valer como el Sr. D. Cayetano Rosell. El cual dice, hablando de LA CRISTIADA: «Esta obra, rarísima en España, y generalmente conocida sólo por los rarísimos extractos que de ella se hacen en la *Musa épica*, considerada en conjunto es muy notable por su regularidad; desmenuzada en partes se resiente de falta de entonación y brío. Su lenguaje, sencillo y castizo por lo común, decae á veces hasta confundirse con la prosa; y no porque su autor desconociese la manera de ennoblecer la dicción y construir el verso, sino porque debió creer que el asunto, elevado y noble de suyo, no necesitaba de mucho esfuerzo para sostenerse dignamente; pero fuera de esta falta de colorido, de la debilidad de algunos caracteres y del desleimiento de ciertas ideas y situaciones, poco asidero ofrece LA CRISTIADA á la censura más rigurosa. Respirando siempre un aroma bíblico, sencillo en el fondo como en la forma, llena de pensamientos sublimes, sin altisonancias, de afectos tiernos y delicados, y escrita generalmente en versos fáciles, fluidos y sonoros, es el correctivo más apropiado que puede ofrecerse á la frenética verbosidad y á la exuberancia enciclopédica del *Bernardo*.

»LA CRISTIADA, en fin (y esto basta para encarecer su mérito), que si tuvo algún modelo fué el poema latino de Jerónimo Vida sobre el mismo asunto, y esto para mejorarlo, sostiene muchas veces la comparación con el *Paraiso* de Milton, cuando pinta la mansión de los espíritus infernales y los conciliábulos de Satán, y no cede en ciertos rasgos de invención á la *Mesiada* de Klopstock, aunque éste le aventaje mucho en virtud poética. Así, la personificación que Hojeda hace de la oración del

Verbo nos parece más espiritual, más bella que en Klopstock el mensaje del arcángel Gabriel, encargado por el Redentor de hacer presentes al Eterno las angustias de su corazón. Pero el autor alemán debió conocer el hermoso pensamiento de LA CRISTÍADA y lo imitó después más estrictamente en la personificación que, muerto el Dios-Hombre, hace de su incomparable gloria.» Muy á cuento advierte el Sr. Rosell que el Padre Hojeda pudo conocer y conoció probablemente el poema latino en seis cantos que escribió Marcos Jerónimo Vida, poeta predilecto de León X, y que vivió desde 1480 á 1566. Que el poema de Vida pudo haberle sugerido el pensamiento de LA CRISTÍADA es cosa muy admisible, pero nada más, porque el carácter de los dos poemas es muy diverso. Vida, siguiendo los gustos de la época, trató de resucitar la armazón épica del Lacio, valiéndose del drama más grande que han visto y que verán los hombres. Todo en su obra es artificioso; en todo se descubre al retórico; todo presenta un cierto aire arqueológico. De esto mismo nace el desentono entre la idea y su expresión. Los ideales conceptos de la doctrina de Jesucristo se visten al modo virgiliano, con ropaje, por lo tanto, que no es el suyo, al contrario de lo que acaece en LA CRISTÍADA del Padre Hojeda, donde lo capital y lo que más atrae es su profundo sentido religioso y ascético.

También muy oportunamente indica el Sr. D. Cayetano Rosell las deficiencias de la *Mesiada* de Klopstock al lado de LA CRISTÍADA, reconociendo la considerable virtud poética del poema alemán. Muy despacio habría leído Klopstock LA CRISTÍADA, de la que acaso aprovechó algo, y aun algos, si bien sabiéndolo distraer con vestimenta germánica. Es innegable que en la *Mesiada* hay más vigor y más fuerza; empero, se hace forzoso convenir, al propio tiempo, que mientras LA CRISTÍADA es un verdadero poema cristiano en toda la extensión de la palabra, la *Mesiada* más huele á obra pagana que á concepción inspirada en las puras fuentes del Cristianismo. El proyecto de Klopstock de comprender en la *Mesiada* por una parte el Cristianismo y por otra la mitología del Norte y la antigüedad germánica, como los dos elementos principales de toda la cultura intelectual,—según dice Federico Schlegel,—y de toda la poesía de la Europa moderna, dice por sí solo, sin necesidad de comentario, cuán heterodoxo es el ambiente en que se mueve la concepción del poeta alemán, celebrada especialmente por sus indisputables méritos de estilo y de lenguaje. La *Mesiada* no es un poema piadoso: LA CRISTÍADA lo es sin disputa. Ambos son representación de dos épocas y de dos sociedades distintas: el poema del Padre Hojeda ha de disputarse por trasunto fiel de la España católica del siglo XVII y el de Klopstock por expresión también fidelísima de la Alemania contaminada del filosofismo racionalista y en parte no pequeña asimismo del epicureísmo y materialismo.



Esto dicho, permítasenos que para mejor guiar á nuestros leyentes, cuando recorran los cantos de LA CRISTÍADA, hagamos buenas con algunas citas las afirmaciones expuestas en los anteriores párrafos. Hemos dicho que en el Padre Hojeda la inspiración poética adquiere á veces cierto aspecto oratorio, siendo, como es, al propio tiempo insinuante y conmovedora por virtud del mismo corazón del poeta. Véase la abundancia oratoria, con ciertos toques de expresión mística en el discurso de la Oración, y sobre todo en las estrofas destinadas á pintar la predicación del Señor:

Y luego en su divino magisterio  
Discípulos juntó, movió ciudades,  
Hinchó de luz el Ártico hemisferio,  
Ciego con sus hipócritas deidades:  
De tu perfecta ley el sumo imperio,  
Fundado á fuerza de ínclitas verdades,  
En la tierra extendió gloriosamente  
De un pueblo en otro, de una en otra gente.

¡Qué no sufrió de rigurosos males!  
¡Qué no pasó de agravios insufribles!  
Ya con falsas calumnias infernales  
Sus milagros fingieron imposibles;  
Ya con armas y fuerzas desiguales  
Opugnaron sus hechós invencibles;



Ya su nombre amoroso era temido  
Y él por samaritano aborrecido.

: : : : : : : : : : : :  
: : : : : : : : : : : :

¡Ay! ¡Desnudo estará tu Hijo amado  
Que de estrellas el grande firmamento  
Viste, y de flores el hermoso prado,  
Y de luz el diáfano elemento?  
Y ¡qué! ¿Tus ojos han de ver colgado,  
Lleno de injurias, pobre de ornamento,  
De un palo á Cristo? ¿Á Dios entre ladrones?  
¿Qué fin llevan tan grandes invenciones?

La ternura del Padre Hojeda, sus impulsos ascéticos se derraman por su poema, en todas las escenas en que sufre pasión el Redentor del género humano, y entre las estancias más bellas que en tal concepto encierra LA CRISTIADA merecen copiarse, á nuestro juicio, y también al del Dr. Milá y Fontanals, los siguientes bellísimos versos del cuadro de los azotes:

Con bravo són crujieron sacudidos  
De aquellas manos, por su mal valientes,  
Y llegaron á dar descomedidos  
En los miembros de Dios resplandecientes:  
¡Parad, parad, verdugos atrevidos,  
Parad, parad los brazos insolentes,  
Que no es razon que ese castigo infame  
Su furia sobre el mismo Dios derrame!...

Mas ¡ay! que baja por el aire apriesa  
Sobre el cuerpo de Cristo el fiero azote!  
¡Ay Dios, que llueven cual de nube espesa  
Golpes en el Supremo Sacerdote!  
¡Ay Dios, que de sacar sangre no cesa  
Para que toda en su dolor se agote,  
La cruel disciplina! ¡Ay Dios amado!  
¡Ay Jesús por mis culpas azotado!

Yo pequé, mi Señor, y tú padeces:  
Yo los delitos hice y tú los pagas:  
Si yo los cometí, ¿tú qué mereces  
Que así te ofenden con sangrientas llagas?  
Mas voluntario tú, mi Dios, te ofreces,  
Tú del amor del hombre te embriagas;  
Y así porque le sirva de disculpa  
Quieres llevar la pena de su culpa.

Diríase que suena la voz de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León en sus arrobamientos místicos, cuando en el mismo canto, ó libro octavo, cuyos son los anteriores versos, exclama el devoto fraile:

Todo lo sufre el ánimo invencible  
Y cuerpo santo del Señor Eterno,  
Y aunque por ser más noble es más sensible,  
Calla y sufre con pecho humilde y tierno.  
Hombre, por ti aquel Dios inaccesible  
Del cielo, de la tierra y del infierno  
Lleva esta pena, y esta injuria pasa,  
Y este dolor su corazón traspasa.

No te digo, ¡oh cobarde!, que padezcas  
Semejante pasión, igual trabajo,  
Ni que á la muerte por su amor te ofrezcas,  
Si eres de ánimo vil, de pecho bajo;  
Solo pido, ¡oh cristiano!, que agradezcas,  
Y será un breve y provechoso atajo  
Su gran pasión, y pienses con gran pausa  
Quién la lleva, y por quién y por qué causa.

Por los trozos que llevamos copiados habrán comprendido nuestros lectores el espíritu y el carácter de LA CRISTIADA. Sin vacilar lo calificamos de obra devota, de aquellas que las personas piadosas pueden y deben leer para mantener sus almas en el amor al Crucificado. Esta cualidad es la que, conforme lo hemos aseverado en otros párrafos de este prefacio, domina sobre todos los demás en el poema de Fray Diego de Hojeda. Habla en él un asceta, un místico que eligió el verso, en vez de haber adoptado la prosa, para explicar al leyente los misterios de Cristo Señor Nuestro, en su Santísima Pasión y Muerte. Habla el Padre Hojeda como lo hicieron los ascéticos castellanos, aquellos místicos que son objeto de admiración por parte de toda persona de buen gusto literario, y del cariño más acendrado por la de cuantas profesan con fe viva la Religión Católica. Si se cogen *Los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León, ó la *Guta de Pecadores*, de Fray Luis de Granada, ó aquellas incomparables *Moradas*, de Santa Teresa, y también el consolador *Tratado de la Tribulación*, del Padre Ribadeneira, todo con objeto de buscar en sus páginas edificación y alivio en las tristuras, bien pueden recorrerse con idéntico fin los libros, ó dígase cantos, en que divide Fray Diego LA CRISTIADA. ¿Qué diferencia en lo esencial existe entre este poema y los libros ascéticos *La Sagrada Pasión*, del Padre Luis de Granada, y *La vida y misterios de Cristo*, del Padre Pedro de Ribadeneria? Casi podría decirse que sólo se distingue el primero de los segundos en la forma métrica. Precisamente porque en sus estrofas abundan las exhortaciones piadosas, los impulsos ascéticos y los efluvios místicos, alguien ha dicho que sobaban en LA CRISTIADA las digresiones teológicas y morales, con censura infundada, ya que por regla general las expansiones y advertencias á que nos referimos van perfectamente ligadas con el asunto del libro. Y tan natural y espontáneo se presenta, á nuestro juicio, en todo ello el Padre Hojeda, que, hasta por virtud de esta misma espontaneidad en el pensar y en el sentir, llegan á olvidarse los artificios retóricos y los vicios literarios precursores de la exagerada escuela que reinó más tarde en la corte de las Españas. Lunares de esta índole, repetimos, no empañan la belleza que en el conjunto y en todas sus partes resplandece en el poema de que hablamos. ¿Qué importan trasposiciones forzadas,—entonces muy en boga,—como éstas: «De un blanco lo cubrieron limpio manto,» «Entre dos enterraron blancas losas,» si tales pequeñeces se desvanecen ante estrofas tan profundamente sentidas como las siguientes, que dice María Magdalena al finalizar el poema?:

De Marta en estos piés me defendiste,  
Y vuestra ciencia en ellos me enseñaste;  
De vuestra voz colgada me tuviste,  
Y á vuestro cielo atenta me elevaste.  
Mas ¡oh divinos piés! ¿Qué no hiciste  
Con esta pecadora que sanaste,  
Dejándola tocar con sus cabellos  
Los piés de Dios y ser honrada dellos?

¿Adónde verterán, mis piés amados,  
Adónde verterán agua mis ojos?  
Y ¿á qué piés mis unguentos regalados  
Daré, como vencida, por despojos?  
Y ¿cuáles otros piés, de mí abrazados,  
Me quitarán suaves mis enojos?  
¿Qué otros piés besará mi triste boca,  
Sino estos piés que con sus labios toca?

Como obra literaria, pues, y como libro devoto ofrece LA CRISTIADA á sus lectores la casa editorial que ha tenido la feliz y oportuna idea de reimprimirlo. Para redondear cuanto acerca de él hemos escrito no podemos hacer cosa mejor que copiar textualmente las palabras con que el Sr. D. Manuel Milá y Fontanals cierra el breve prólogo de la edición á que antes hemos hecho referencia, el cual escribe con profunda crítica: «LA CRISTIADA corresponde en realidad á su título. Está lleno del espíritu del Salvador. Fiel representación de su divina figura, vive de su amor y enseña á amarla.»

F. MIQUEL Y BADÍA



## AL EXCMO. MARQUES DE MONTES CLAROS

### VIREY DEL PERÚ.

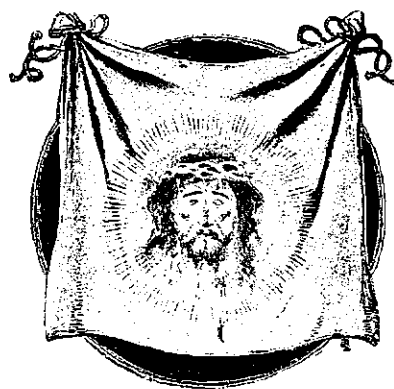


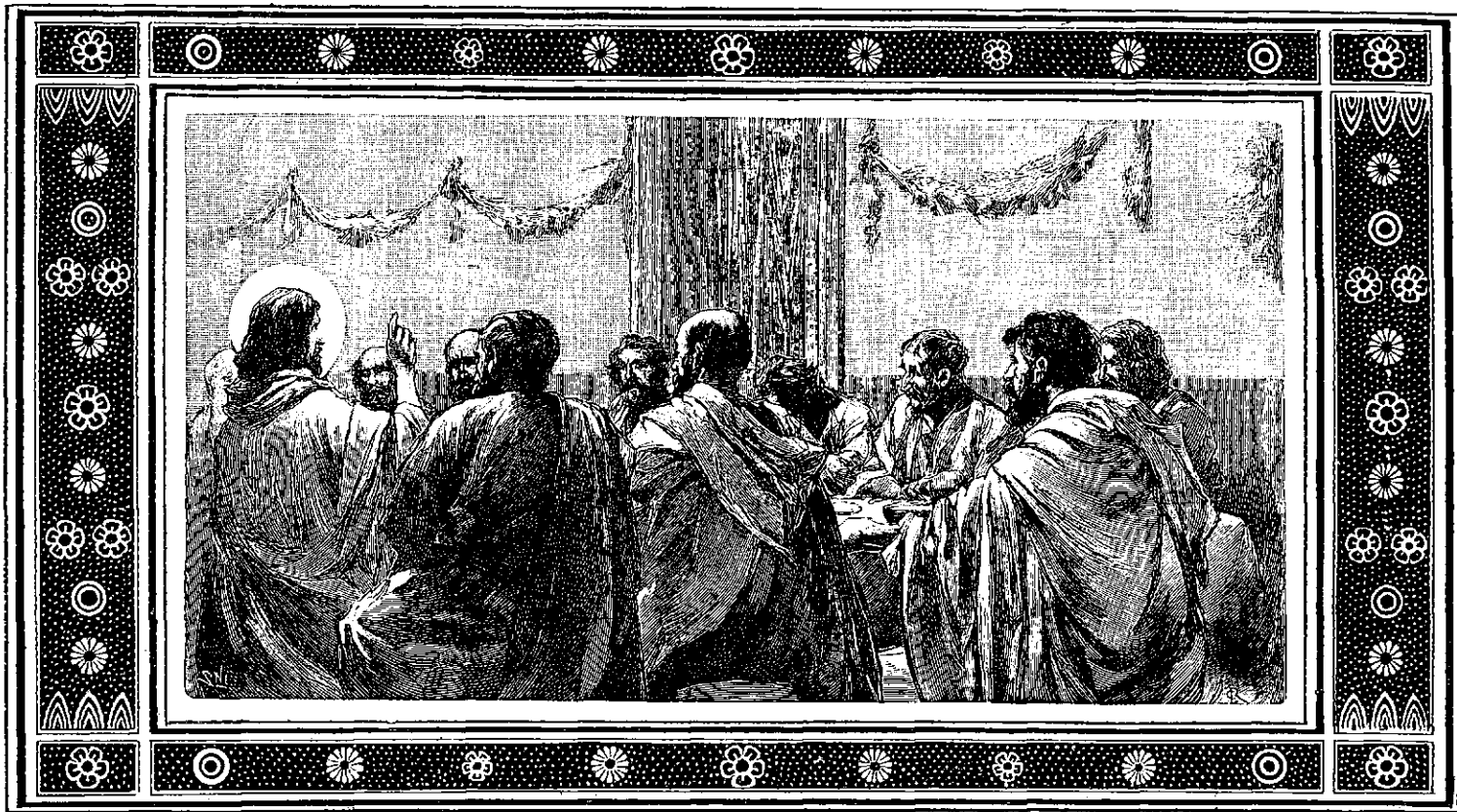
A vida de Cristo, Señor nuestro, escrita en verso, ofrezco á vuestra excelencia, por el sujeto merecedora de altísima veneracion, y por el estilo antiguamente estimada, y ya (no sé por qué) no tanto. Dedicola á vuestra excelencia, no por su ilustrísima sangre, respetada entre los grandes de España (aunque pudiera esto moverme, pues la sangre de Cristo derramada en la cruz la más noble merece en su servicio; mas al fin es naturaleza, que no importa por sí sola para la gracia); hágolo por dos razones: la primera, por la sabiduría y gran conocimiento que de buenas letras ha comunicado Dios á vuestra excelencia, que desto deben ampararse los libros que desean con razon perpetuidad; y la segunda, porque quien ha gobernado los dos reinos de las Indias occidentales, y el archivo de sus tesoros, Sevilla, con tanto acertamiento y prudencia, es justo se le ofrezca por espejo la fundacion y acrecentamiento y premio del reino del Salvador, Rey de reyes verdadero. Y si no es demasia para carta breve añadir causa tercera, el ver á vuestra excelencia tan aficionado á pobres en las primeras provisiones de este reino, y tan recto distribuidor

xv

de la justicia en las segundas de Chile, impelió mi deseo para poner en manos de príncipe tan justo y misericordioso la union más admirable de la justicia y misericordia de Dios. Recíbala vuestra excelencia con el afecto y rostro que suele tener y mostrar á las cosas de mi religion; que con solo esto el libro quedará honrado, y mi orden obligadísima, y servido nuestro Señor, etc.

FRAY DIEGO DE HOJEDA.





# LA CRISTIADA.

## LIBRO PRIMERO.

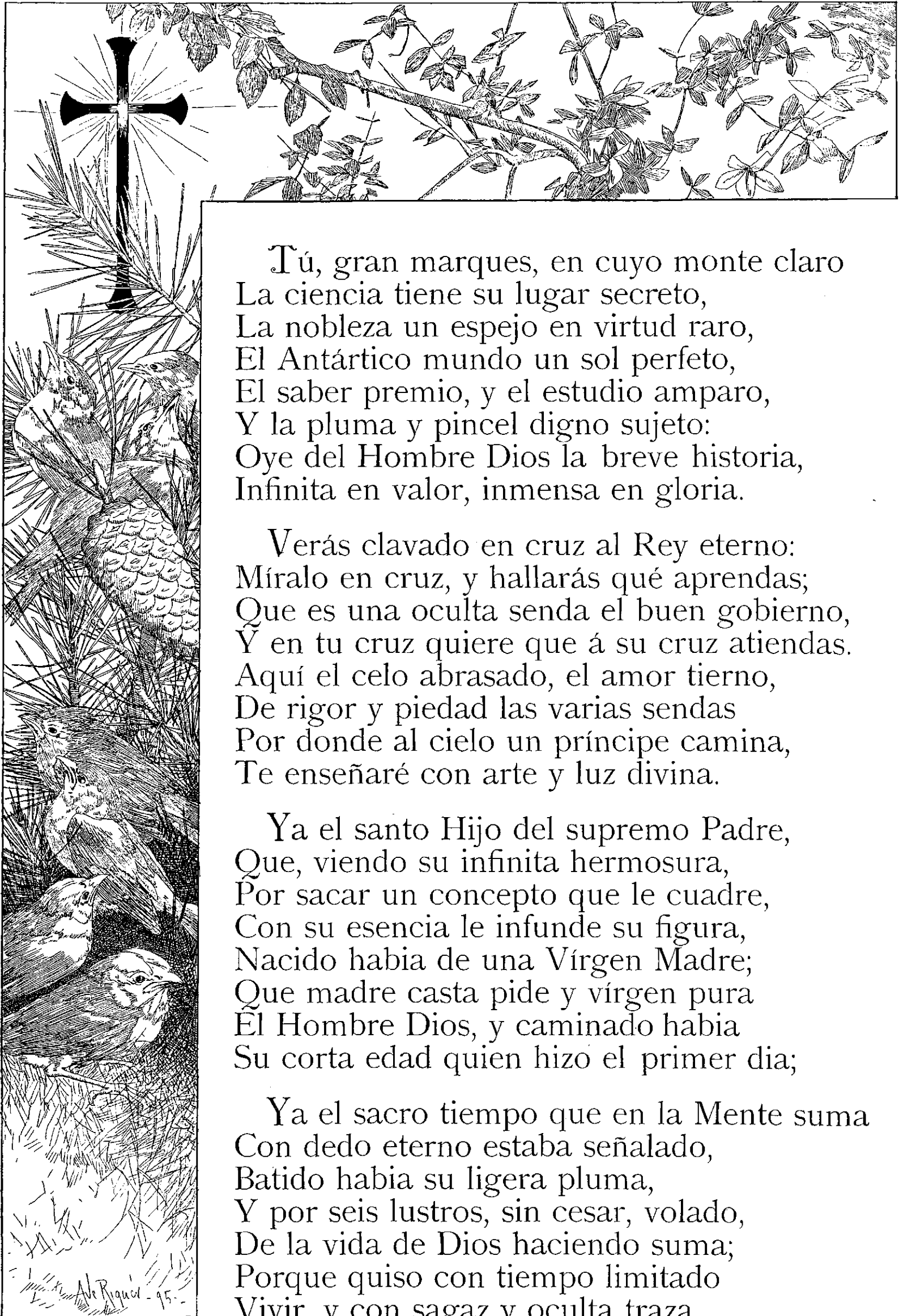
### ARGUMENTO.

Cena el Señor con su devota escuela;  
 Los piés le lava; ordena el sacramento;  
 De Júdas el pecado á Juan revela;  
 Con tres se va y les dice su tormento:  
 Duermen ellos, y Cristo se desvela,  
 Y en la tierra se humilla al Padre atento;  
 Y vestido de ajenas culpas, ora,  
 Ve su muerte y á Dios, y gime y llora.



ANTO al Hijo de Dios, humano, y muerto  
 Con dolores y afrenta por el hombre.  
 Musa divina, en su costado abierto  
 Baña mi lengua y muévela en su nombre,  
 Porque suene mi voz con tal concierto,  
 Que, los oídos halagando, asombre  
 Al rudo y sabio, y el cristiano gusto  
 Halle provecho en un deleite justo.

Dime tambien los pasos que obediente  
 Desde el Huerto al Calvario Cristo anduvo,  
 Preso y juzgado de la fiera gente  
 Que, viendo á Dios morir, sin miedo estuvo;  
 Y el edificio de almas eminente  
 Que, cansado y herido, en peso tuvo;  
 De ilustres hijos el linaje santo,  
 Del cielo el gozo y del infierno el llanto.



Tú, gran marques, en cuyo monte claro  
La ciencia tiene su lugar secreto,  
La nobleza un espejo en virtud raro,  
El Antártico mundo un sol perfeto,  
El saber premio, y el estudio amparo,  
Y la pluma y pincel digno sujeto:  
Oye del Hombre Dios la breve historia,  
Infinita en valor, inmensa en gloria.

Verás clavado en cruz al Rey eterno:  
Míralo en cruz, y hallarás qué aprendas;  
Que es una oculta senda el buen gobierno,  
Y en tu cruz quiere que á su cruz atiendas.  
Aquí el celo abrasado, el amor tierno,  
De rigor y piedad las varias sendas  
Por donde al cielo un príncipe camina,  
Te enseñaré con arte y luz divina.

Ya el santo Hijo del supremo Padre,  
Que, viendo su infinita hermosura,  
Por sacar un concepto que le cuadre,  
Con su esencia le infunde su figura,  
Nacido habia de una Vírgen Madre;  
Que madre casta pide y vírgen pura  
El Hombre Dios, y caminado habia  
Su corta edad quien hizo el primer dia;

Ya el sacro tiempo que en la Mente suma  
Con dedo eterno estaba señalado,  
Batido habia su ligera pluma,  
Y por seis lustros, sin cesar, volado,  
De la vida de Dios haciendo suma;  
Porque quiso con tiempo limitado  
Vivir, y con sagaz y oculta traza,  
El que la inmensa eternidad abraza;





Ya, predicando su real grandeza,  
Su adorada persona y ser divino,  
Con voz clara á la pérfida rudeza  
Y con ejemplo de su fama dino,  
Habia de su altísima nobleza  
Dado un modelo en gracia peregrino,  
Que apareció, cual Hijo de quien era,  
De virtud lleno y de verdad entera;

Ya la esperada ley de paz dichosa,  
En almas de profetas escondida,  
Y con buril de santidad preciosa  
Por Dios en sabios pechos esculpida,  
Habia dado á la ciudad famosa  
En que dió á ciegos luz y á muertos vida;  
Y el colegio de apóstoles sagrado  
Habia sobre santo amor fundado:

Quando la Pascua, de misterios llena,  
En sombras ántes, pero ya en verdades,  
Llena de ansia y quietud, de gloria y pena,  
Varias, más bien unidas propiedades,  
Se llegaba, y la noche de la cena  
Y aurora de las dulces amistades  
Entre Dios y los hombres, en que quiso  
Ser Dios manjar del nuevo paraíso.

Entonces el Señor que manda el cielo,  
Y franco á sus ministros da la tierra,  
Rico de amor y pobre de consuelo  
El que en su mano el gozo eterno encierra,  
Y ardiendo en aquel santo y limpio celo  
Que desde que nació le hizo guerra,  
Ordenó con su noble apostolado  
Celebrar el Fasé, convite usado.



Era el Fasé la cena del cordero,  
Que el mayor Sacramento figuraba,  
Y allá en Egipto se comió primero  
Cuando el pueblo de Dios cautivo estaba;  
Y celebrarlo quiso el verdadero,  
Que en él como en imágen se mostraba,  
Para dar fin dichoso á la figura  
Con su sagrado cuerpo y sangre pura.

Puesta la mesa, pues, y el manjar puesto,  
Y juntos los discípulos amados,  
Y por el órden del Señor dispuesto,  
Todos en sus lugares asentados,  
Su amor pretende hacerles manifiesto,  
Y los labios de gracia rociados  
Muestra, y envuelve en caridad suave  
Estas palabras de su pecho grave:

«De comer con vosotros un deseo  
Eficaz y ardentísimo he tenido  
En esta Pascua, y por mi bien lo veo,  
Primero que padezca, ya cumplido:  
Este regalo, amigos, este aseo,  
De vuestras dulces manos recibido,  
No lo tendré otra vez, hasta que llegue  
Al reino do glorioso en paz sosiegue.»

Dijo; y mirando á todos igualmente  
Con amorosa vista y blandos ojos,  
Y un suspiro del alma vehemente  
(Señal de pena, sí, mas no de enojos),  
Su plática prosigue conveniente,  
Y despliega otra vez sus labios rojos,  
Mientras come en su plato el falso amigo  
Que ya su apóstol fue y es su enemigo.





A. Nadal lit.

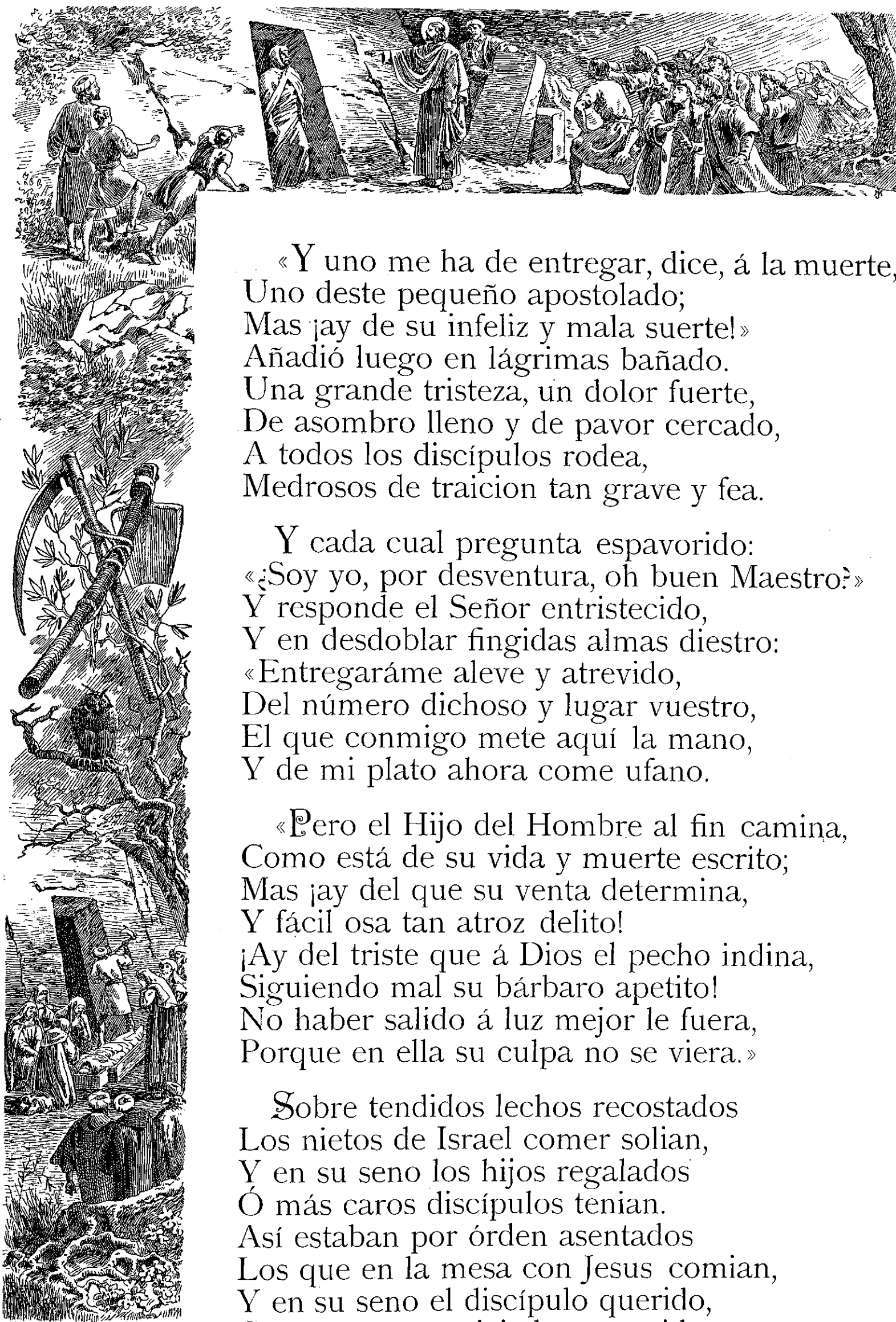
C. Castelucho cop.º

© Biblioteca Nacional de España

Lit. Aleu.—Barcelona.





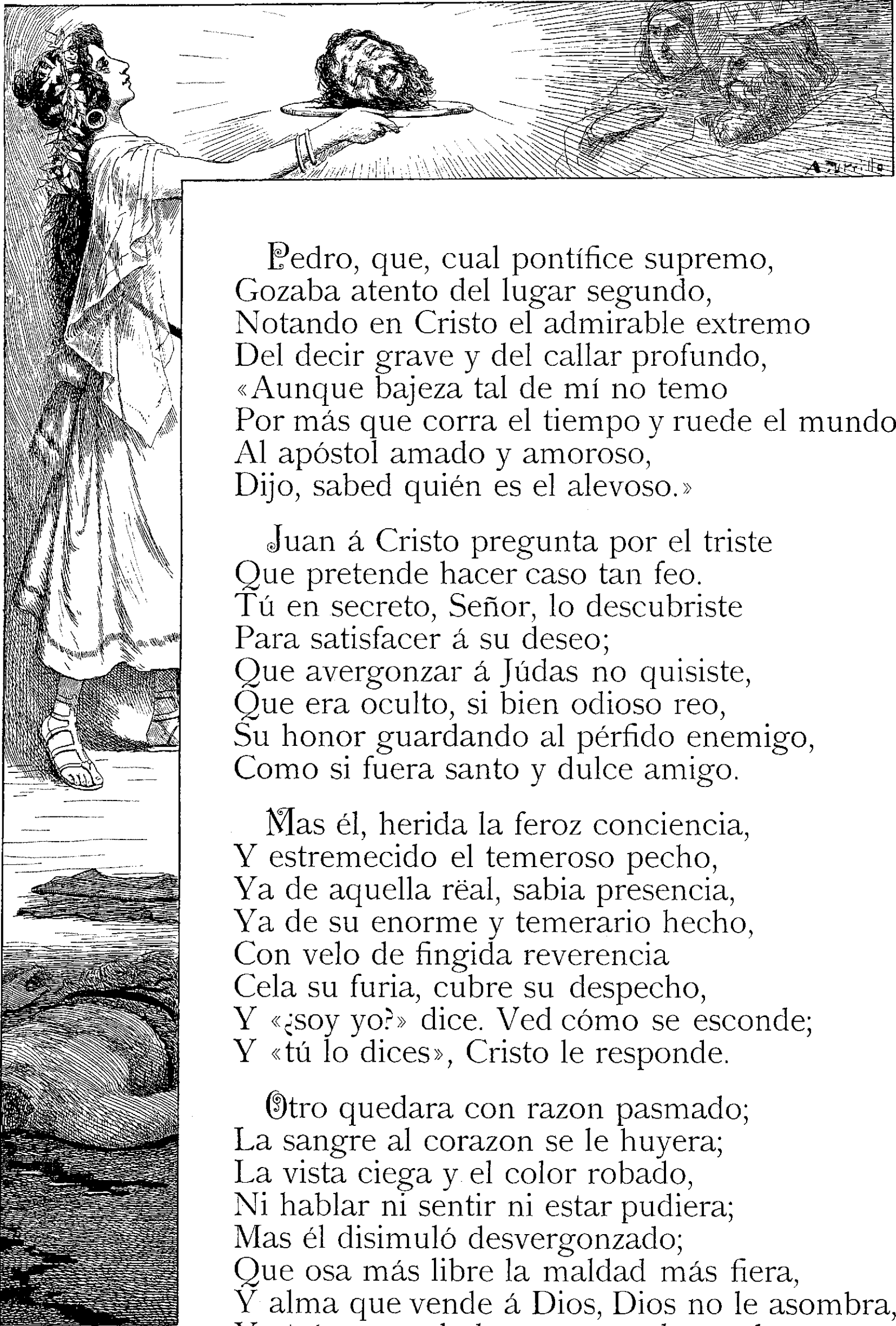


«Y uno me ha de entregar, dice, á la muerte,  
Uno deste pequeño apostolado;  
Mas ¡ay de su infeliz y mala suerte!»  
Añadió luego en lágrimas bañado.  
Una grande tristeza, un dolor fuerte,  
De asombro lleno y de pavor cercado,  
A todos los discípulos rodea,  
Medrosos de traicion tan grave y fea.

Y cada cual pregunta espavorido:  
«¿Soy yo, por desventura, oh buen Maestro?»  
Y responde el Señor entristecido,  
Y en desdoblar fingidas almas diestro:  
«Entregaráme aleve y atrevido,  
Del número dichoso y lugar vuestro,  
El que conmigo mete aquí la mano,  
Y de mi plato ahora come ufano.

«Pero el Hijo del Hombre al fin camina,  
Como está de su vida y muerte escrito;  
Mas ¡ay del que su venta determina,  
Y fácil osa tan atroz delito!  
¡Ay del triste que á Dios el pecho indina,  
Siguiendo mal su bárbaro apetito!  
No haber salido á luz mejor le fuera,  
Porque en ella su culpa no se viera.»

Sobre tendidos lechos recostados  
Los nietos de Israel comer solian,  
Y en su seno los hijos regalados  
Ó más caros discípulos tenian.  
Así estaban por órden asentados  
Los que en la mesa con Jesus comian,  
Y en su seno el discípulo querido,  
Compuesto, acariciado y acogido.



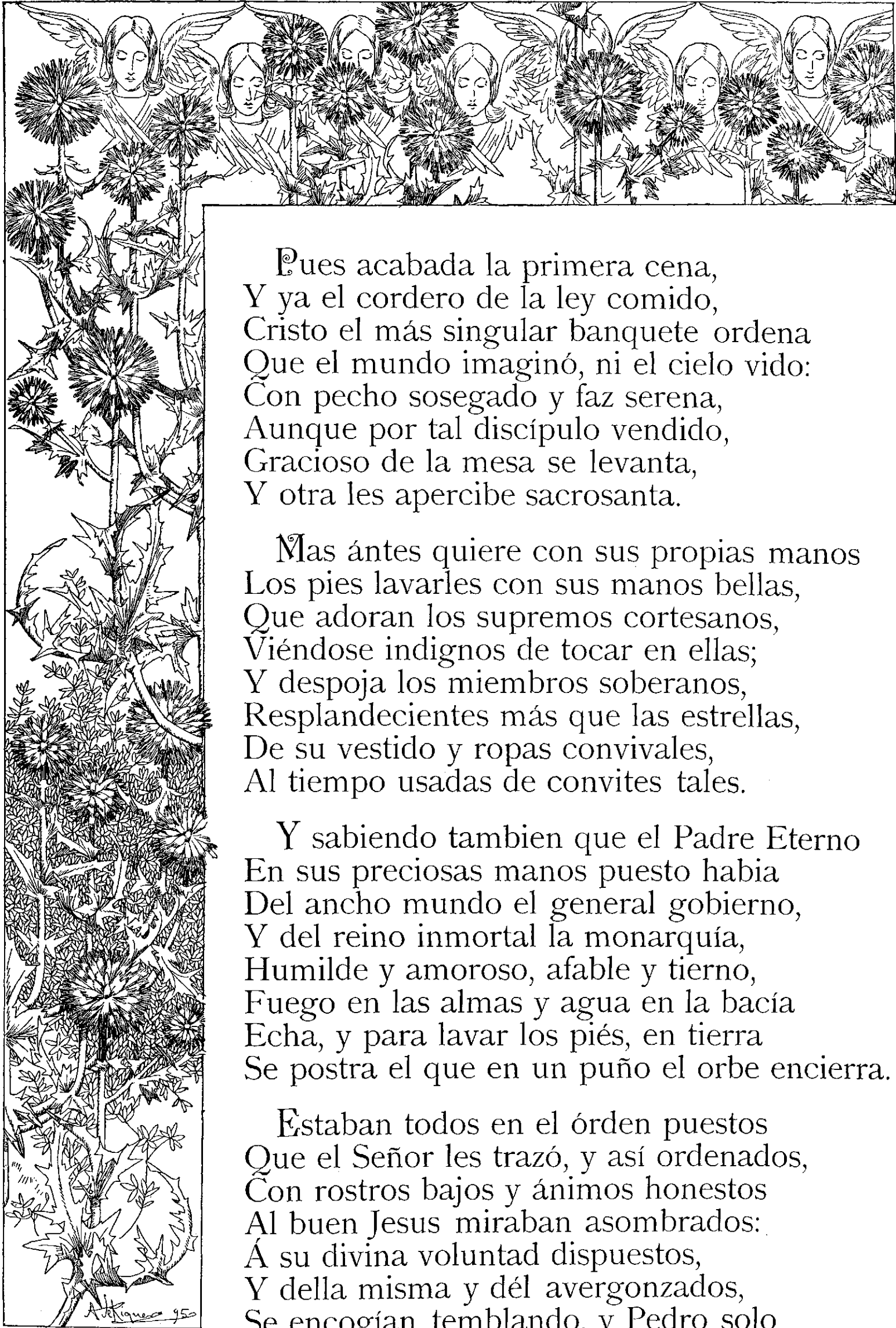
Pedro, que, cual pontífice supremo,  
Gozaba atento del lugar segundo,  
Notando en Cristo el admirable extremo  
Del decir grave y del callar profundo,  
«Aunque bajeza tal de mí no temo  
Por más que corra el tiempo y ruede el mundo  
Al apóstol amado y amoroso,  
Dijo, sabed quién es el alevoso.»

Juan á Cristo pregunta por el triste  
Que pretende hacer caso tan feo.  
Tú en secreto, Señor, lo descubriste  
Para satisfacer á su deseo;  
Que avergonzar á Júdas no quisiste,  
Que era oculto, si bien odioso reo,  
Su honor guardando al pérfido enemigo,  
Como si fuera santo y dulce amigo.

Mas él, herida la feroz conciencia,  
Y estremecido el temeroso pecho,  
Ya de aquella real, sabia presencia,  
Ya de su enorme y temerario hecho,  
Con velo de fingida reverencia  
Cela su furia, cubre su despecho,  
Y «¿soy yo?» dice. Ved cómo se esconde;  
Y «tú lo dices», Cristo le responde.

Otro quedara con razon pasmado;  
La sangre al corazon se le huyera;  
La vista ciega y el color robado,  
Ni hablar ni sentir ni estar pudiera;  
Mas él disimuló desvergonzado;  
Que osa más libre la maldad más fiera,  
Y alma que vende á Dios, Dios no le asombra,  
Y atrévese en la luz como en la sombra.



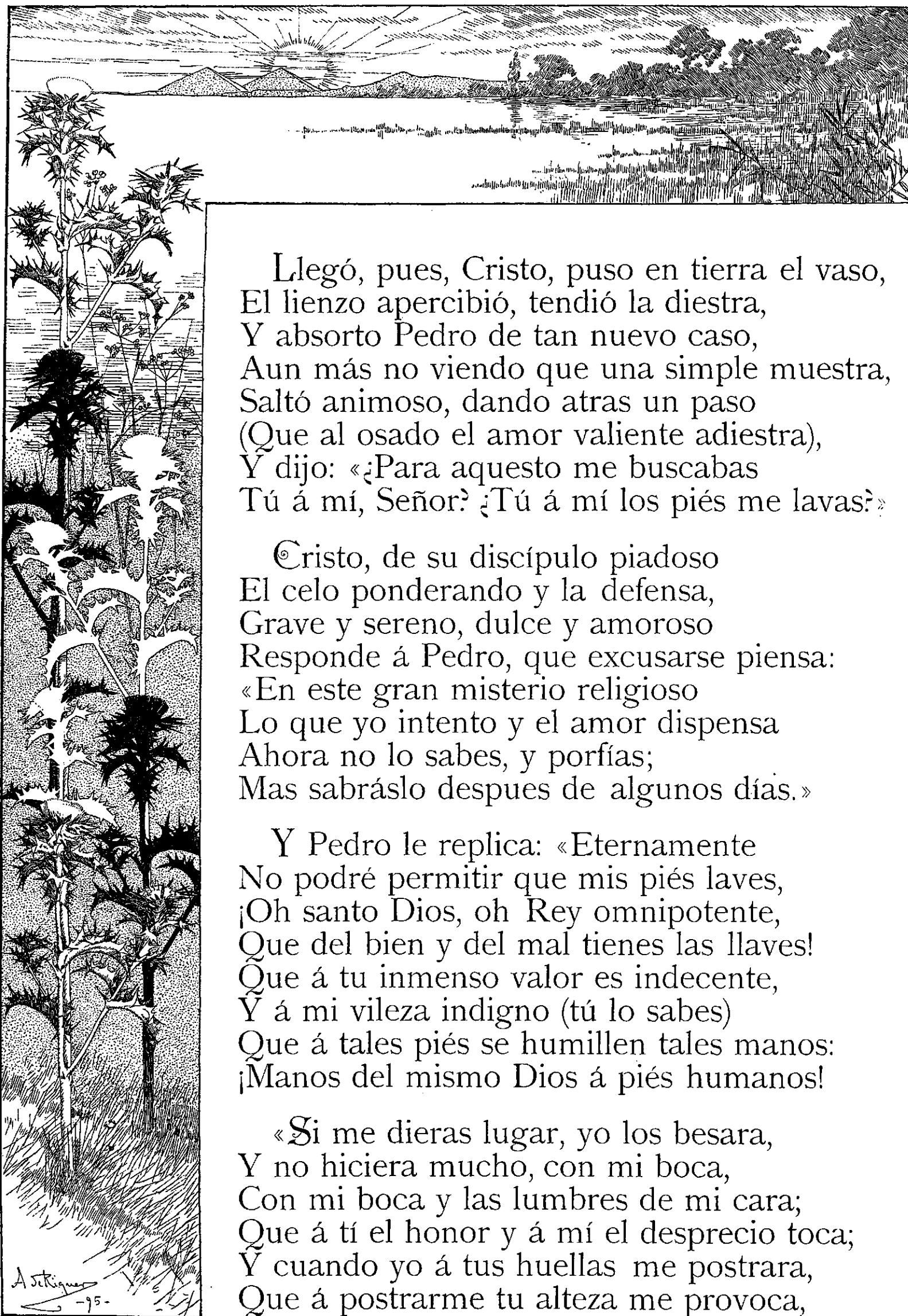


Pues acabada la primera cena,  
Y ya el cordero de la ley comido,  
Cristo el más singular banquete ordena  
Que el mundo imaginó, ni el cielo vido:  
Con pecho sosegado y faz serena,  
Aunque por tal discípulo vendido,  
Gracioso de la mesa se levanta,  
Y otra les apercibe sacrosanta.

Mas ántes quiere con sus propias manos  
Los pies lavarles con sus manos bellas,  
Que adoran los supremos cortesanos,  
Viéndose indignos de tocar en ellas;  
Y despoja los miembros soberanos,  
Resplandecientes más que las estrellas,  
De su vestido y ropas convivales,  
Al tiempo usadas de convites tales.

Y sabiendo tambien que el Padre Eterno  
En sus preciosas manos puesto habia  
Del ancho mundo el general gobierno,  
Y del reino inmortal la monarquía,  
Humilde y amoroso, afable y tierno,  
Fuego en las almas y agua en la bacía  
Echa, y para lavar los piés, en tierra  
Se postra el que en un puño el orbe encierra.

Estaban todos en el órden puestos  
Que el Señor les trazó, y así ordenados,  
Con rostros bajos y ánimos honestos  
Al buen Jesus miraban asombrados:  
Á su divina voluntad dispuestos,  
Y della misma y dél avergonzados,  
Se encogían temblando, y Pedro solo  
Trató de resistir, y ejecutólo.

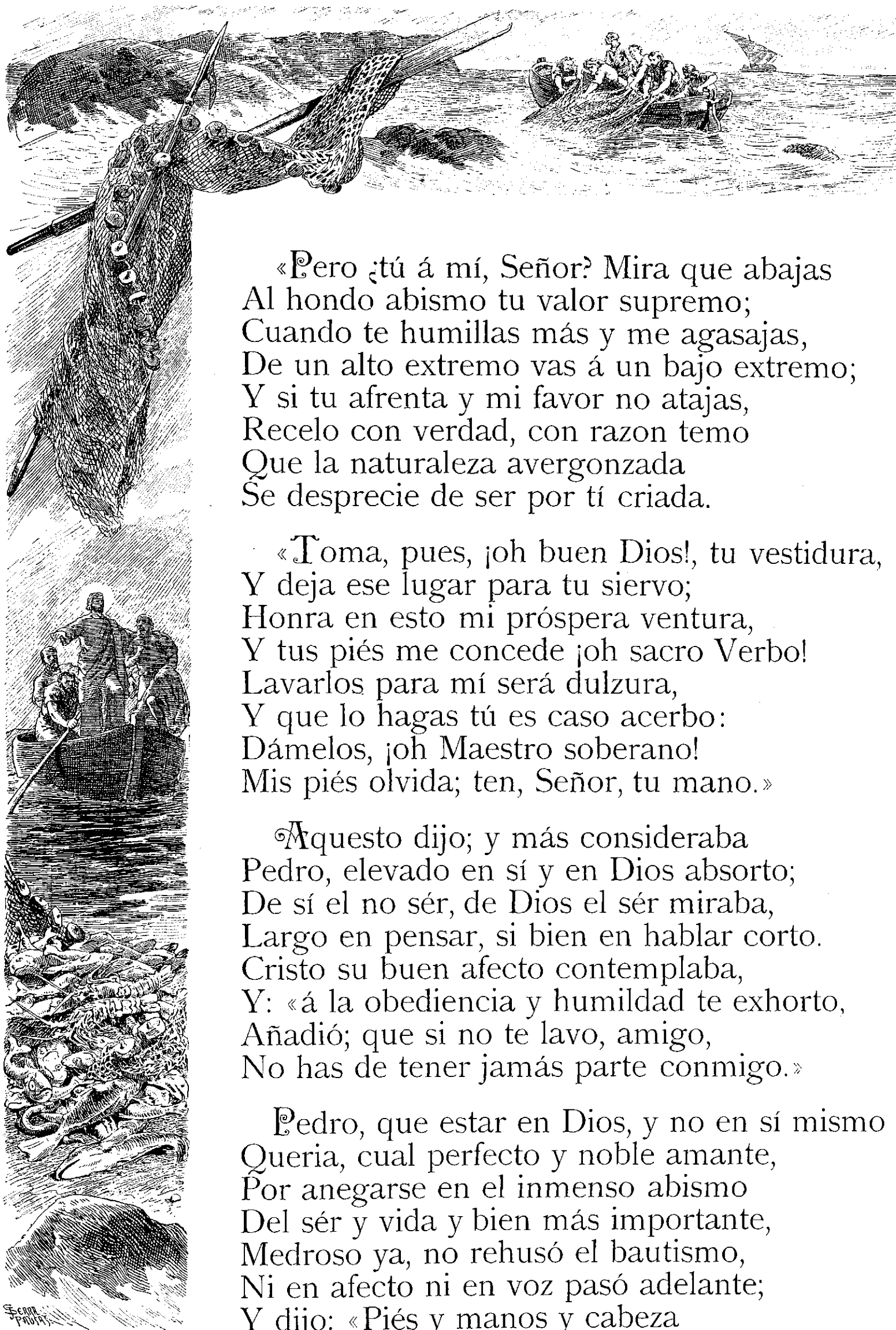


Llegó, pues, Cristo, puso en tierra el vaso,  
El lienzo apercibió, tendió la diestra,  
Y absorto Pedro de tan nuevo caso,  
Aun más no viendo que una simple muestra,  
Saltó animoso, dando atrás un paso  
(Que al osado el amor valiente adiestra),  
Y dijo: «¿Para aquesto me buscabas  
Tú á mí, Señor? ¿Tú á mí los piés me lavas?»

© Cristo, de su discípulo piadoso  
El celo ponderando y la defensa,  
Grave y sereno, dulce y amoroso  
Responde á Pedro, que excusarse piensa:  
«En este gran misterio religioso  
Lo que yo intento y el amor dispensa  
Ahora no lo sabes, y porfías;  
Mas sabráslo despues de algunos días.»

Y Pedro le replica: «Eternamente  
No podré permitir que mis piés laves,  
¡Oh santo Dios, oh Rey omnipotente,  
Que del bien y del mal tienes las llaves!  
Que á tu inmenso valor es indecente,  
Y á mi vileza indigno (tú lo sabes)  
Que á tales piés se humillen tales manos:  
¡Manos del mismo Dios á piés humanos!

«Si me dieras lugar, yo los besara,  
Y no hiciera mucho, con mi boca,  
Con mi boca y las lumbres de mi cara;  
Que á tí el honor y á mí el desprecio toca;  
Y cuando yo á tus huellas me postrara,  
Que á postrarme tu alteza me provoca,  
Fuera la nada al mismo sér rendirse,  
Y así rendida, al sér perfecto unirse.



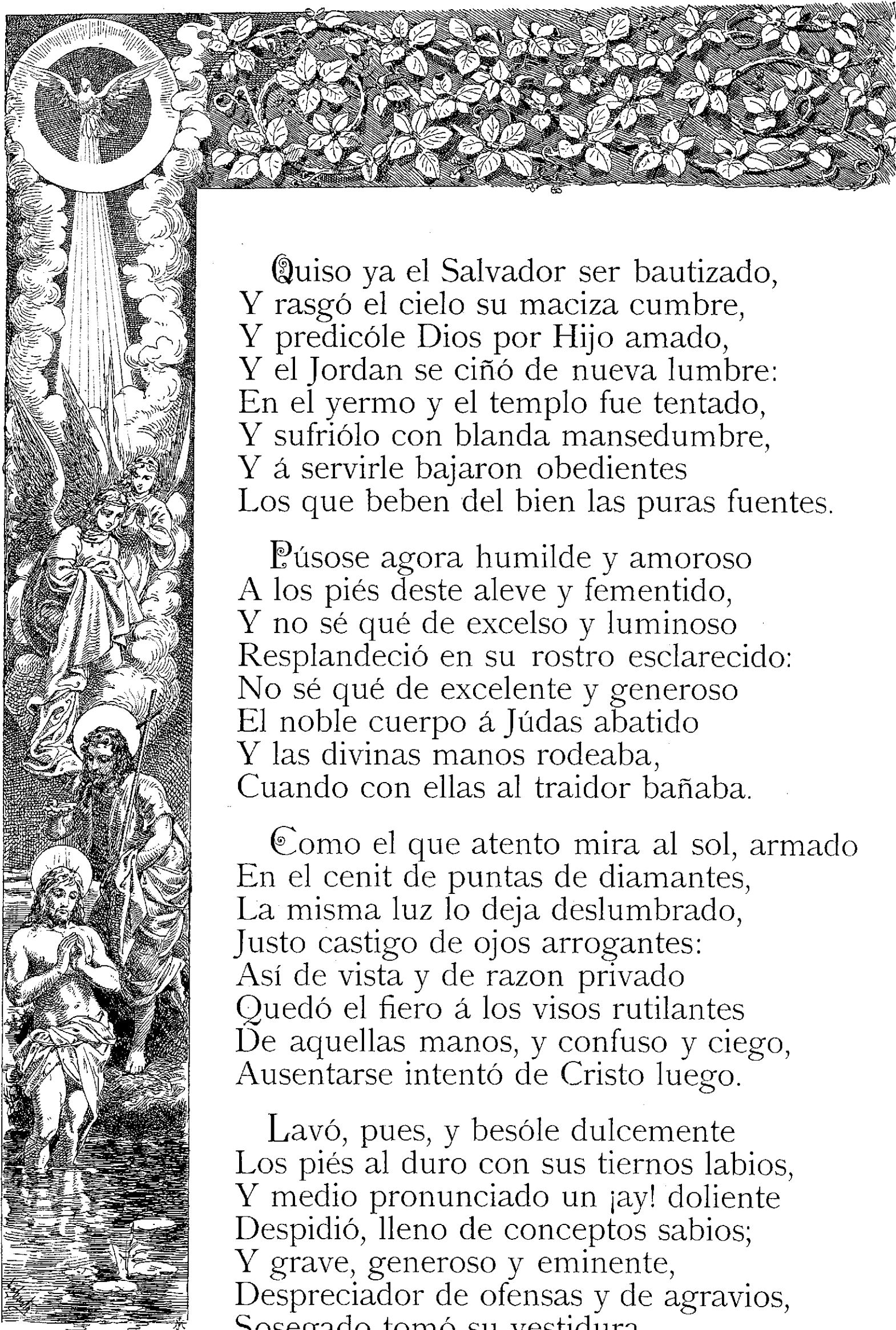
«Pero ¿tú á mí, Señor? Mira que abajas  
Al hondo abismo tu valor supremo;  
Cuando te humillas más y me agasajas,  
De un alto extremo vas á un bajo extremo;  
Y si tu afrenta y mi favor no atajas,  
Recelo con verdad, con razon temo  
Que la naturaleza avergonzada  
Se desprecie de ser por tí criada.

«Toma, pues, ¡oh buen Dios!, tu vestidura,  
Y deja ese lugar para tu siervo;  
Honra en esto mi próspera ventura,  
Y tus piés me concede ¡oh sacro Verbo!  
Lavarlos para mí será dulzura,  
Y que lo hagas tú es caso acerbo:  
Dámelos, ¡oh Maestro soberano!  
Mis piés olvida; ten, Señor, tu mano.»

«Questo dijo; y más consideraba  
Pedro, elevado en sí y en Dios absorto;  
De sí el no sér, de Dios el sér miraba,  
Largo en pensar, si bien en hablar corto.  
Cristo su buen afecto contemplaba,  
Y: «á la obediencia y humildad te exhorto,  
Añadió; que si no te lavo, amigo,  
No has de tener jamás parte conmigo.»

Pedro, que estar en Dios, y no en sí mismo  
Quería, cual perfecto y noble amante,  
Por anegarse en el inmenso abismo  
Del sér y vida y bien más importante,  
Medroso ya, no rehusó el bautismo,  
Ni en afecto ni en voz pasó adelante;  
Y dijo: «Piés y manos y cabeza  
Me dejaré lavar pieza por pieza.»



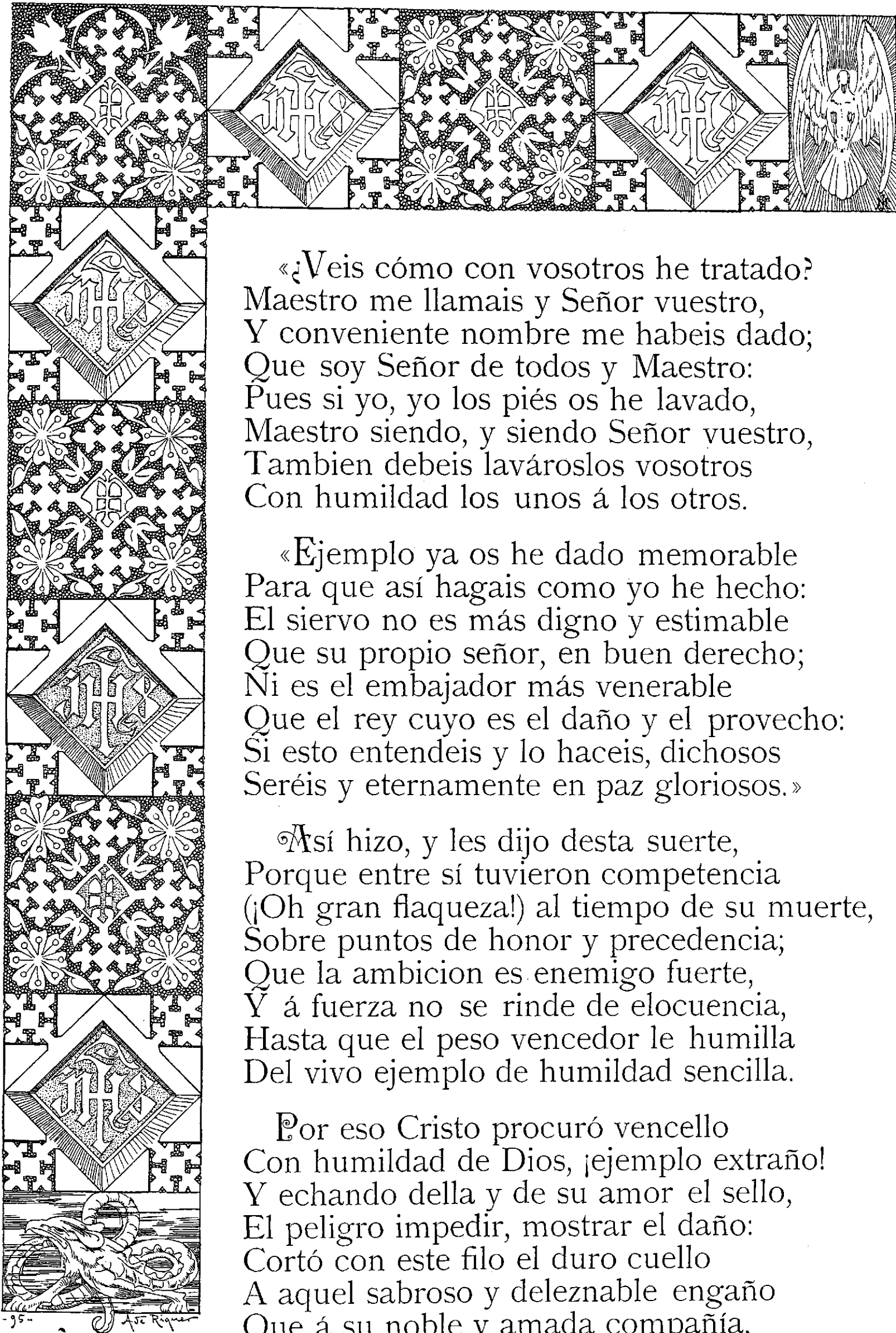


Quiso ya el Salvador ser bautizado,  
Y rasgó el cielo su maciza cumbre,  
Y predicó Dios por Hijo amado,  
Y el Jordan se ciñó de nueva lumbre:  
En el yermo y el templo fue tentado,  
Y sufrió con blanda mansedumbre,  
Y á servirle bajaron obedientes  
Los que beben del bien las puras fuentes.

Púsose agora humilde y amoroso  
A los piés deste aleve y fementido,  
Y no sé qué de excelso y luminoso  
Resplandeció en su rostro esclarecido:  
No sé qué de excelente y generoso  
El noble cuerpo á Júdas abatido  
Y las divinas manos rodeaba,  
Cuando con ellas al traidor bañaba.

Como el que atento mira al sol, armado  
En el cenit de puntas de diamantes,  
La misma luz lo deja deslumbrado,  
Justo castigo de ojos arrogantes:  
Así de vista y de razon privado  
Quedó el fiero á los visos rutilantes  
De aquellas manos, y confuso y ciego,  
Ausentarse intentó de Cristo luego.

Lavó, pues, y besóle dulcemente  
Los piés al duro con sus tiernos labios,  
Y medio pronunciado un ¡ay! doliente  
Despidió, lleno de conceptos sabios;  
Y grave, generoso y eminente,  
Despreciador de ofensas y de agravios,  
Sosegado tomó su vestidura,  
Y así habló con singular medida:



«¿Veis cómo con vosotros he tratado?  
Maestro me llamais y Señor vuestro,  
Y conveniente nombre me habeis dado;  
Que soy Señor de todos y Maestro:  
Pues si yo, yo los piés os he lavado,  
Maestro siendo, y siendo Señor vuestro,  
Tambien debéis lavároslos vosotros  
Con humildad los unos á los otros.

«Ejemplo ya os he dado memorable  
Para que así hagais como yo he hecho:  
El siervo no es más digno y estimable  
Que su propio señor, en buen derecho;  
Ni es el embajador más venerable  
Que el rey cuyo es el daño y el provecho:  
Si esto entendeis y lo haceis, dichosos  
Seréis y eternamente en paz gloriosos.»

Así hizo, y les dijo desta suerte,  
Porque entre sí tuvieron competencia  
(¡Oh gran flaqueza!) al tiempo de su muerte,  
Sobre puntos de honor y precedencia;  
Que la ambicion es enemigo fuerte,  
Y á fuerza no se rinde de elocuencia,  
Hasta que el peso vencedor le humilla  
Del vivo ejemplo de humildad sencilla.

Por eso Cristo procuró vencello  
Con humildad de Dios, ¡ejemplo extraño!  
Y echando della y de su amor el sello,  
El peligro impedir, mostrar el daño:  
Cortó con este filo el duro cuello  
A aquel sabroso y deleznable engaño  
Que á su noble y amada compañía,  
De viento llena y de ambicion tenía.



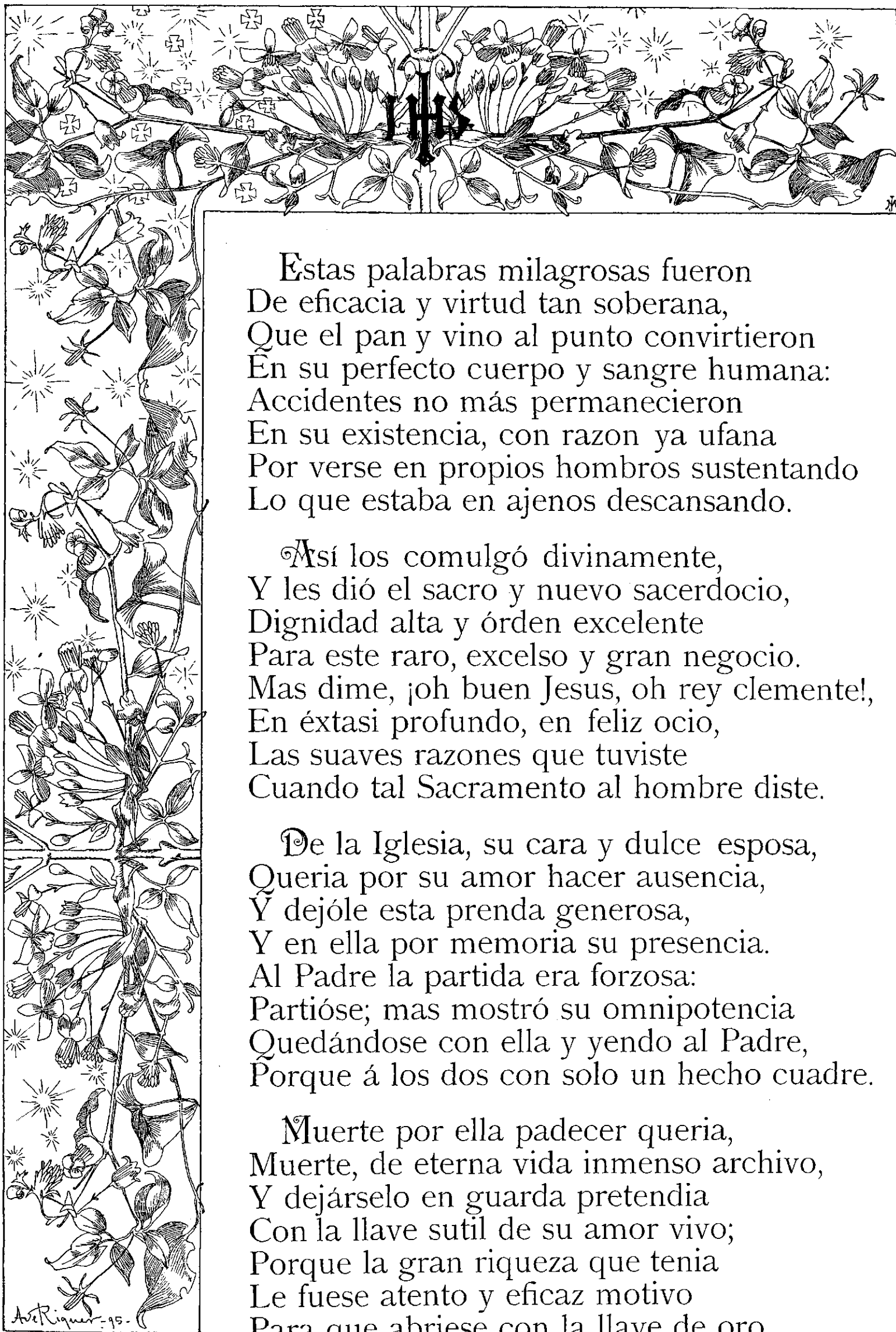
Esto acabado, en la segunda mesa  
Cuerpo y sangre en sustento y en bebida  
Darles quiso, y cumplirles la promesa  
Del verdadero vino y pan de vida.  
Aquí salió la gracia de represa,  
Y Dios hizo mercedes sin medida,  
Pues en manjar su cuerpo dió guisado,  
Y su sangre en potaje regalado.

En la cena pascual se acostumbraba  
Que á la mesa postrera se pusiese  
El plato de lechugas que restaba,  
Y en sopas hasta el fin se consumiese;  
Y un pan, que en los manteles se guardaba,  
Despues de todo aquesto se comiese  
En partes dividido, y luego el vino  
Se diese de uno en otro al más vecino.

Pues consumido así el manjar primero,  
Tomó Cristo en sus manos venerables  
Y con semblante amigo el pan entero,  
Y dijo estas palabras admirables:  
«Tomad: este es mi cuerpo verdadero;  
Comedlo, mis discípulos amables.»  
¡Oh gran manjar! Aquesto iba diciendo,  
Y el sacro pan á todos repartiendo.

Tomó el cáliz tambien de vino aguado,  
Y con su boca santa lo bendijo;  
Y el rostro en devocion y amor bañado,  
Dió gracias á su Padre, y luego dijo:  
«Bebed, ¡oh generoso apostolado  
Que el mismo Dios encomendó á su Hijo!  
Ésta es mi sangre, y nuevo testamento,  
Que se ha de derramar en mi tormento.»



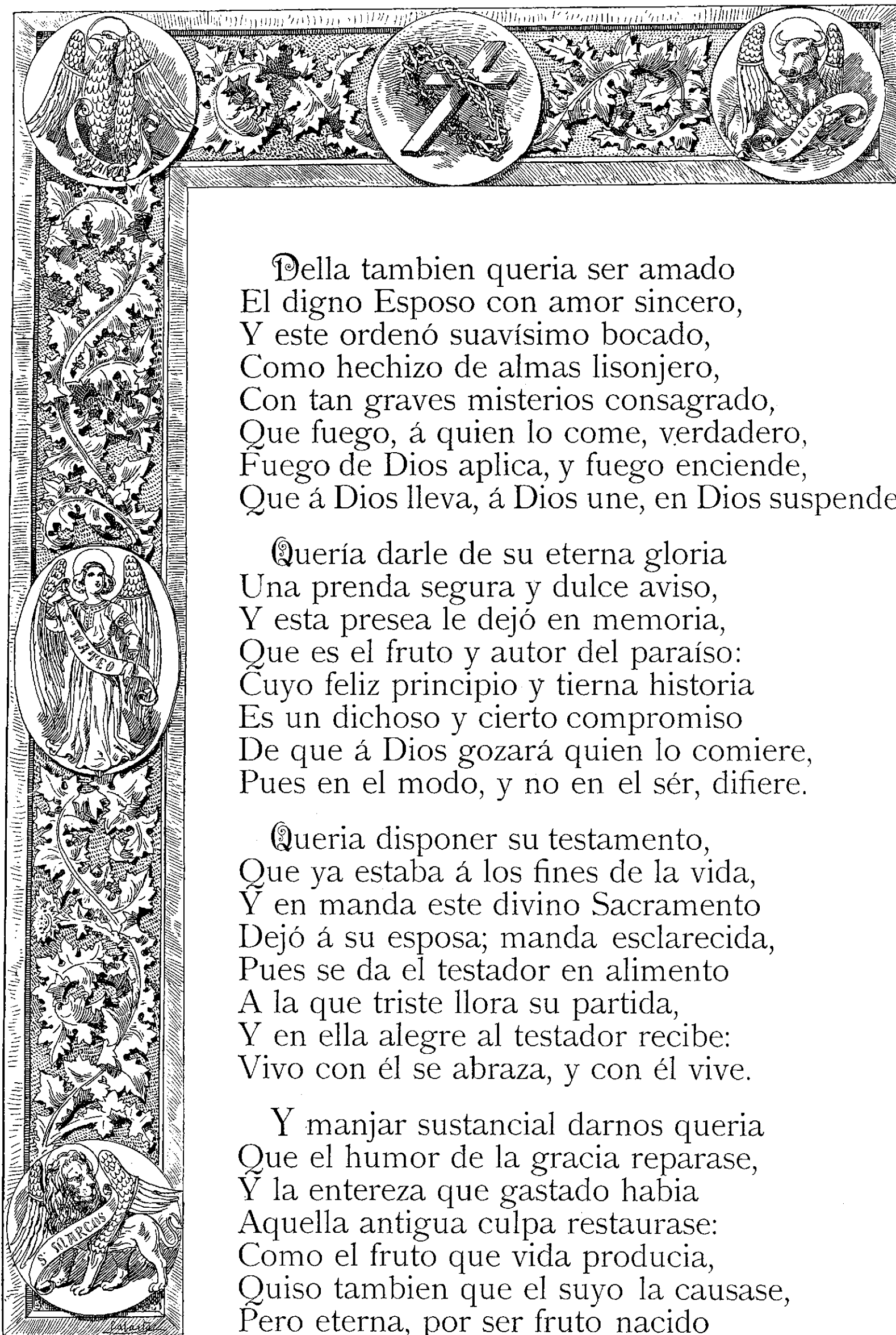


Estas palabras milagrosas fueron  
De eficacia y virtud tan soberana,  
Que el pan y vino al punto convirtieron  
En su perfecto cuerpo y sangre humana:  
Accidentes no más permanecieron  
En su existencia, con razon ya ufana  
Por verse en propios hombros sustentando  
Lo que estaba en ajenos descansando.

Así los comulgó divinamente,  
Y les dió el sacro y nuevo sacerdocio,  
Dignidad alta y órden excelente  
Para este raro, excelso y gran negocio.  
Mas dime, ¡oh buen Jesus, oh rey clemente!,  
En éxtasi profundo, en feliz ocio,  
Las suaves razones que tuviste  
Cuando tal Sacramento al hombre diste.

De la Iglesia, su cara y dulce esposa,  
Quería por su amor hacer ausencia,  
Y dejóle esta prenda generosa,  
Y en ella por memoria su presencia.  
Al Padre la partida era forzosa:  
Partióse; mas mostró su omnipotencia  
Quedándose con ella y yendo al Padre,  
Porque á los dos con solo un hecho cuadre.

Muerte por ella padecer quería,  
Muerte, de eterna vida inmenso archivo,  
Y dejárselo en guarda pretendia  
Con la llave sutil de su amor vivo;  
Porque la gran riqueza que tenia  
Le fuese atento y eficaz motivo  
Para que abriese con la llave de oro,  
Y le robase, amando, su tesoro.



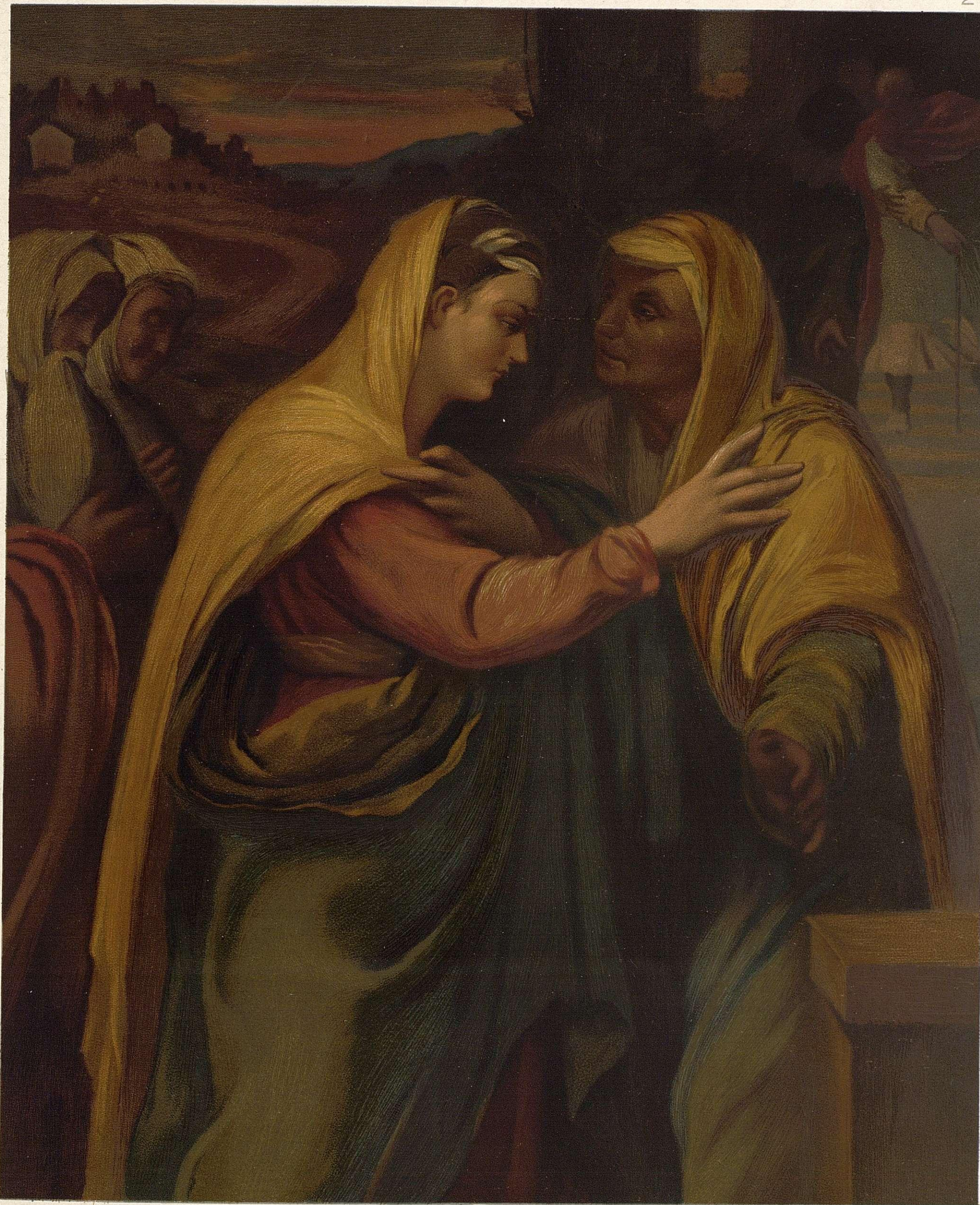
Della tambien queria ser amado  
El digno Esposo con amor sincero,  
Y este ordenó suavísimo bocado,  
Como hechizo de almas lisonjero,  
Con tan graves misterios consagrado,  
Que fuego, á quien lo come, verdadero,  
Fuego de Dios aplica, y fuego enciende,  
Que á Dios lleva, á Dios une, en Dios suspende.

Quería darle de su eterna gloria  
Una prenda segura y dulce aviso,  
Y esta preseña le dejó en memoria,  
Que es el fruto y autor del paraíso:  
Cuyo feliz principio y tierna historia  
Es un dichoso y cierto compromiso  
De que á Dios gozará quien lo comiere,  
Pues en el modo, y no en el sér, difiere.

Quería disponer su testamento,  
Que ya estaba á los fines de la vida,  
Y en manda este divino Sacramento  
Dejó á su esposa; manda esclarecida,  
Pues se da el testador en alimento  
A la que triste llora su partida,  
Y en ella alegre al testador recibe:  
Vivo con él se abraza, y con él vive.

Y manjar sustancial darnos queria  
Que el humor de la gracia reparase,  
Y la entereza que gastado habia  
Aquella antigua culpa restaurase:  
Como el fruto que vida producía,  
Quiso tambien que el suyo la causase,  
Pero eterna, por ser fruto nacido  
De Dios, y engerto al mismo Dios unido.





A. Nadal lit.

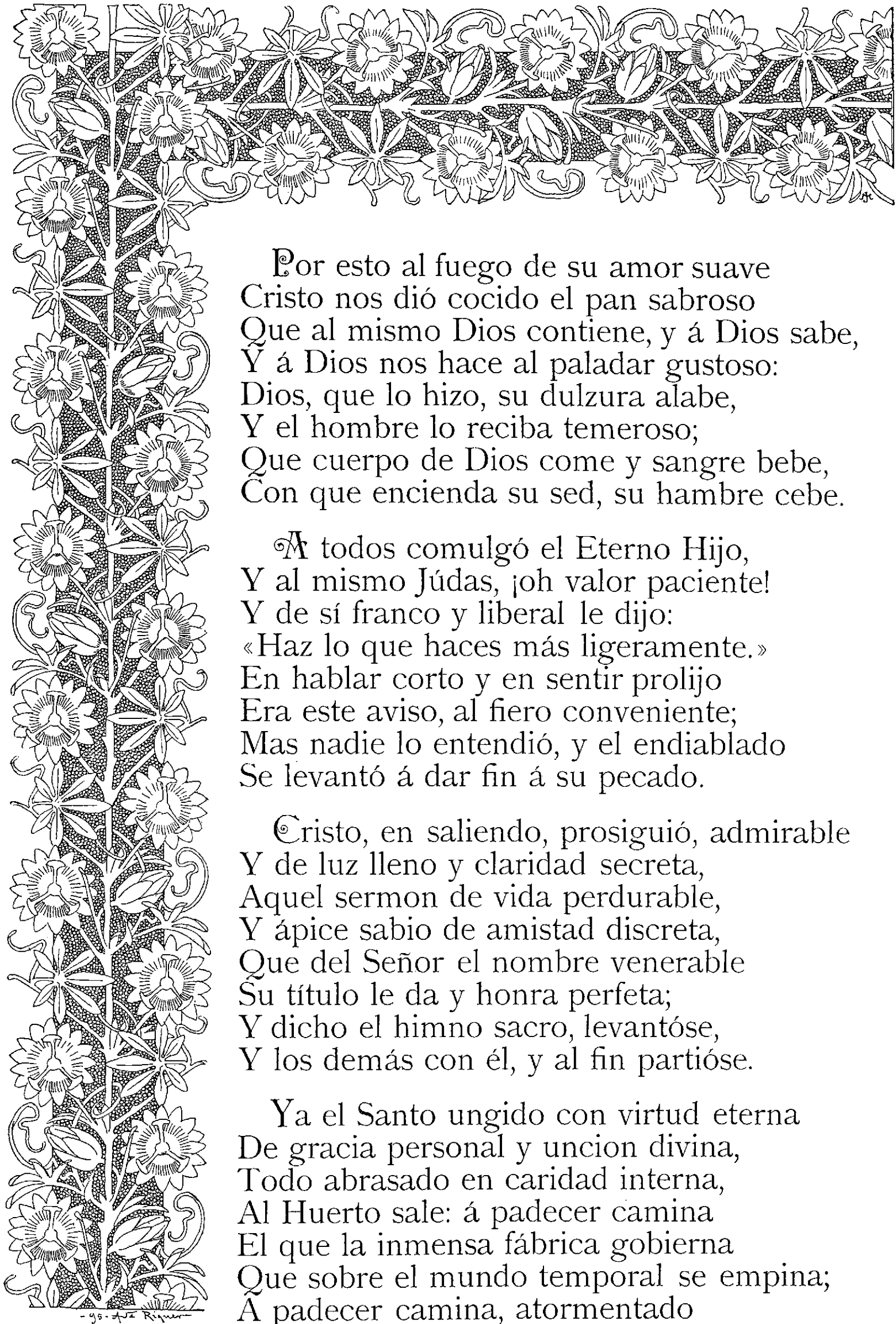
C. Castelucho cop.º

Lit. Aleu.—Barcelona.







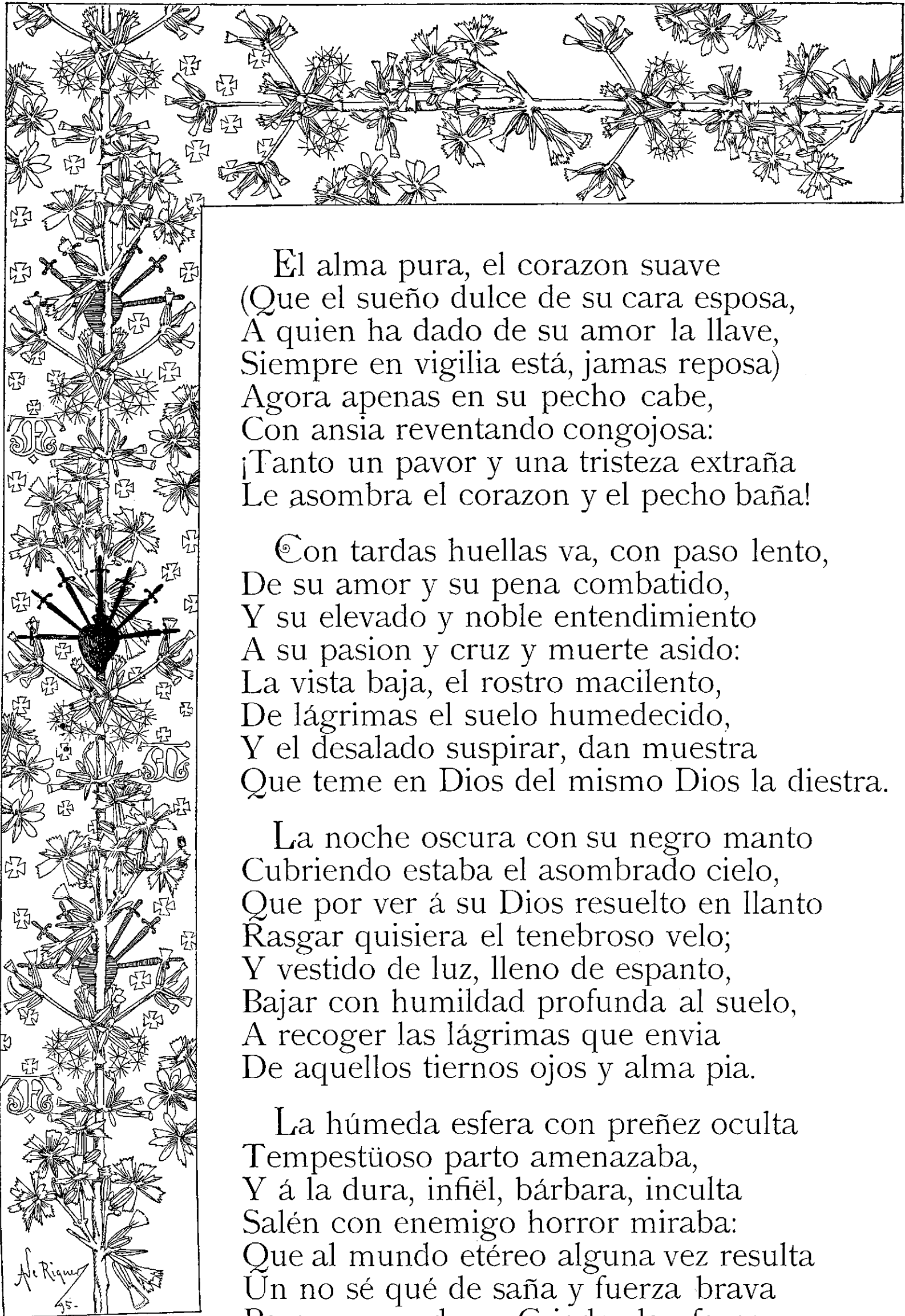


Por esto al fuego de su amor suave  
Cristo nos dió cocido el pan sabroso  
Que al mismo Dios contiene, y á Dios sabe,  
Y á Dios nos hace al paladar gustoso:  
Dios, que lo hizo, su dulzura alabe,  
Y el hombre lo reciba temeroso;  
Que cuerpo de Dios come y sangre bebe,  
Con que encienda su sed, su hambre cebe.

À todos comulgó el Eterno Hijo,  
Y al mismo Júdas, ¡oh valor paciente!  
Y de sí franco y liberal le dijo:  
«Haz lo que haces más ligeramente.»  
En hablar corto y en sentir prolijo  
Era este aviso, al fiero conveniente;  
Mas nadie lo entendió, y el endiablado  
Se levantó á dar fin á su pecado.

© Cristo, en saliendo, prosiguió, admirable  
Y de luz lleno y claridad secreta,  
Aquel sermon de vida perdurable,  
Y ápice sabio de amistad discreta,  
Que del Señor el nombre venerable  
Su título le da y honra perfeta;  
Y dicho el himno sacro, levantóse,  
Y los demás con él, y al fin partióse.

Ya el Santo ungido con virtud eterna  
De gracia personal y unción divina,  
Todo abrasado en caridad interna,  
Al Huerto sale: á padecer camina  
El que la inmensa fábrica gobierna  
Que sobre el mundo temporal se empina;  
Á padecer camina, atormentado  
De su mismo gravísimo cuidado.

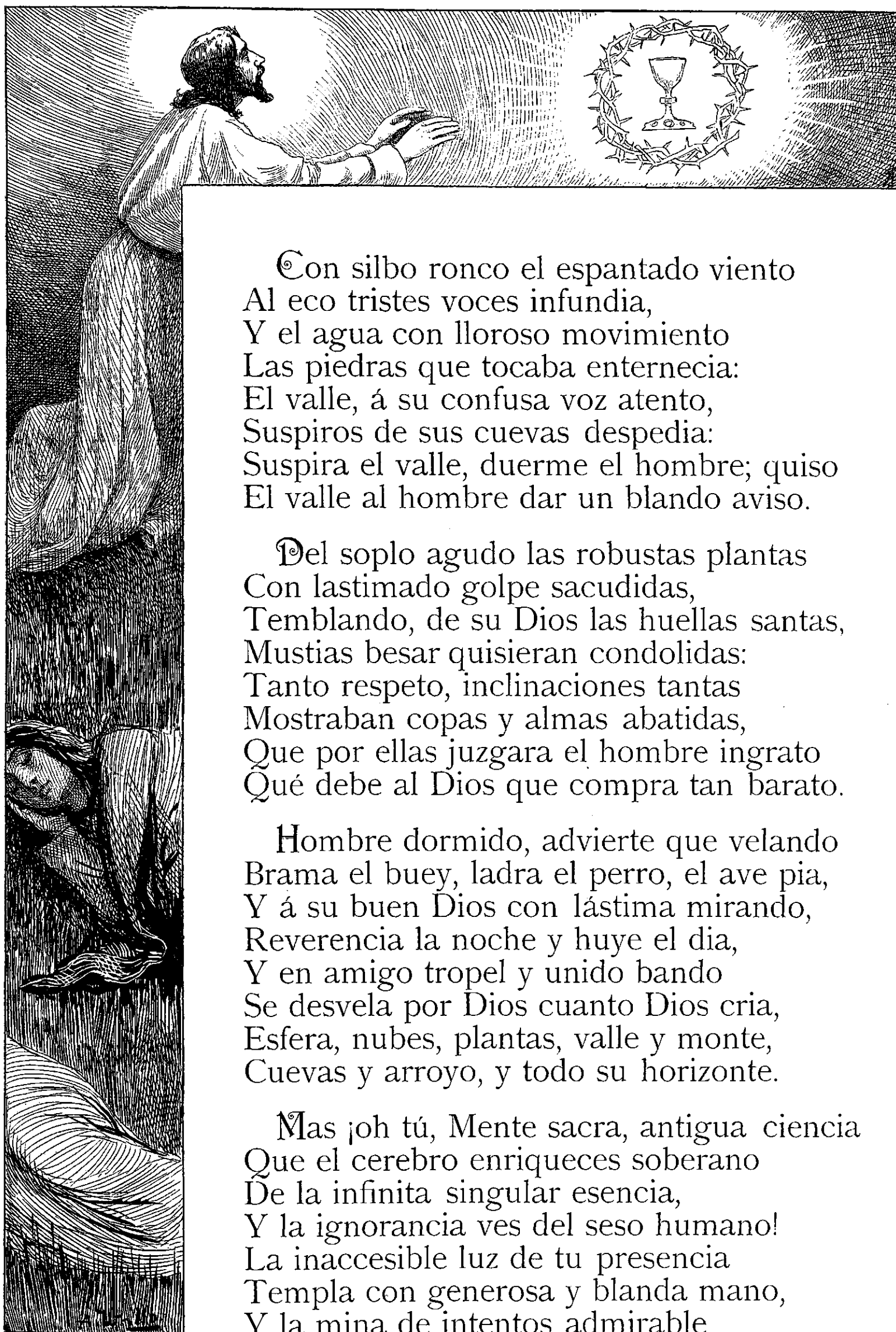


El alma pura, el corazon suave  
(Que el sueño dulce de su cara esposa,  
A quien ha dado de su amor la llave,  
Siempre en vigilia está, jamas reposa)  
Agora apenas en su pecho cabe,  
Con ansia reventando congojosa:  
¡Tanto un pavor y una tristeza extraña  
Le asombra el corazon y el pecho baña!

Con tardas huellas va, con paso lento,  
De su amor y su pena combatido,  
Y su elevado y noble entendimiento  
A su pasion y cruz y muerte asido:  
La vista baja, el rostro macilento,  
De lágrimas el suelo humedecido,  
Y el desalado suspirar, dan muestra  
Que teme en Dios del mismo Dios la diestra.

La noche oscura con su negro manto  
Cubriendo estaba el asombrado cielo,  
Que por ver á su Dios resuelto en llanto  
Rasgar quisiera el tenebroso velo;  
Y vestido de luz, lleno de espanto,  
Bajar con humildad profunda al suelo,  
A recoger las lágrimas que envia  
De aquellos tiernos ojos y alma pia.

La húmeda esfera con preñez oculta  
Tempestüoso parto amenazaba,  
Y á la dura, infiel, bárbara, inculta  
Salén con enemigo horror miraba:  
Que al mundo etéreo alguna vez resulta  
Un no sé qué de saña y fuerza brava  
Para vengar de su Criador la ofensa,  
Cuando ménos el hombre en ella piensa.



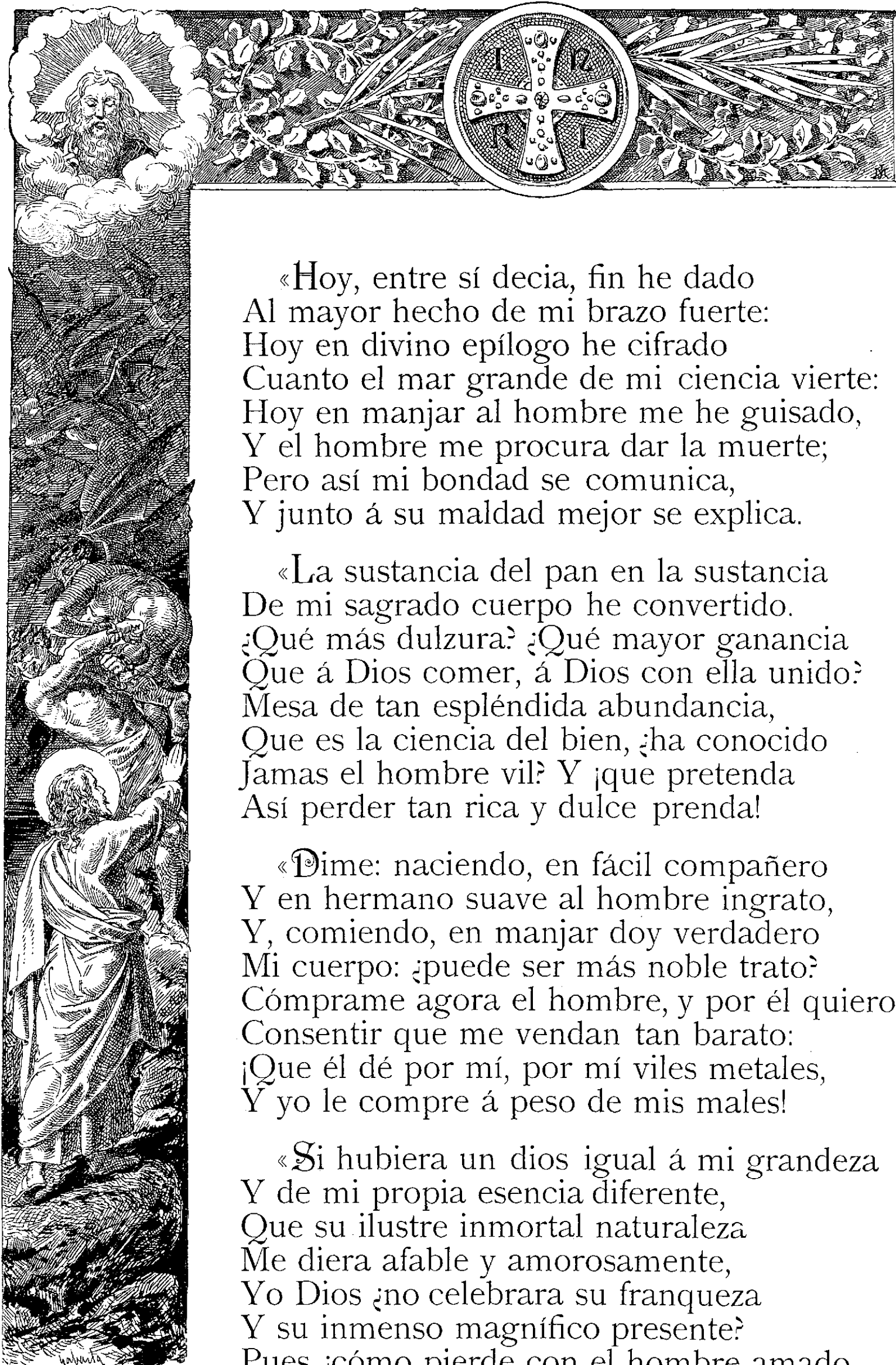
Con silbo ronco el espantado viento  
Al eco tristes voces infundia,  
Y el agua con lloroso movimiento  
Las piedras que tocaba enternecia:  
El valle, á su confusa voz atento,  
Suspiros de sus cuevas despedia:  
Suspira el valle, duerme el hombre; quiso  
El valle al hombre dar un blando aviso.

Del soplo agudo las robustas plantas  
Con lastimado golpe sacudidas,  
Temblando, de su Dios las huellas santas,  
Mustias besar quisieran condolidas:  
Tanto respeto, inclinaciones tantas  
Mostraban copas y almas abatidas,  
Que por ellas juzgara el hombre ingrato  
Qué debe al Dios que compra tan barato.

Hombre dormido, advierte que velando  
Brama el buey, ladra el perro, el ave pia,  
Y á su buen Dios con lástima mirando,  
Reverencia la noche y huye el dia,  
Y en amigo tropel y unido bando  
Se desvela por Dios cuanto Dios cria,  
Esfera, nubes, plantas, valle y monte,  
Cuevas y arroyo, y todo su horizonte.

Mas ¡oh tú, Mente sacra, antigua ciencia  
Que el cerebro enriqueces soberano  
De la infinita singular esencia,  
Y la ignorancia ves del seso humano!  
La inaccesible luz de tu presencia  
Templa con generosa y blanda mano,  
Y la mina de intentos admirable  
Me muestra de aquel pecho inescrutable.





«Hoy, entre sí decia, fin he dado  
Al mayor hecho de mi brazo fuerte:  
Hoy en divino epílogo he cifrado  
Cuanto el mar grande de mi ciencia vierte:  
Hoy en manjar al hombre me he guisado,  
Y el hombre me procura dar la muerte;  
Pero así mi bondad se comunica,  
Y junto á su maldad mejor se explica.

«La sustancia del pan en la sustancia  
De mi sagrado cuerpo he convertido.  
¿Qué más dulzura? ¿Qué mayor ganancia  
Que á Dios comer, á Dios con ella unido?  
Mesa de tan espléndida abundancia,  
Que es la ciencia del bien, ¿ha conocido  
Jamás el hombre vil? Y ¿que pretenda  
Así perder tan rica y dulce prenda!

«Dime: naciendo, en fácil compañero  
Y en hermano suave al hombre ingrato,  
Y, comiendo, en manjar doy verdadero  
Mi cuerpo: ¿puede ser más noble trato?  
Cómprame ahora el hombre, y por él quiero  
Consentir que me vendan tan barato:  
¿Que él dé por mí, por mí viles metales,  
Y yo le compre á peso de mis males!

«Si hubiera un dios igual á mi grandeza  
Y de mi propia esencia diferente,  
Que su ilustre inmortal naturaleza  
Me diera afable y amorosamente,  
Yo Dios ¿no celebrara su franqueza  
Y su inmenso magnífico presente?  
Pues ¿cómo pierde con el hombre amado  
El mismo Dios, si á Dios le ha presentado?

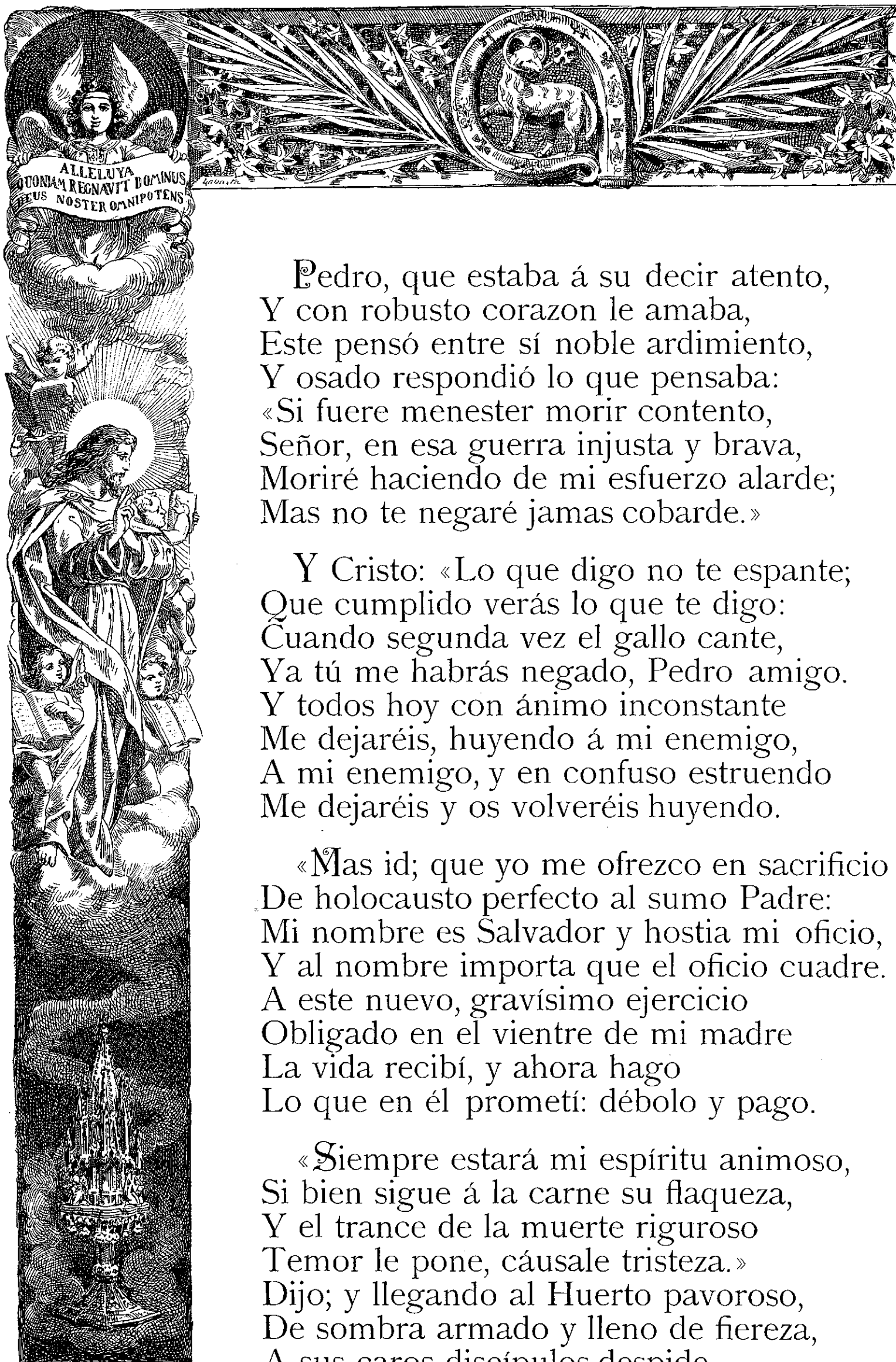


«Pierde tanto, que el pérfido enemigo  
Júdas los escuadrones solicita,  
Y en faz alegre, de apacible amigo,  
Viene á entregarme y á prenderme incita.  
¡Oh de mi puro amor fiél testigo!  
¿Tan pequeño interes te precipita?  
¡Qué mal me vendes! ¡Ay! ¡Tan poco valgo,  
Siendo ilustre cual Dios, cual Dios hidalgo!

«Prométeme á los vanos fariseos;  
Dame á los sacerdotes envidiosos;  
Ofréceme á los torpes saduceos;  
Ríndeme á los romanos ambiciosos;  
Que pues no avergonzaron tus deseos  
De Dios las manos, á tus piés lodosos  
Sujetas y lavándolos, clavadas  
Quizá en la cruz te moverán rasgadas.

«Mas ¡ay! que morirás ántes que muera  
Yo, que por tí mi santa vida entrego.  
Tente, Júdas amigo, espera, espera;  
Que á parar vas en el eterno fuego.  
¡Oh terrible dolor! ¡Congoja fiera!  
¡Que muera ante mi luz, de vista ciego,  
El que á ciegos dió luz y á muertos vida!  
Mas él huye la luz que le convida.»

Pensó; y á sus discípulos amados  
Dijo con ojos de piedad llorosos:  
«Vosotros hoy me dejaréis, turbados,  
Entre lanzas de bárbaros furiosos:  
Esta noche os veré escandalizados,  
De mi daño y el vuestro temerosos;  
Que, herido el pastor, las desvalidas  
Flacas ovejas quedan esparcidas.»



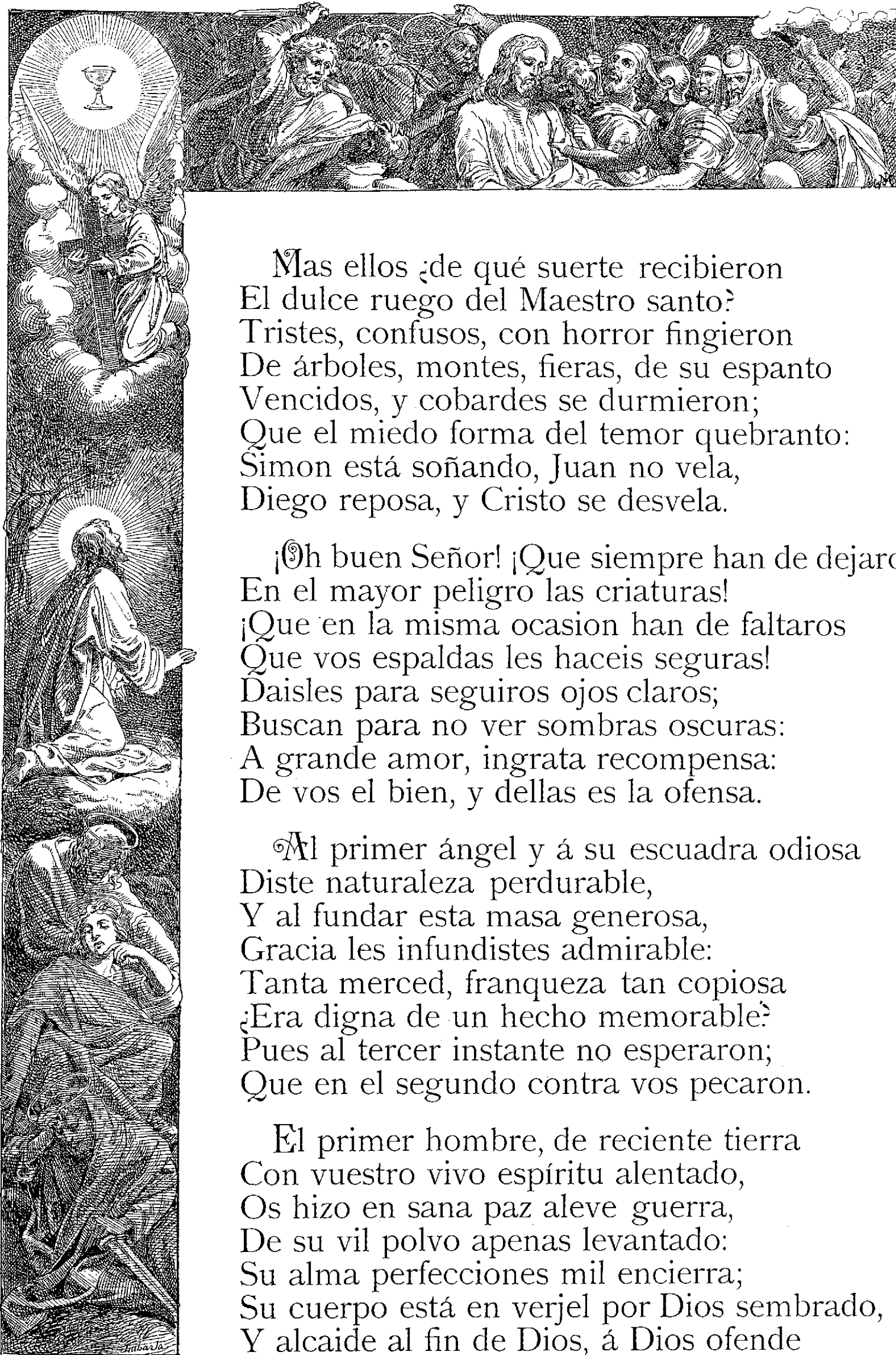
Pedro, que estaba á su decir atento,  
Y con robusto corazon le amaba,  
Este pensó entre sí noble ardimiento,  
Y osado respondió lo que pensaba:  
«Si fuere menester morir contento,  
Señor, en esa guerra injusta y brava,  
Moriré haciendo de mi esfuerzo alarde;  
Mas no te negaré jamas cobarde.»

Y Cristo: «Lo que digo no te espante;  
Que cumplido verás lo que te digo:  
Cuando segunda vez el gallo cante,  
Ya tú me habrás negado, Pedro amigo.  
Y todos hoy con ánimo inconstante  
Me dejaréis, huyendo á mi enemigo,  
A mi enemigo, y en confuso estruendo  
Me dejaréis y os volveréis huyendo.

«Mas id; que yo me ofrezco en sacrificio  
De holocausto perfecto al sumo Padre:  
Mi nombre es Salvador y hostia mi oficio,  
Y al nombre importa que el oficio cuadre.  
A este nuevo, gravísimo ejercicio  
Obligado en el vientre de mi madre  
La vida recibí, y ahora hago  
Lo que en él prometí: débolo y pago.

«Siempre estará mi espíritu animoso,  
Si bien sigue á la carne su flaqueza,  
Y el trance de la muerte riguroso  
Temor le pone, cáusale tristeza.»  
Dijo; y llegando al Huerto pavoroso,  
De sombra armado y lleno de fiereza,  
A sus caros discípulos despide,  
Y un hora sola de oracion les pide.



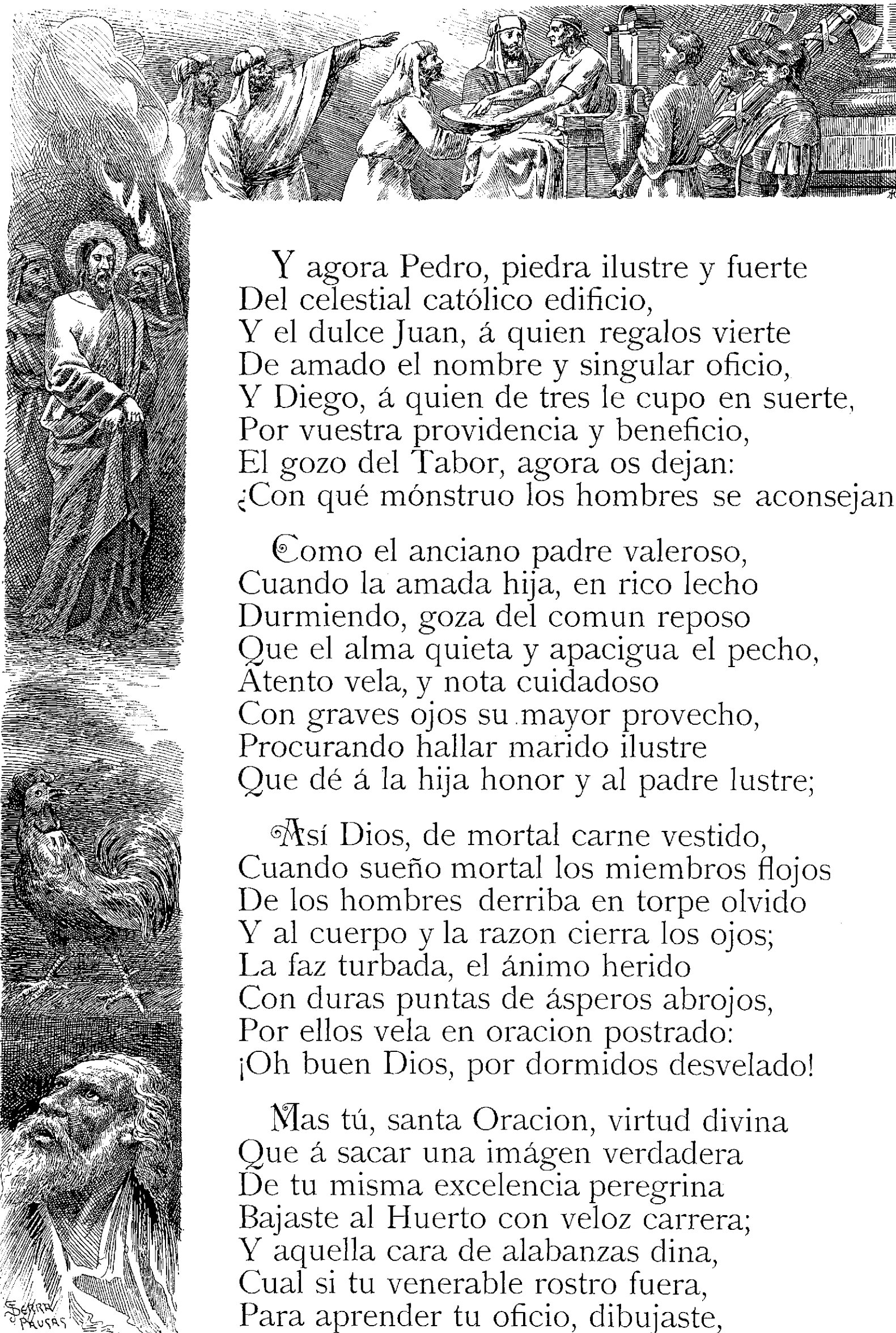


Mas ellos ¿de qué suerte recibieron  
El dulce ruego del Maestro santo?  
Tristes, confusos, con horror fingieron  
De árboles, montes, fieras, de su espanto  
Vencidos, y cobardes se durmieron;  
Que el miedo forma del temor quebranto:  
Simon está soñando, Juan no vela,  
Diego reposa, y Cristo se desvela.

¡Oh buen Señor! ¡Que siempre han de dejaros  
En el mayor peligro las criaturas!  
¡Que en la misma ocasion han de faltaros  
Que vos espaldas les haceis seguras!  
Daisles para seguiros ojos claros;  
Buscan para no ver sombras oscuras:  
A grande amor, ingrata recompensa:  
De vos el bien, y dellas es la ofensa.

Al primer ángel y á su escuadra odiosa  
Diste naturaleza perdurable,  
Y al fundar esta masa generosa,  
Gracia les infundistes admirable:  
Tanta merced, franqueza tan copiosa  
¿Era digna de un hecho memorable?  
Pues al tercer instante no esperaron;  
Que en el segundo contra vos pecaron.

El primer hombre, de reciente tierra  
Con vuestro vivo espíritu alentado,  
Os hizo en sana paz aleve guerra,  
De su vil polvo apenas levantado:  
Su alma perfecciones mil encierra;  
Su cuerpo está en verjel por Dios sembrado,  
Y alcaide al fin de Dios, á Dios ofende  
En el mismo castillo que defiende.



Y agora Pedro, piedra ilustre y fuerte  
Del celestial católico edificio,  
Y el dulce Juan, á quien regalos vierte  
De amado el nombre y singular oficio,  
Y Diego, á quien de tres le cupo en suerte,  
Por vuestra providencia y beneficio,  
El gozo del Tabor, agora os dejan:  
¿Con qué mónstruo los hombres se aconsejan?

Como el anciano padre valeroso,  
Cuando la amada hija, en rico lecho  
Durmiendo, goza del comun reposo  
Que el alma quieta y apacigua el pecho,  
Atento vela, y nota cuidadoso  
Con graves ojos su mayor provecho,  
Procurando hallar marido ilustre  
Que dé á la hija honor y al padre lustre;

Así Dios, de mortal carne vestido,  
Cuando sueño mortal los miembros flojos  
De los hombres derriba en torpe olvido  
Y al cuerpo y la razon cierra los ojos;  
La faz turbada, el ánimo herido  
Con duras puntas de ásperos abrojos,  
Por ellos vela en oracion postrado:  
¡Oh buen Dios, por dormidos desvelado!

Mas tú, santa Oracion, virtud divina  
Que á sacar una imágen verdadera  
De tu misma excelencia peregrina  
Bajaste al Huerto con veloz carrera;  
Y aquella cara de alabanzas dina,  
Cual si tu venerable rostro fuera,  
Para aprender tu oficio, dibujaste,  
¿Qué viste, ¡oh gran virtud!, y qué pintaste?



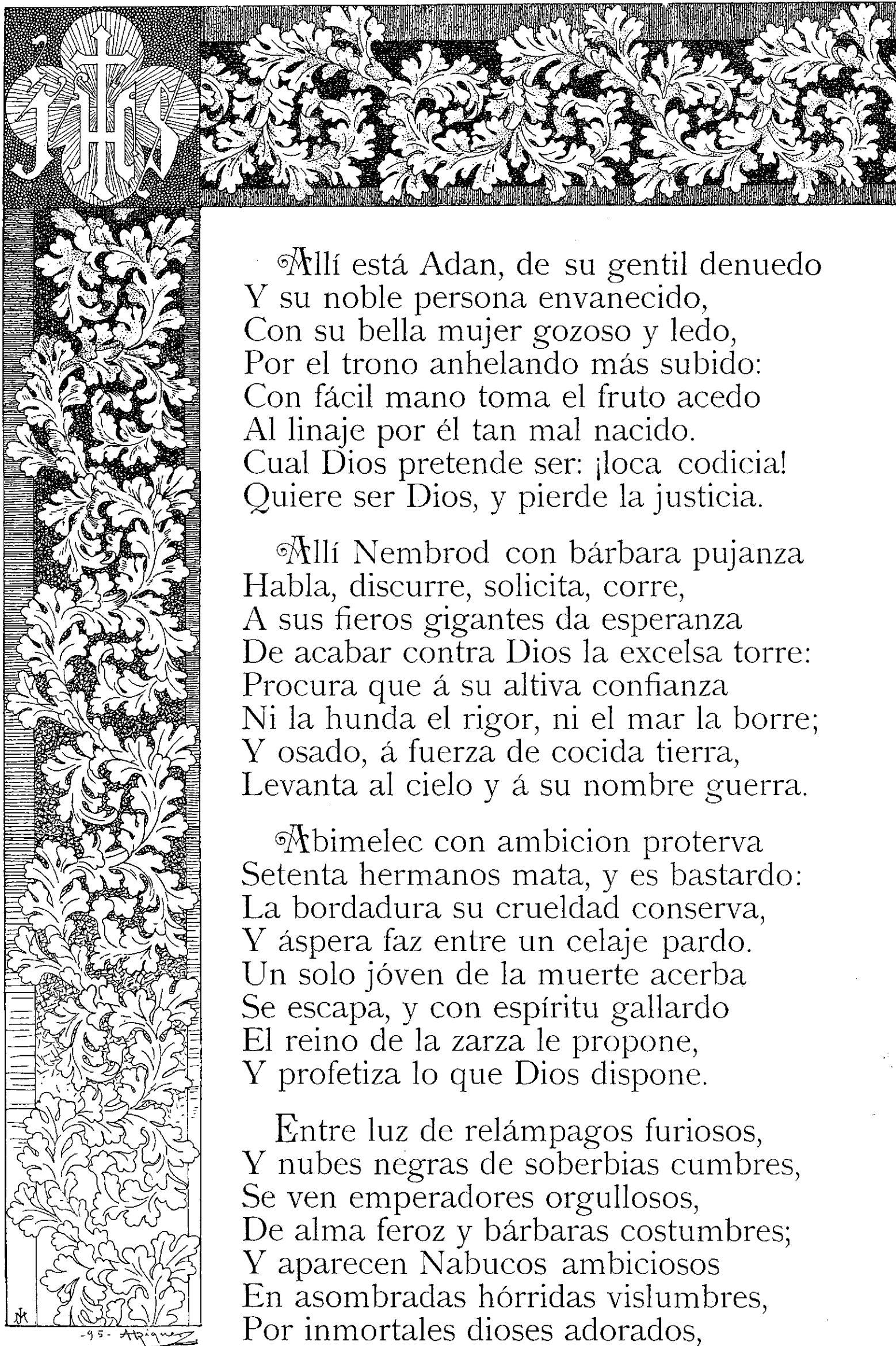
Viste que léjos de sus tres amigos,  
Y como de tres partes arrancado,  
Fué á lidiar con sus fieros enemigos,  
Para vencer en tierra derribado:  
Viste que hizo de su afan testigos  
A los hombres, por ellos humillado,  
En sí mismo tomando los dolores  
Dellos, como fiador de pecadores.

Así es verdad; que en su tragedia triste  
La figura de todos representa,  
Y de sus culpas una ropa viste  
Tejada en maldicion, hecha en afrenta:  
Vistiósela, y agora no resiste  
Ser echado por ella en la tormenta  
Cual otro Jonas; ántes le parece  
Que ya perdon con ella les merece.

Por eso, cual si fuera miserable  
Injusto pecador, se postra en tierra,  
Y barre con su rostro venerable  
El polvo que á Dios hizo tanta guerra.  
La vestidura, pues, abominable  
De siete fajas consta, y siete encierra,  
Tejidas de pecados, telas varias,  
Si bien unidas, entre sí contrarias.

En la primera está la majestosa  
Libre *Soberbia*, grave y empinada,  
En una silla de marfil preciosa  
Con ancha pompa de ambicion sentada:  
Corona de oro ciñe su enojosa  
Descomedida frente; y su hinchada,  
Enhiesta, cruel garganta, collar rico  
Para lo que le arrastra el mundo es chico.



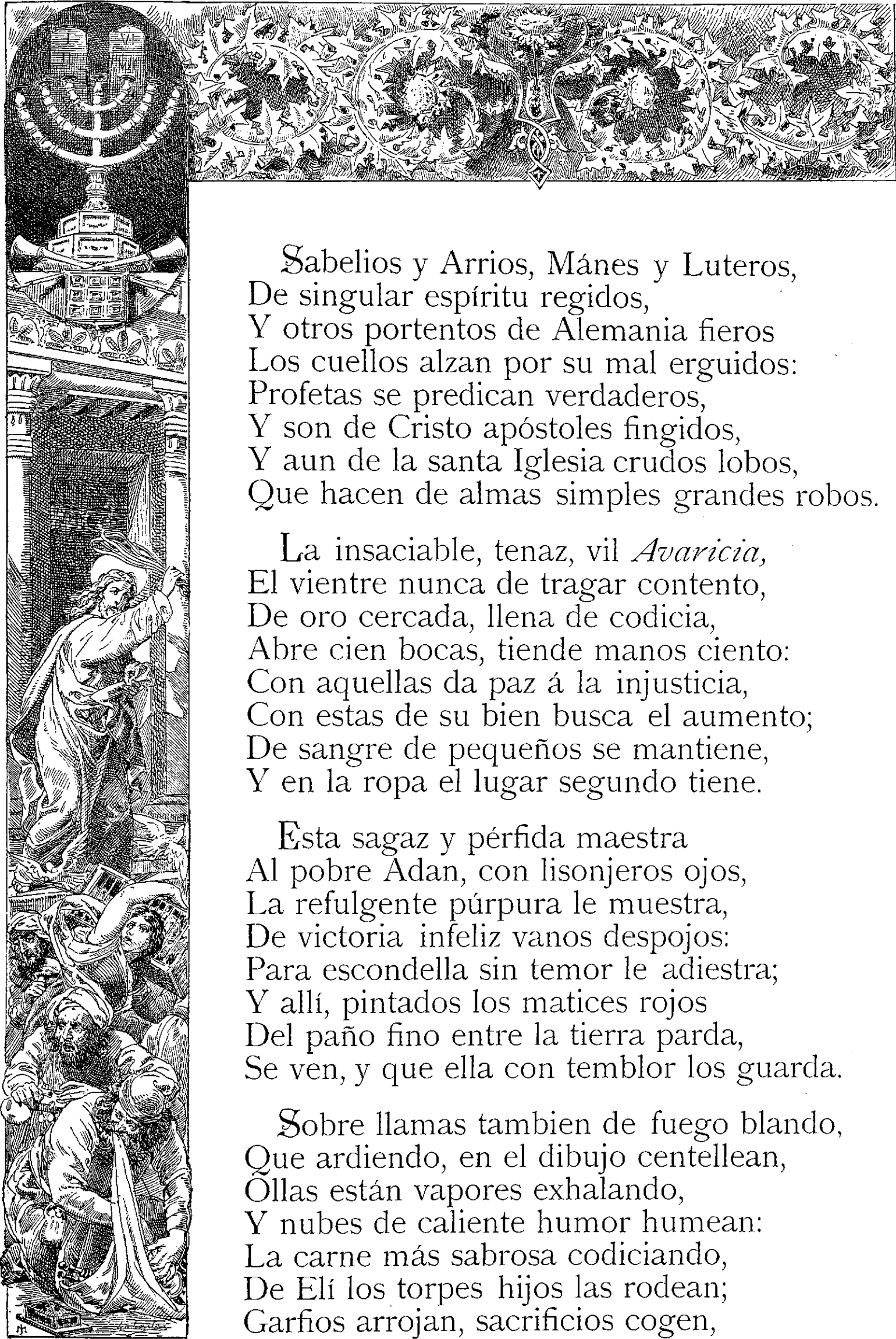


Allí está Adan, de su gentil denuedo  
Y su noble persona envanecido,  
Con su bella mujer gozoso y ledó,  
Por el trono anhelando más subido:  
Con fácil mano toma el fruto acedo  
Al linaje por él tan mal nacido.  
Cual Dios pretende ser: ¡loca codicia!  
Quiere ser Dios, y pierde la justicia.

Allí Nembrod con bárbara pujanza  
Habla, discurre, solícita, corre,  
A sus fieros gigantes da esperanza  
De acabar contra Dios la excelsa torre:  
Procura que á su altiva confianza  
Ni la hunda el rigor, ni el mar la borre;  
Y osado, á fuerza de cocida tierra,  
Levanta al cielo y á su nombre guerra.

Abimelec con ambicion proterva  
Setenta hermanos mata, y es bastardo:  
La bordadura su crueldad conserva,  
Y áspera faz entre un celaje pardo.  
Un solo jóven de la muerte acerba  
Se escapa, y con espíritu gallardo  
El reino de la zarza le propone,  
Y profetiza lo que Dios dispone.

Entre luz de relámpagos furiosos,  
Y nubes negras de soberbias cumbres,  
Se ven emperadores orgullosos,  
De alma feroz y bárbaras costumbres;  
Y aparecen Nabucos ambiciosos  
En asombradas hórridas vislumbres,  
Por inmortales dioses adorados,  
Y á la muerte y á vicios mil postrados.

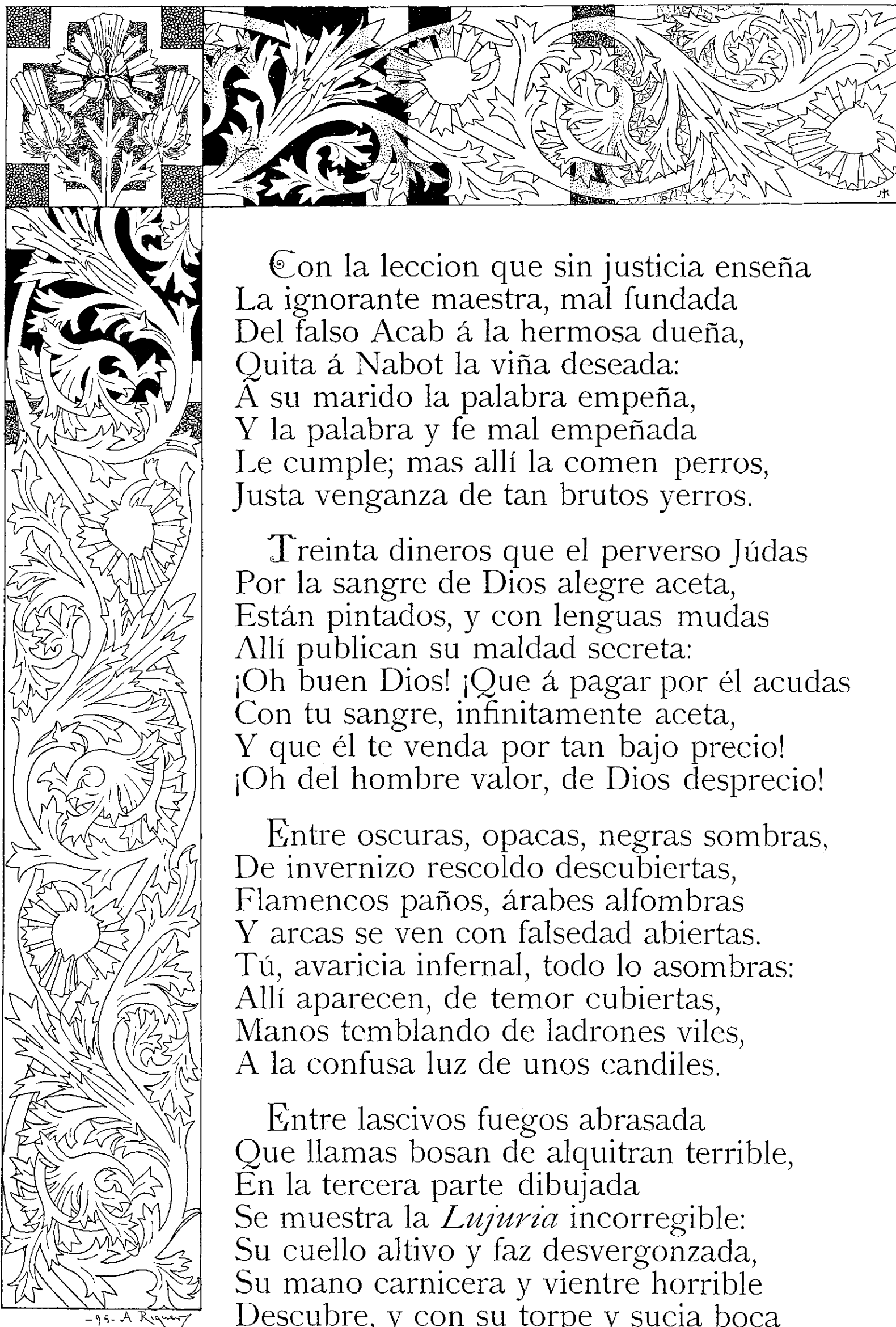


Sabelios y Arrios, Mánes y Luterros,  
De singular espíritu regidos,  
Y otros portentos de Alemania fieros  
Los cuellos alzan por su mal erguidos:  
Profetas se predicán verdaderos,  
Y son de Cristo apóstoles fingidos,  
Y aun de la santa Iglesia crudos lobos,  
Que hacen de almas simples grandes robos.

La insaciable, tenaz, vil *Avaricia*,  
El vientre nunca de tragar contento,  
De oro cercada, llena de codicia,  
Abre cien bocas, tiende manos ciento:  
Con aquellas da paz á la injusticia,  
Con estas de su bien busca el aumento;  
De sangre de pequeños se mantiene,  
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Esta sagaz y pérfida maestra  
Al pobre Adán, con lisonjeros ojos,  
La refulgente púrpura le muestra,  
De victoria infeliz vanos despojos:  
Para escondella sin temor le adiestra;  
Y allí, pintados los matices rojos  
Del paño fino entre la tierra parda,  
Se ven, y que ella con temblor los guarda.

Sobre llamas también de fuego blando,  
Que ardiendo, en el dibujo centellean,  
Óllas están vapores exhalando,  
Y nubes de caliente humor humean:  
La carne más sabrosa codiciando,  
De Elí los torpes hijos las rodean;  
Garfios arrojan, sacrificios cogen,  
Y ántes de tiempo lo mejor escogen.



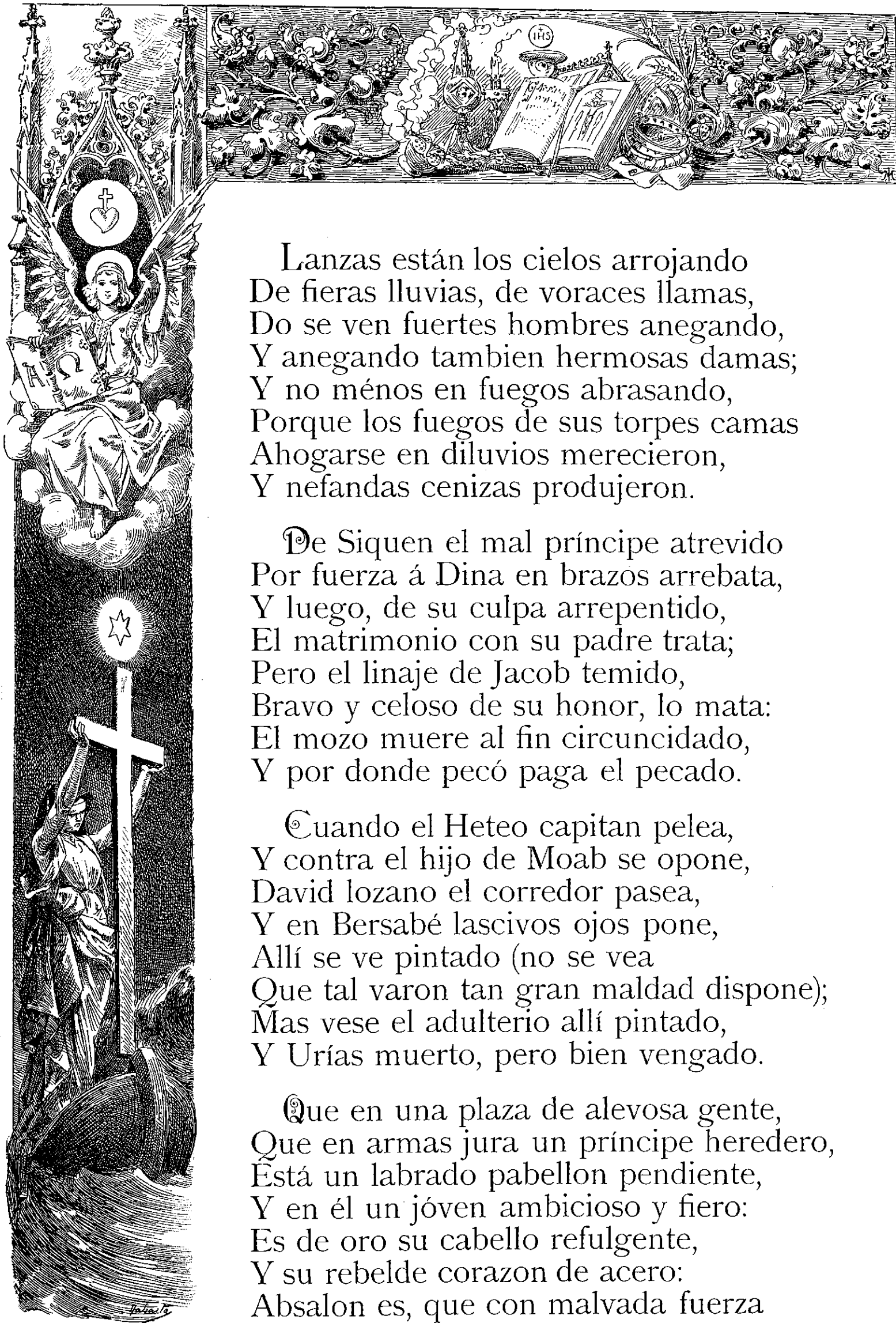
Con la leccion que sin justicia enseña  
La ignorante maestra, mal fundada  
Del falso Acab á la hermosa dueña,  
Quita á Nabot la viña deseada:  
A su marido la palabra empeña,  
Y la palabra y fe mal empeñada  
Le cumple; mas allí la comen perros,  
Justa venganza de tan brutos yerros.

Treinta dineros que el perverso Júdas  
Por la sangre de Dios alegre aceta,  
Están pintados, y con lenguas mudas  
Allí publican su maldad secreta:  
¡Oh buen Dios! ¡Que á pagar por él acudas  
Con tu sangre, infinitamente aceta,  
Y que él te venda por tan bajo precio!  
¡Oh del hombre valor, de Dios desprecio!

Entre oscuras, opacas, negras sombras,  
De invernizo rescoldo descubiertas,  
Flamencos paños, árabes alfombras  
Y arcas se ven con falsedad abiertas.  
Tú, avaricia infernal, todo lo asombras:  
Allí aparecen, de temor cubiertas,  
Manos temblando de ladrones viles,  
A la confusa luz de unos candiles.

Entre lascivos fuegos abrasada  
Que llamas bosan de alquitran terrible,  
En la tercera parte dibujada  
Se muestra la *Lujuria* incorregible:  
Su cuello altivo y faz desvergonzada,  
Su mano carnicera y vientre horrible  
Descubre, y con su torpe y sucia boca  
A la encendida juventud provoca.



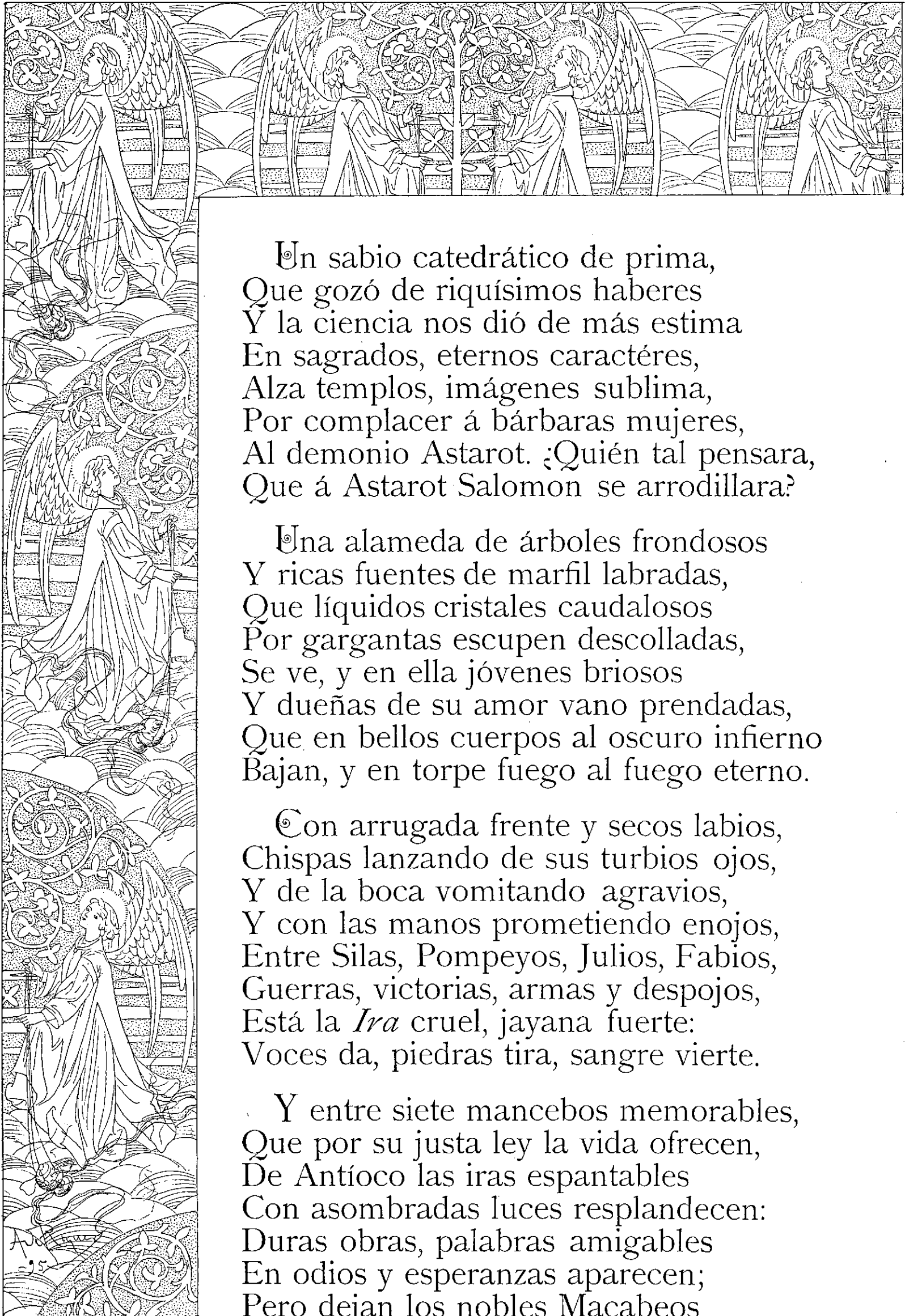


Lanzas están los cielos arrojando  
De fieras lluvias, de voraces llamas,  
Do se ven fuertes hombres anegando,  
Y anegando también hermosas damas;  
Y no ménos en fuegos abrasando,  
Porque los fuegos de sus torpes camas  
Ahogarse en diluvios merecieron,  
Y nefandas cenizas produjeron.

De Siquen el mal príncipe atrevido  
Por fuerza á Dina en brazos arrebató,  
Y luego, de su culpa arrepentido,  
El matrimonio con su padre trata;  
Pero el linaje de Jacob temido,  
Bravo y celoso de su honor, lo mata:  
El mozo muere al fin circuncidado,  
Y por donde pecó paga el pecado.

Cuando el Heteo capitán pelea,  
Y contra el hijo de Moab se opone,  
David lozano el corredor pasea,  
Y en Bersabé lascivos ojos pone,  
Allí se ve pintado (no se vea  
Que tal varón tan gran maldad dispone);  
Mas vese el adulterio allí pintado,  
Y Urías muerto, pero bien vengado.

Que en una plaza de alevosa gente,  
Que en armas jura un príncipe heredero,  
Éstá un labrado pabellón pendiente,  
Y en él un jóven ambicioso y fiero:  
Es de oro su cabello refulgente,  
Y su rebelde corazón de acero:  
Absalón es, que con malvada fuerza  
Las concubinas de su padre fuerza.

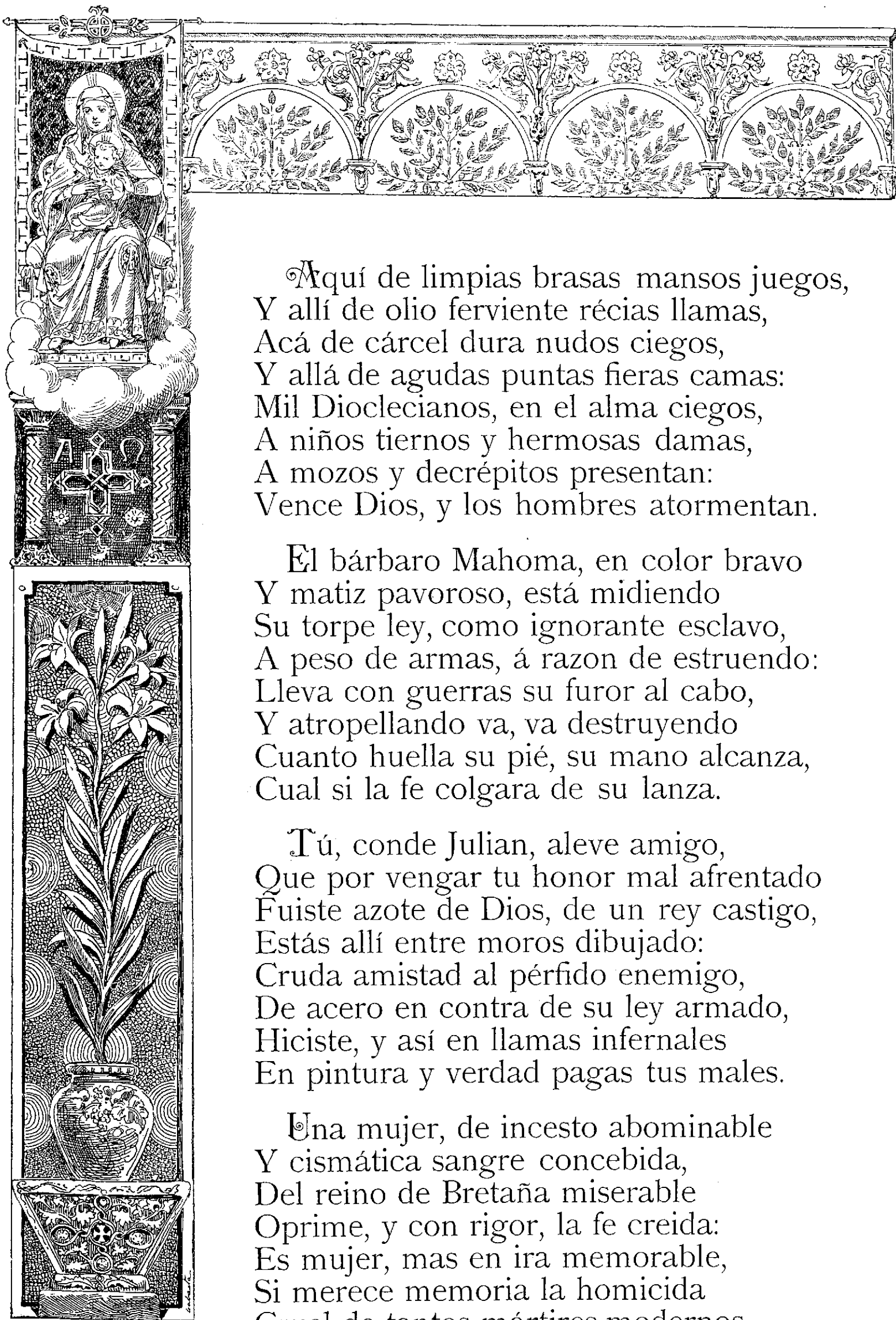


Un sabio catedrático de prima,  
Que gozó de riquísimos haberes  
Y la ciencia nos dió de más estima  
En sagrados, eternos caracteres,  
Alza templos, imágenes sublima,  
Por complacer á bárbaras mujeres,  
Al demonio Astarot. ¿Quién tal pensara,  
Que á Astarot Salomon se arrodillara?

Una alameda de árboles frondosos  
Y ricas fuentes de marfil labradas,  
Que líquidos cristales caudalosos  
Por gargantas escupen descolladas,  
Se ve, y en ella jóvenes briosos  
Y dueñas de su amor vano prendadas,  
Que en bellos cuerpos al oscuro infierno  
Bajan, y en torpe fuego al fuego eterno.

Con arrugada frente y secos labios,  
Chispas lanzando de sus turbios ojos,  
Y de la boca vomitando agravios,  
Y con las manos prometiendo enojos,  
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,  
Guerras, victorias, armas y despojos,  
Está la *Ira* cruel, jayana fuerte:  
Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Y entre siete mancebos memorables,  
Que por su justa ley la vida ofrecen,  
De Antíoco las iras espantables  
Con asombradas luces resplandecen:  
Duras obras, palabras amigables  
En odios y esperanzas aparecen;  
Pero dejan los nobles Macabeos  
De sí memoria, de su ley trofeos.



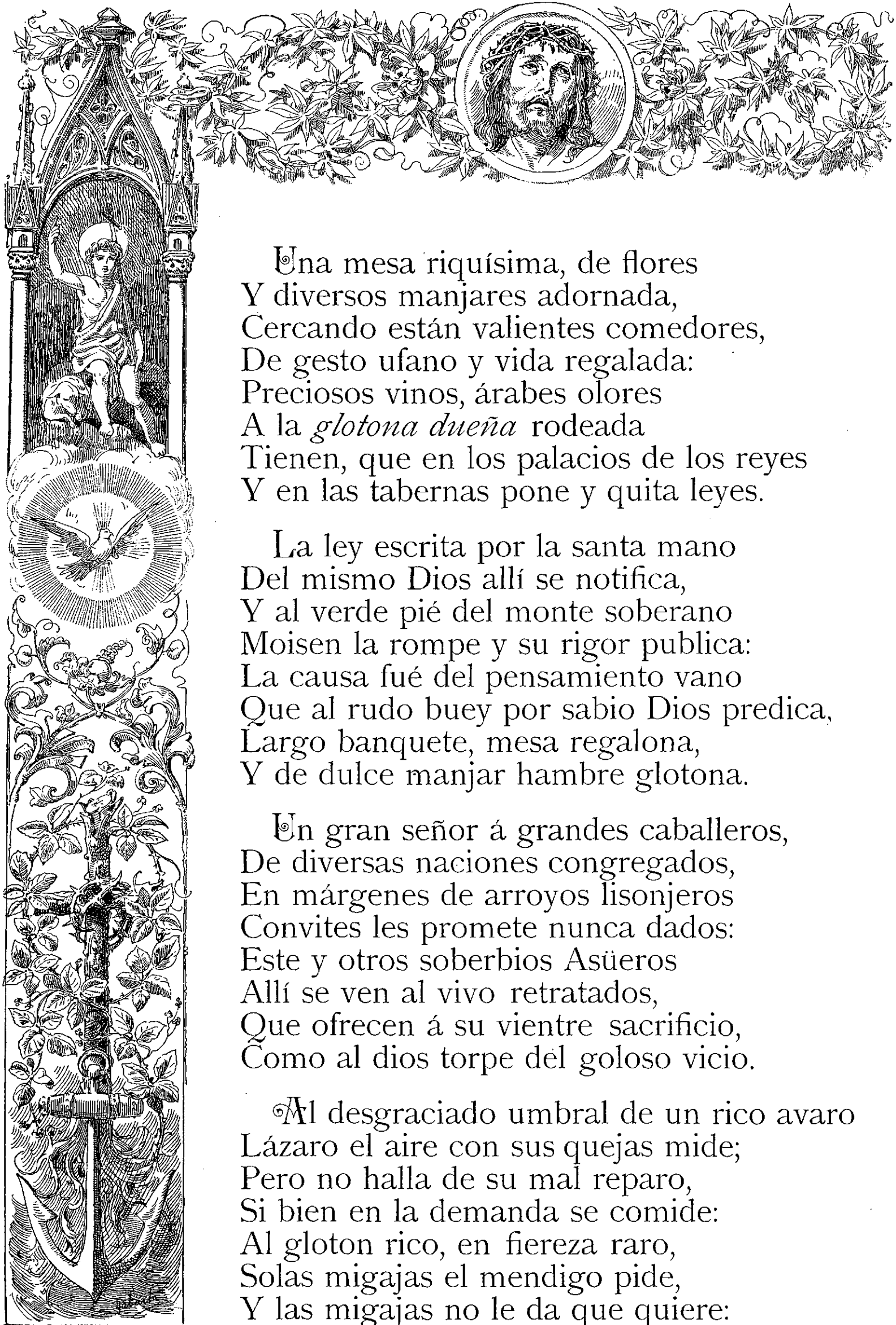
¶ Aquí de limpias brasas mansos juegos,  
Y allí de olio ferviente récias llamas,  
Acá de cárcel dura nudos ciegos,  
Y allá de agudas puntas fieras camas:  
Mil Dioclecianos, en el alma ciegos,  
A niños tiernos y hermosas damas,  
A mozos y decrépitos presentan:  
Vence Dios, y los hombres atormentan.

El bárbaro Mahoma, en color bravo  
Y matiz pavoroso, está midiendo  
Su torpe ley, como ignorante esclavo,  
A peso de armas, á razon de estruendo:  
Lleva con guerras su furor al cabo,  
Y atropellando va, va destruyendo  
Cuanto huella su pié, su mano alcanza,  
Cual si la fe colgara de su lanza.

Tú, conde Julian, aleve amigo,  
Que por vengar tu honor mal afrentado  
Fuiste azote de Dios, de un rey castigo,  
Estás allí entre moros dibujado:  
Cruda amistad al pérfido enemigo,  
De acero en contra de su ley armado,  
Hiciste, y así en llamas infernales  
En pintura y verdad pagas tus males.

Una mujer, de incesto abominable  
Y cismática sangre concebida,  
Del reino de Bretaña miserable  
Oprime, y con rigor, la fe creida:  
Es mujer, mas en ira memorable,  
Si merece memoria la homicida  
Cruel de tantos mártires modernos,  
Dignos de resplandores siempre eternos.





Una mesa riquísima, de flores  
Y diversos manjares adornada,  
Cercando están valientes comedores,  
De gesto ufano y vida regalada:  
Preciosos vinos, árabes olores  
A la *glotona dueña* rodeada  
Tienen, que en los palacios de los reyes  
Y en las tabernas pone y quita leyes.

La ley escrita por la santa mano  
Del mismo Dios allí se notifica,  
Y al verde pié del monte soberano  
Moisen la rompe y su rigor publica:  
La causa fué del pensamiento vano  
Que al rudo buey por sabio Dios predica,  
Largo banquete, mesa regalona,  
Y de dulce manjar hambre glotona.

Un gran señor á grandes caballeros,  
De diversas naciones congregados,  
En márgenes de arroyos lisonjeros  
Convites les promete nunca dados:  
Este y otros soberbios Asüeros  
Allí se ven al vivo retratados,  
Que ofrecen á su vientre sacrificio,  
Como al dios torpe del goloso vicio.

Al desgraciado umbral de un rico avaro  
Lázaro el aire con sus quejas mide;  
Pero no halla de su mal reparo,  
Si bien en la demanda se comide:  
Al gloton rico, en fiereza raro,  
Solos migajas el mendigo pide,  
Y las migajas no le da que quiere:  
Rueda el pan, sobra el vino; el pobre muere.





A. Audet lit.

C. Castelucho cop.º

Lit. Aleu.—Barcelona.







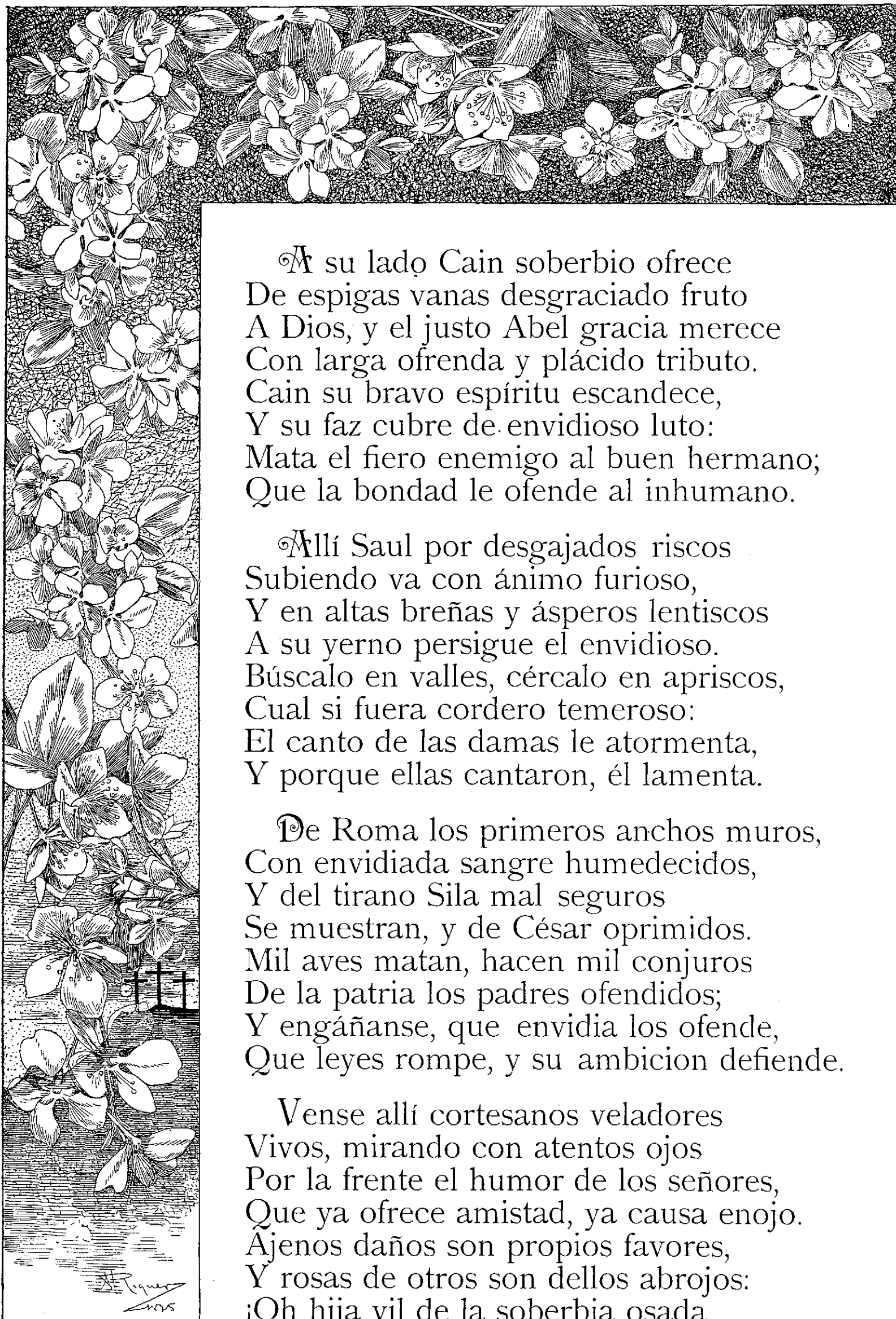


Heliogábalo está con la espumosa,  
Horrenda y sucia boca vomitando,  
Y la fuerza de Italia poderosa  
Gasta con el lascivo y torpe bando:  
Come, bebe, no duerme y no reposa,  
El vientre de manjares ahitando.  
¡Oh Rómulos valientes! ¡Numas justos!  
¿Fundóse Roma para infames gustos?

Ilustres casas, ínclitas haciendas  
Y nobles patrimonios dilatados,  
Y en peligrosas y ásperas contiendas  
A fuerza de armas y virtud ganados,  
Allí aparecen como viles prendas,  
Pobres, deshechos, rotos, disipados;  
Que de esta fiera los macizos dientes  
Los desatan en vinos excelentes.

Y tú, de la magnífica Bretaña,  
Enrique, octavo rey, total rüina,  
En una selva de grandeza extraña  
Pintado estás con arte peregrina:  
Gula tercera, acidia te acompaña,  
Lujuria á deshonesto amor te inclina,  
Sacrílega codicia te rodea,  
Ardiente ira en tus ojos centellea.

Sirven de rubias y tendidas hebras  
A la *Envidia*, de aspecto formidable,  
Ensortijadas, hórridas culebras,  
Que le ciñen el cuello abominable:  
Ésta los yerros ve, mira las quiebras  
De la gente en virtudes admirable,  
Y descubre los mínimos defetos  
Que entre alabanzas mil están secretos.

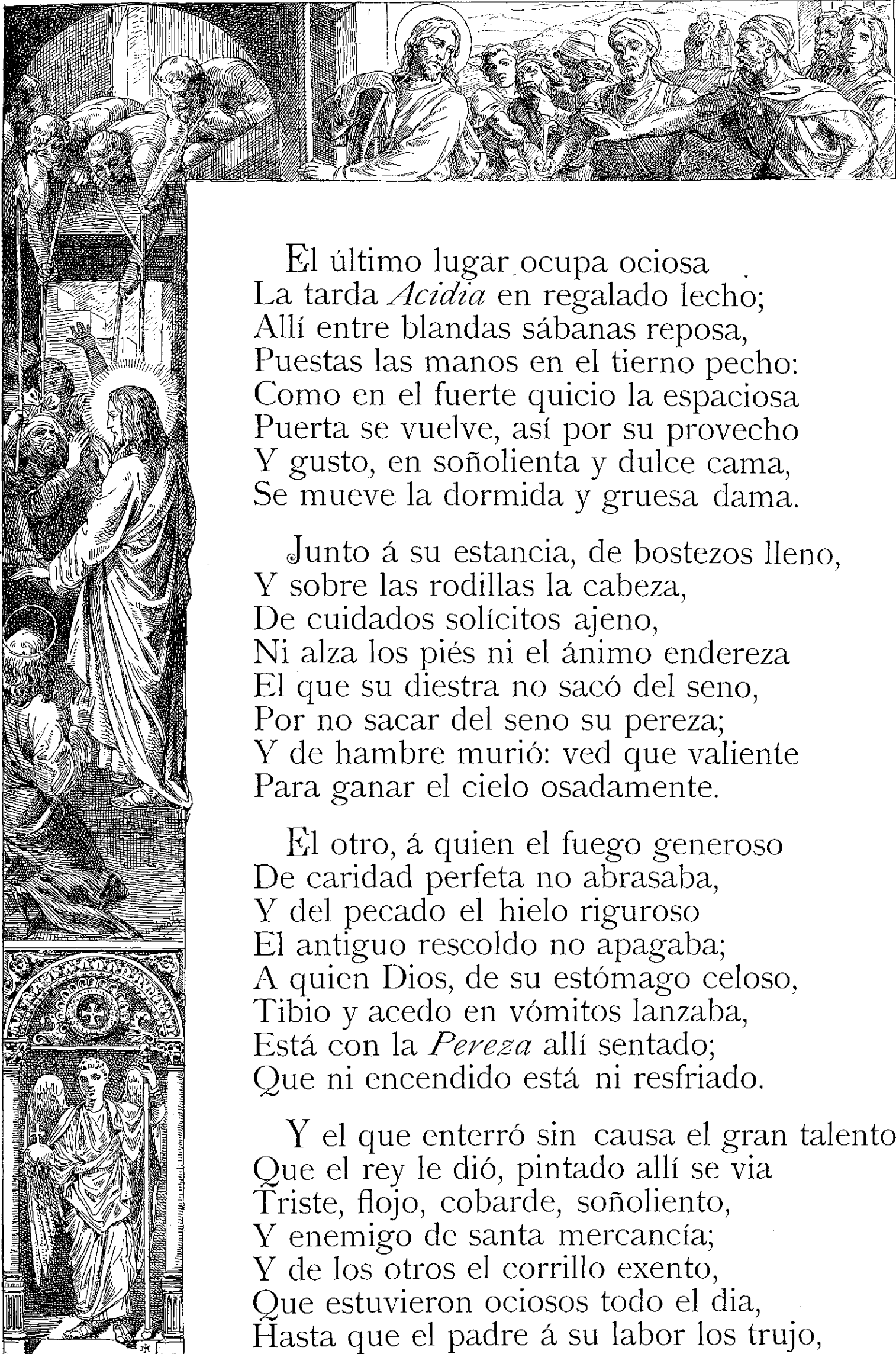


À su lado Cain soberbio ofrece  
De espigas vanas desgraciado fruto  
A Dios, y el justo Abel gracia merece  
Con larga ofrenda y plácido tributo.  
Cain su bravo espíritu escandeece,  
Y su faz cubre de envidioso luto:  
Mata el fiero enemigo al buen hermano;  
Que la bondad le ofende al inhumano.

Allí Saul por desgajados riscos  
Subiendo va con ánimo furioso,  
Y en altas breñas y ásperos lentiscos  
A su yerno persigue el envidioso.  
Búscalo en valles, cércalo en apriscos,  
Cual si fuera cordero temeroso:  
El canto de las damas le atormenta,  
Y porque ellas cantaron, él lamenta.

De Roma los primeros anchos muros,  
Con envidiada sangre humedecidos,  
Y del tirano Sila mal seguros  
Se muestran, y de César oprimidos.  
Mil aves matan, hacen mil conjuros  
De la patria los padres ofendidos;  
Y engañanse, que envidia los ofende,  
Que leyes rompe, y su ambicion defiende.

Vense allí cortesanos veladores  
Vivos, mirando con atentos ojos  
Por la frente el humor de los señores,  
Que ya ofrece amistad, ya causa enojo.  
Ajenos daños son propios favores,  
Y rosas de otros son dellos abrojos:  
¡Oh hija vil de la soberbia osada,  
Que te desplace el bien, y el mal te agrada!



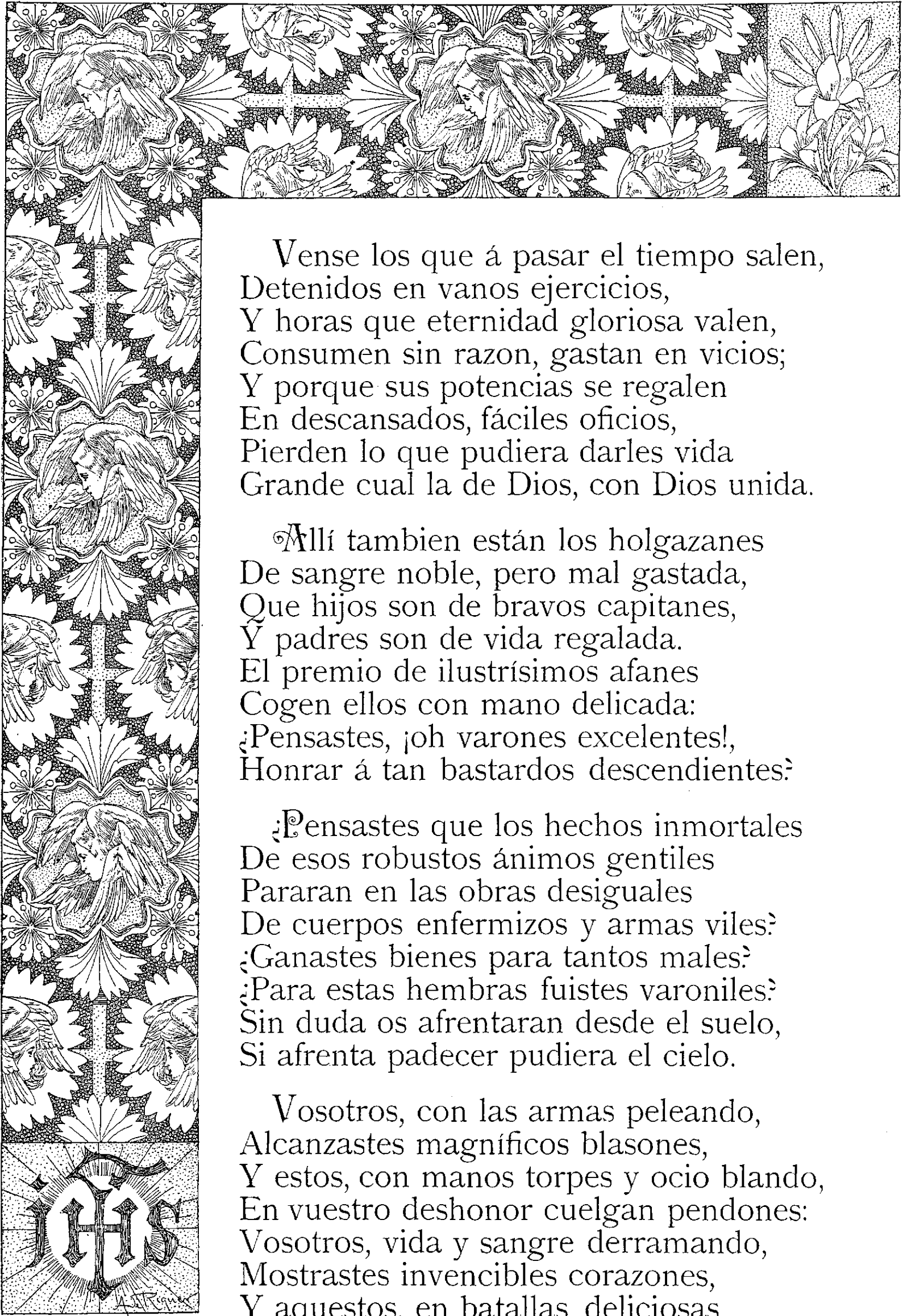
El último lugar ocupa ociosa  
La tarda *Acidia* en regalado lecho;  
Allí entre blandas sábanas reposa,  
Puestas las manos en el tierno pecho:  
Como en el fuerte quicio la espaciosa  
Puerta se vuelve, así por su provecho  
Y gusto, en soñolienta y dulce cama,  
Se mueve la dormida y gruesa dama.

Junto á su estancia, de bostezos lleno,  
Y sobre las rodillas la cabeza,  
De cuidados solícitos ajeno,  
Ni alza los piés ni el ánimo endereza  
El que su diestra no sacó del seno,  
Por no sacar del seno su pereza;  
Y de hambre murió: ved que valiente  
Para ganar el cielo osadamente.

El otro, á quien el fuego generoso  
De caridad perfeta no abrasaba,  
Y del pecado el hielo riguroso  
El antiguo rescoldo no apagaba;  
A quien Dios, de su estómago celoso,  
Tibio y acedo en vómitos lanzaba,  
Está con la *Pereza* allí sentado;  
Que ni encendido está ni resfriado.

Y el que enterró sin causa el gran talento  
Que el rey le dió, pintado allí se via  
Triste, flojo, cobarde, soñoliento,  
Y enemigo de santa mercancía;  
Y de los otros el corrillo exento,  
Que estuvieron ociosos todo el dia,  
Hasta que el padre á su labor los trujo,  
Al vivo se mostraba en el dibujo.



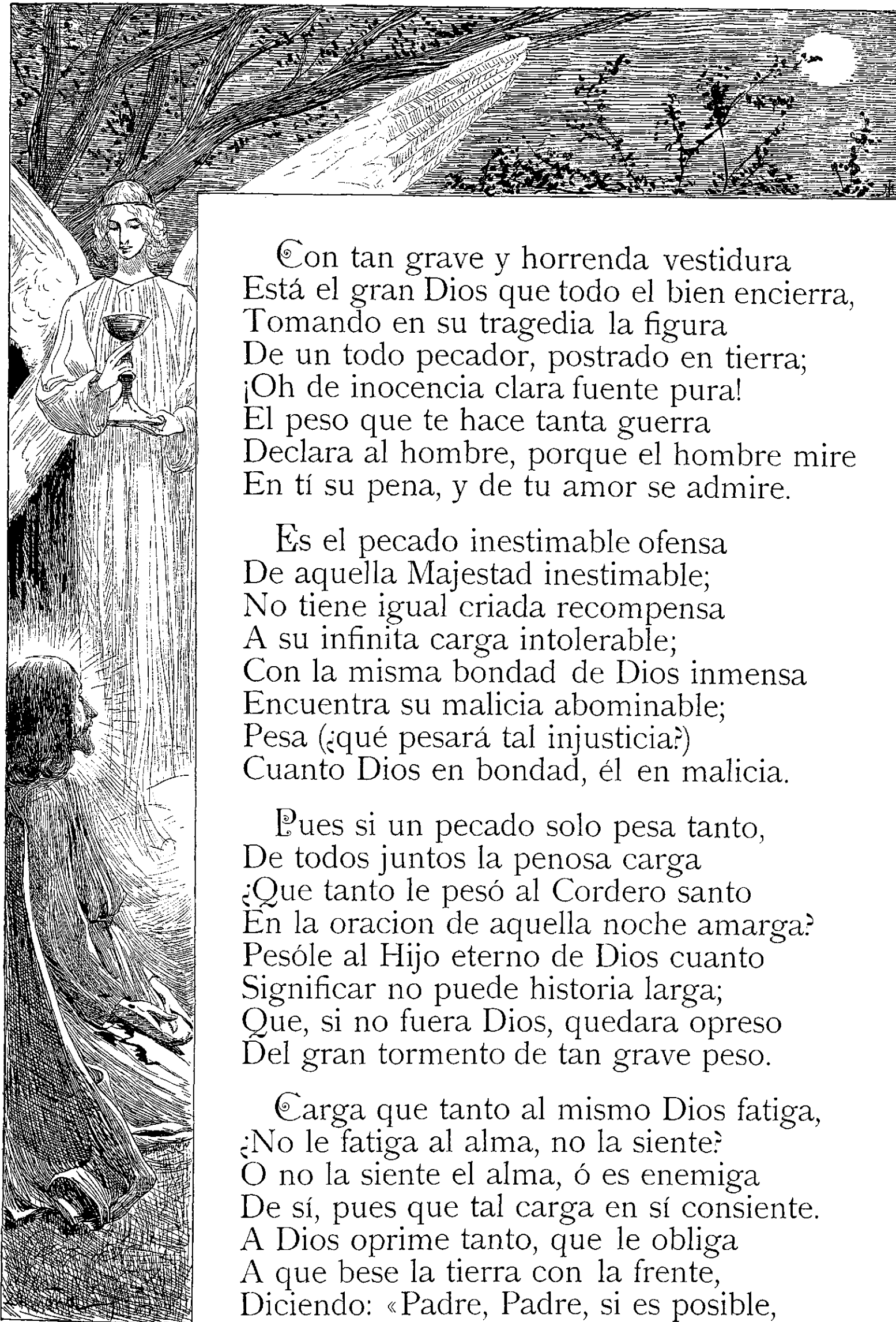


Vense los que á pasar el tiempo salen,  
Detenidos en vanos ejercicios,  
Y horas que eternidad gloriosa valen,  
Consumen sin razon, gastan en vicios;  
Y porque sus potencias se regalen  
En descansados, fáciles oficios,  
Pierden lo que pudiera darles vida  
Grande cual la de Dios, con Dios unida.

Allí tambien están los holgazanes  
De sangre noble, pero mal gastada,  
Que hijos son de bravos capitanes,  
Y padres son de vida regalada.  
El premio de ilustrísimos afanes  
Cogen ellos con mano delicada:  
¿Pensastes, ¡oh varones excelentes!,  
Honrar á tan bastardos descendientes?

¿Pensastes que los hechos inmortales  
De esos robustos ánimos gentiles  
Pararan en las obras desiguales  
De cuerpos enfermizos y armas viles?  
¿Ganastes bienes para tantos males?  
¿Para estas hembras fuistes varoniles?  
Sin duda os afrentaran desde el suelo,  
Si afrenta padecer pudiera el cielo.

Vosotros, con las armas peleando,  
Alcanzastes magníficos blasones,  
Y estos, con manos torpes y ocio blando,  
En vuestro deshonor cuelgan pendones:  
Vosotros, vida y sangre derramando,  
Mostrastes invencibles corazones,  
Y aquestos, en batallas deliciosas,  
Solos victorias buscan amorosas.

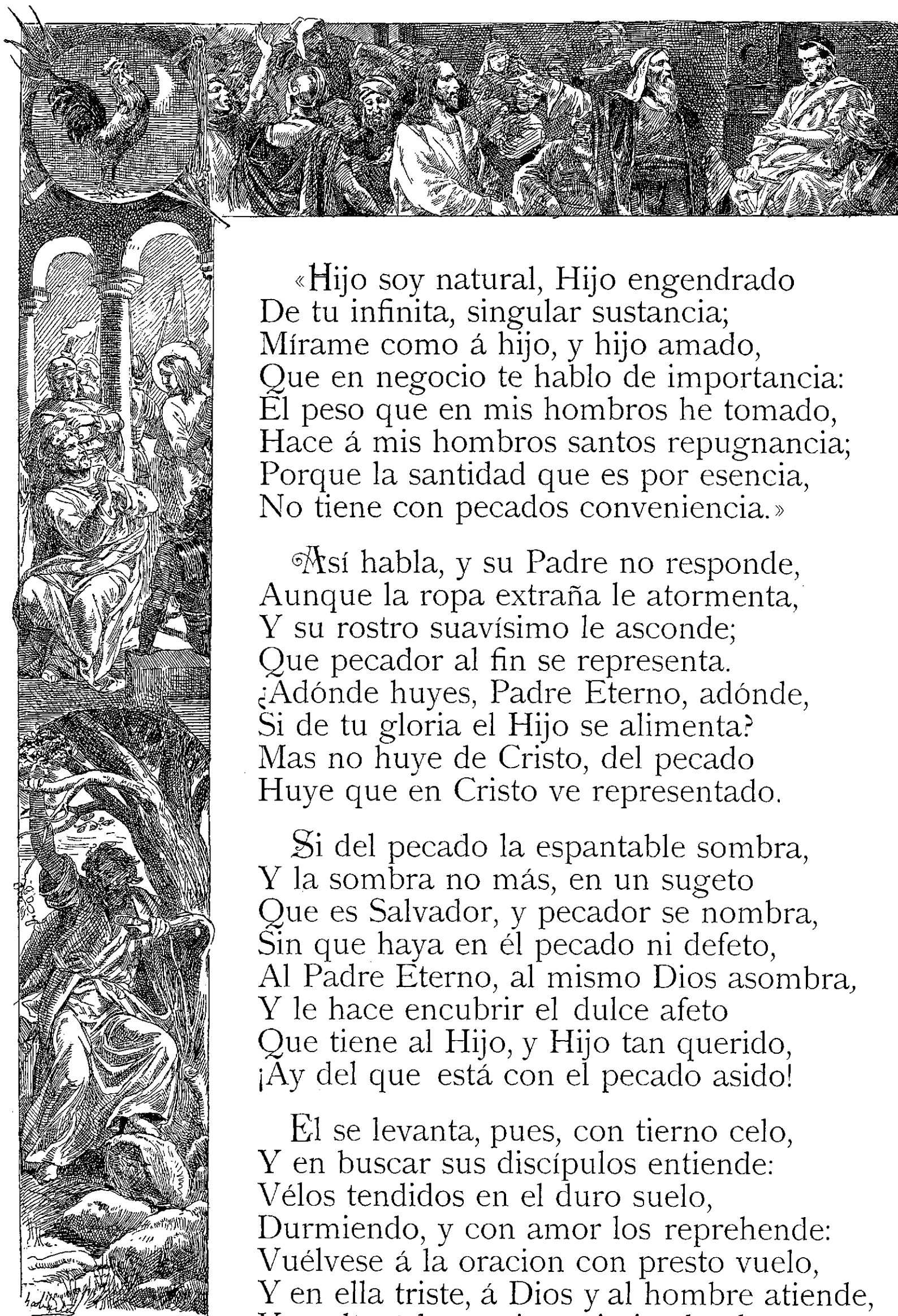


Con tan grave y horrenda vestidura  
Está el gran Dios que todo el bien encierra,  
Tomando en su tragedia la figura  
De un todo pecador, postrado en tierra;  
¡Oh de inocencia clara fuente pura!  
El peso que te hace tanta guerra  
Declara al hombre, porque el hombre mire  
En tí su pena, y de tu amor se admire.

Es el pecado inestimable ofensa  
De aquella Majestad inestimable;  
No tiene igual criada recompensa  
A su infinita carga intolerable;  
Con la misma bondad de Dios inmensa  
Encuentra su malicia abominable;  
Pesa (¿qué pesará tal injusticia?)  
Cuanto Dios en bondad, él en malicia.

Pues si un pecado solo pesa tanto,  
De todos juntos la penosa carga  
¿Que tanto le pesó al Cordero santo  
En la oracion de aquella noche amarga?  
Pesóle al Hijo eterno de Dios cuanto  
Significar no puede historia larga;  
Que, si no fuera Dios, quedara opreso  
Del gran tormento de tan grave peso.

Carga que tanto al mismo Dios fatiga,  
¿No le fatiga al alma, no la siente?  
O no la siente el alma, ó es enemiga  
De sí, pues que tal carga en sí consiente.  
A Dios oprime tanto, que le obliga  
A que bese la tierra con la frente,  
Diciendo: «Padre, Padre, si es posible,  
Pase de mí esta carga tan terrible.



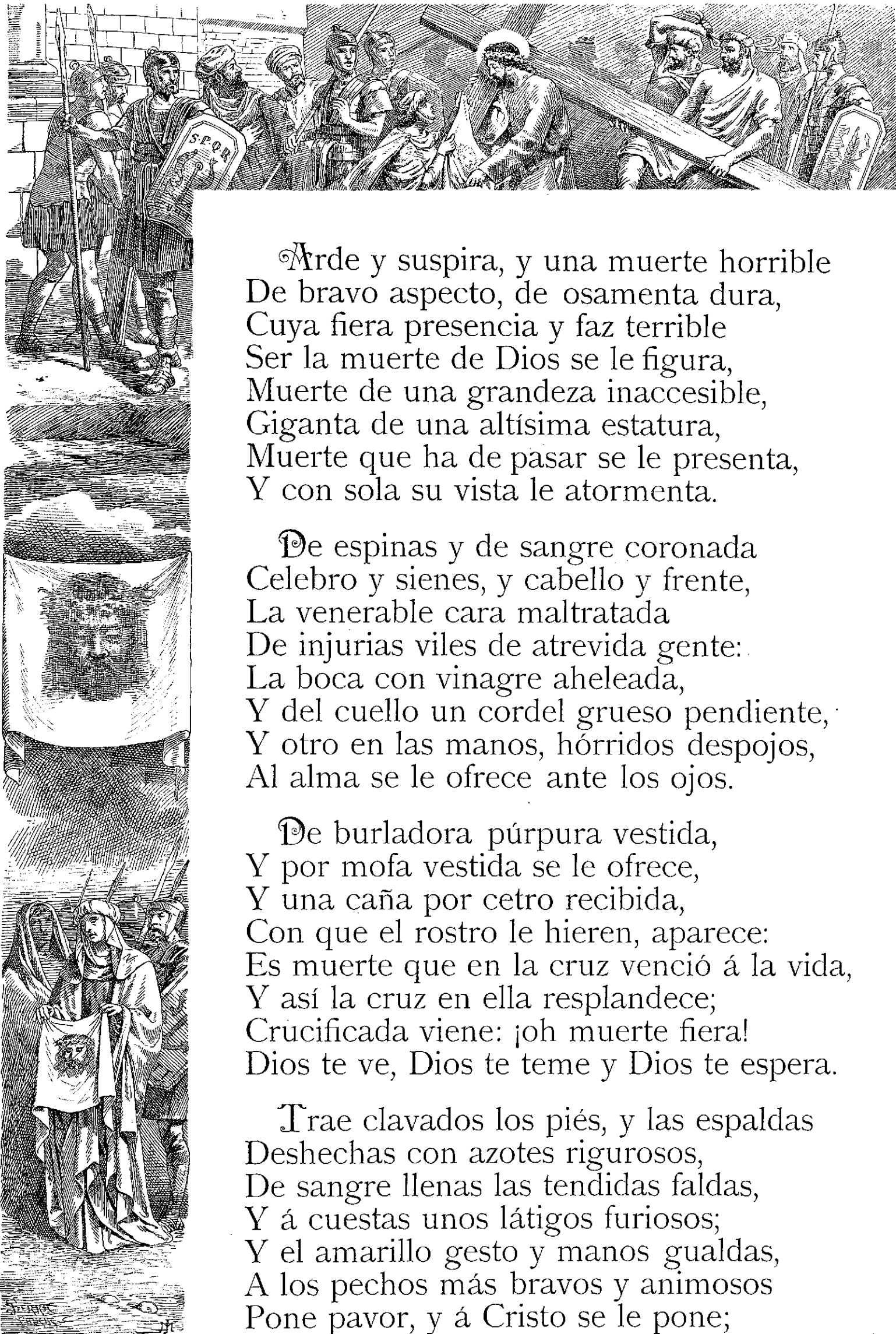
«Hijo soy natural, Hijo engendrado  
De tu infinita, singular sustancia;  
Mírame como á hijo, y hijo amado,  
Que en negocio te hablo de importancia:  
Él peso que en mis hombros he tomado,  
Hace á mis hombros santos repugnancia;  
Porque la santidad que es por esencia,  
No tiene con pecados conveniencia.»

Así habla, y su Padre no responde,  
Aunque la ropa extraña le atormenta,  
Y su rostro suavísimo le asconde;  
Que pecador al fin se representa.  
¿Adónde huyes, Padre Eterno, adónde,  
Si de tu gloria el Hijo se alimenta?  
Mas no huye de Cristo, del pecado  
Huye que en Cristo ve representado.

Si del pecado la espantable sombra,  
Y la sombra no más, en un sugeto  
Que es Salvador, y pecador se nombra,  
Sin que haya en él pecado ni defeto,  
Al Padre Eterno, al mismo Dios asombra,  
Y le hace encubrir el dulce afeto  
Que tiene al Hijo, y Hijo tan querido,  
¡Ay del que está con el pecado asido!

El se levanta, pues, con tierno celo,  
Y en buscar sus discípulos entiende:  
Vélos tendidos en el duro suelo,  
Durmiendo, y con amor los reprehende:  
Vuélvese á la oracion con presto vuelo,  
Y en ella triste, á Dios y al hombre atiende,  
Y vuelto á la oracion, gimiendo clama,  
Y arde en santa, amorosa y viva llama.



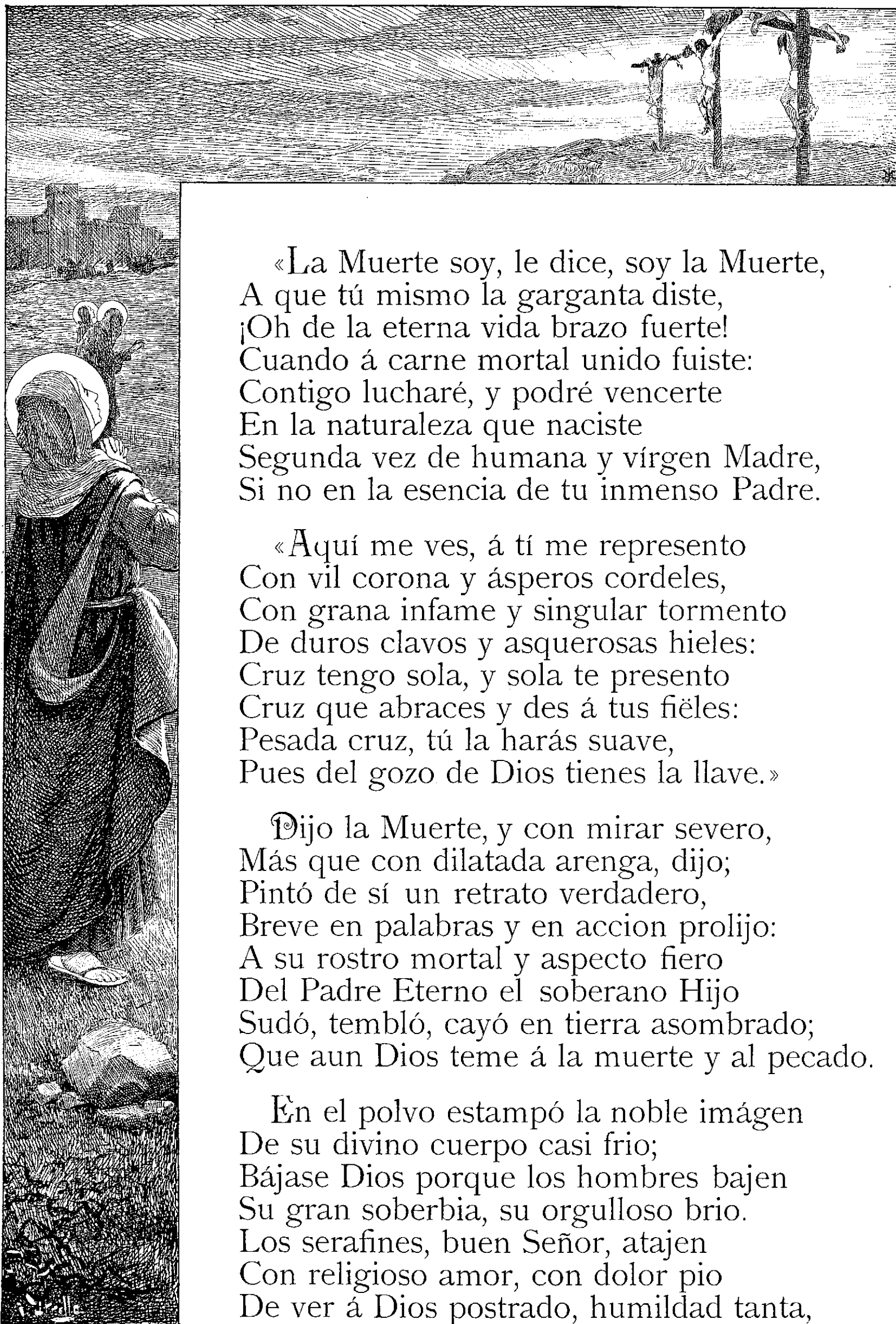


Arde y suspira, y una muerte horrible  
De bravo aspecto, de osamenta dura,  
Cuya fiera presencia y faz terrible  
Ser la muerte de Dios se le figura,  
Muerte de una grandeza inaccesible,  
Giganta de una altísima estatura,  
Muerte que ha de pasar se le presenta,  
Y con sola su vista le atormenta.

De espinas y de sangre coronada  
Celebro y sienes, y cabello y frente,  
La venerable cara maltratada  
De injurias viles de atrevida gente:  
La boca con vinagre aheleada,  
Y del cuello un cordel grueso pendiente,  
Y otro en las manos, hórridos despojos,  
Al alma se le ofrece ante los ojos.

De burladora púrpura vestida,  
Y por mofa vestida se le ofrece,  
Y una caña por cetro recibida,  
Con que el rostro le hieren, aparece:  
Es muerte que en la cruz venció á la vida,  
Y así la cruz en ella resplandece;  
Crucificada viene: ¡oh muerte fiera!  
Dios te ve, Dios te teme y Dios te espera.

Trae clavados los piés, y las espaldas  
Deshechas con azotes rigurosos,  
De sangre llenas las tendidas faldas,  
Y á cuestas unos látigos furiosos;  
Y el amarillo gesto y manos gualdas,  
A los pechos más bravos y animosos  
Pone pavor, y á Cristo se le pone;  
Que es la muerte que el Padre le dispone.

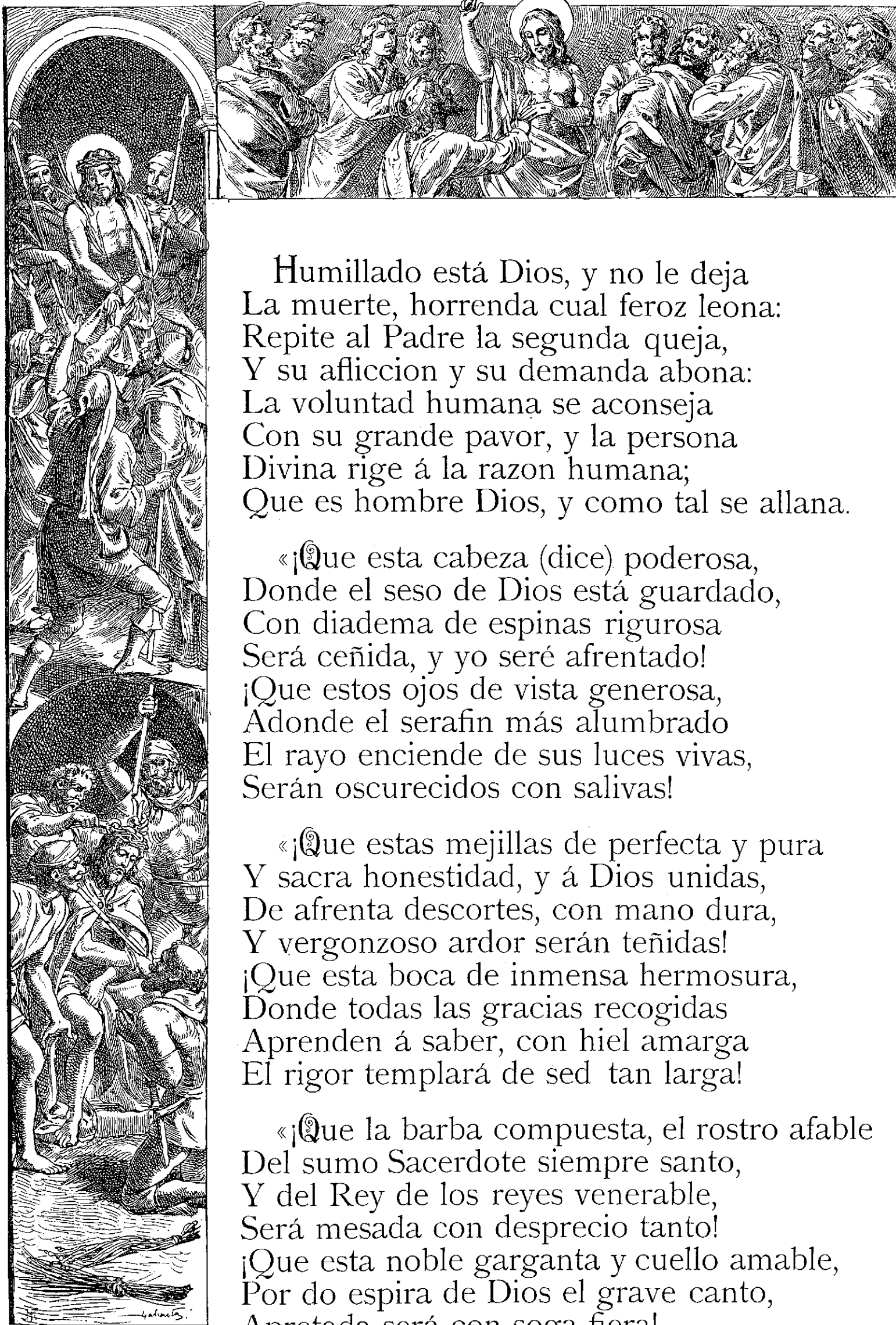


«La Muerte soy, le dice, soy la Muerte,  
A que tú mismo la garganta diste,  
¡Oh de la eterna vida brazo fuerte!  
Cuando á carne mortal unido fuiste:  
Contigo lucharé, y podré vencerte  
En la naturaleza que naciste  
Segunda vez de humana y vírgen Madre,  
Si no en la esencia de tu inmenso Padre.

«Aquí me ves, á tí me represento  
Con vil corona y ásperos cordeles,  
Con grana infame y singular tormento  
De duros clavos y asquerosas hieles:  
Cruz tengo sola, y sola te presento  
Cruz que abrace y des á tus fieles:  
Pesada cruz, tú la harás suave,  
Pues del gozo de Dios tienes la llave.»

Dijo la Muerte, y con mirar severo,  
Más que con dilatada arenga, dijo;  
Pintó de sí un retrato verdadero,  
Breve en palabras y en accion prolijo:  
A su rostro mortal y aspecto fiero  
Del Padre Eterno el soberano Hijo  
Sudó, tembló, cayó en tierra asombrado;  
Que aun Dios teme á la muerte y al pecado.

En el polvo estampó la noble imágen  
De su divino cuerpo casi frio;  
Bájase Dios porque los hombres bajen  
Su gran soberbia, su orgulloso brio.  
Los serafines, buen Señor, atajen  
Con religioso amor, con dolor pio  
De ver á Dios postrado, humildad tanta,  
Que enternece la tierra, el cielo espanta.



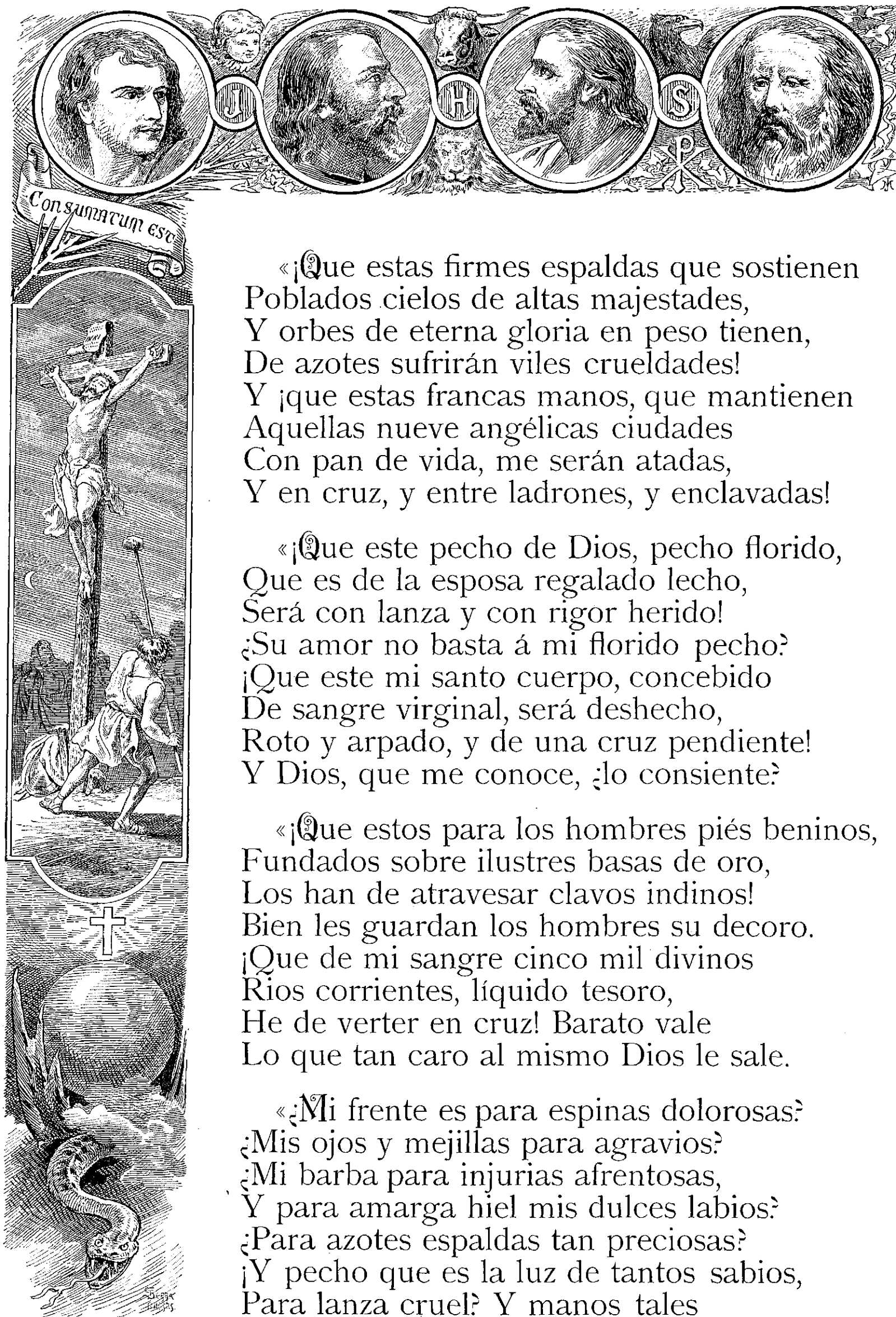
Humillado está Dios, y no le deja  
La muerte, horrenda cual feroz leona:  
Repite al Padre la segunda queja,  
Y su afliccion y su demanda abona:  
La voluntad humana se aconseja  
Con su grande pavor, y la persona  
Divina rige á la razon humana;  
Que es hombre Dios, y como tal se allana.

«¡Que esta cabeza (dice) poderosa,  
Donde el seso de Dios está guardado,  
Con diadema de espinas rigurosa  
Será ceñida, y yo seré afrentado!  
¡Que estos ojos de vista generosa,  
Adonde el serafin más alumbrado  
El rayo enciende de sus luces vivas,  
Serán oscurecidos con salivas!

«¡Que estas mejillas de perfecta y pura  
Y sacra honestidad, y á Dios unidas,  
De afrenta descortes, con mano dura,  
Y vergonzoso ardor serán teñidas!  
¡Que esta boca de inmensa hermosura,  
Donde todas las gracias recogidas  
Aprenden á saber, con hiel amarga  
El rigor templará de sed tan larga!

«¡Que la barba compuesta, el rostro afable  
Del sumo Sacerdote siempre santo,  
Y del Rey de los reyes venerable,  
Será mesada con desprecio tanto!  
¡Que esta noble garganta y cuello amable,  
Por do espira de Dios el grave canto,  
Apretada será con sogas fieras!  
¿Cuello de Dios tan vil injuria espera?



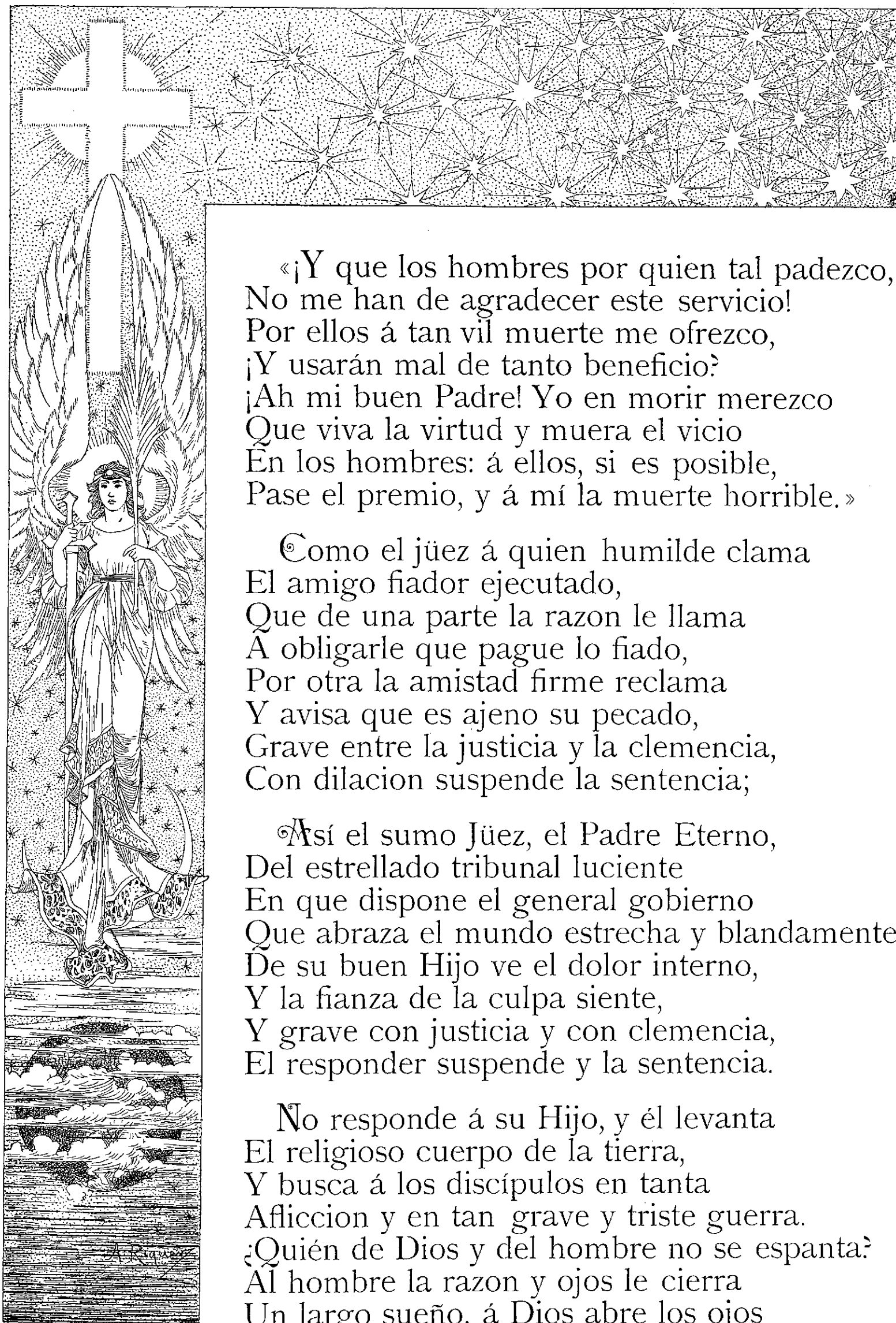


«¡Que estas firmes espaldas que sostienen  
 Poblados cielos de altas majestades,  
 Y orbes de eterna gloria en peso tienen,  
 De azotes sufrirán viles crueldades!  
 Y ¡que estas francas manos, que mantienen  
 Aquellas nueve angélicas ciudades  
 Con pan de vida, me serán atadas,  
 Y en cruz, y entre ladrones, y enclavadas!

«¡Que este pecho de Dios, pecho florido,  
 Que es de la esposa regalado lecho,  
 Será con lanza y con rigor herido!  
 ¿Su amor no basta á mi florido pecho?  
 ¡Que este mi santo cuerpo, concebido  
 De sangre virginal, será deshecho,  
 Roto y arpadado, y de una cruz pendiente!  
 Y Dios, que me conoce, ¿lo consiente?

«¡Que estos para los hombres piés beninos,  
 Fundados sobre ilustres basas de oro,  
 Los han de atravesar clavos indinos!  
 Bien les guardan los hombres su decoro.  
 ¡Que de mi sangre cinco mil divinos  
 Rios corrientes, líquido tesoro,  
 He de verter en cruz! Barato vale  
 Lo que tan caro al mismo Dios le sale.

«¿Mi frente es para espinas dolorosas?  
 ¿Mis ojos y mejillas para agravios?  
 ¿Mi barba para injurias afrentosas,  
 Y para amarga hiel mis dulces labios?  
 ¿Para azotes espaldas tan preciosas?  
 ¡Y pecho que es la luz de tantos sabios,  
 Para lanza cruel? Y manos tales  
 Y piés para heridas tan mortales?

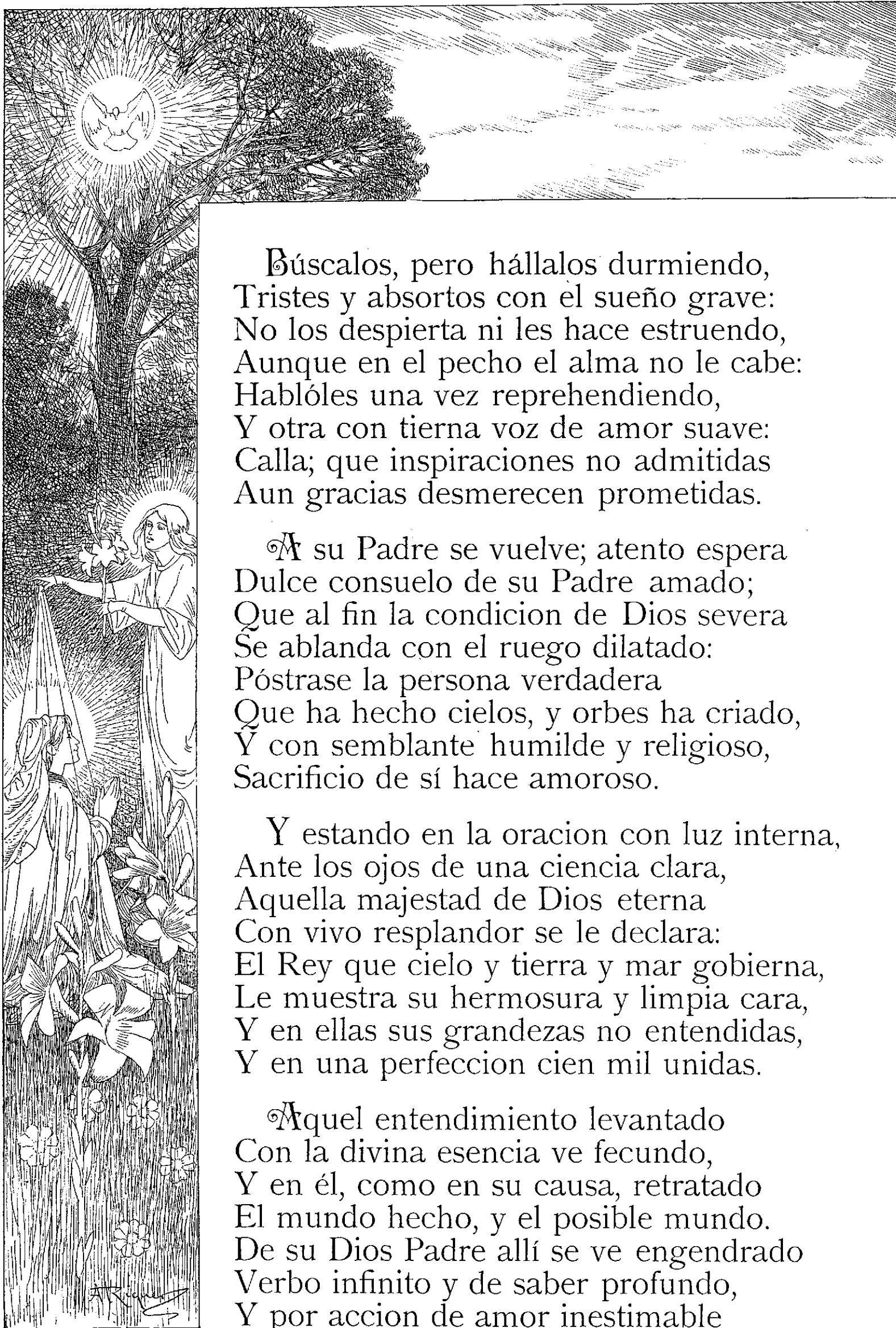


«¡Y que los hombres por quien tal padezco,  
No me han de agradecer este servicio!  
Por ellos á tan vil muerte me ofrezco,  
¡Y usarán mal de tanto beneficio?  
¡Ah mi buen Padre! Yo en morir merezco  
Que viva la virtud y muera el vicio  
En los hombres: á ellos, si es posible,  
Pase el premio, y á mí la muerte horrible.»

Como el jüez á quien humilde clama  
El amigo fiador ejecutado,  
Que de una parte la razon le llama  
Á obligarle que pague lo fiado,  
Por otra la amistad firme reclama  
Y avisa que es ajeno su pecado,  
Grave entre la justicia y la clemencia,  
Con dilacion suspende la sentencia;

Así el sumo Jüez, el Padre Eterno,  
Del estrellado tribunal luciente  
En que dispone el general gobierno  
Que abraza el mundo estrecha y blandamente,  
De su buen Hijo ve el dolor interno,  
Y la fianza de la culpa siente,  
Y grave con justicia y con clemencia,  
El responder suspende y la sentencia.

No responde á su Hijo, y él levanta  
El religioso cuerpo de la tierra,  
Y busca á los discípulos en tanta  
Afliccion y en tan grave y triste guerra.  
¿Quién de Dios y del hombre no se espanta?  
Al hombre la razon y ojos le cierra  
Un largo sueño, á Dios abre los ojos  
Pagar del hombre el sueño y los enojos.



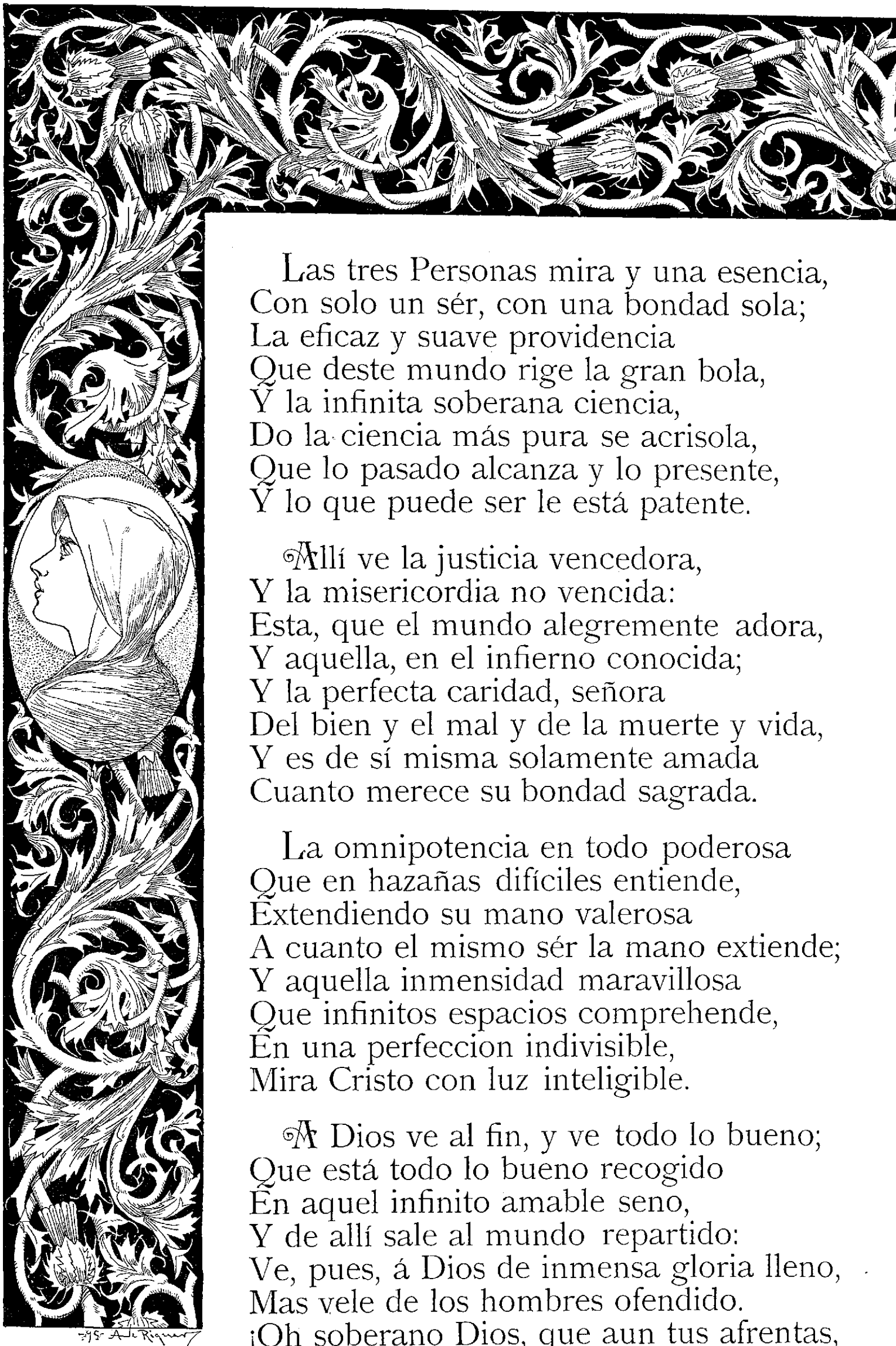
Búscalos, pero hállalos durmiendo,  
Tristes y absortos con el sueño grave:  
No los despierta ni les hace estruendo,  
Aunque en el pecho el alma no le cabe:  
Hablóles una vez reprehendiendo,  
Y otra con tierna voz de amor suave:  
Calla; que inspiraciones no admitidas  
Aun gracias desmerecen prometidas.

♫ su Padre se vuelve; atento espera  
Dulce consuelo de su Padre amado;  
Que al fin la condicion de Dios severa  
Se ablanda con el ruego dilatado:  
Póstrase la persona verdadera  
Que ha hecho cielos, y orbes ha criado,  
Y con semblante humilde y religioso,  
Sacrificio de sí hace amoroso.

Y estando en la oracion con luz interna,  
Ante los ojos de una ciencia clara,  
Aquella majestad de Dios eterna  
Con vivo resplandor se le declara:  
El Rey que cielo y tierra y mar gobierna,  
Le muestra su hermosura y limpia cara,  
Y en ellas sus grandezas no entendidas,  
Y en una perfeccion cien mil unidas.

♫quel entendimiento levantado  
Con la divina esencia ve fecundo,  
Y en él, como en su causa, retratado  
El mundo hecho, y el posible mundo.  
De su Dios Padre allí se ve engendrado  
Verbo infinito y de saber profundo,  
Y por accion de amor inestimable  
Proceder el Espíritu inefable.



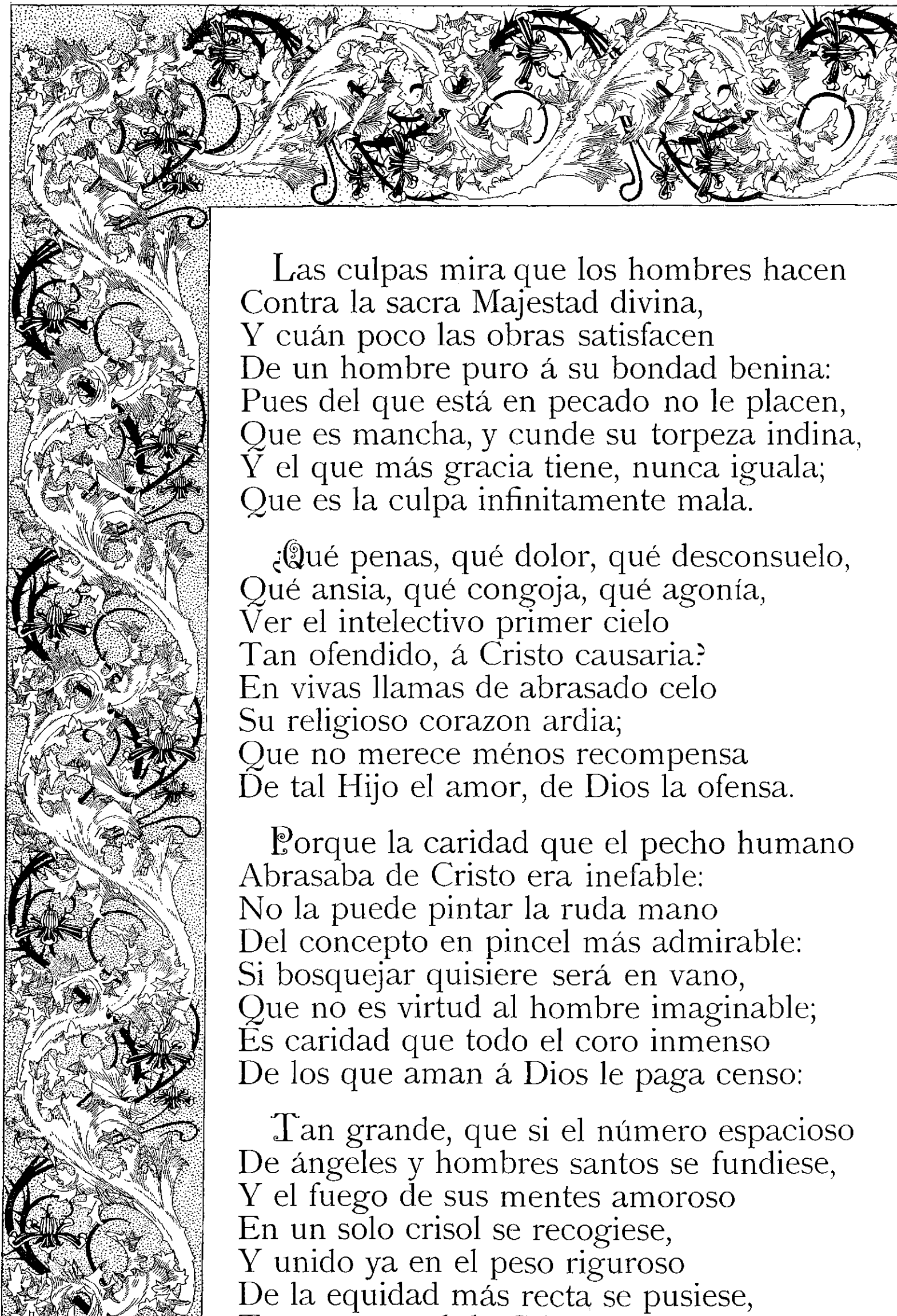


Las tres Personas mira y una esencia,  
Con solo un sér, con una bondad sola;  
La eficaz y suave providencia  
Que deste mundo rige la gran bola,  
Y la infinita soberana ciencia,  
Do la ciencia más pura se acrisola,  
Que lo pasado alcanza y lo presente,  
Y lo que puede ser le está patente.

♫ Allí ve la justicia vencedora,  
Y la misericordia no vencida:  
Esta, que el mundo alegremente adora,  
Y aquella, en el infierno conocida;  
Y la perfecta caridad, señora  
Del bien y el mal y de la muerte y vida,  
Y es de sí misma solamente amada  
Cuanto merece su bondad sagrada.

La omnipotencia en todo poderosa  
Que en hazañas difíciles entiende,  
Extendiendo su mano valerosa  
A cuanto el mismo sér la mano extiende;  
Y aquella inmensidad maravillosa  
Que infinitos espacios comprende,  
En una perfeccion indivisible,  
Mira Cristo con luz inteligible.

♫ Dios ve al fin, y ve todo lo bueno;  
Que está todo lo bueno recogido  
En aquel infinito amable seno,  
Y de allí sale al mundo repartido:  
Ve, pues, á Dios de inmensa gloria lleno,  
Mas vele de los hombres ofendido.  
¡Oh soberano Dios, que aun tus afrentas,  
En tí, sin ser manchado, representas!



Las culpas mira que los hombres hacen  
Contra la sacra Majestad divina,  
Y cuán poco las obras satisfacen  
De un hombre puro á su bondad benina:  
Pues del que está en pecado no le placen,  
Que es mancha, y cunde su torpeza indina,  
Y el que más gracia tiene, nunca iguala;  
Que es la culpa infinitamente mala.

¿Qué penas, qué dolor, qué desconsuelo,  
Qué ansia, qué congoja, qué agonía,  
Ver el intelectivo primer cielo  
Tan ofendido, á Cristo causaria?  
En vivas llamas de abrasado celo  
Su religioso corazón ardia;  
Que no merece ménos recompensa  
De tal Hijo el amor, de Dios la ofensa.

Porque la caridad que el pecho humano  
Abrasaba de Cristo era inefable:  
No la puede pintar la ruda mano  
Del concepto en pincel más admirable:  
Si bosquejar quisiere será en vano,  
Que no es virtud al hombre imaginable;  
Es caridad que todo el coro inmenso  
De los que aman á Dios le paga censo:

Tan grande, que si el número espacioso  
De ángeles y hombres santos se fundiese,  
Y el fuego de sus mentes amoroso  
En un solo crisol se recogiese,  
Y unido ya en el peso riguroso  
De la equidad más recta se pusiese,  
Tanto como el de Cristo no pesara;  
Que es caridad perfectamente rara.



Pues como aquel famoso ilustre mudo,  
Viendo que un vil soldado se atrevia  
Con fiera mano y con puñal agudo,  
Y al rey su padre acometer queria,  
El lícito dolor sufrir no pudo,  
Y el natural silencio con voz pia  
Rompió, diciendo: «Tente, ¿á quién maltratas?  
¿Al rey ofendes? ¿A mi padre matas?»

Vió á su Padre ofendido el Hijo amado,  
Y estaba con mortal pena suspenso;  
Mas rompió del silencio el nudo atado  
A la garganta con dolor intenso:  
«¡Oh Padre, de los hombres afrentado  
(Dijo mirando aquel valor inmenso)!  
No agravien más tu gloria, si es posible;  
Pase de mí este cáliz tan horrible.»







A. Audet lit.

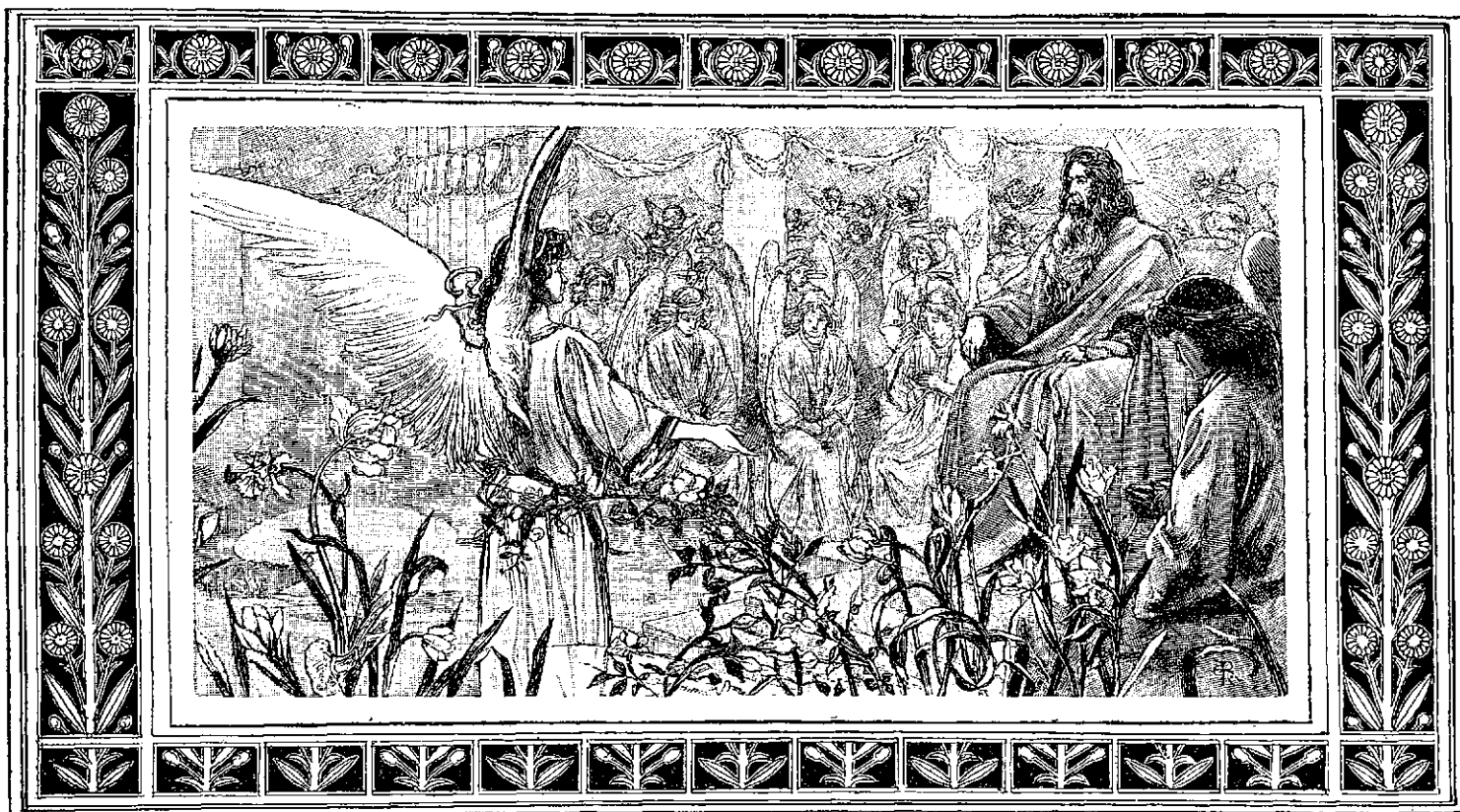
C. Casteluchó cop.º

Lit. Aleu.—Barcelona.









## LIBRO SEGUNDO.

### ARGUMENTO.

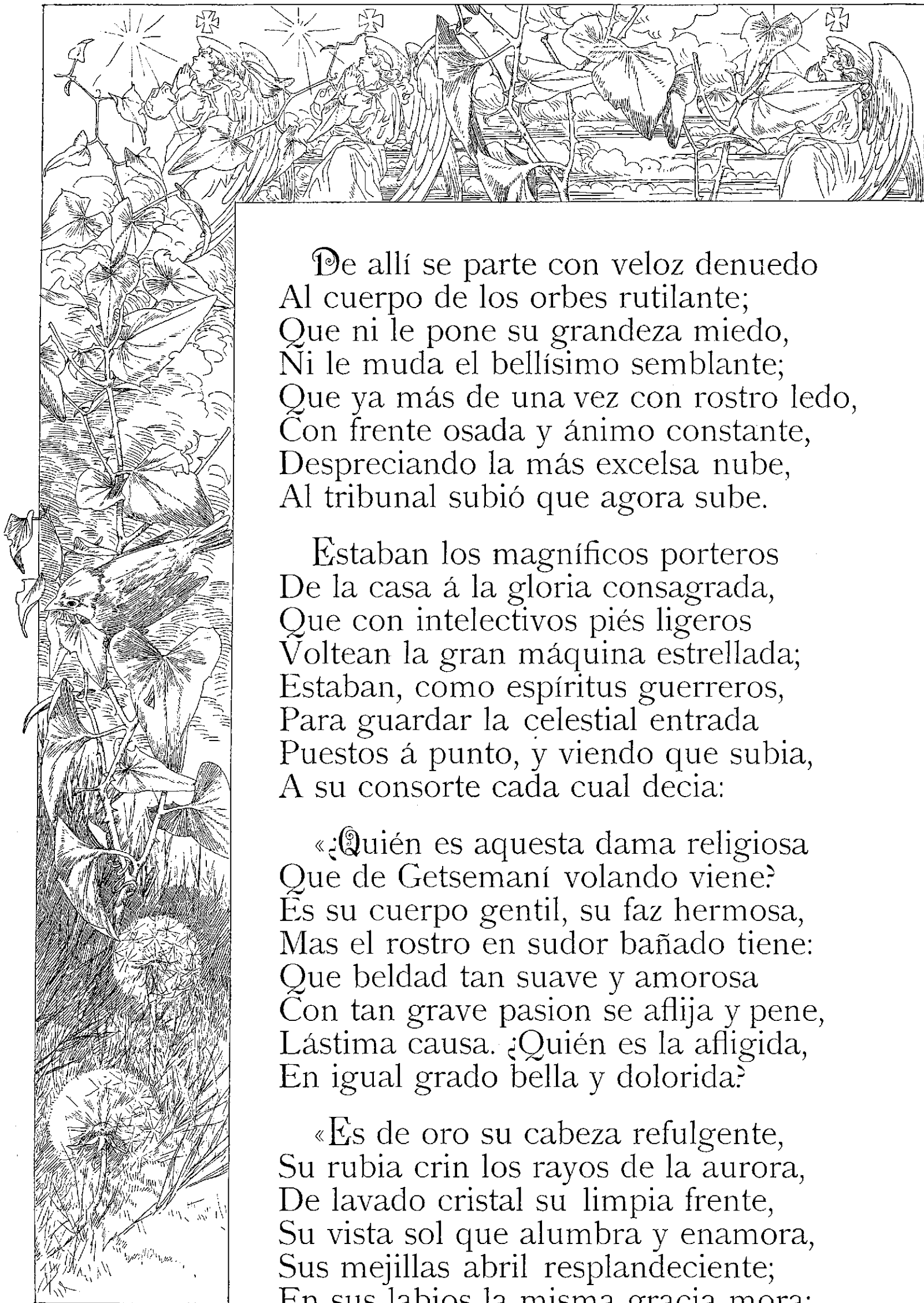
Sube de Cristo la oracion al cielo;  
Al Padre llega, y dale su embajada:  
Cuenta del Hijo el amoroso celo,  
La encarnacion, y vida trabajada:  
Pide por esto al Padre algun consuelo,  
Y es con Gabriel á Cristo despachada:  
Un cuerpo toma el Angel aparente;  
Baja al Huerto y se admira sabiamente.



Dijo; y estas gravísimas razones  
Tomó en su mano la virtud suave  
Que almas consagra, limpia corazones,  
Y los retretes de la gloria sabe,  
La Oracion, reina ilustre de oraciones,  
Que del pecho de Dios tiene la llave;  
Y dejando el penoso oscuro suelo,  
Camina al espejado alegre cielo.

Con prestas alas, que al lijero viento,  
Al fuego volador, al rayo agudo,  
A la voz clara, al vivo pensamiento  
Deja atras, va rasgando el aire mudo:  
Llega al sutil y espléndido elemento  
Que al cielo sirve de fogoso escudo,  
Y como en otro ardor más abrasada,  
Rompe, sin ser de su calor tocada.



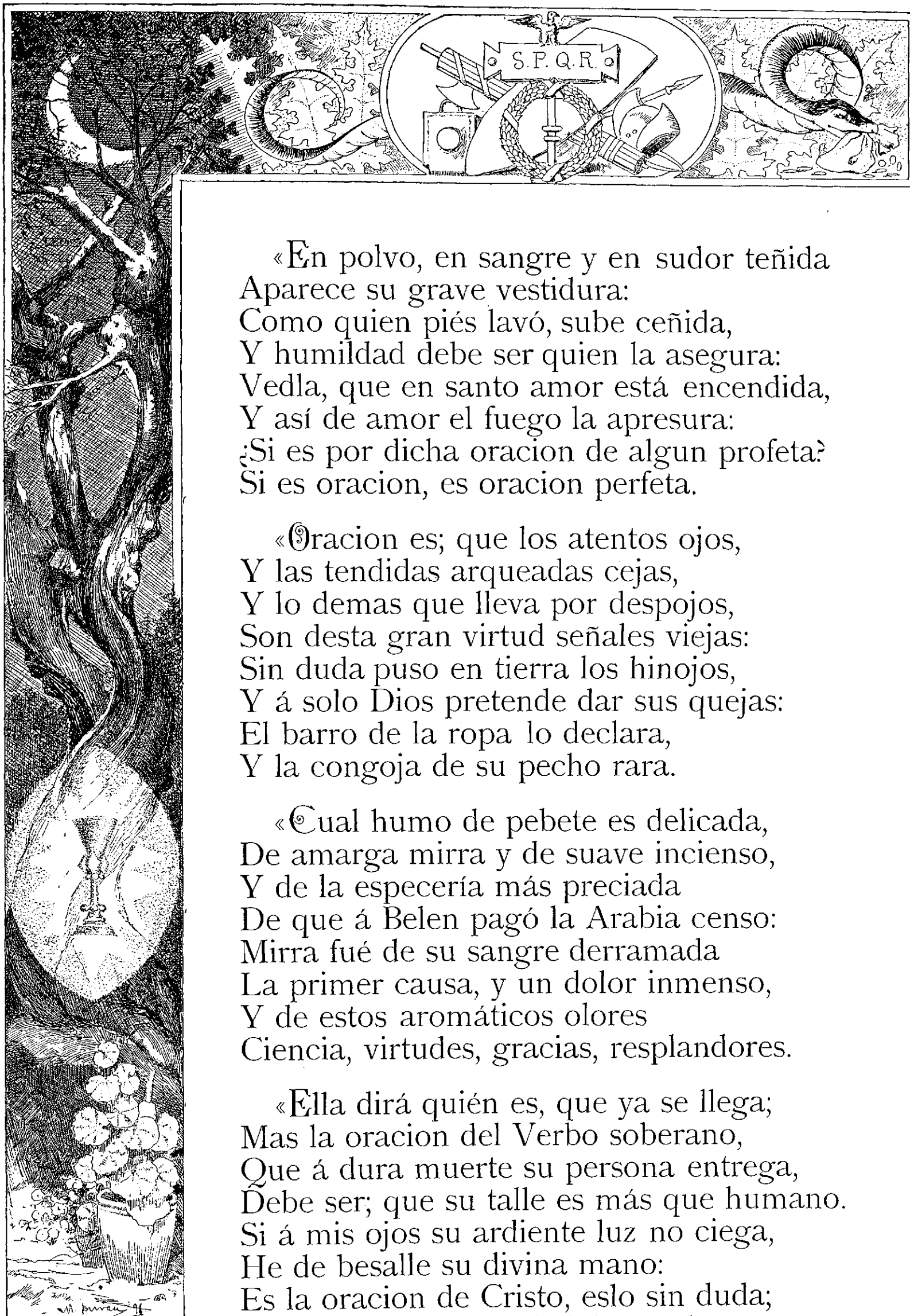


De allí se parte con veloz denuedo  
Al cuerpo de los orbes rutilante;  
Que ni le pone su grandeza miedo,  
Ni le muda el bellissimo semblante;  
Que ya más de una vez con rostro ledó,  
Con frente osada y ánimo constante,  
Despreciando la más excelsa nube,  
Al tribunal subió que agora sube.

Estaban los magníficos porteros  
De la casa á la gloria consagrada,  
Que con intelectivos piés ligeros  
Voltean la gran máquina estrellada;  
Estaban, como espíritus guerreros,  
Para guardar la celestial entrada  
Puestos á punto, y viendo que subia,  
A su consorte cada cual decia:

«¿Quién es aquesta dama religiosa  
Que de Getsemaní volando viene?  
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,  
Mas el rostro en sudor bañado tiene:  
Que beldad tan suave y amorosa  
Con tan grave pasion se aflija y pene,  
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,  
En igual grado bella y dolorida?»

«Es de oro su cabeza refulgente,  
Su rubia crin los rayos de la aurora,  
De lavado cristal su limpia frente,  
Su vista sol que alumbra y enamora,  
Sus mejillas abril resplandeciente;  
En sus labios la misma gracia mora:  
Callando viene, pero su garganta  
Da muestras que suspende cuando canta.



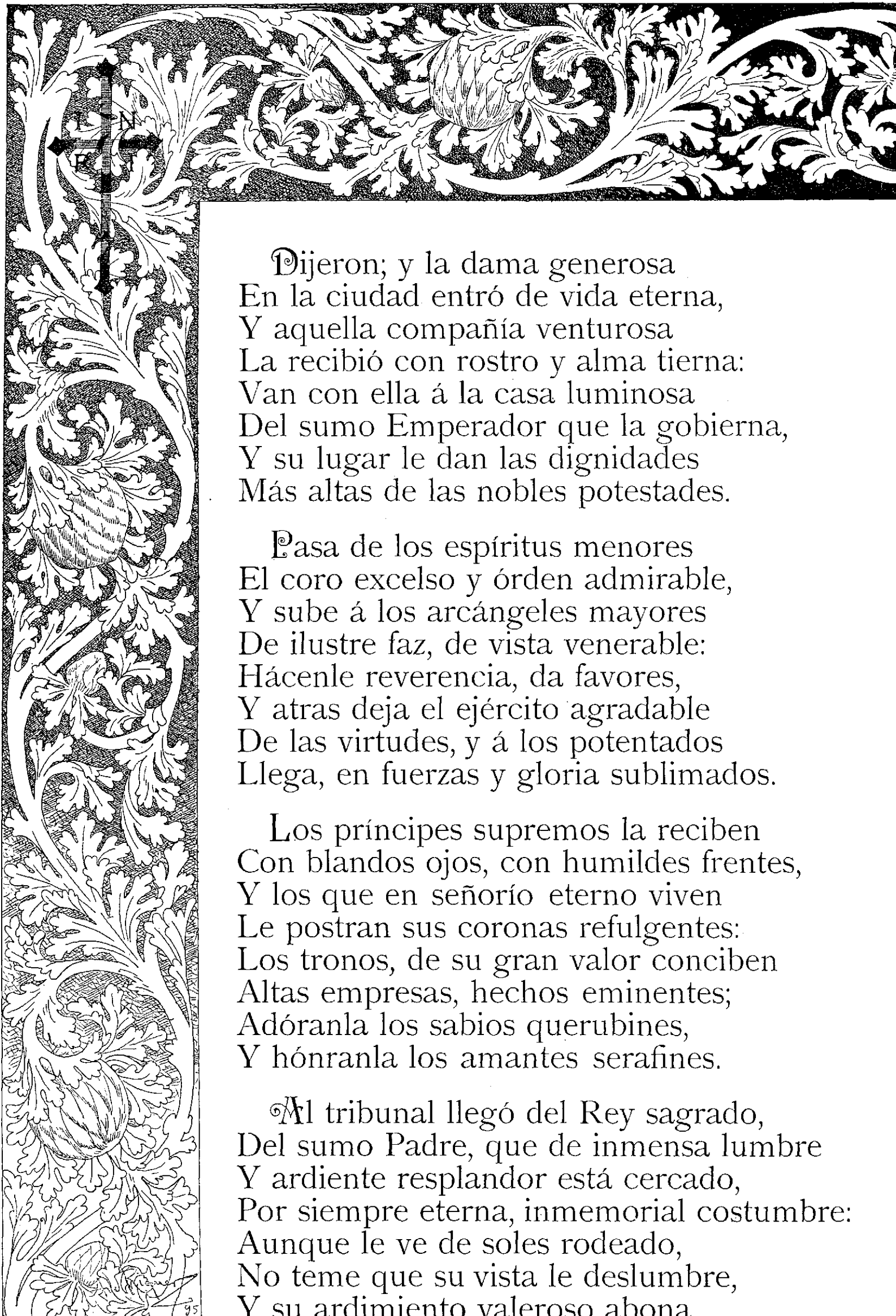
«En polvo, en sangre y en sudor teñida  
Aparece su grave vestidura:  
Como quien piés lavó, sube ceñida,  
Y humildad debe ser quien la asegura:  
Vedla, que en santo amor está encendida,  
Y así de amor el fuego la apresura:  
¿Si es por dicha oracion de algun profeta?  
Si es oracion, es oracion perfeta.

«Oracion es; que los atentos ojos,  
Y las tendidas arqueadas cejas,  
Y lo demas que lleva por despojos,  
Son desta gran virtud señales viejas:  
Sin duda puso en tierra los hinojos,  
Y á solo Dios pretende dar sus quejas:  
El barro de la ropa lo declara,  
Y la congoja de su pecho rara.

«Cual humo de pebete es delicada,  
De amarga mirra y de suave incienso,  
Y de la especería más preciada  
De que á Belen pagó la Arabia censo:  
Mirra fué de su sangre derramada  
La primer causa, y un dolor inmenso,  
Y de estos aromáticos olores  
Ciencia, virtudes, gracias, resplandores.

«Ella dirá quién es, que ya se llega;  
Mas la oracion del Verbo soberano,  
Que á dura muerte su persona entrega,  
Debe ser; que su talle es más que humano.  
Si á mis ojos su ardiente luz no ciega,  
He de besalle su divina mano:  
Es la oracion de Cristo, eslo sin duda;  
Abrasele la puerta, el cielo acuda.»



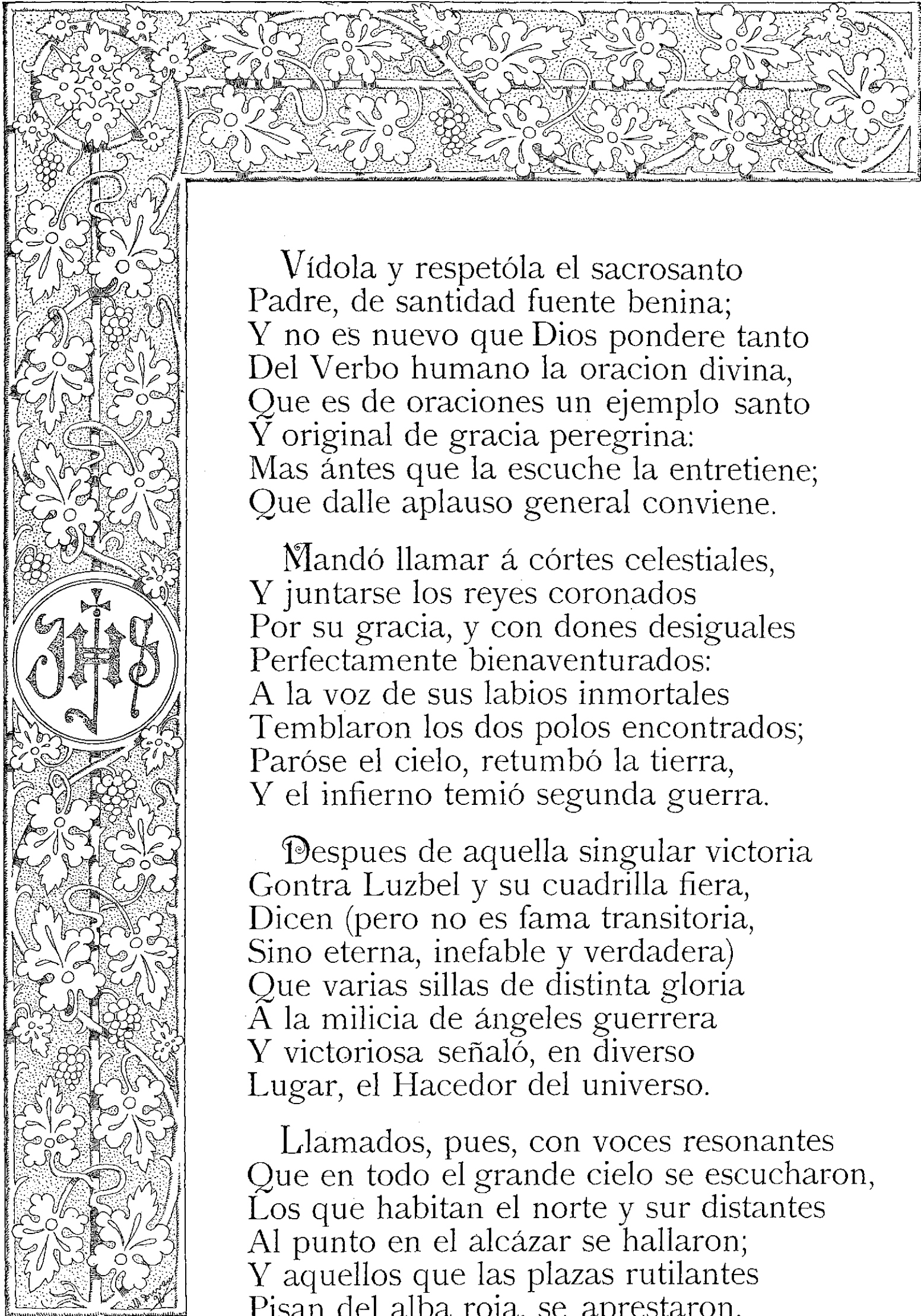


Dijeron; y la dama generosa  
En la ciudad entró de vida eterna,  
Y aquella compañía venturosa  
La recibió con rostro y alma tierna:  
Van con ella á la casa luminosa  
Del sumo Emperador que la gobierna,  
Y su lugar le dan las dignidades  
Más altas de las nobles potestades.

Pasa de los espíritus menores  
El coro excelso y órden admirable,  
Y sube á los arcángeles mayores  
De ilustre faz, de vista venerable:  
Hácenle reverencia, da favores,  
Y atras deja el ejército agradable  
De las virtudes, y á los potentados  
Llega, en fuerzas y gloria sublimados.

Los príncipes supremos la reciben  
Con blandos ojos, con humildes frentes,  
Y los que en señorío eterno viven  
Le postran sus coronas refulgentes:  
Los tronos, de su gran valor conciben  
Altas empresas, hechos eminentes;  
Adóranla los sabios querubines,  
Y hónranla los amantes serafines.

Al tribunal llegó del Rey sagrado,  
Del sumo Padre, que de inmensa lumbre  
Y ardiente resplandor está cercado,  
Por siempre eterna, inmemorial costumbre:  
Aunque le ve de soles rodeado,  
No teme que su vista le deslumbre,  
Y su ardimiento valeroso abona  
Saber que es oracion de igual persona.

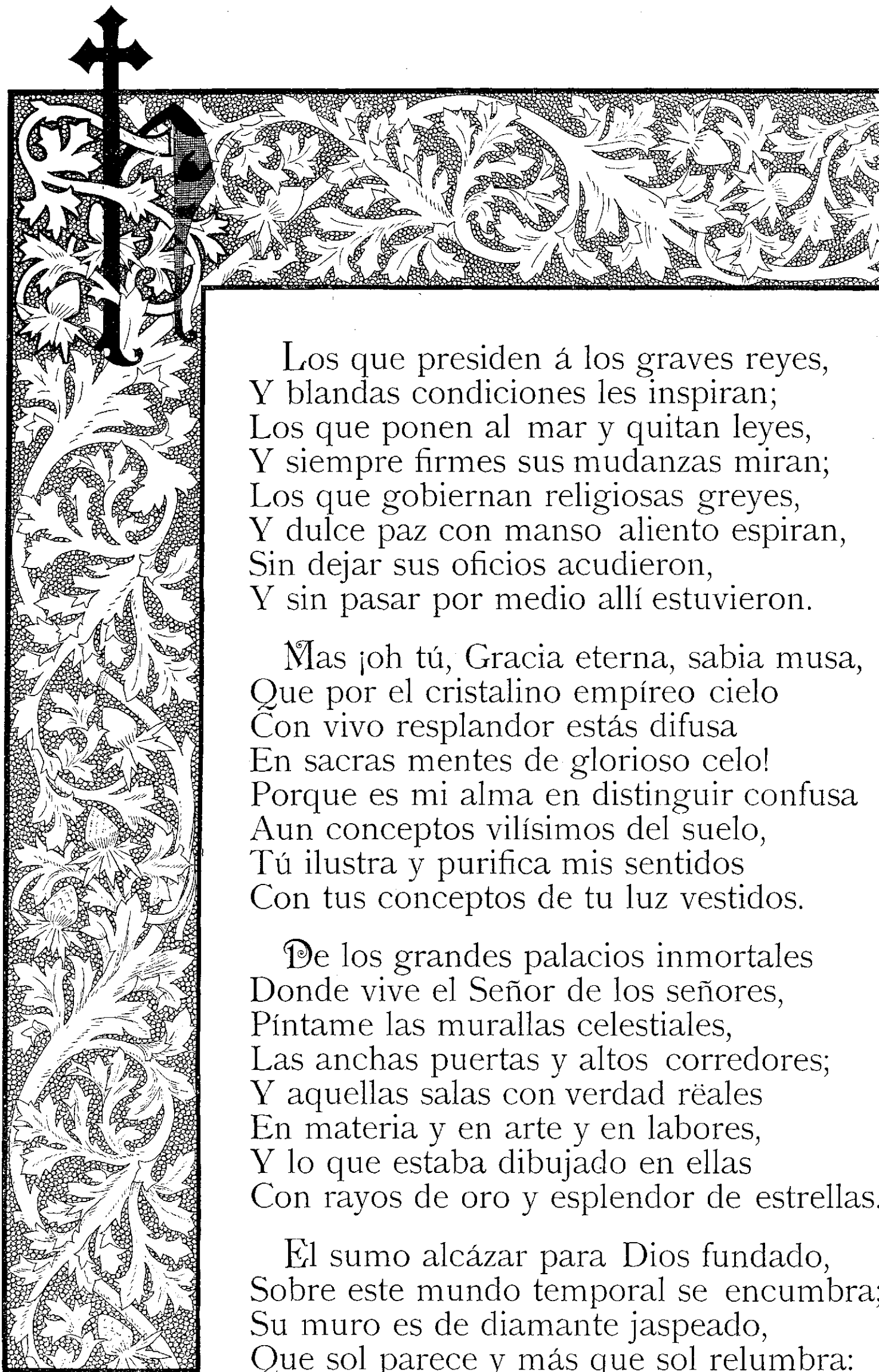


Vídola y respetóla el sacrosanto  
Padre, de santidad fuente benina;  
Y no es nuevo que Dios pondere tanto  
Del Verbo humano la oracion divina,  
Que es de oraciones un ejemplo santo  
Y original de gracia peregrina:  
Mas ántes que la escuche la entretiene;  
Que dalle aplauso general conviene.

Mandó llamar á córtes celestiales,  
Y juntarse los reyes coronados  
Por su gracia, y con dones desiguales  
Perfectamente bienaventurados:  
A la voz de sus labios inmortales  
Temblaron los dos polos encontrados;  
Paróse el cielo, retumbó la tierra,  
Y el infierno temió segunda guerra.

Despues de aquella singular victoria  
Gontra Luzbel y su cuadrilla fiera,  
Dicen (pero no es fama transitoria,  
Sino eterna, inefable y verdadera)  
Que varias sillas de distinta gloria  
A la milicia de ángeles guerrera  
Y victoriosa señaló, en diverso  
Lugar, el Hacedor del universo.

Llamados, pues, con voces resonantes  
Que en todo el grande cielo se escucharon,  
Los que habitan el norte y sur distantes  
Al punto en el alcázar se hallaron;  
Y aquellos que las plazas rutilantes  
Pisan del alba roja, se aprestaron,  
Y vinieron tambien los que el poniente  
Hacen con clara luz ilustre oriente.



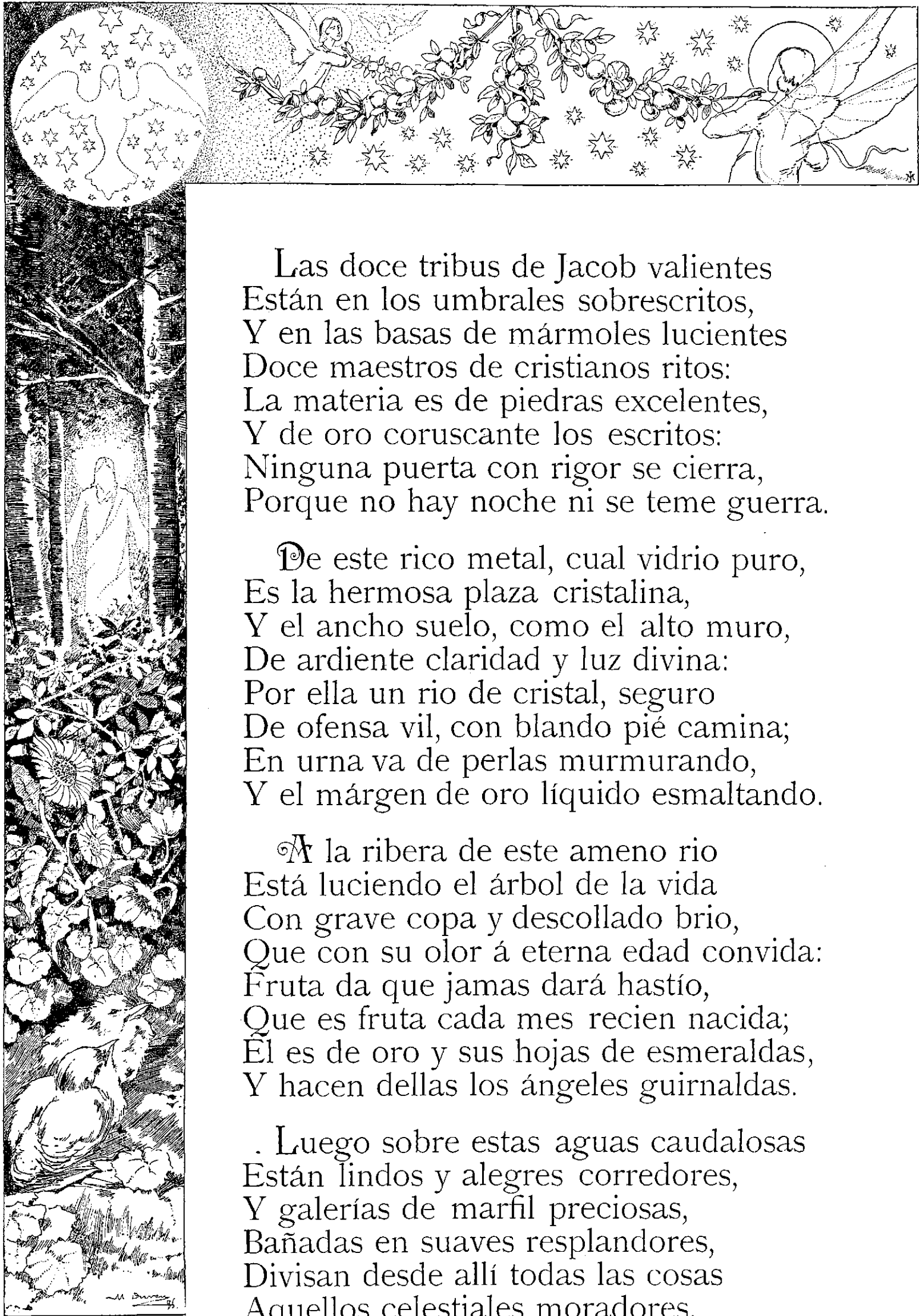
Los que presiden á los graves reyes,  
Y blandas condiciones les inspiran;  
Los que ponen al mar y quitan leyes,  
Y siempre firmes sus mudanzas miran;  
Los que gobiernan religiosas greyes,  
Y dulce paz con manso aliento espiran,  
Sin dejar sus oficios acudieron,  
Y sin pasar por medio allí estuvieron.

Mas ¡oh tú, Gracia eterna, sabia musa,  
Que por el cristalino empíreo cielo  
Con vivo resplandor estás difusa  
En sacras mentes de glorioso celo!  
Porque es mi alma en distinguir confusa  
Aun conceptos vilísimos del suelo,  
Tú ilustra y purifica mis sentidos  
Con tus conceptos de tu luz vestidos.

De los grandes palacios inmortales  
Donde vive el Señor de los señores,  
Píntame las murallas celestiales,  
Las anchas puertas y altos corredores;  
Y aquellas salas con verdad reales  
En materia y en arte y en labores,  
Y lo que estaba dibujado en ellas  
Con rayos de oro y esplendor de estrellas.

El sumo alcázar para Dios fundado,  
Sobre este mundo temporal se encumbra;  
Su muro es de diamante jaspeado,  
Que sol parece y más que sol relumbra:  
Está de doce puertas rodeado,  
Que con luz nueva cada cual alumbra,  
Y la más fuerte y despejada vista  
No es posible que á tanto ardor resista.



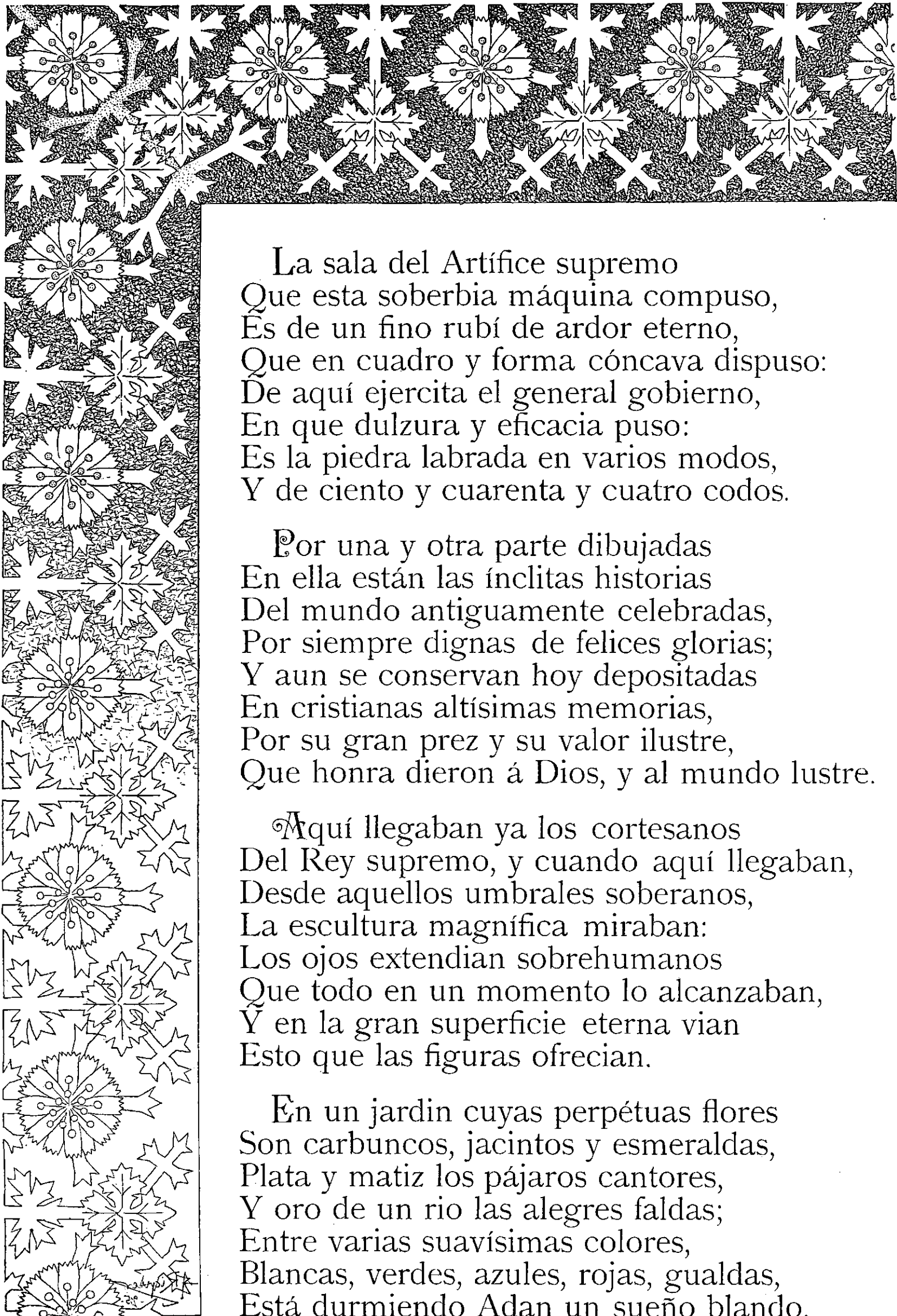


Las doce tribus de Jacob valientes  
Están en los umbrales sobrescritos,  
Y en las basas de mármoles lucientes  
Doce maestros de cristianos ritos:  
La materia es de piedras excelentes,  
Y de oro coruscante los escritos:  
Ninguna puerta con rigor se cierra,  
Porque no hay noche ni se teme guerra.

De este rico metal, cual vidrio puro,  
Es la hermosa plaza cristalina,  
Y el ancho suelo, como el alto muro,  
De ardiente claridad y luz divina:  
Por ella un río de cristal, seguro  
De ofensa vil, con blando pié camina;  
En urna va de perlas murmurando,  
Y el márgen de oro líquido esmaltando.

En la ribera de este ameno río  
Está luciendo el árbol de la vida  
Con grave copa y descollado brio,  
Que con su olor á eterna edad convida:  
Fruta da que jamas dará hastío,  
Que es fruta cada mes recién nacida;  
Él es de oro y sus hojas de esmeraldas,  
Y hacen dellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas  
Están lindos y alegres corredores,  
Y galerías de marfil preciosas,  
Bañadas en suaves resplandores,  
Divisan desde allí todas las cosas  
Aquellos celestiales moradores,  
Y lastímales vernos fatigados  
En pequeños y míseros cuidados.

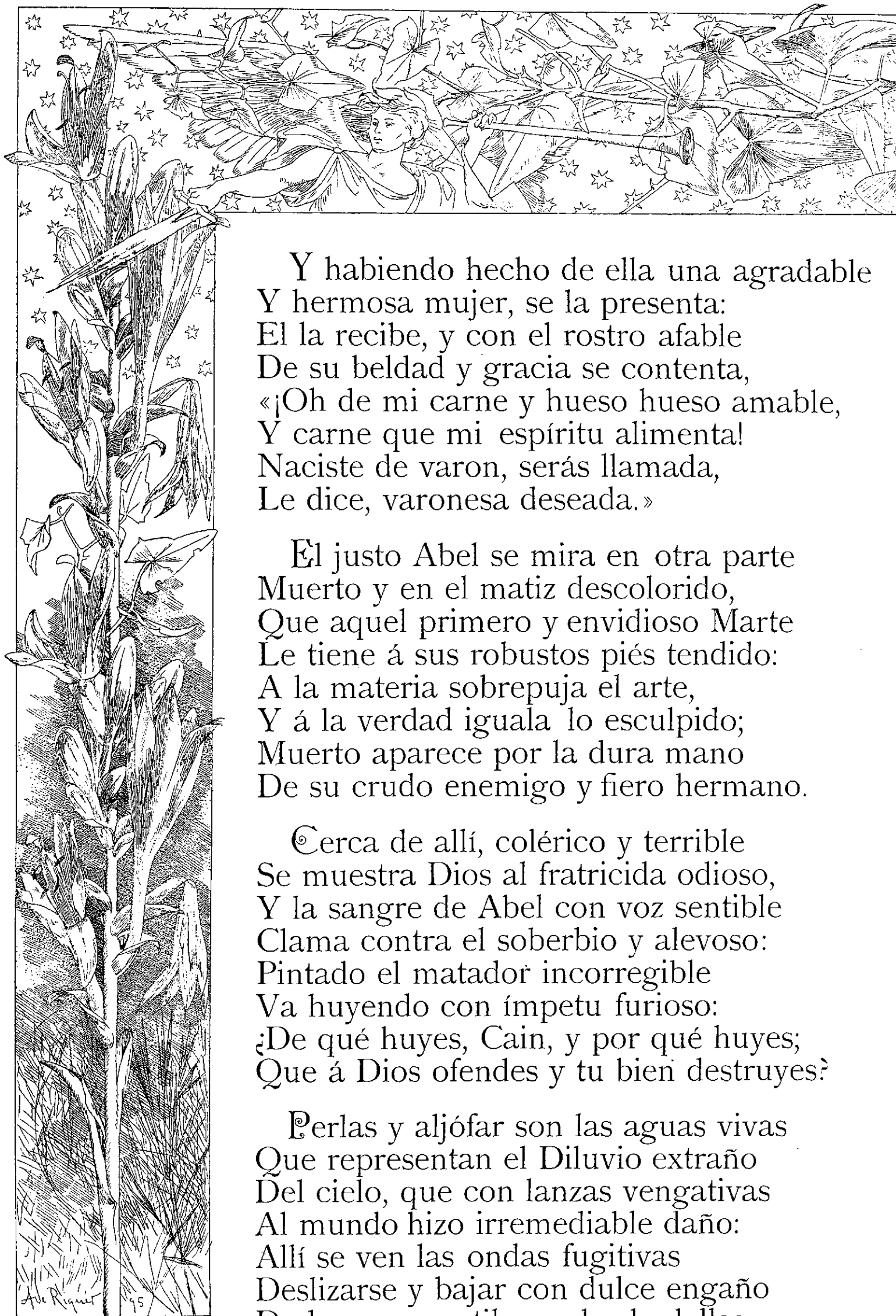


La sala del Artífice supremo  
Que esta soberbia máquina compuso,  
Es de un fino rubí de ardor eterno,  
Que en cuadro y forma cóncava dispuso:  
De aquí ejercita el general gobierno,  
En que dulzura y eficacia puso:  
Es la piedra labrada en varios modos,  
Y de ciento y cuarenta y cuatro codos.

Por una y otra parte dibujadas  
En ella están las ínclitas historias  
Del mundo antiguamente celebradas,  
Por siempre dignas de felices glorias;  
Y aun se conservan hoy depositadas  
En cristianas altísimas memorias,  
Por su gran prez y su valor ilustre,  
Que honra dieron á Dios, y al mundo lustre.

¡Aquí llegaban ya los cortesanos  
Del Rey supremo, y cuando aquí llegaban,  
Desde aquellos umbrales soberanos,  
La escultura magnífica miraban:  
Los ojos extendían sobrehumanos  
Que todo en un momento lo alcanzaban,  
Y en la gran superficie eterna vian  
Esto que las figuras ofrecían.

En un jardín cuyas perpétuas flores  
Son carbuncos, jacintos y esmeraldas,  
Plata y matiz los pájaros cantores,  
Y oro de un río las alegres faldas;  
Entre varias suavísimas colores,  
Blancas, verdes, azules, rojas, gualdas,  
Está durmiendo Adán un sueño blando,  
Y una costilla Dios le va sacando;



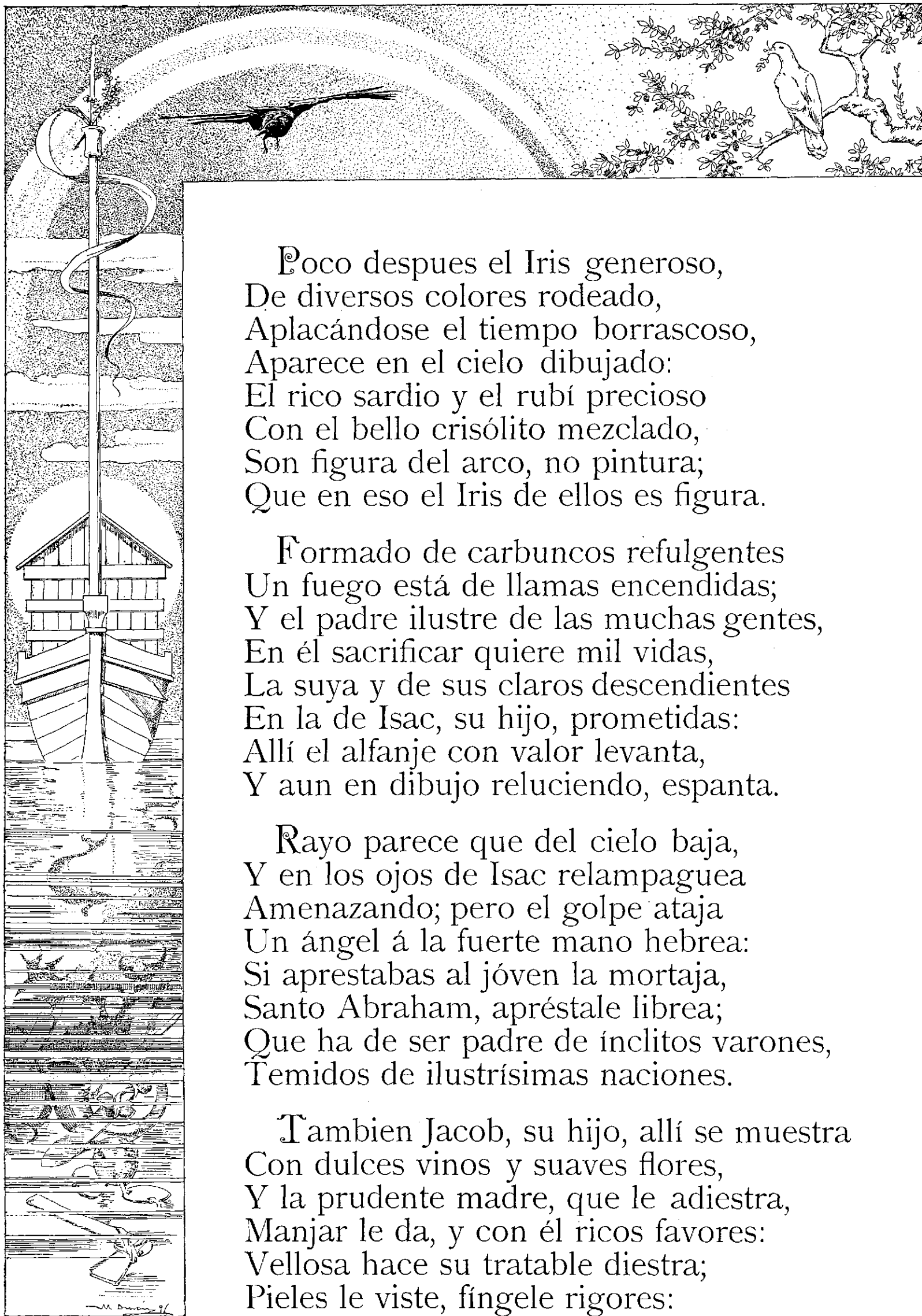
Y habiendo hecho de ella una agradable  
Y hermosa mujer, se la presenta:  
El la recibe, y con el rostro afable  
De su beldad y gracia se contenta,  
«¡Oh de mi carne y hueso hueso amable,  
Y carne que mi espíritu alimenta!  
Naciste de varon, serás llamada,  
Le dice, varonesa deseada.»

El justo Abel se mira en otra parte  
Muerto y en el matiz descolorido,  
Que aquel primero y envidioso Marte  
Le tiene á sus robustos piés tendido:  
A la materia sobrepuja el arte,  
Y á la verdad iguala lo esculpido;  
Muerto aparece por la dura mano  
De su crudo enemigo y fiero hermano.

© Cerca de allí, colérico y terrible  
Se muestra Dios al fratricida odioso,  
Y la sangre de Abel con voz sentible  
Clama contra el soberbio y alevoso:  
Pintado el matador incorregible  
Va huyendo con ímpetu furioso:  
¿De qué huyes, Cain, y por qué huyes;  
Que á Dios ofendes y tu bien destruyes?

Perlas y aljófar son las aguas vivas  
Que representan el Diluvio extraño  
Del cielo, que con lanzas vengativas  
Al mundo hizo irremediable daño:  
Allí se ven las ondas fugitivas  
Deslizarse y bajar con dulce engaño  
De la nave gentil, que burla dellas  
A fuerza de oraciones, no de estrellas.



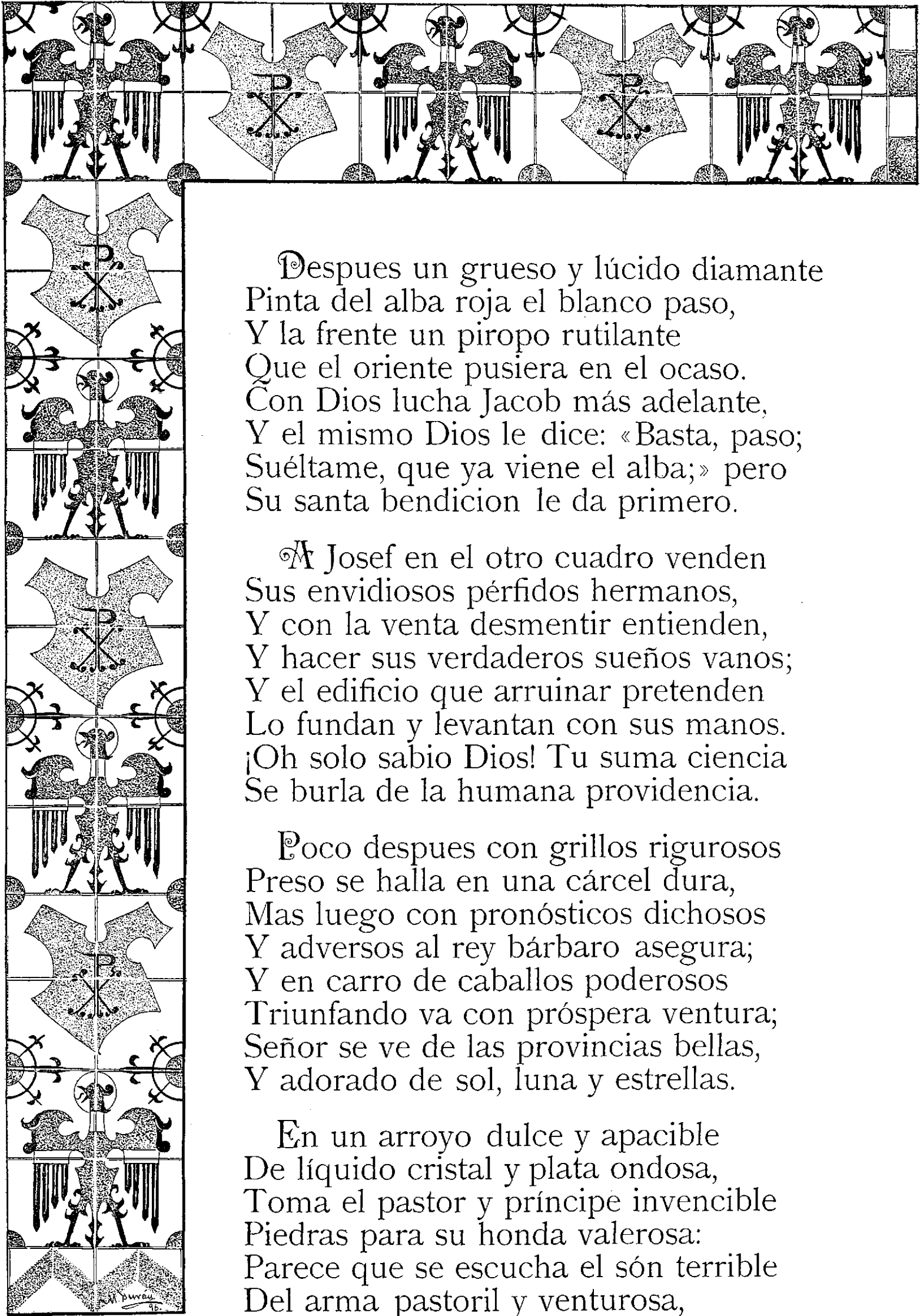


Poco despues el Iris generoso,  
De diversos colores rodeado,  
Aplacándose el tiempo borrascoso,  
Aparece en el cielo dibujado:  
El rico sardio y el rubí precioso  
Con el bello crisólito mezclado,  
Son figura del arco, no pintura;  
Que en eso el Iris de ellos es figura.

Formado de carbuncos refulgentes  
Un fuego está de llamas encendidas;  
Y el padre ilustre de las muchas gentes,  
En él sacrificar quiere mil vidas,  
La suya y de sus claros descendientes  
En la de Isac, su hijo, prometidas:  
Allí el alfanje con valor levanta,  
Y aun en dibujo reluciendo, espanta.

Rayo parece que del cielo baja,  
Y en los ojos de Isac relampaguea  
Amenazando; pero el golpe ataja  
Un ángel á la fuerte mano hebrea:  
Si aprestabas al jóven la mortaja,  
Santo Abraham, apréstale librea;  
Que ha de ser padre de ínclitos varones,  
Temidos de ilustrísimas naciones.

Tambien Jacob, su hijo, allí se muestra  
Con dulces vinos y suaves flores,  
Y la prudente madre, que le adiestra,  
Manjar le da, y con él ricos favores:  
Velloso hace su tratable diestra;  
Pieles le viste, fíngele rigores:  
La bendicion de Isac con esto gana:  
Que la merece el hijo que se humana.

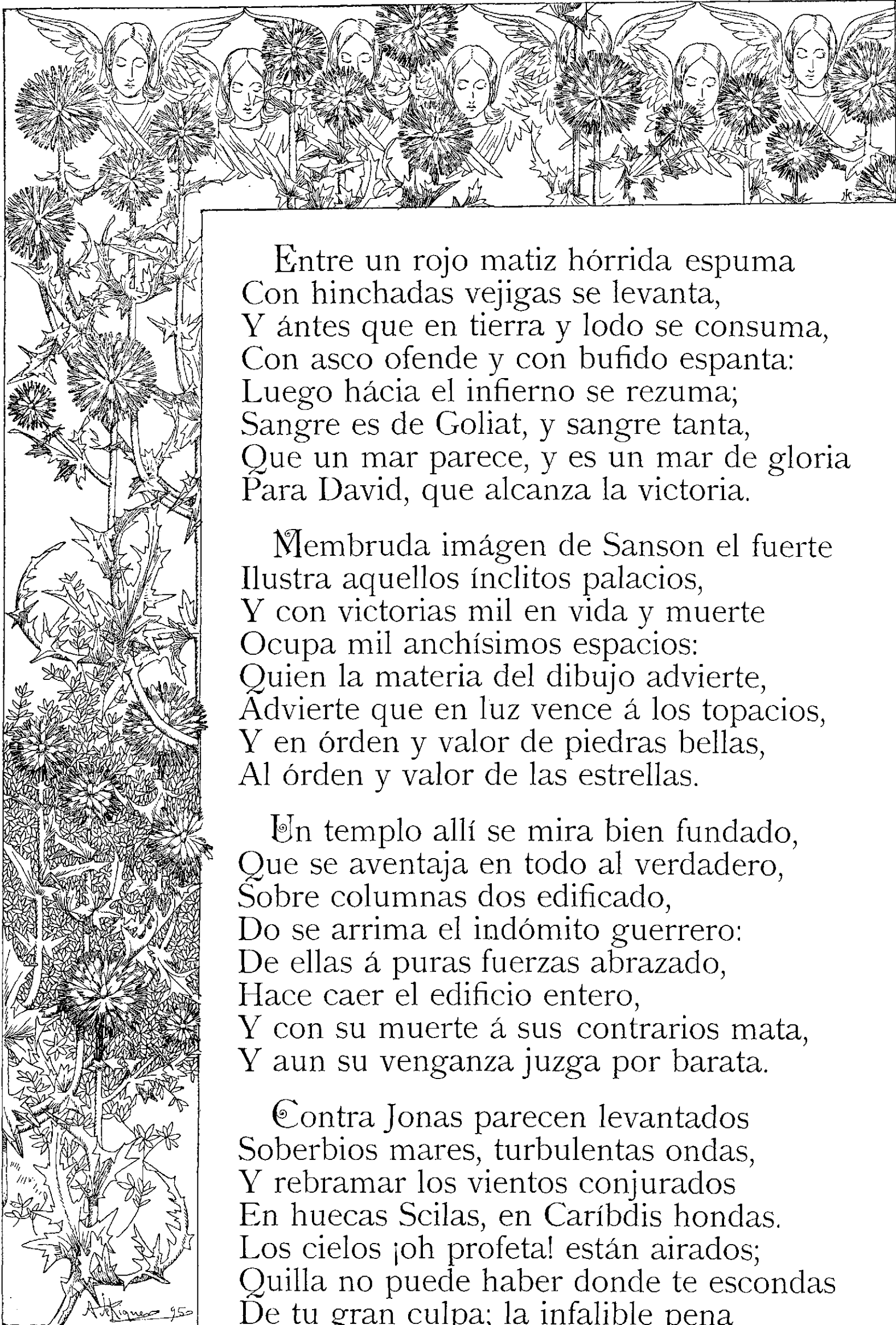


Después un grueso y lúcido diamante  
Pinta del alba roja el blanco paso,  
Y la frente un piropo rutilante  
Que el oriente pusiera en el ocaso.  
Con Dios lucha Jacob más adelante,  
Y el mismo Dios le dice: «Basta, paso;  
Suéltame, que ya viene el alba;» pero  
Su santa bendición le da primero.

⌘ Josef en el otro cuadro venden  
Sus envidiosos pérfidos hermanos,  
Y con la venta desmentir entienden,  
Y hacer sus verdaderos sueños vanos;  
Y el edificio que arruinar pretenden  
Lo fundan y levantan con sus manos.  
¡Oh solo sabio Dios! Tu suma ciencia  
Se burla de la humana providencia.

Poco después con grillos rigurosos  
Preso se halla en una cárcel dura,  
Mas luego con pronósticos dichosos  
Y adversos al rey bárbaro asegura;  
Y en carro de caballos poderosos  
Triunfando va con próspera ventura;  
Señor se ve de las provincias bellas,  
Y adorado de sol, luna y estrellas.

En un arroyo dulce y apacible  
De líquido cristal y plata ondosa,  
Toma el pastor y príncipe invencible  
Piedras para su honda valerosa:  
Parece que se escucha el són terrible  
Del arma pastoril y venturosa,  
Y el estallido crujidor resuena,  
Con que la furia del gigante enfrena.



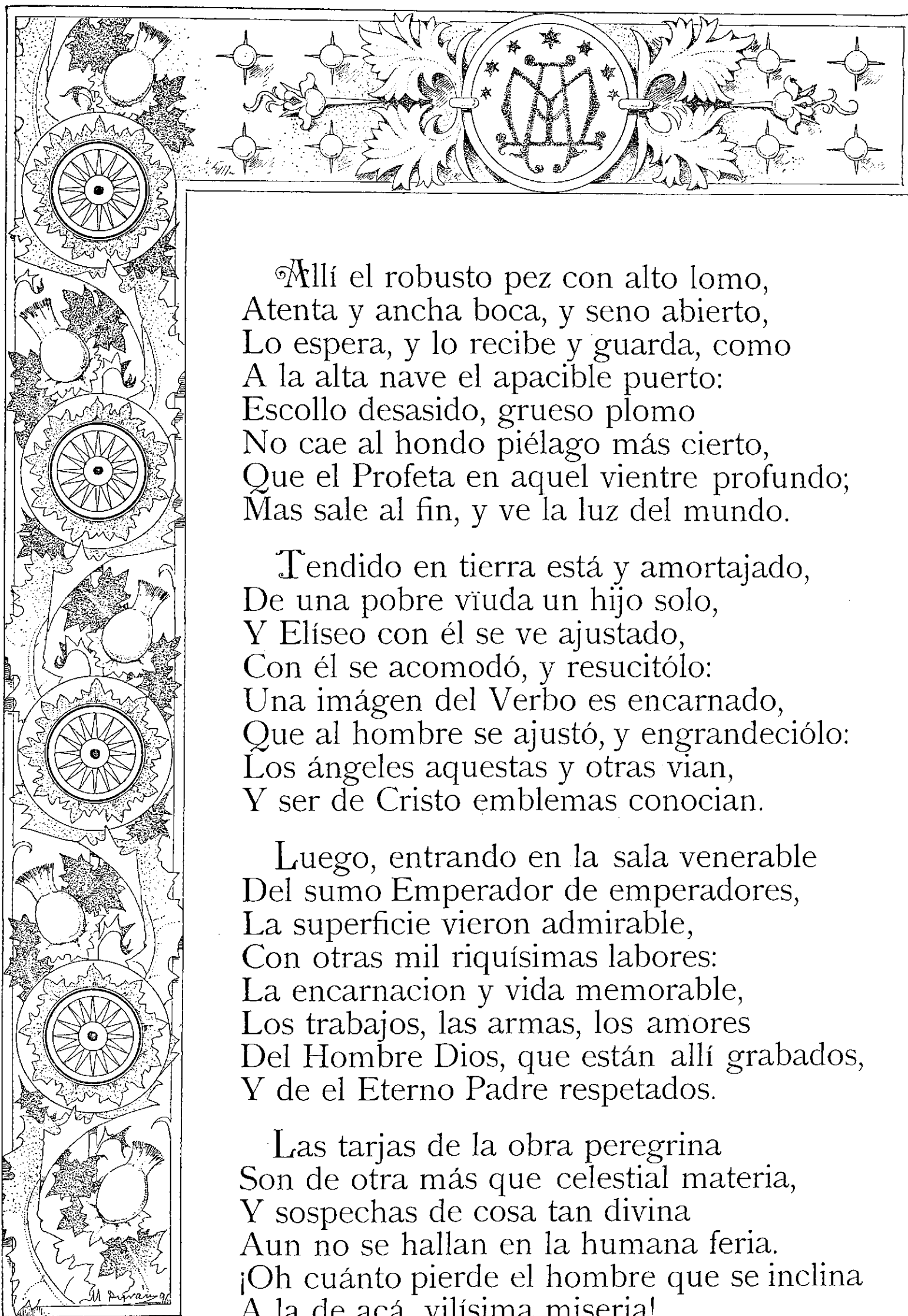
Entre un rojo matiz hórrida espuma  
Con hinchadas vejigas se levanta,  
Y ántes que en tierra y lodo se consuma,  
Con asco ofende y con bufido espanta:  
Luego hácia el infierno se rezuma;  
Sangre es de Goliat, y sangre tanta,  
Que un mar parece, y es un mar de gloria  
Para David, que alcanza la victoria.

Membruda imágen de Sanson el fuerte  
Ilustra aquellos ínclitos palacios,  
Y con victorias mil en vida y muerte  
Ocupa mil anchísimos espacios:  
Quien la materia del dibujo advierte,  
Advierte que en luz vence á los topacios,  
Y en órden y valor de piedras bellas,  
Al órden y valor de las estrellas.

Un templo allí se mira bien fundado,  
Que se aventaja en todo al verdadero,  
Sobre columnas dos edificado,  
Do se arrima el indómito guerrero:  
De ellas á puras fuerzas abrazado,  
Hace caer el edificio entero,  
Y con su muerte á sus contrarios mata,  
Y aun su venganza juzga por barata.

Contra Jonas parecen levantados  
Soberbios mares, turbulentas ondas,  
Y rebramar los vientos conjurados  
En huecas Scilas, en Caribdis hondas.  
Los cielos ¡oh profeta! están airados;  
Quilla no puede haber donde te escondas  
De tu gran culpa; la infalible pena  
Sólo el vientre será de una ballena.



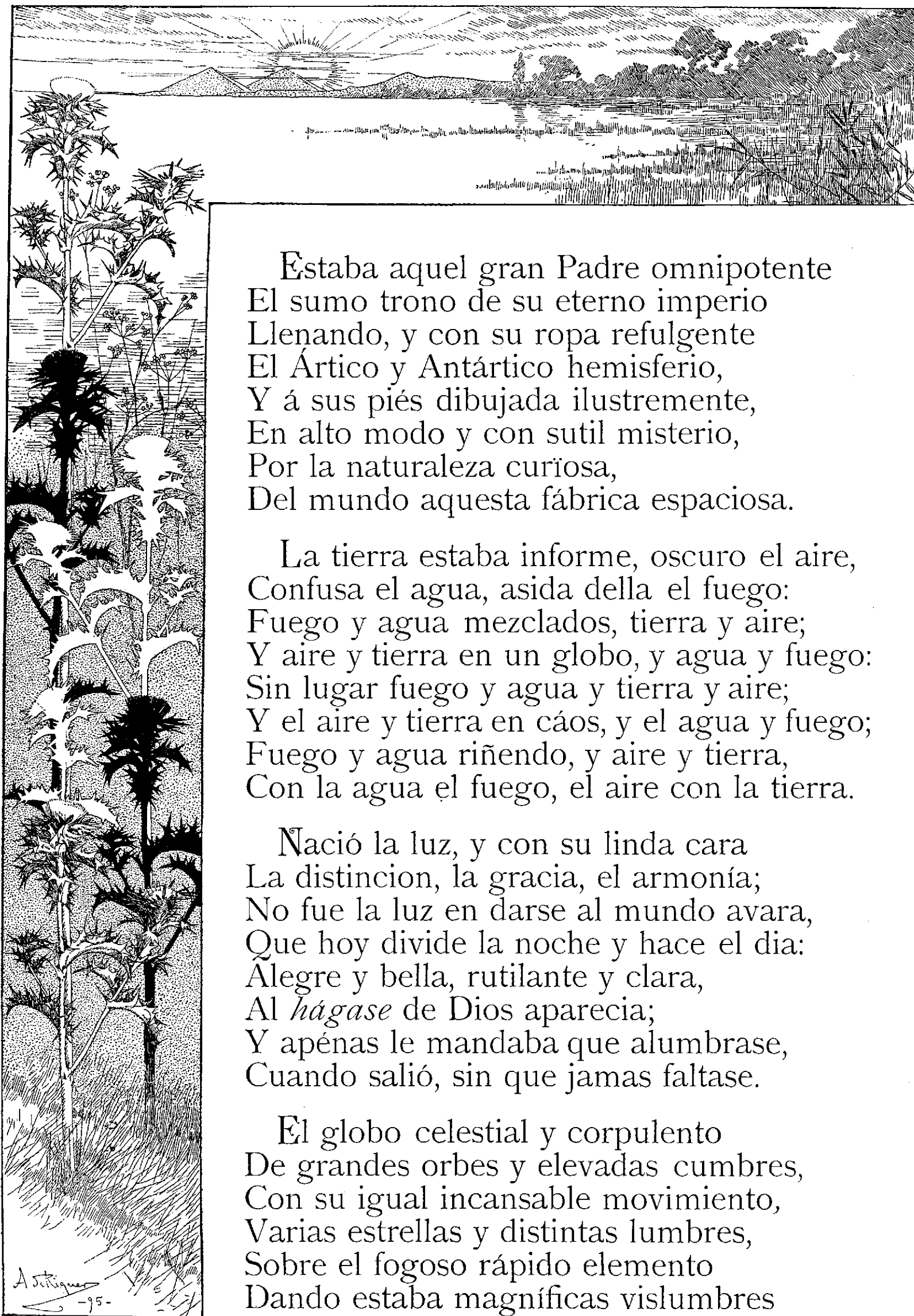


Allí el robusto pez con alto lomo,  
Atenta y ancha boca, y seno abierto,  
Lo espera, y lo recibe y guarda, como  
A la alta nave el apacible puerto:  
Escollo desasido, grueso plomo  
No cae al hondo piélago más cierto,  
Que el Profeta en aquel vientre profundo;  
Mas sale al fin, y ve la luz del mundo.

Tendido en tierra está y amortajado,  
De una pobre viuda un hijo solo,  
Y Eliseo con él se ve ajustado,  
Con él se acomodó, y resucitólo:  
Una imagen del Verbo es encarnado,  
Que al hombre se ajustó, y engrandeciolo:  
Los ángeles aquestas y otras vian,  
Y ser de Cristo emblemas conocian.

Luego, entrando en la sala venerable  
Del sumo Emperador de emperadores,  
La superficie vieron admirable,  
Con otras mil riquísimas labores:  
La encarnacion y vida memorable,  
Los trabajos, las armas, los amores  
Del Hombre Dios, que están allí grabados,  
Y de el Eterno Padre respetados.

Las tarjetas de la obra peregrina  
Son de otra más que celestial materia,  
Y sospechas de cosa tan divina  
Aun no se hallan en la humana feria.  
¡Oh cuánto pierde el hombre que se inclina  
A la de acá, vilísima miseria!  
Hombre, levanta los cansados ojos;  
Lidia y vence, y habrás tales despojos.

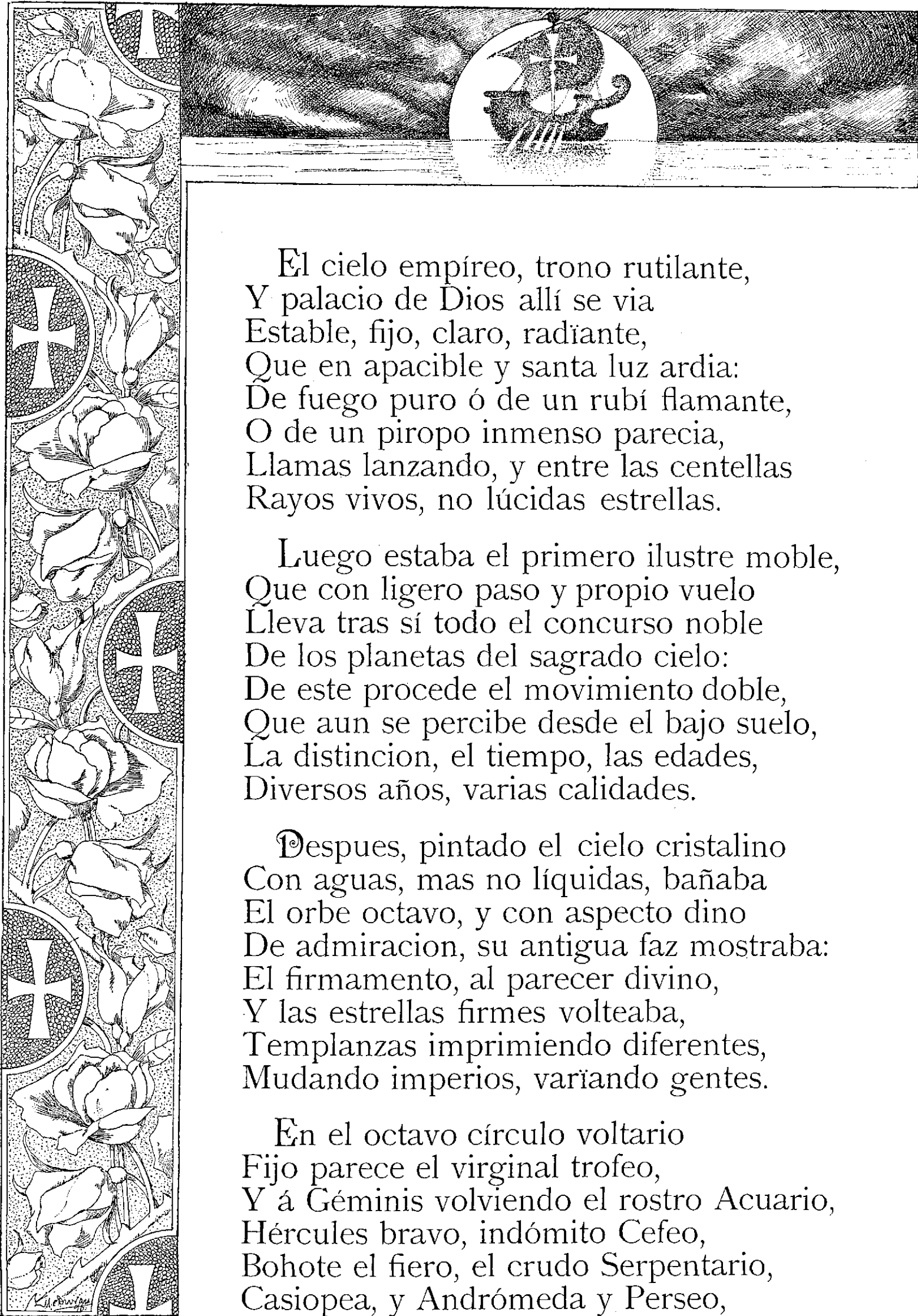


Estaba aquel gran Padre omnipotente  
El sumo trono de su eterno imperio  
Llenando, y con su ropa refulgente  
El Ártico y Antártico hemisferio,  
Y á sus piés dibujada ilustremente,  
En alto modo y con sutil misterio,  
Por la naturaleza curiosa,  
Del mundo aquesta fábrica espaciosa.

La tierra estaba informe, oscuro el aire,  
Confusa el agua, asida della el fuego:  
Fuego y agua mezclados, tierra y aire;  
Y aire y tierra en un globo, y agua y fuego:  
Sin lugar fuego y agua y tierra y aire;  
Y el aire y tierra en cáos, y el agua y fuego;  
Fuego y agua riñendo, y aire y tierra,  
Con la agua el fuego, el aire con la tierra.

Nació la luz, y con su linda cara  
La distincion, la gracia, el armonía;  
No fue la luz en darse al mundo avara,  
Que hoy divide la noche y hace el dia:  
Alegre y bella, rutilante y clara,  
Al *hágase* de Dios aparecía;  
Y apenas le mandaba que alumbrase,  
Cuando salió, sin que jamas faltase.

El globo celestial y corpulento  
De grandes orbes y elevadas cumbres,  
Con su igual incansable movimiento,  
Varias estrellas y distintas lumbres,  
Sobre el fogoso rápido elemento  
Dando estaba magníficas vislumbres  
Del poder sumo de la excelsa mano  
Que globo fabricó tan soberano.



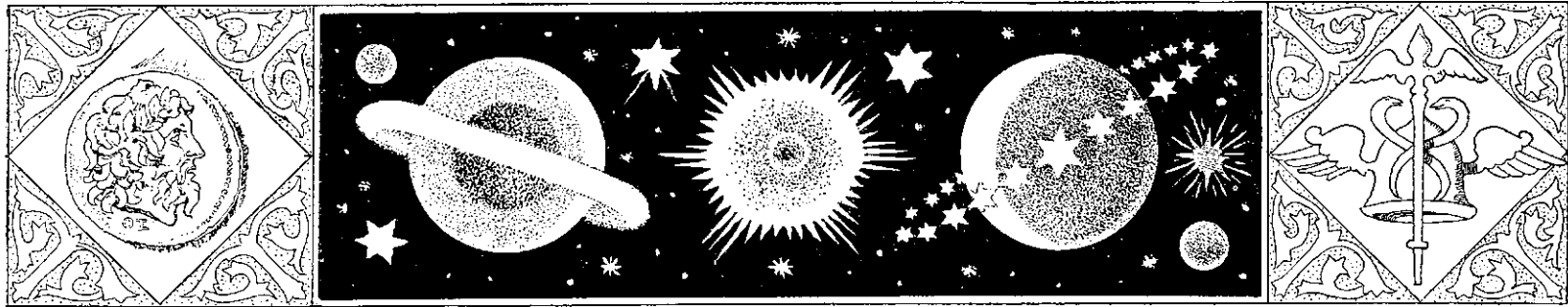
El cielo empíreo, trono rutilante,  
Y palacio de Dios allí se via  
Estable, fijo, claro, radiante,  
Que en apacible y santa luz ardia:  
De fuego puro ó de un rubí flamante,  
O de un piropo inmenso parecia,  
Llamas lanzando, y entre las centellas  
Rayos vivos, no lúcidas estrellas.

Luego estaba el primero ilustre moble,  
Que con ligero paso y propio vuelo  
Lleva tras sí todo el concurso noble  
De los planetas del sagrado cielo:  
De este procede el movimiento doble,  
Que aun se percibe desde el bajo suelo,  
La distincion, el tiempo, las edades,  
Diversos años, varias calidades.

Despues, pintado el cielo cristalino  
Con aguas, mas no líquidas, bañaba  
El orbe octavo, y con aspecto dino  
De admiracion, su antigua faz mostraba:  
El firmamento, al parecer divino,  
Y las estrellas firmes volteaba,  
Templanzas imprimiendo diferentes,  
Mudando imperios, variando gentes.

En el octavo círculo voltario  
Fijo parece el virginal trofeo,  
Y á Géminis volviendo el rostro Acuario,  
Hércules bravo, indómito Cefeo,  
Bohote el fiero, el crudo Serpentario,  
Casiopea, y Andrómeda y Perseo,  
De relumbrantes luces dibujados,  
Y en varias influencias ocupados.





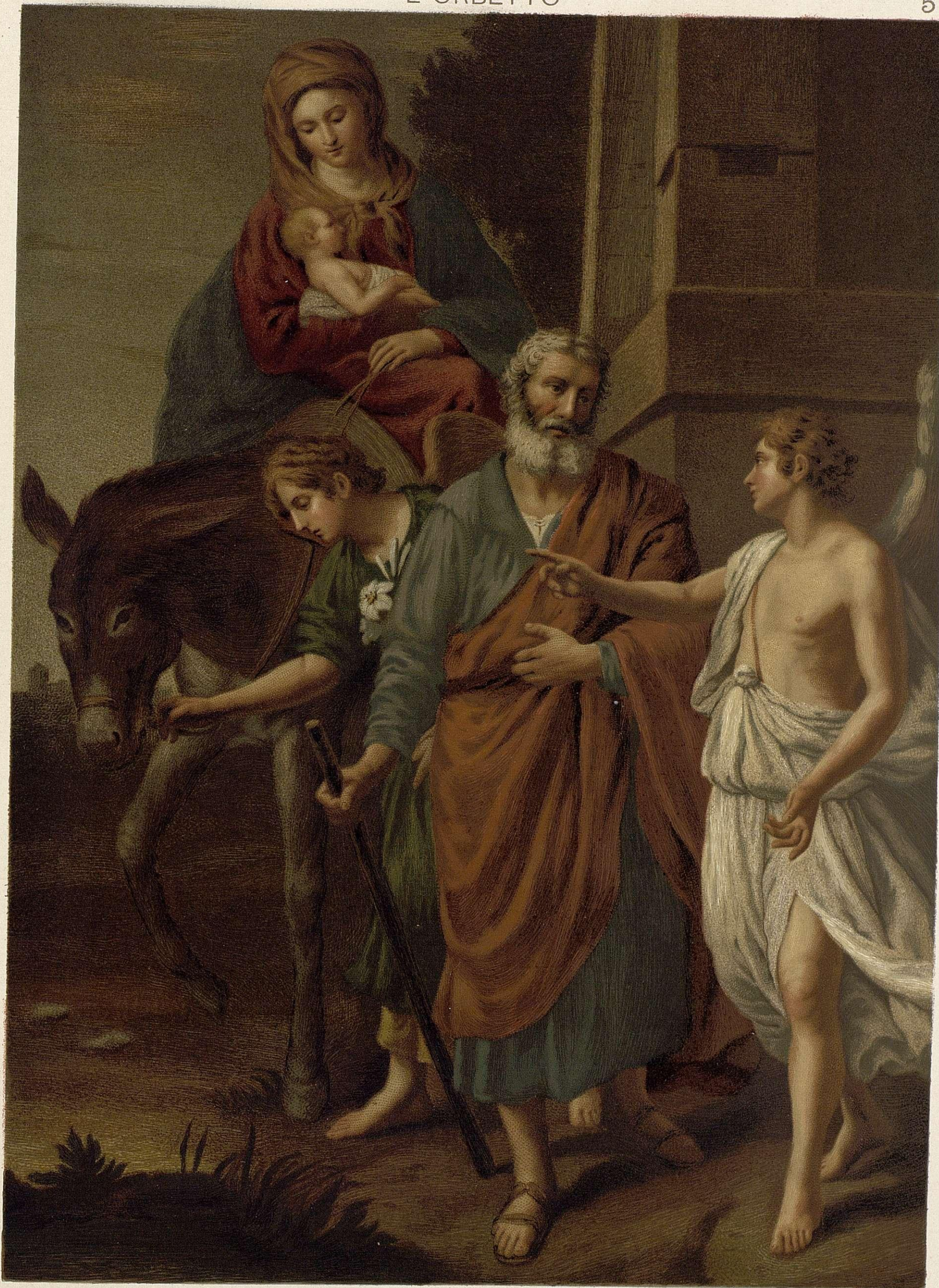
Está en el orbe séptimo Saturno,  
De chicos ojos y pequeña frente,  
Rostro largo y espíritu nocturno,  
Cejas vellosas y ánimo inclemente,  
A quien enfada el resplandor diurno,  
La claridad suave y luz caliente,  
Padre de venenosas pestilencias,  
De almas turbias y pérfidas conciencias.

El soberano Júpiter se via  
Luego en el sexto círculo admirable;  
El aire ponzoñoso deshacia,  
Y el viento nos prestaba saludable:  
En sus ojos templado ardor tenia,  
Cara ilustre y aspecto venerable;  
Mostrábase en el punto del oriente,  
Do le hizo el Señor omnipotente.

El membrudo, terrible, osado Marte,  
Fiera estrella, planeta vengativo,  
Que da victorias, y despojos parte,  
Y guerras causa con furor esquivo,  
Del cielo quinto en la suprema parte  
Lanzando estaba en rayos fuego vivo,  
Bravo, espantoso, armado, furibundo,  
De fuerte pecho y ánimo iracundo.

El hermoso planeta coronado  
De encendidos carbuncos refulgentes,  
Que raya el monte y fertiliza el prado,  
Con luces de pirámides ardientes,  
Estaba en otro cielo retratado  
Rigiendo sus caballos impacientes,  
Que en un dia caminan, por su cuenta,  
Siempre trescientos grados y sesenta.





A. Nadal lit.

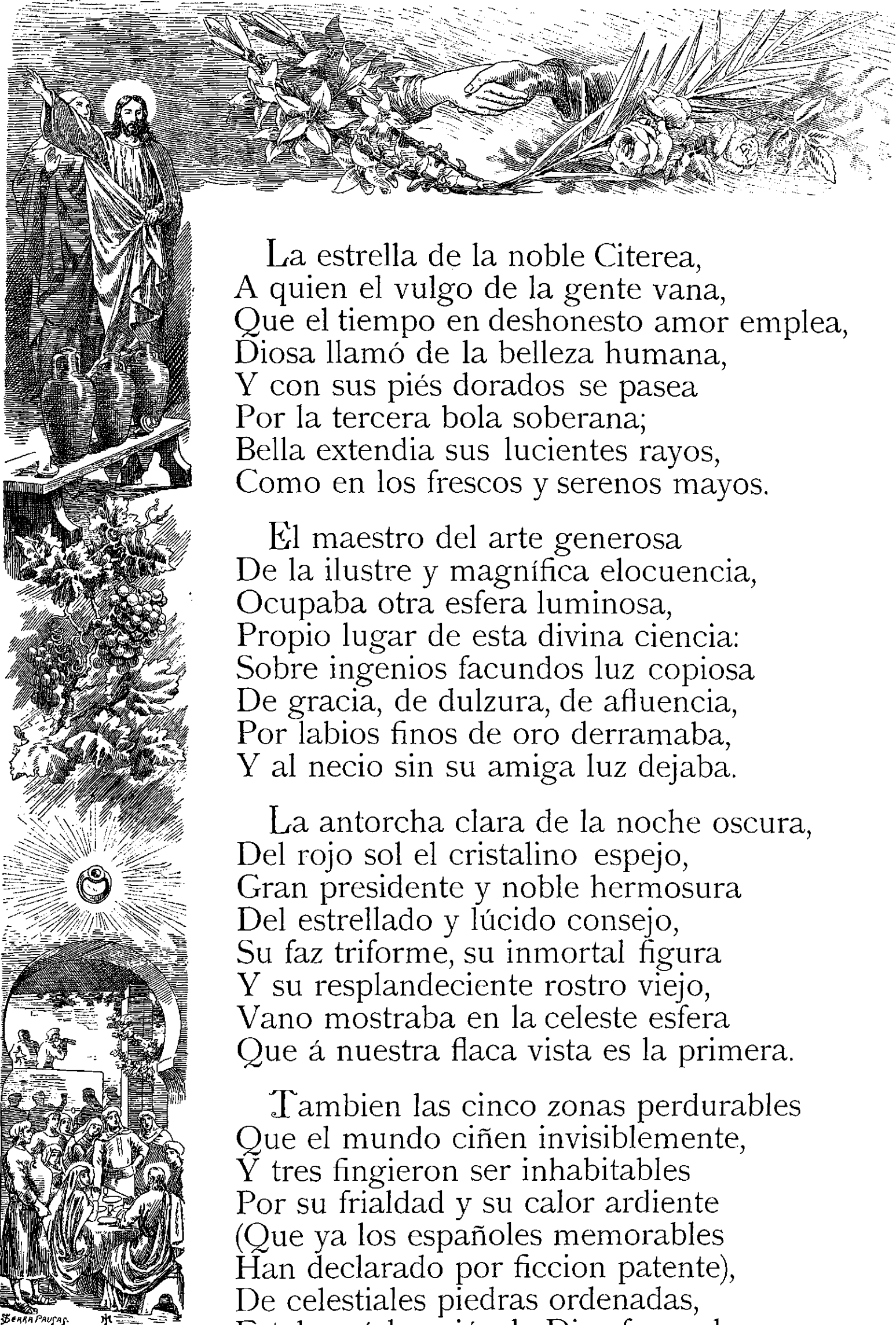
Lit. Aleu.—Barcelona.









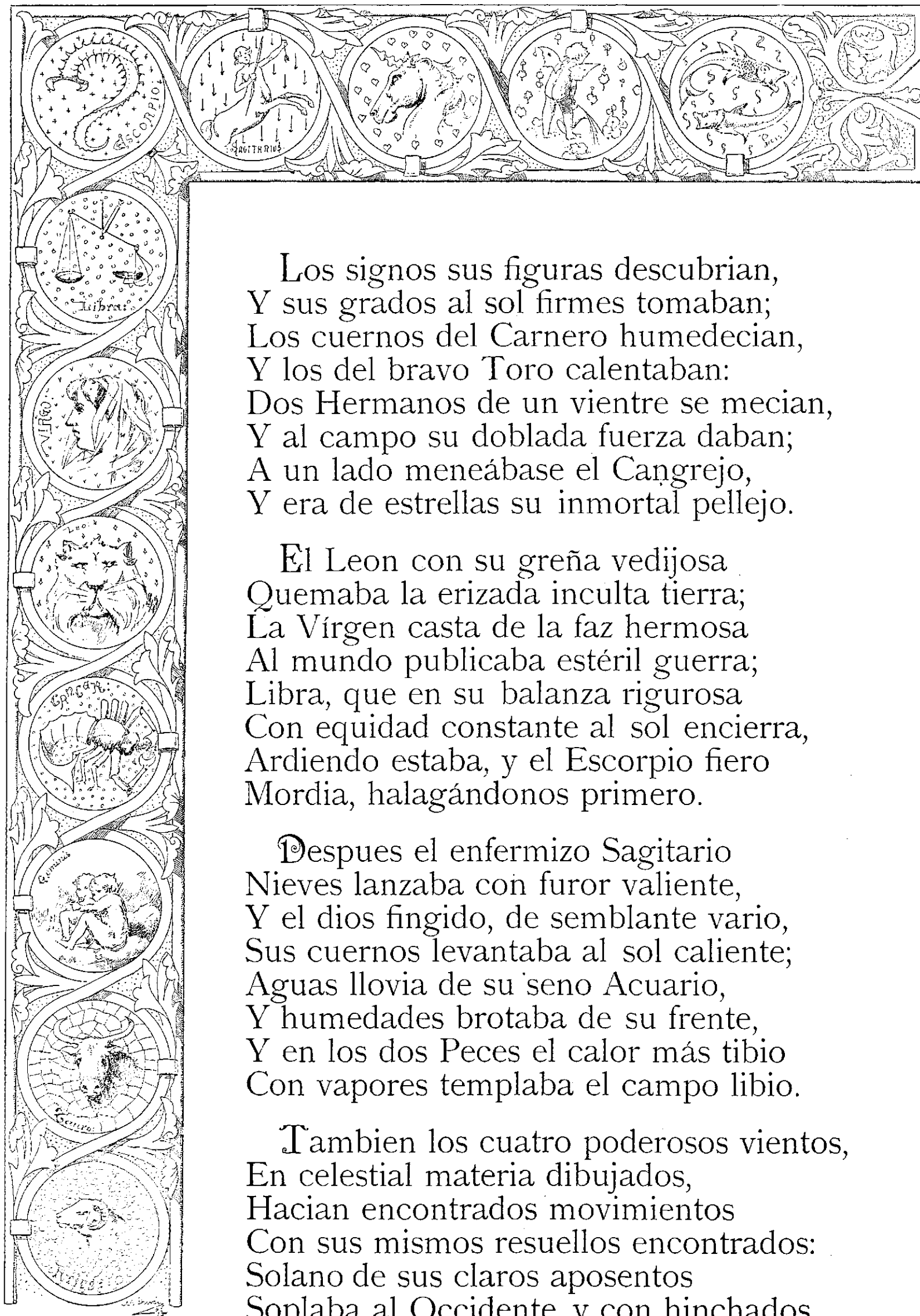


La estrella de la noble Citerea,  
A quien el vulgo de la gente vana,  
Que el tiempo en deshonesto amor emplea,  
Diosa llamó de la belleza humana,  
Y con sus piés dorados se pasea  
Por la tercera bola soberana;  
Bella extendia sus lucientes rayos,  
Como en los frescos y serenos mayos.

El maestro del arte generosa  
De la ilustre y magnífica elocuencia,  
Ocupaba otra esfera luminosa,  
Propio lugar de esta divina ciencia:  
Sobre ingenios facundos luz copiosa  
De gracia, de dulzura, de afluencia,  
Por labios finos de oro derramaba,  
Y al necio sin su amiga luz dejaba.

La antorcha clara de la noche oscura,  
Del rojo sol el cristalino espejo,  
Gran presidente y noble hermosura  
Del estrellado y lúcido consejo,  
Su faz triforme, su inmortal figura  
Y su resplandeciente rostro viejo,  
Vano mostraba en la celeste esfera  
Que á nuestra flaca vista es la primera.

Tambien las cinco zonas perdurables  
Que el mundo ciñen invisiblemente,  
Y tres fingieron ser inhabitables  
Por su frialdad y su calor ardiente  
(Que ya los españoles memorables  
Han declarado por ficcion patente),  
De celestiales piedras ordenadas,  
Estaban á los piés de Dios formadas.

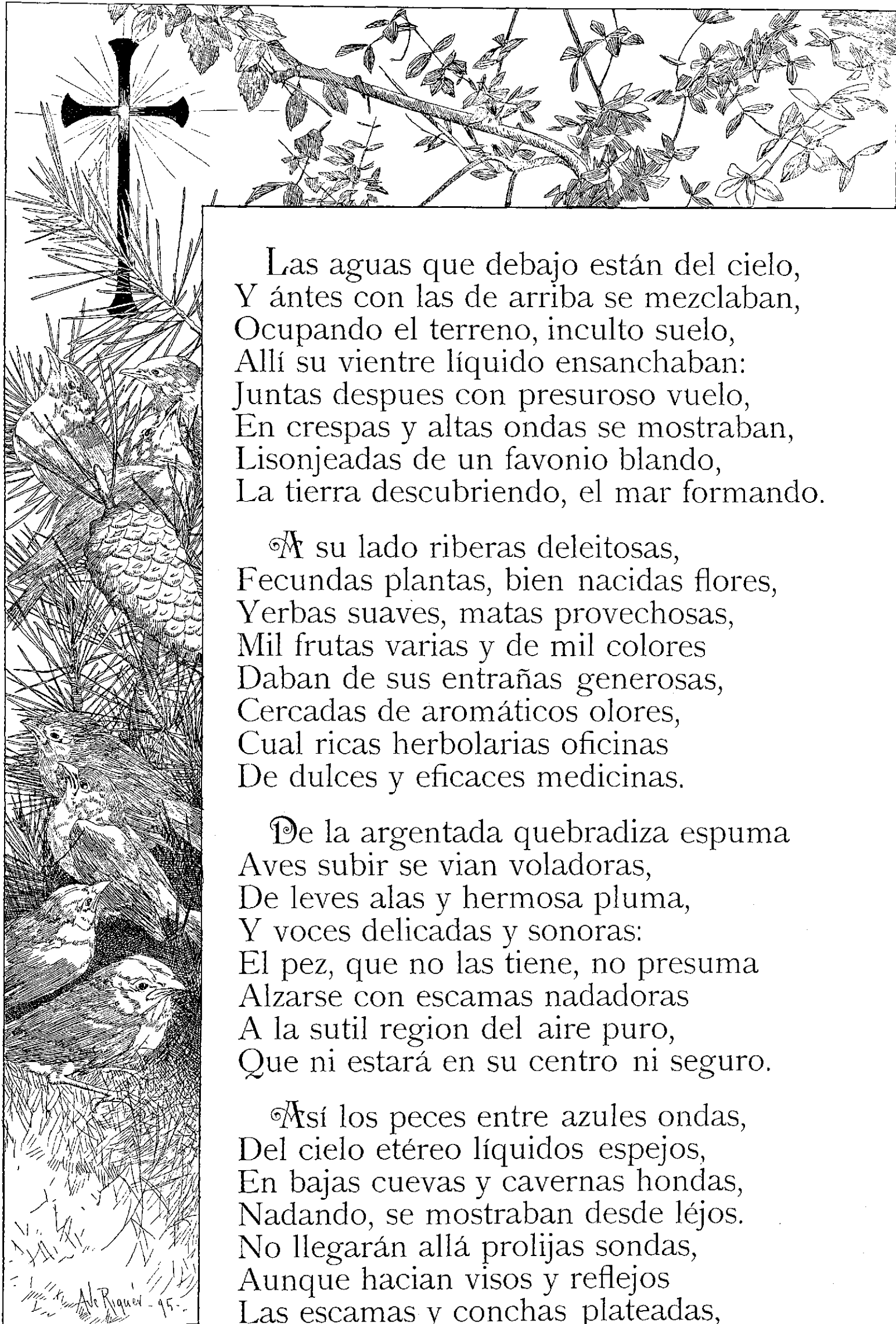


Los signos sus figuras descubrian,  
Y sus grados al sol firmes tomaban;  
Los cuernos del Carnero humedecian,  
Y los del bravo Toro calentaban:  
Dos Hermanos de un vientre se mecian,  
Y al campo su doblada fuerza daban;  
A un lado meneábase el Cangrejo,  
Y era de estrellas su inmortal pellejo.

El Leon con su greña vedijosa  
Quemaba la erizada inculta tierra;  
La Virgen casta de la faz hermosa  
Al mundo publicaba estéril guerra;  
Libra, que en su balanza rigurosa  
Con equidad constante al sol encierra,  
Ardiendo estaba, y el Escorpio fiero  
Mordia, halagándonos primero.

Despues el enfermizo Sagitario  
Nieves lanzaba con furor valiente,  
Y el dios fingido, de semblante vario,  
Sus cuernos levantaba al sol caliente;  
Aguas llovía de su seno Acuario,  
Y humedades brotaba de su frente,  
Y en los dos Peces el calor más tibio  
Con vapores templaba el campo libio.

Tambien los cuatro poderosos vientos,  
En celestial materia dibujados,  
Hacian encontrados movimientos  
Con sus mismos resuellos encontrados:  
Solano de sus claros aposentos  
Soplaba al Occidente, y con hinchados  
Carrillos el Gallego se ponía;  
El Sur al Norte, el Norte al Sur hería.



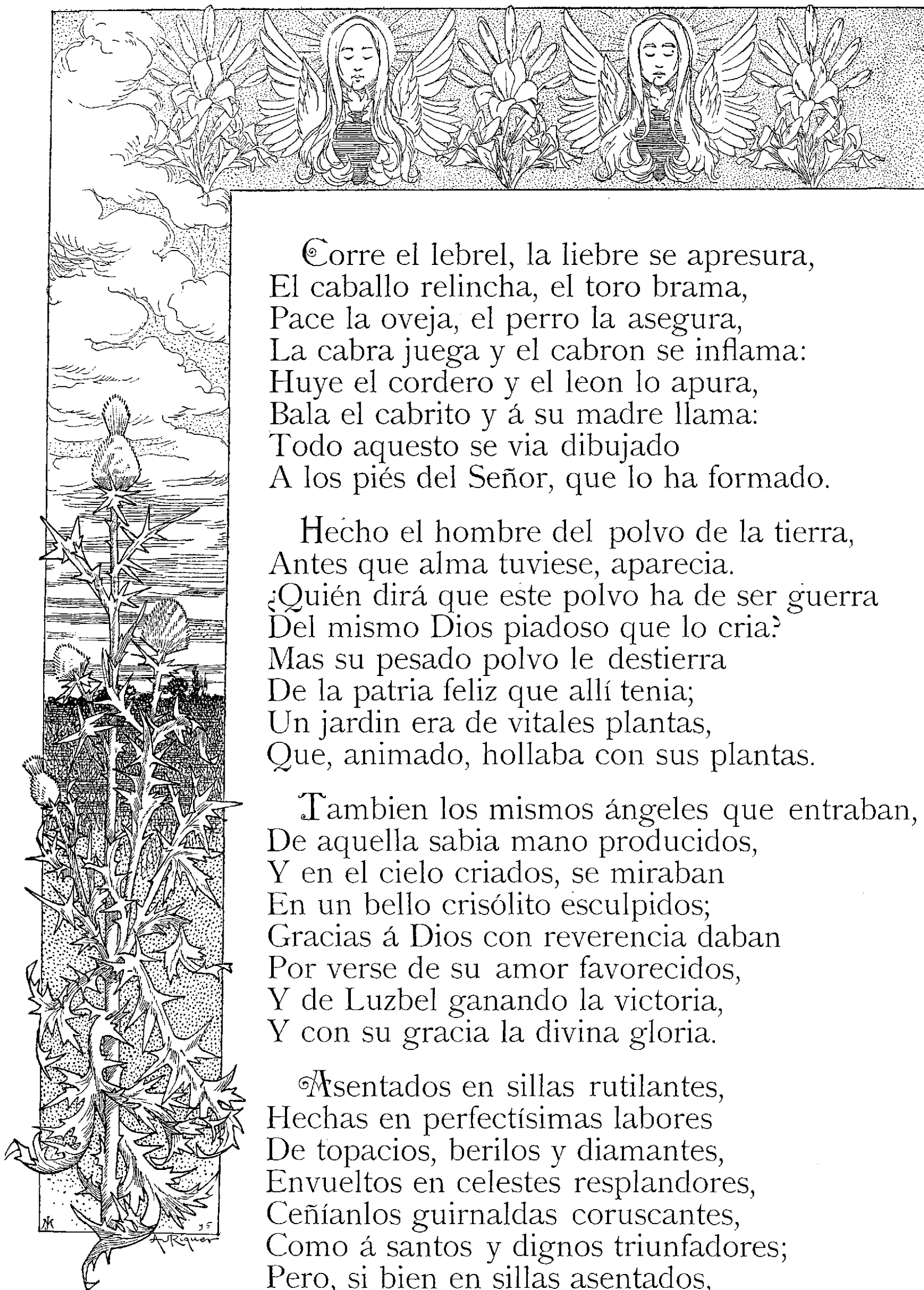
Las aguas que debajo están del cielo,  
Y ántes con las de arriba se mezclaban,  
Ocupando el terreno, inculto suelo,  
Allí su vientre líquido ensanchaban:  
Juntas despues con presuroso vuelo,  
En crespas y altas ondas se mostraban,  
Lisonjeadas de un favonio blando,  
La tierra descubriendo, el mar formando.

♣ su lado riberas deleitosas,  
Fecundas plantas, bien nacidas flores,  
Yerbas suaves, matas provechosas,  
Mil frutas varias y de mil colores  
Daban de sus entrañas generosas,  
Cercadas de aromáticos olores,  
Cual ricas herbolarias oficinas  
De dulces y eficaces medicinas.

♣ De la argentada quebradiza espuma  
Aves subir se vian voladoras,  
De leves alas y hermosa pluma,  
Y voces delicadas y sonoras:  
El pez, que no las tiene, no presuma  
Alzarse con escamas nadadoras  
A la sutil region del aire puro,  
Que ni estará en su centro ni seguro.

♣ Así los peces entre azules ondas,  
Del cielo etéreo líquidos espejos,  
En bajas cuevas y cavernas hondas,  
Nadando, se mostraban desde léjos.  
No llegarán allá prolijas sondas,  
Aunque hacian visos y reflejos  
Las escamas y conchas plateadas,  
Del sol heridas y del mar lavadas.



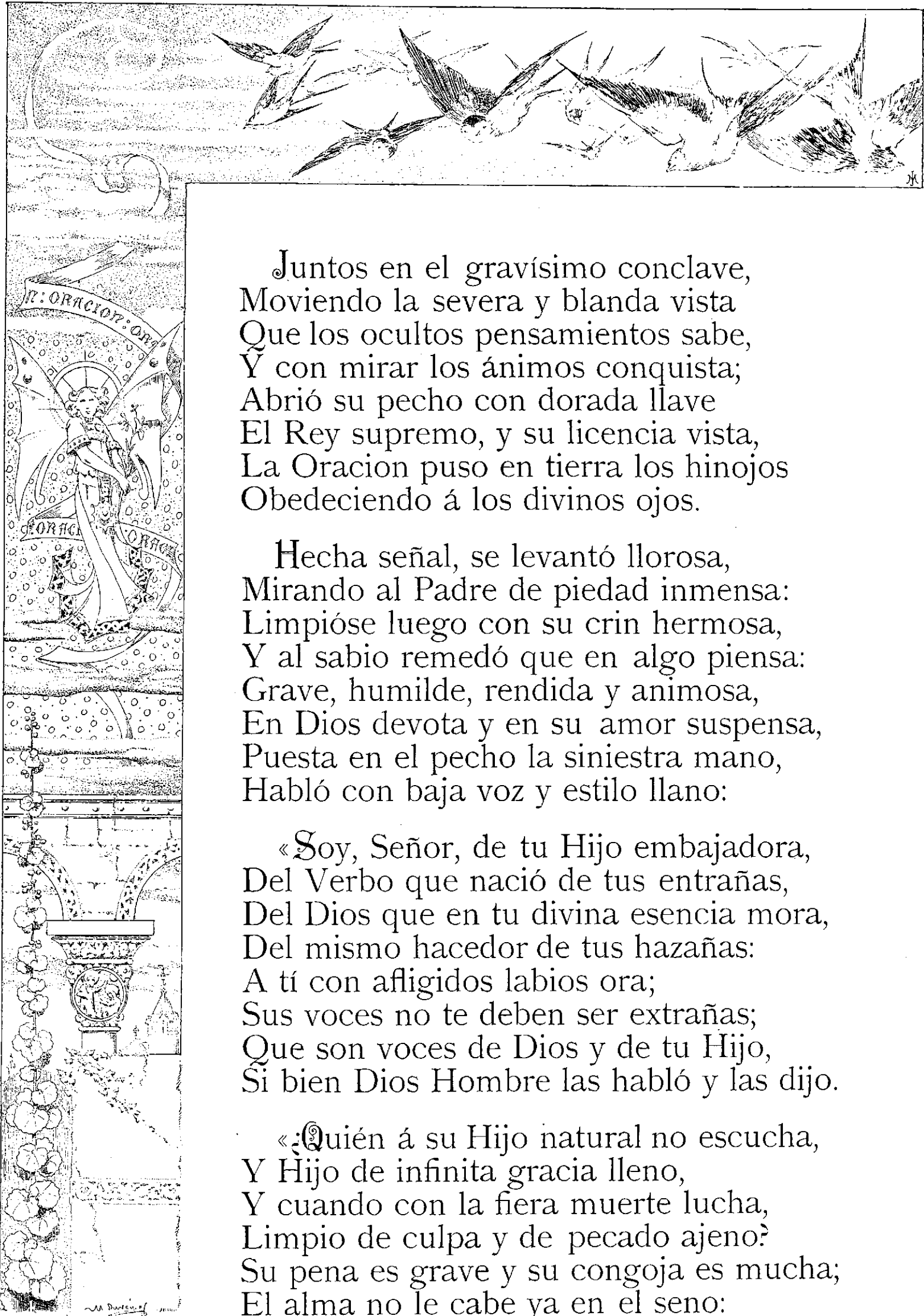


Corre el lebre, la liebre se apresura,  
El caballo relincha, el toro brama,  
Pace la oveja, el perro la asegura,  
La cabra juega y el cabron se inflama:  
Huye el cordero y el leon lo apura,  
Bala el cabrito y á su madre llama:  
Todo aquesto se via dibujado  
A los piés del Señor, que lo ha formado.

Hecho el hombre del polvo de la tierra,  
Antes que alma tuviese, aparecia.  
¿Quién dirá que este polvo ha de ser guerra  
Del mismo Dios piadoso que lo cria?  
Mas su pesado polvo le destierra  
De la patria feliz que allí tenia;  
Un jardin era de vitales plantas,  
Que, animado, hollaba con sus plantas.

Tambien los mismos ángeles que entraban,  
De aquella sabia mano producidos,  
Y en el cielo criados, se miraban  
En un bello crisólito esculpidos;  
Gracias á Dios con reverencia daban  
Por verse de su amor favorecidos,  
Y de Luzbel ganando la victoria,  
Y con su gracia la divina gloria.

Asentados en sillas rutilantes,  
Hechas en perfectísimas labores  
De topacios, berilos y diamantes,  
Envueltos en celestes resplandores,  
Ceñíanlos guirnaldas coruscantes,  
Como á santos y dignos triunfadores;  
Pero, si bien en sillas asentados,  
Estaban á los piés de Dios postrados.

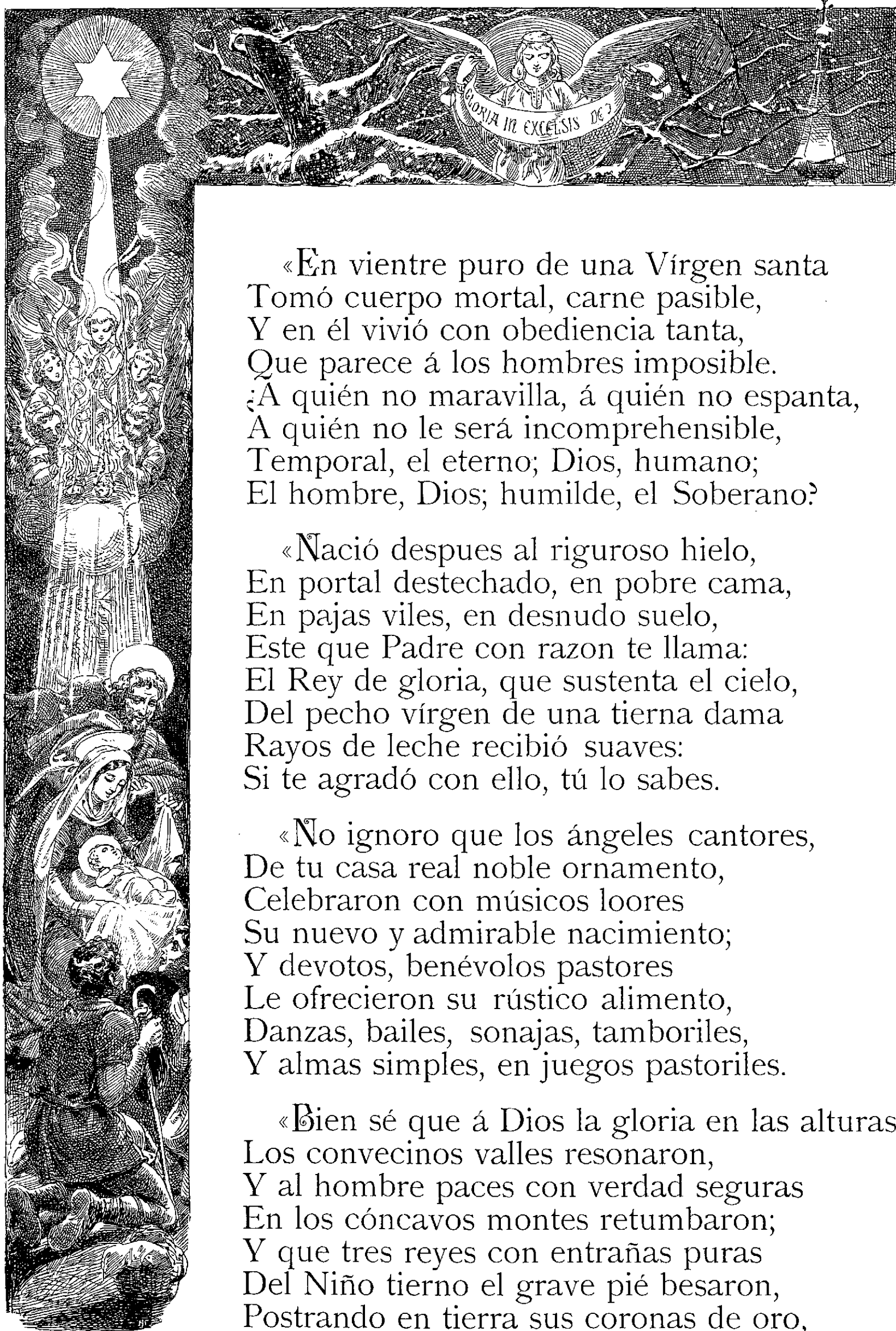


Juntos en el gravísimo conclave,  
Moviendo la severa y blanda vista  
Que los ocultos pensamientos sabe,  
Y con mirar los ánimos conquista;  
Abrió su pecho con dorada llave  
El Rey supremo, y su licencia vista,  
La Oracion puso en tierra los hinojos  
Obedeciendo á los divinos ojos.

Hecha señal, se levantó llorosa,  
Mirando al Padre de piedad inmensa:  
Limpióse luego con su crin hermosa,  
Y al sabio remedó que en algo piensa:  
Grave, humilde, rendida y animosa,  
En Dios devota y en su amor suspensa,  
Puesta en el pecho la siniestra mano,  
Habló con baja voz y estilo llano:

«Soy, Señor, de tu Hijo embajadora,  
Del Verbo que nació de tus entrañas,  
Del Dios que en tu divina esencia mora,  
Del mismo hacedor de tus hazañas:  
A tí con afligidos labios ora;  
Sus voces no te deben ser extrañas;  
Que son voces de Dios y de tu Hijo,  
Si bien Dios Hombre las habló y las dijo.

«¿Quién á su Hijo natural no escucha,  
Y Hijo de infinita gracia lleno,  
Y cuando con la fiera muerte lucha,  
Limpio de culpa y de pecado ajeno?  
Su pena es grave y su congoja es mucha;  
El alma no le cabe ya en el seno:  
Oyele; que sus méritos presenta  
El que de tu sér mismo se alimenta.



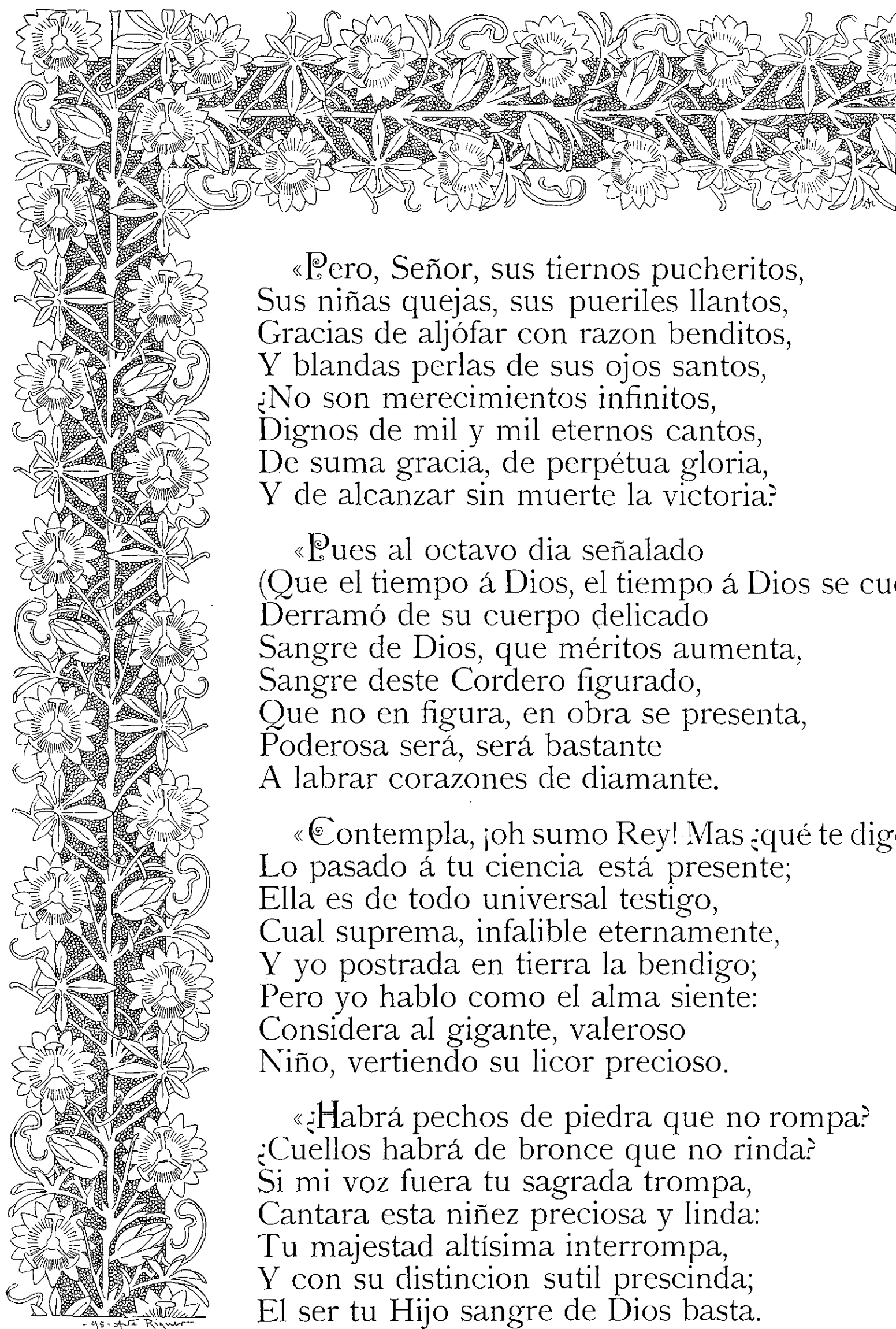
«En vientre puro de una Virgen santa  
Tomó cuerpo mortal, carne pasible,  
Y en él vivió con obediencia tanta,  
Que parece á los hombres imposible.  
¿A quién no maravilla, á quién no espanta,  
A quién no le será incomprehensible,  
Temporal, el eterno; Dios, humano;  
El hombre, Dios; humilde, el Soberano?»

«Nació despues al riguroso hielo,  
En portal destechado, en pobre cama,  
En pajas viles, en desnudo suelo,  
Este que Padre con razon te llama:  
El Rey de gloria, que sustenta el cielo,  
Del pecho vírgen de una tierna dama  
Rayos de leche recibió suaves:  
Si te agradó con ello, tú lo sabes.

«No ignoro que los ángeles cantores,  
De tu casa real noble ornamento,  
Celebraron con músicos loores  
Su nuevo y admirable nacimiento;  
Y devotos, benévolos pastores  
Le ofrecieron su rústico alimento,  
Danzas, bailes, sonajas, tamboriles,  
Y almas simples, en juegos pastoriles.

«Bien sé que á Dios la gloria en las alturas  
Los convecinos valles resonaron,  
Y al hombre paces con verdad seguras  
En los cóncavos montes retumbaron;  
Y que tres reyes con entrañas puras  
Del Niño tierno el grave pié besaron,  
Postrando en tierra sus coronas de oro,  
Y dándole en ofrenda su tesoro.



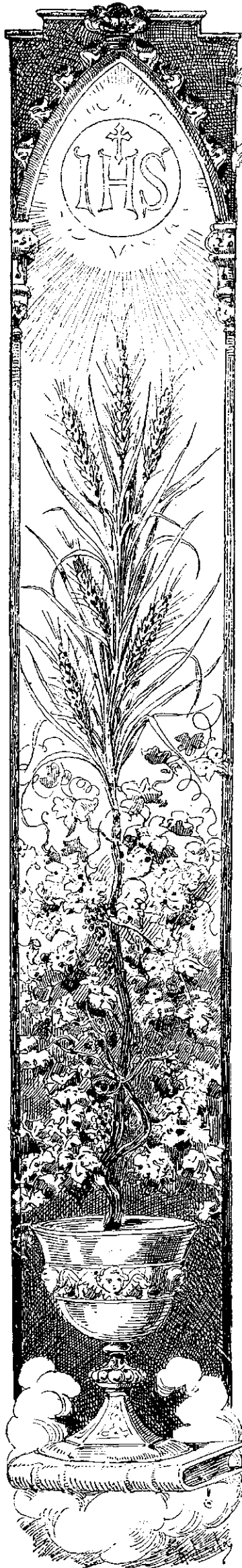


«Pero, Señor, sus tiernos pucheritos,  
Sus niñas quejas, sus pueriles llantos,  
Gracias de aljófara con razón benditos,  
Y blandas perlas de sus ojos santos,  
¿No son merecimientos infinitos,  
Dignos de mil y mil eternos cantos,  
De suma gracia, de perpétua gloria,  
Y de alcanzar sin muerte la victoria?»

«Pues al octavo día señalado  
(Que el tiempo á Dios, el tiempo á Dios se cuenta)  
Derramó de su cuerpo delicado  
Sangre de Dios, que méritos aumenta,  
Sangre deste Cordero figurado,  
Que no en figura, en obra se presenta,  
Poderosa será, será bastante  
A labrar corazones de diamante.

«Contempla, ¡oh sumo Rey! Mas ¿qué te digo?  
Lo pasado á tu ciencia está presente;  
Ella es de todo universal testigo,  
Cual suprema, infalible eternamente,  
Y yo postrada en tierra la bendigo;  
Pero yo hablo como el alma siente:  
Considera al gigante, valeroso  
Niño, vertiendo su licor precioso.

«¿Habrá pechos de piedra que no rompa?  
¿Cuellos habrá de bronce que no rinda?  
Si mi voz fuera tu sagrada trompa,  
Cantara esta niñez preciosa y linda:  
Tu majestad altísima interrompa,  
Y con su distinción sutil prescindá;  
El ser tu Hijo sangre de Dios basta.  
¿A la muerte tal sangre no contrasta?»



«Si se le dió ilustrísimo apellido,  
Si de Jesus el grave y dulce nombre,  
Con esta primer sangre ¿no ha cumplido  
De Salvador el ínclito renombre?  
Con una gota sola ha merecido  
Salvar al mundo, redimir al hombre;  
Que sangre más hidalga en sér y esencia  
No la puede hacer tu omnipotencia.

«Pues presentado en tu divino templo,  
Nos dió de su pobreza venerable  
Un singular y nunca visto ejemplo,  
Y otro la Virgen de humildad notable.  
Si esta pobreza y humildad contemplo,  
Me arrebató en un éxtasi admirable.  
¡Que con tórtolas Dios se sacrifique,  
Y el vientre virginal se purifique!

«Si pretendes, ¡oh Rey!, que se te ofrezca  
Hostia infinita, que infinita paga  
Por su infinita perfeccion merezca,  
¿Para qué esperas que la Cruz se haga?  
Ya puede ser que el sacrificio crezca  
En su valor por una y otra llaga;  
Mas crecerá, Señor, en accidente;  
Que no puede crecer esencialmente.

«No se me esconde que el Profeta anciano  
De gracias rico, rico de favores,  
Llegó á su seno, recibió en su mano  
Al Niño con magníficos loores,  
Y que anunció con pecho soberano  
Sus trabajos, sus penas, sus dolores  
A su Madre bendita: ya los pasa,  
Y sin peso, sin límite y sin tasa.



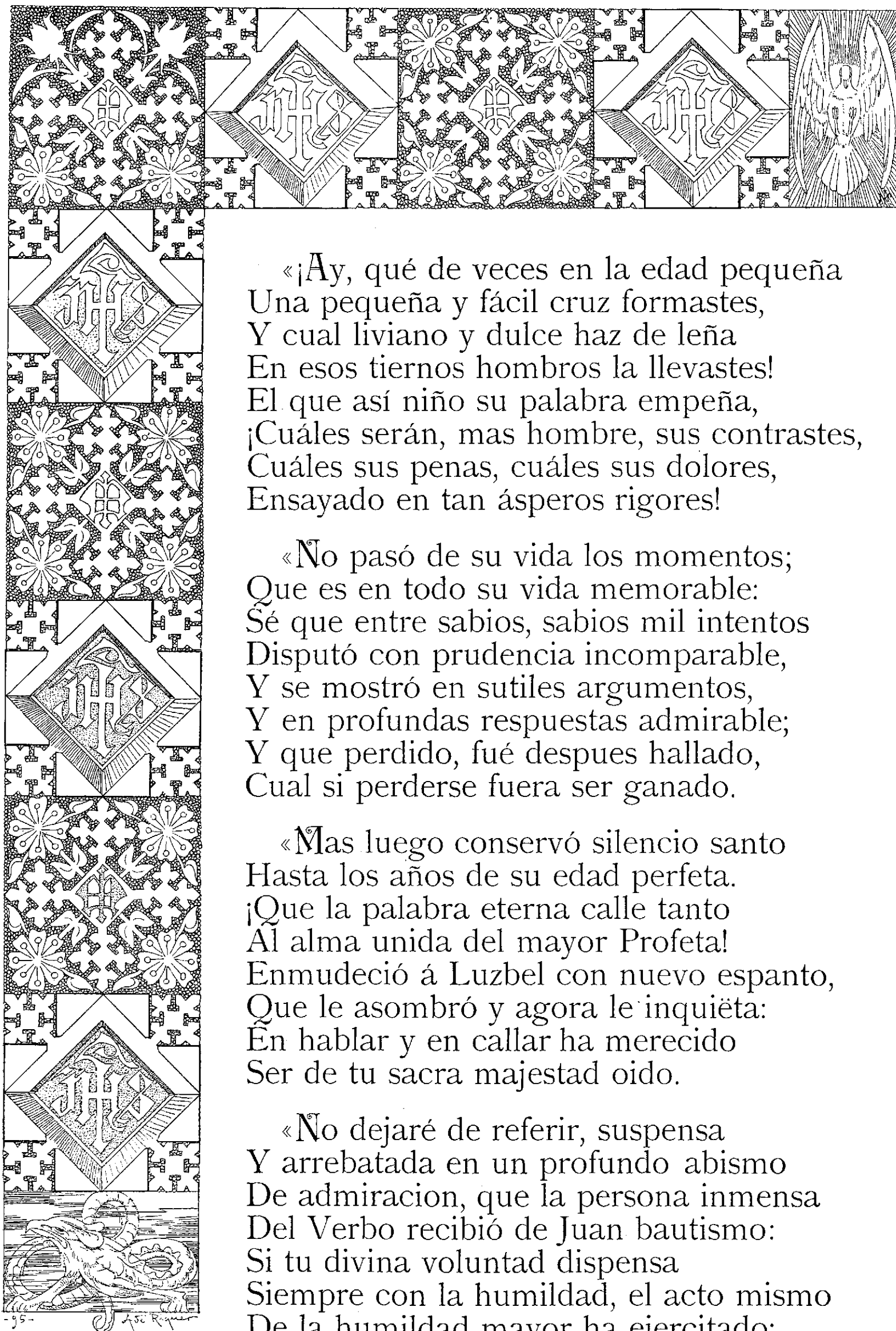
«Pero, ¿qué digo? ¡Ay Dios! Apenas supo  
Menear los bracitos amorosos,  
Cuando en la tierra de Belen no cupo,  
Cercado de cuchillos ambiciosos:  
Si largo espacio en referirte ocupo  
Su vida y sus trabajos rigurosos,  
Perdóname; que casi eternos fueron,  
Pues que desde la cuna le siguieron.

«Desterrado salió de aquel pesebre,  
¡Oh Dios, aun de pesebre desterrado!  
¿A quién habrá que el corazón no quiebre  
Veros en el confuso Egipto echado?  
¿Hay entre los gentiles quien celebre  
Pecho tan dulce, amor tan abrasado,  
Que por dejar vuestro Evangelio escrito,  
Huir quisistes al confuso Egipto?

«Allí estuvo con bárbaras naciones  
Su perseguida Madre conversando;  
Mansa oveja con ásperos leones  
Sin ofensa y rigor se vió tratando.  
¡Oh fieros ambiciosos corazones!  
La paloma veloz, de arrullo blando,  
Huyó de vuestra furia no vencida,  
Y halló entre gavilanes acogida.

«Volvió por despoblados arenales  
Después á la dejada humilde tierra:  
Puso en ella las plantas celestiales;  
Hizo en ella á Luzbel oculta guerra:  
Con Josef, entre pobres oficiales  
(¡Oh cuánto la soberbia humana yerra!),  
Dios trabajó, sudó, fué carpintero:  
Tanta humildad bendiga el cielo entero.



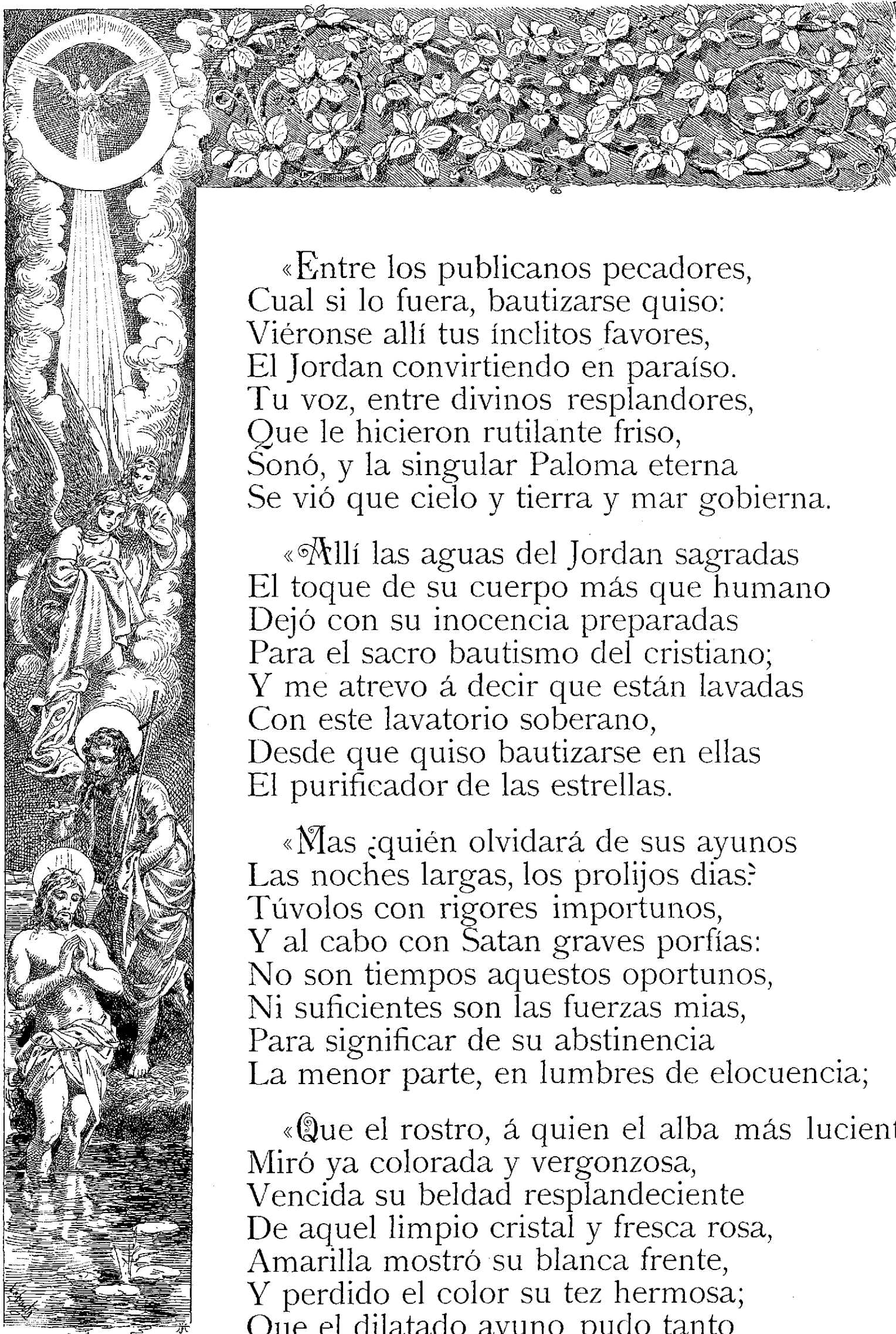


«¡Ay, qué de veces en la edad pequeña  
Una pequeña y fácil cruz formastes,  
Y cual liviano y dulce haz de leña  
En esos tiernos hombros la llevastes!  
El que así niño su palabra empeña,  
¡Cuáles serán, mas hombre, sus contrastes,  
Cuáles sus penas, cuáles sus dolores,  
Ensayado en tan ásperos rigores!

«No pasó de su vida los momentos;  
Que es en todo su vida memorable:  
Sé que entre sabios, sabios mil intentos  
Disputó con prudencia incomparable,  
Y se mostró en sutiles argumentos,  
Y en profundas respuestas admirable;  
Y que perdido, fué despues hallado,  
Cual si perderse fuera ser ganado.

«Mas luego conservó silencio santo  
Hasta los años de su edad perfeta.  
¡Que la palabra eterna calle tanto  
Al alma unida del mayor Profeta!  
Enmudeció á Luzbel con nuevo espanto,  
Que le asombró y agora le inquieta:  
En hablar y en callar ha merecido  
Ser de tu sacra majestad oido.

«No dejaré de referir, suspensa  
Y arrebatada en un profundo abismo  
De admiracion, que la persona inmensa  
Del Verbo recibió de Juan bautismo:  
Si tu divina voluntad dispensa  
Siempre con la humildad, el acto mismo  
De la humildad mayor ha ejercitado;  
Con él dispensa el ser de tí escuchado.

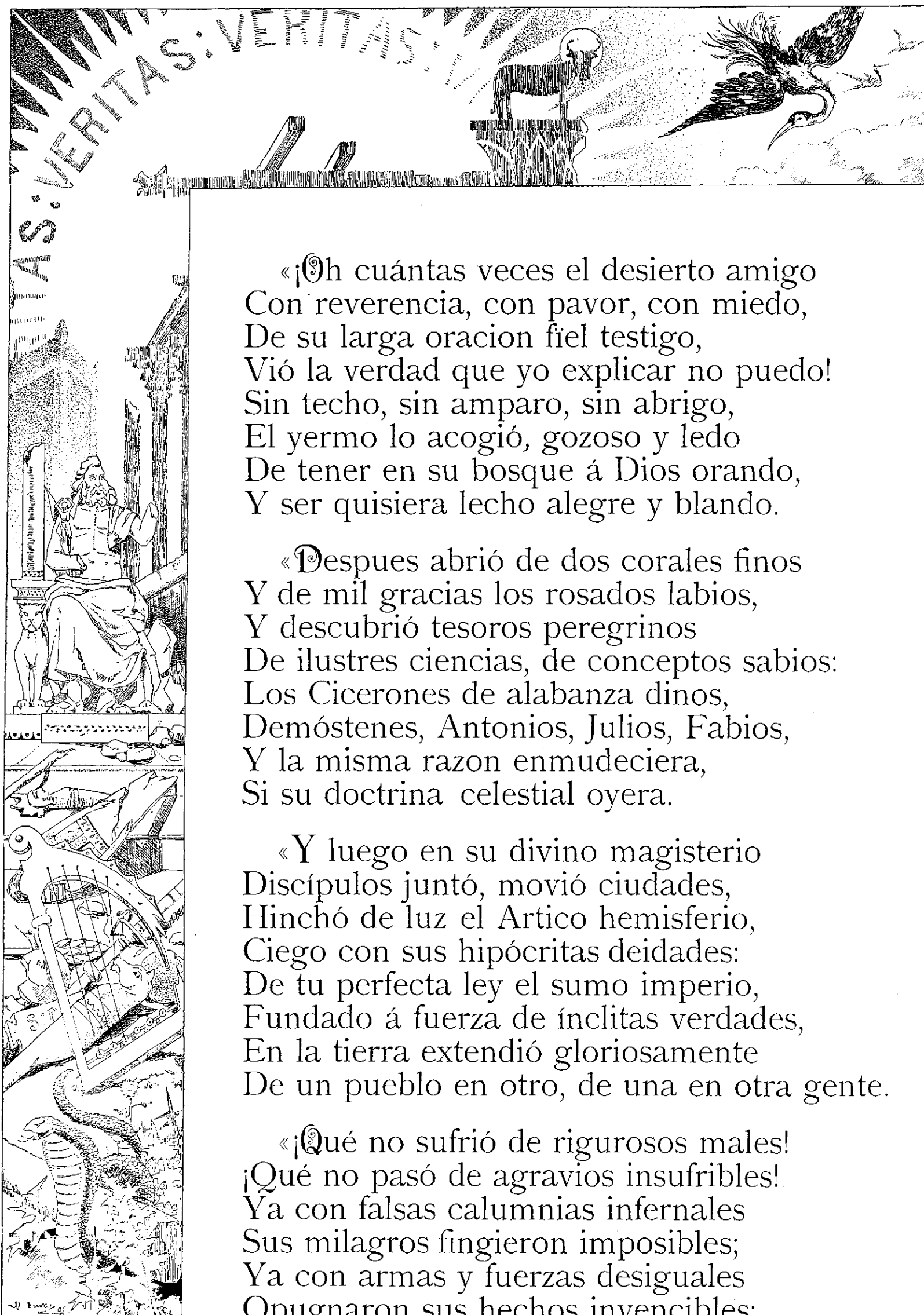


«Entre los publicanos pecadores,  
Cual si lo fuera, bautizarse quiso:  
Viéronse allí tus ínclitos favores,  
El Jordan convirtiendo en paraíso.  
Tu voz, entre divinos resplandores,  
Que le hicieron rutilante friso,  
Sonó, y la singular Paloma eterna  
Se vió que cielo y tierra y mar gobierna.

«Allí las aguas del Jordan sagradas  
El toque de su cuerpo más que humano  
Dejó con su inocencia preparadas  
Para el sacro bautismo del cristiano;  
Y me atrevo á decir que están lavadas  
Con este lavatorio soberano,  
Desde que quiso bautizarse en ellas  
El purificador de las estrellas.

«Mas ¿quién olvidará de sus ayunos  
Las noches largas, los prolijos días?  
Túvolos con rigores importunos,  
Y al cabo con Satan graves porfias:  
No son tiempos aquestos oportunos,  
Ni suficientes son las fuerzas mias,  
Para significar de su abstinencia  
La menor parte, en lumbres de elocuencia;

«Que el rostro, á quien el alba más luciente  
Miró ya colorada y vergonzosa,  
Vencida su beldad resplandeciente  
De aquel limpio cristal y fresca rosa,  
Amarilla mostró su blanca frente,  
Y perdido el color su tez hermosa;  
Que el dilatado ayuno pudo tanto  
En aquel bello rostro y cuerpo santo.



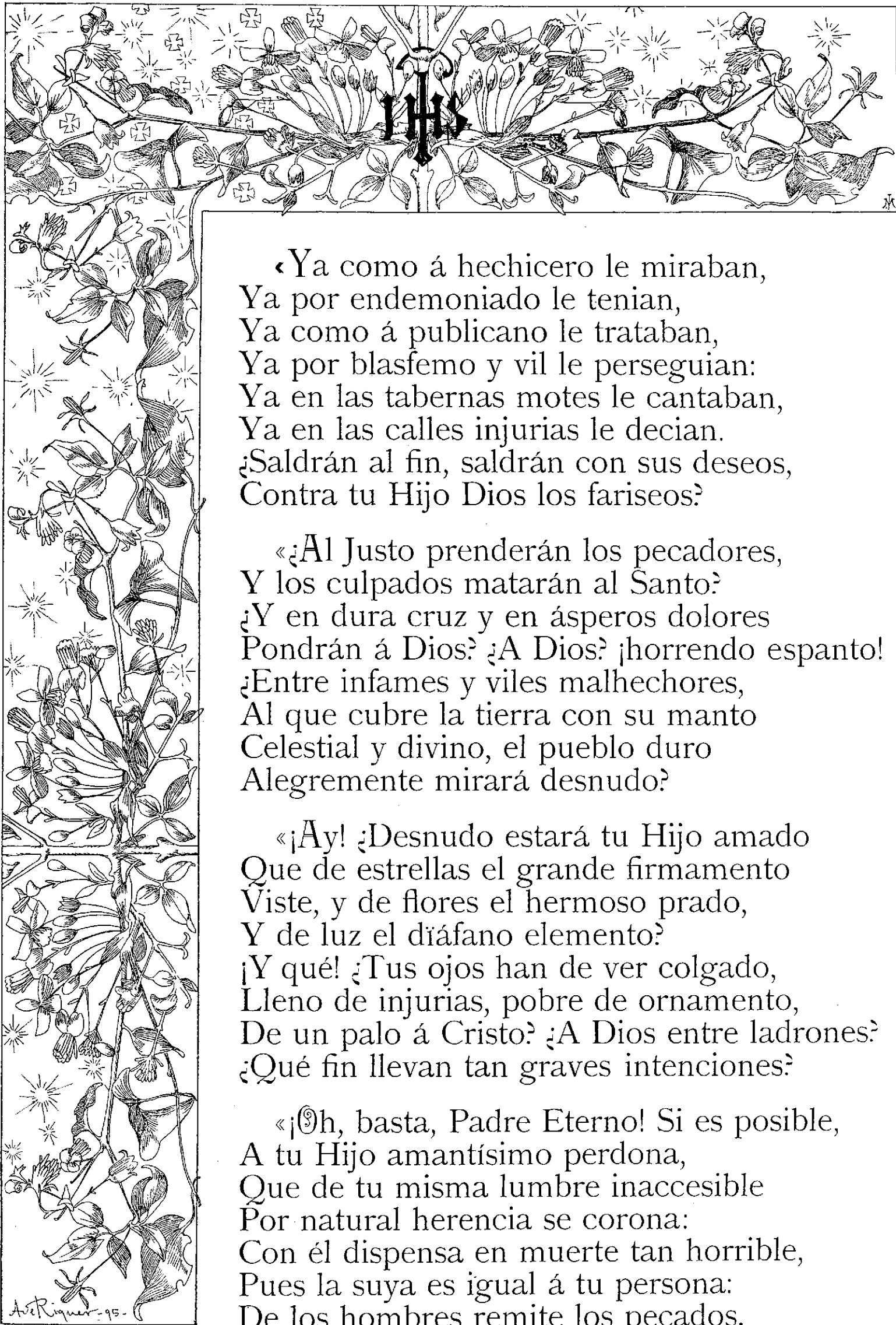
«¡Oh cuántas veces el desierto amigo  
Con reverencia, con pavor, con miedo,  
De su larga oracion fiel testigo,  
Vió la verdad que yo explicar no puedo!  
Sin techo, sin amparo, sin abrigo,  
El yermo lo acogió, gozoso y ledo  
De tener en su bosque á Dios orando,  
Y ser quisiera lecho alegre y blando.

«Despues abrió de dos corales finos  
Y de mil gracias los rosados labios,  
Y descubrió tesoros peregrinos  
De ilustres ciencias, de conceptos sabios:  
Los Cicerones de alabanza dinos,  
Demóstenes, Antonios, Julios, Fabios,  
Y la misma razon enmudeciera,  
Si su doctrina celestial oyera.

«Y luego en su divino magisterio  
Discípulos juntó, movió ciudades,  
Hinchó de luz el Artico hemisferio,  
Ciego con sus hipócritas deidades:  
De tu perfecta ley el sumo imperio,  
Fundado á fuerza de ínclitas verdades,  
En la tierra extendió gloriosamente  
De un pueblo en otro, de una en otra gente.

«¡Qué no sufrió de rigurosos males!  
¡Qué no pasó de agravios insufribles!  
Ya con falsas calumnias infernales  
Sus milagros fingieron imposibles;  
Ya con armas y fuerzas desiguales  
Opugnaron sus hechos invencibles;  
Ya su nombre amoroso era temido,  
Y él por samaritano aborrecido.



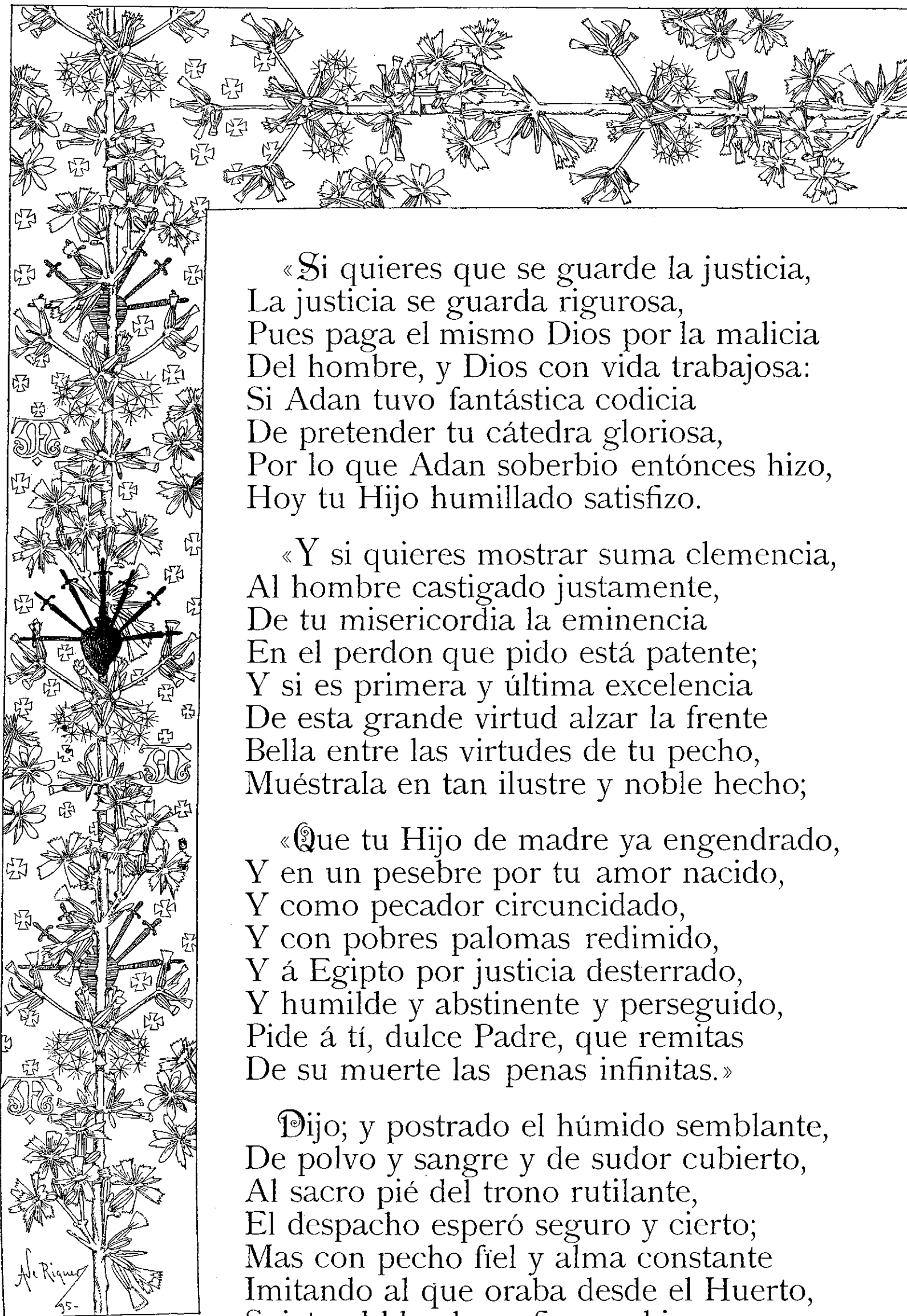


«Ya como á hechicero le miraban,  
Ya por endemoniado le tenían,  
Ya como á publicano le trataban,  
Ya por blasfemo y vil le perseguían:  
Ya en las tabernas motes le cantaban,  
Ya en las calles injurias le decían.  
¿Saldrán al fin, saldrán con sus deseos,  
Contra tu Hijo Dios los fariseos?»

«¿Al Justo prenderán los pecadores,  
Y los culpados matarán al Santo?  
¿Y en dura cruz y en ásperos dolores  
Pondrán á Dios? ¿A Dios? ¡horrendo espanto!  
¿Entre infames y viles malhechores,  
Al que cubre la tierra con su manto  
Celestial y divino, el pueblo duro  
Alegremente mirará desnudo?»

«¡Ay! ¿Desnudo estará tu Hijo amado  
Que de estrellas el grande firmamento  
Viste, y de flores el hermoso prado,  
Y de luz el diáfano elemento?  
¿Y qué! ¿Tus ojos han de ver colgado,  
Lleno de injurias, pobre de ornamento,  
De un palo á Cristo? ¿A Dios entre ladrones?  
¿Qué fin llevan tan graves intenciones?»

«¡Oh, basta, Padre Eterno! Si es posible,  
A tu Hijo amantísimo perdona,  
Que de tu misma lumbre inaccesible  
Por natural herencia se corona:  
Con él dispensa en muerte tan horrible,  
Pues la suya es igual á tu persona:  
De los hombres remite los pecados,  
Y los premios les da por él ganados.

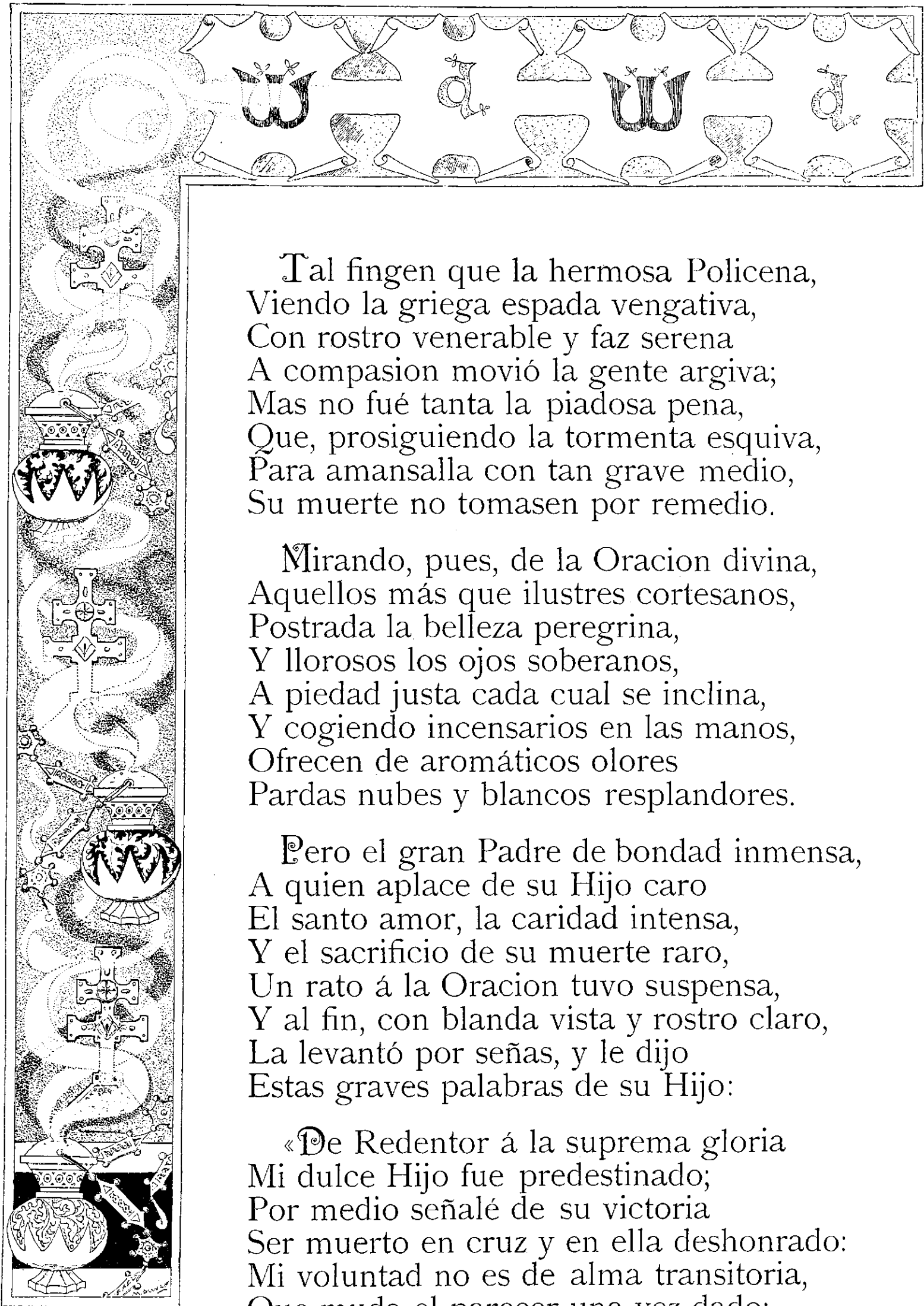


«Si quieres que se guarde la justicia,  
La justicia se guarda rigurosa,  
Pues paga el mismo Dios por la malicia  
Del hombre, y Dios con vida trabajosa:  
Si Adan tuvo fantástica codicia  
De pretender tu cátedra gloriosa,  
Por lo que Adan soberbio entónces hizo,  
Hoy tu Hijo humillado satisfizo.

«Y si quieres mostrar suma clemencia,  
Al hombre castigado justamente,  
De tu misericordia la eminencia  
En el perdon que pido está patente;  
Y si es primera y última excelencia  
De esta grande virtud alzar la frente  
Bella entre las virtudes de tu pecho,  
Muéstrala en tan ilustre y noble hecho;

«Que tu Hijo de madre ya engendrado,  
Y en un pesebre por tu amor nacido,  
Y como pecador circuncidado,  
Y con pobres palomas redimido,  
Y á Egipto por justicia desterrado,  
Y humilde y abstigente y perseguido,  
Pide á tí, dulce Padre, que remitas  
De su muerte las penas infinitas.»

Dijo; y postrado el húmido semblante,  
De polvo y sangre y de sudor cubierto,  
Al sacro pié del trono rutilante,  
El despacho esperó seguro y cierto;  
Mas con pecho fiel y alma constante  
Imitando al que oraba desde el Huerto,  
Sujeta al blando y eficaz gobierno  
Del sumo Emperador, del Padre Eterno.



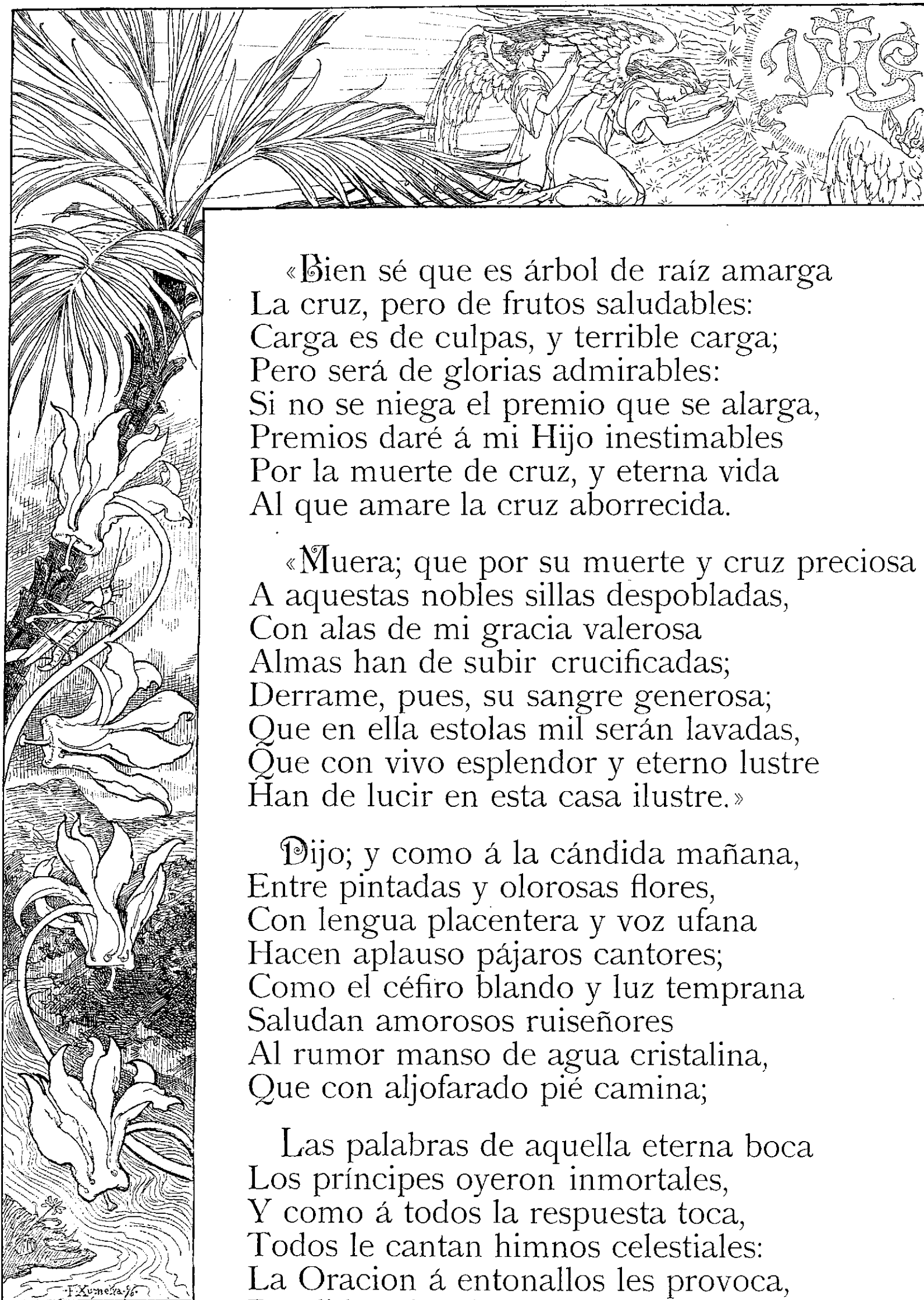
Tal fingen que la hermosa Policena,  
Viendo la griega espada vengativa,  
Con rostro venerable y faz serena  
A compasion movió la gente argiva;  
Mas no fué tanta la piadosa pena,  
Que, prosiguiendo la tormenta esquivada,  
Para amansalla con tan grave medio,  
Su muerte no tomasen por remedio.

Mirando, pues, de la Oracion divina,  
Aquellos más que ilustres cortesanos,  
Postrada la belleza peregrina,  
Y llorosos los ojos soberanos,  
A piedad justa cada cual se inclina,  
Y cogiendo incensarios en las manos,  
Ofrecen de aromáticos olores  
Pardas nubes y blancos resplandores.

¶ Pero el gran Padre de bondad inmensa,  
A quien aplace de su Hijo caro  
El santo amor, la caridad intensa,  
Y el sacrificio de su muerte raro,  
Un rato á la Oracion tuvo suspensa,  
Y al fin, con blanda vista y rostro claro,  
La levantó por señas, y le dijo  
Estas graves palabras de su Hijo:

«De Redentor á la suprema gloria  
Mi dulce Hijo fue predestinado;  
Por medio señalé de su victoria  
Ser muerto en cruz y en ella deshonrado:  
Mi voluntad no es de alma transitoria,  
Que muda el parecer una vez dado;  
Cuando lo decreté tuve presente  
El dolor que mi Hijo agora siente.





«Bien sé que es árbol de raíz amarga  
La cruz, pero de frutos saludables:  
Carga es de culpas, y terrible carga;  
Pero será de glorias admirables:  
Si no se niega el premio que se alarga,  
Premios daré á mi Hijo inestimables  
Por la muerte de cruz, y eterna vida  
Al que amare la cruz aborrecida.

«Muera; que por su muerte y cruz preciosa  
A aquestas nobles sillas despobladas,  
Con alas de mi gracia valerosa  
Almas han de subir crucificadas;  
Derrame, pues, su sangre generosa;  
Que en ella estolas mil serán lavadas,  
Que con vivo esplendor y eterno lustre  
Han de lucir en esta casa ilustre.»

Dijo; y como á la cándida mañana,  
Entre pintadas y olorosas flores,  
Con lengua placentera y voz ufana  
Hacen aplauso pájaros cantores;  
Como el céfiro blando y luz temprana  
Saludan amorosos ruisseños  
Al rumor manso de agua cristalina,  
Que con aljofarado pié camina;

Las palabras de aquella eterna boca  
Los príncipes oyeron inmortales,  
Y como á todos la respuesta toca,  
Todos le cantan himnos celestiales:  
La Oracion á entonallos les provoca,  
Rendida á los decretos siempre iguales,  
Diciendo: «Santo el Padre, el Hijo Santo,  
Santo el Amor que al hombre estima tanto.»





A. Audet lit.

C. Casteluch cop.º

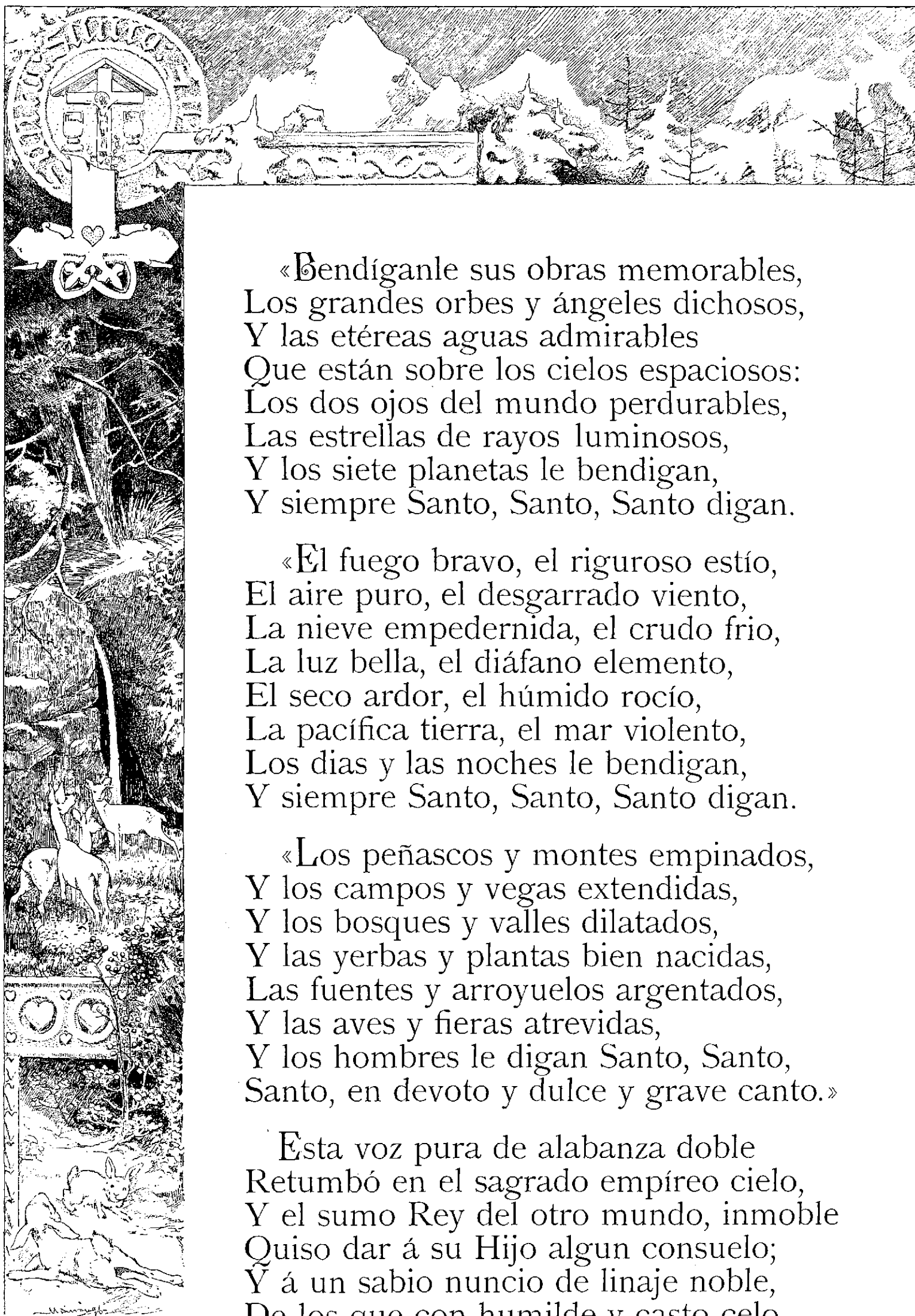
Lit. Aleu.—Barcelona.









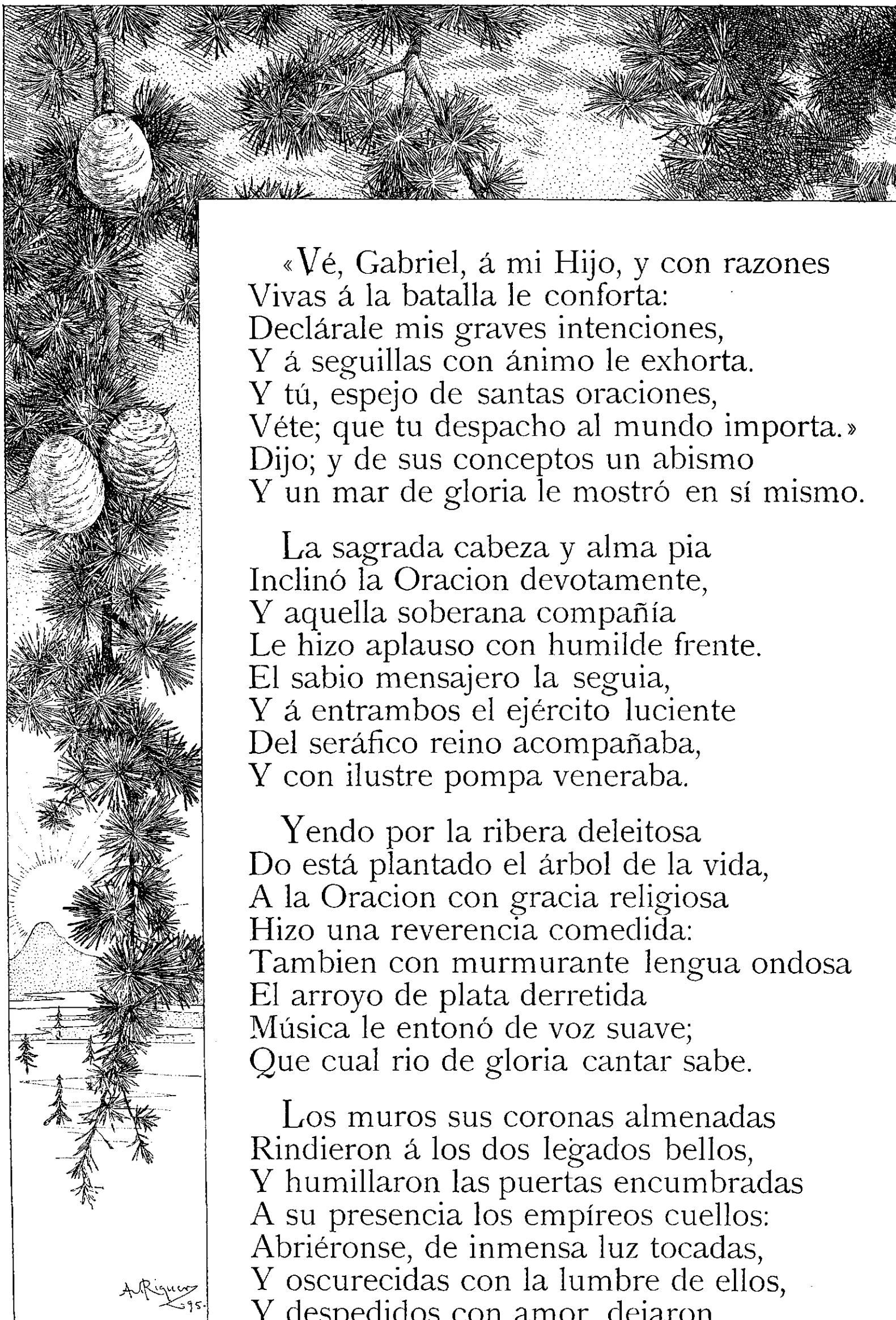


«Bendíganle sus obras memorables,  
Los grandes orbes y ángeles dichosos,  
Y las etéreas aguas admirables  
Que están sobre los cielos espaciosos:  
Los dos ojos del mundo perdurables,  
Las estrellas de rayos luminosos,  
Y los siete planetas le bendigan,  
Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

«El fuego bravo, el riguroso estío,  
El aire puro, el desgarrado viento,  
La nieve empedernida, el crudo frío,  
La luz bella, el diáfano elemento,  
El seco ardor, el húmido rocío,  
La pacífica tierra, el mar violento,  
Los días y las noches le bendigan,  
Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

«Los peñascos y montes empinados,  
Y los campos y vegas extendidas,  
Y los bosques y valles dilatados,  
Y las yerbas y plantas bien nacidas,  
Las fuentes y arroyuelos argentados,  
Y las aves y fieras atrevidas,  
Y los hombres le digan Santo, Santo,  
Santo, en devoto y dulce y grave canto.»

Esta voz pura de alabanza doble  
Retumbó en el sagrado empíreo cielo,  
Y el sumo Rey del otro mundo, inmoble  
Quiso dar á su Hijo algún consuelo;  
Y á un sabio nuncio de linaje noble,  
De los que con humilde y casto celo  
De Luzbel alcanzaron la victoria,  
Llama, y así le informa la memoria:



«Vé, Gabriel, á mi Hijo, y con razones  
Vivas á la batalla le conforta:  
Declárale mis graves intenciones,  
Y á seguillas con ánimo le exhorta.  
Y tú, espejo de santas oraciones,  
Véte; que tu despacho al mundo importa.»  
Dijo; y de sus conceptos un abismo  
Y un mar de gloria le mostró en sí mismo.

La sagrada cabeza y alma pia  
Inclinó la Oracion devotamente,  
Y aquella soberana compañía  
Le hizo aplauso con humilde frente.  
El sabio mensajero la seguia,  
Y á entrambos el ejército luciente  
Del seráfico reino acompañaba,  
Y con ilustre pompa veneraba.

Yendo por la ribera deleitosa  
Do está plantado el árbol de la vida,  
A la Oracion con gracia religiosa  
Hizo una reverencia comedida:  
Tambien con murmurante lengua ondosa  
El arroyo de plata derretida  
Música le entonó de voz suave;  
Que cual rio de gloria cantar sabe.

Los muros sus coronas almenadas  
Rindieron á los dos legados bellos,  
Y humillaron las puertas encumbradas  
A su presencia los empíreos cuellos:  
Abriéronse, de inmensa luz tocadas,  
Y oscurecidas con la lumbre de ellos,  
Y despedidos con amor, dejaron  
El cielo, y á la tierra caminaron.



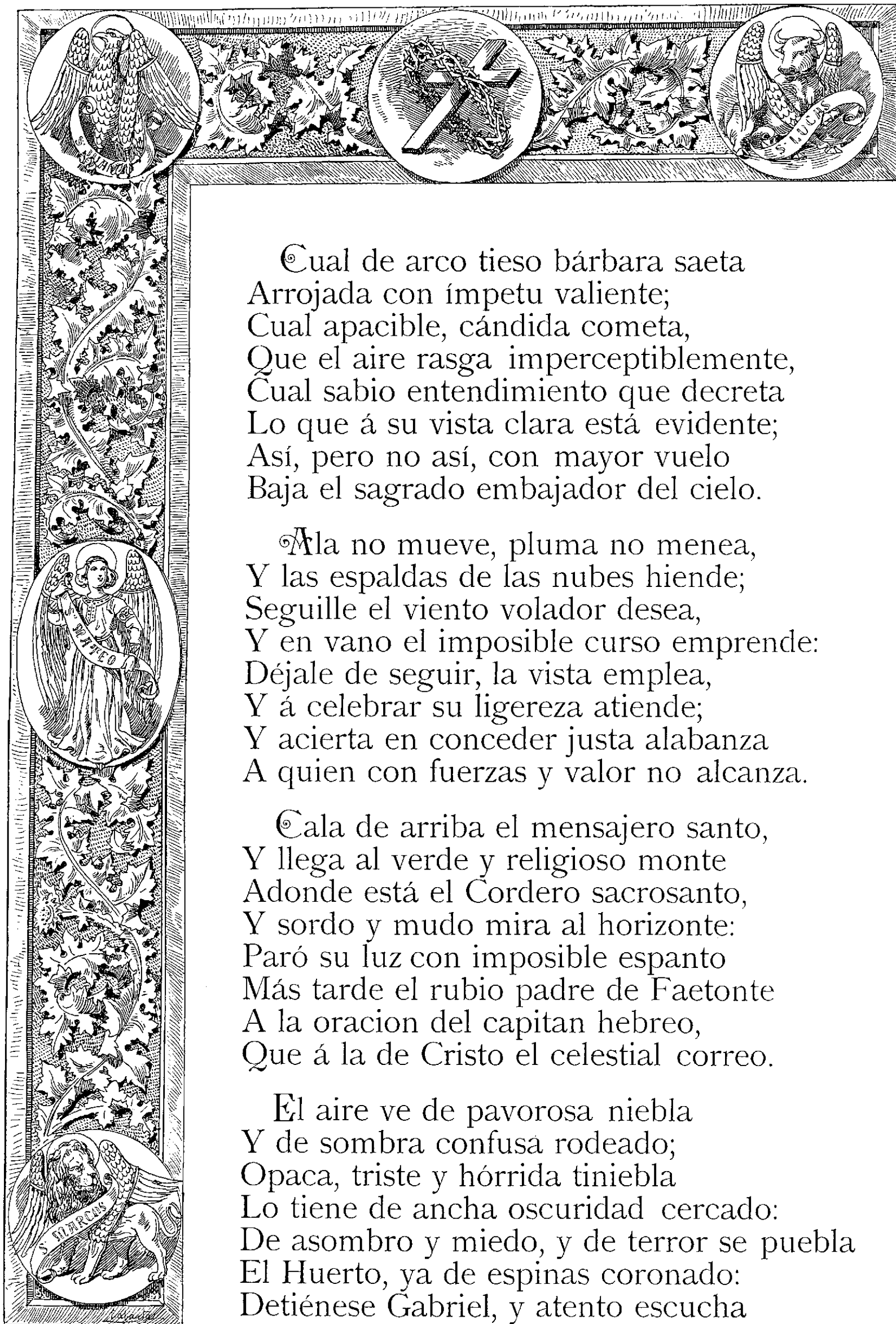
Mas Gabriel del aire refulgente  
De la region más pura un cuerpo hace,  
Y círculo de luz resplandeciente,  
Que las tinieblas y el horror deshace:  
Cuerpo humano de un jóven excelente,  
Gallardo y lindo que á la vista aplace;  
Mas bañada su angélica belleza  
En una grave y señoril tristeza.

Lleva el rojo cabello ensortijado  
Del oro fino que el oriente cria,  
Y en mil hermosas vueltas encrespado,  
Que cada cual relámpagos envia:  
De un pedazo del iris coronado,  
Del iris, que con fresco humor rocía  
El verde valle y la florida cumbre,  
Cuando entre nieblas da templada lumbre.

La vergonzosa grana resplandece  
En las mejillas de su rostro amable;  
Y aljófar de turbada luz parece  
El sudor de su frente venerable:  
Aspecto de un legado triste ofrece,  
Que hace su hermosura más notable,  
Cual invernizo sol en parda nube  
Opuesta al tiempo, que al oriente sube.

Prestante alas de plumas aparentes,  
De color vario y elegante forma,  
Y de vistosas piedras relucientes  
Puestas á trechos, en sus hombros forma.  
Con la grave embajada convenientes  
Ojos, y traje y parecer conforma:  
Es morado el vestido rozagante,  
Y lagrimoso el juvenil semblante.



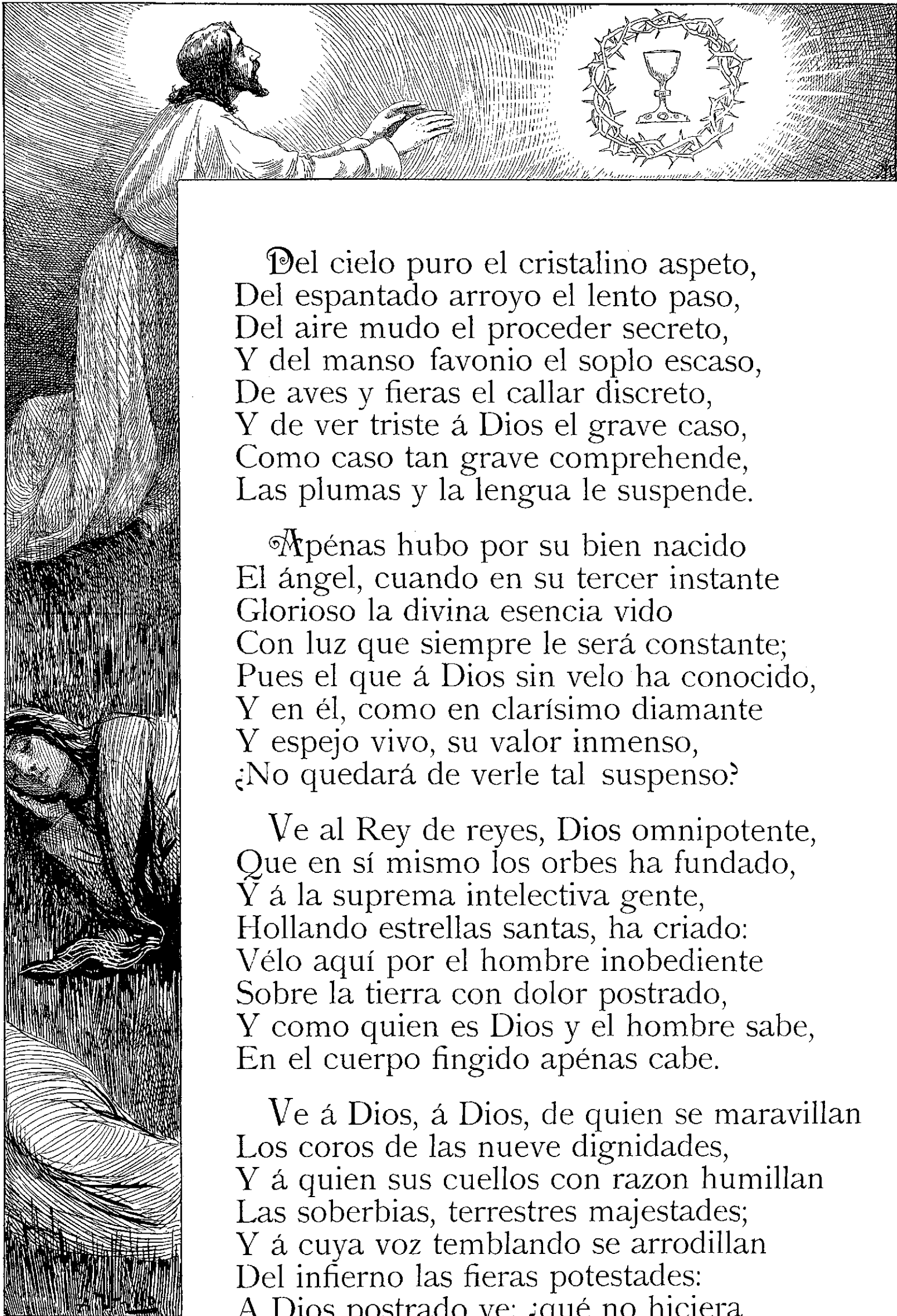


Qual de arco tieso bárbara saeta  
Arrojada con ímpetu valiente;  
Qual apacible, cándida cometa,  
Que el aire rasga imperceptiblemente,  
Qual sabio entendimiento que decreta  
Lo que á su vista clara está evidente;  
Así, pero no así, con mayor vuelo  
Baja el sagrado embajador del cielo.

Ala no mueve, pluma no menea,  
Y las espaldas de las nubes hiende;  
Seguille el viento volador desea,  
Y en vano el imposible curso emprende:  
Déjale de seguir, la vista emplea,  
Y á celebrar su ligereza atiende;  
Y acierta en conceder justa alabanza  
A quien con fuerzas y valor no alcanza.

Cala de arriba el mensajero santo,  
Y llega al verde y religioso monte  
Adonde está el Cordero sacrosanto,  
Y sordo y mudo mira al horizonte:  
Paró su luz con imposible espanto  
Más tarde el rubio padre de Faetonte  
A la oracion del capitan hebreo,  
Que á la de Cristo el celestial correo.

El aire ve de pavorosa niebla  
Y de sombra confusa rodeado;  
Opaca, triste y hórrida tiniebla  
Lo tiene de ancha oscuridad cercado:  
De asombro y miedo, y de terror se puebla  
El Huerto, ya de espinas coronado:  
Detiéndose Gabriel, y atento escucha  
Y mira á Dios, que con la muerte lucha.



Del cielo puro el cristalino aspeto,  
Del espantado arroyo el lento paso,  
Del aire mudo el proceder secreto,  
Y del manso favonio el soplo escaso,  
De aves y fieras el callar discreto,  
Y de ver triste á Dios el grave caso,  
Como caso tan grave comprehende,  
Las plumas y la lengua le suspende.

Apénas hubo por su bien nacido  
El ángel, cuando en su tercer instante  
Glorioso la divina esencia vido  
Con luz que siempre le será constante;  
Pues el que á Dios sin velo ha conocido,  
Y en él, como en clarísimo diamante  
Y espejo vivo, su valor inmenso,  
¿No quedará de verle tal suspenso?

Ve al Rey de reyes, Dios omnipotente,  
Que en sí mismo los orbes ha fundado,  
Y á la suprema intelectual gente,  
Hollando estrellas santas, ha criado:  
Vélo aquí por el hombre inobediente  
Sobre la tierra con dolor postrado,  
Y como quien es Dios y el hombre sabe,  
En el cuerpo fingido apénas cabe.

Ve á Dios, á Dios, de quien se maravillan  
Los coros de las nueve dignidades,  
Y á quien sus cuellos con razon humillan  
Las soberbias, terrestres majestades;  
Y á cuya voz temblando se arrodillan  
Del infierno las fieras potestades:  
A Dios postrado ve: ¿qué no hiciera  
Quien conoce á Dios bien, si así le viera?

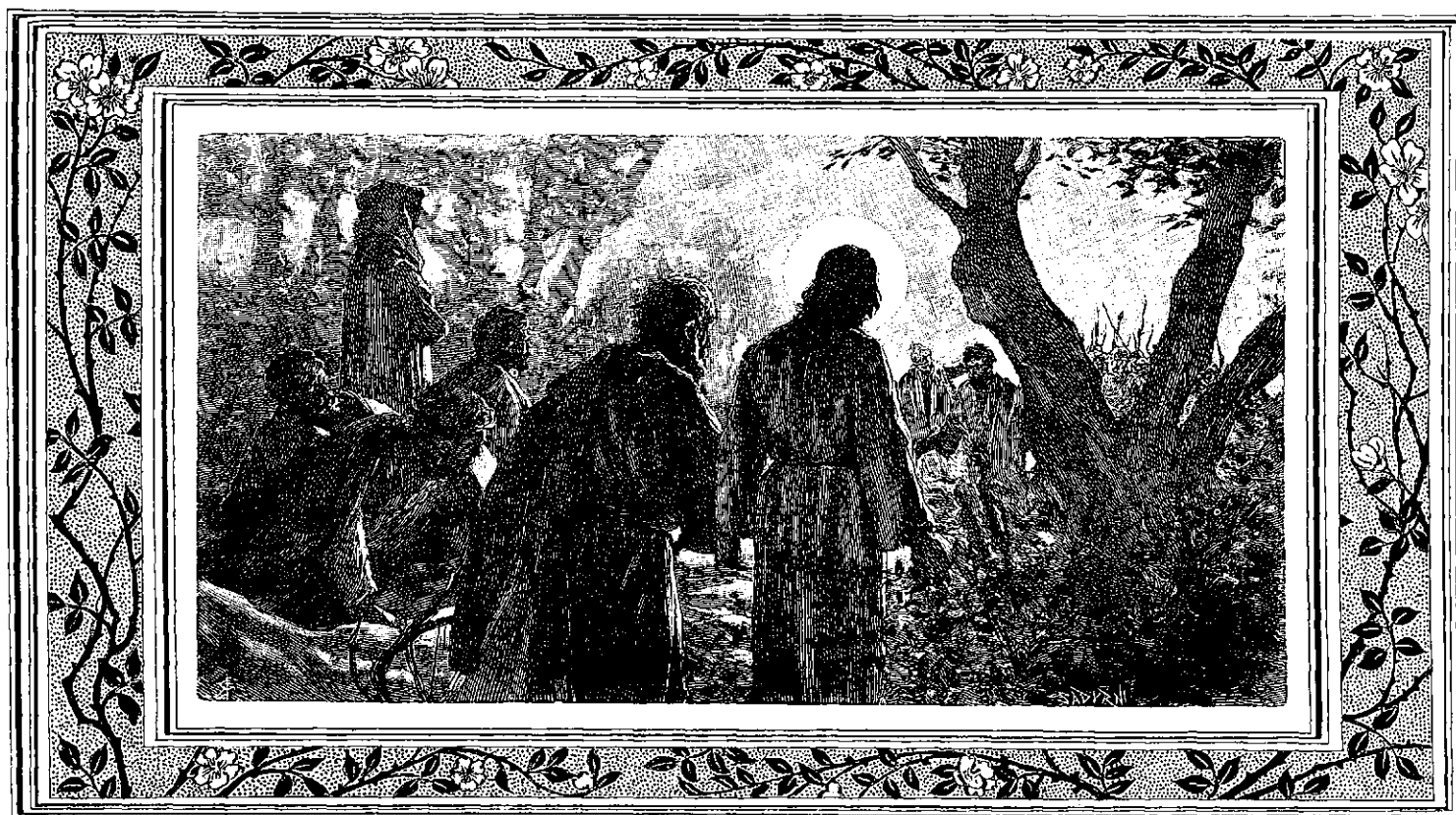


Si no se admira el hombre miserable,  
Es que no alcanza su mortal rudeza  
La union de los extremos admirable  
Que el ángel ve con viva sutileza:  
Union del mismo Dios inestimable  
Con la tierra y el polvo y la bajeza,  
De conocer á Dios y al polvo pende,  
Y así, quien no se admira no la entiende.

Levanta, hombre, la vista; al cielo mira,  
Y mira esa estrellada pesadumbre;  
Y si tan grande fábrica te admira,  
El Hacedor te admire de su lumbre:  
Vuelve á la tierra, mírala y suspira,  
Y suspirando, alcanza una vislumbre  
De quién es Dios y tierra, y verás luego  
Que el ángel mira bien, y tú estás ciego.







## LIBRO TERCERO.

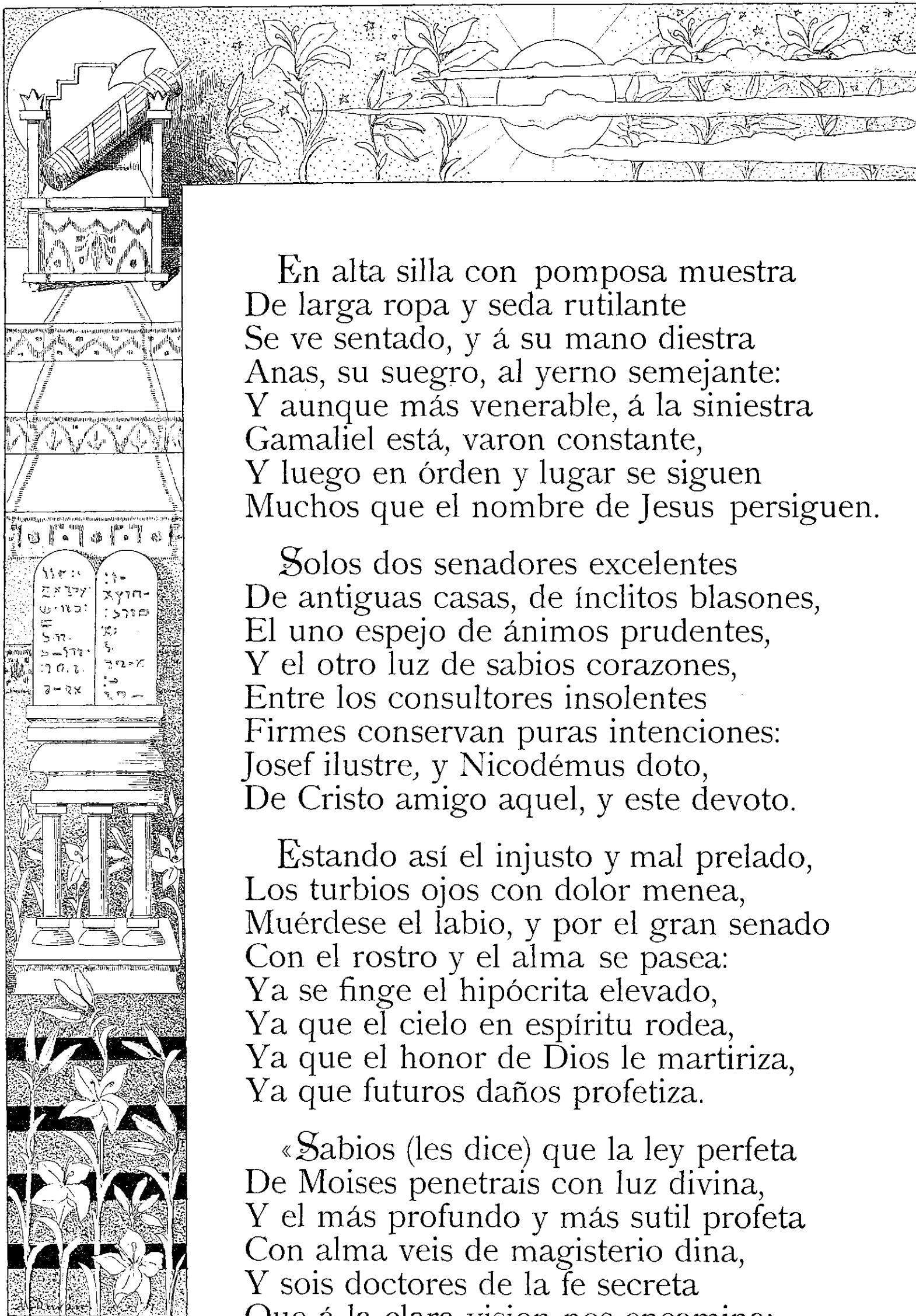
### ARGUMENTO.

Prueba Gamaliel profundamente  
Que Cristo es el Mesías prometido,  
En el consejo de la incua gente,  
En que le vende Júdas atrevido:  
Gabriel conforta al Hombre omnipotente,  
Y él, de su amada escuela despedido,  
Recibe del traidor el falso beso;  
Vence con una voz, y al fin es preso.



ANTES desto los príncipes hebreos,  
De su antiguo furor estimulados,  
Y los más pertinaces fariseos  
Y escribas, de su envidia provocados,  
Con los falsos herejes saduceos  
Fueron á su concilio congregados  
Para tratar la muerte prevenida  
Del que ora y suda sangre por su vida.

Caifas, sumo pontífice, los llama,  
Soberbio, altivo, hinchado y ambicioso;  
Que quiere oscurecer la ilustre fama  
Del Rey de reyes, santo y poderoso:  
Maldice á Cristo, su virtud infama,  
De su doctrina y obras envidioso.  
Mas ¿qué no hará un pecho donde lidia  
Ambicion fiera y desalmada envidia?

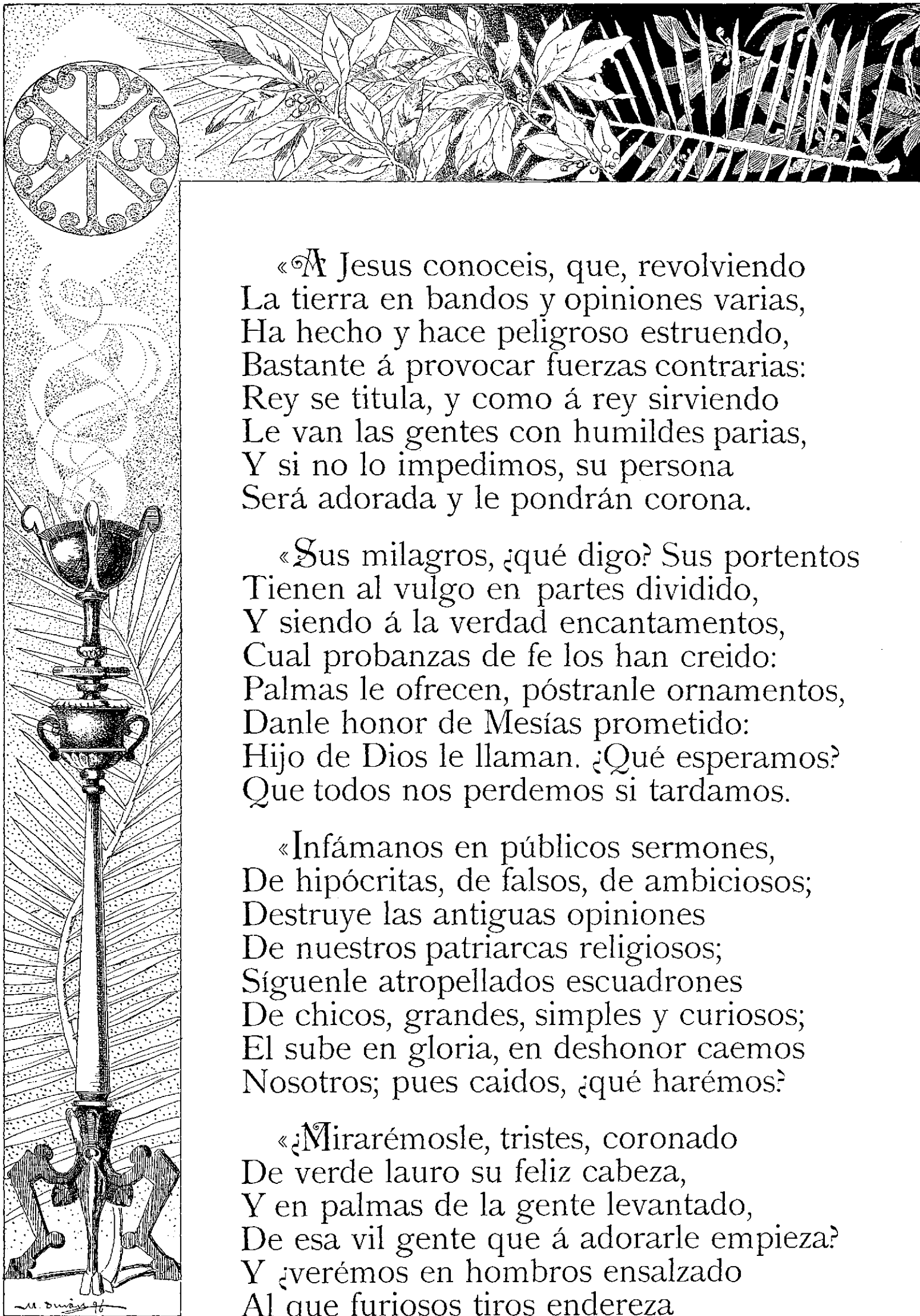


En alta silla con pomposa muestra  
De larga ropa y seda rutilante  
Se ve sentado, y á su mano diestra  
Anas, su suegro, al yerno semejante:  
Y aunque más venerable, á la siniestra  
Gamaliel está, varon constante,  
Y luego en órden y lugar se siguen  
Muchos que el nombre de Jesus persiguen.

Solos dos senadores excelentes  
De antiguas casas, de ínclitos blasones,  
El uno espejo de ánimos prudentes,  
Y el otro luz de sabios corazones,  
Entre los consultores insolentes  
Firmes conservan puras intenciones:  
Josef ilustre, y Nicodémus doto,  
De Cristo amigo aquel, y este devoto.

Estando así el injusto y mal prelado,  
Los turbios ojos con dolor meneas,  
Muérdese el labio, y por el gran senado  
Con el rostro y el alma se pasea:  
Ya se finge el hipócrita elevado,  
Ya que el cielo en espíritu rodea,  
Ya que el honor de Dios le martiriza,  
Ya que futuros daños profetiza.

«Sabios (les dice) que la ley perfeta  
De Moises penetrais con luz divina,  
Y el más profundo y más sutil profeta  
Con alma veis de magisterio dina,  
Y sois doctores de la fe secreta  
Que á la clara vision nos encamina;  
Aquí nos hemos en consejo unido  
A un caso muchas veces referido.



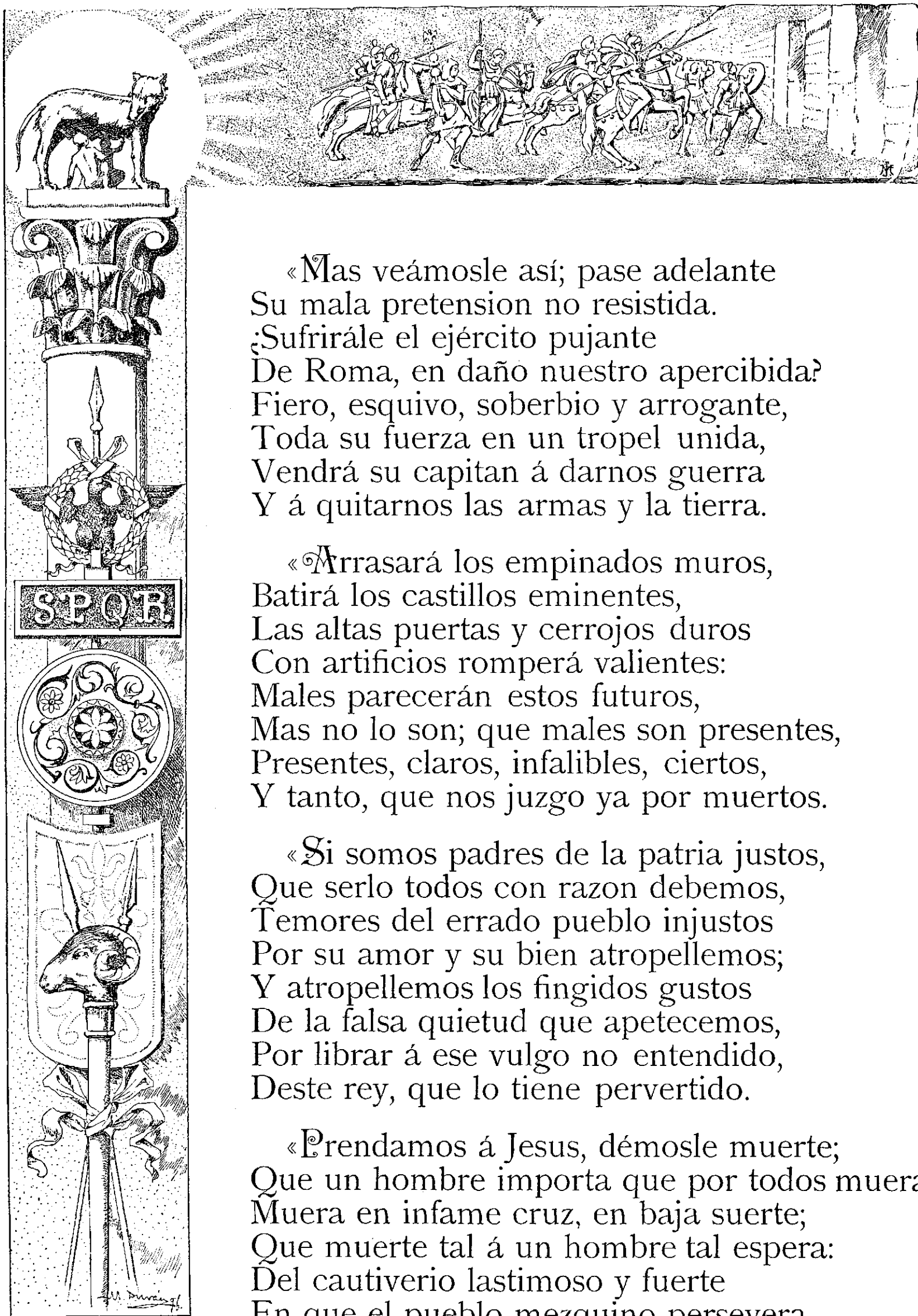
«*¡*Jesus conoceis, que, revolviendo  
La tierra en bandos y opiniones varias,  
Ha hecho y hace peligroso estruendo,  
Bastante á provocar fuerzas contrarias:  
Rey se titula, y como á rey sirviendo  
Le van las gentes con humildes parias,  
Y si no lo impedimos, su persona  
Será adorada y le pondrán corona.

«*S*us milagros, ¿qué digo? Sus portentos  
Tienen al vulgo en partes dividido,  
Y siendo á la verdad encantamientos,  
Cual probanzas de fe los han creído:  
Palmas le ofrecen, póstranle ornamentos,  
Danle honor de Mesías prometido:  
Hijo de Dios le llaman. ¿Qué esperamos?  
Que todos nos perdemos si tardamos.

«*I*nfámanos en públicos sermones,  
De hipócritas, de falsos, de ambiciosos;  
Destruye las antiguas opiniones  
De nuestros patriarcas religiosos;  
Síguenle atropellados escuadrones  
De chicos, grandes, simples y curiosos;  
El sube en gloria, en deshonor caemos  
Nosotros; pues caídos, ¿qué harémos?

«*¿*Mirarémole, tristes, coronado  
De verde lauro su feliz cabeza,  
Y en palmas de la gente levantado,  
De esa vil gente que á adorarle empieza?  
Y ¿verémos en hombros ensalzado  
Al que furiosos tiros endereza  
Contra la fama y honra inestimable  
Deste sabio consejo venerable?



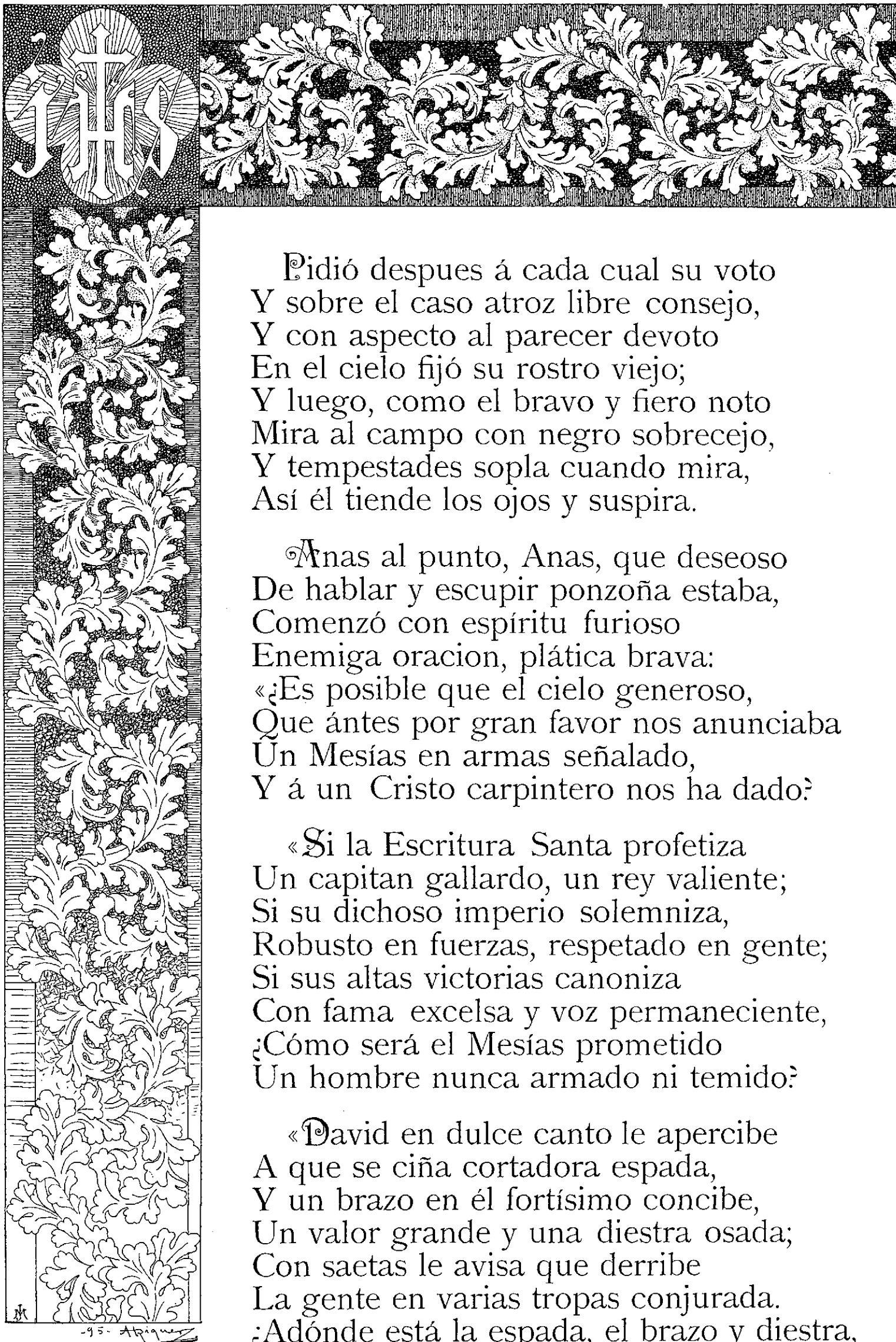


«Mas veámosle así; pase adelante  
Su mala pretension no resistida.  
¿Sufrirále el ejército pujante  
De Roma, en daño nuestro apercibida?  
Fiero, esquivo, soberbio y arrogante,  
Toda su fuerza en un tropel unida,  
Vendrá su capitan á darnos guerra  
Y á quitarnos las armas y la tierra.

«Arrasará los empinados muros,  
Batirá los castillos eminentes,  
Las altas puertas y cerrojos duros  
Con artificios romperá valientes:  
Males parecerán estos futuros,  
Mas no lo son; que males son presentes,  
Presentes, claros, infalibles, ciertos,  
Y tanto, que nos juzgo ya por muertos.

«Si somos padres de la patria justos,  
Que serlo todos con razon debemos,  
Temores del errado pueblo injustos  
Por su amor y su bien atropellemos;  
Y atropellemos los fingidos gustos  
De la falsa quietud que apetecemos,  
Por librar á ese vulgo no entendido,  
Deste rey, que lo tiene pervertido.

«Prendamos á Jesus, démosle muerte;  
Que un hombre importa que por todos muera:  
Muera en infame cruz, en baja suerte;  
Que muerte tal á un hombre tal espera:  
Del cautiverio lastimoso y fuerte  
En que el pueblo mezquino persevera  
Saldrá.» Feneció aquí el hablar prolijo,  
Mas no entendió lo que hablando dijo.

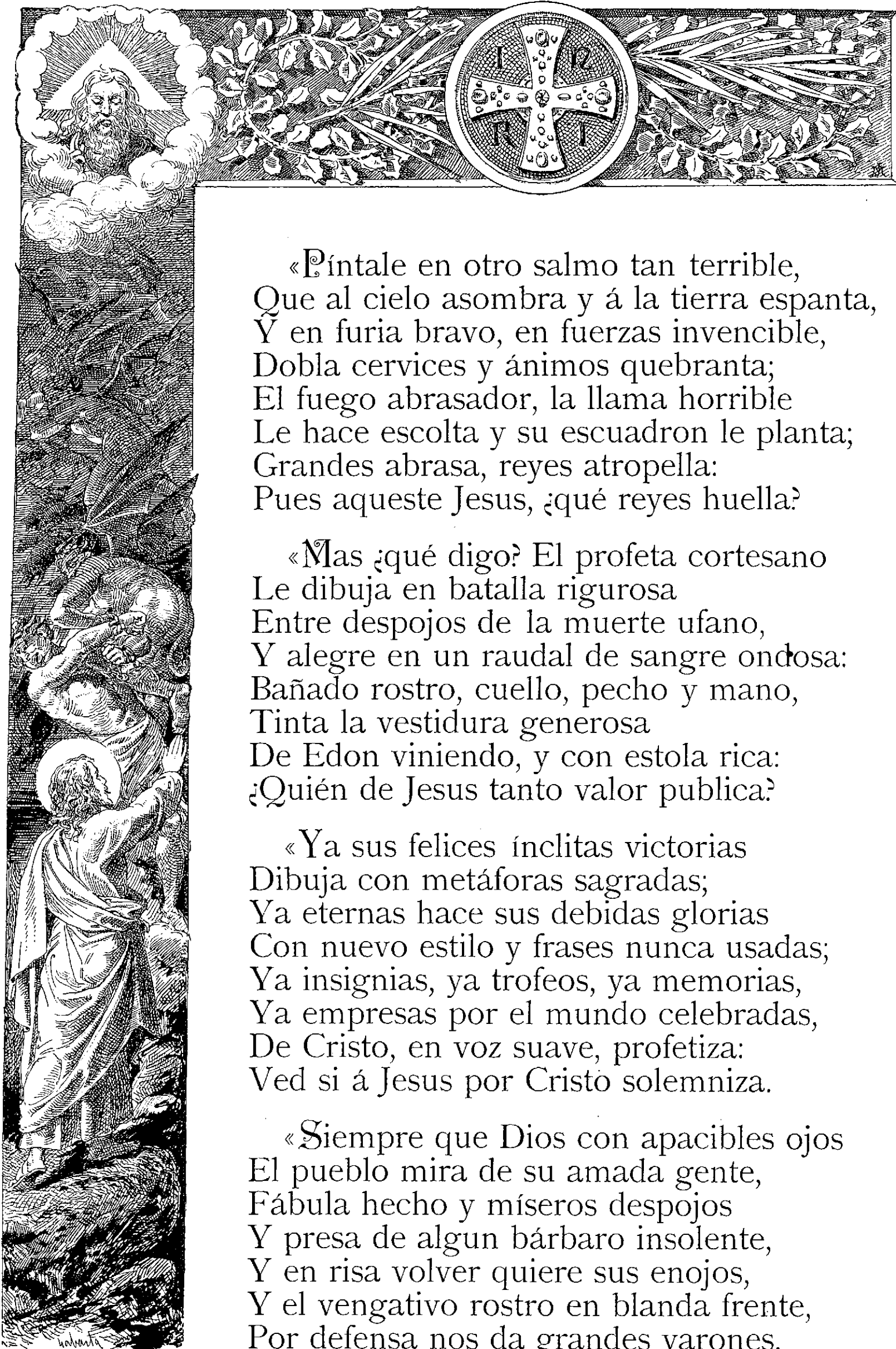


Pidió despues á cada cual su voto  
Y sobre el caso atroz libre consejo,  
Y con aspecto al parecer devoto  
En el cielo fijó su rostro viejo;  
Y luego, como el bravo y fiero noto  
Mira al campo con negro sobrecejo,  
Y tempestades sopla cuando mira,  
Así él tiende los ojos y suspira.

¶Anas al punto, Anas, que deseoso  
De hablar y escupir ponzoña estaba,  
Comenzó con espíritu furioso  
Enemiga oracion, plática brava:  
«¿Es posible que el cielo generoso,  
Que ántes por gran favor nos anunciaba  
Un Mesías en armas señalado,  
Y á un Cristo carpintero nos ha dado?»

«Si la Escritura Santa profetiza  
Un capitan gallardo, un rey valiente;  
Si su dichoso imperio solemniza,  
Robusto en fuerzas, respetado en gente;  
Si sus altas victorias canoniza  
Con fama excelsa y voz permaneciente,  
¿Cómo será el Mesías prometido  
Un hombre nunca armado ni temido?»

«David en dulce canto le apercibe  
A que se ciña cortadora espada,  
Y un brazo en él fortísimo concibe,  
Un valor grande y una diestra osada;  
Con saetas le avisa que derribe  
La gente en varias tropas conjurada.  
¿Adónde está la espada, el brazo y diestra,  
Saetas y valor que este rey muestra?»



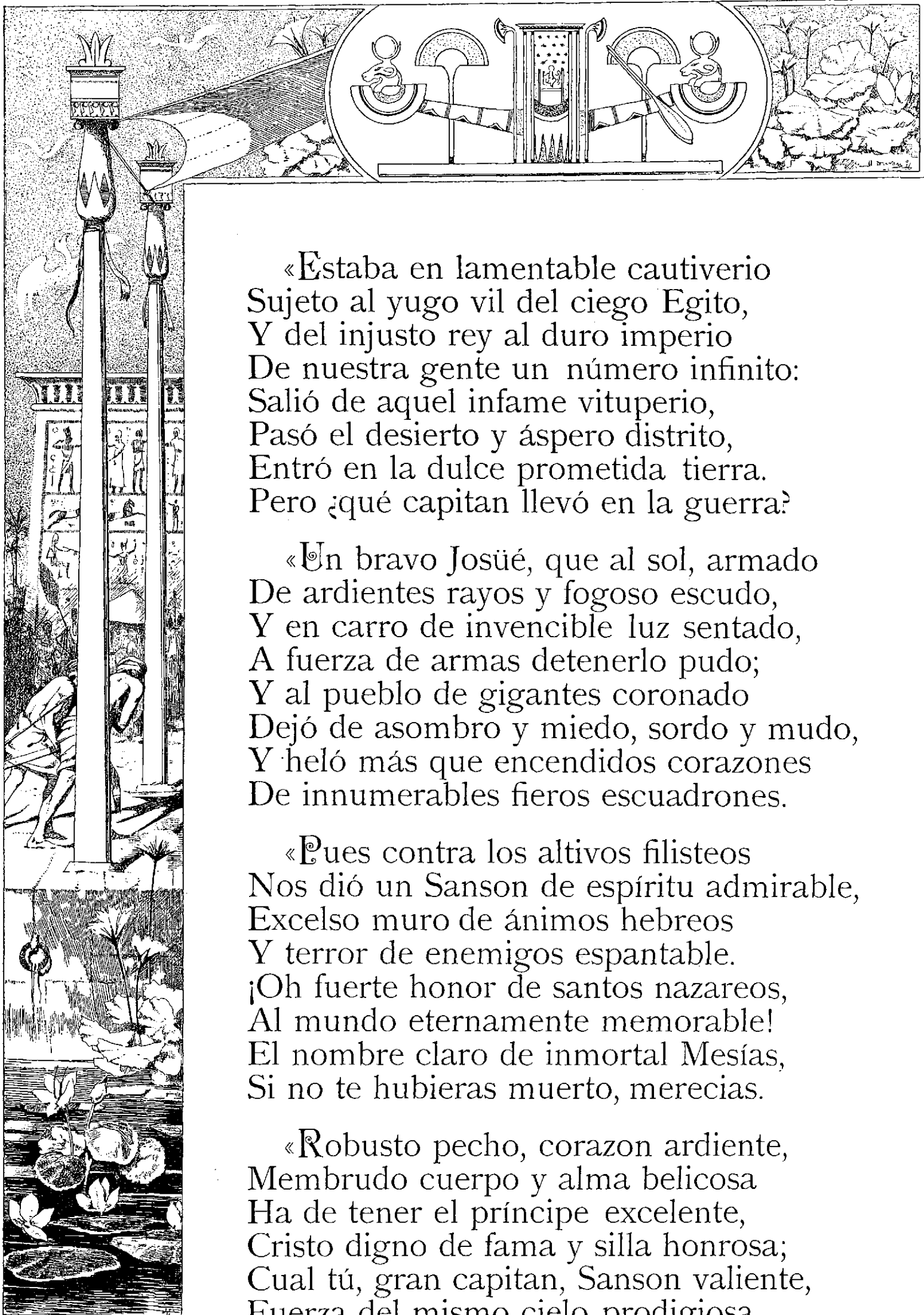
«Píntale en otro salmo tan terrible,  
Que al cielo asombra y á la tierra espanta,  
Y en furia bravo, en fuerzas invencible,  
Dobla cervices y ánimos quebranta;  
El fuego abrasador, la llama horrible  
Le hace escolta y su escuadron le planta;  
Grandes abrasa, reyes atropella:  
Pues aqúeste Jesus, ¿qué reyes huella?»

«Mas ¿qué digo? El profeta cortesano  
Le dibuja en batalla rigurosa  
Entre despojos de la muerte ufano,  
Y alegre en un raudal de sangre ondosa:  
Bañado rostro, cuello, pecho y mano,  
Tinta la vestidura generosa  
De Edon viniendo, y con estola rica:  
¿Quién de Jesus tanto valor publica?»

«Ya sus felices ínclitas victorias  
Dibuja con metáforas sagradas;  
Ya eternas hace sus debidas glorias  
Con nuevo estilo y frases nunca usadas;  
Ya insignias, ya trofeos, ya memorias,  
Ya empresas por el mundo celebradas,  
De Cristo, en voz suave, profetiza:  
Ved si á Jesus por Cristo solemniza.

«Siempre que Dios con apacibles ojos  
El pueblo mira de su amada gente,  
Fábula hecho y míseros despojos  
Y presa de algun bárbaro insolente,  
Y en risa volver quiere sus enojos,  
Y el vengativo rostro en blanda frente,  
Por defensa nos da grandes varones,  
Que asombro ilustre son de altas naciones.



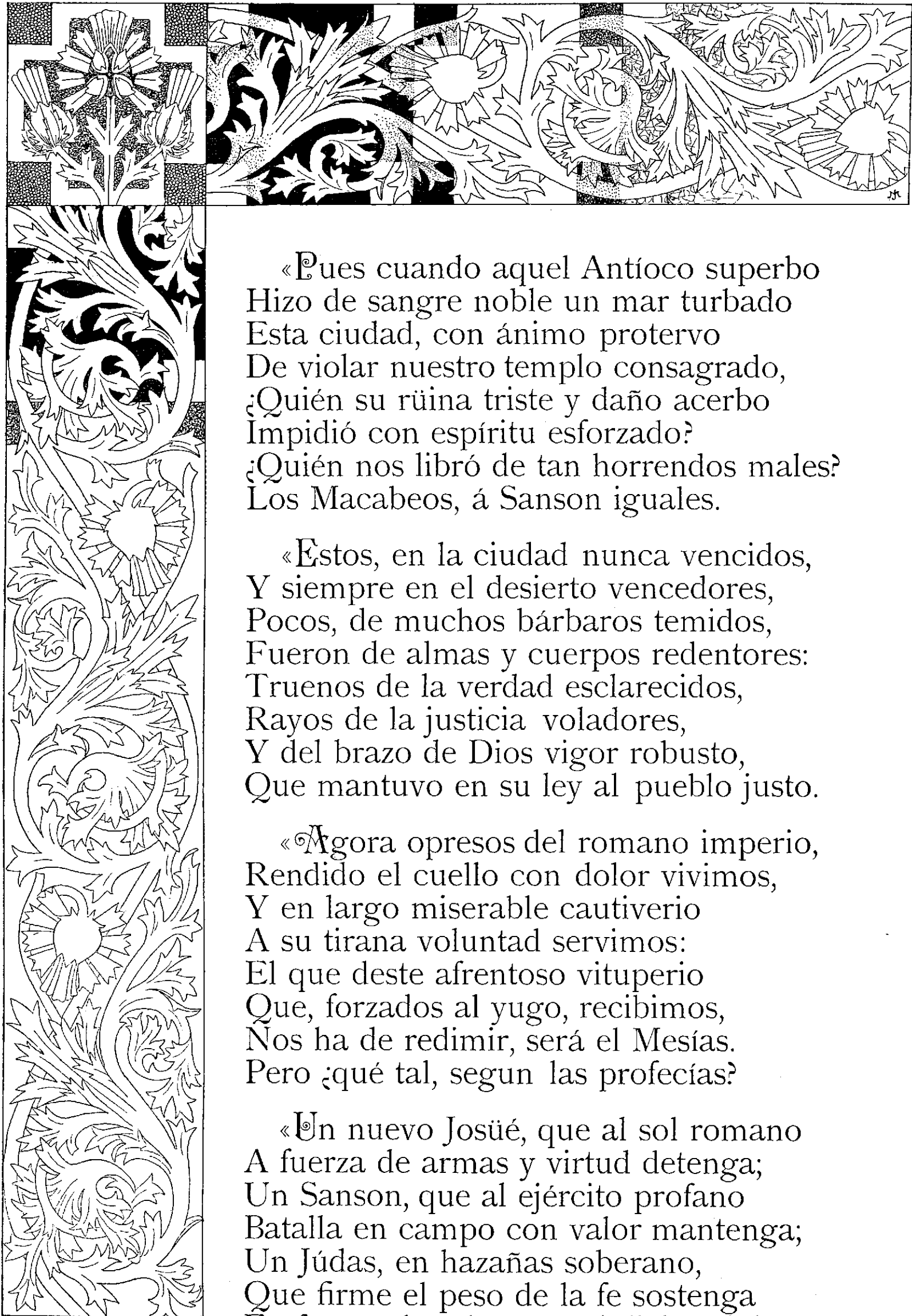


«Estaba en lamentable cautiverio  
Sujeto al yugo vil del ciego Egipto,  
Y del injusto rey al duro imperio  
De nuestra gente un número infinito:  
Salió de aquel infame vituperio,  
Pasó el desierto y áspero distrito,  
Entró en la dulce prometida tierra.  
Pero ¿qué capitán llevó en la guerra?»

«Un bravo Josué, que al sol, armado  
De ardientes rayos y fogoso escudo,  
Y en carro de invencible luz sentado,  
A fuerza de armas detenerlo pudo;  
Y al pueblo de gigantes coronado  
Dejó de asombro y miedo, sordo y mudo,  
Y heló más que encendidos corazones  
De innumerables fieros escuadrones.

«Pues contra los altivos filisteos  
Nos dió un Sansón de espíritu admirable,  
Excelso muro de ánimos hebreos  
Y terror de enemigos espantable.  
¡Oh fuerte honor de santos nazareos,  
Al mundo eternamente memorable!  
El nombre claro de inmortal Mesías,  
Si no te hubieras muerto, merecías.

«Robusto pecho, corazón ardiente,  
Membrudo cuerpo y alma belicosa  
Ha de tener el príncipe excelente,  
Cristo digno de fama y silla honrosa;  
Cual tú, gran capitán, Sansón valiente,  
Fuerza del mismo cielo prodigiosa,  
Y espanto de la bárbara potencia;  
No blanda voz de hipócrita elocuencia.

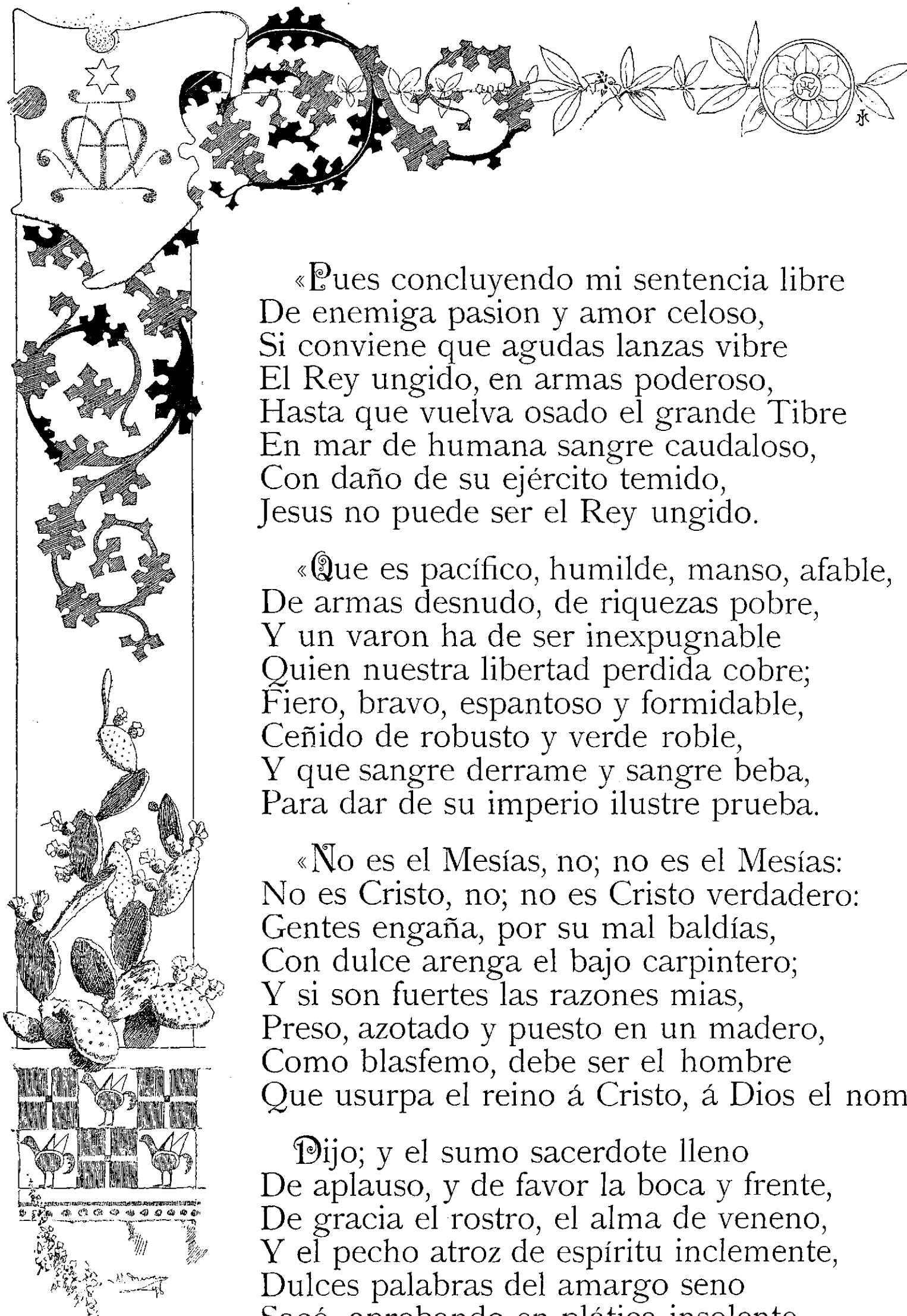


«Pues cuando aquel Antíoco superbo  
Hizo de sangre noble un mar turbado  
Esta ciudad, con ánimo protervo  
De violar nuestro templo consagrado,  
¿Quién su ruina triste y daño acerbo  
Impidió con espíritu esforzado?  
¿Quién nos libró de tan horrendos males?  
Los Macabeos, á Sanson iguales.

«Estos, en la ciudad nunca vencidos,  
Y siempre en el desierto vencedores,  
Pocos, de muchos bárbaros temidos,  
Fueron de almas y cuerpos redentores:  
Truenos de la verdad esclarecidos,  
Rayos de la justicia voladores,  
Y del brazo de Dios vigor robusto,  
Que mantuvo en su ley al pueblo justo.

«Agora opresos del romano imperio,  
Rendido el cuello con dolor vivimos,  
Y en largo miserable cautiverio  
A su tirana voluntad servimos:  
El que deste afrentoso vituperio  
Que, forzados al yugo, recibimos,  
Nos ha de redimir, será el Mesías.  
Pero ¿qué tal, según las profecías?

«Un nuevo Josué, que al sol romano  
A fuerza de armas y virtud detenga;  
Un Sanson, que al ejército profano  
Batalla en campo con valor mantenga;  
Un Júdas, en hazañas soberano,  
Que firme el peso de la fe sostenga  
En fuertes hombros, cual divino Atlante;  
Que solo un Cristo tal es importante.



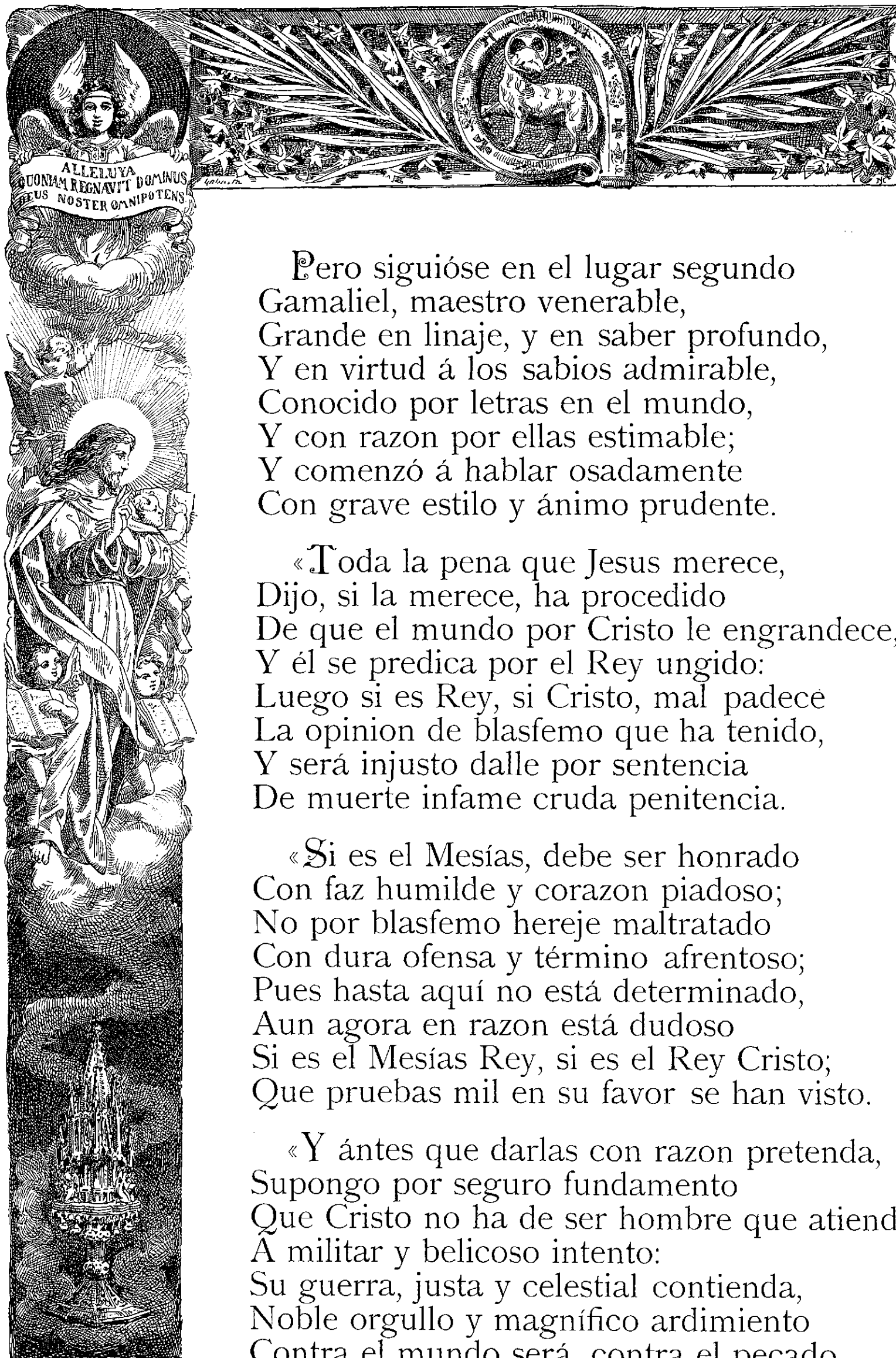
«Pues concluyendo mi sentencia libre  
De enemiga pasión y amor celoso,  
Si conviene que agudas lanzas vibre  
El Rey ungido, en armas poderoso,  
Hasta que vuelva osado el grande Tibre  
En mar de humana sangre caudaloso,  
Con daño de su ejército temido,  
Jesus no puede ser el Rey ungido.

«Que es pacífico, humilde, manso, afable,  
De armas desnudo, de riquezas pobre,  
Y un varón ha de ser inexpugnable  
Quien nuestra libertad perdida cobre;  
Fiero, bravo, espantoso y formidable,  
Ceñido de robusto y verde roble,  
Y que sangre derrame y sangre beba,  
Para dar de su imperio ilustre prueba.

«No es el Mesías, no; no es el Mesías:  
No es Cristo, no; no es Cristo verdadero:  
Gentes engaña, por su mal baldías,  
Con dulce arenga el bajo carpintero;  
Y si son fuertes las razones mías,  
Preso, azotado y puesto en un madero,  
Como blasfemo, debe ser el hombre  
Que usurpa el reino á Cristo, á Dios el nombre.»

Dijo; y el sumo sacerdote lleno  
De aplauso, y de favor la boca y frente,  
De gracia el rostro, el alma de veneno,  
Y el pecho atroz de espíritu inclemente,  
Dulces palabras del amargo seno  
Sacó, aprobando en plática insolente  
La oración de su suegro mal fundada,  
Y el voto confirmó y sentencia dada.



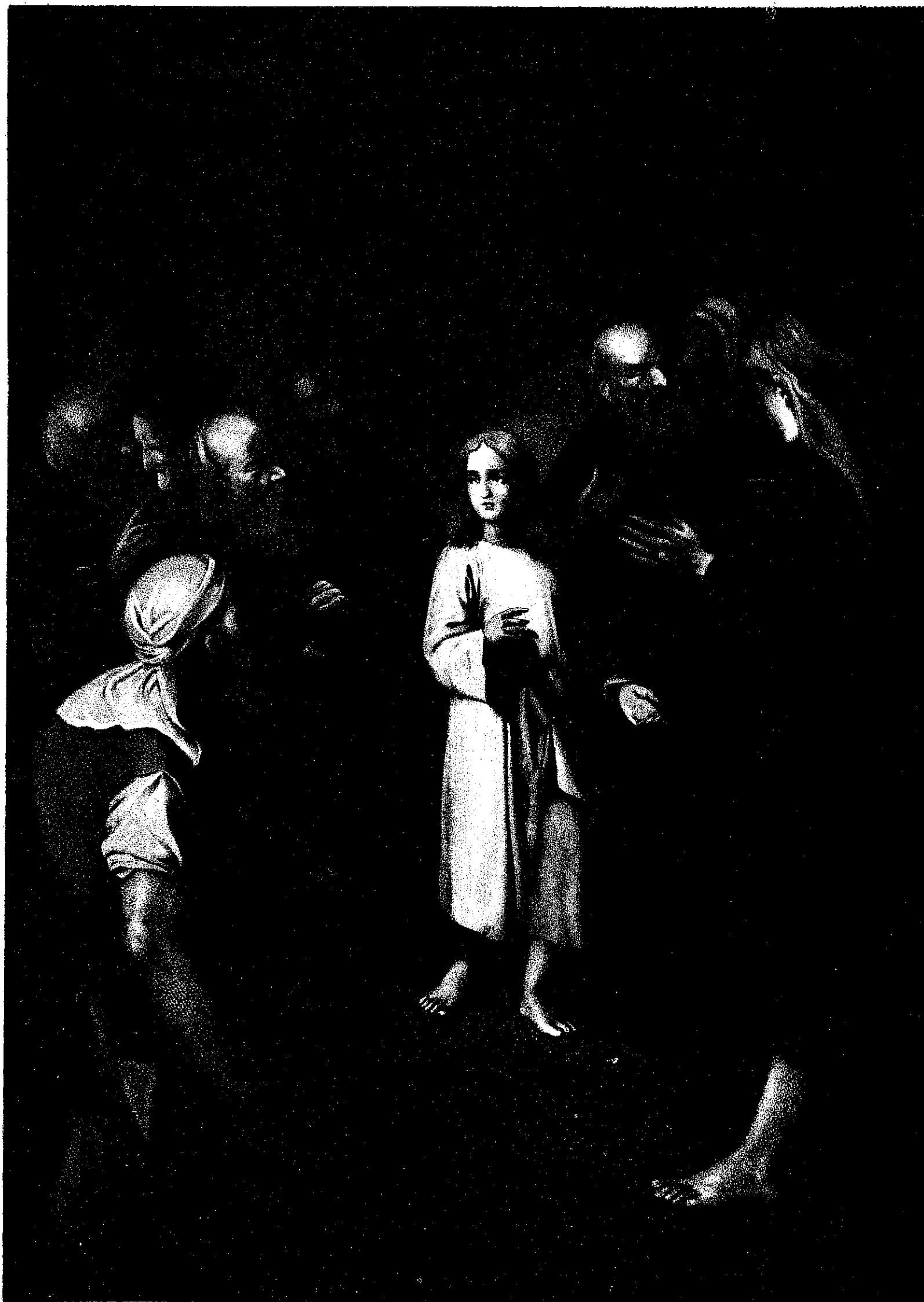


Pero siguióse en el lugar segundo  
Gamaliel, maestro venerable,  
Grande en linaje, y en saber profundo,  
Y en virtud á los sabios admirable,  
Conocido por letras en el mundo,  
Y con razon por ellas estimable;  
Y comenzó á hablar osadamente  
Con grave estilo y ánimo prudente.

«Toda la pena que Jesus merece,  
Dijo, si la merece, ha procedido  
De que el mundo por Cristo le engrandece,  
Y él se predica por el Rey ungido:  
Luego si es Rey, si Cristo, mal padece  
La opinion de blasfemo que ha tenido,  
Y será injusto dalle por sentencia  
De muerte infame cruda penitencia.

«Si es el Mesías, debe ser honrado  
Con faz humilde y corazon piadoso;  
No por blasfemo hereje maltratado  
Con dura ofensa y término afrentoso;  
Pues hasta aquí no está determinado,  
Aun agora en razon está dudoso  
Si es el Mesías Rey, si es el Rey Cristo;  
Que pruebas mil en su favor se han visto.

«Y ántes que darlas con razon pretenda,  
Supongo por seguro fundamento  
Que Cristo no ha de ser hombre que atienda  
Á militar y belicoso intento:  
Su guerra, justa y celestial contienda,  
Noble orgullo y magnífico ardimiento  
Contra el mundo será, contra el pecado  
Y el infierno, en su ofensa conjurado.



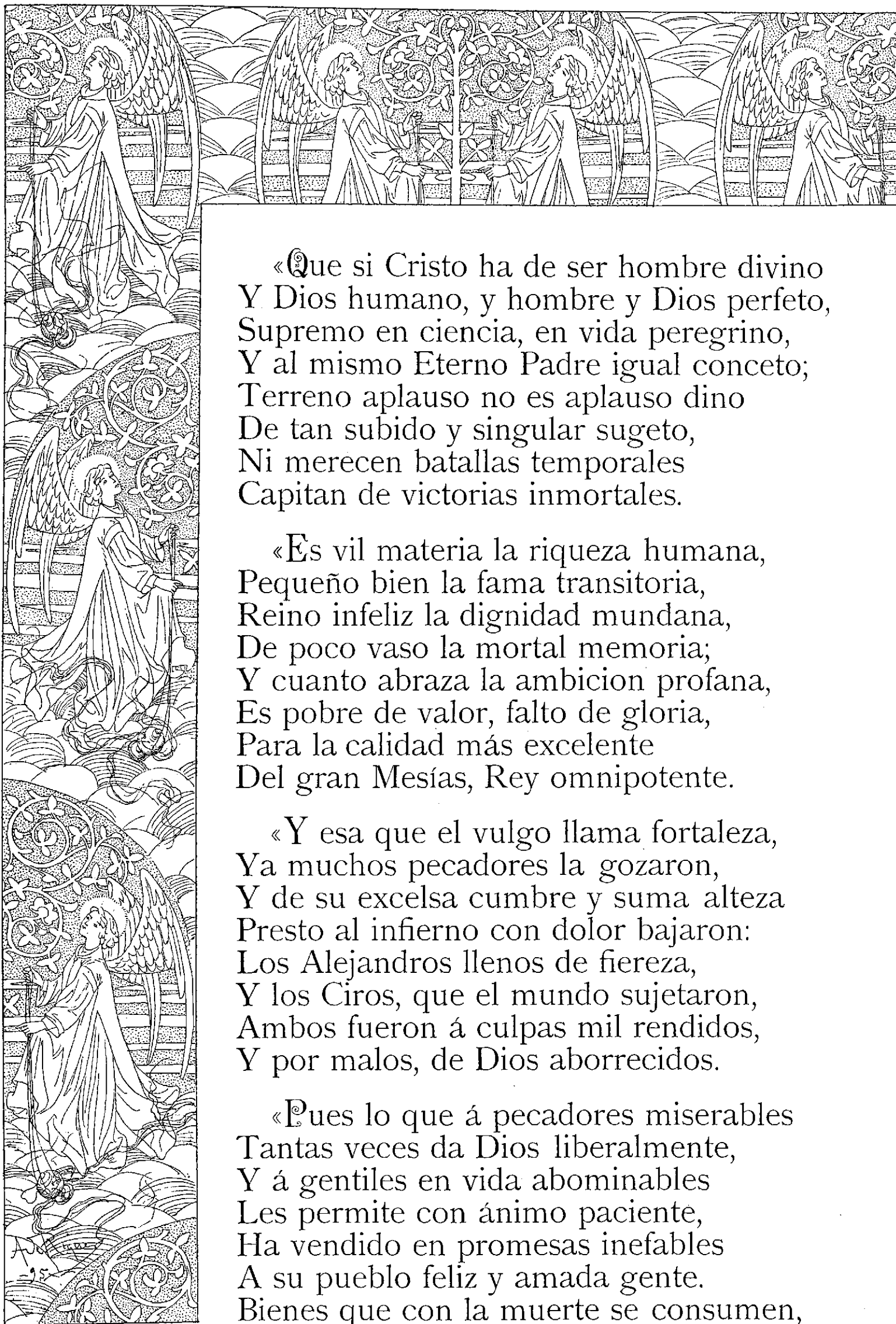
A. Ribot. lit.

S. Castellón cop.

Lit. Aleu.—Barcelona.





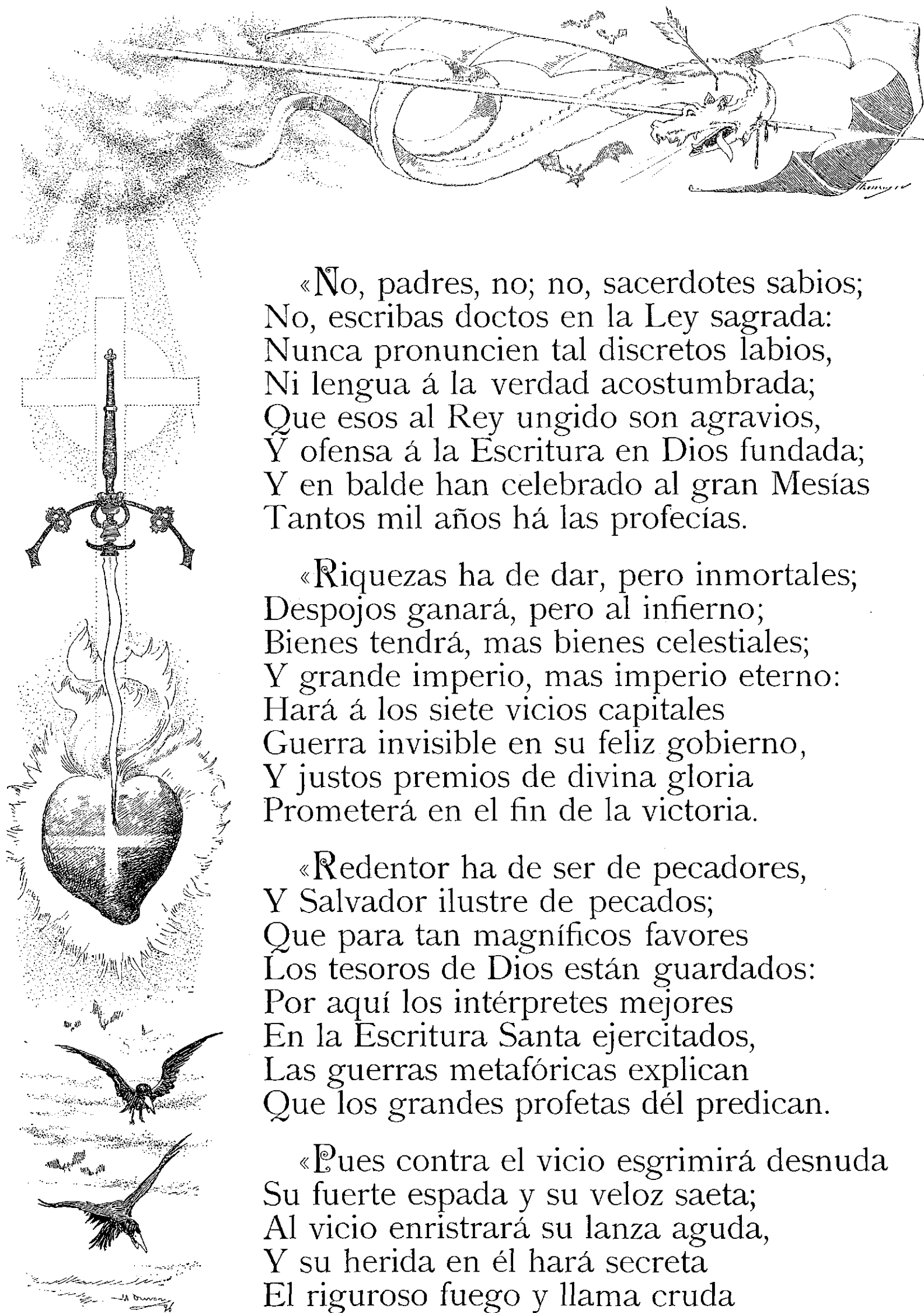


«Que si Cristo ha de ser hombre divino  
Y Dios humano, y hombre y Dios perfeto,  
Supremo en ciencia, en vida peregrino,  
Y al mismo Eterno Padre igual conceto;  
Terreno aplauso no es aplauso dino  
De tan subido y singular sugeto,  
Ni merecen batallas temporales  
Capitan de victorias inmortales.

«Es vil materia la riqueza humana,  
Pequeño bien la fama transitoria,  
Reino infeliz la dignidad mundana,  
De poco vaso la mortal memoria;  
Y cuanto abraza la ambicion profana,  
Es pobre de valor, falto de gloria,  
Para la calidad más excelente  
Del gran Mesías, Rey omnipotente.

«Y esa que el vulgo llama fortaleza,  
Ya muchos pecadores la gozaron,  
Y de su excelsa cumbre y suma alteza  
Presto al infierno con dolor bajaron:  
Los Alejandros llenos de fiereza,  
Y los Ciros, que el mundo sujetaron,  
Ambos fueron á culpas mil rendidos,  
Y por malos, de Dios aborrecidos.

«Pues lo que á pecadores miserables  
Tantas veces da Dios liberalmente,  
Y á gentiles en vida abominables  
Les permite con ánimo paciente,  
Ha vendido en promesas inefables  
A su pueblo feliz y amada gente.  
Bienes que con la muerte se consumen,  
¿Tantos profetas anunciar presumen?

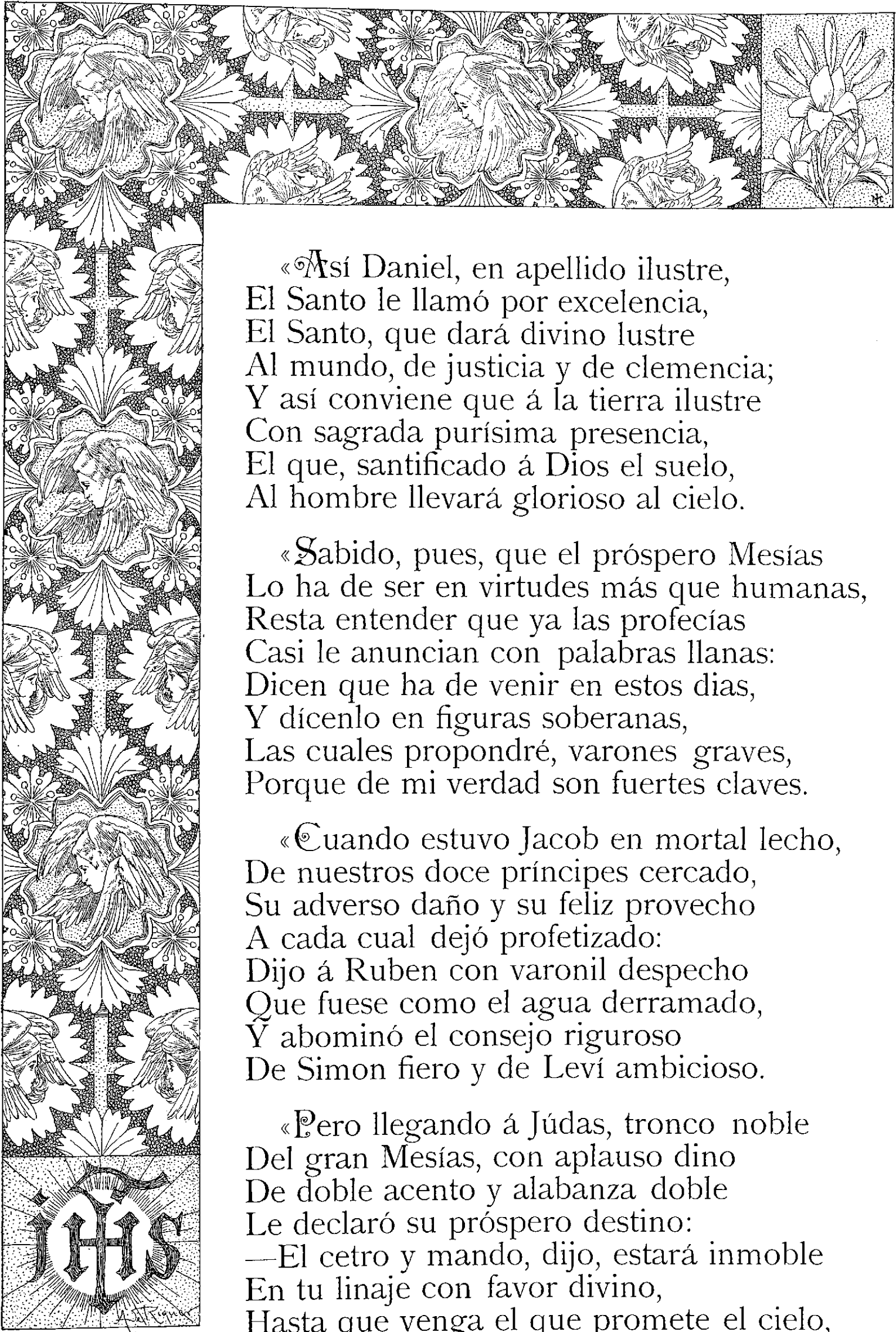


«No, padres, no; no, sacerdotes sabios;  
No, escribas doctos en la Ley sagrada:  
Nunca pronuncien tal discretos labios,  
Ni lengua á la verdad acostumbrada;  
Que esos al Rey ungido son agravios,  
Y ofensa á la Escritura en Dios fundada;  
Y en balde han celebrado al gran Mesías  
Tantos mil años há las profecias.

«Riquezas ha de dar, pero inmortales;  
Despojos ganará, pero al infierno;  
Bienes tendrá, mas bienes celestiales;  
Y grande imperio, mas imperio eterno:  
Hará á los siete vicios capitales  
Guerra invisible en su feliz gobierno,  
Y justos premios de divina gloria  
Prometerá en el fin de la victoria.

«Redentor ha de ser de pecadores,  
Y Salvador ilustre de pecados;  
Que para tan magníficos favores  
Los tesoros de Dios están guardados:  
Por aquí los intérpretes mejores  
En la Escritura Santa ejercitados,  
Las guerras metafóricas explican  
Que los grandes profetas dél predicán.

«Pues contra el vicio esgrimirá desnuda  
Su fuerte espada y su veloz saeta;  
Al vicio enristrará su lanza aguda,  
Y su herida en él hará secreta  
El riguroso fuego y llama cruda  
De fuego celestial, llama perfeta;  
Y amor será que abraza corazones,  
Las culpas venza, y rinda las pasiones.



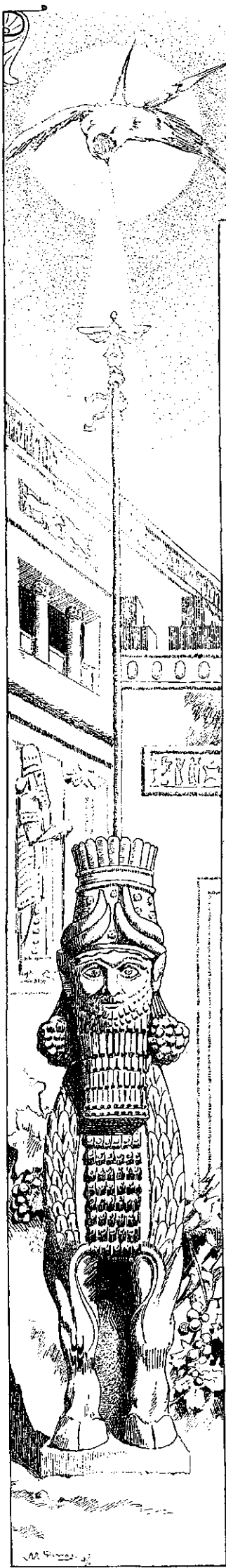
«Así Daniel, en apellido ilustre,  
El Santo le llamó por excelencia,  
El Santo, que dará divino lustre  
Al mundo, de justicia y de clemencia;  
Y así conviene que á la tierra ilustre  
Con sagrada purísima presencia,  
El que, santificado á Dios el suelo,  
Al hombre llevará glorioso al cielo.

«Sabido, pues, que el próspero Mesías  
Lo ha de ser en virtudes más que humanas,  
Resta entender que ya las profecías  
Casi le anuncian con palabras llanas:  
Dicen que ha de venir en estos días,  
Y dícenlo en figuras soberanas,  
Las cuales propondré, varones graves,  
Porque de mi verdad son fuertes claves.

«Cuando estuvo Jacob en mortal lecho,  
De nuestros doce príncipes cercado,  
Su adverso daño y su feliz provecho  
A cada cual dejó profetizado:  
Dijo á Ruben con varonil despecho  
Que fuese como el agua derramado,  
Y abominó el consejo riguroso  
De Simon fiero y de Leví ambicioso.

«Pero llegando á Júdas, tronco noble  
Del gran Mesías, con aplauso dino  
De doble acento y alabanza doble  
Le declaró su próspero destino:  
—El cetro y mando, dijo, estará inmoble  
En tu linaje con favor divino,  
Hasta que venga el que promete el cielo,  
Por esperanza y bendición, al suelo.—



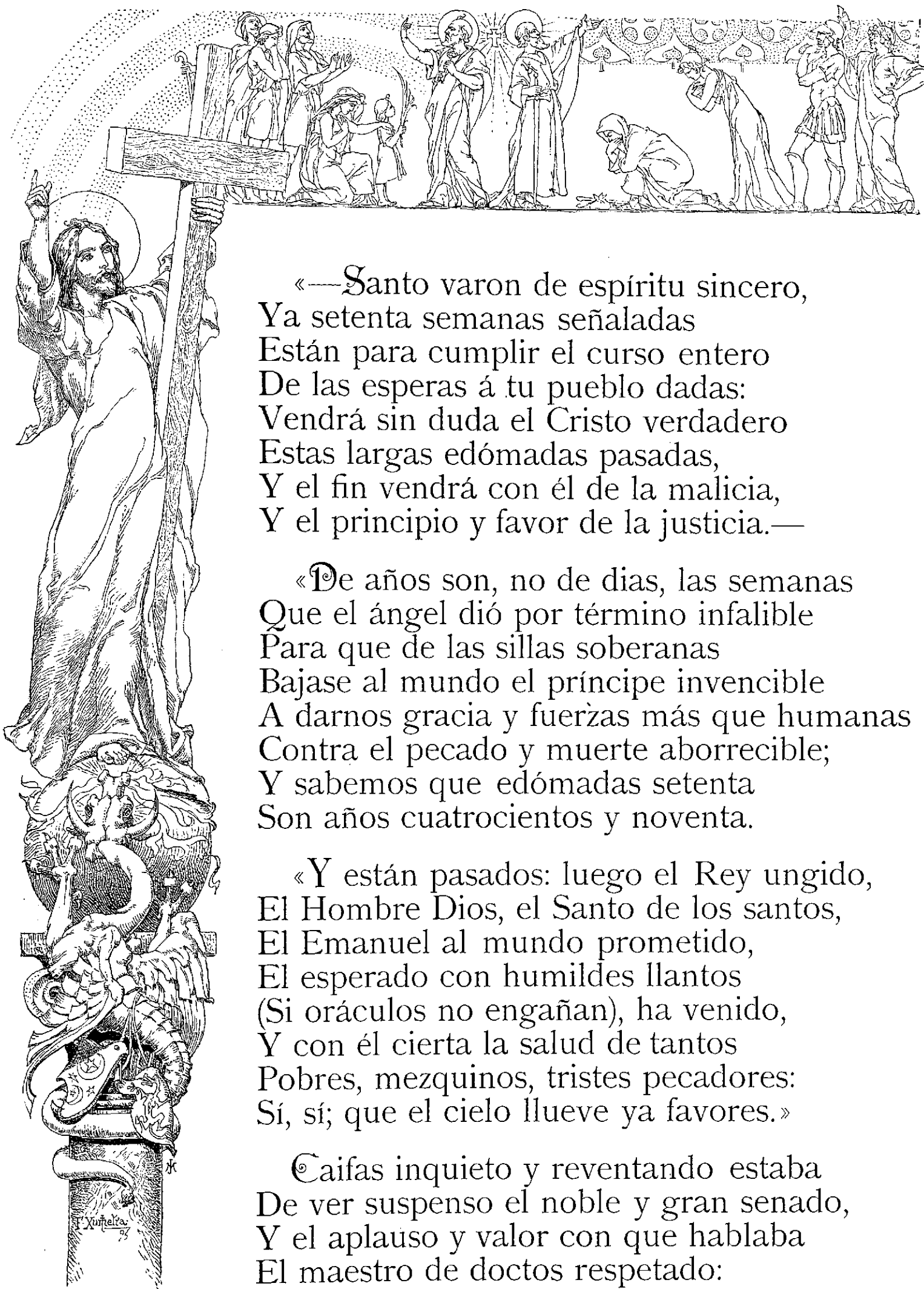


«Y hasta agora el ínclito gobierno  
De reyes, de jueces, de prelados  
Ha vivido en un curso casi eterno  
En los nietos de Júdas esforzados;  
Pero ya, padres, el señor moderno  
Que á nuestros hijos tiene avasallados,  
No es del tribu judáico venerable,  
Sino extraño idumeo detestable.

«Luego Cristo el Mesías ha venido,  
Cristo en Jerusalem está presente,  
Pues cetro y mando Júdas ha perdido;  
Y rige extraño rey la tierra y gente.  
¡Oh para nuestra gloria prometido!  
Un vivo rayo de tu luz ardiente  
Nos da, Hijo de Dios, con que veamos  
Quién eres, dónde estás y qué buscamos.

«Con esta memorable profecía  
Se conforma Daniel, por Dios eieto,  
Para que al tiempo del feliz Mesía  
Años señale y número perfeto:  
En Babilonia con dolor vivia  
De ver al crudo bárbaro, sujeto  
El pueblo justo de su gente amada,  
Pobre, cautiva, presa y despojada.»

Postróse en oracion, pidiendo al cielo  
Con pecho humilde y ánimo piadoso  
Vuelta segura y libre al patrio suelo,  
Y perdon franco al pueblo temeroso:  
Dios sus lágrimas vió, miró su celo,  
Oyó su voz y llanto doloroso,  
Y á Gabriel envió resplandeciente,  
Que así le dijo dulce y blandamente:



«—Santo varon de espíritu sincero,  
Ya setenta semanas señaladas  
Están para cumplir el curso entero  
De las esperas á tu pueblo dadas:  
Vendrá sin duda el Cristo verdadero  
Estas largas edómadas pasadas,  
Y el fin vendrá con él de la malicia,  
Y el principio y favor de la justicia.—

«De años son, no de dias, las semanas  
Que el ángel dió por término infalible  
Para que de las sillas soberanas  
Bajase al mundo el príncipe invencible  
A darnos gracia y fuerzas más que humanas  
Contra el pecado y muerte aborrecible;  
Y sabemos que edómadas setenta  
Son años cuatrocientos y noventa.

«Y están pasados: luego el Rey ungido,  
El Hombre Dios, el Santo de los santos,  
El Emanuel al mundo prometido,  
El esperado con humildes llantos  
(Si oráculos no engañan), ha venido,  
Y con él cierta la salud de tantos  
Pobres, mezquinos, tristes pecadores:  
Sí, sí; que el cielo llueve ya favores.»

Caifas inquieto y reventando estaba  
De ver suspenso el noble y gran senado,  
Y el aplauso y valor con que hablaba  
El maestro de doctos respetado:  
Salir quisiera, mas su fuerza brava  
Reprimió con espíritu doblado;  
Que la ciencia y virtud, que no era poca,  
Le ató la lengua y le cerró la boca.



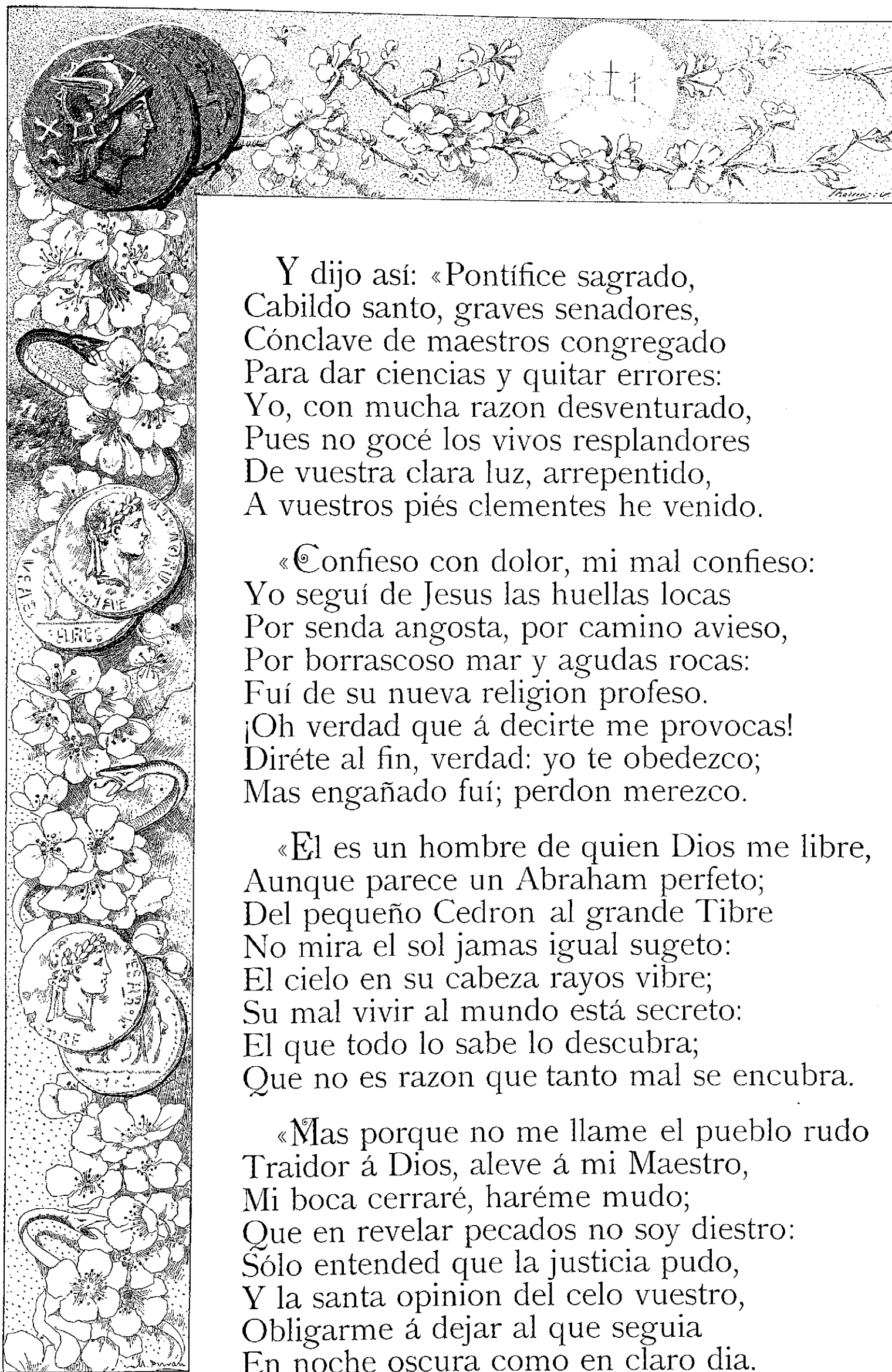
Salir quisiera, y aun salir queria,  
Ya de tanto callar arrepentido,  
Si Júdas, que á vender á Dios venia,  
Licencia no pidiera, mal sufrido:  
Diósela el que furioso presidia,  
Y entró luego el discípulo atrevido,  
Y al cabildo espantó con su presencia,  
Y suspendió al autor de la licencia.

Este fué de la tierra abominable  
Que, roto el yugo, y la vergüenza rota,  
Contra la fe de Cristo venerable  
Cria blasfemos, renegados brota:  
Escárias su patria detestable  
Nombre le dió, que es de traidores nota.  
¡Oh infiel viborezno cauteloso,  
Su vientre no rompieras ponzoñoso!

No hubiera dado al bárbaro Mahoma  
Cómitres duros, capitanes fieros,  
Que, negando la eterna ley de Roma,  
En contra afilan pérfidos aceros;  
Mas el que rebelados cuellos doma,  
Pechos ablanda y ánimos severos,  
El seno ablande de tu patria dura,  
O hágale en tí mismo sepultura.

Entró el perverso, y con astucia rara  
Compuso el rostro y mesuró los labios,  
Bajó los ojos, humilló la cara,  
Como confuso ante varones sabios:  
Con el manto cubrió la mano avara  
Que hizo á sí y á Dios y al cielo agravios:  
La ropa á lo devoto recogida,  
A hablar comenzó con voz fingida.



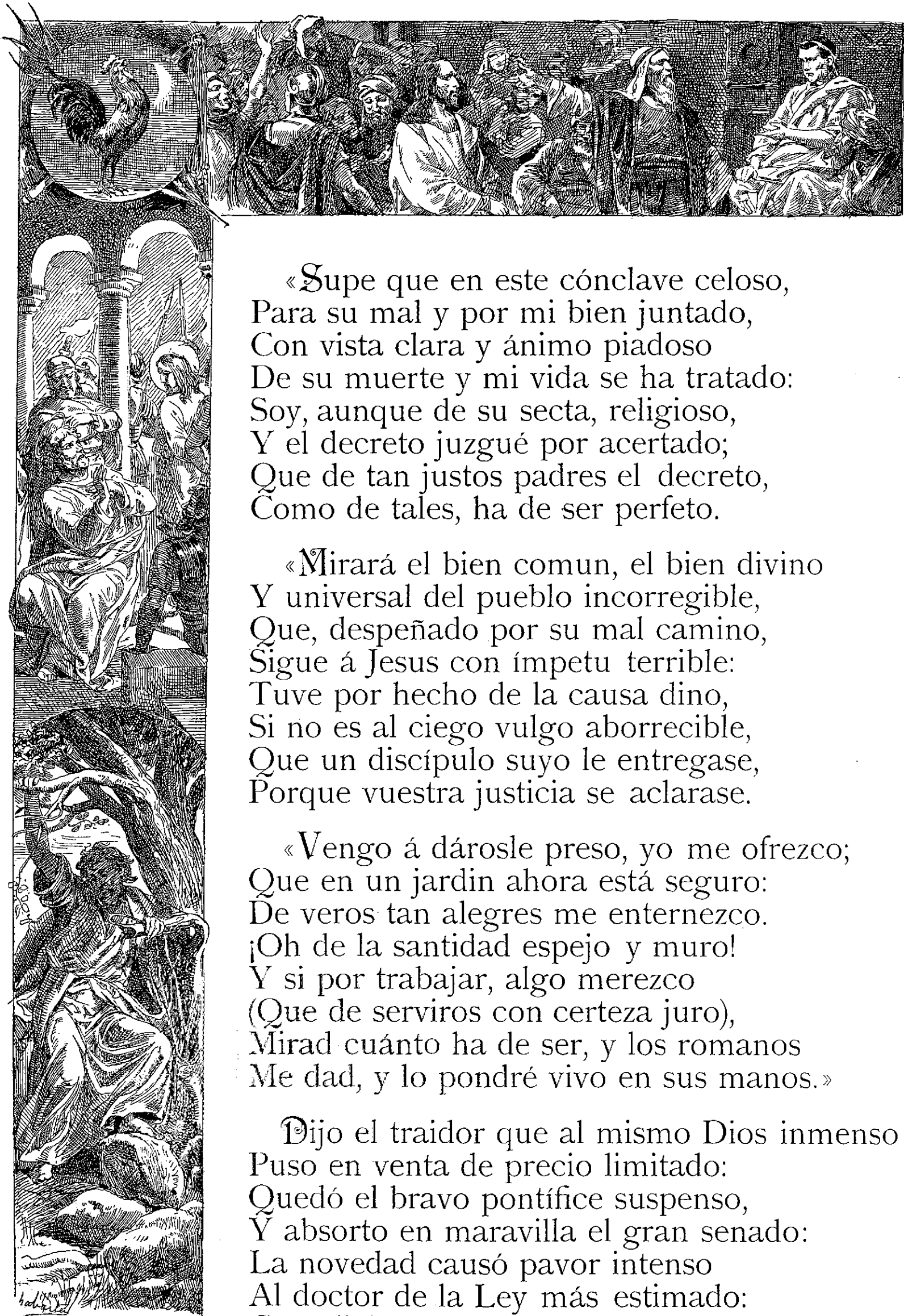


Y dijo así: «Pontífice sagrado,  
Cabildo santo, graves senadores,  
Cónclave de maestros congregado  
Para dar ciencias y quitar errores:  
Yo, con mucha razon desventurado,  
Pues no gocé los vivos resplandores  
De vuestra clara luz, arrepentido,  
A vuestros piés clementes he venido.

«Confieso con dolor, mi mal confieso:  
Yo seguí de Jesus las huellas locas  
Por senda angosta, por camino avieso,  
Por borrascoso mar y agudas rocas:  
Fuí de su nueva religion profeso.  
¡Oh verdad que á decirte me provocas!  
Diréte al fin, verdad: yo te obedezco;  
Mas engañado fuí; perdon merezco.

«El es un hombre de quien Dios me libre,  
Aunque parece un Abraham perfeto;  
Del pequeño Cedron al grande Tibre  
No mira el sol jamas igual sugeto:  
El cielo en su cabeza rayos vibre;  
Su mal vivir al mundo está secreto:  
El que todo lo sabe lo descubra;  
Que no es razon que tanto mal se encubra.

«Mas porque no me llame el pueblo rudo  
Traidor á Dios, aleve á mi Maestro,  
Mi boca cerraré, haréme mudo;  
Que en revelar pecados no soy diestro:  
Sólo entendí que la justicia pudo,  
Y la santa opinion del celo vuestro,  
Obligarme á dejar al que seguia  
En noche oscura como en claro dia.

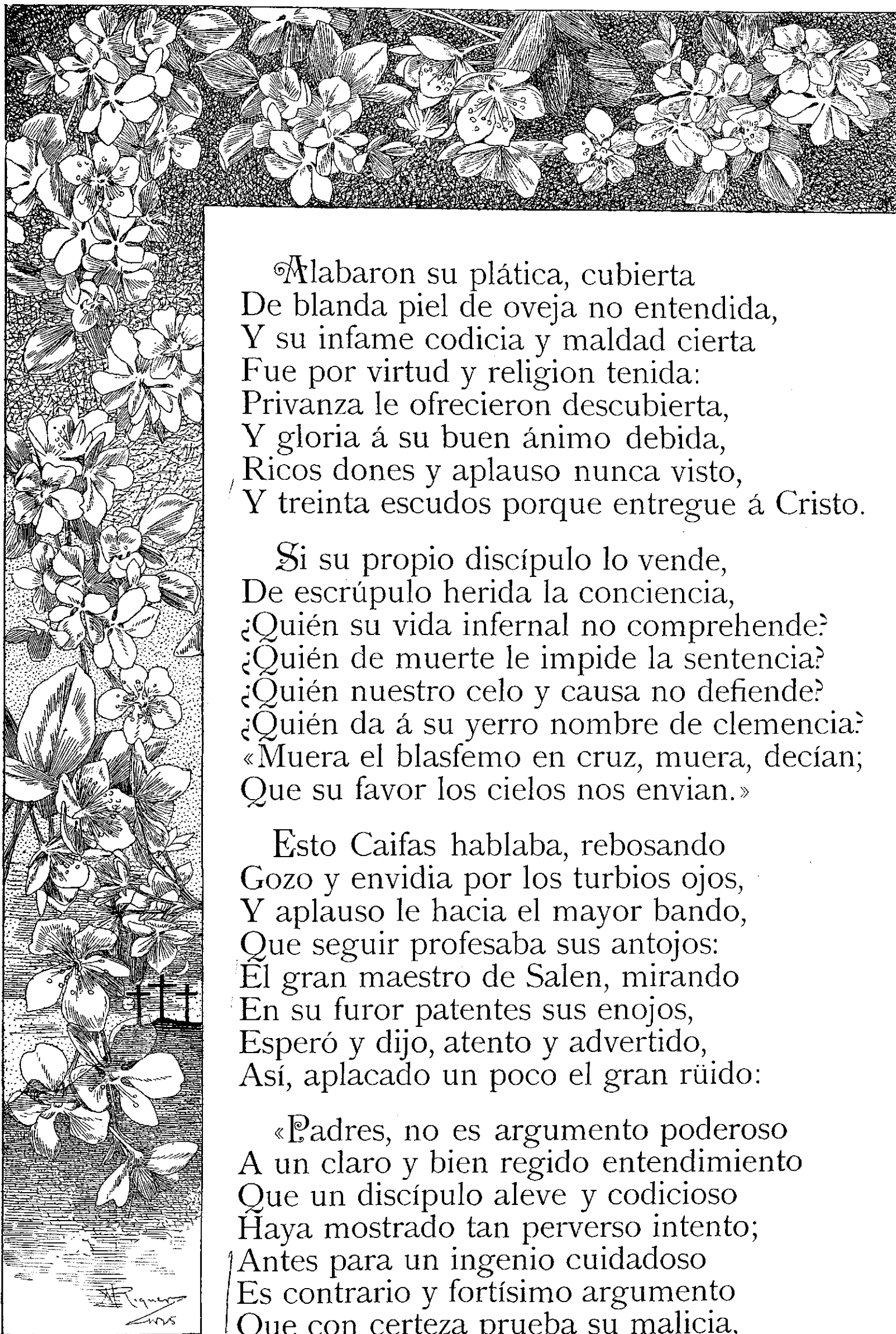


«Supe que en este cónclave celoso,  
Para su mal y por mi bien juntado,  
Con vista clara y ánimo piadoso  
De su muerte y mi vida se ha tratado:  
Soy, aunque de su secta, religioso,  
Y el decreto juzgué por acertado;  
Que de tan justos padres el decreto,  
Como de tales, ha de ser perfeto.

«Mirará el bien comun, el bien divino  
Y universal del pueblo incorregible,  
Que, despeñado por su mal camino,  
Sigue á Jesus con ímpetu terrible:  
Tuve por hecho de la causa dino,  
Si no es al ciego vulgo aborrecible,  
Que un discípulo suyo le entregase,  
Porque vuestra justicia se aclarase.

«Vengo á dárosle preso, yo me ofrezco;  
Que en un jardin ahora está seguro:  
De veros tan alegres me enternezco.  
¡Oh de la santidad espejo y muro!  
Y si por trabajar, algo merezco  
(Que de serviros con certeza juro),  
Mirad cuánto ha de ser, y los romanos  
Me dad, y lo pondré vivo en sus manos.»

Dijo el traidor que al mismo Dios inmenso  
Puso en venta de precio limitado:  
Quedó el bravo pontífice suspenso,  
Y absorto en maravilla el gran senado:  
La novedad causó pavor intenso  
Al doctor de la Ley más estimado:  
Gamaliel calló, y hablaron luego  
Los que abrasó la envidia en triste fuego.



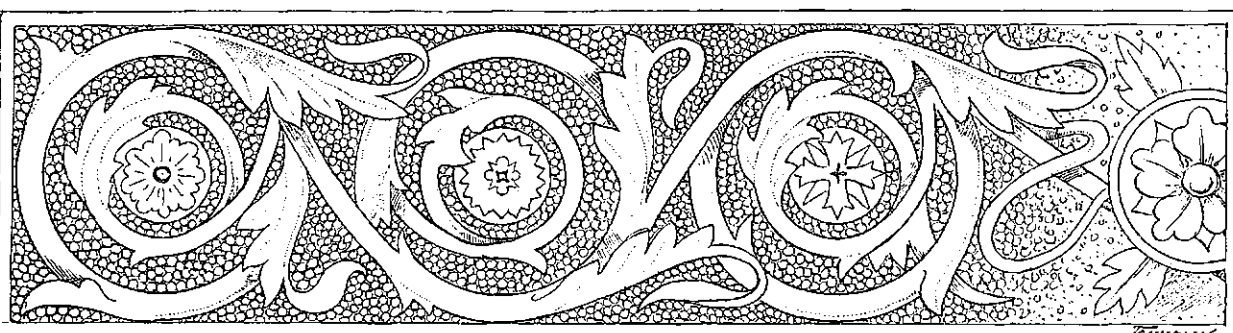
Malabaron su plática, cubierta  
De blanda piel de oveja no entendida,  
Y su infame codicia y maldad cierta  
Fue por virtud y religion tenida:  
Privanza le ofrecieron descubierta,  
Y gloria á su buen ánimo debida,  
Ricos dones y aplauso nunca visto,  
Y treinta escudos porque entregue á Cristo.

Si su propio discípulo lo vende,  
De escrúpulo herida la conciencia,  
¿Quién su vida infernal no comprende?  
¿Quién de muerte le impide la sentencia?  
¿Quién nuestro celo y causa no defiende?  
¿Quién da á su yerro nombre de clemencia?  
«Muera el blasfemo en cruz, muera, decían;  
Que su favor los cielos nos envían.»

Esto Caifas hablaba, rebosando  
Gozo y envidia por los turbios ojos,  
Y aplauso le hacia el mayor bando,  
Que seguir profesaba sus antojos:  
El gran maestro de Salen, mirando  
En su furor patentes sus enojos,  
Esperó y dijo, atento y advertido,  
Así, aplacado un poco el gran rüido:

«Padres, no es argumento poderoso  
A un claro y bien regido entendimiento  
Que un discípulo aleve y codicioso  
Haya mostrado tan perverso intento;  
Antes para un ingenio cuidadoso  
Es contrario y fortísimo argumento  
Que con certeza prueba su malicia,  
Pues le vende llevado de avaricia.



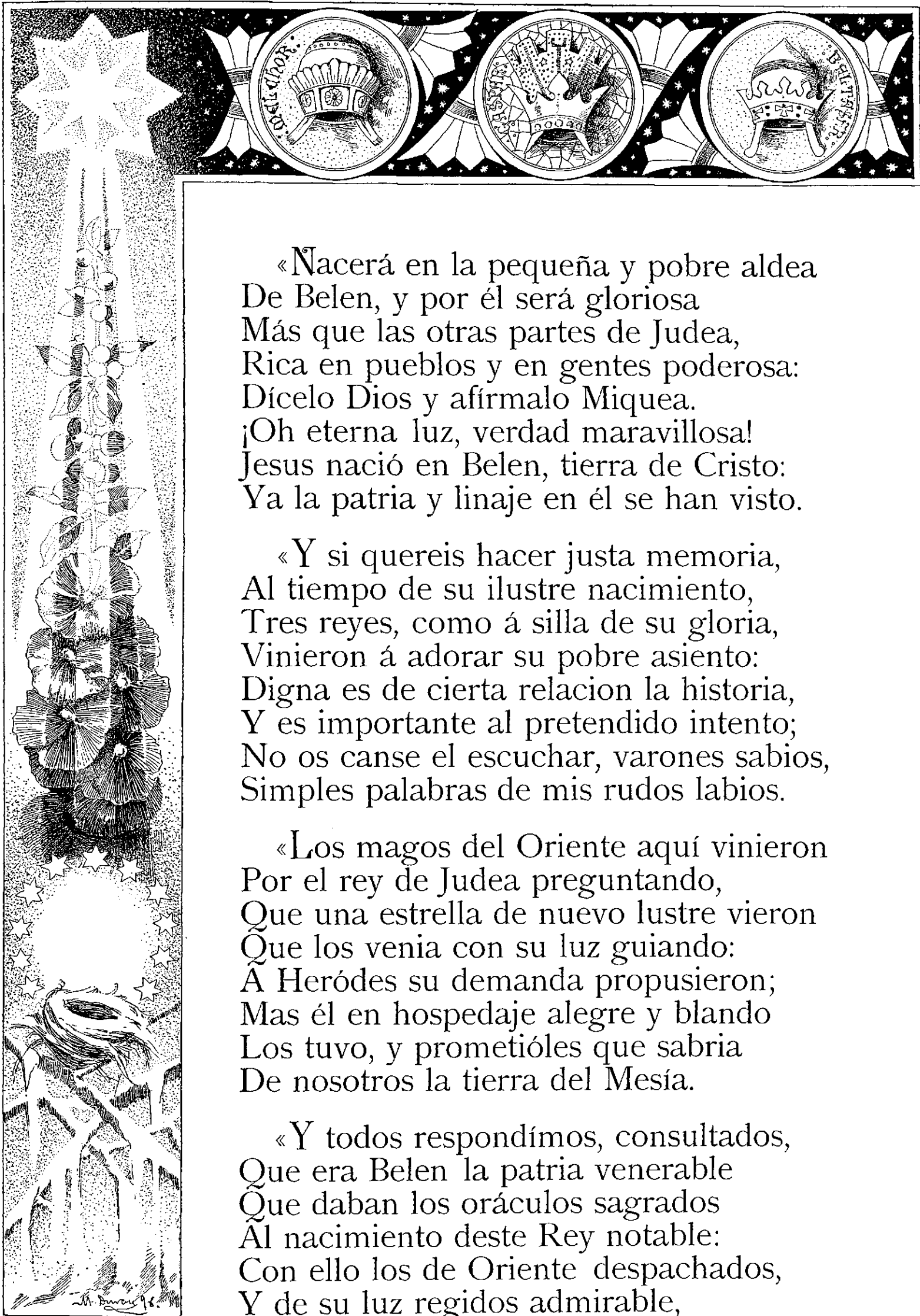


«Si de causas legítimas guiado,  
Y diciéndolas todas se moviera,  
Pudiera suspender este senado,  
Mas resolver la causa no pudiera;  
Que un solo acusador apasionado,  
Aunque su acusacion patente fuera,  
A dar justa sentencia no bastara  
Si primero el delito no probara.

«A decir comenzó, mas nunca dijo  
Cosa determinada ó caso cierto;  
Sólo confusamente le maldijo,  
Deseándole ver sin culpa muerto:  
Yo por razones mi discurso rijo,  
Y no voy, padres, por camino incierto;  
Un rato me escuchad.» Oyeron luego  
Forzados, reprimiendo el furor ciego.

Y prosiguió su plática suave  
Gamaliel, diciendo: «Claramente,  
Si el tiempo y condicion y alma se sabe  
De Cristo, Dios y Rey omnipotente,  
A mi discurso quiero echar la clave,  
Y ver si por ventura está presente,  
Y si hallo en Jesus las profecías  
Cumplidas ya del ínclito Mesías.

«Del linaje ha de ser esclarecido  
Y antigua casa del réal Profeta,  
Que por fruto excelente y escogido  
Se ha de dar á la planta más perfeta:  
Pues de David Jesus ha procedido,  
Viene del rey David por línea reta;  
Y así ya la nobleza no le falta,  
Y el ser pobre oficial no es digna falta.

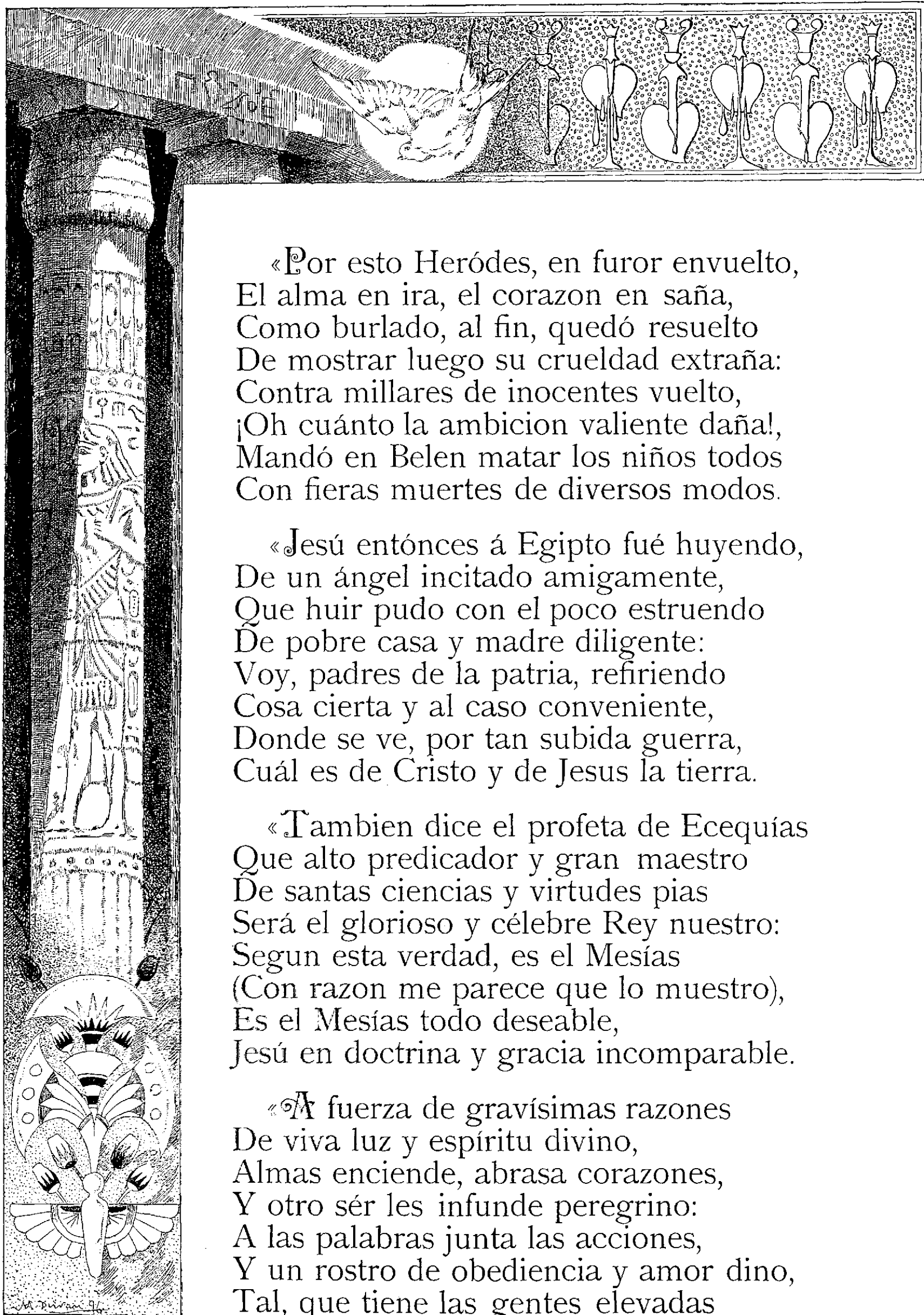


«Nacerá en la pequeña y pobre aldea  
De Belen, y por él será gloriosa  
Más que las otras partes de Judea,  
Rica en pueblos y en gentes poderosa:  
Dícelo Dios y afirmalo Miquea.  
¡Oh eterna luz, verdad maravillosa!  
Jesus nació en Belen, tierra de Cristo:  
Ya la patria y linaje en él se han visto.

«Y si quereis hacer justa memoria,  
Al tiempo de su ilustre nacimiento,  
Tres reyes, como á silla de su gloria,  
Vinieron á adorar su pobre asiento:  
Digna es de cierta relacion la historia,  
Y es importante al pretendido intento;  
No os canse el escuchar, varones sabios,  
Simples palabras de mis rudos labios.

«Los magos del Oriente aquí vinieron  
Por el rey de Judea preguntando,  
Que una estrella de nuevo lustre vieron  
Que los venia con su luz guiando:  
Á Heródes su demanda propusieron;  
Mas él en hospedaje alegre y blando  
Los tuvo, y prometióles que sabria  
De nosotros la tierra del Mesía.

«Y todos respondimos, consultados,  
Que era Belen la patria venerable  
Que daban los oráculos sagrados  
Al nacimiento deste Rey notable:  
Con ello los de Oriente despachados,  
Y de su luz regidos admirable,  
A Belen caminaron prestamente,  
Y de allí se volvieron al Oriente.



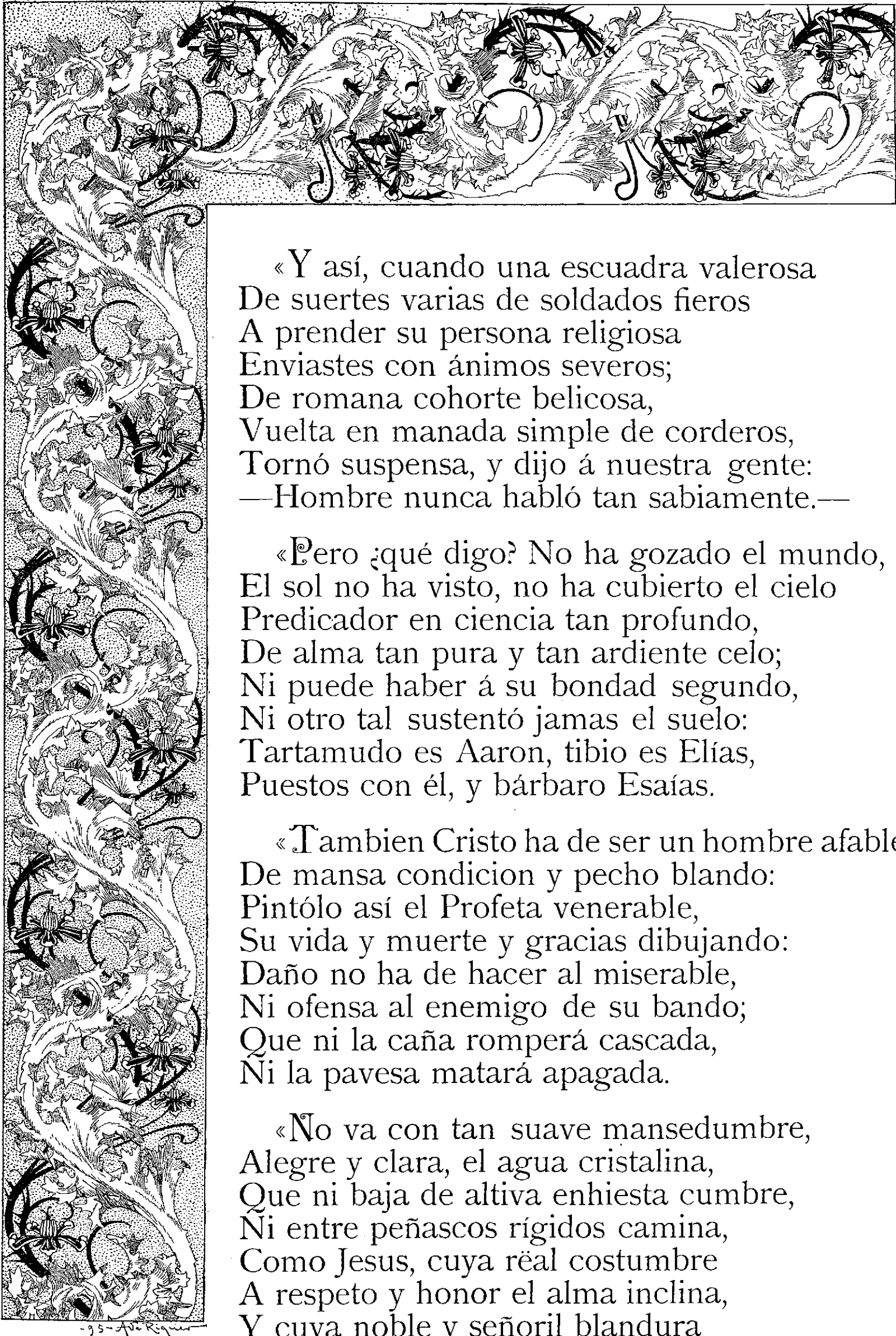
«Por esto Heródes, en furor envuelto,  
El alma en ira, el corazón en saña,  
Como burlado, al fin, quedó resuelto  
De mostrar luego su crueldad extraña:  
Contra millares de inocentes vuelto,  
¡Oh cuánto la ambición valiente daña!  
Mandó en Belén matar los niños todos  
Con fieras muertes de diversos modos.

«Jesú entonces á Egipto fué huyendo,  
De un ángel incitado amigamente,  
Que huir pudo con el poco estruendo  
De pobre casa y madre diligente:  
Voy, padres de la patria, refiriendo  
Cosa cierta y al caso conveniente,  
Donde se ve, por tan subida guerra,  
Cuál es de Cristo y de Jesús la tierra.

«También dice el profeta de Ezequías  
Que alto predicador y gran maestro  
De santas ciencias y virtudes pías  
Será el glorioso y célebre Rey nuestro:  
Según esta verdad, es el Mesías  
(Con razón me parece que lo nuestro),  
Es el Mesías todo deseable,  
Jesú en doctrina y gracia incomparable.

«A fuerza de gravísimas razones  
De viva luz y espíritu divino,  
Almas enciende, abrasa corazones,  
Y otro ser les infunde peregrino:  
A las palabras junta las acciones,  
Y un rostro de obediencia y amor divino,  
Tal, que tiene las gentes elevadas  
De su bien mismo y voluntad forzadas.





«Y así, cuando una escuadra valerosa  
De suertes varias de soldados fieros  
A prender su persona religiosa  
Enviastes con ánimos severos;  
De romana cohorte belicosa,  
Vuelta en manada simple de corderos,  
Tornó suspensa, y dijo á nuestra gente:  
—Hombre nunca habló tan sabiamente.—

«Pero ¿qué digo? No ha gozado el mundo,  
El sol no ha visto, no ha cubierto el cielo  
Predicador en ciencia tan profundo,  
De alma tan pura y tan ardiente celo;  
Ni puede haber á su bondad segundo,  
Ni otro tal sustentó jamas el suelo:  
Tartamudo es Aaron, tibio es Elías,  
Puestos con él, y bárbaro Esaías.

«Tambien Cristo ha de ser un hombre afable,  
De mansa condicion y pecho blando:  
Pintólo así el Profeta venerable,  
Su vida y muerte y gracias dibujando:  
Daño no ha de hacer al miserable,  
Ni ofensa al enemigo de su bando;  
Que ni la caña romperá cascada,  
Ni la pavesa matará apagada.

«No va con tan suave mansedumbre,  
Alegre y clara, el agua cristalina,  
Que ni baja de altiva enhiesta cumbre,  
Ni entre peñascos rígidos camina,  
Como Jesus, cuya réal costumbre  
A respeto y honor el alma inclina,  
Y cuya noble y señoril blandura  
Regala y quieta, amansa y asegura.

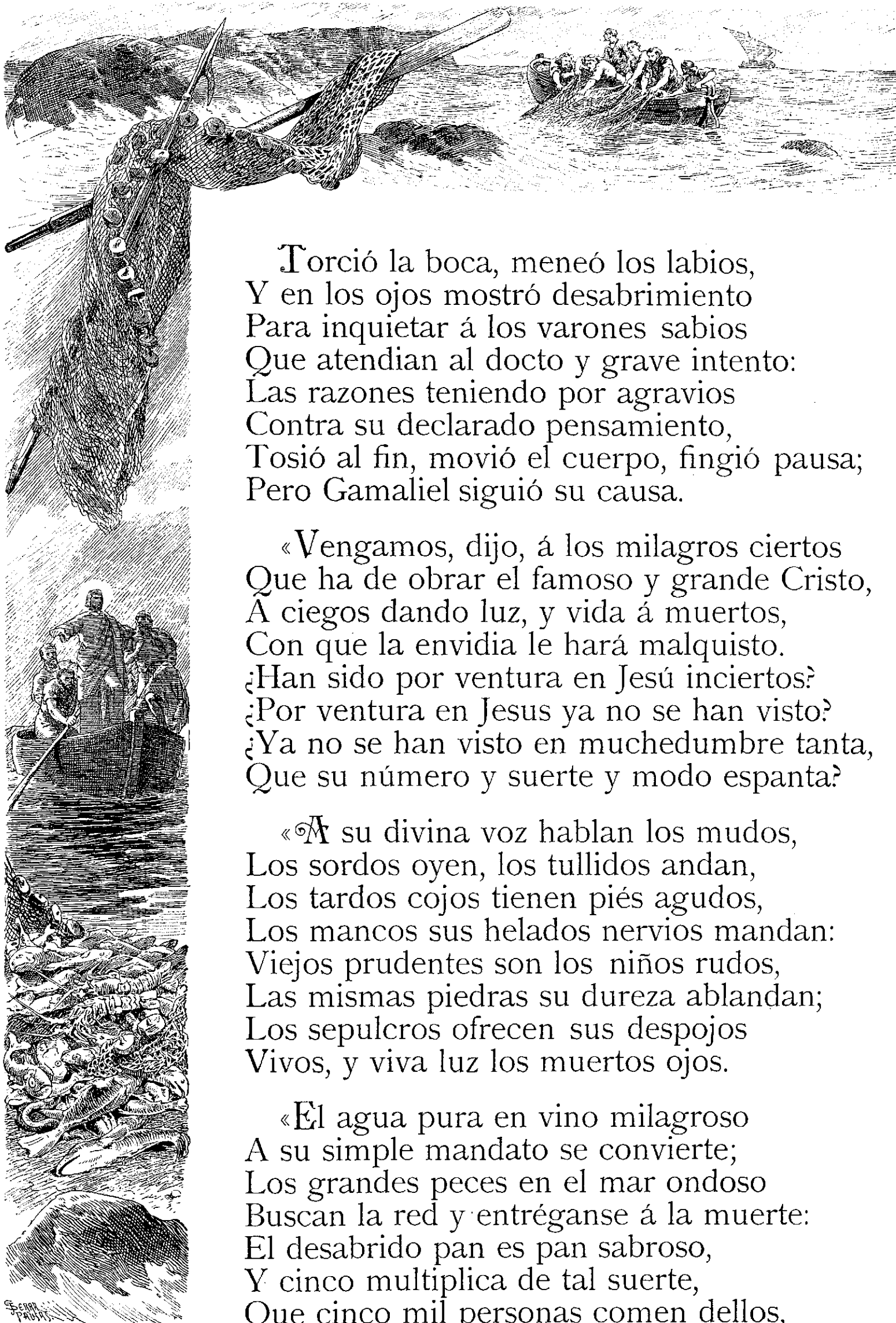


«Y si verdad nos dijo Zacarías,  
A este pueblo mostrando venturoso  
Del Rey de reyes ínclito Mesías  
La entrada humilde, el triunfo religioso,  
Ya lo vimos cumplido en estos días  
Con asombro de sabios espantoso;  
Ya lo vimos cumplido: ¡oh Dios inmenso!  
Déte el mundo de fe perpétua censo.

«Dice el Profeta que vendrá triunfando  
En un manso pollino el Rey suave,  
Y á la grande Sion está avisando  
Que dé al suceso alegre aplauso grave.  
¿Cuándo vimos cumplido a questo? ¿cuándo?  
El más rudo, el más bárbaro lo sabe:  
Ayer, que entró Jesus en un jumento,  
Rico de gloria, pobre de ornamento.

«Los niños le entonaban dulcemente  
Discretos himnos y sonoros cantos;  
Los viejos el espíritu prudente  
Daban resuelto en apacibles llantos;  
La gente moza, la robusta gente,  
Con santas voces y clamores santos,  
Ropas y almas y cuerpos le ofrecían,  
Corazones y ramos le esparcían.

«La patria y el linaje, al fin, le abona,  
Y la grande humildad y noble pecho  
Su derecho justísimo pregona:  
Désele su justísimo derecho.»  
Viendo alabada la inmortal persona,  
Caifas saliera en ímpetu deshecho;  
Mas reprimióse, y hizo algun rüido  
Porque fuese el aplauso interrumpido.



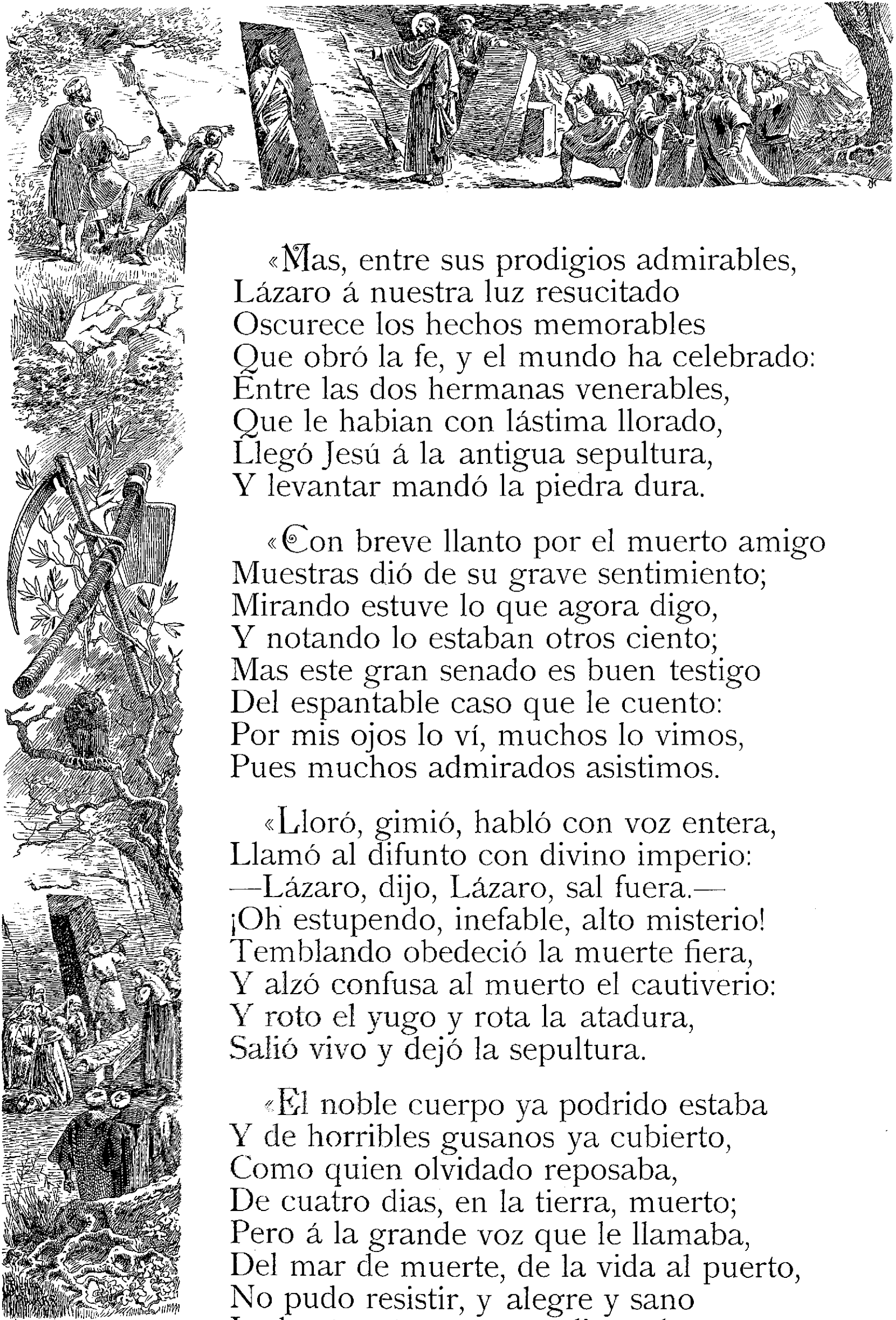
Torció la boca, meneó los labios,  
Y en los ojos mostró desabrimiento  
Para inquietar á los varones sabios  
Que atendian al docto y grave intento:  
Las razones teniendo por agravios  
Contra su declarado pensamiento,  
Tosió al fin, movió el cuerpo, fingió pausa;  
Pero Gamaliel siguió su causa.

«Vengamos, dijo, á los milagros ciertos  
Que ha de obrar el famoso y grande Cristo,  
Á ciegos dando luz, y vida á muertos,  
Con que la envidia le hará malquisto.  
¿Han sido por ventura en Jesú inciertos?  
¿Por ventura en Jesus ya no se han visto?  
¿Ya no se han visto en muchedumbre tanta,  
Que su número y suerte y modo espanta?»

«**A** su divina voz hablan los mudos,  
Los sordos oyen, los tullidos andan,  
Los tardos cojos tienen piés agudos,  
Los mancos sus helados nervios mandan:  
Viejos prudentes son los niños rudos,  
Las mismas piedras su dureza ablandan;  
Los sepulcros ofrecen sus despojos  
Vivos, y viva luz los muertos ojos.

«El agua pura en vino milagroso  
A su simple mandato se convierte;  
Los grandes peces en el mar ondoso  
Buscan la red y entréganse á la muerte:  
El desabrido pan es pan sabroso,  
Y cinco multiplica de tal suerte,  
Que cinco mil personas comen dellos,  
Échando á su verdad cinco mil sellos.





«Mas, entre sus prodigios admirables,  
Lázaro á nuestra luz resucitado  
Oscurece los hechos memorables  
Que obró la fe, y el mundo ha celebrado:  
Entre las dos hermanas venerables,  
Que le habian con lástima llorado,  
Llegó Jesús á la antigua sepultura,  
Y levantar mandó la piedra dura.

«Con breve llanto por el muerto amigo  
Muestras dió de su grave sentimiento;  
Mirando estuve lo que agora digo,  
Y notando lo estaban otros ciento;  
Mas este gran senado es buen testigo  
Del espantable caso que le cuento:  
Por mis ojos lo ví, muchos lo vimos,  
Pues muchos admirados asistimos.

«Lloró, gimió, habló con voz entera,  
Llamó al difunto con divino imperio:  
—Lázaro, dijo, Lázaro, sal fuera.—  
¡Oh estupendo, inefable, alto misterio!  
Temblando obedeció la muerte fiera,  
Y alzó confusa al muerto el cautiverio:  
Y roto el yugo y rota la atadura,  
Salió vivo y dejó la sepultura.

«El noble cuerpo ya podrido estaba  
Y de horribles gusanos ya cubierto,  
Como quien olvidado reposaba,  
De cuatro dias, en la tierra, muerto;  
Pero á la grande voz que le llamaba,  
Del mar de muerte, de la vida al puerto,  
No pudo resistir, y alegre y sano  
La luz tornó á gozar y aliento humano.





A. Nadal lit.

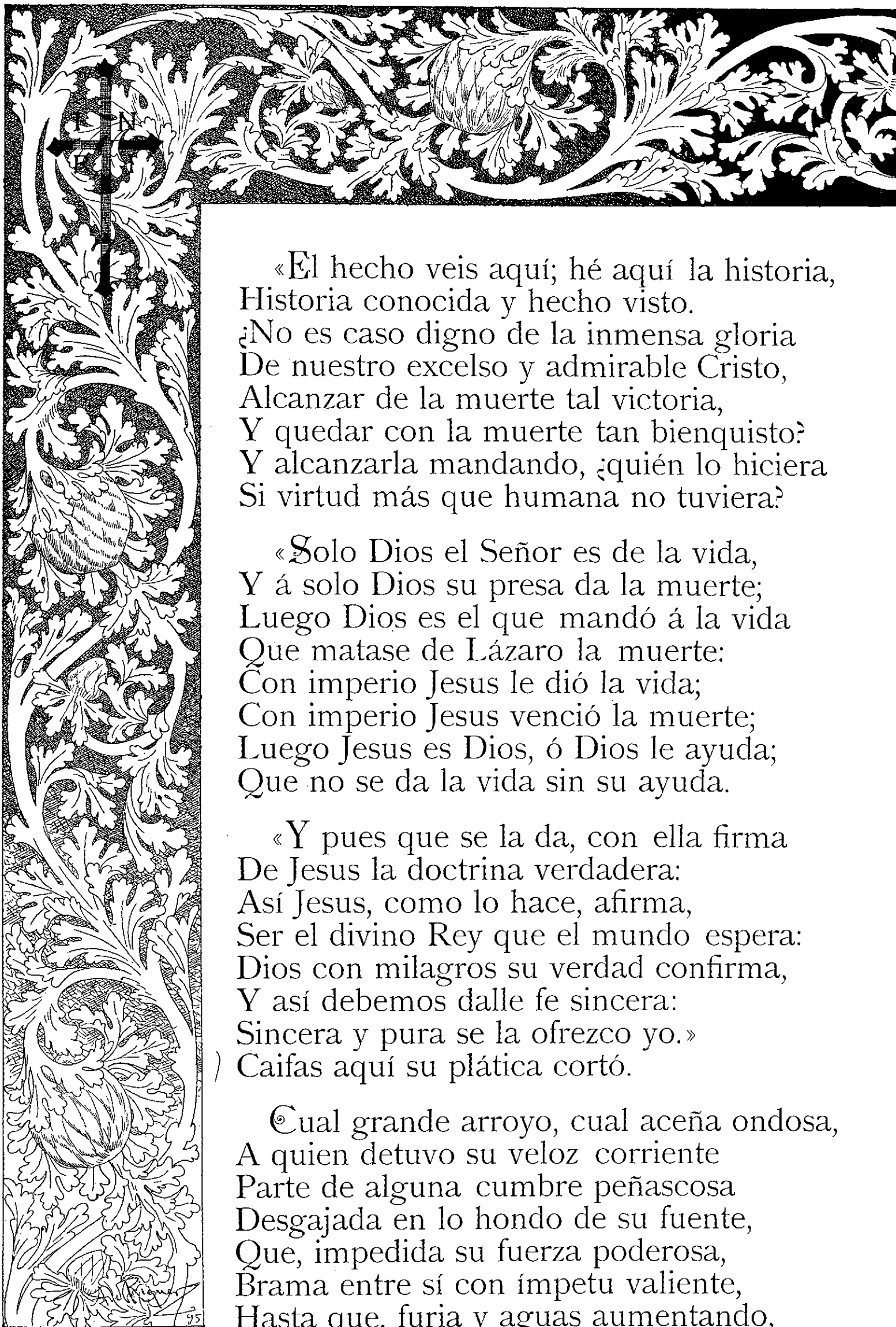
C. Castelucho cop.º

Lit. Aleu.—Barcelona.







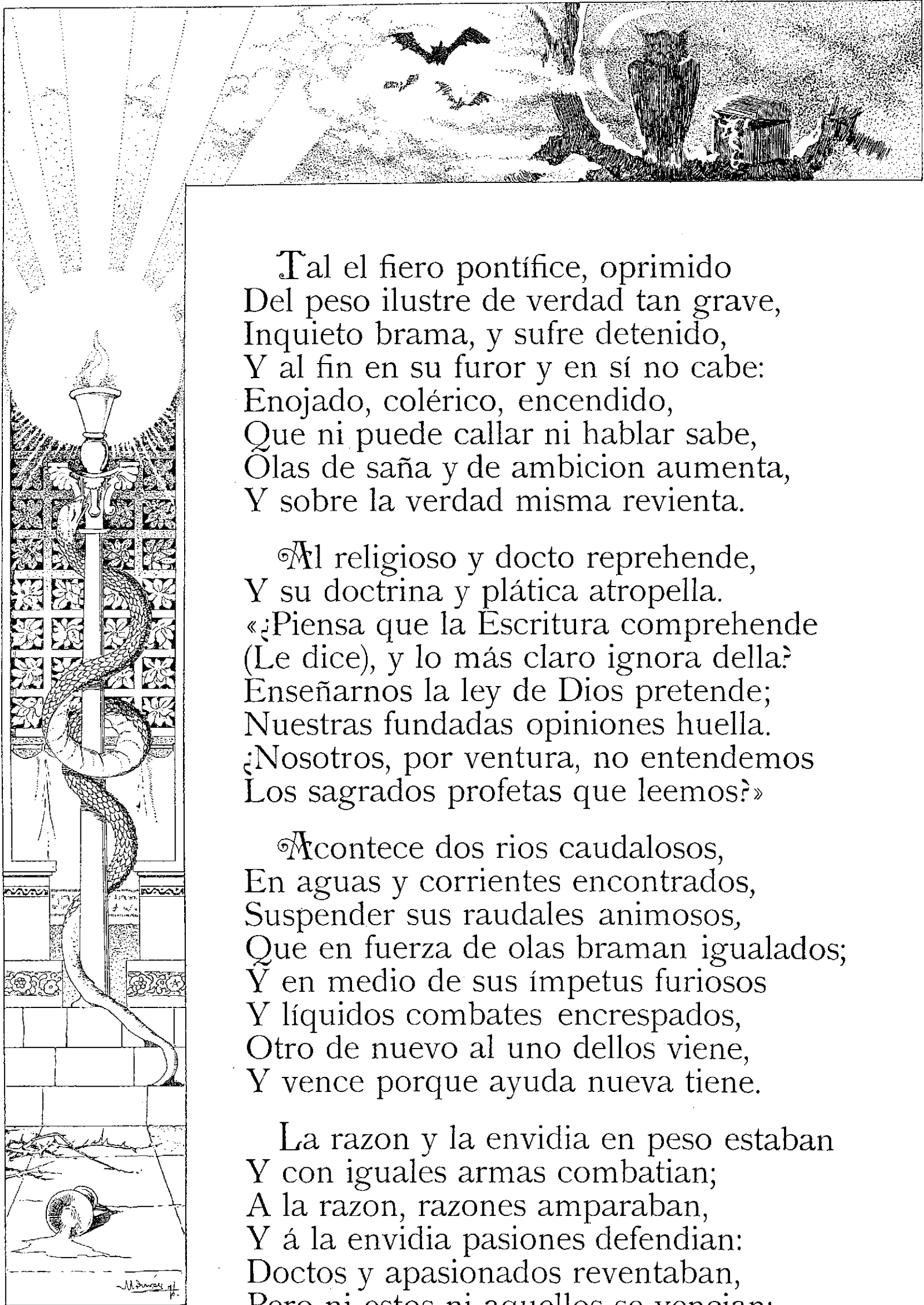


«El hecho veis aquí; hé aquí la historia,  
Historia conocida y hecho visto.  
¿No es caso digno de la inmensa gloria  
De nuestro excelso y admirable Cristo,  
Alcanzar de la muerte tal victoria,  
Y quedar con la muerte tan bienquisto?  
Y alcanzarla mandando, ¿quién lo hiciera  
Si virtud más que humana no tuviera?»

«Solo Dios el Señor es de la vida,  
Y á solo Dios su presa da la muerte;  
Luego Dios es el que mandó á la vida  
Que matase de Lázaro la muerte:  
Con imperio Jesus le dió la vida;  
Con imperio Jesus venció la muerte;  
Luego Jesus es Dios, ó Dios le ayuda;  
Que no se da la vida sin su ayuda.

«Y pues que se la da, con ella firma  
De Jesus la doctrina verdadera:  
Así Jesus, como lo hace, afirma,  
Ser el divino Rey que el mundo espera:  
Dios con milagros su verdad confirma,  
Y así debemos dalle fe sincera:  
Sincera y pura se la ofrezco yo.»  
) Caifas aquí su plática cortó.

© Cual grande arroyo, cual aceña ondosa,  
A quien detuvo su veloz corriente  
Parte de alguna cumbre peñascosa  
Desgajada en lo hondo de su fuente,  
Que, impedida su fuerza poderosa,  
Brama entre sí con ímpetu valiente,  
Hasta que, furia y aguas aumentando,  
Vence la roca y sale reventando;

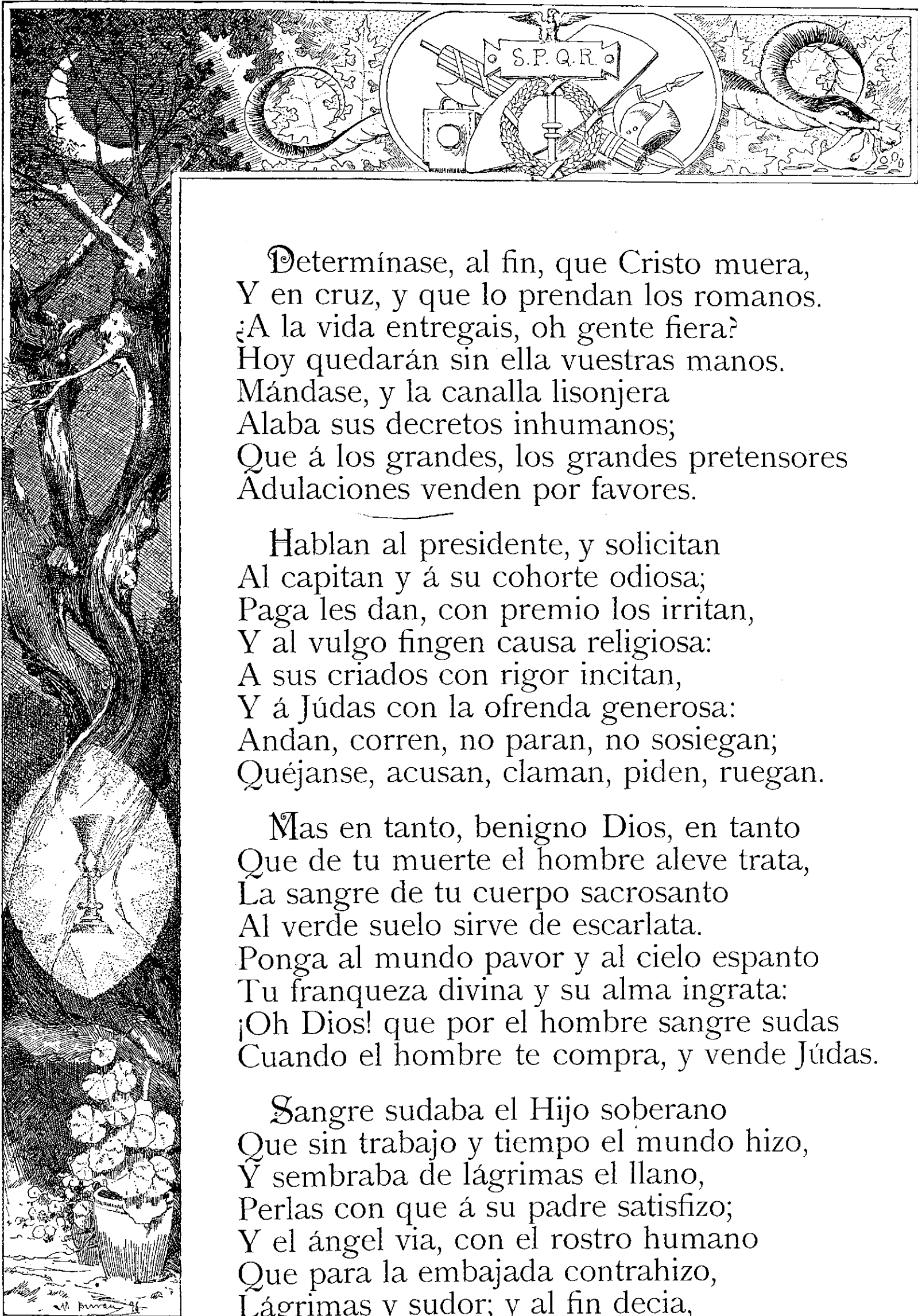


Tal el fiero pontífice, oprimido  
Del peso ilustre de verdad tan grave,  
Inquieto brama, y sufre detenido,  
Y al fin en su furor y en sí no cabe:  
Enojado, colérico, encendido,  
Que ni puede callar ni hablar sabe,  
Olas de saña y de ambicion aumenta,  
Y sobre la verdad misma revienta.

Al religioso y docto reprehende,  
Y su doctrina y plática atropella.  
«¿Piensa que la Escritura comprende  
(Le dice), y lo más claro ignora della?  
Enseñarnos la ley de Dios pretende;  
Nuestras fundadas opiniones huella.  
¿Nosotros, por ventura, no entendemos  
Los sagrados profetas que leemos?»

Acontece dos rios caudalosos,  
En aguas y corrientes encontrados,  
Suspenden sus raudales animosos,  
Que en fuerza de olas braman igualados;  
Y en medio de sus ímpetus furiosos  
Y líquidos combates encrespados,  
Otro de nuevo al uno dellos viene,  
Y vence porque ayuda nueva tiene.

La razon y la envidia en peso estaban  
Y con iguales armas combatian;  
A la razon, razones amparaban,  
Y á la envidia pasiones defendian:  
Doctos y apasionados reventaban,  
Pero ni estos ni aquellos se vencian;  
Júdas llegó y á la razon se opuso,  
Y la envidia venció donde se puso.



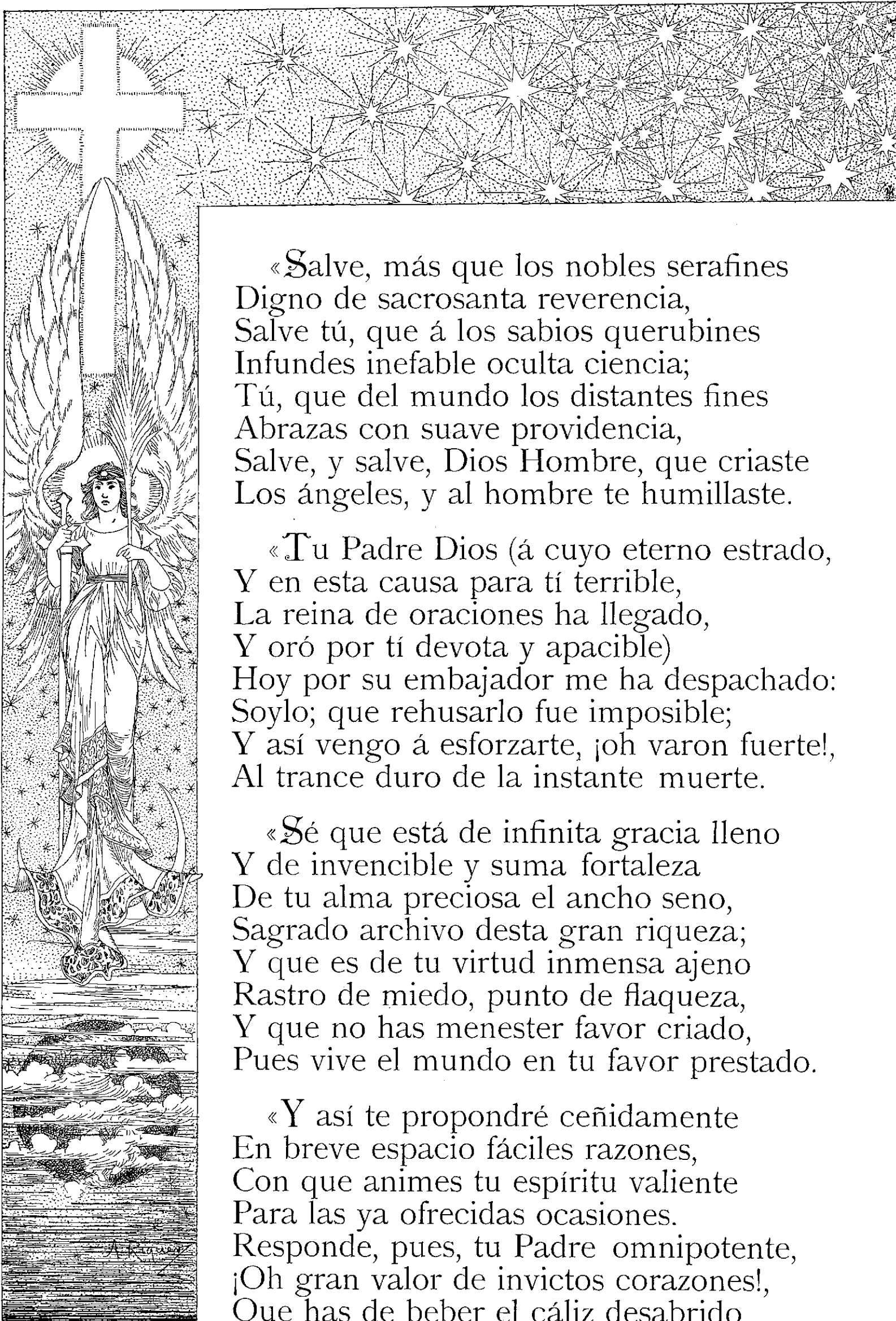
Determinábase, al fin, que Cristo muera,  
Y en cruz, y que lo prendan los romanos.  
¿A la vida entregais, oh gente fiera?  
Hoy quedarán sin ella vuestras manos.  
Mándase, y la canalla lisonjera  
Alaba sus decretos inhumanos;  
Que á los grandes, los grandes pretensores  
Adulaciones venden por favores.

Hablan al presidente, y solicitan  
Al capitan y á su cohorte odiosa;  
Paga les dan, con premio los irritan,  
Y al vulgo fingen causa religiosa:  
A sus criados con rigor incitan,  
Y á Júdas con la ofrenda generosa:  
Andan, corren, no paran, no sosiegan;  
Quéjense, acusan, claman, piden, ruegan.

Mas en tanto, benigno Dios, en tanto  
Que de tu muerte el hombre aleve trata,  
La sangre de tu cuerpo sacrosanto  
Al verde suelo sirve de escarlata.  
Ponga al mundo pavor y al cielo espanto  
Tu franqueza divina y su alma ingrata:  
¡Oh Dios! que por el hombre sangre sudas  
Cuando el hombre te compra, y vende Júdas.

Sangre sudaba el Hijo soberano  
Que sin trabajo y tiempo el mundo hizo,  
Y sembraba de lágrimas el llano,  
Perlas con que á su padre satisfizo;  
Y el ángel via, con el rostro humano  
Que para la embajada contrahizo,  
Lágrimas y sudor; y al fin decia,  
Despierto ya del raptó que tenia:



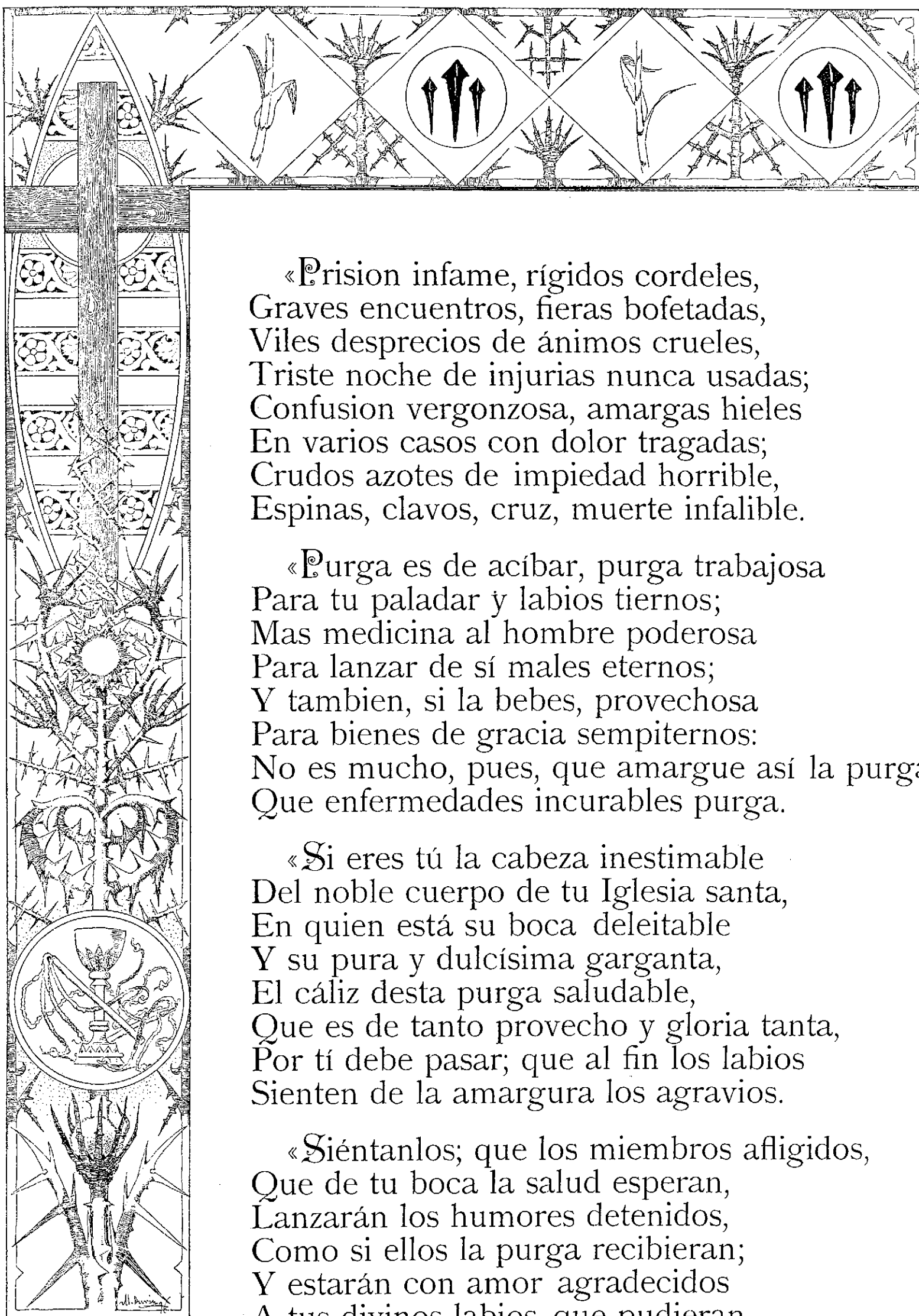


«Salve, más que los nobles serafines  
Digno de sacrosanta reverencia,  
Salve tú, que á los sabios querubines  
Infundes inefable oculta ciencia;  
Tú, que del mundo los distantes fines  
Abrazas con suave providencia,  
Salve, y salve, Dios Hombre, que criaste  
Los ángeles, y al hombre te humillaste.

«Tu Padre Dios (á cuyo eterno estrado,  
Y en esta causa para tí terrible,  
La reina de oraciones ha llegado,  
Y oró por tí devota y apacible)  
Hoy por su embajador me ha despachado:  
Soylo; que rehusarlo fue imposible;  
Y así vengo á esforzarte, ¡oh varon fuerte!,  
Al trance duro de la instante muerte.

«Sé que está de infinita gracia lleno  
Y de invencible y suma fortaleza  
De tu alma preciosa el ancho seno,  
Sagrado archivo desta gran riqueza;  
Y que es de tu virtud inmensa ajeno  
Rastro de miedo, punto de flaqueza,  
Y que no has menester favor criado,  
Pues vive el mundo en tu favor prestado.

«Y así te propondré ceñidamente  
En breve espacio fáciles razones,  
Con que animes tu espíritu valiente  
Para las ya ofrecidas ocasiones.  
Responde, pues, tu Padre omnipotente,  
¡Oh gran valor de invictos corazones!,  
Que has de beber el cáliz desabrido  
Que te ha la muerte vista referido.

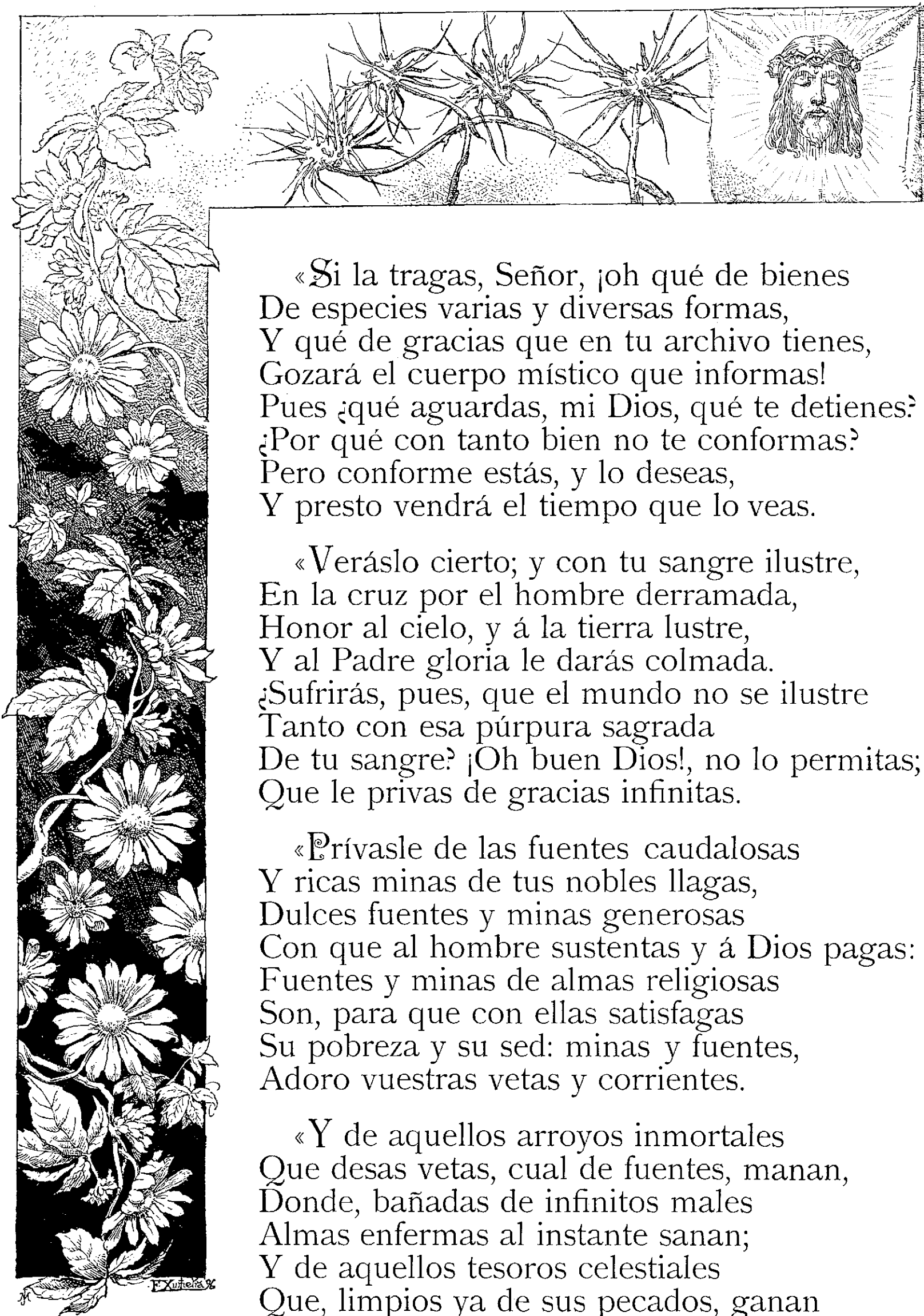


«Prision infame, rígidos cordeles,  
Graves encuentros, fieras bofetadas,  
Viles desprecios de ánimos crueles,  
Triste noche de injurias nunca usadas;  
Confusion vergonzosa, amargas hieles  
En varios casos con dolor tragadas;  
Crudos azotes de impiedad horrible,  
Espinas, clavos, cruz, muerte infalible.

«Purga es de acíbar, purga trabajosa  
Para tu paladar y labios tiernos;  
Mas medicina al hombre poderosa  
Para lanzar de sí males eternos;  
Y también, si la bebes, provechosa  
Para bienes de gracia sempiternos:  
No es mucho, pues, que amargue así la purga  
Que enfermedades incurables purga.

«Si eres tú la cabeza inestimable  
Del noble cuerpo de tu Iglesia santa,  
En quien está su boca deleitable  
Y su pura y dulcísima garganta,  
El cáliz desta purga saludable,  
Que es de tanto provecho y gloria tanta,  
Por tí debe pasar; que al fin los labios  
Sienten de la amargura los agravios.

«Siéntanlos; que los miembros afligidos,  
Que de tu boca la salud esperan,  
Lanzarán los humores detenidos,  
Como si ellos la purga recibieran;  
Y estarán con amor agradecidos  
A tus divinos labios, que pudieran  
No probar la bebida, y la gustaron  
Por sanar á los miembros que enfermaron.



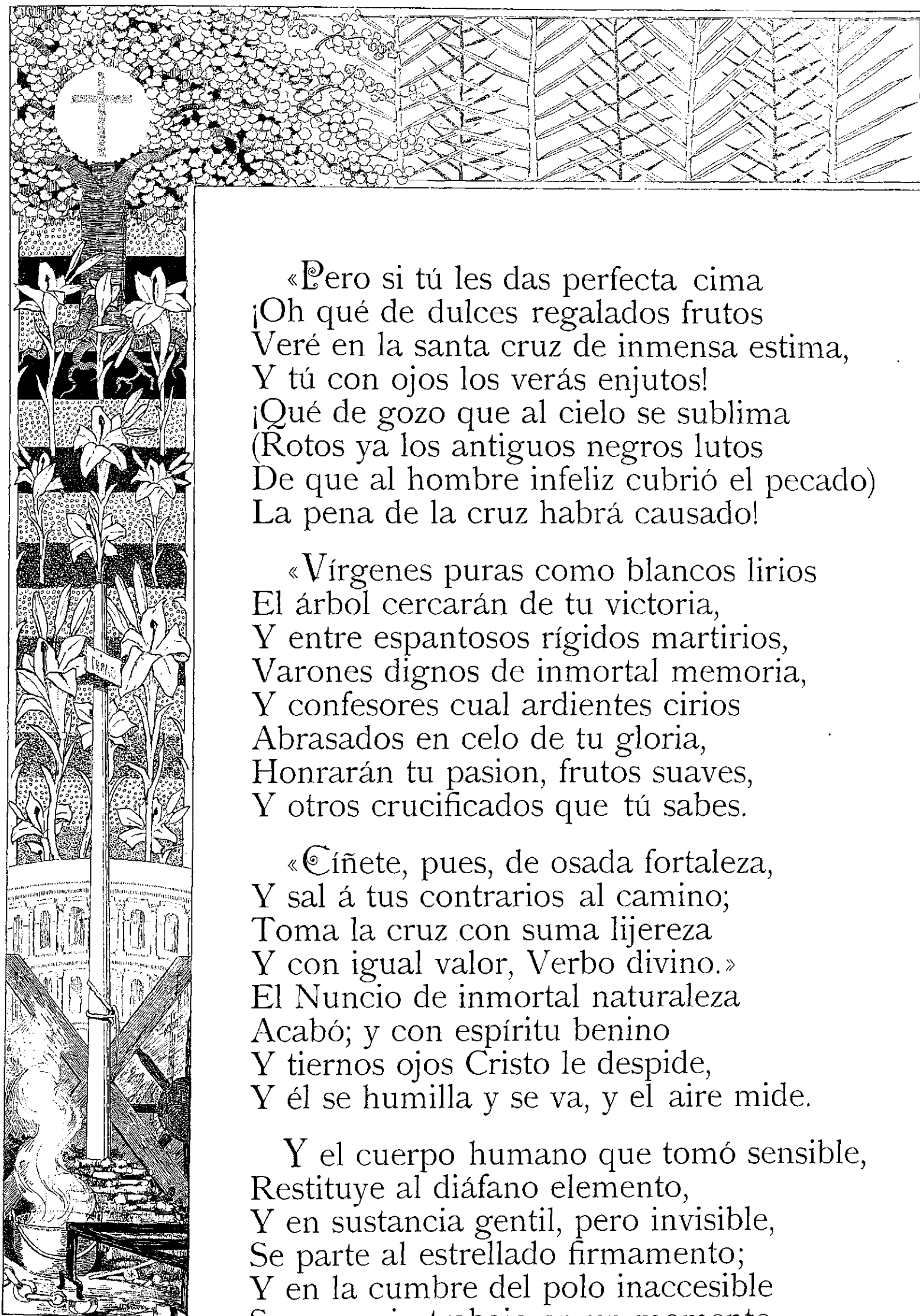
«Si la tragas, Señor, ¡oh qué de bienes  
De especies varias y diversas formas,  
Y qué de gracias que en tu archivo tienes,  
Gozará el cuerpo místico que informas!  
Pues ¿qué aguardas, mi Dios, qué te detienes?  
¿Por qué con tanto bien no te conformas?  
Pero conforme estás, y lo deseas,  
Y presto vendrá el tiempo que lo veas.

«Veráslo cierto; y con tu sangre ilustre,  
En la cruz por el hombre derramada,  
Honor al cielo, y á la tierra lustre,  
Y al Padre gloria le darás colmada.  
¿Sufrirás, pues, que el mundo no se ilustre  
Tanto con esa púrpura sagrada  
De tu sangre? ¡Oh buen Dios!, no lo permitas;  
Que le privas de gracias infinitas.

«Prívasle de las fuentes caudalosas  
Y ricas minas de tus nobles llagas,  
Dulces fuentes y minas generosas  
Con que al hombre sustentas y á Dios pagas:  
Fuentes y minas de almas religiosas  
Son, para que con ellas satisfagas  
Su pobreza y su sed: minas y fuentes,  
Adoro vuestras vetas y corrientes.

«Y de aquellos arroyos inmortales  
Que desas vetas, cual de fuentes, manan,  
Donde, bañadas de infinitos males  
Almas enfermas al instante sanan;  
Y de aquellos tesoros celestiales  
Que, limpios ya de sus pecados, ganan  
Los hombres, de los siete sacramentos,  
Les privas, si no acabas tus intentos.



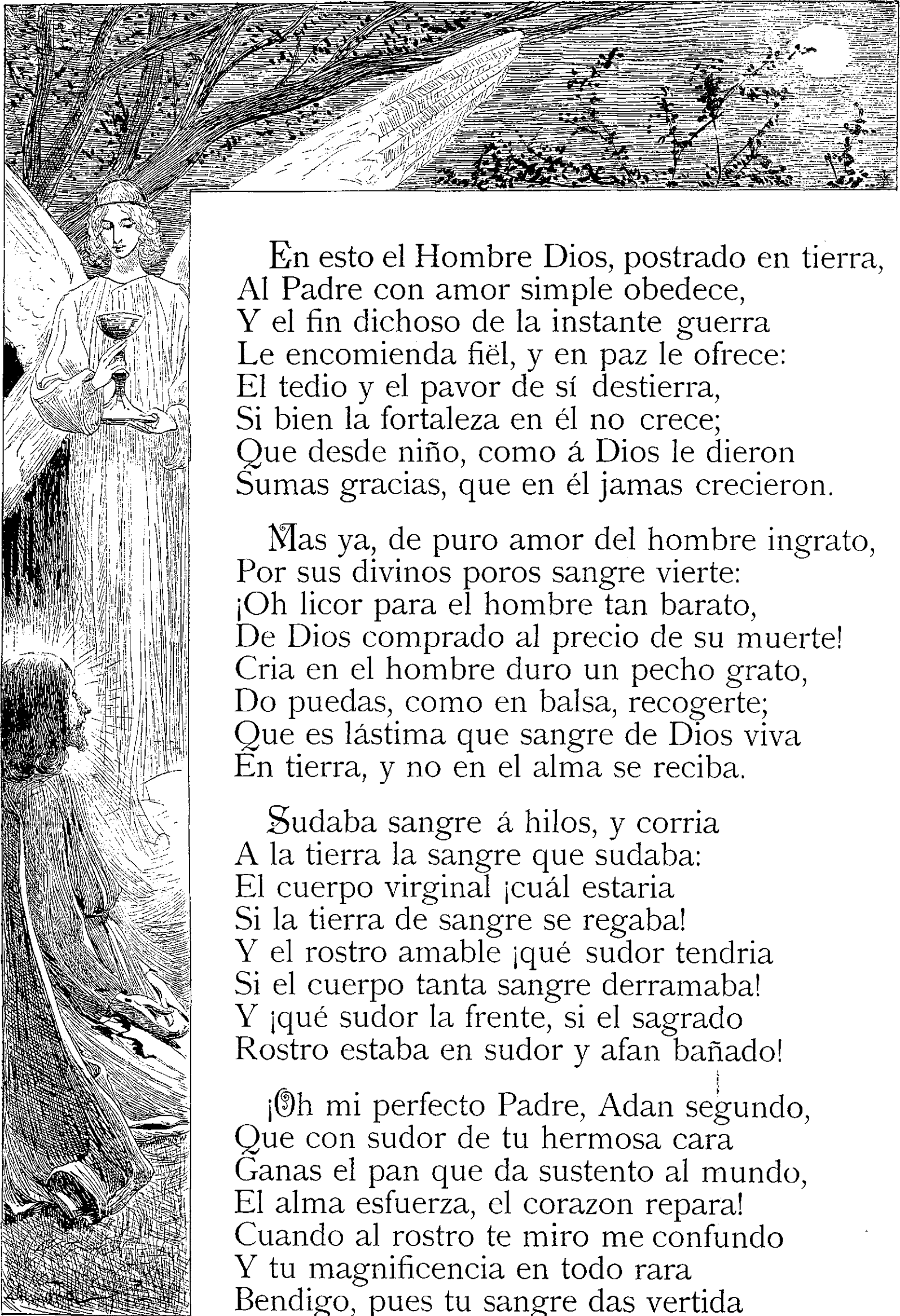


«Pero si tú les das perfecta cima  
¡Oh qué de dulces regalados frutos  
Veré en la santa cruz de inmensa estima,  
Y tú con ojos los verás enjutos!  
¡Qué de gozo que al cielo se sublima  
(Rotos ya los antiguos negros lutos  
De que al hombre infeliz cubrió el pecado)  
La pena de la cruz habrá causado!

«Vírgenes puras como blancos lirios  
El árbol cercarán de tu victoria,  
Y entre espantosos rígidos martirios,  
Varones dignos de inmortal memoria,  
Y confesores cual ardientes cirios  
Abrasados en celo de tu gloria,  
Honrarán tu pasión, frutos suaves,  
Y otros crucificados que tú sabes.

«Ciñete, pues, de osada fortaleza,  
Y sal á tus contrarios al camino;  
Toma la cruz con suma lijereza  
Y con igual valor, Verbo divino.»  
El Nuncio de inmortal naturaleza  
Acabó; y con espíritu benino  
Y tiernos ojos Cristo le despide,  
Y él se humilla y se va, y el aire mide.

Y el cuerpo humano que tomó sensible,  
Restituye al diáfano elemento,  
Y en sustancia gentil, pero invisible,  
Se parte al estrellado firmamento;  
Y en la cumbre del polo inaccesible  
Se pone sin trabajo en un momento,  
Y sin pasar por medio, el medio pasa,  
Vuelve á Dios, y la vida en gloria pasa.

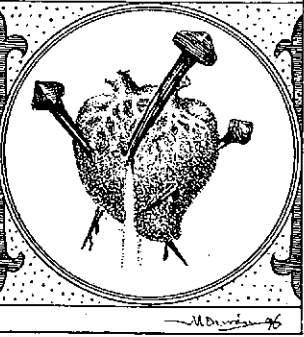
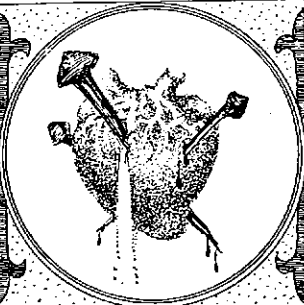
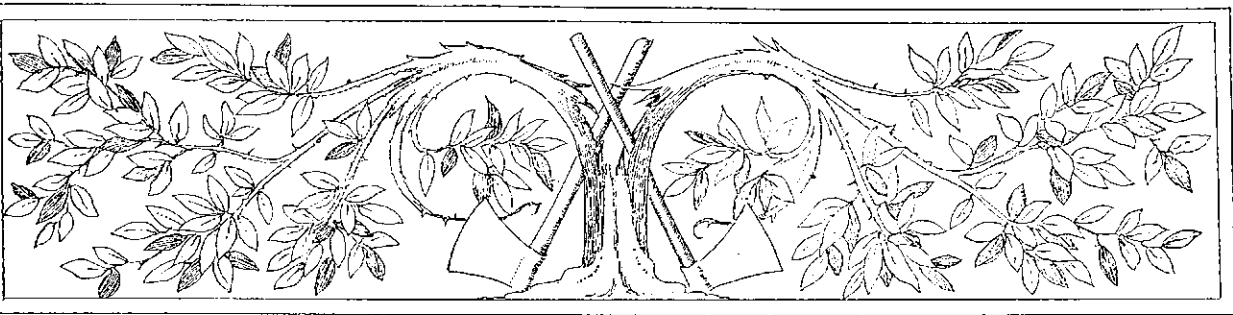
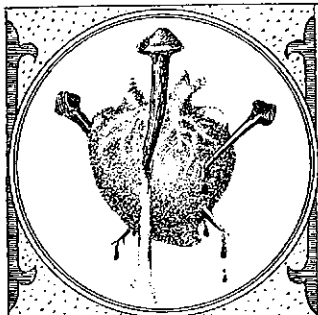


En esto el Hombre Dios, postrado en tierra,  
Al Padre con amor simple obedece,  
Y el fin dichoso de la instante guerra  
Le encomienda fiël, y en paz le ofrece:  
El tedio y el pavor de sí destierra,  
Si bien la fortaleza en él no crece;  
Que desde niño, como á Dios le dieron  
Sumas gracias, que en él jamas crecieron.

Mas ya, de puro amor del hombre ingrato,  
Por sus divinos poros sangre vierte:  
¡Oh licor para el hombre tan barato,  
De Dios comprado al precio de su muerte!  
Cria en el hombre duro un pecho grato,  
Do puedas, como en balsa, recogerte;  
Que es lástima que sangre de Dios viva  
En tierra, y no en el alma se reciba.

Sudaba sangre á hilos, y corria  
A la tierra la sangre que sudaba:  
El cuerpo virginal ¡cuál estaria  
Si la tierra de sangre se regaba!  
Y el rostro amable ¡qué sudor tendria  
Si el cuerpo tanta sangre derramaba!  
Y ¡qué sudor la frente, si el sagrado  
Rostro estaba en sudor y afan bañado!

¡Oh mi perfecto Padre, Adan segundo,  
Que con sudor de tu hermosa cara  
Ganas el pan que da sustento al mundo,  
El alma esfuerza, el corazon repara!  
Cuando al rostro te miro me confundo  
Y tu magnificencia en todo rara  
Bendigo, pues tu sangre das vertida  
En sudor, y con él me das la vida.



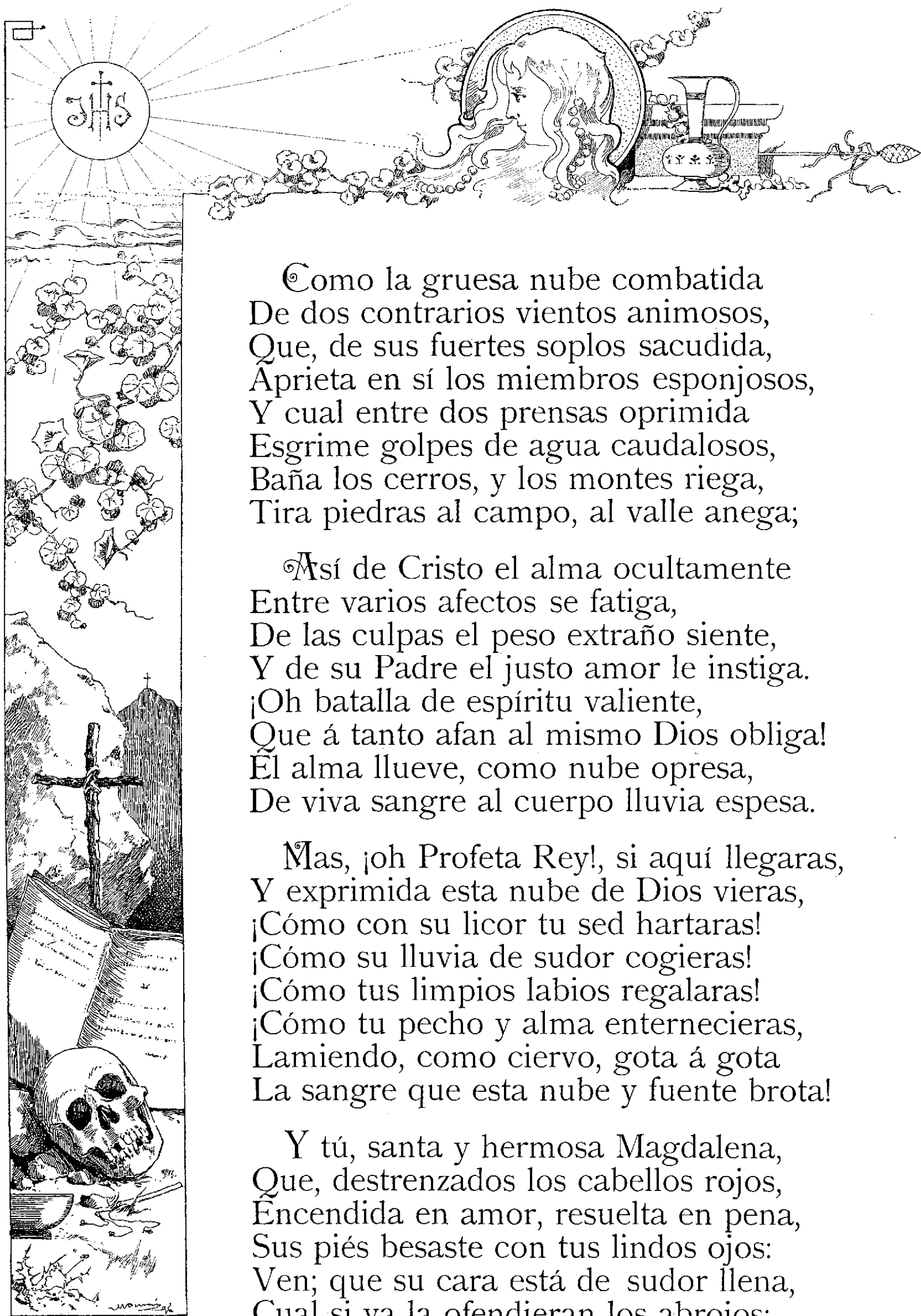
Sudando estás licor maravilloso,  
Sangre de Dios en cuerpo venerable,  
Como el árbol de bálsamo precioso,  
Que suda medicina saludable:  
El, cuanto más herido, es más copioso  
En verter su tesoro inestimable;  
Y tú, cuanto en más partes más herido,  
Das bálsamo y tesoro más cumplido.

Mas ¡ay Jesus! ¡Ay Dios!, que mis pecados  
Los poros abren de tu carne pura:  
Ellos son los cuchillos afilados  
En mi mal corazón y piedra dura;  
Ellos azotes de impiedad armados,  
Corona horrible que tu afán procura,  
Clavos agudos y mortales penas  
Que desangrando están tus dulces venas.

Ni aquí, Señor, ministros infieles  
Prenden tu lindo cuello y blancas manos  
Con fuertes sogas y ásperos cordeles,  
Y palabras y hechos inhumanos;  
Ni aquí te azotan bárbaros crueles,  
Ni te punzan idólatras romanos,  
Ni en cruz te clavan gentes vengativas:  
Mis culpas son las armas ofensivas.

Sangre suda el Señor, sangre divina;  
El cuerpo suda sangre, el rostro santo;  
¡Oh tierno amor! ¡Oh caridad benina!  
¿A tu mismo principio afliges tanto?  
Pero si Cristo suda sangre divina  
De suspender el cielo con espanto,  
El ánima bendita, ¿qué padece,  
A quien Dios ofendido se le ofrece?



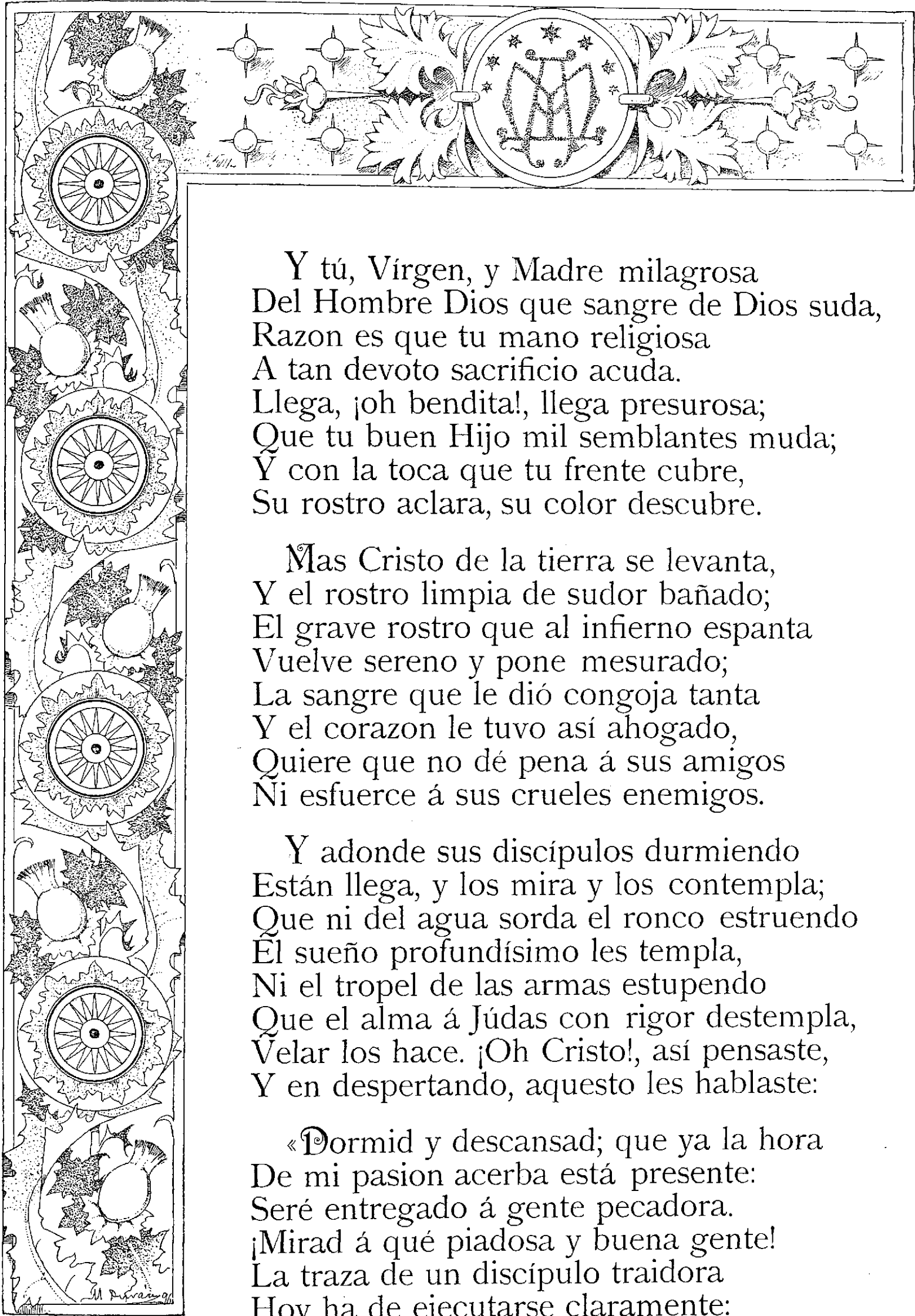


Como la gruesa nube combatida  
De dos contrarios vientos animosos,  
Que, de sus fuertes soplos sacudida,  
Aprieta en sí los miembros esponjosos,  
Y cual entre dos prensas oprimida  
Esgrime golpes de agua caudalosos,  
Baña los cerros, y los montes riega,  
Tira piedras al campo, al valle anega;

Así de Cristo el alma ocultamente  
Entre varios afectos se fatiga,  
De las culpas el peso extraño siente,  
Y de su Padre el justo amor le instiga.  
¡Oh batalla de espíritu valiente,  
Que á tanto afan al mismo Dios obliga!  
El alma llueve, como nube opresa,  
De viva sangre al cuerpo lluvia espesa.

Mas, ¡oh Profeta Rey!, si aquí llegaras,  
Y exprimida esta nube de Dios vieras,  
¡Cómo con su licor tu sed hartaras!  
¡Cómo su lluvia de sudor cogieras!  
¡Cómo tus limpios labios regalaras!  
¡Cómo tu pecho y alma enternecieras,  
Lamiendo, como ciervo, gota á gota  
La sangre que esta nube y fuente brota!

Y tú, santa y hermosa Magdalena,  
Que, destrenzados los cabellos rojos,  
Encendida en amor, resuelta en pena,  
Sus piés besaste con tus lindos ojos:  
Ven; que su cara está de sudor llena,  
Cual si ya la ofendieran los abrojos:  
Con la madeja de oro refulgente  
Su rostro enjuga, límpiale su frente.

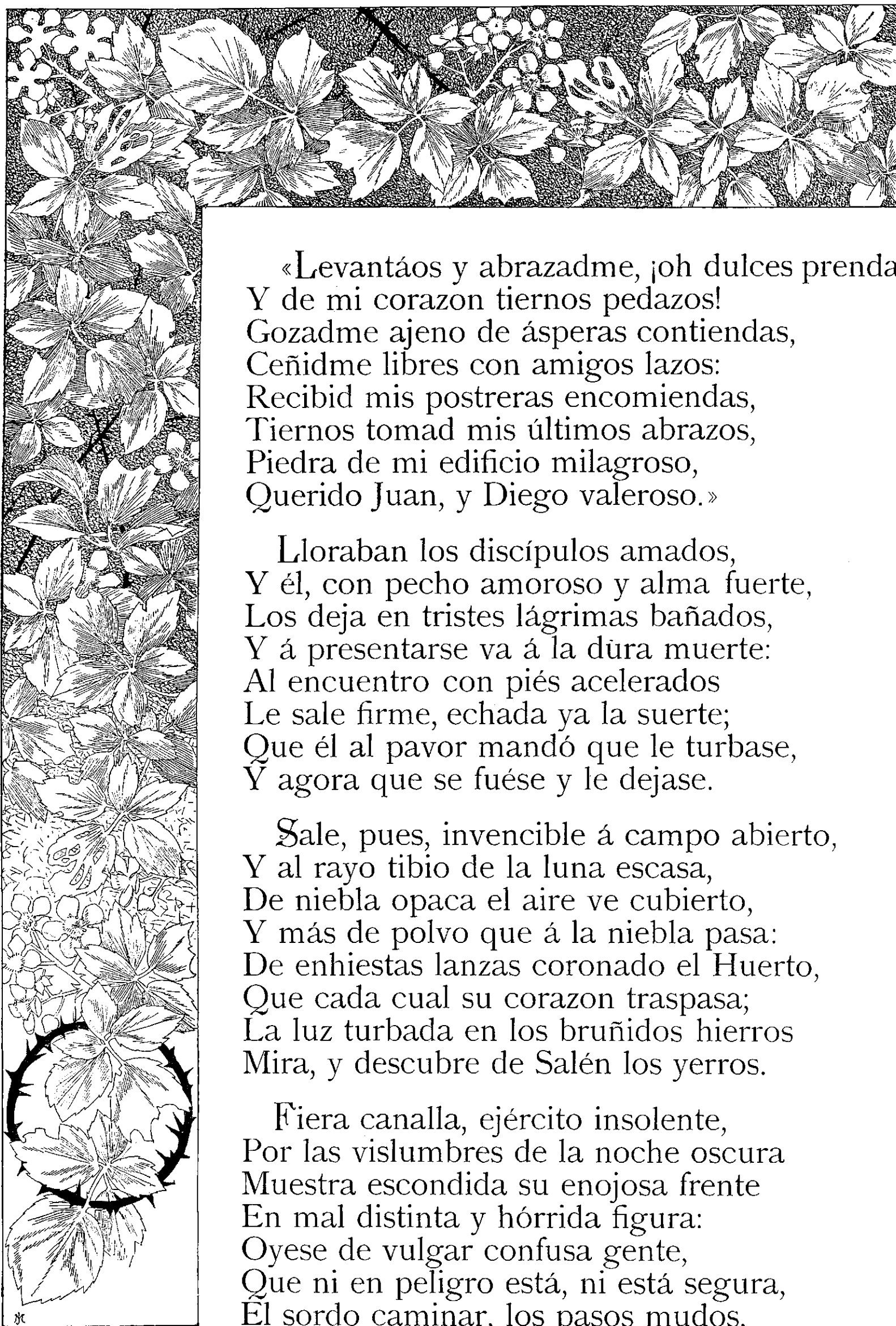


Y tú, Virgen, y Madre milagrosa  
Del Hombre Dios que sangre de Dios suda,  
Razon es que tu mano religiosa  
A tan devoto sacrificio acuda.  
Llega, ¡oh bendita!, llega presurosa;  
Que tu buen Hijo mil semblantes muda;  
Y con la toca que tu frente cubre,  
Su rostro aclara, su color descubre.

Mas Cristo de la tierra se levanta,  
Y el rostro limpia de sudor bañado;  
El grave rostro que al infierno espanta  
Vuelve sereno y pone mesurado;  
La sangre que le dió congoja tanta  
Y el corazon le tuvo así ahogado,  
Quiere que no dé pena á sus amigos  
Ni esfuerce á sus crueles enemigos.

Y adonde sus discípulos durmiendo  
Están llega, y los mira y los contempla;  
Que ni del agua sorda el ronco estruendo  
El sueño profundísimo les templa,  
Ni el tropel de las armas estupendo  
Que el alma á Júdas con rigor destempla,  
Velar los hace. ¡Oh Cristo!, así pensaste,  
Y en despertando, a questo les hablaste:

«Dormid y descansad; que ya la hora  
De mi pasion acerba está presente:  
Seré entregado á gente pecadora.  
¡Mirad á qué piadosa y buena gente!  
La traza de un discípulo traidora  
Hoy ha de ejecutarse claramente:  
Vamos, que ya está cerca el que me entrega;  
Con armas viene y con soldados llega.



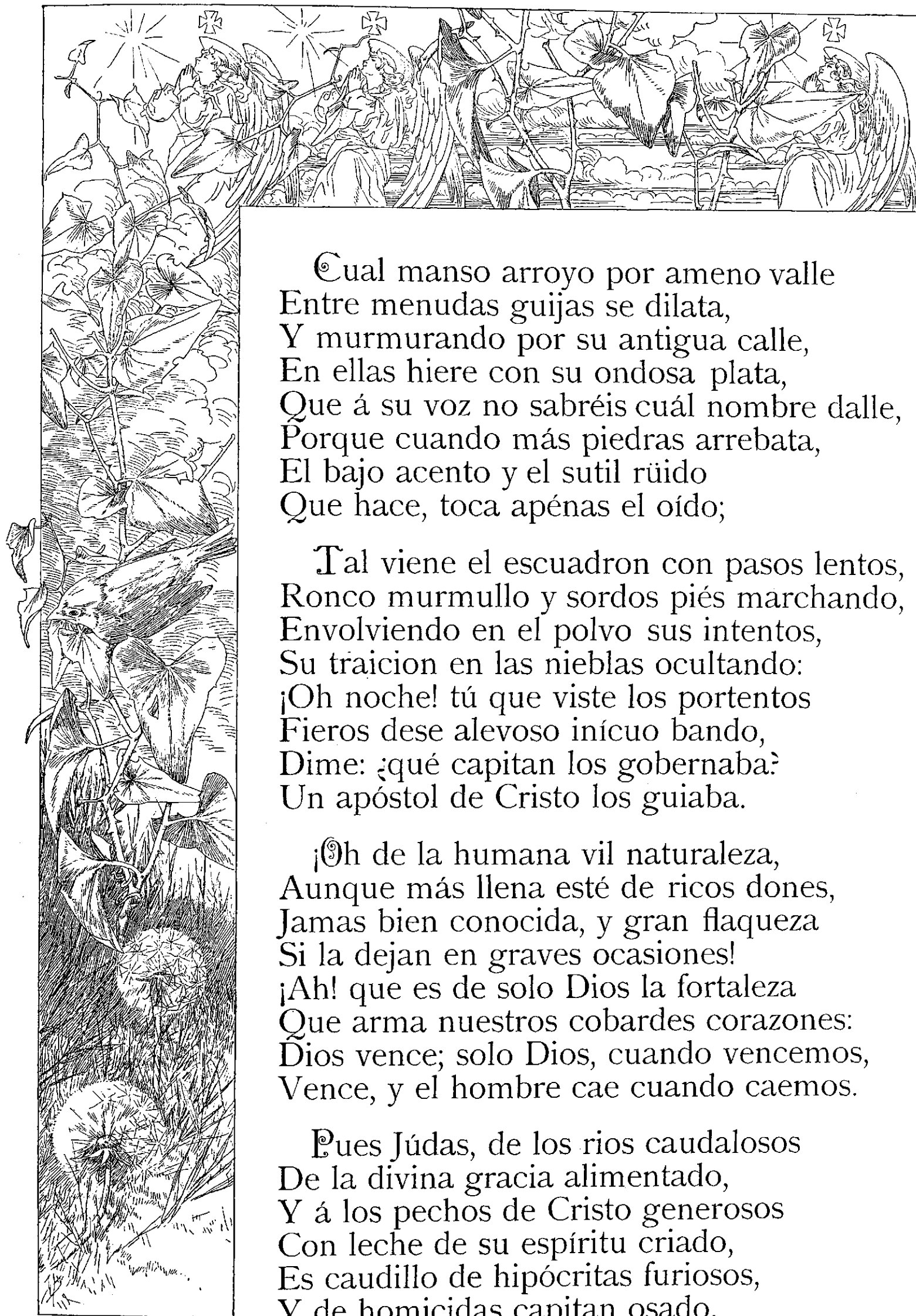
«Levantáos y abrazadme, ¡oh dulces prendas  
Y de mi corazón tiernos pedazos!  
Gozadme ajeno de ásperas contiendas,  
Ceñidme libres con amigos lazos:  
Recibid mis postreras encomiendas,  
Tiernos tomad mis últimos abrazos,  
Piedra de mi edificio milagroso,  
Querido Juan, y Diego valeroso.»

Lloraban los discípulos amados,  
Y él, con pecho amoroso y alma fuerte,  
Los deja en tristes lágrimas bañados,  
Y á presentarse va á la dura muerte:  
Al encuentro con piés acelerados  
Le sale firme, echada ya la suerte;  
Que él al pavor mandó que le turbase,  
Y agora que se fuése y le dejase.

Sale, pues, invencible á campo abierto,  
Y al rayo tibio de la luna escasa,  
De niebla opaca el aire ve cubierto,  
Y más de polvo que á la niebla pasa:  
De enhiestas lanzas coronado el Huerto,  
Que cada cual su corazón traspasa;  
La luz turbada en los bruñidos hierros  
Mira, y descubre de Salén los yerros.

Fiera canalla, ejército insolente,  
Por las vislumbres de la noche oscura  
Muestra escondida su enojosa frente  
En mal distinta y hórrida figura:  
Oyese de vulgar confusa gente,  
Que ni en peligro está, ni está segura,  
El sordo caminar, los pasos mudos,  
Topar de lanzas, encontrar de escudos.





© Cual manso arroyo por ameno valle  
Entre menudas guijas se dilata,  
Y murmurando por su antigua calle,  
En ellas hiere con su ondosa plata,  
Que á su voz no sabréis cuál nombre dalle,  
Porque cuando más piedras arrebatá,  
El bajo acento y el sutil rüido  
Que hace, toca apénas el oído;

Tal viene el escuadron con pasos lentos,  
Ronco murmullo y sordos piés marchando,  
Envolviendo en el polvo sus intentos,  
Su traicion en las nieblas ocultando:  
¡Oh noche! tú que viste los portentos  
Fieros dese alevoso inicuo bando,  
Dime: ¿qué capitan los gobernaba?  
Un apóstol de Cristo los guiaba.

¡Oh de la humana vil naturaleza,  
Aunque más llena esté de ricos dones,  
Jamás bien conocida, y gran flaqueza  
Si la dejan en graves ocasiones!  
¡Ah! que es de solo Dios la fortaleza  
Que arma nuestros cobardes corazones:  
Dios vence; solo Dios, cuando vencemos,  
Vence, y el hombre cae cuando caemos.

Pues Júdas, de los rios caudalosos  
De la divina gracia alimentado,  
Y á los pechos de Cristo generosos  
Con leche de su espíritu criado,  
Es caudillo de hipócritas furiosos,  
Y de homicidas capitan osado,  
Y homicidas de Dios, ¡quién tal pensara!  
Mas ¿quién estriba en sí, si en sí repara?

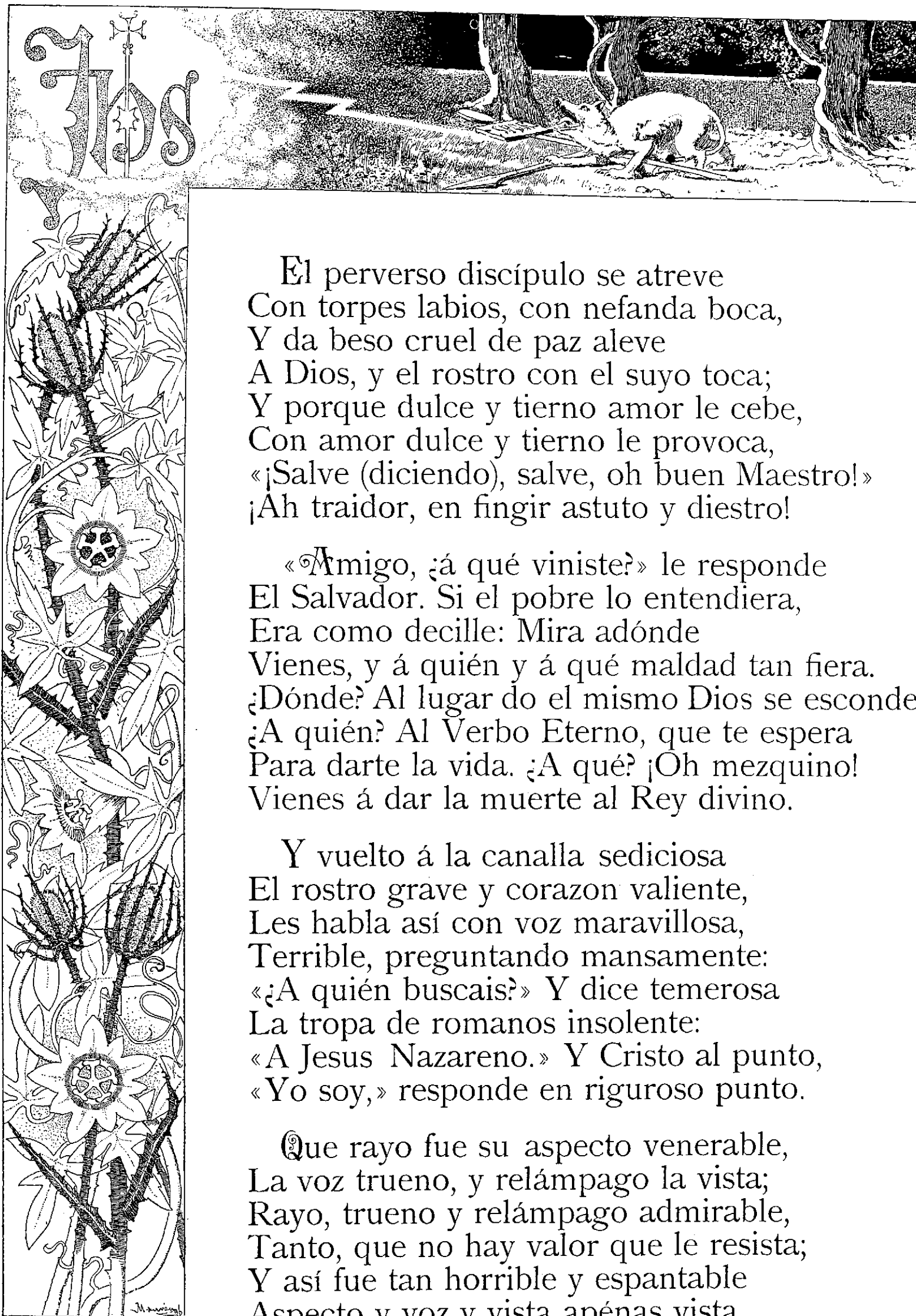


Rige la tropa de soldados fieros,  
Incítalos al arma detestable,  
Su fuego enciende, afile sus aceros,  
Y gloria les promete perdurable.  
«Prendedlo bien, fortísimos guerreros,  
Les dice, que es un mónstruo deleznable,  
Que sin verlo se irá de entre las manos,  
Y nos hará nuestros intentos vanos.

«Bien saben los prudentes fariseos  
Y los doctos escribas, que enviados  
Engañó mil solícitos correos  
Y más de mil fortísimos soldados:  
Frustró sus pretensiones y deseos;  
¿Los nuestros han de ser tambien frustrados?  
No, no lo quiera Dios, oid, sabedlo:  
A quien yo diere paz, él es; tenedlo.»

Así, la oveja en lobo convertida,  
Júdas camina, corre, no sosiega,  
La muerte busca en manos de la vida,  
Y á la vida inmortal á prender llega:  
Espéralo él, que á gracia le convida,  
Y ofrécele su luz, mas él se ciega;  
Que la vida desprecia y luz no quiere  
Él que en la noche de sus culpas muere.

Llegó, pues, Júdas, y con él llegaron  
Los príncipes del viejo sacerdocio,  
Que de sus manos solas confiaron  
El fin terrible de este gran negocio;  
Y conforme á su espíritu acertaron;  
Que solicita el mal, sacude el ocio,  
Sufre el trabajo y vela sin acidia,  
La envidia, en contra del que tiene envidia.



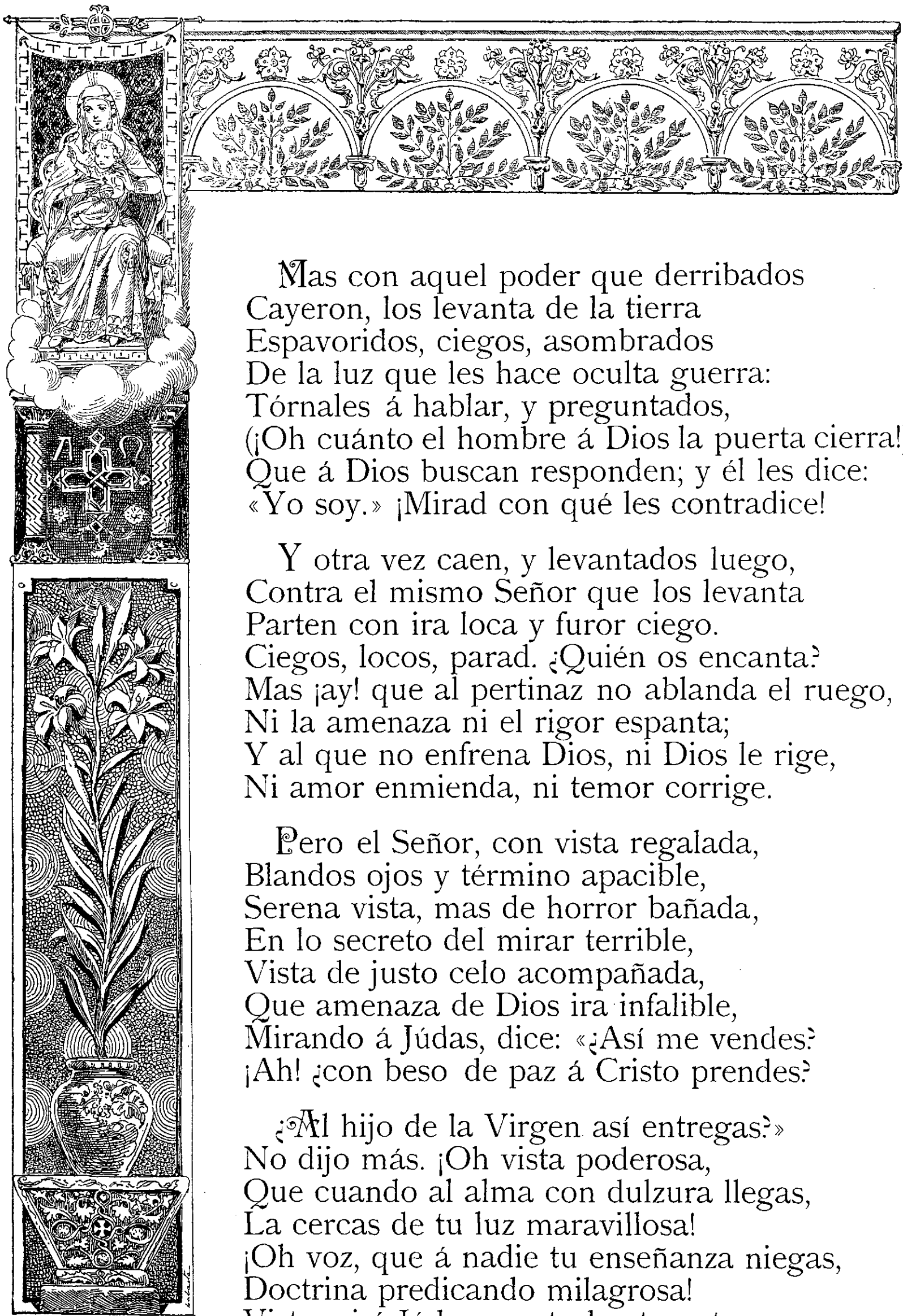
El perverso discípulo se atreve  
Con torpes labios, con nefanda boca,  
Y da beso cruel de paz aleve  
A Dios, y el rostro con el suyo toca;  
Y porque dulce y tierno amor le cebe,  
Con amor dulce y tierno le provoca,  
«¡Salve (diciendo), salve, oh buen Maestro!»  
¡Ah traidor, en fingir astuto y diestro!

«Amigo, ¿á qué viniste?» le responde  
El Salvador. Si el pobre lo entendiera,  
Era como decille: Mira adónde  
Vienes, y á quién y á qué maldad tan fiera.  
¿Dónde? Al lugar do el mismo Dios se esconde.  
¿A quién? Al Verbo Eterno, que te espera  
Para darte la vida. ¿A qué? ¡Oh mezquino!  
Vienes á dar la muerte al Rey divino.

Y vuelto á la canalla sediciosa  
El rostro grave y corazon valiente,  
Les habla así con voz maravillosa,  
Terrible, preguntando mansamente:  
«¿A quién buskais?» Y dice temerosa  
La tropa de romanos insolente:  
«A Jesus Nazareno.» Y Cristo al punto,  
«Yo soy,» responde en riguroso punto.

Que rayo fue su aspecto venerable,  
La voz trueno, y relámpago la vista;  
Rayo, trueno y relámpago admirable,  
Tanto, que no hay valor que le resista;  
Y así fue tan horrible y espantable  
Aspecto y voz y vista apénas vista,  
Que luego todos con pavor cayeron  
Heridos del asombro que sintieron.





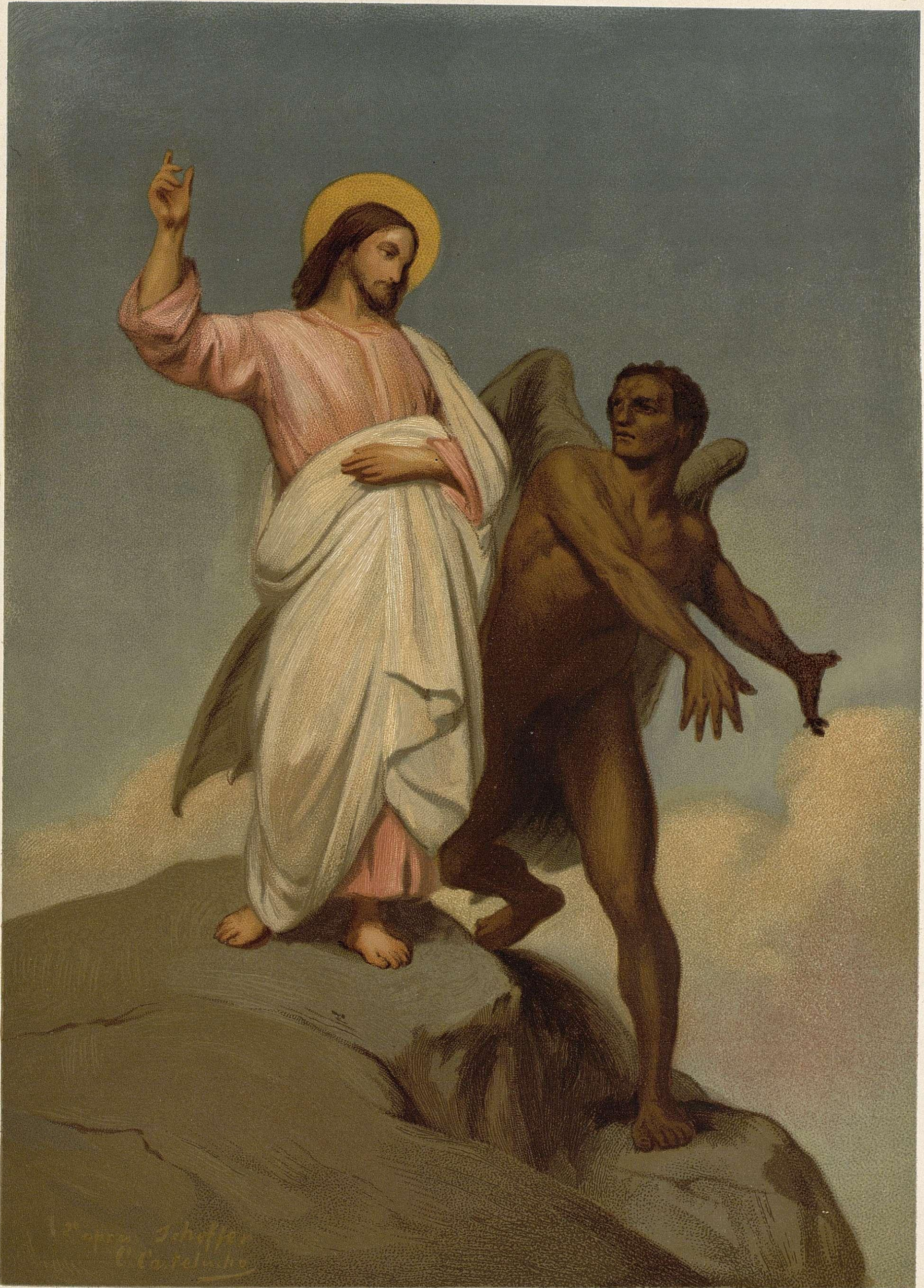
Mas con aquel poder que derribados  
Cayeron, los levanta de la tierra  
Espavoridos, ciegos, asombrados  
De la luz que les hace oculta guerra:  
Tórnales á hablar, y preguntados,  
(¡Oh cuánto el hombre á Dios la puerta cierra!)  
Que á Dios buscan responden; y él les dice:  
«Yo soy.» ¡Mirad con qué les contradice!

Y otra vez caen, y levantados luego,  
Contra el mismo Señor que los levanta  
Parten con ira loca y furor ciego.  
Ciegos, locos, parad. ¿Quién os encanta?  
Mas ¡ay! que al pertinaz no ablanda el ruego,  
Ni la amenaza ni el rigor espanta;  
Y al que no enfrena Dios, ni Dios le rige,  
Ni amor enmienda, ni temor corrige.

Pero el Señor, con vista regalada,  
Blandos ojos y término apacible,  
Serena vista, mas de horror bañada,  
En lo secreto del mirar terrible,  
Vista de justo celo acompañada,  
Que amenaza de Dios ira infalible,  
Mirando á Júdas, dice: «¿Así me vendes?  
¡Ah! ¿con beso de paz á Cristo prendes?

¿Al hijo de la Virgen así entregas?»  
No dijo más. ¡Oh vista poderosa,  
Que cuando al alma con dulzura llegas,  
La cercas de tu luz maravillosa!  
¡Oh voz, que á nadie tu enseñanza niegas,  
Doctrina predicando milagrosa!  
Vista, ni á Júdas con tu luz tocaste;  
Voz, ni con tu doctrina le enseñaste.





A. Nadal lit.

C. Casteluch cop.º

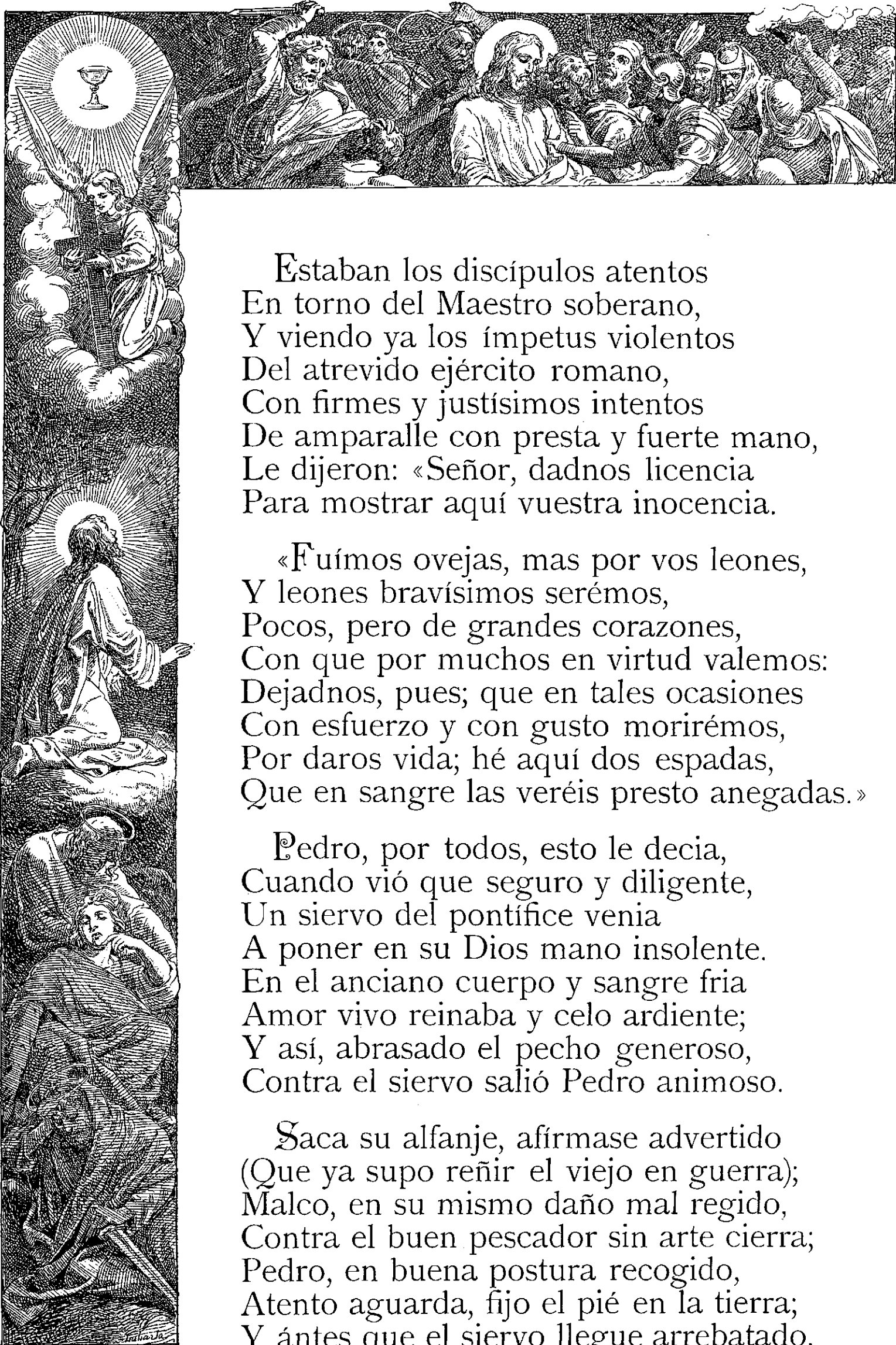
Lit. Aleu.—Barcelona.









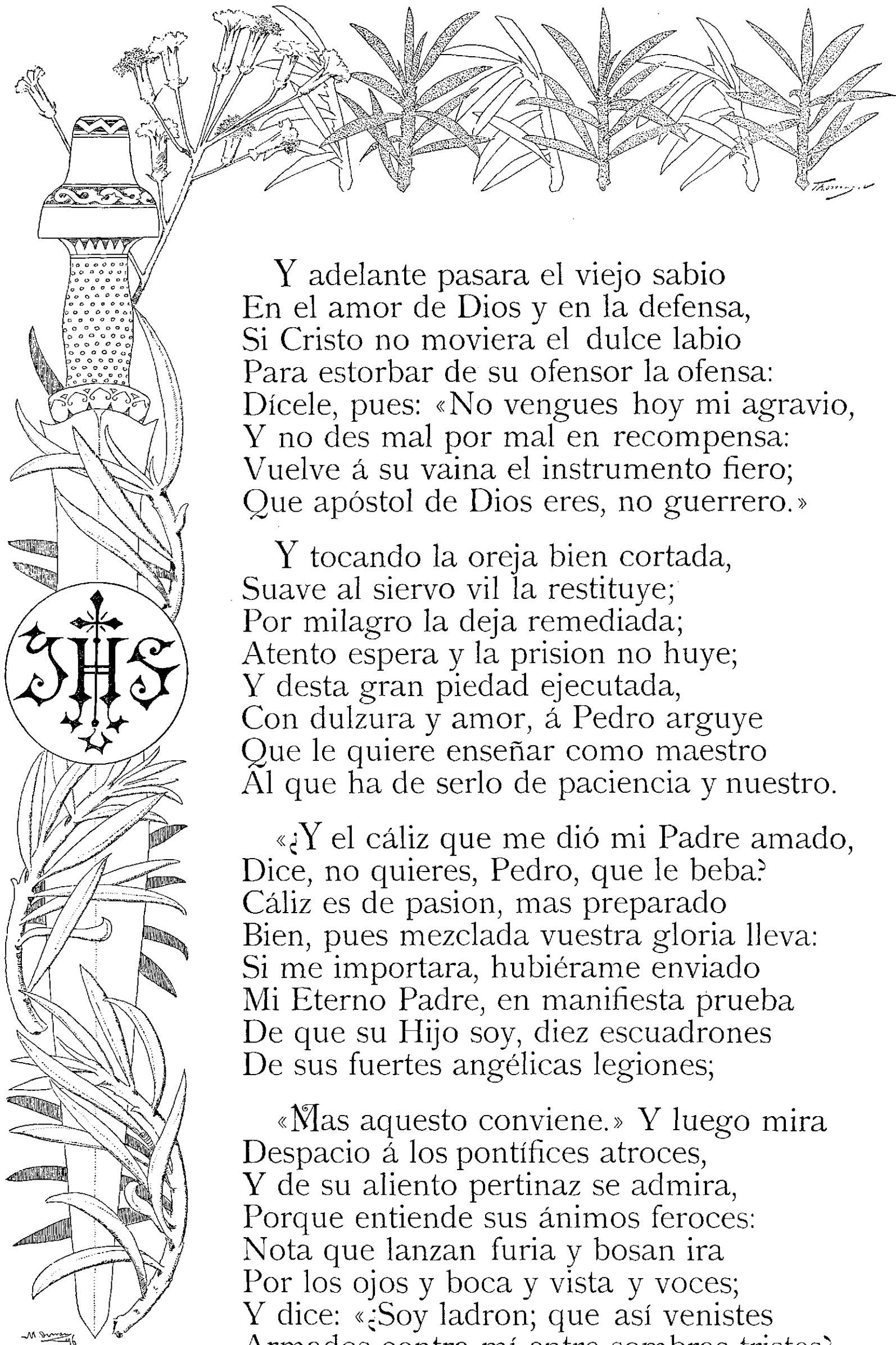


Estaban los discípulos atentos  
En torno del Maestro soberano,  
Y viendo ya los ímpetus violentos  
Del atrevido ejército romano,  
Con firmes y justísimos intentos  
De amparalle con presta y fuerte mano,  
Le dijeron: «Señor, dadnos licencia  
Para mostrar aquí vuestra inocencia.

«Fuimos ovejas, mas por vos leones,  
Y leones bravísimos serémos,  
Pocos, pero de grandes corazones,  
Con que por muchos en virtud valemos:  
Dejadnos, pues; que en tales ocasiones  
Con esfuerzo y con gusto morirémos,  
Por daros vida; hé aquí dos espadas,  
Que en sangre las veréis presto anegadas.»

Pedro, por todos, esto le decia,  
Cuando vió que seguro y diligente,  
Un siervo del pontífice venia  
A poner en su Dios mano insolente.  
En el anciano cuerpo y sangre fria  
Amor vivo reinaba y celo ardiente;  
Y así, abrasado el pecho generoso,  
Contra el siervo salió Pedro animoso.

Saca su alfanje, afirmase advertido  
(Que ya supo reñir el viejo en guerra);  
Malco, en su mismo daño mal regido,  
Contra el buen pescador sin arte cierra;  
Pedro, en buena postura recogido,  
Atento aguarda, fijo el pié en la tierra;  
Y ántes que el siervo llegue arrebatado,  
A cercen una oreja le ha cortado.

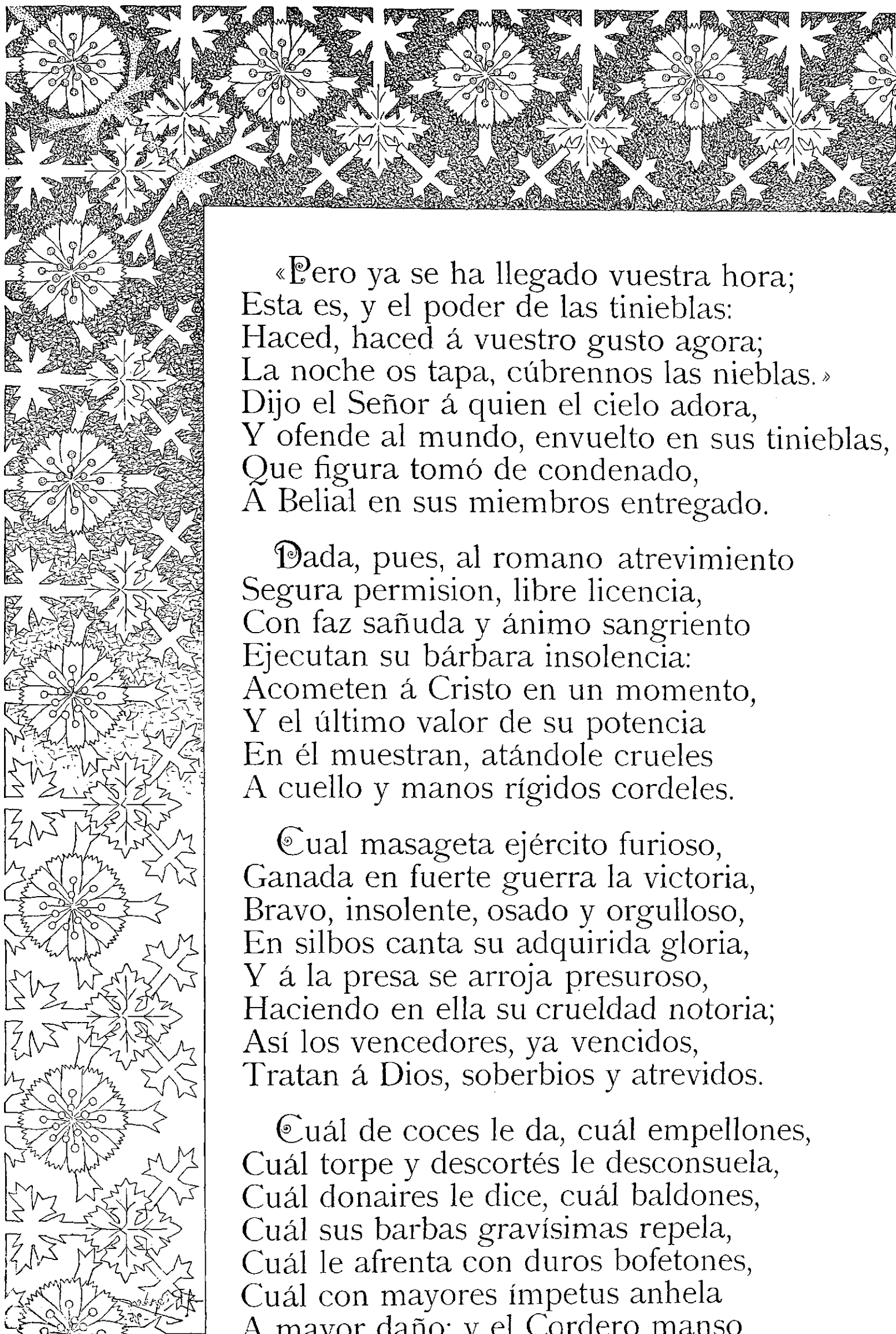


Y adelante pasara el viejo sabio  
En el amor de Dios y en la defensa,  
Si Cristo no moviera el dulce labio  
Para estorbar de su ofensor la ofensa:  
Dícele, pues: «No vengues hoy mi agravio,  
Y no des mal por mal en recompensa:  
Vuelve á su vaina el instrumento fiero;  
Que apóstol de Dios eres, no guerrero.»

Y tocando la oreja bien cortada,  
Suave al siervo vil la restituye;  
Por milagro la deja remediada;  
Atento espera y la prision no huye;  
Y desta gran piedad ejecutada,  
Con dulzura y amor, á Pedro arguye  
Que le quiere enseñar como maestro  
Al que ha de serlo de paciencia y nuestro.

«¿Y el cáliz que me dió mi Padre amado,  
Dice, no quieres, Pedro, que le beba?  
Cáliz es de pasion, mas preparado  
Bien, pues mezclada vuestra gloria lleva:  
Si me importara, hubiérame enviado  
Mi Eterno Padre, en manifiesta prueba  
De que su Hijo soy, diez escuadrones  
De sus fuertes angélicas legiones;

«Mas aquesto conviene.» Y luego mira  
Despacio á los pontífices atroces,  
Y de su aliento pertinaz se admira,  
Porque entiende sus ánimos feroces:  
Nota que lanzan furia y bosan ira  
Por los ojos y boca y vista y voces;  
Y dice: «¿Soy ladron; que así venistes  
Armados contra mí entre sombras tristes?»



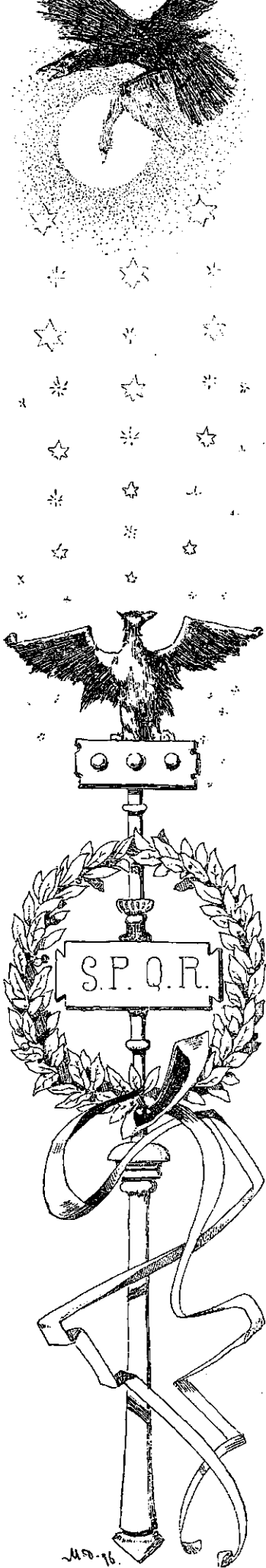
«Pero ya se ha llegado vuestra hora;  
Esta es, y el poder de las tinieblas:  
Haced, haced á vuestro gusto agora;  
La noche os tapa, cúbrennos las nieblas.»  
Dijo el Señor á quien el cielo adora,  
Y ofende al mundo, envuelto en sus tinieblas,  
Que figura tomó de condenado,  
A Belial en sus miembros entregado.

Dada, pues, al romano atrevimiento  
Segura permission, libre licencia,  
Con faz sañuda y ánimo sangriento  
Ejecutan su bárbara insolencia:  
Acometen á Cristo en un momento,  
Y el último valor de su potencia  
En él muestran, atándole crueles  
A cuello y manos rígidos cordeles.

Qual masageta ejército furioso,  
Ganada en fuerte guerra la victoria,  
Bravo, insolente, osado y orgulloso,  
En silbos canta su adquirida gloria,  
Y á la presa se arroja presuroso,  
Haciendo en ella su crueldad notoria;  
Así los vencedores, ya vencidos,  
Tratan á Dios, soberbios y atrevidos.

Cuál de coces le da, cuál empellones,  
Cuál torpe y descortés le desconsuela,  
Cuál donaires le dice, cuál baldones,  
Cuál sus barbas gravísimas repela,  
Cuál le afrenta con duros bofetones,  
Cuál con mayores ímpetus anhela  
A mayor daño; y el Cordero manso  
Calla, sufre y camina sin descanso.



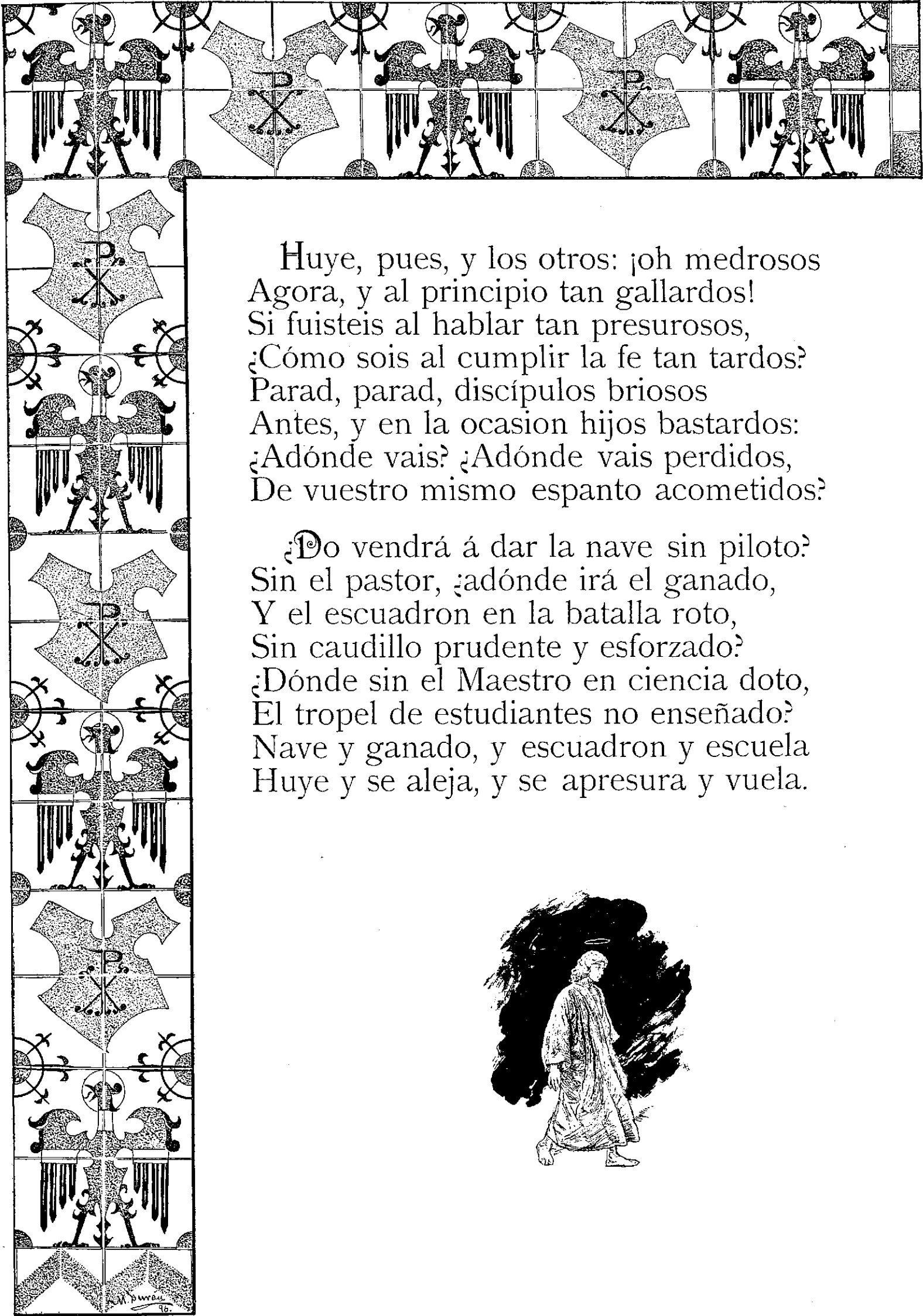


En tanto los discípulos, temiendo  
Parte de aquel furor incontrastable,  
De la noche ayudados, van huyendo  
El mal que cerca ven irreparable;  
Que el gozo no pensado, el loco estruendo,  
El gran rüido y confusion notable  
Del enemigo en su ganada presa,  
Les dió lugar á la cobarde empresa.

Todos huyen, y solo Pedro sigue  
Del buen Jesus las venerables huellas,  
Y la canalla que á su Dios persigue  
Le hace á ratos tropezar en ellas:  
Pedro el camino con horror prosigue  
A la mezquina luz de las estrellas:  
Léjos va de Jesus, de su bien léjos;  
Mas sus pisadas sigue y sus consejos.

Tambien aquel discípulo querido  
Sigue á su amado y único Maestro;  
Pero fué descubierto y conocido  
De un soldado, en prender astuto y diestro,  
Y echóle mano; y él, descabullido,  
Hurtándole sagaz el hombro diestro,  
El manto le dejó y se fué desnudo;  
Que vino así, y así hacerlo pudo.

Era Juan este jóven diligente,  
Que, habiéndose en la cena despojado  
Las ropas, como usaba antiguamente  
El pueblo en ceremonias admirado,  
Sabiendo en ella el ánimo inclemente  
De Júdas, triste, absorto y olvidado,  
No las tomó de nuevo, y siguió á Cristo  
Con vestidura convival, no visto.



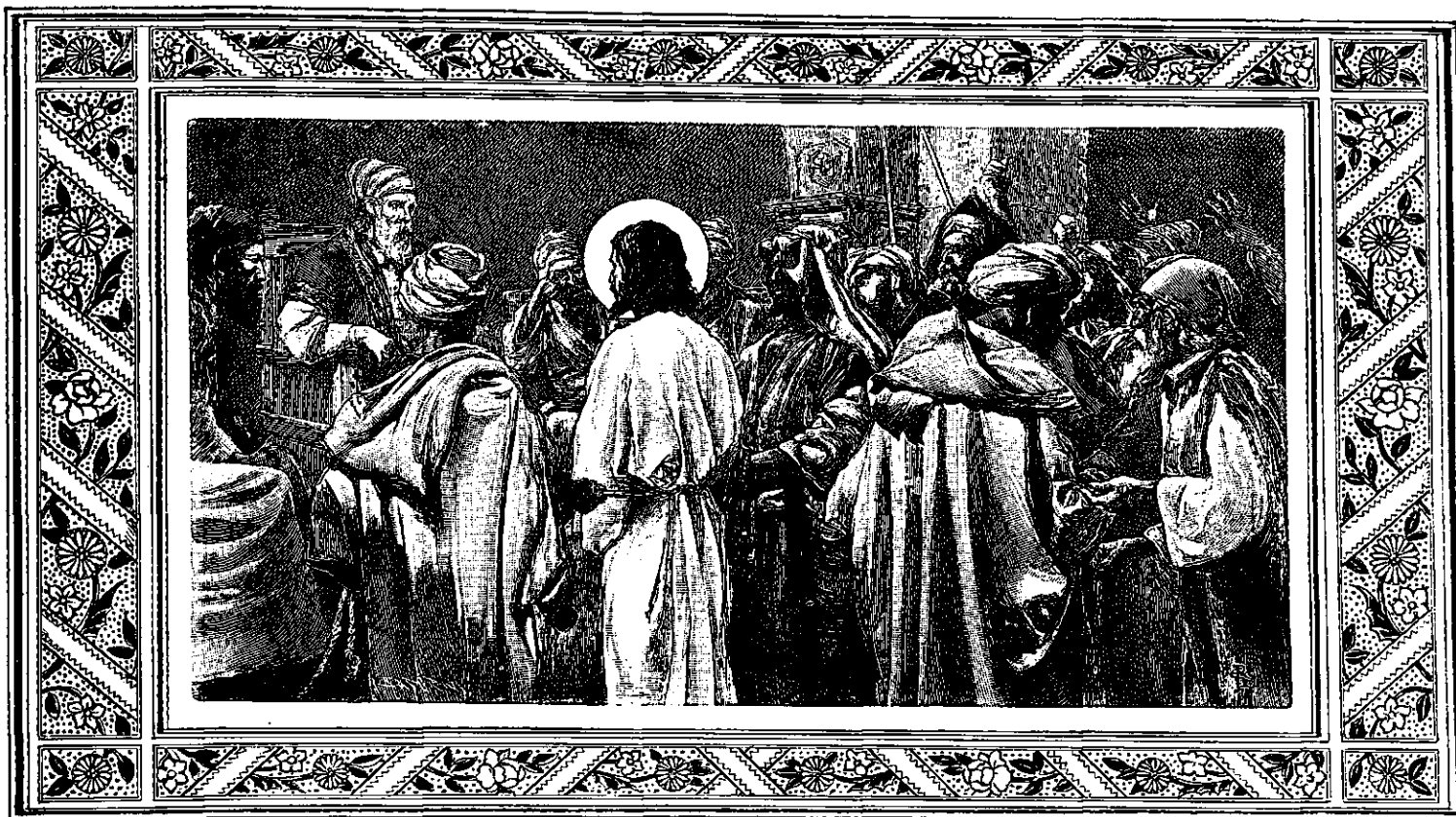
Huye, pues, y los otros: ¡oh medrosos  
Agora, y al principio tan gallardos!  
Si fuisteis al hablar tan presurosos,  
¿Cómo sois al cumplir la fe tan tardos?  
Parad, parad, discípulos briosos  
Antes, y en la ocasion hijos bastardos:  
¿Adónde vais? ¿Adónde vais perdidos,  
De vuestro mismo espanto acometidos?

¿Do vendrá á dar la nave sin piloto?  
Sin el pastor, ¿adónde irá el ganado,  
Y el escuadron en la batalla roto,  
Sin caudillo prudente y esforzado?  
¿Dónde sin el Maestro en ciencia doto,  
El tropel de estudiantes no enseñado?  
Nave y ganado, y escuadron y escuela  
Huye y se aleja, y se apresura y vuela.









## LIBRO CUARTO.

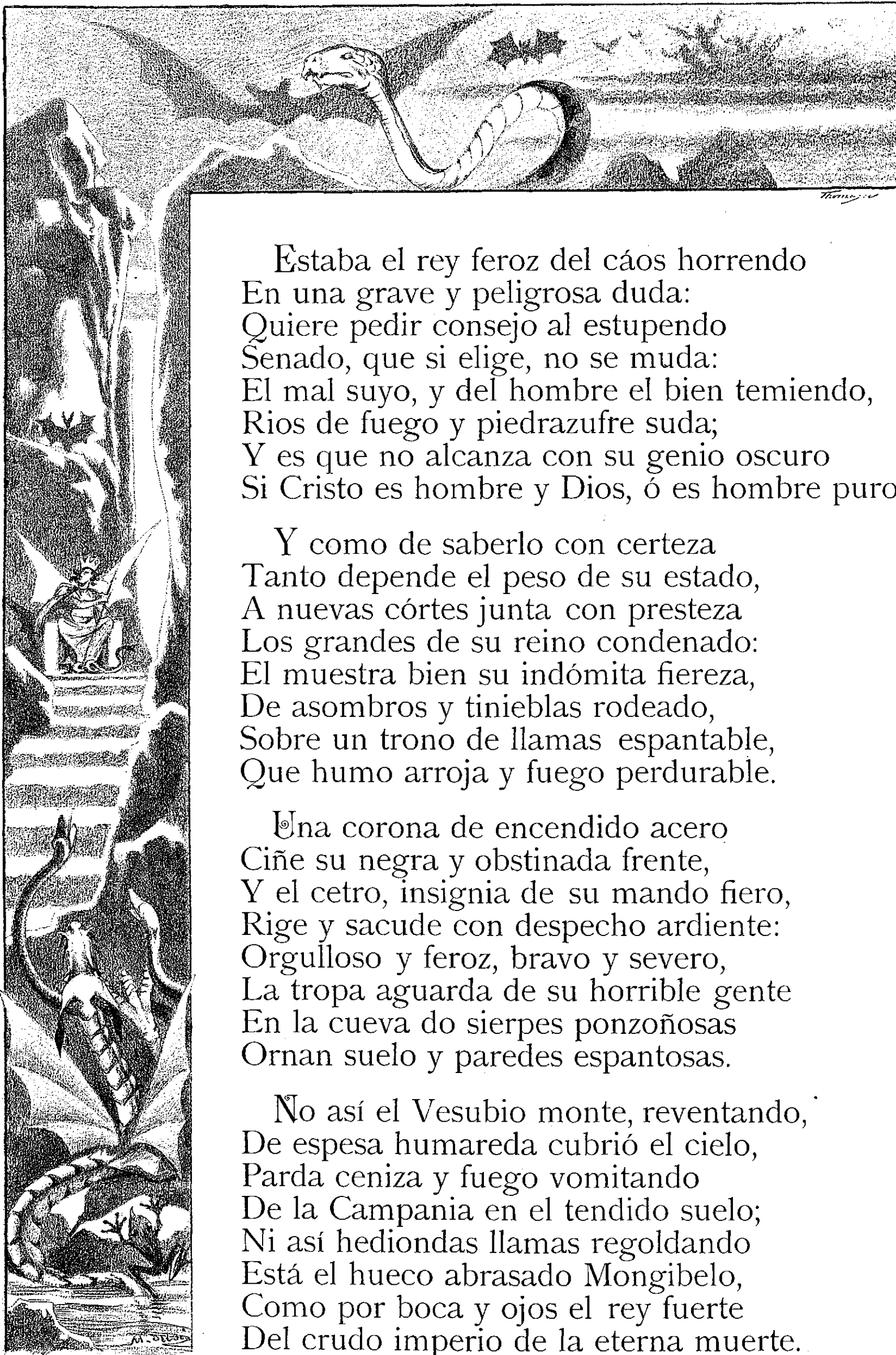
### ARGUMENTO.

Llama Luzbel á su escuadron furioso,  
Porque entre dudas mil confuso vive;  
Y ante Anas, Cristo, humilde y religioso,  
Un bofeton y afrentas mil recibe:  
Niega Pedro á Jesus, y él cuidadoso  
Le mira, y Pedro un gran dolor concibe.  
La mujer de Pilato á Cristo sueña,  
Y dícele quién es su casta dueña.



MAS Lucifer en el tartáreo abismo  
De horror poblado y de tinieblas lleno,  
Donde habita el confuso barbarismo  
De verdad falto y de virtud ajeno,  
Manda llamar y llama por sí mismo,  
Con voz terrible de espantoso trueno,  
A nuevas grandes generales córtes  
El osado escuadron de sus consortes.

Sonó la voz y retumbó en las hondas  
Y ardientes cuevas del opaco infierno,  
Y del Leteo las turbadas hondas  
Movimiento sintieron casi eterno,  
Vueltas haciendo en huracan redondas,  
Con que perdió espantado su gobierno  
Y timon el solícito Aqueronte:  
Tal pavor puso en todo su horizonte.



Estaba el rey feroz del caos horrendo  
En una grave y peligrosa duda:  
Quiere pedir consejo al estupendo  
Senado, que si elige, no se muda:  
El mal suyo, y del hombre el bien temiendo,  
Rios de fuego y piedrazufre suda;  
Y es que no alcanza con su genio oscuro  
Si Cristo es hombre y Dios, ó es hombre puro.

Y como de saberlo con certeza  
Tanto depende el peso de su estado,  
A nuevas córtés junta con presteza  
Los grandes de su reino condenado:  
El muestra bien su indómita fiereza,  
De asombros y tinieblas rodeado,  
Sobre un trono de llamas espantable,  
Que humo arroja y fuego perdurable.

Una corona de encendido acero  
Ciñe su negra y obstinada frente,  
Y el cetro, insignia de su mando fiero,  
Rige y sacude con despecho ardiente:  
Orgullosa y feroz, bravo y severo,  
La tropa aguarda de su horrible gente  
En la cueva do sierpes ponzoñosas  
Ornan suelo y paredes espantosas.

No así el Vesubio monte, reventando,  
De espesa humareda cubrió el cielo,  
Parda ceniza y fuego vomitando  
De la Campania en el tendido suelo;  
Ni así hediondas llamas regoldando  
Está el hueco abrasado Mongibelo,  
Como por boca y ojos el rey fuerte  
Del crudo imperio de la eterna muerte.



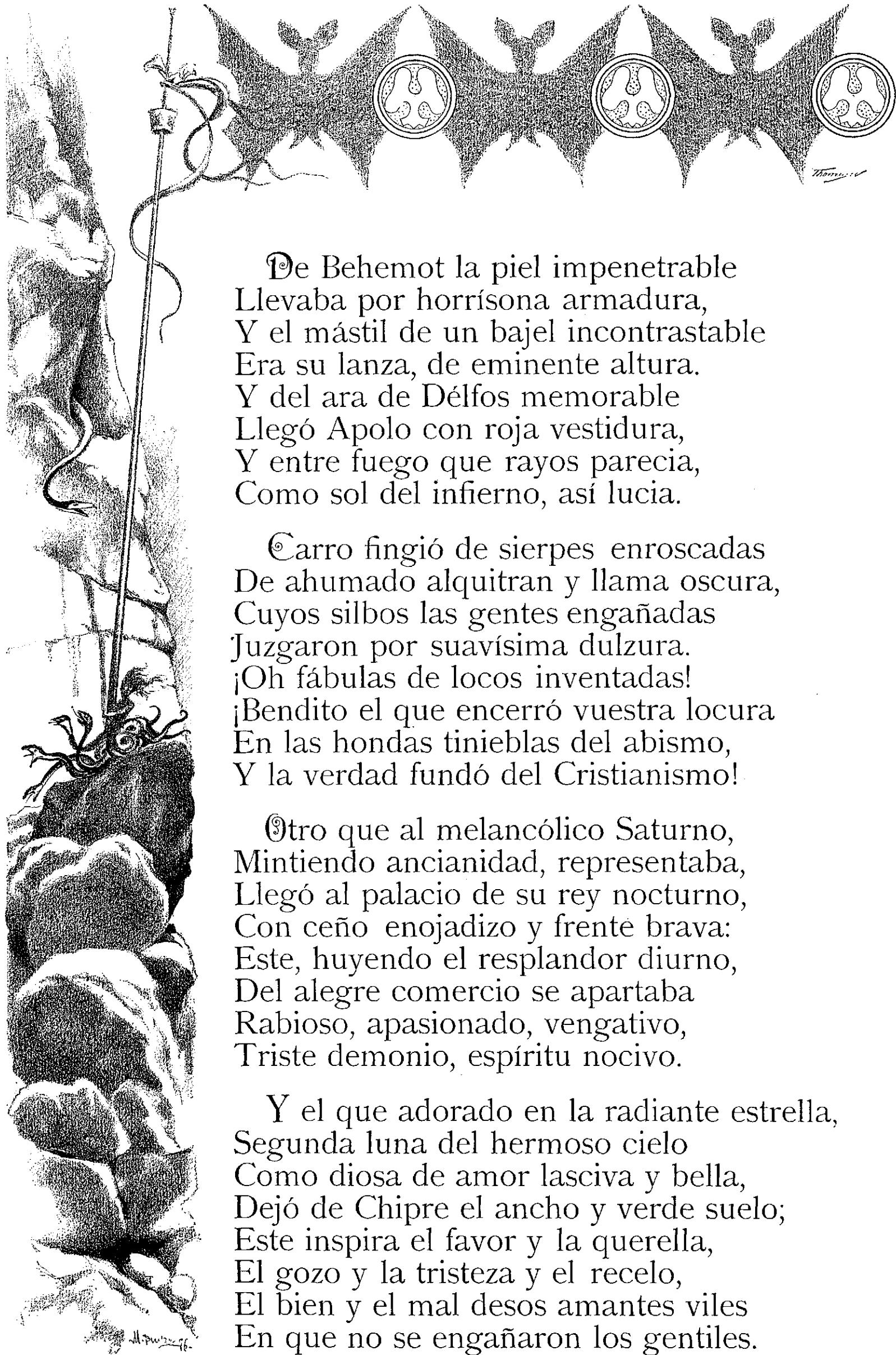
Al són, pues, ronco de la estigia trompa,  
De varias partes del etéreo mundo,  
Con fingido aparato y falsa pompa  
Vienen los grandes dioses del profundo:  
No es menester que tierra ó mar se rompa  
Para que baje el golpe furibundo  
De los que afligen cuerpos, y almas ciegan;  
Que sin pasar por medio, al punto llegan.

Entran, y cada cual sobre la escama  
Menuda y tesa de un dragon se asienta,  
Y cércalo en redondo oscura llama,  
De que el dragon se ciñe y se alimenta:  
¡Oh de aquel reino abrasadora cama!  
Esos feroces prende y atormenta,  
Porque no suban á espirar volcanes  
En tierra, y en el Ponto huracanes.

Mas tú, gran sol, de cuya inmensa lumbre  
Estos cobardes mónstruos asombrados  
Huyendo van, desde tu santa cumbre  
Me recuerda sus nombres ya olvidados:  
Bajó, de la soberbia pesadumbre  
De los Quirinos templos elevados,  
El demonio, que á Júpiter fingia  
Sumo rey de la antigua idolatría.

Un rayo agudo en su vibrante mano  
Trujo blandiendo centelloso y fiero,  
Cual si fuera del Polo soberano  
Príncipe natural, Dios verdadero:  
Vino tambien el ángel inhumano  
Que á las batallas presidió severo,  
Y del marcial estruendo tomó el nombre,  
Y engañando, espantó furioso al hombre.



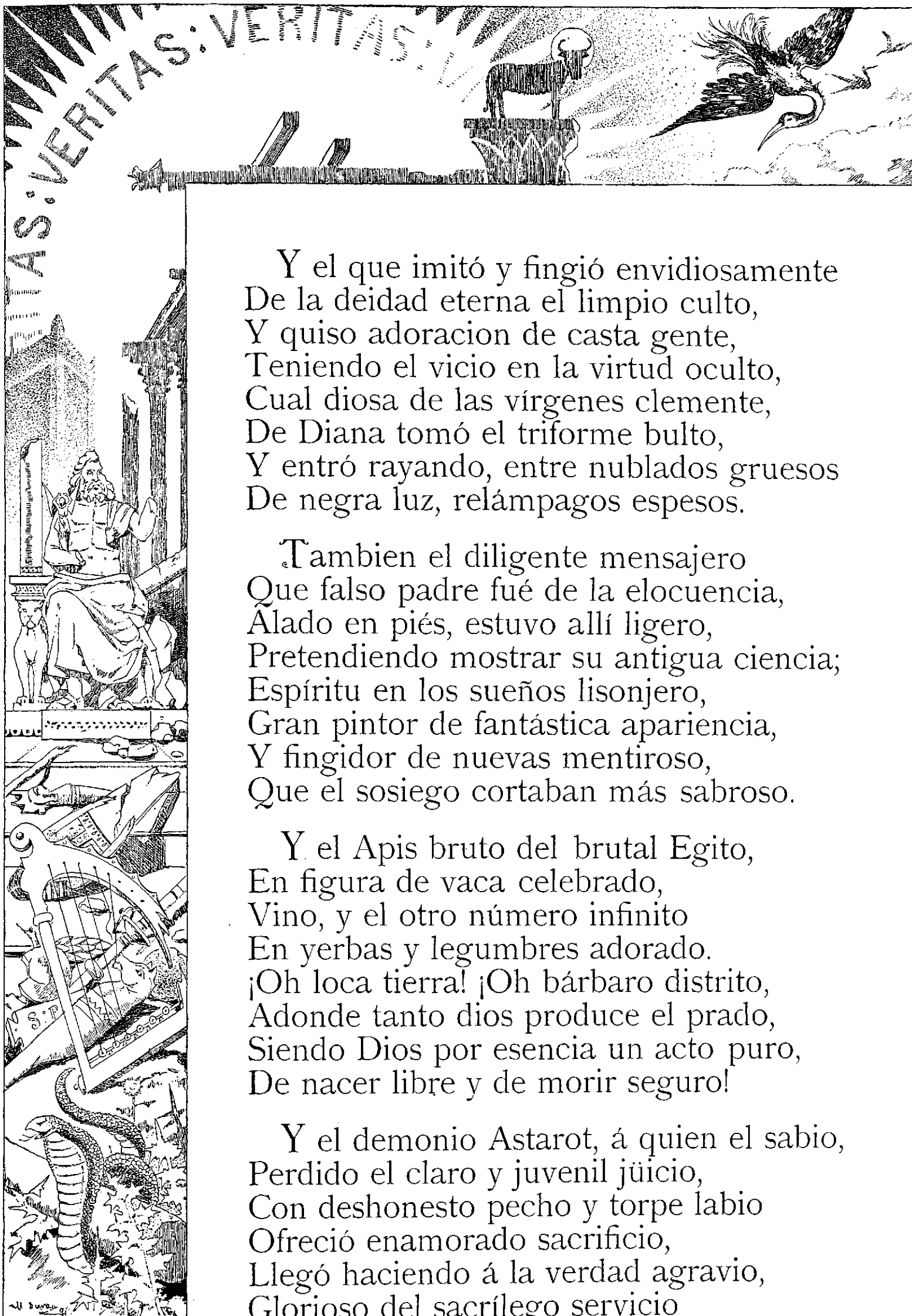


De Behemot la piel impenetrable  
Llevaba por horrisona armadura,  
Y el mástil de un bajel incontrastable  
Era su lanza, de eminente altura.  
Y del ara de Delfos memorable  
Llegó Apolo con roja vestidura,  
Y entre fuego que rayos parecía,  
Como sol del infierno, así lucía.

Carro fingió de sierpes enroscadas  
De ahumado alquitran y llama oscura,  
Cuyos silbos las gentes engañadas  
Juzgaron por suavísima dulzura.  
¡Oh fábulas de locos inventadas!  
¡Bendito el que encerró vuestra locura  
En las hondas tinieblas del abismo,  
Y la verdad fundó del Cristianismo!

Otro que al melancólico Saturno,  
Mintiendo ancianidad, representaba,  
Llegó al palacio de su rey nocturno,  
Con ceño enojadizo y frente brava:  
Este, huyendo el resplandor diurno,  
Del alegre comercio se apartaba  
Rabioso, apasionado, vengativo,  
Triste demonio, espíritu nocivo.

Y el que adorado en la radiante estrella,  
Segunda luna del hermoso cielo  
Como diosa de amor lasciva y bella,  
Dejó de Chipre el ancho y verde suelo;  
Este inspira el favor y la querella,  
El gozo y la tristeza y el recelo,  
El bien y el mal desos amantes viles  
En que no se engañaron los gentiles.



Y el que imitó y fingió envidiosamente  
De la deidad eterna el limpio culto,  
Y quiso adoracion de casta gente,  
Teniendo el vicio en la virtud oculto,  
Cual diosa de las vírgenes clemente,  
De Diana tomó el triforme bulto,  
Y entró rayando, entre nublados gruesos  
De negra luz, relámpagos espesos.

Tambien el diligente mensajero  
Que falso padre fué de la elocuencia,  
Alado en piés, estuvo allí ligero,  
Pretendiendo mostrar su antigua ciencia;  
Espíritu en los sueños lisonjero,  
Gran pintor de fantástica apariencia,  
Y fingidor de nuevas mentiroso,  
Que el sosiego cortaban más sabroso.

Y el Apis bruto del brutal Egito,  
En figura de vaca celebrado,  
Vino, y el otro número infinito  
En yerbas y legumbres adorado.  
¡Oh loca tierra! ¡Oh bárbaro distrito,  
Adonde tanto dios produce el prado,  
Siendo Dios por esencia un acto puro,  
De nacer libre y de morir seguro!

Y el demonio Astarot, á quien el sabio,  
Perdido el claro y juvenil juicio,  
Con deshonesto pecho y torpe labio  
Ofreció enamorado sacrificio,  
Llegó haciendo á la verdad agravio,  
Glorioso del sacrílego servicio  
Que recibió de un rey tan excelente,  
Discreto mozo, y viejo ya imprudente.



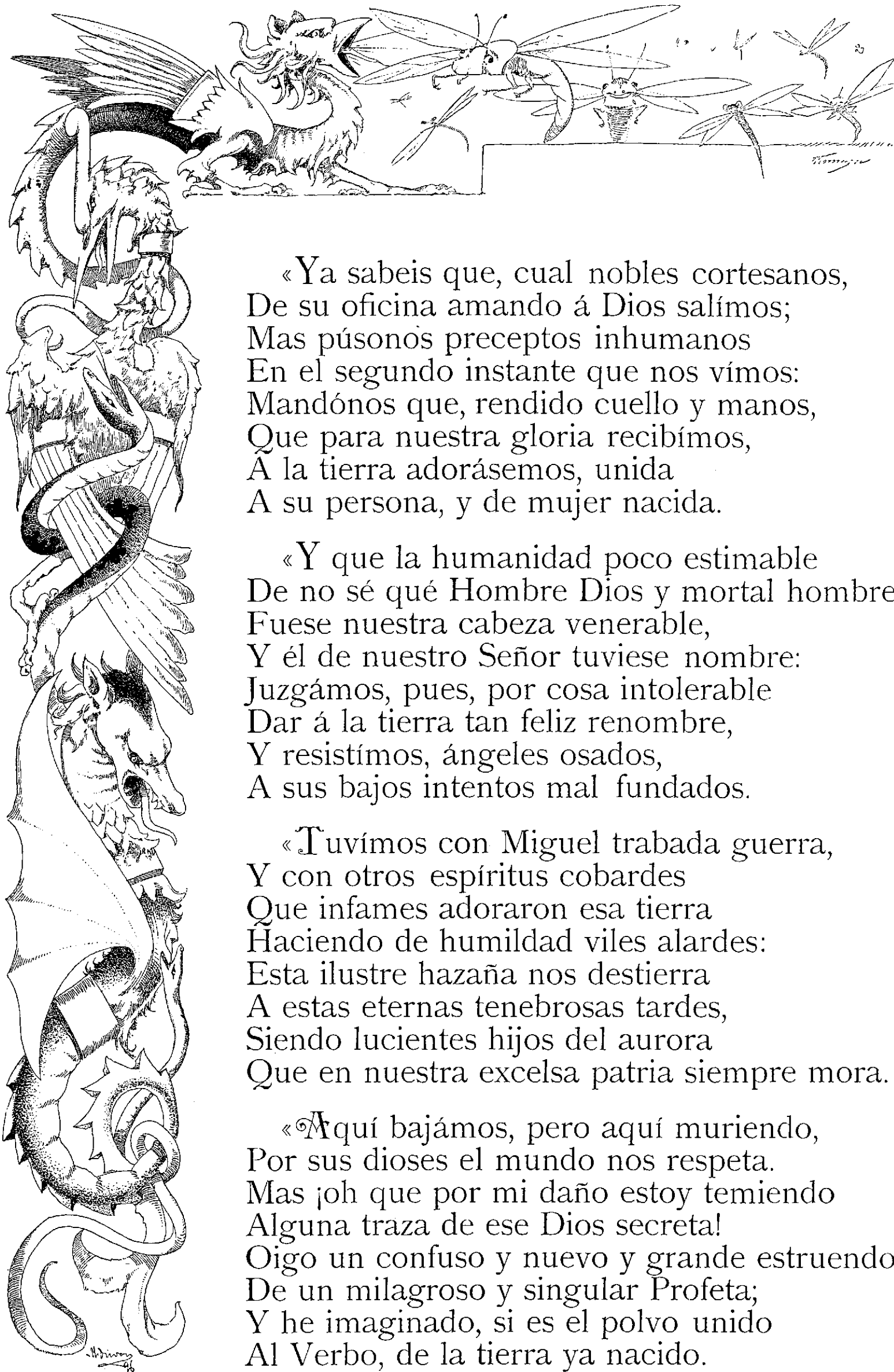
Y el otro vil que presidió al becerro  
Por Dios tenido y en crisol forjado,  
Efecto pertinaz del loco yerro  
Del pueblo de Israel desatinado,  
El oro antiguo convertido en hierro,  
Y de buey el aspecto conservado,  
Bajó, dando bramidos pavorosos,  
Con los dos de Samaria fabulosos.

Ni los dioses en Méjico temidos  
De aqueste horrendo cónclave faltaron,  
De humana sangre bárbara teñidos,  
En que siempre sedientos se empaparon;  
Ni del Perú los ídolos fingidos,  
Que en lucientes culebras se mostraron;  
Ni Eponamon, indómito guerrero,  
Mavorte altivo del Arauco fiero.

Juntos ya todos en la oscura sala,  
Ni bien puestos en pié, ni bien sentados  
(Que órden no sigue aquella tierra mala  
Del afligido rey de atormentados,  
Porque la pena á su soberbia iguala,  
Y confusion es pena de pecados),  
Juntos batió Luzbel sus grandes cuernos,  
En conceptos así hablando internos:

«Bravo ejército de ángeles briosos,  
Que fuistes en el cielo producidos,  
Aunque, por ser de vuestro honor celosos,  
Estais en hielo y llamas sumergidos:  
Si os acordais de aquellos dos dichosos  
Instantes en que fuímos detenidos  
En la empírea region de luz perfeta,  
No os puede ser mi plática secreta.



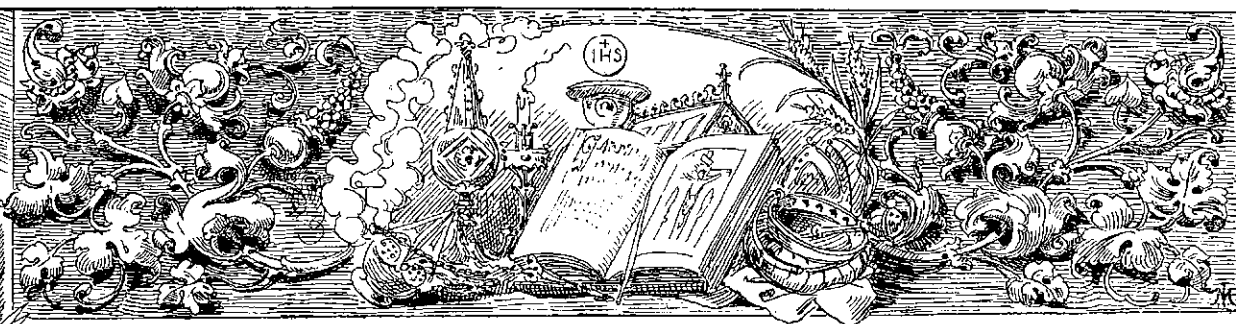
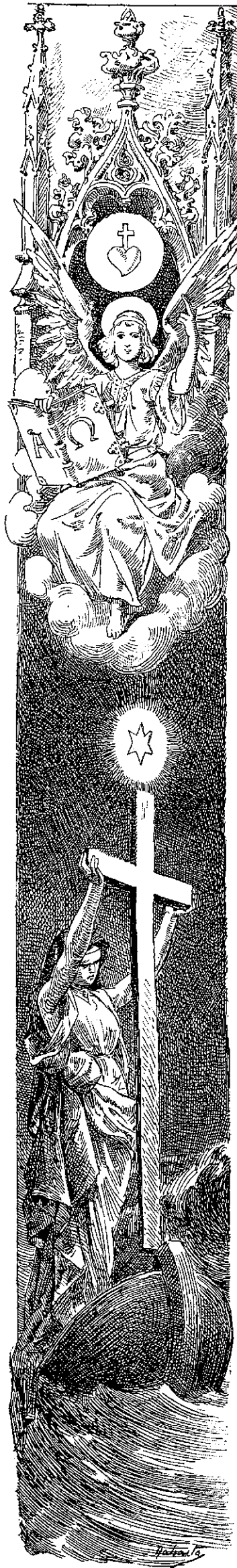


«Ya sabeis que, cual nobles cortesanos,  
De su oficina amando á Dios salimos;  
Mas púsonos preceptos inhumanos  
En el segundo instante que nos vimos:  
Mandónos que, rendido cuello y manos,  
Que para nuestra gloria recibimos,  
A la tierra adorásemos, unida  
A su persona, y de mujer nacida.

«Y que la humanidad poco estimable  
De no sé qué Hombre Dios y mortal hombre,  
Fuese nuestra cabeza venerable,  
Y él de nuestro Señor tuviese nombre:  
Juzgámos, pues, por cosa intolerable  
Dar á la tierra tan feliz renombre,  
Y resistimos, ángeles osados,  
A sus bajos intentos mal fundados.

«Tuvimos con Miguel trabada guerra,  
Y con otros espíritus cobardes  
Que infames adoraron esa tierra  
Haciendo de humildad viles alardes:  
Esta ilustre hazaña nos destierra  
A estas eternas tenebrosas tardes,  
Siendo lucientes hijos del aurora  
Que en nuestra excelsa patria siempre mora.

«Aquí bajámos, pero aquí muriendo,  
Por sus dioses el mundo nos respeta.  
Mas ¡oh que por mi daño estoy temiendo  
Alguna traza de ese Dios secreta!  
Oigo un confuso y nuevo y grande estruendo  
De un milagroso y singular Profeta;  
Y he imaginado, si es el polvo unido  
Al Verbo, de la tierra ya nacido.

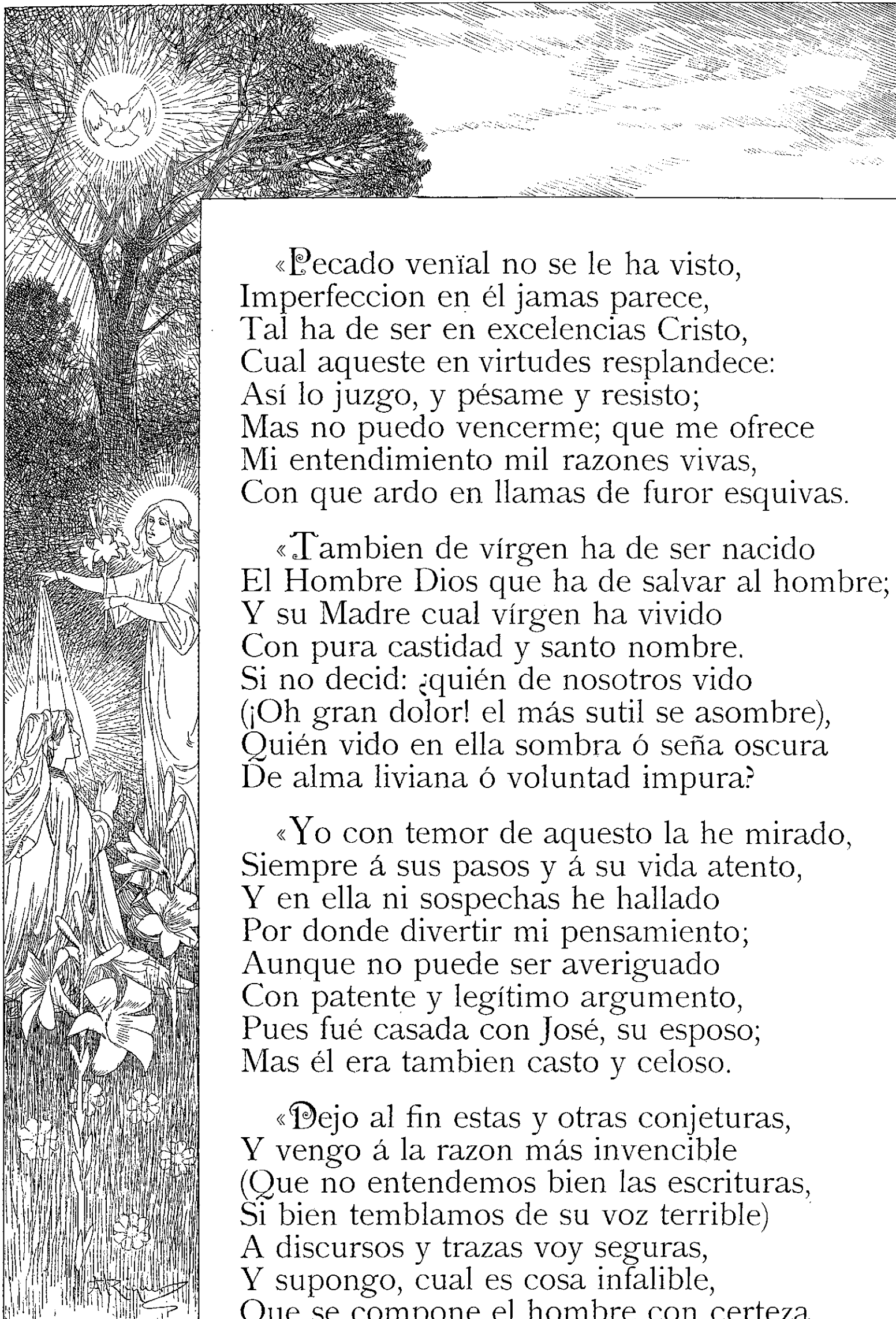


«Y si lo fuese, ¿qué dolor seria  
Mirar al enemigo Dios pujante,  
Y nosotros perder la monarquía  
Del mundo, á la del cielo semejante?  
Mas dejemos el mal que nos vendria,  
Y en el caso pasemos adelante,  
Y sepamos si el Hijo es encarnado  
Que allá por Dios nos fué representado.

«Y parece que sí, porque él me vino  
A hablar cuando tuve en la serpiente  
Vencido al hombre, y con furor divino  
Me maldijo enojosa y bravamente,  
Diciendo: —Un parto nuevo y peregrino  
De mujer quebrará tu altiva frente,  
Y pondré enemistades perdurables  
Entre él y tus consejos deleznable.—

«¿Quién, pues, como Jesus ha procurado  
Nuestras hazañas disipar grandiosas?  
Y ¿quién con tantas veras ha mostrado  
Armas contra los vicios poderosas?  
¿Quién como este Jesus ha declarado  
Artes de perfeccion tan rigurosas?  
Y es parto de mujer, de Adan es hijo:  
Temo ser este, de quien Dios me dijo.

«Tambien me acuerdo que al anciano abuelo  
De Jacob prometió por grandes dones  
Un hijo ilustre, en cuyo santo celo  
Benditas fuesen todas las naciones;  
Que es el Verbo inmortal, de quien recelo  
Que ha de sacar las almas de prisiones;  
Y entiendo que ha de ser este Profeta,  
Por su gran vida y santidad perfeta.



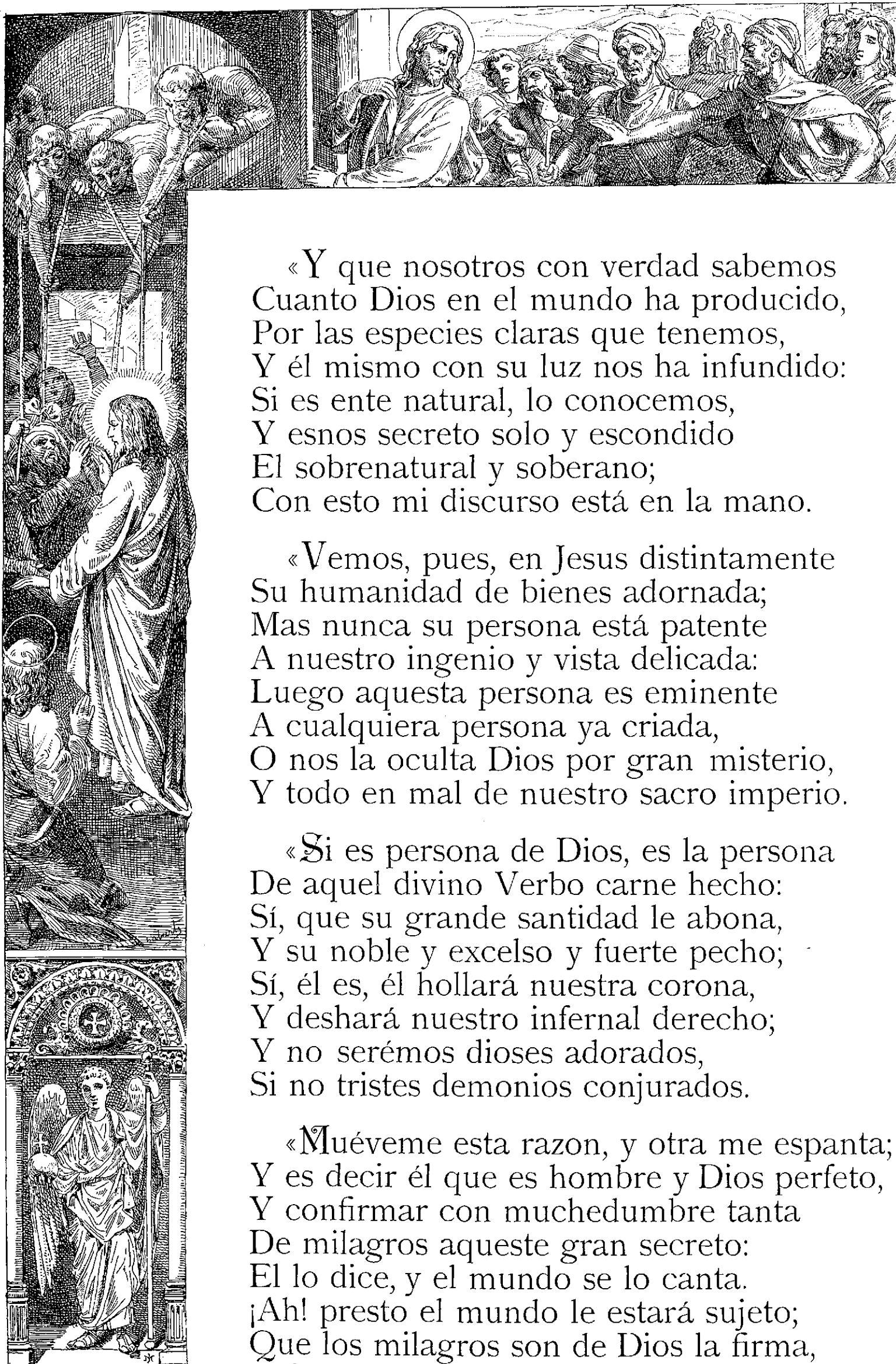
«Pecado venial no se le ha visto,  
Imperfeccion en él jamas parece,  
Tal ha de ser en excelencias Cristo,  
Cual aqueste en virtudes resplandece:  
Así lo juzgo, y pésame y resisto;  
Mas no puedo vencerme; que me ofrece  
Mi entendimiento mil razones vivas,  
Con que ardo en llamas de furor esquivas.

«Tambien de vírgen ha de ser nacido  
El Hombre Dios que ha de salvar al hombre;  
Y su Madre cual vírgen ha vivido  
Con pura castidad y santo nombre.  
Si no decid: ¿quién de nosotros vido  
(¡Oh gran dolor! el más sutil se asombre),  
Quién vido en ella sombra ó seña oscura  
De alma liviana ó voluntad impura?

«Yo con temor de aquesto la he mirado,  
Siempre á sus pasos y á su vida atento,  
Y en ella ni sospechas he hallado  
Por donde divertir mi pensamiento;  
Aunque no puede ser averiguado  
Con patente y legítimo argumento,  
Pues fué casada con José, su esposo;  
Mas él era tambien casto y celoso.

«Dejo al fin estas y otras conjeturas,  
Y vengo á la razon más invencible  
(Que no entendemos bien las escrituras,  
Si bien temblamos de su voz terrible)  
A discursos y trazas voy seguras,  
Y supongo, cual es cosa infalible,  
Que se compone el hombre con certeza  
De la persona y la naturaleza;





«Y que nosotros con verdad sabemos  
Cuanto Dios en el mundo ha producido,  
Por las especies claras que tenemos,  
Y él mismo con su luz nos ha infundido:  
Si es ente natural, lo conocemos,  
Y esnos secreto solo y escondido  
El sobrenatural y soberano;  
Con esto mi discurso está en la mano.

«Vemos, pues, en Jesus distintamente  
Su humanidad de bienes adornada;  
Mas nunca su persona está patente  
A nuestro ingenio y vista delicada:  
Luego aquesta persona es eminente  
A cualquiera persona ya criada,  
O nos la oculta Dios por gran misterio,  
Y todo en mal de nuestro sacro imperio.

«Si es persona de Dios, es la persona  
De aquel divino Verbo carne hecho:  
Sí, que su grande santidad le abona,  
Y su noble y excelso y fuerte pecho;  
Sí, él es, él hollará nuestra corona,  
Y deshará nuestro infernal derecho;  
Y no serémos dioses adorados,  
Si no tristes demonios conjurados.

«Muéveme esta razon, y otra me espanta;  
Y es decir él que es hombre y Dios perfeto,  
Y confirmar con muchedumbre tanta  
De milagros aqieste gran secreto:  
El lo dice, y el mundo se lo canta.  
¡Ah! presto el mundo le estará sujeto;  
Que los milagros son de Dios la firma,  
Y falsedad con ellos no se firma.





Lit. Aleu.—Barcelona.

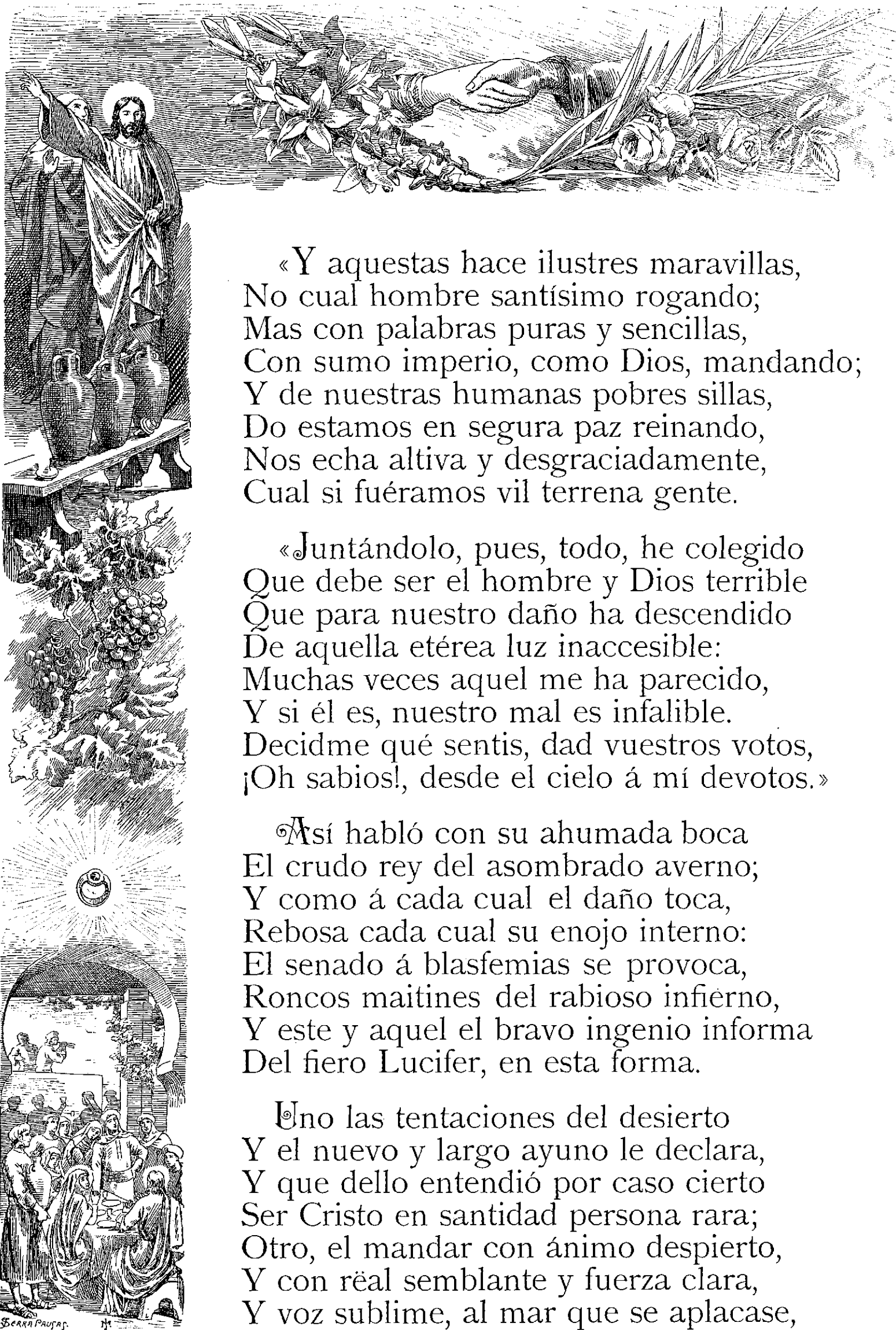
A. Nadal lit.









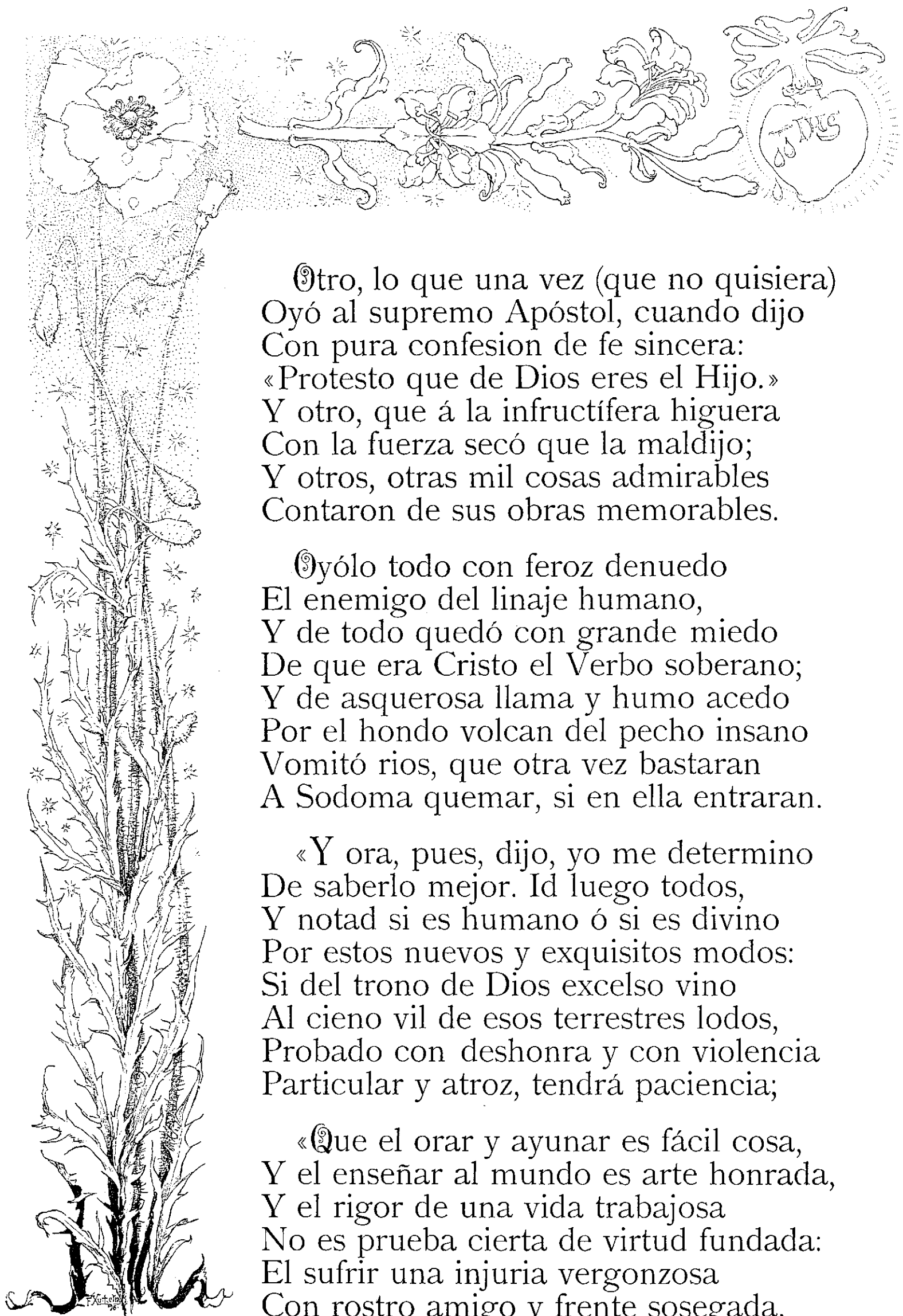


«Y a estas hace ilustres maravillas,  
No cual hombre santísimo rogando;  
Mas con palabras puras y sencillas,  
Con sumo imperio, como Dios, mandando;  
Y de nuestras humanas pobres sillas,  
Do estamos en segura paz reinando,  
Nos echa altiva y desgraciadamente,  
Cual si fuéramos vil terrena gente.

«Juntándolo, pues, todo, he colegido  
Que debe ser el hombre y Dios terrible  
Que para nuestro daño ha descendido  
De aquella etérea luz inaccesible:  
Muchas veces aquel me ha parecido,  
Y si él es, nuestro mal es infalible.  
Decidme qué sentis, dad vuestros votos,  
¡Oh sabios!, desde el cielo á mí devotos.»

Así habló con su ahumada boca  
El crudo rey del asombrado averno;  
Y como á cada cual el daño toca,  
Rebosa cada cual su enojo interno:  
El senado á blasfemias se provoca,  
Roncos maitines del rabioso infierno,  
Y este y aquel el bravo ingenio informa  
Del fiero Lucifer, en esta forma.

Uno las tentaciones del desierto  
Y el nuevo y largo ayuno le declara,  
Y que dello entendió por caso cierto  
Ser Cristo en santidad persona rara;  
Otro, el mandar con ánimo despierto,  
Y con real semblante y fuerza clara,  
Y voz sublime, al mar que se aplacase,  
Y al fuerte vendaval que se amansase.

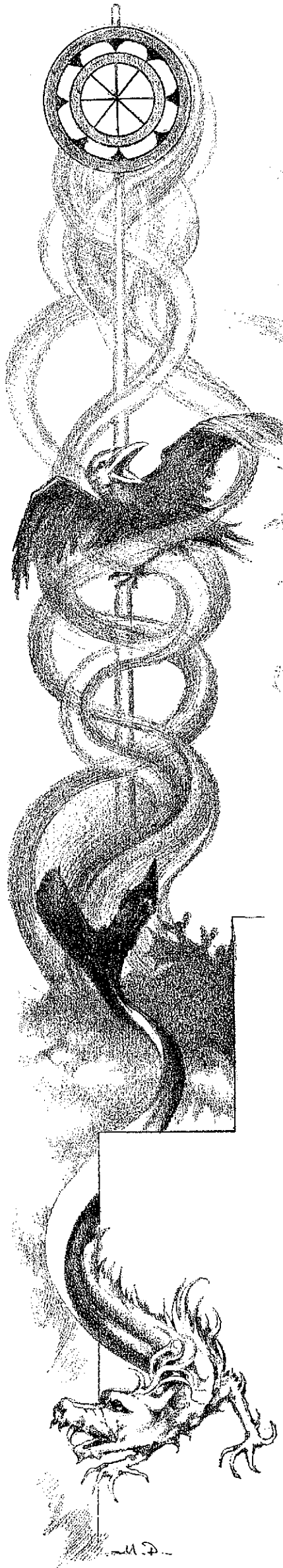


Ótro, lo que una vez (que no quisiera)  
Oyó al supremo Apóstol, cuando dijo  
Con pura confesion de fe sincera:  
«Protesto que de Dios eres el Hijo.»  
Y otro, que á la infructífera higuera  
Con la fuerza secó que la maldijo;  
Y otros, otras mil cosas admirables  
Contaron de sus obras memorables.

Oyólo todo con feroz denuedo  
El enemigo del linaje humano,  
Y de todo quedó con grande miedo  
De que era Cristo el Verbo soberano;  
Y de asquerosa llama y humo acedo  
Por el hondo volcan del pecho insano  
Vomitó rios, que otra vez bastaran  
A Sodoma quemar, si en ella entraran.

«Y ora, pues, dijo, yo me determino  
De saberlo mejor. Id luego todos,  
Y notad si es humano ó si es divino  
Por estos nuevos y exquisitos modos:  
Si del trono de Dios excelso vino  
Al cieno vil de esos terrestres lodos,  
Probado con deshonra y con violencia  
Particular y atroz, tendrá paciencia;

«Que el orar y ayunar es fácil cosa,  
Y el enseñar al mundo es arte honrada,  
Y el rigor de una vida trabajosa  
No es prueba cierta de virtud fundada:  
El sufrir una injuria vergonzosa  
Con rostro amigo y frente sosegada,  
Y padecer por Dios grandes tormentos,  
Es muestra en la virtud de altos cimientos.



«Id, pues, y por caminos diferentes  
Le procurad afrentas nunca vistas,  
Graves mofas, oprobios indecentes,  
Duras batallas, ásperas conquistas:  
Juntad soberbios pechos, insolentes  
Manos, y almas guerreras y malquistas,  
Y déndele horribles íntimas pasiones  
Angeles y hombres, tigres y leones.

«Id presto, furias del Estigio lago,  
Id, del reino feroz bravas quimeras,  
Dadle de su intencion el justo pago  
Con duras obras y palabras fieras:  
Id y haced un riguroso estrago,  
¡Oh tropas de mi ejército lijeras!,  
En príncipes, escribas, fariseos,  
En griegos, en romanos, en hebreos.

«A los unos envidia mordedora,  
Y á los otros soplad soberbia altiva,  
Y al vulgo adulador que en Salén mora,  
Lisonja infame y abyeccion nociva.»  
Al punto aquella horrífica y traidora  
Escuadra, de la cárcel vengativa  
Salió, á hacer á Dios y al hombre guerra,  
Formando un vivo infierno acá en la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,  
De fantasmas la poca luz cubrieron,  
Con mentiras las almas perturbaron,  
De engaños los espíritus hincheron,  
Entre la ruda plebe se mezclaron,  
Y en la gente más noble se ingirieron:  
¡Ved qué haria turba apasionada,  
De tales vientos contra Dios soplada!



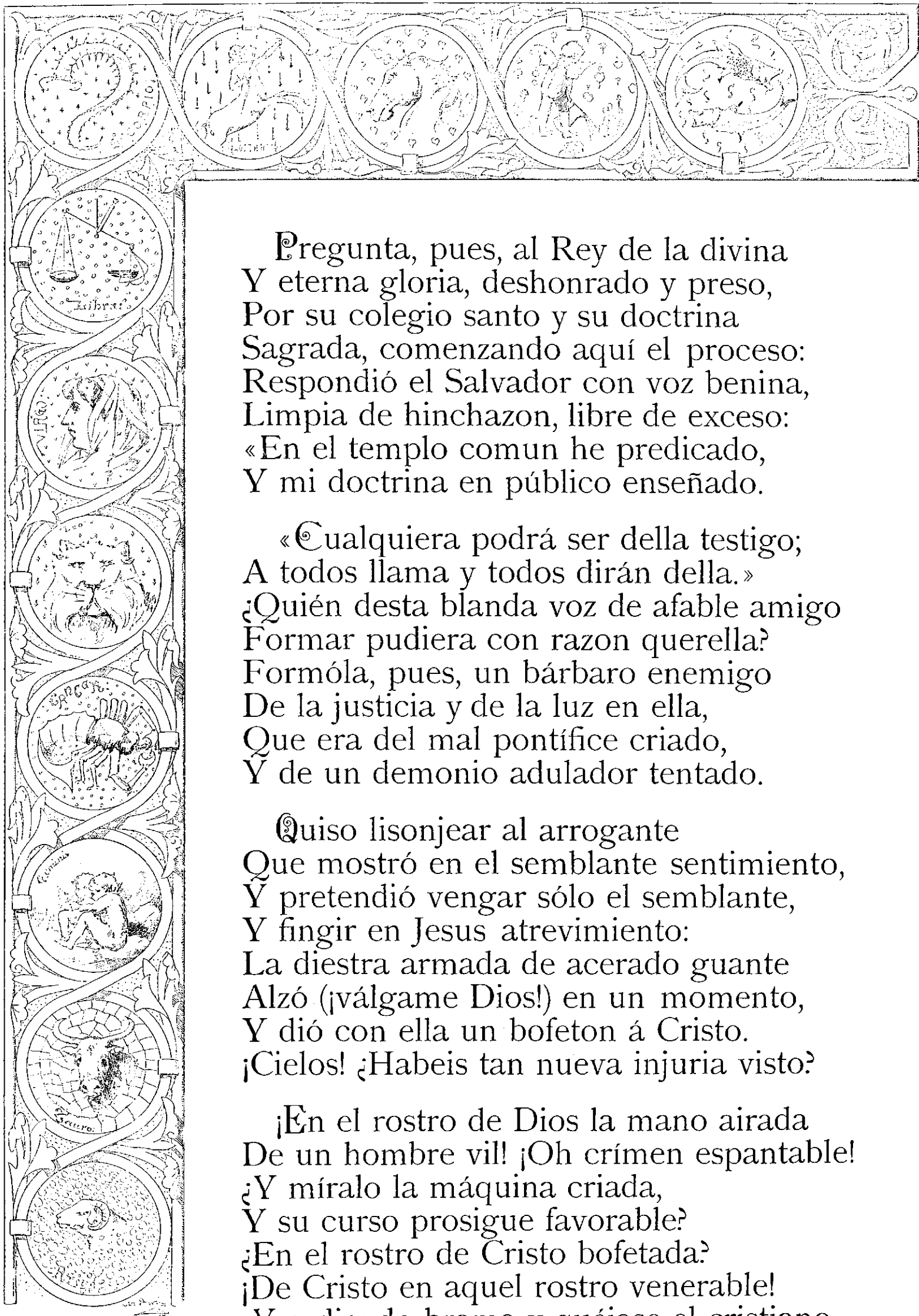


Mas ¡oh tú, resplandor maravilloso,  
Del Padre de las lumbres soberano,  
Sobre quien vino el ímpetu furioso  
Del ejército de ángeles profano!  
Un sentimiento y corazón piadoso  
Me comunica de tu propia mano,  
Para que sienta y diga, llore y hable  
El rigor de tus penas inefable.

Era Anas del colegio preeminente  
Que de la Ley juzgaba y del Profeta,  
Gran sacerdote, príncipe excelente,  
Con sumo imperio y potestad perfecta:  
Por eso la canalla inobediente  
A Dios, y al mal pontífice sujeta,  
Le llevó á Cristo, y con tropel confuso  
En este tribunal su exámen puso.

Estaba el Hombre Dios que manda el cielo  
Con nudos corredizos maniatado,  
Y del fiero escuadrón del lacio suelo  
Y del judáico pueblo rodeado;  
Traído sin piedad al rodopelo,  
La barba y el cabello maltratado,  
Los ojos en la tierra, y el semblante  
Grave y sereno, al Padre semejante.

Y el indigno prelado en silla estaba  
Pomposa y alta, esquivo y desdeñoso,  
Con faz sañuda y apariencia brava,  
En ropa largo, en ánimo ambicioso:  
Lisonjera familia le cercaba,  
Y vulgo de agradalle deseoso,  
Sus hechos aplaudiendo, y sus razones  
Con gestos admirando y con acciones.

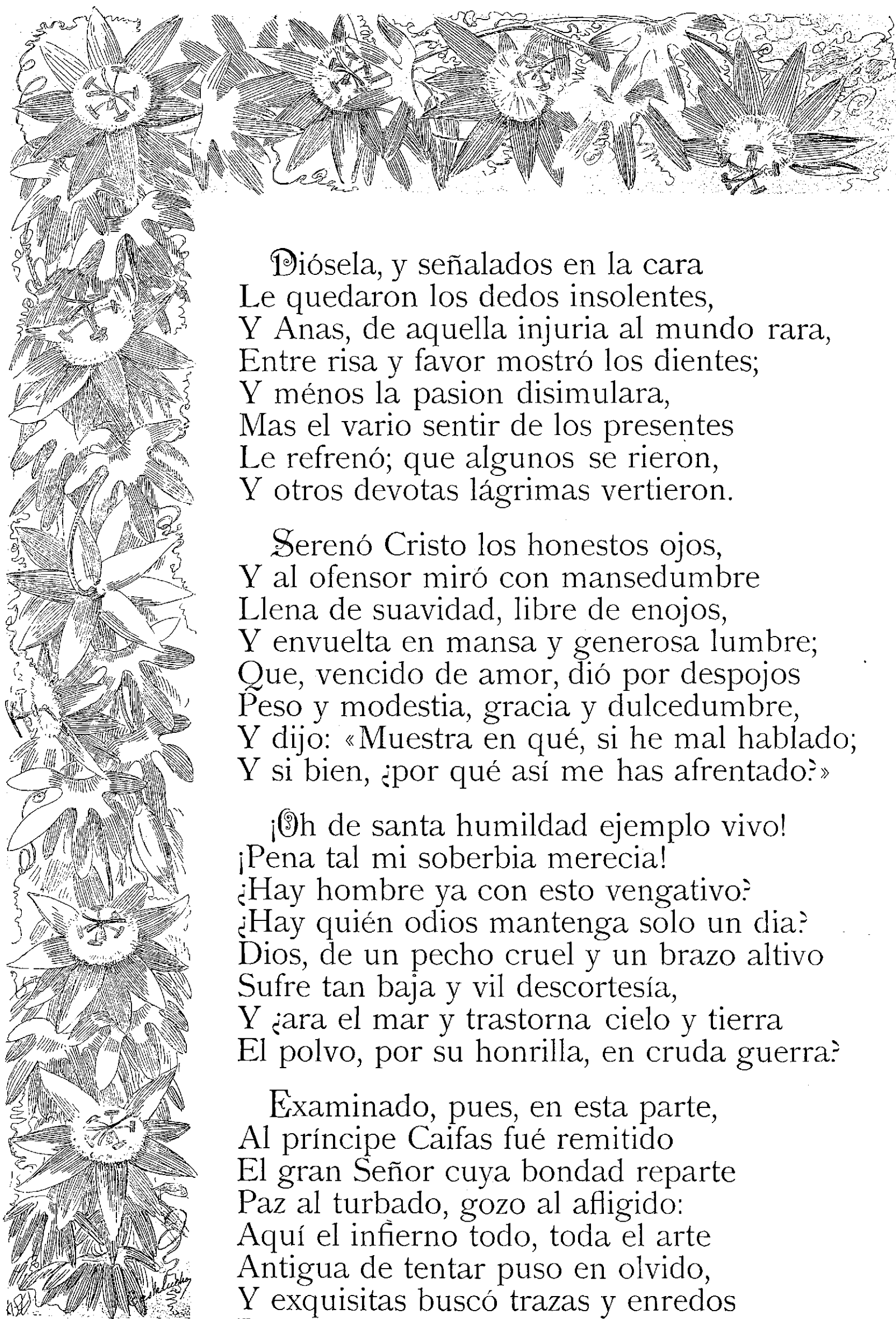


Pregunta, pues, al Rey de la divina  
Y eterna gloria, deshonorado y preso,  
Por su colegio santo y su doctrina  
Sagrada, comenzando aquí el proceso:  
Respondió el Salvador con voz benina,  
Limpia de hinchazon, libre de exceso:  
«En el templo comun he predicado,  
Y mi doctrina en público enseñado.

«Cualquiera podrá ser della testigo;  
A todos llama y todos dirán della.»  
¿Quién desta blanda voz de afable amigo  
Formar pudiera con razon querella?  
Formóla, pues, un bárbaro enemigo  
De la justicia y de la luz en ella,  
Que era del mal pontífice criado,  
Y de un demonio adulator tentado.

Quiso lisonjear al arrogante  
Que mostró en el semblante sentimiento,  
Y pretendió vengar sólo el semblante,  
Y fingir en Jesus atrevimiento:  
La diestra armada de acerado guante  
Alzó (¡válgame Dios!) en un momento,  
Y dió con ella un bofeton á Cristo.  
¡Cielos! ¿Habeis tan nueva injuria visto?

¡En el rostro de Dios la mano airada  
De un hombre vil! ¡Oh crimen espantable!  
¿Y míralo la máquina criada,  
Y su curso prosigue favorable?  
¿En el rostro de Cristo bofetada?  
¡De Cristo en aquel rostro venerable!  
¿Y ardiendo brama y quéjase el cristiano  
Si el viento se le atreve de una mano?



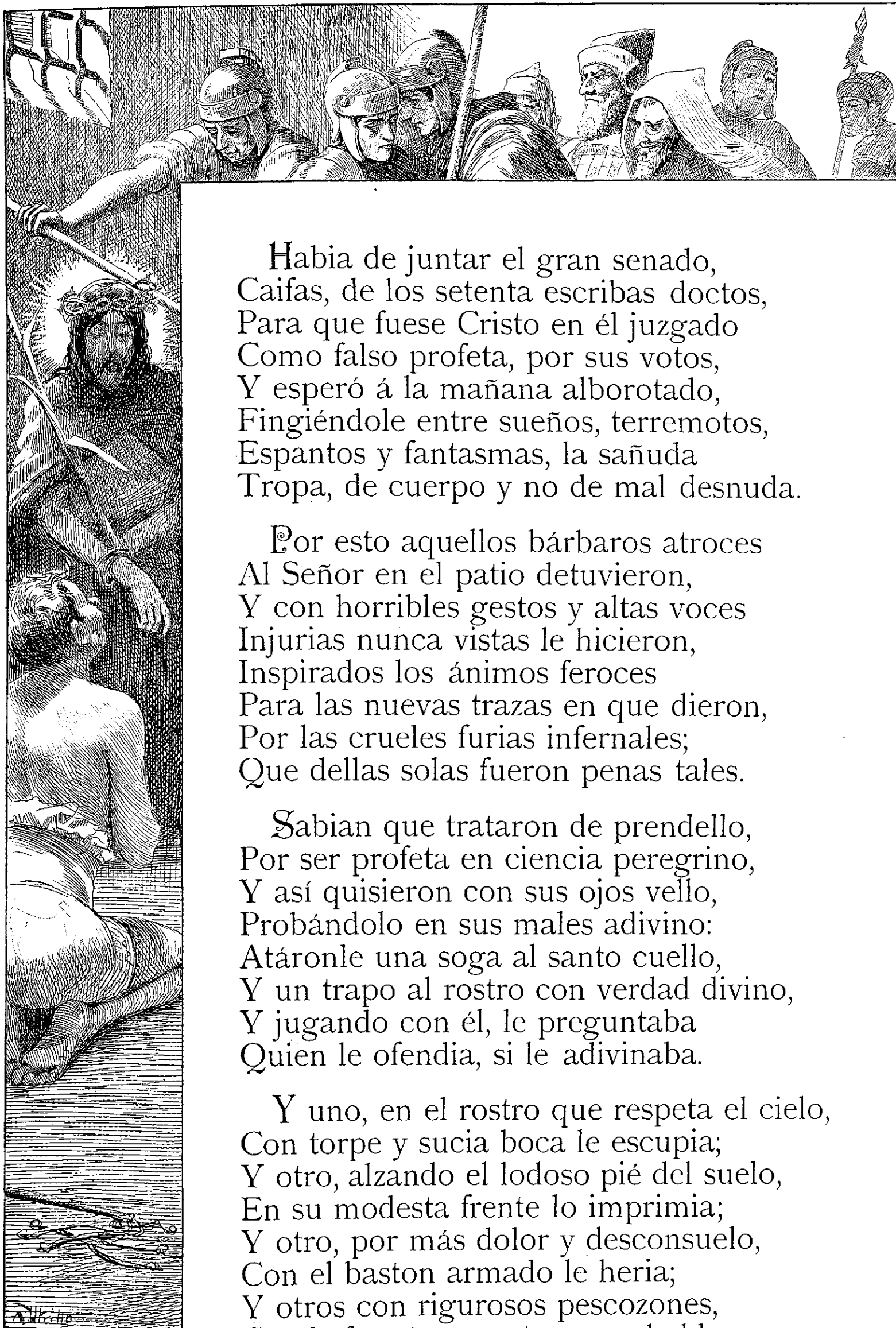
Dióselas, y señalados en la cara  
Le quedaron los dedos insolentes,  
Y Anas, de aquella injuria al mundo rara,  
Entre risa y favor mostró los dientes;  
Y ménos la pasion disimulara,  
Mas el vario sentir de los presentes  
Le refrenó; que algunos se rieron,  
Y otros devotas lágrimas vertieron.

Serenó Cristo los honestos ojos,  
Y al ofensor miró con mansedumbre  
Llena de suavidad, libre de enojos,  
Y envuelta en mansa y generosa lumbre;  
Que, vencido de amor, dió por despojos  
Peso y modestia, gracia y dulcedumbre,  
Y dijo: «Muestra en qué, si he mal hablado;  
Y si bien, ¿por qué así me has afrentado?»

¡Oh de santa humildad ejemplo vivo!  
¡Pena tal mi soberbia merecia!  
¿Hay hombre ya con esto vengativo?  
¿Hay quién odios mantenga solo un dia?  
Dios, de un pecho cruel y un brazo altivo  
Sufre tan baja y vil descortesía,  
Y ¿ara el mar y trastorna cielo y tierra  
El polvo, por su honrilla, en cruda guerra?

Examinado, pues, en esta parte,  
Al príncipe Caifas fué remitido  
El gran Señor cuya bondad reparte  
Paz al turbado, gozo al afligido:  
Aquí el infierno todo, toda el arte  
Antigua de tentar puso en olvido,  
Y exquisitas buscó trazas y enredos  
Para dar fin á sus ocultos miedos.



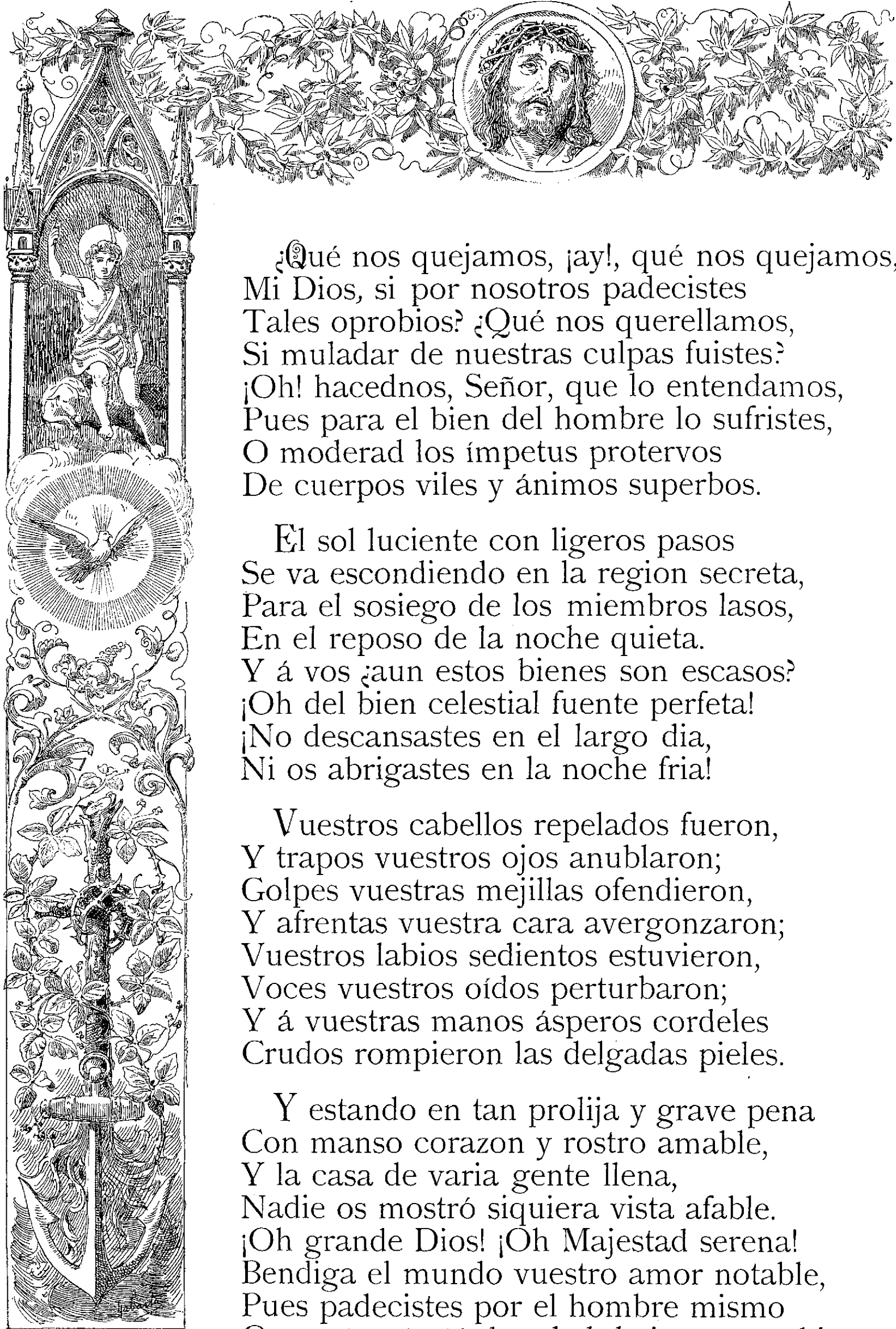


Habia de juntar el gran senado,  
Caifas, de los setenta escribas doctos,  
Para que fuese Cristo en él juzgado  
Como falso profeta, por sus votos,  
Y esperó á la mañana alborotado,  
Fingiéndole entre sueños, terremotos,  
Espantos y fantasmas, la sañuda  
Tropa, de cuerpo y no de mal desnuda.

Por esto aquellos bárbaros atroces  
Al Señor en el patio detuvieron,  
Y con horribles gestos y altas voces  
Injurias nunca vistas le hicieron,  
Inspirados los ánimos feroces  
Para las nuevas trazas en que dieron,  
Por las crueles furias infernales;  
Que dellas solas fueron penas tales.

Sabian que trataron de prendello,  
Por ser profeta en ciencia peregrino,  
Y así quisieron con sus ojos vello,  
Probándolo en sus males adivino:  
Atáronle una soga al santo cuello,  
Y un trapo al rostro con verdad divino,  
Y jugando con él, le preguntaba  
Quien le ofendia, si le adivinaba.

Y uno, en el rostro que respeta el cielo,  
Con torpe y sucia boca le escupia;  
Y otro, alzando el lodoso pié del suelo,  
En su modesta frente lo imprimia;  
Y otro, por más dolor y desconsuelo,  
Con el baston armado le heria;  
Y otros con rigurosos pescozones,  
Con befas otros, y otros con baldones.

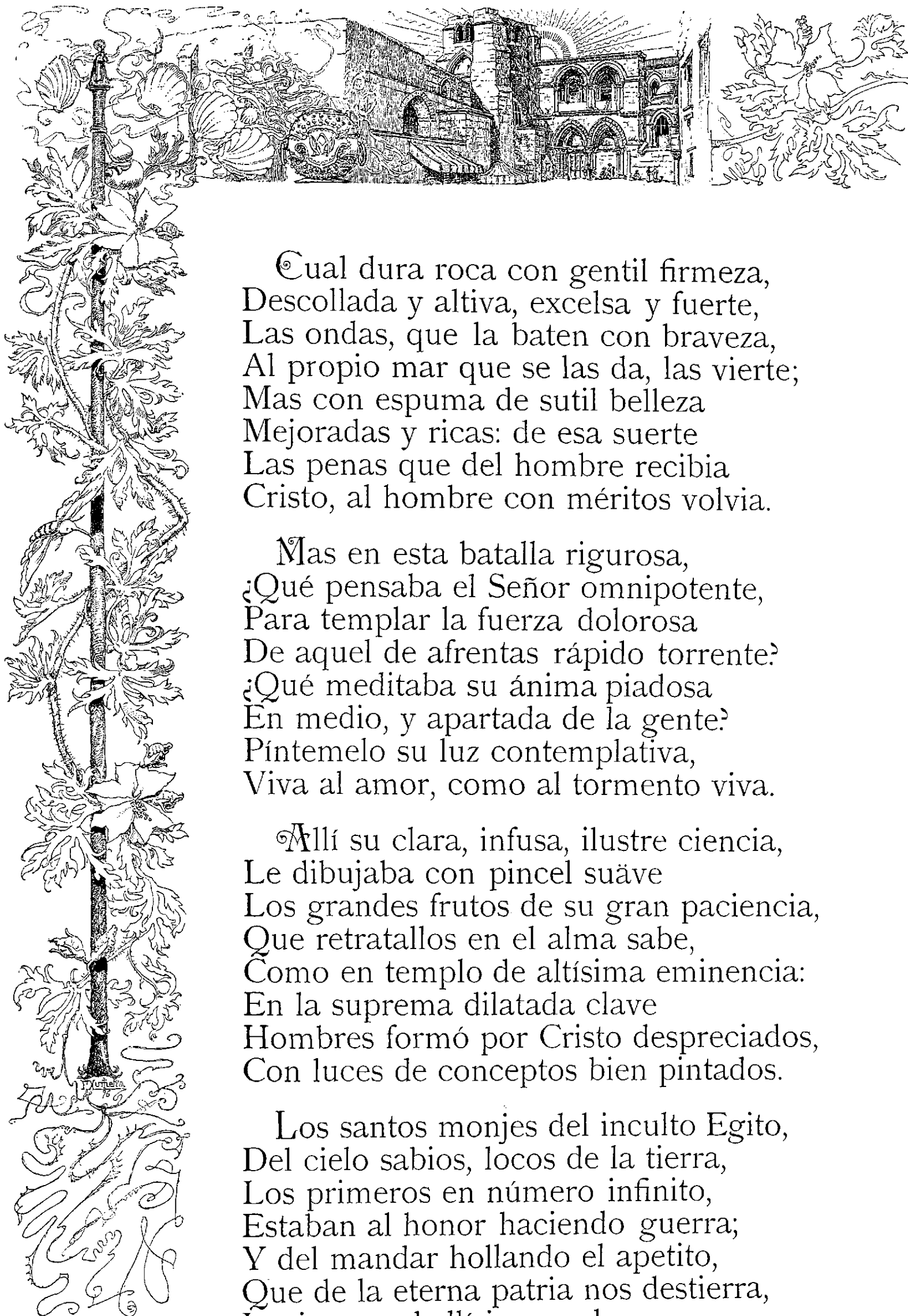


¿Qué nos quejamos, ¡ay!, qué nos quejamos,  
Mi Dios, si por nosotros padecistes  
Tales oprobios? ¿Qué nos querellamos,  
Si muladar de nuestras culpas fuistes?  
¡Oh! hacednos, Señor, que lo entendamos,  
Pues para el bien del hombre lo sufristes,  
O moderad los ímpetus protervos  
De cuerpos viles y ánimos superbos.

El sol luciente con ligeros pasos  
Se va escondiendo en la region secreta,  
Para el sosiego de los miembros lasos,  
En el reposo de la noche quieta.  
Y á vos ¿aun estos bienes son escasos?  
¡Oh del bien celestial fuente perfeta!  
¡No descansastes en el largo dia,  
Ni os abrigastes en la noche fria!

Vuestros cabellos repelados fueron,  
Y trapos vuestros ojos anublaron;  
Golpes vuestras mejillas ofendieron,  
Y afrentas vuestra cara avergonzaron;  
Vuestros labios sedientos estuvieron,  
Voces vuestros oídos perturbaron;  
Y á vuestras manos ásperos cordeles  
Crudos rompieron las delgadas pieles.

Y estando en tan prolija y grave pena  
Con manso corazon y rostro amable,  
Y la casa de varia gente llena,  
Nadie os mostró siquiera vista afable.  
¡Oh grande Dios! ¡Oh Majestad serena!  
Bendiga el mundo vuestro amor notable,  
Pues padecistes por el hombre mismo  
Que así os trató, bondad de inmenso abismo.



¶ Cual dura roca con gentil firmeza,  
Descollada y altiva, excelsa y fuerte,  
Las ondas, que la baten con braveza,  
Al propio mar que se las da, las vierte;  
Mas con espuma de sutil belleza  
Mejoradas y ricas: de esa suerte  
Las penas que del hombre recibia  
Cristo, al hombre con méritos volvia.

¶ Mas en esta batalla rigurosa,  
¿Qué pensaba el Señor omnipotente,  
Para templar la fuerza dolorosa  
De aquel de afrentas rápido torrente?  
¿Qué meditaba su ánima piadosa  
En medio, y apartada de la gente?  
Píntemelo su luz contemplativa,  
Viva al amor, como al tormento viva.

¶ Allí su clara, infusa, ilustre ciencia,  
Le dibujaba con pincel suäve  
Los grandes frutos de su gran paciencia,  
Que retratallos en el alma sabe,  
Como en templo de altísima eminencia:  
En la suprema dilatada clave  
Hombres formó por Cristo despreciados,  
Con luces de conceptos bien pintados.

¶ Los santos monjes del inculto Egito,  
Del cielo sabios, locos de la tierra,  
Los primeros en número infinito,  
Estaban al honor haciendo guerra;  
Y del mandar hollando el apetito,  
Que de la eterna patria nos destierra,  
Lucian con bellísimas colores  
Graves sombras y ufanos resplandores.





Arzenio, que de Arcadio el magisterio,  
Y el palacio dejó del griego altivo,  
Del buen Teodosio el soberano imperio  
Mirando estaba con desprecio esquivo;  
Y el Damasceno, en bajo ministerio,  
Por hollar el espíritu nocivo  
De la vieja ambicion que le seguia,  
Espuertas donde fué señor vendia.

Alexio, entre mil luces dibujado,  
Cual imágen de Cristo verdadera,  
A vista de su esposa maltratado,  
Solo y sufrido estaba en su escalera;  
Y otro su imitador, mozo esforzado  
Y humilde monje, que en su edad primera  
Pobre murió en la casa de su padre,  
Desconocido dél y de su madre.

Azotado tambien el gran Macario  
Con insolente popular rüido  
Por monje infame y torpe fornicario,  
Resplandecia en sombras escondido:  
Teodoro, en nombre y en sucesos vario  
(Pues fué mujer, y por varon tenido),  
En hábito de fraile allí se via,  
Que semejante falsedad sufria.

Y al buen Domingo, de humildad maestro,  
Le echaban los herejes en el lodo,  
Y él, en paciencia ejercitado y diestro,  
Rostro alegre mostraba y dulce modo;  
Y el hombre serafin del cielo nuestro,  
De las virtudes un segundo todo,  
Entre piedras y vulgo, ardiendo estaba  
En Dios, y las injurias despreciaba.



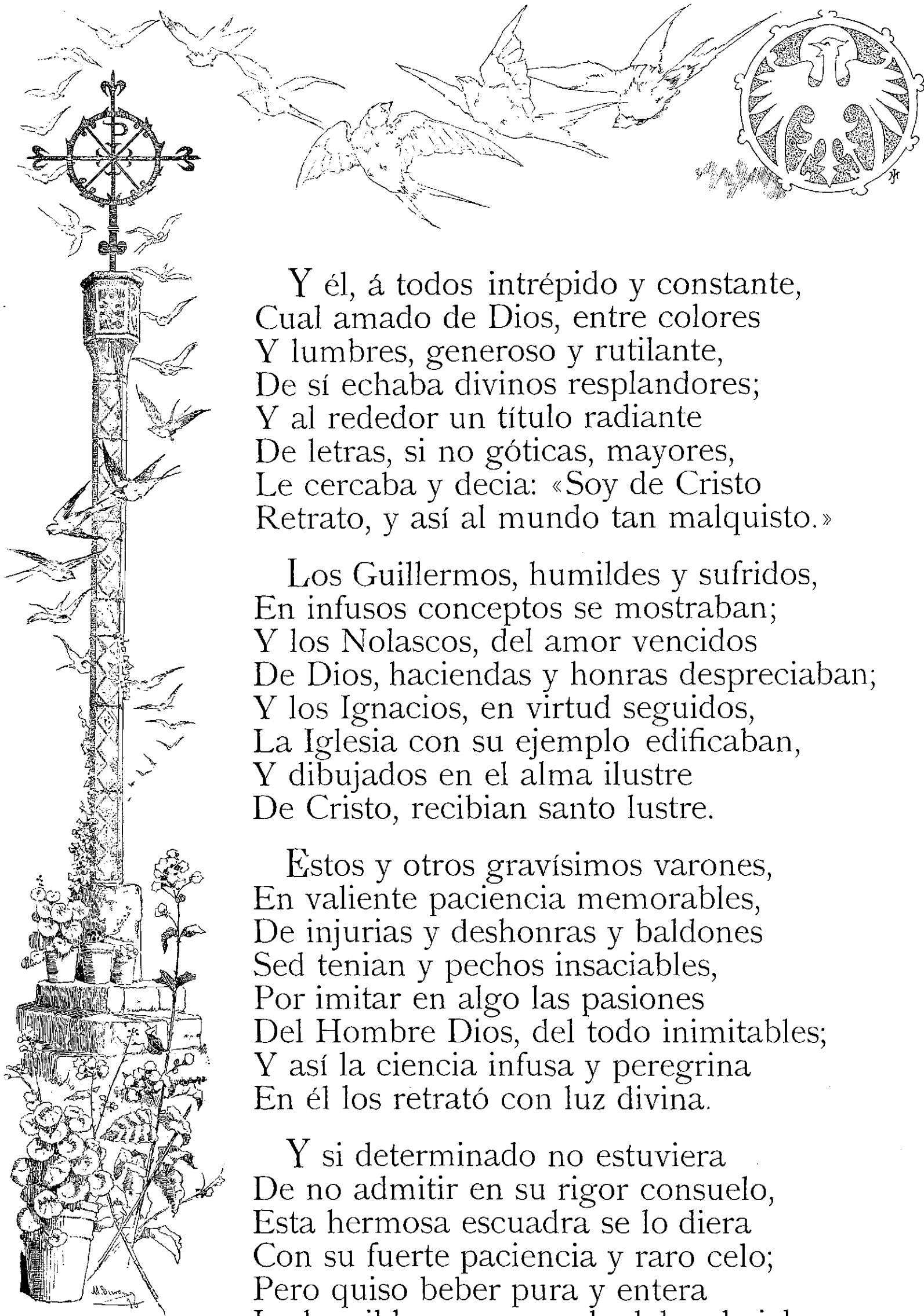


Y destes patriarcas venerables  
De las dos celestiales religiones,  
Habia en la pintura innumerables,  
Hijos de valerosos corazones:  
Un Pedro, entre sufridos admirables,  
Admirable señor de sus pasiones,  
Y un Luis, rey, con otros Pedros sabios,  
Y otros Luises mil sufriendo agravios.

Un Enrique Suson, de arnes tranzado,  
Sobre un cielo de estrellas parecia,  
Desde los piés á la cabeza armado,  
Con que inmensos trabajos padecia;  
Y un mastin fiero, á su derecho lado,  
Que un trapo con los dientes deshacia,  
Porque cual trapo vil le deshicieron  
Las lenguas que despues le acometieron.

Aqueste tuvo como propio nombre,  
Por premio de su altísima paciencia,  
*El amado de Dios* por sobrenombre,  
Nuevo y grande apellido y excelencia:  
Las obras conformó con el renombre,  
Y al cabo de una extraña penitencia,  
No pasó dia sin afrenta y daños,  
En muchos, largos y penosos años.

Y así ya le faltaban sus amigos,  
Y ya le deshonraban sus parientes;  
Ya le daban temor sus enemigos,  
Y ya le atropellaban insolentes;  
Ya le hacian mal falsos testigos,  
Y ya en diversos modos varias gentes;  
Ya con tormentas y rigor el cielo,  
Y ya con trazas y pasion el suelo.



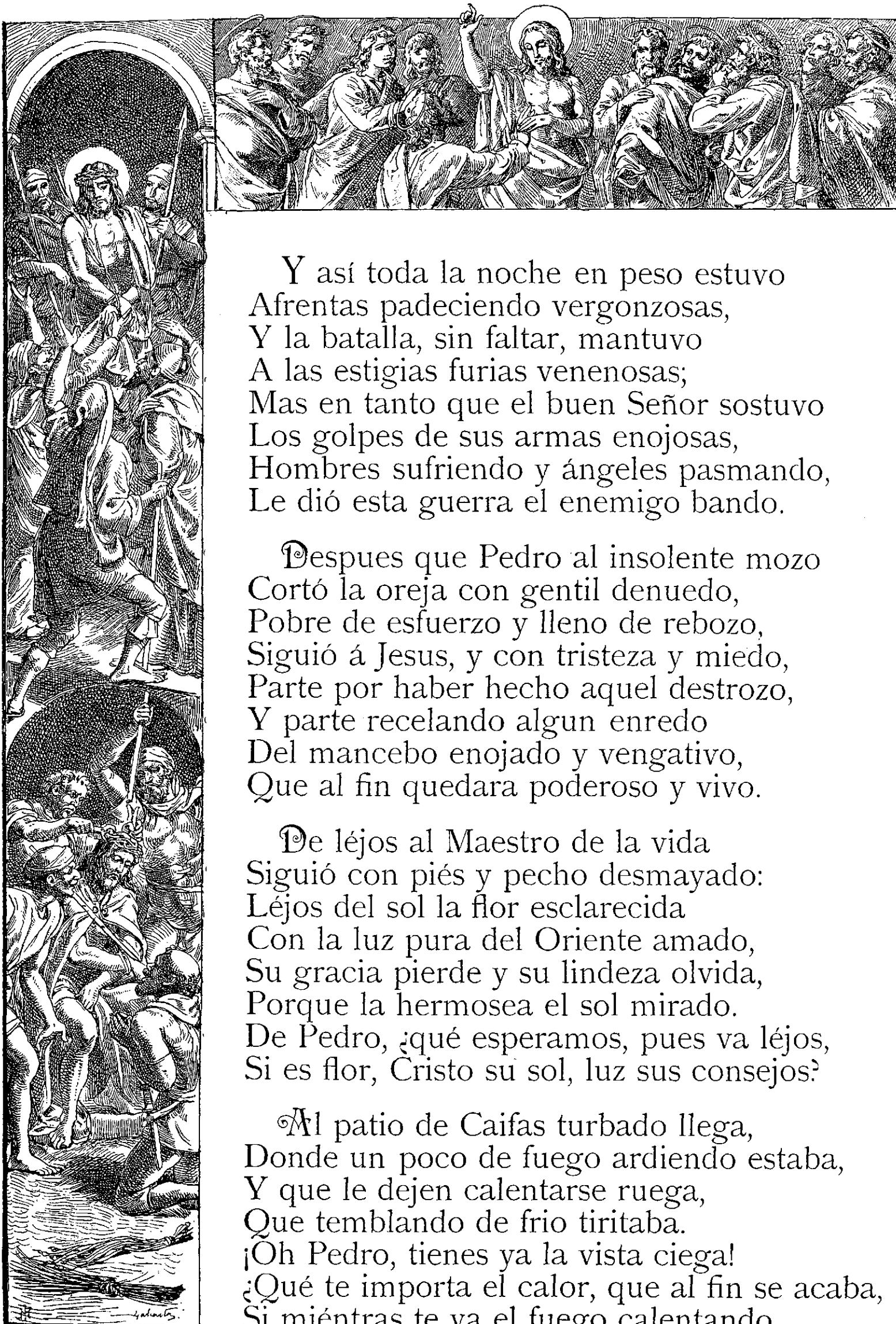
Y él, á todos intrépido y constante,  
Cual amado de Dios, entre colores  
Y lumbres, generoso y rutilante,  
De sí echaba divinos resplandores;  
Y al rededor un título radiante  
De letras, si no góticas, mayores,  
Le cercaba y decia: «Soy de Cristo  
Retrato, y así al mundo tan malquisto.»

Los Guillemos, humildes y sufridos,  
En infusos conceptos se mostraban;  
Y los Nolascos, del amor vencidos  
De Dios, haciendas y honras despreciaban;  
Y los Ignacios, en virtud seguidos,  
La Iglesia con su ejemplo edificaban,  
Y dibujados en el alma ilustre  
De Cristo, recibian santo lustre.

Estos y otros gravísimos varones,  
En valiente paciencia memorables,  
De injurias y deshonras y baldones  
Sed tenían y pechos insaciables,  
Por imitar en algo las pasiones  
Del Hombre Dios, del todo inimitables;  
Y así la ciencia infusa y peregrina  
En él los retrató con luz divina.

Y si determinado no estuviera  
De no admitir en su rigor consuelo,  
Esta hermosa escuadra se lo diera  
Con su fuerte paciencia y raro celo;  
Pero quiso beber pura y entera  
La horrible purga que le daba el cielo,  
Para ofrecer en méritos mayores  
Por los mismos al Padre sus dolores.



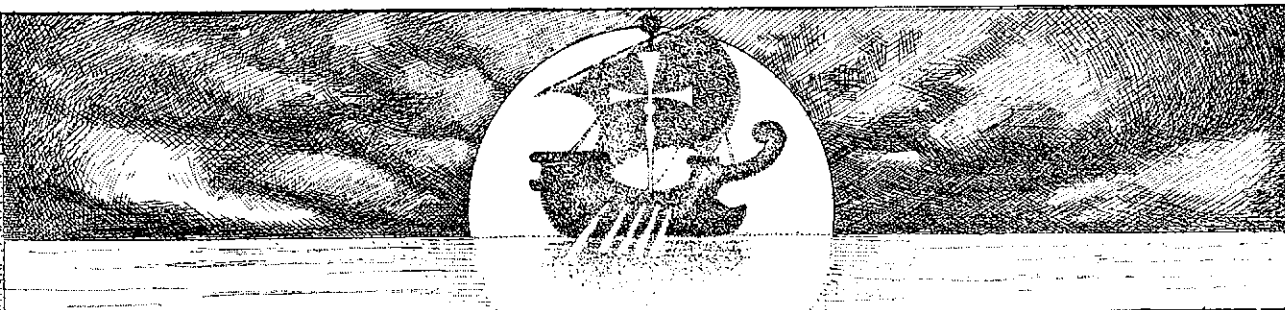


Y así toda la noche en peso estuvo  
 Afrentas padeciendo vergonzosas,  
 Y la batalla, sin faltar, mantuvo  
 A las estigias furias venenosas;  
 Mas en tanto que el buen Señor sostuvo  
 Los golpes de sus armas enojosas,  
 Hombres sufriendo y ángeles pasmando,  
 Le dió esta guerra el enemigo bando.

Después que Pedro al insolente mozo  
 Cortó la oreja con gentil denuedo,  
 Pobre de esfuerzo y lleno de rebozo,  
 Siguió á Jesus, y con tristeza y miedo,  
 Parte por haber hecho aquel destrozo,  
 Y parte recelando algun enredo  
 Del mancebo enojado y vengativo,  
 Que al fin quedara poderoso y vivo.

De léjos al Maestro de la vida  
 Siguió con piés y pecho desmayado:  
 Léjos del sol la flor esclarecida  
 Con la luz pura del Oriente amado,  
 Su gracia pierde y su lindeza olvida,  
 Porque la hermosea el sol mirado.  
 De Pedro, ¿qué esperamos, pues va léjos,  
 Si es flor, Cristo su sol, luz sus consejos?

Al patio de Caifas turbado llega,  
 Donde un poco de fuego ardiendo estaba,  
 Y que le dejen calentarse ruega,  
 Que temblando de frio tiritaba.  
 ¡Oh Pedro, tienes ya la vista ciega!  
 ¿Qué te importa el calor, que al fin se acaba,  
 Si mientras te va el fuego calentando,  
 El fuego del amor te va faltando?

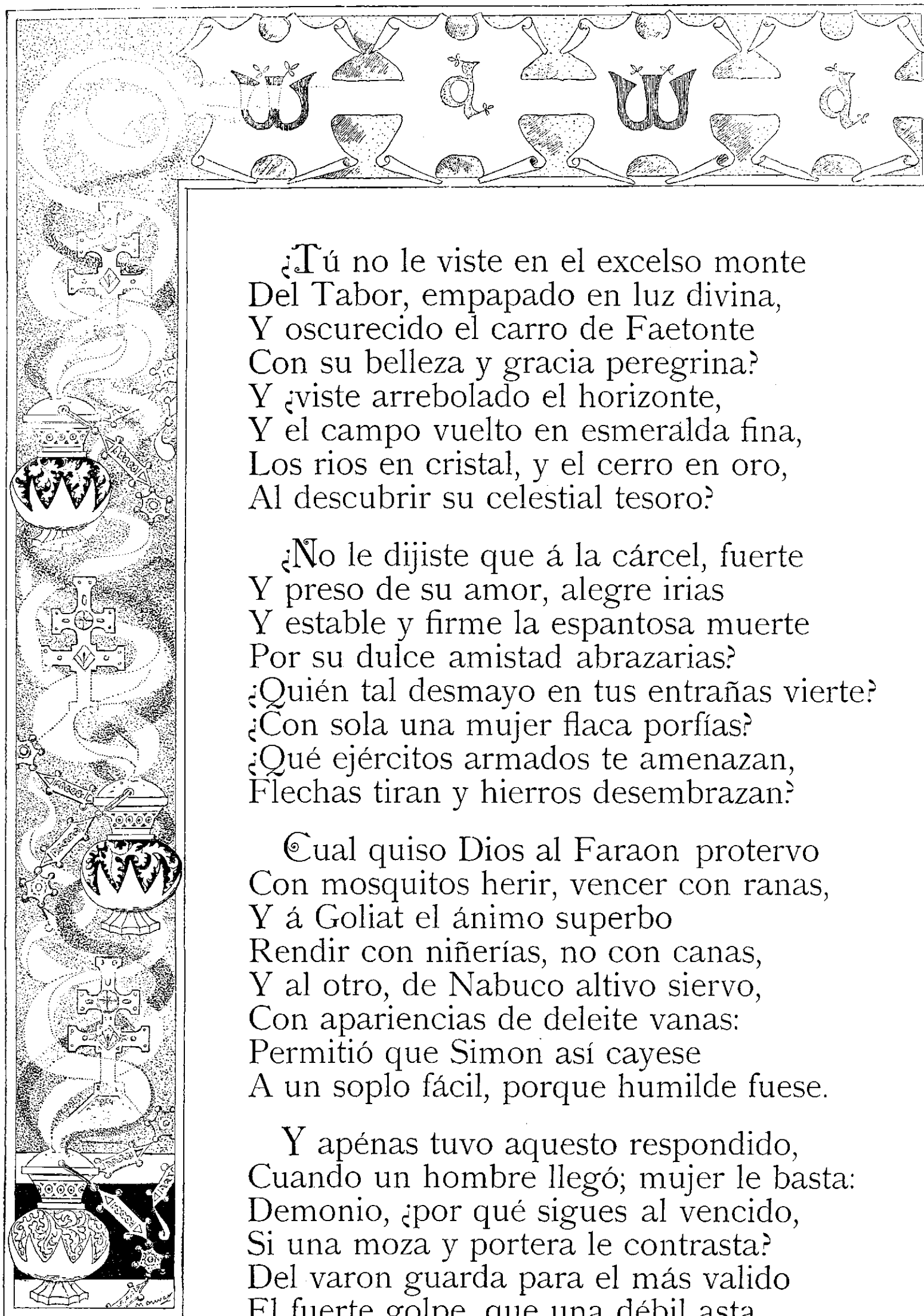


Mas llégase, y al fuego se recrea;  
Tiende los piés, las manos desentume:  
Mira, Pedro, ya tibio no te vea  
Quien á esa llama y resplandor te ahume:  
Él fuego con su ardor le lisonjea,  
Y poco á poco ardiendo, le consume,  
Como á la cera que la luz derrite  
Más, cuanto más en su amistad la admite.

Andaba una mozuela revoltosa  
Por allí, cual mujer, impertinente,  
De saber novedades codiciosa,  
Y por su mal portera diligente:  
Miró á Pedro con vista ponzoñosa,  
Y como á nuestra madre la serpiente,  
Le habló trasfundiéndole el veneno  
De que su lengua y silbo estaba lleno.

Y díjole atrevida y desenvuelta:  
«¿Tú eres de la escuela de aquel hombre?»  
Pedro los labios abre y la voz suelta;  
Mujer es, Pedro, y sola; no te asombre:  
Con todo aqueso Pedro da la vuelta  
Del bien al mal, y de su propio nombre,  
Que es de valor, á la flaqueza infame;  
Por tanto Pedro ya Simon se llame.

Simon triste responde y afligido:  
«Mujer, yo no conozco tal persona.»  
Simon, ¿tan presto pones en olvido  
Al Hijo Eterno á quien el Padre abona,  
De quien el cielo tiembla estremecido,  
A quien el mundo por Señor pregona?  
¿A Jesus tu maestro no conoces?  
¿Qué has visto en él, que así le desconoces?



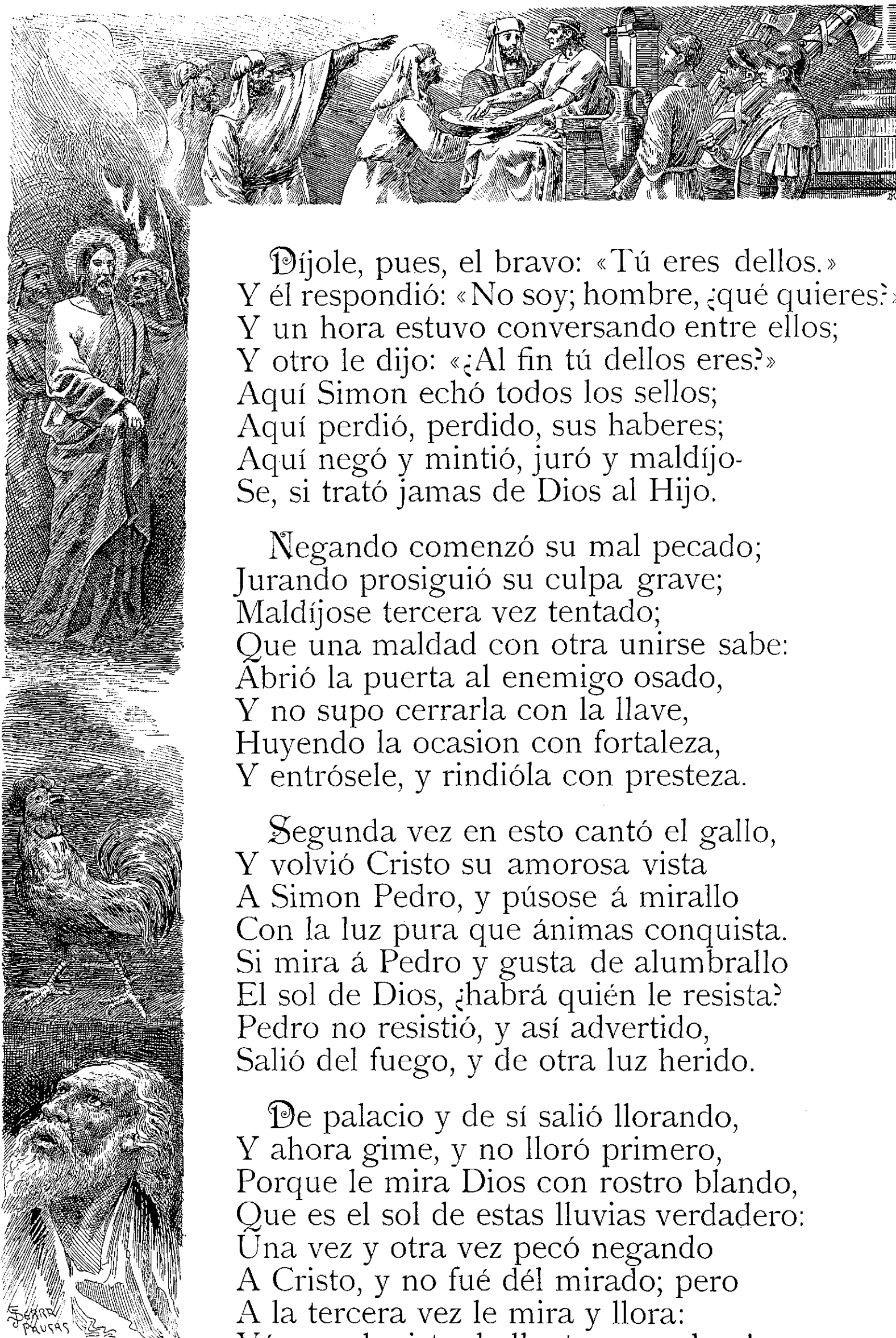
¿Tú no le viste en el excelso monte  
Del Tabor, empapado en luz divina,  
Y oscurecido el carro de Faetonte  
Con su belleza y gracia peregrina?  
Y ¿viste arrebolado el horizonte,  
Y el campo vuelto en esmeralda fina,  
Los rios en cristal, y el cerro en oro,  
Al descubrir su celestial tesoro?

¿No le dijiste que á la cárcel, fuerte  
Y preso de su amor, alegre irias  
Y estable y firme la espantosa muerte  
Por su dulce amistad abrazarias?  
¿Quién tal desmayo en tus entrañas vierte?  
¿Con sola una mujer flaca porfías?  
¿Qué ejércitos armados te amenazan,  
Flechas tiran y hierros desembrazan?

¿Cual quiso Dios al Faraon protervo  
Con mosquitos herir, vencer con ranas,  
Y á Goliat el ánimo superbo  
Rendir con niñerías, no con canas,  
Y al otro, de Nabuco altivo siervo,  
Con apariencias de deleite vanas:  
Permitió que Simon así cayese  
A un soplo fácil, porque humilde fuese.

Y apenas tuvo aquesto respondido,  
Cuando un hombre llegó; mujer le basta:  
Demonio, ¿por qué sigues al vencido,  
Si una moza y portera le contrasta?  
Del varon guarda para el más valido  
El fuerte golpe, que una débil asta  
Postró á Simon; pero es nuestro adversario  
Al más cobarde más feroz contrario.





Díjole, pues, el bravo: «Tú eres dellos.»  
Y él respondió: «No soy; hombre, ¿qué quieres?»  
Y un hora estuvo conversando entre ellos;  
Y otro le dijo: «¿Al fin tú dellos eres?»  
Aquí Simon echó todos los sellos;  
Aquí perdió, perdido, sus haberes;  
Aquí negó y mintió, juró y maldijo-  
Se, si trató jamas de Dios al Hijo.

Negando comenzó su mal pecado;  
Jurando prosiguió su culpa grave;  
Maldíjose tercera vez tentado;  
Que una maldad con otra unirse sabe:  
Abrió la puerta al enemigo osado,  
Y no supo cerrarla con la llave,  
Huyendo la ocasion con fortaleza,  
Y entrósele, y rindióla con presteza.

Segunda vez en esto cantó el gallo,  
Y volvió Cristo su amorosa vista  
A Simon Pedro, y púsose á mirallo  
Con la luz pura que ánimas conquista.  
Si mira á Pedro y gusta de alumbrallo  
El sol de Dios, ¿habrá quién le resista?  
Pedro no resistió, y así advertido,  
Salió del fuego, y de otra luz herido.

De palacio y de sí salió llorando,  
Y ahora gime, y no lloró primero,  
Porque le mira Dios con rostro blando,  
Que es el sol de estas lluvias verdadero:  
Una vez y otra vez pecó negando  
A Cristo, y no fué dél mirado; pero  
A la tercera vez le mira y llora:  
Véme, ¡oh vista de llanto causadora!





A. Nadal lit.

C. Castelucho cop.º

Lit. Aleu.—Barcelona.

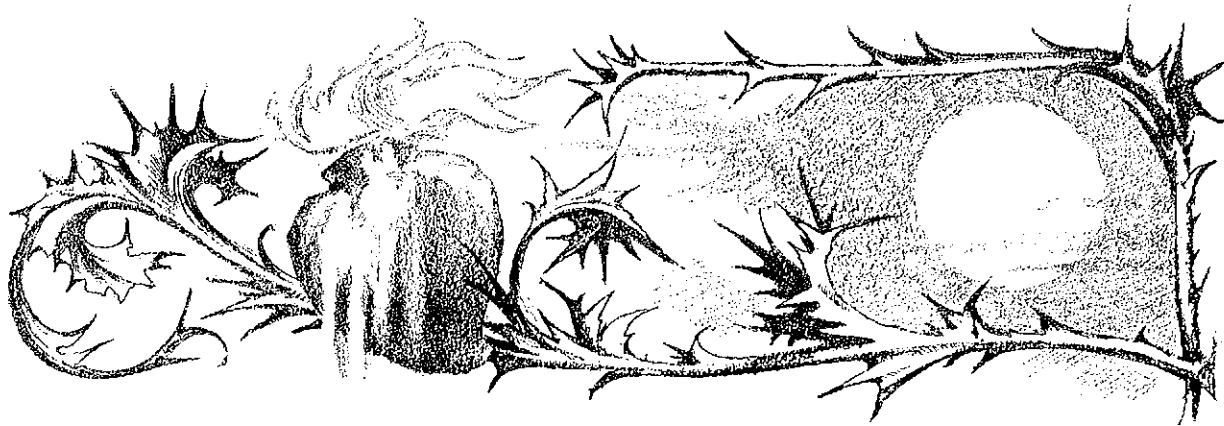








LA CRISTIADA. 45.

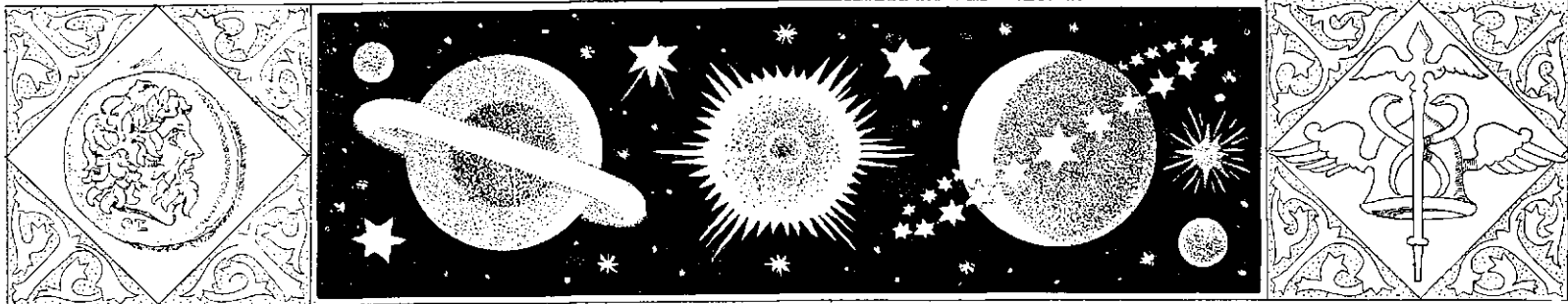


Mírale Cristo, y váñsele los ojos  
Por la oveja al pastor que ve perdida,  
Y con ellos le habla, y sus enojos,  
Aunque ofendido, por cobralla olvida:  
Era del lobo atroz muertos despojos,  
Y es de Dios presa, y presa ya con vida.  
¡Oh Pedro! ¿Qué pensaste y qué dijiste  
Cuando hablado de sus ojos fuiste?

Puso en tierra la vista, ya importante  
Sólo para llorar su desatino,  
Y su memoria le ofreció al instante  
Como su buen Maestro le previno,  
Diciendo: «Al tiempo ya que el gallo cante  
Segunda vez, ¡oh Pedro!, te adivino  
Que dos veces y aun tres me habrás negado.»  
Y como se acordó, dijo asombrado:

«¿Soy Pedro? ¿Yo soy Pedro? No es posible.  
¿Soy yo la piedra en que la Iglesia estriba?  
No; que aquella ha de ser piedra inmóvil,  
Piedra fundamental y piedra viva;  
Y yo de un golpe ménos que sentible  
Caido estoy: un golpe me derriba  
Y la fuerza me quita y el aliento,  
¿Cómo he de ser de un mundo el fundamento?

«¿Soy yo el prometedor alabancioso  
De una y otra difícil y alta empresa?  
Sí soy; que al hombre vano y jactancioso  
Es natural faltar en su promesa.  
¡Qué fácil es fingirse hazañoso  
Cuando el peligro en paz alegre cesa!  
¡Y qué cierto caer, al atrevido  
Que su esfuerzo y su fuerza no ha medido!

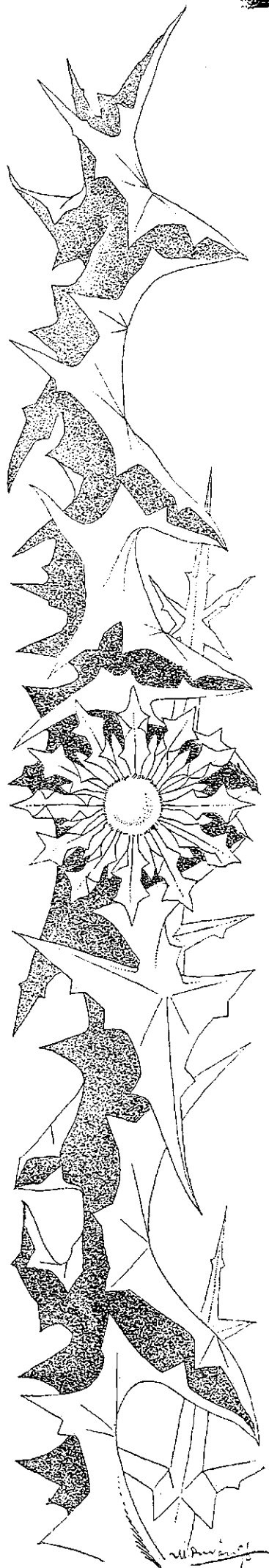


«Mi esfuerzo no medí, caí ligero,  
Negué al Señor, ¡oh caso nunca visto!  
Negué al sol de la gracia verdadero:  
¿Qué gracia ó luz tendré léjos de Cristo?  
A la vida negué, ¿cómo no muero?  
Mas como muerto en el vivir consisto.  
¿Soy Pedro ó soy su sombra desgraciada?  
Nada soy; que el pecar me hizo nada.

«¡Oh, qué bien respondí cuando le dije  
Al soldado «no soy,» pues ya no era;  
Que al sér negando, de mi sér desdije,  
Y aun ojalá de solo mi sér fuera!  
Al sér de Dios negué y mi sér maldije,  
Y el sér aniquilé con que viviera  
Hecho Dios por la gracia. ¡Oh loco! ¡Oh loco!  
Que tan gran sér perdí por ser tan poco.

«Por temor de perder el sér humano,  
El divino perdí, ¡quién tal pensara!  
Llorad, ojos de un muerto por su mano  
Antes que otro enemigo le matara;  
Y más llorad á un hombre muerto en vano,  
Muerto á la vida más preciosa y cara;  
Y sin ganar con esta muerte infame  
Vida que importe, sér que sér se llame.

«Porque sin Dios, ¿qué sér, qué vida es algo?  
Sin el primero sér, ¿qué sér es fuerte?  
¡Ay de mí! que soy nada, y nada valgo  
Despues de aquesta miserable muerte:  
Era hijo de Dios y hijodalgo,  
Hijo del sér que sér divino vierte:  
Dije «no soy;» negándole, negúeme:  
¡Maldito el hombre que tan poco teme!



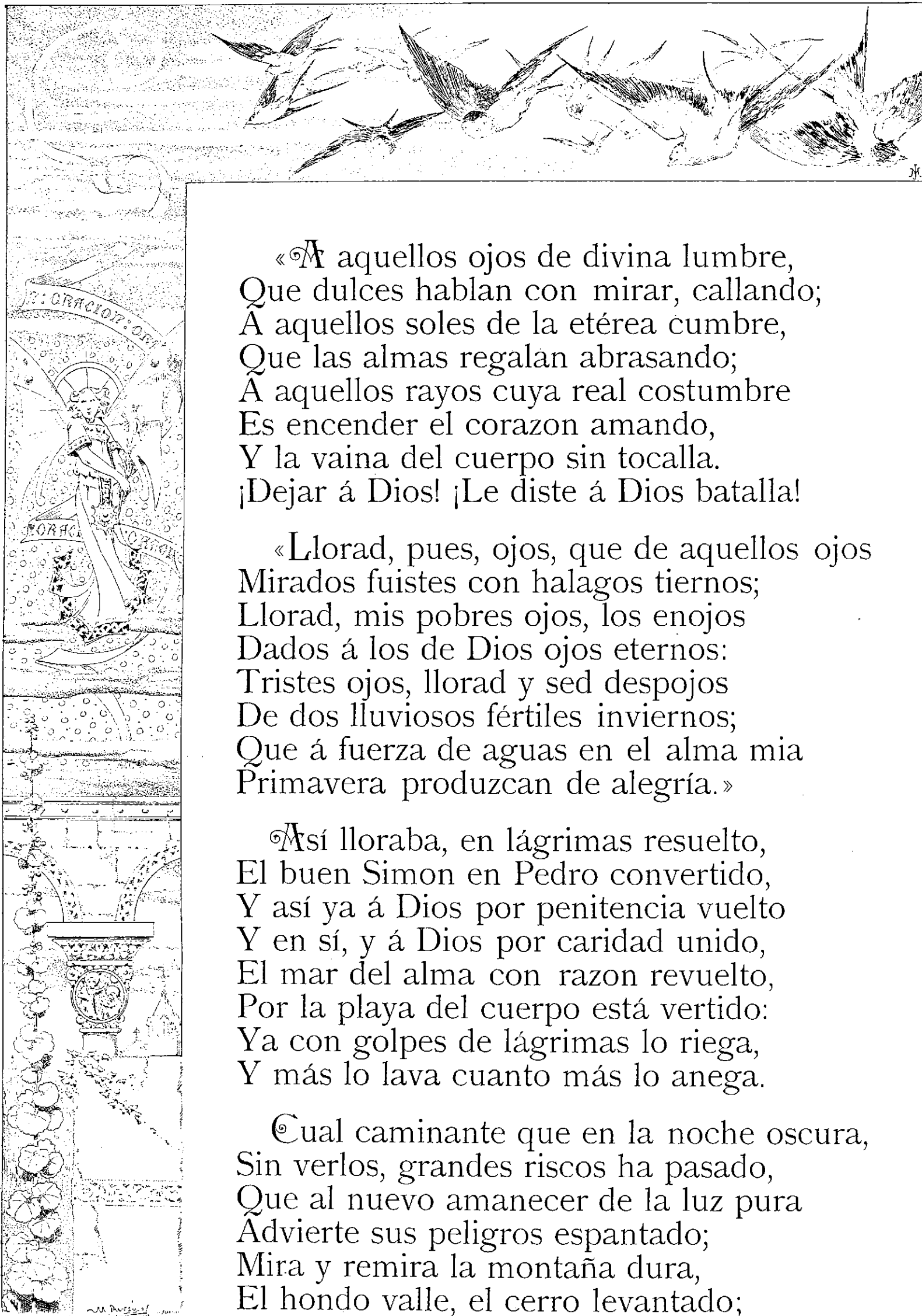
«¿Qué temí? ¡una mozuela! ¡Oh miedo triste!  
¿Una portera vil me descompuso?  
¿Junto al brazo de Dios, Pedro, temiste?  
Y ¿á una mujer? ¡Ah! con razon te acuso:  
A la flaqueza misma te rendiste,  
Que por lanza y espada, rueca y huso  
Gobierna; y á la misma fortaleza  
Negaste, por temor desta flaqueza.

«Ya ¿qué no temerá quien temió tanto,  
Que á la misma flaqueza miedo tuvo,  
Y ante el mismo poder que causa espanto  
Al mismo infierno que sin él estuvo?  
Mi enfermo corazon deshecho en llanto,  
Que en caso tal tan poco sér mantuvo,  
Será símbolo cierto y propio nombre  
Del poco sér del corazon del hombre.

«Mas, pues, amor, y no la fe, te falta,  
Que bien sé que la fe no te ha dejado,  
¿Qué defecto hallaste en Dios, qué falta,  
Alma cobarde, por qué le has negado?  
Aquella esencia poderosa y alta  
Que en pie mantiene todo lo criado,  
¿Qué mal te hizo, ó qué bien no te ha hecho,  
Que tan presto la echaste de tu pecho?

«El sér te dió vital y generoso:  
¿A quien el sér te dió, su sér negaste?  
Despues el sér te conservó precioso,  
Y en él fundado, en contra dél te armaste:  
Llamóte, al fin, con ánimo piadoso;  
Hízote su discípulo, que baste;  
Y tú, á su leche y á su amor criado,  
Como cuervo á los ojos le has saltado;



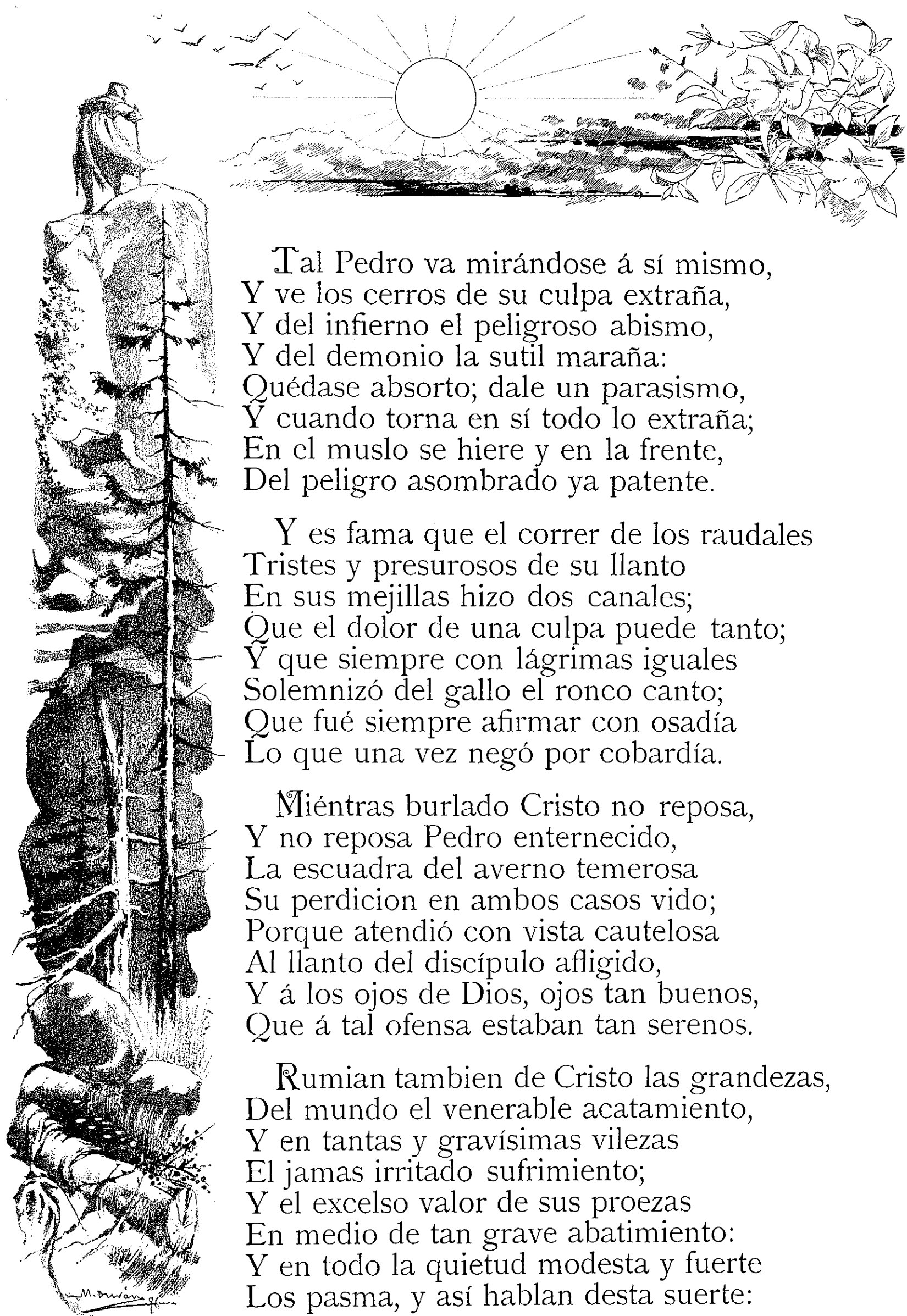


«**A** aquellos ojos de divina lumbre,  
Que dulces hablan con mirar, callando;  
A aquellos soles de la etérea cumbre,  
Que las almas regalan abrasando;  
A aquellos rayos cuya real costumbre  
Es encender el corazón amando,  
Y la vaina del cuerpo sin tocalla.  
¡Dejar á Dios! ¡Le diste á Dios batalla!

«Llorad, pues, ojos, que de aquellos ojos  
Mirados fuistes con halagos tiernos;  
Llorad, mis pobres ojos, los enojos  
Dados á los de Dios ojos eternos:  
Tristes ojos, llorad y sed despojos  
De dos lluviosos fértiles inviernos;  
Que á fuerza de aguas en el alma mia  
Primavera produzcan de alegría.»

**A**sí lloraba, en lágrimas resuelto,  
El buen Simón en Pedro convertido,  
Y así ya á Dios por penitencia vuelto  
Y en sí, y á Dios por caridad unido,  
El mar del alma con razón revuelto,  
Por la playa del cuerpo está vertido:  
Ya con golpes de lágrimas lo riega,  
Y más lo lava cuanto más lo anega.

**C**ual caminante que en la noche oscura,  
Sin verlos, grandes riscos ha pasado,  
Que al nuevo amanecer de la luz pura  
Advierte sus peligros espantado;  
Mira y remira la montaña dura,  
El hondo valle, el cerro levantado;  
Y confuso, no acaba de asombrarse  
De ver que los pasó sin despeñarse;

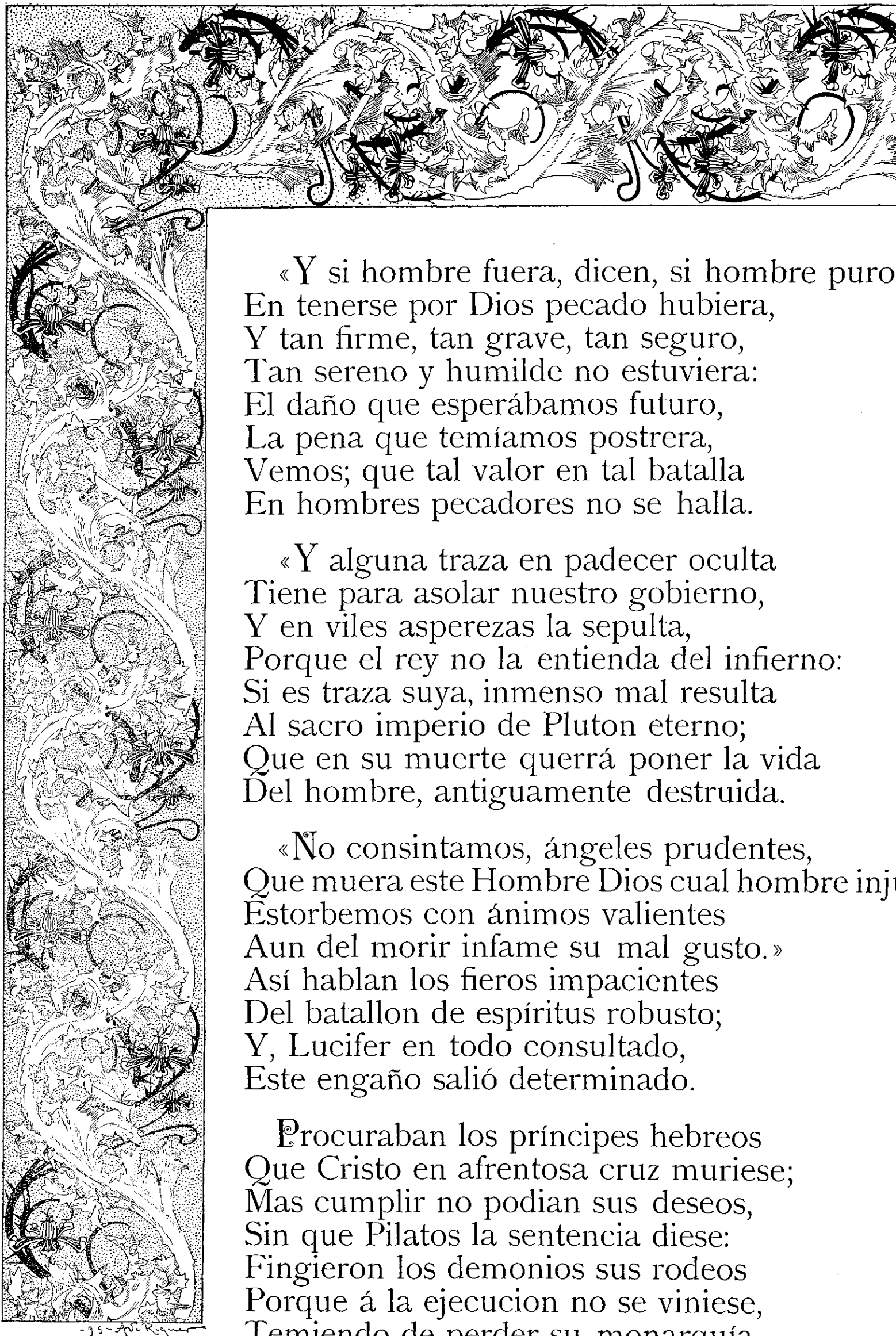


Tal Pedro va mirándose á sí mismo,  
Y ve los cerros de su culpa extraña,  
Y del infierno el peligroso abismo,  
Y del demonio la sutil maraña:  
Quédase absorto; dale un parasismo,  
Y cuando torna en sí todo lo extraña;  
En el muslo se hiere y en la frente,  
Del peligro asombrado ya patente.

Y es fama que el correr de los raudales  
Tristes y presurosos de su llanto  
En sus mejillas hizo dos canales;  
Que el dolor de una culpa puede tanto;  
Y que siempre con lágrimas iguales  
Solemnizó del gallo el ronco canto;  
Que fué siempre afirmar con osadía  
Lo que una vez negó por cobardía.

Mientras burlado Cristo no reposa,  
Y no reposa Pedro enternecido,  
La escuadra del averno temerosa  
Su perdicion en ambos casos vido;  
Porque atendió con vista cautelosa  
Al llanto del discípulo afligido,  
Y á los ojos de Dios, ojos tan buenos,  
Que á tal ofensa estaban tan serenos.

Rumian tambien de Cristo las grandezas,  
Del mundo el venerable acatamiento,  
Y en tantas y gravísimas vilezas  
El jamas irritado sufrimiento;  
Y el excelso valor de sus proezas  
En medio de tan grave abatimiento:  
Y en todo la quietud modesta y fuerte  
Los pasma, y así hablan desta suerte:



«Y si hombre fuera, dicen, si hombre puro,  
En tenerse por Dios pecado hubiera,  
Y tan firme, tan grave, tan seguro,  
Tan sereno y humilde no estuviera:  
El daño que esperábamos futuro,  
La pena que temíamos postrera,  
Vemos; que tal valor en tal batalla  
En hombres pecadores no se halla.

«Y alguna traza en padecer oculta  
Tiene para asolar nuestro gobierno,  
Y en viles asperezas la sepulta,  
Porque el rey no la entienda del infierno:  
Si es traza suya, inmenso mal resulta  
Al sacro imperio de Pluton eterno;  
Que en su muerte querrá poner la vida  
Del hombre, antiguamente destruida.

«No consintamos, ángeles prudentes,  
Que muera este Hombre Dios cual hombre injusto  
Éstorbemos con ánimos valientes  
Aun del morir infame su mal gusto.»  
Así hablan los fieros impacientes  
Del batallón de espíritus robusto;  
Y, Lucifer en todo consultado,  
Este engaño salió determinado.

Procuraban los príncipes hebreos  
Que Cristo en afrentosa cruz muriese;  
Mas cumplir no podían sus deseos,  
Sin que Pilatos la sentencia diese:  
Fingieron los demonios sus rodeos  
Porque á la ejecución no se viniese,  
Temiendo de perder su monarquía  
Si por el hombre Cristo en cruz moría.





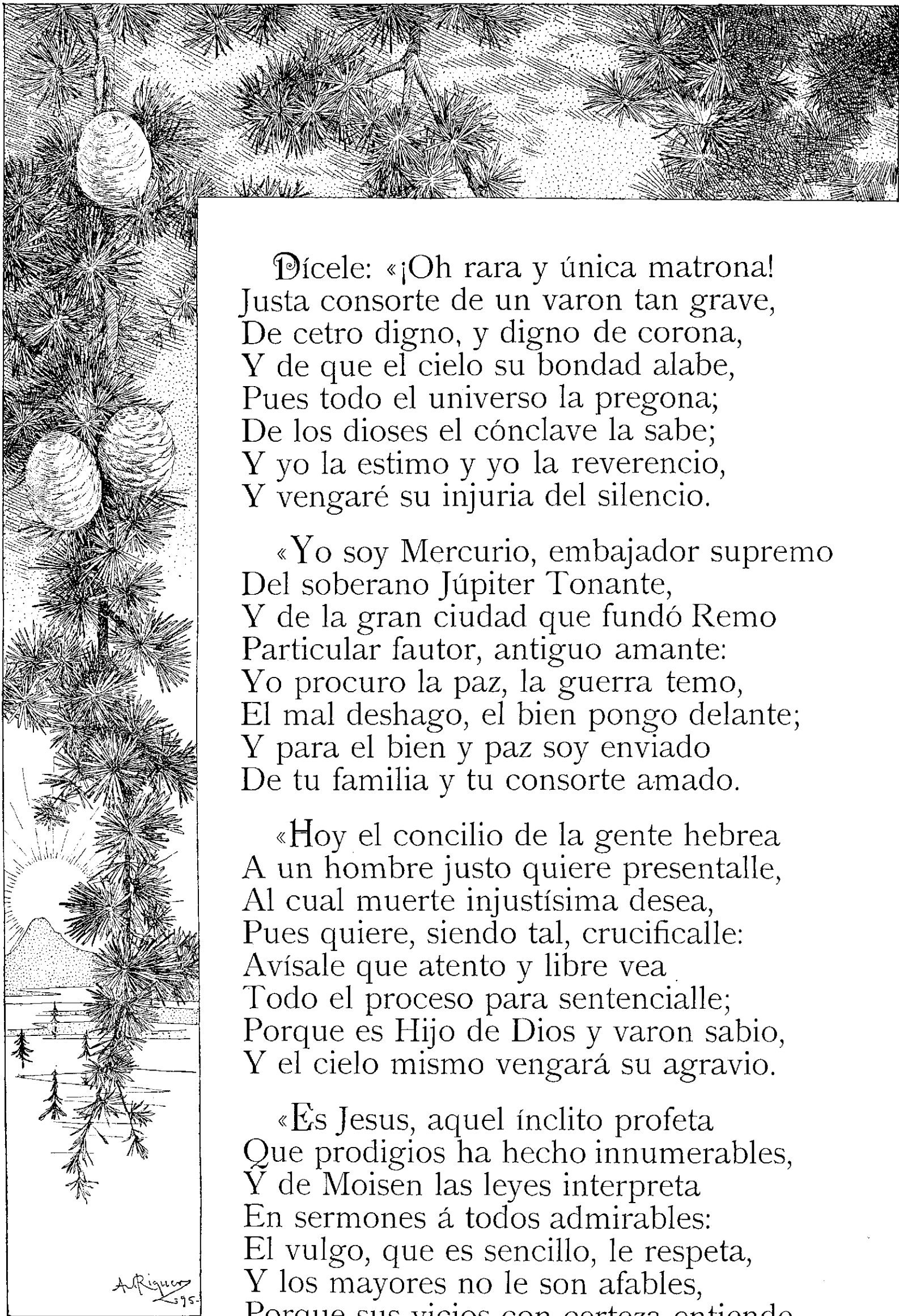
Castellano

Presidente supremo era Pilato  
Por el latino imperio instituido,  
Y al rudo pueblo su gobierno grato,  
Y así de los mayores más temido:  
El gran consejo al buen Señor ingrato,  
En semejantes causas detenido,  
No sentenciaba á cruz últimamente  
Sin determinacion del presidente.

Pilato era gentil y era casado,  
Y por aquí trazó Luzbel su enredo:  
A un demonio en fingir ejercitado  
Mandó que á su mujer pusiese miedo:  
El ángel, en Mercurio trasformado,  
Su figura tomó gozoso y ledo,  
Mintiendo ser de Júpiter el nuncio,  
Que le llevaba un trabajoso anuncio.

Ricas alas formó del aire vano,  
Hermoso aspecto y juvenil presencia,  
Y un caduceo en la derecha mano,  
Y en los labios un rio de elocuencia:  
Bello donaire y proceder lozano,  
Y ropas cual de noble inteligencia,  
Y fantástica luz y rojo pelo,  
De oro el calzado y de ave presta el vuelo.

Entra, pues, en la sala do la dueña  
Sola durmiendo está en su blando lecho;  
Y entra con arrogancia no pequeña,  
Y coruscante faz y altivo pecho:  
Muéstrale su poder, luego la enseña,  
Y al fin la deja triste y sin provecho;  
Efectos de demonio convertido  
En ángel mentiroso y dios fingido.

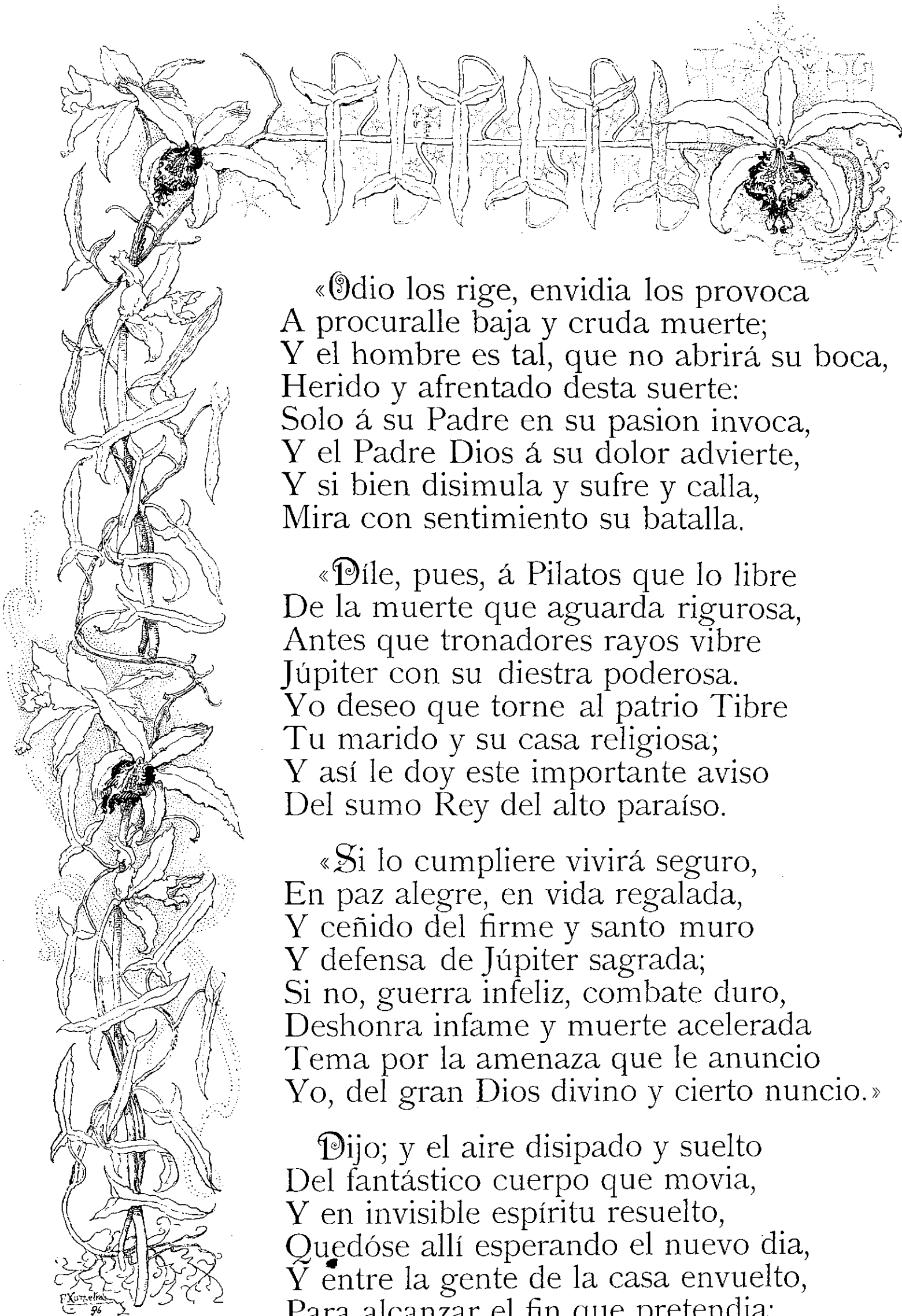


Dícele: «¡Oh rara y única matrona!  
Justa consorte de un varon tan grave,  
De cetro digno, y digno de corona,  
Y de que el cielo su bondad alabe,  
Pues todo el universo la pregona;  
De los dioses el cónclave la sabe;  
Y yo la estimo y yo la reverencio,  
Y vengaré su injuria del silencio.

«Yo soy Mercurio, embajador supremo  
Del soberano Júpiter Tonante,  
Y de la gran ciudad que fundó Remo  
Particular fautor, antiguo amante:  
Yo procuro la paz, la guerra temo,  
El mal deshago, el bien pongo delante;  
Y para el bien y paz soy enviado  
De tu familia y tu consorte amado.

«Hoy el concilio de la gente hebrea  
A un hombre justo quiere presentalle,  
Al cual muerte injustísima desea,  
Pues quiere, siendo tal, crucificalle:  
Avísale que atento y libre vea  
Todo el proceso para sentencialle;  
Porque es Hijo de Dios y varon sabio,  
Y el cielo mismo vengará su agravio.

«Es Jesus, aquel ínclito profeta  
Que prodigios ha hecho innumerables,  
Y de Moisen las leyes interpreta  
En sermones á todos admirables:  
El vulgo, que es sencillo, le respeta,  
Y los mayores no le son afables,  
Porque sus vicios con certeza entiende,  
Y con celo y verdad los reprehende.



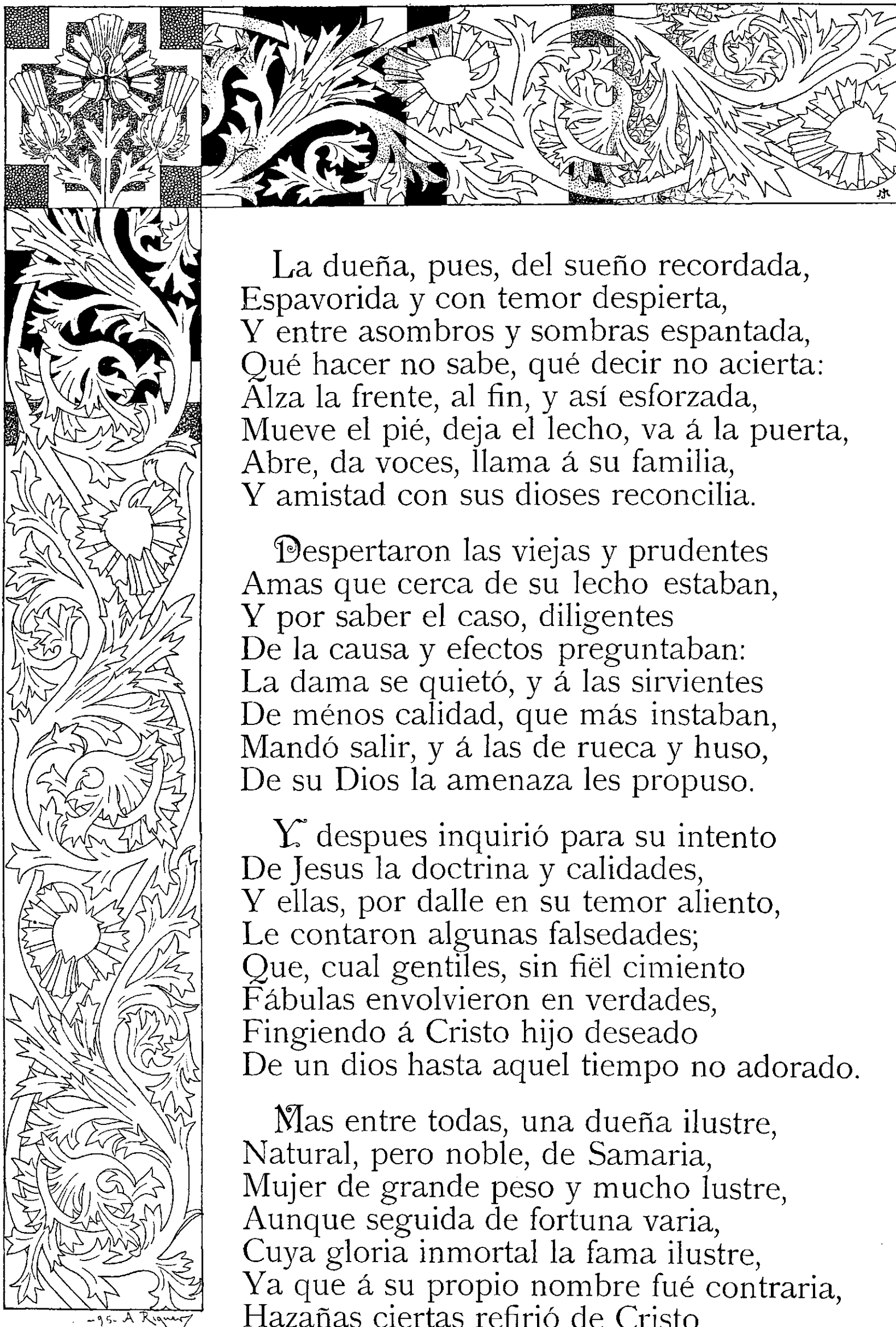
«Odio los rige, envidia los provoca  
A procuralle baja y cruda muerte;  
Y el hombre es tal, que no abrirá su boca,  
Herido y afrentado desta suerte:  
Solo á su Padre en su pasion invoca,  
Y el Padre Dios á su dolor advierte,  
Y si bien disimula y sufre y calla,  
Mira con sentimiento su batalla.

«Dile, pues, á Pilatos que lo libre  
De la muerte que aguarda rigurosa,  
Antes que tronadores rayos vibre  
Júpiter con su diestra poderosa.  
Yo deseo que torne al patrio Tibre  
Tu marido y su casa religiosa;  
Y así le doy este importante aviso  
Del sumo Rey del alto paraíso.

«Si lo cumpliere vivirá seguro,  
En paz alegre, en vida regalada,  
Y ceñido del firme y santo muro  
Y defensa de Júpiter sagrada;  
Si no, guerra infeliz, combate duro,  
Deshonra infame y muerte acelerada  
Tema por la amenaza que le anuncio  
Yo, del gran Dios divino y cierto nuncio.»

Dijo; y el aire disipado y suelto  
Del fantástico cuerpo que movia,  
Y en invisible espíritu resuelto,  
Quedóse allí esperando el nuevo dia,  
Y entre la gente de la casa envuelto,  
Para alcanzar el fin que pretendia;  
Y algo pudo, mas no lo pudo todo;  
Que es débil contra Dios su traza y modo.



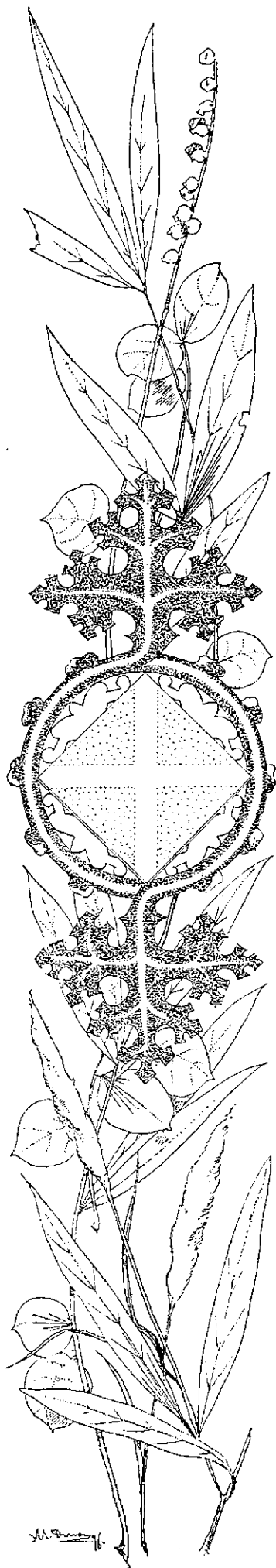


La dueña, pues, del sueño recordada,  
Espavorida y con temor despierta,  
Y entre asombros y sombras espantada,  
Qué hacer no sabe, qué decir no acierta:  
Alza la frente, al fin, y así esforzada,  
Mueve el pié, deja el lecho, va á la puerta,  
Abre, da voces, llama á su familia,  
Y amistad con sus dioses reconcilia.

Despertaron las viejas y prudentes  
Amas que cerca de su lecho estaban,  
Y por saber el caso, diligentes  
De la causa y efectos preguntaban:  
La dama se quietó, y á las sirvientes  
De ménos calidad, que más instaban,  
Mandó salir, y á las de rueca y huso,  
De su Dios la amenaza les propuso.

Y despues inquirió para su intento  
De Jesus la doctrina y calidades,  
Y ellas, por dalle en su temor aliento,  
Le contaron algunas falsedades;  
Que, cual gentiles, sin fiél cimiento  
Fábulas envolvieron en verdades,  
Fingiendo á Cristo hijo deseado  
De un dios hasta aquel tiempo no adorado.

Mas entre todas, una dueña ilustre,  
Natural, pero noble, de Samaria,  
Mujer de grande peso y mucho lustre,  
Aunque seguida de fortuna varia,  
Cuya gloria inmortal la fama ilustre,  
Ya que á su propio nombre fué contraria,  
Hazañas ciertas refirió de Cristo,  
Por haberlo en su patria y Salén visto.

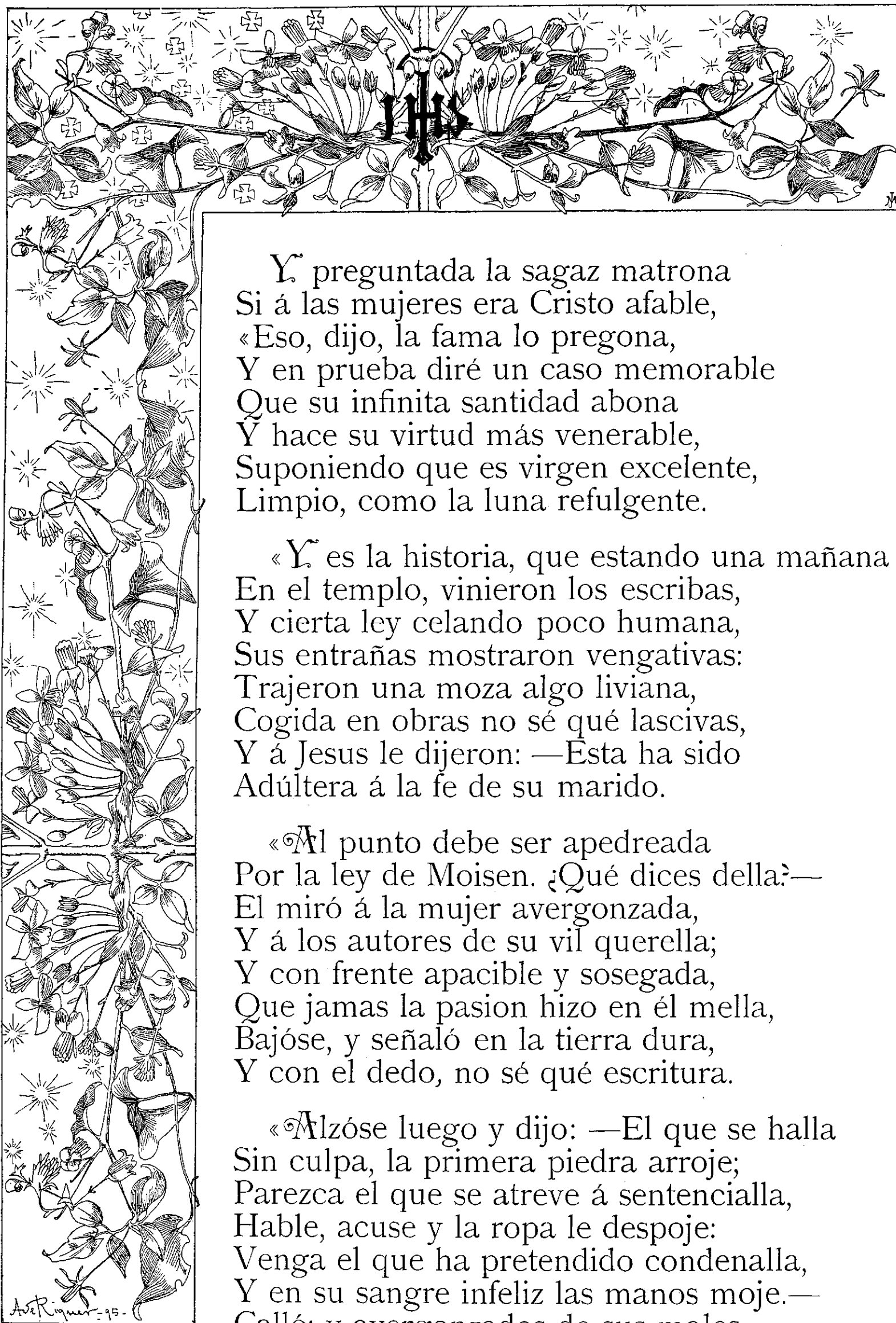


Dijo cómo este Príncipe divino,  
Solo y sediento, en el brocal de un pozo  
Se sentó, caminante y peregrino,  
Por dar á un alma triste el sumo gozo;  
Mostrando el rostro y ánimo benino,  
Y enseñando quién era, sin rebozo,  
A una pobre mujer samaritana,  
Cual grande Dios, mas con dulzura humana;

Y cómo vino la mujer dichosa,  
Y al pozo se llegó bien descuidada,  
Y le pidió con plática amorosa  
Agua, la fuente del vivir sagrada;  
Y que ella, zahareña y desdeñosa,  
Libre despidió á Cristo y mal mirada;  
Y él ofreció con caridad interna  
Agua que sube hasta la vida eterna.

Y que, burlando de su rica ofrenda  
Ella, porque él acetre no tenia,  
Alumbrada despues, la noble prenda  
Recibió que él gracioso le ofrecia;  
Y de aquella suavísima contienda  
Supo, en fin, que Jesus era el Mesía,  
Porque le declaró sus cinco bodas,  
Y, cual Verbo de Dios, sus culpas todas.

Y más, que la mujer, ya evangelista,  
Al momento á Samaria fué volando,  
Hecha de lo que vido coronista,  
Y obras y fe de Cristo predicando;  
Y al fin que allá la conoció de vista  
La misma que lo estaba relatando;  
Y que por sus razones se movieron  
Muchos á verle, y viéndole creyeron.



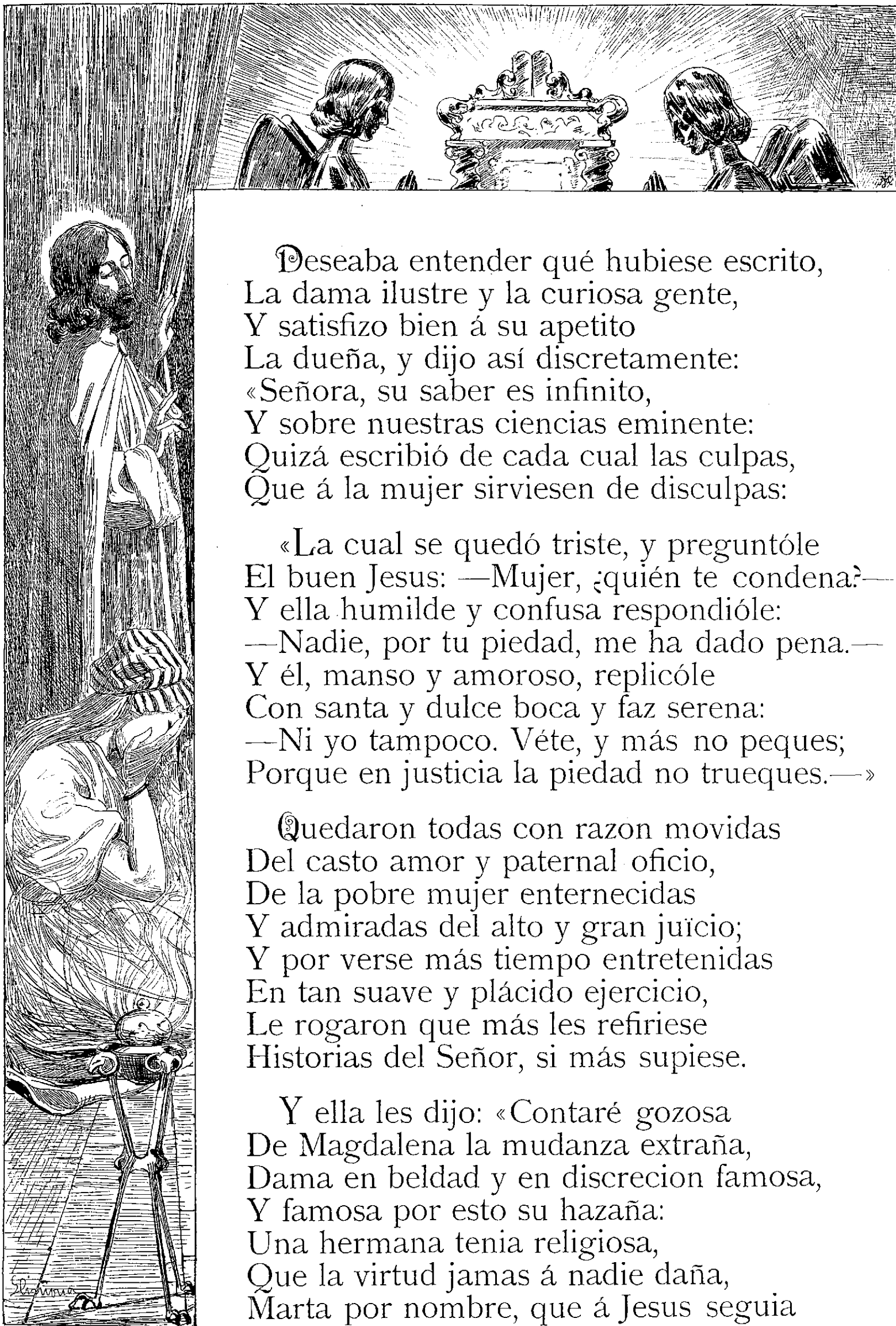
Y preguntada la sagaz matrona  
Si á las mujeres era Cristo afable,  
«Eso, dijo, la fama lo pregona,  
Y en prueba diré un caso memorable  
Que su infinita santidad abona  
Y hace su virtud más venerable,  
Suponiendo que es virgen excelente,  
Limpio, como la luna refulgente.

«Y es la historia, que estando una mañana  
En el templo, vinieron los escribas,  
Y cierta ley celando poco humana,  
Sus entrañas mostraron vengativas:  
Trajeron una moza algo liviana,  
Cogida en obras no sé qué lascivas,  
Y á Jesus le dijeron: —Ésta ha sido  
Adúltera á la fe de su marido.

«Al punto debe ser apedreada  
Por la ley de Moisen. ¿Qué dices della?—  
El miró á la mujer avergonzada,  
Y á los autores de su vil querella;  
Y con frente apacible y sosegada,  
Que jamas la pasion hizo en él mella,  
Bajóse, y señaló en la tierra dura,  
Y con el dedo, no sé qué escritura.

«Alzóse luego y dijo: —El que se halla  
Sin culpa, la primera piedra arroje;  
Parezca el que se atreve á sentencialla,  
Hable, acuse y la ropa le despoje:  
Venga el que ha pretendido condenalla,  
Y en su sangre infeliz las manos moje.—  
Calló; y avergonzados de sus males,  
Se fuéron de uno en uno los fiscales.»



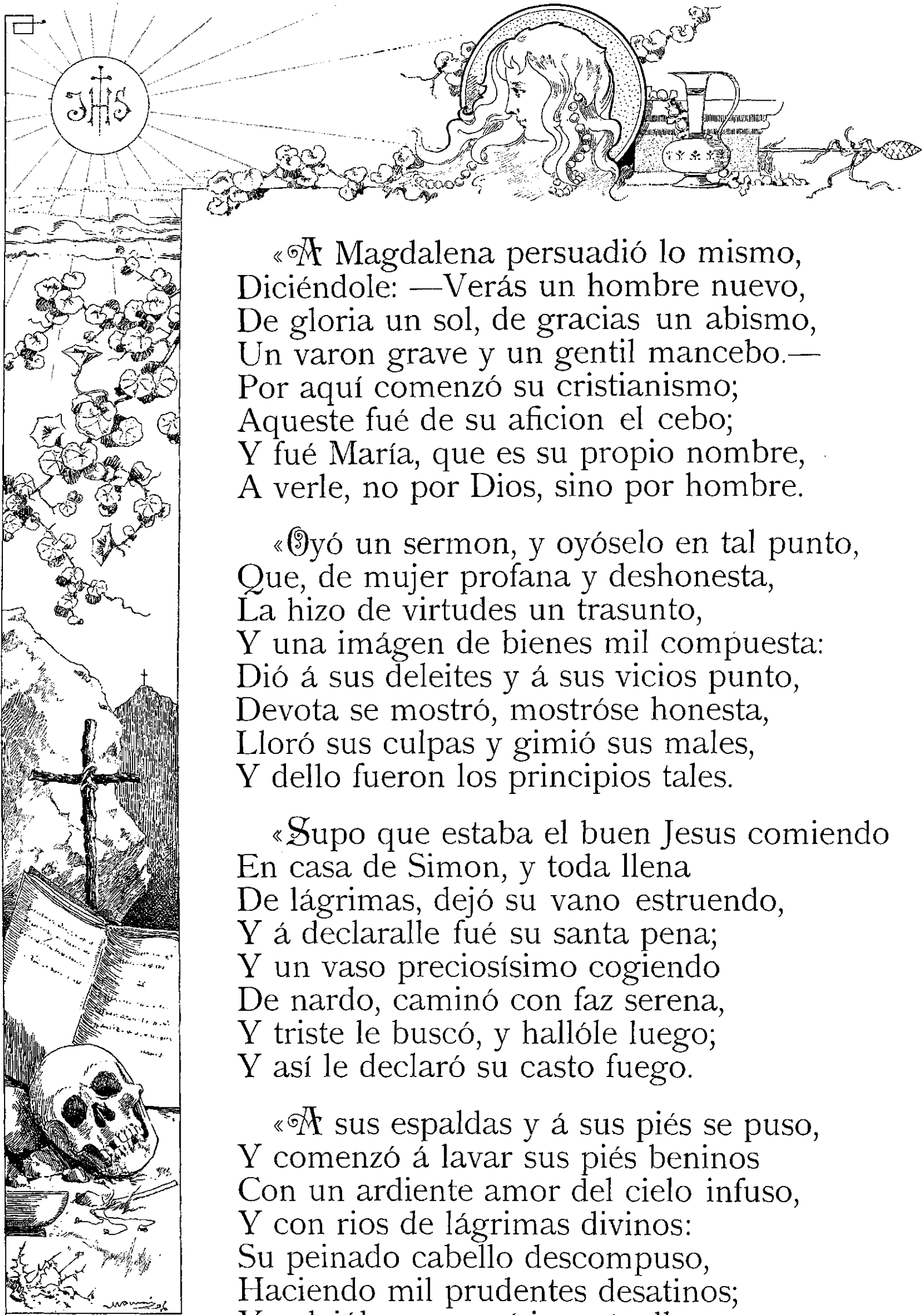


Deseaba entender qué hubiese escrito,  
La dama ilustre y la curiosa gente,  
Y satisfizo bien á su apetito  
La dueña, y dijo así discretamente:  
«Señora, su saber es infinito,  
Y sobre nuestras ciencias eminente:  
Quizá escribió de cada cual las culpas,  
Que á la mujer sirviesen de disculpas:

«La cual se quedó triste, y preguntóle  
El buen Jesus: —Mujer, ¿quién te condena?—  
Y ella humilde y confusa respondióle:  
—Nadie, por tu piedad, me ha dado pena.—  
Y él, manso y amoroso, replicóle  
Con santa y dulce boca y faz serena:  
—Ni yo tampoco. Véte, y más no peques;  
Porque en justicia la piedad no trueques.—»

Quedaron todas con razon movidas  
Del casto amor y paternal oficio,  
De la pobre mujer enternecidas  
Y admiradas del alto y gran juicio;  
Y por verse más tiempo entretenidas  
En tan suave y plácido ejercicio,  
Le rogaron que más les refiriese  
Historias del Señor, si más supiese.

Y ella les dijo: «Contaré gozosa  
De Magdalena la mudanza extraña,  
Dama en beldad y en discrecion famosa,  
Y famosa por esto su hazaña:  
Una hermana tenia religiosa,  
Que la virtud jamas á nadie daña,  
Marta por nombre, que á Jesus seguia  
Y sus divinas pláticas oia.

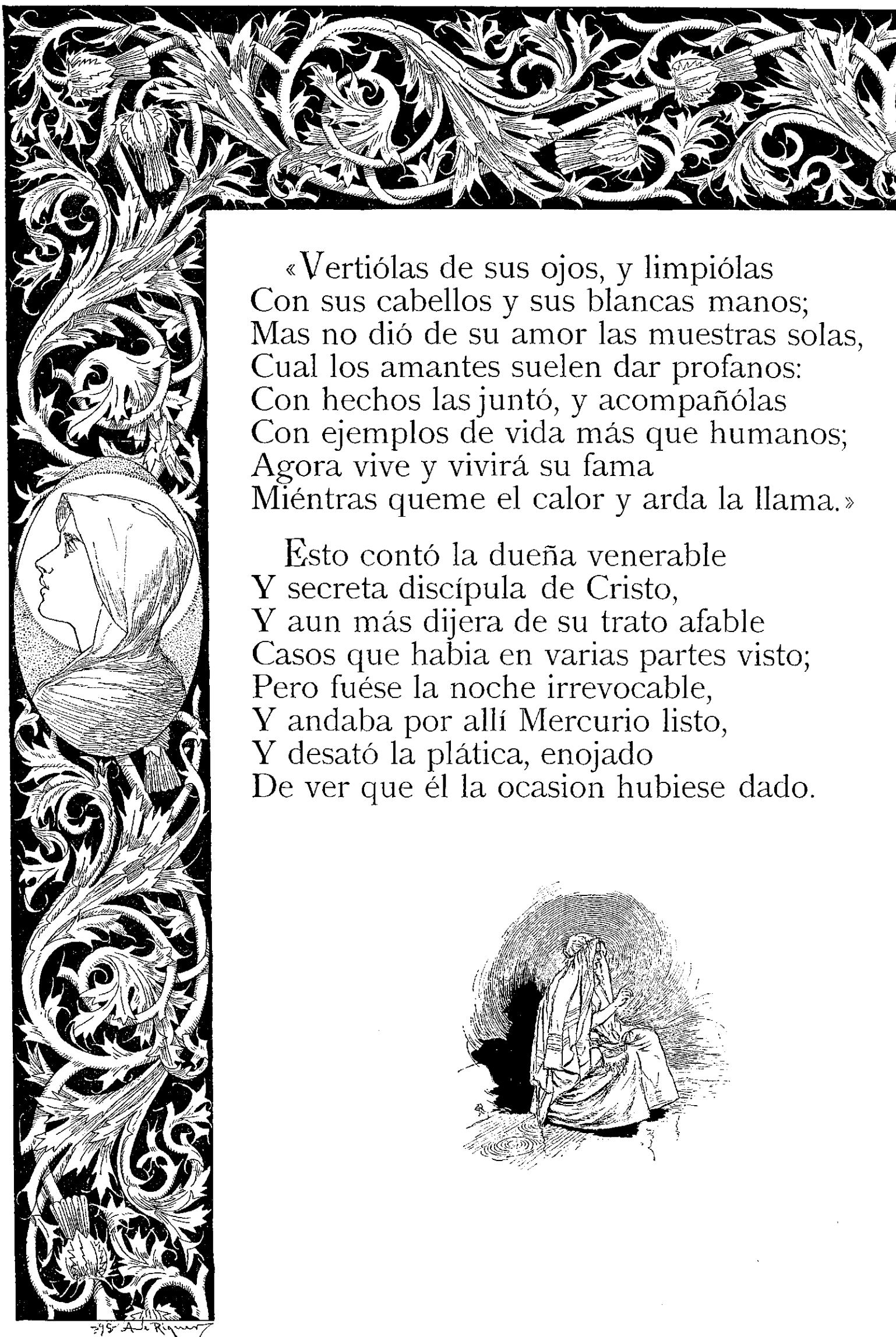


«**M** Magdalena persuadió lo mismo,  
Diciéndole: —Verás un hombre nuevo,  
De gloria un sol, de gracias un abismo,  
Un varon grave y un gentil mancebo.—  
Por aquí comenzó su cristianismo;  
Aqueste fué de su aficion el cebo;  
Y fué María, que es su propio nombre,  
A verle, no por Dios, sino por hombre.

«**O**yó un sermon, y oyóselo en tal punto,  
Que, de mujer profana y deshonesto,  
La hizo de virtudes un trasunto,  
Y una imágen de bienes mil compuesta:  
Dió á sus deleites y á sus vicios punto,  
Devota se mostró, mostróse honesta,  
Lloró sus culpas y gimió sus males,  
Y dello fueron los principios tales.

«**S**upo que estaba el buen Jesus comiendo  
En casa de Simon, y toda llena  
De lágrimas, dejó su vano estruendo,  
Y á declaralle fué su santa pena;  
Y un vaso preciosísimo cogiendo  
De nardo, caminó con faz serena,  
Y triste le buscó, y hallóle luego;  
Y así le declaró su casto fuego.

«**M** sus espaldas y á sus piés se puso,  
Y comenzó á lavar sus piés beninos  
Con un ardiente amor del cielo infuso,  
Y con rios de lágrimas divinos:  
Su peinado cabello descompuso,  
Haciendo mil prudentes desatinos;  
Y volviólo en suavísimas toallas,  
Para, en vertiendo lágrimas, limpiallas.

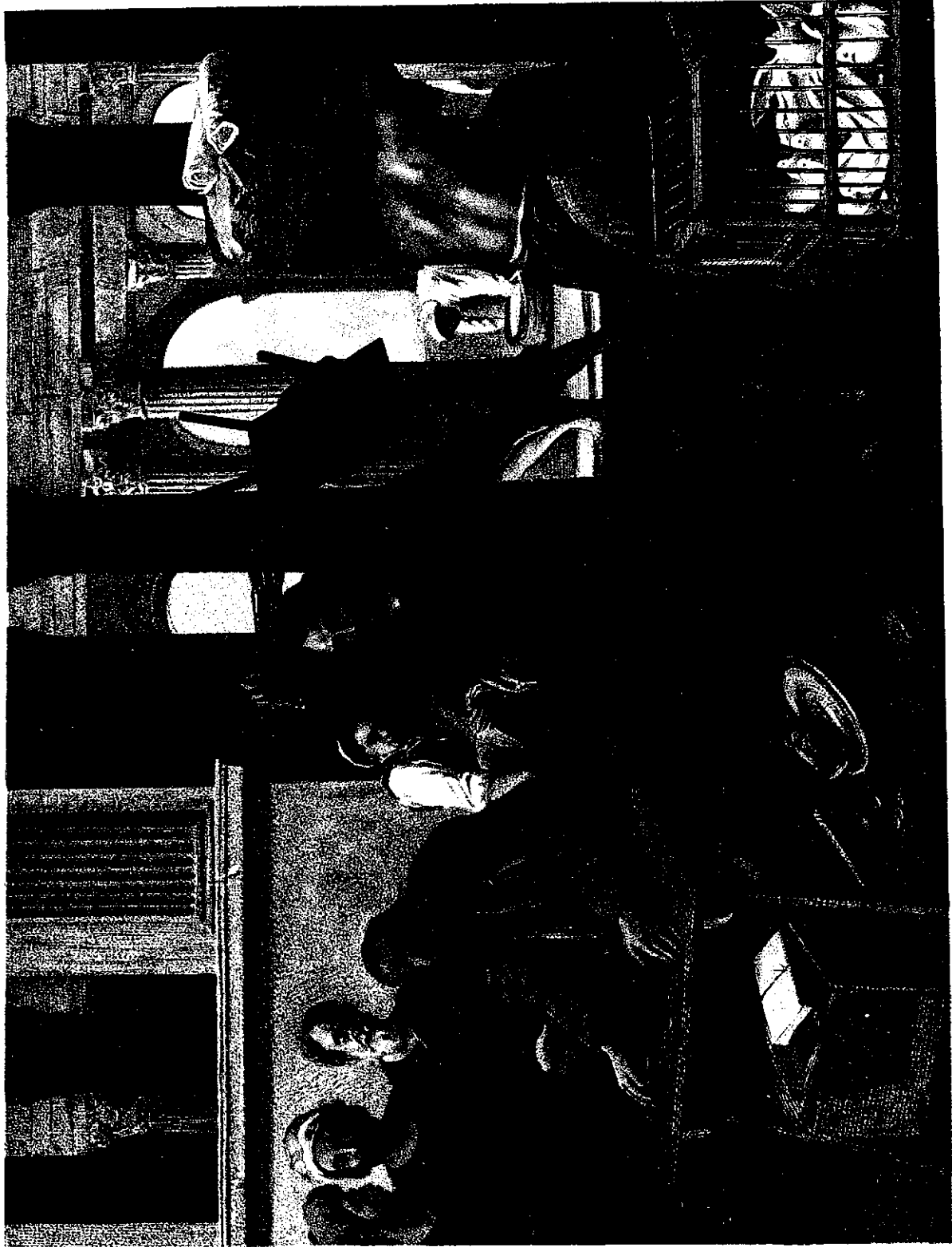


«Vertiólas de sus ojos, y limpiólas  
Con sus cabellos y sus blancas manos;  
Mas no dió de su amor las muestras solas,  
Cual los amantes suelen dar profanos:  
Con hechos las juntó, y acompañólas  
Con ejemplos de vida más que humanos;  
Agora vive y vivirá su fama  
Mientras queme el calor y arda la llama.»

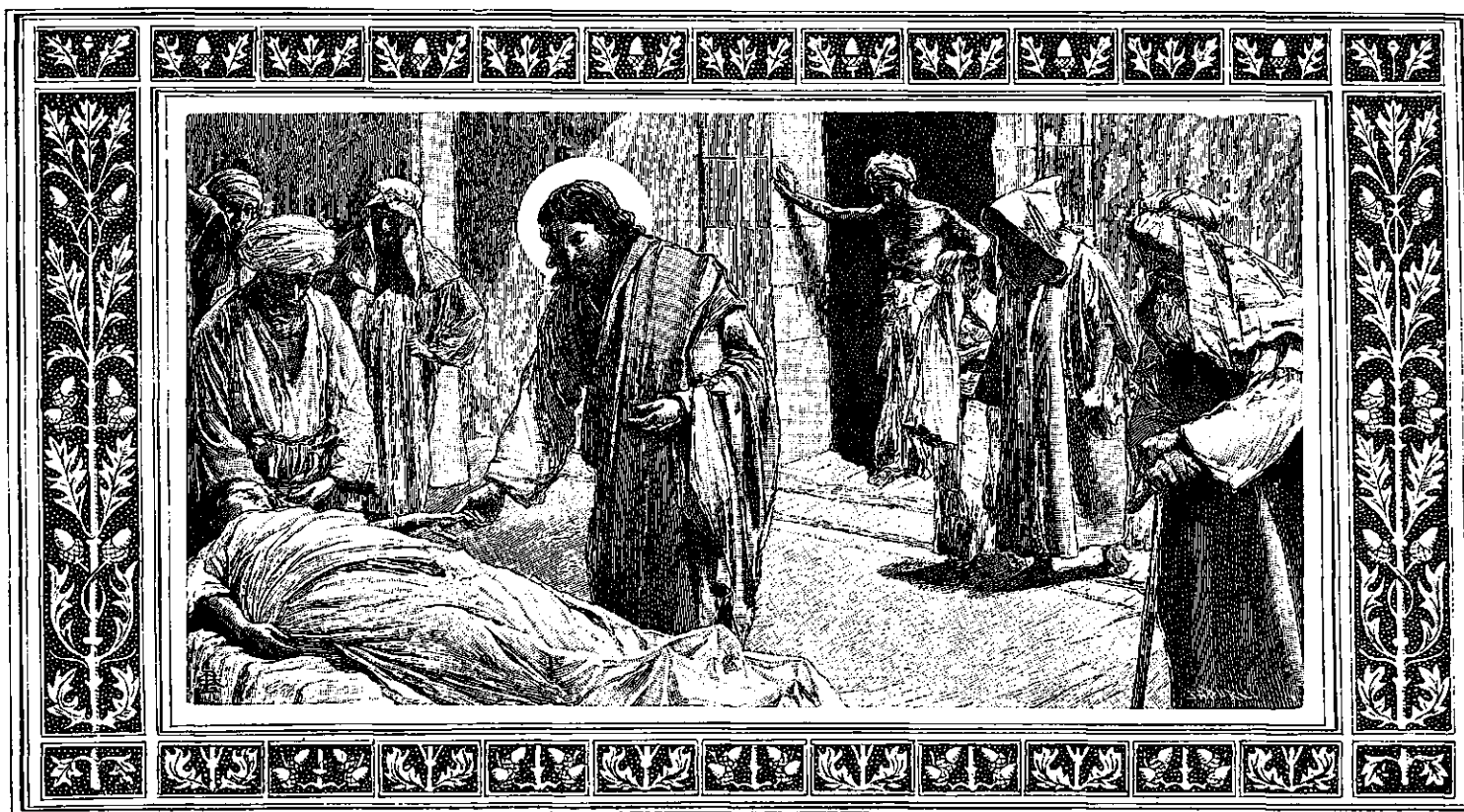
Esto contó la dueña venerable  
Y secreta discípula de Cristo,  
Y aun más dijera de su trato afable  
Casos que habia en varias partes visto;  
Pero fuése la noche irrevocable,  
Y andaba por allí Mercurio listo,  
Y desató la plática, enojado  
De ver que él la ocasion hubiese dado.











## LIBRO QUINTO.

### ARGUMENTO.

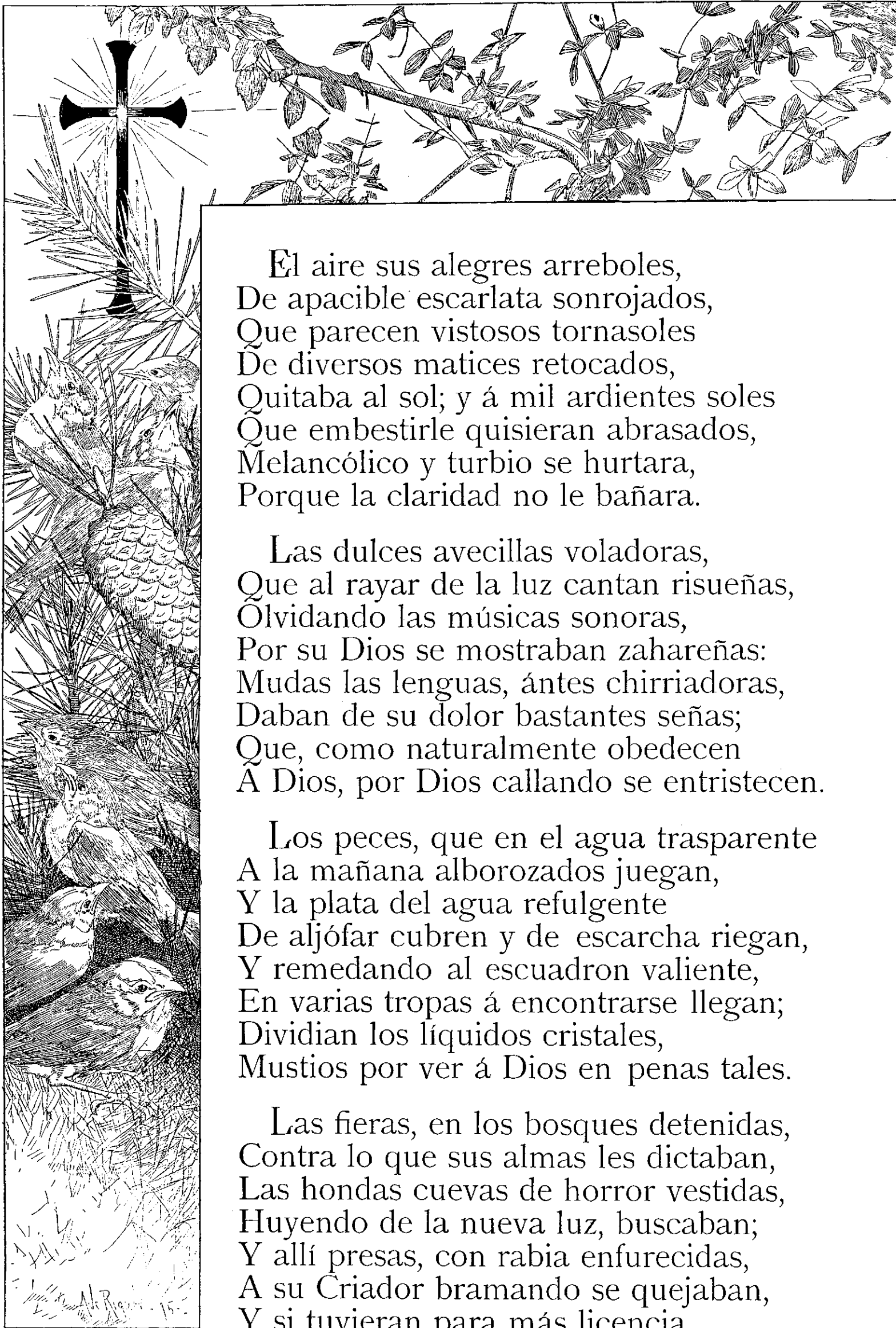
Llevan á Cristo al presidente sabio,  
Que de su gran valor se maravilla;  
Y al necio rey, por no hacerle agravio,  
Lo remite, y Jesus no se le humilla:  
Heródes, porque no despliega el labio  
El buen Señor, desde su regia silla  
Por loco lo desprecia; y Cristo un cielo  
Ve de sabios, y toma algun consuelo.



LA blanca aurora con su rojo paso,  
En nubes escondida, caminaba,  
Y los celajes del oriente raso,  
De oro confuso y turbia luz bordaba;  
Y adivina quizá del triste caso,  
Oscurecer quisiera, y alumbraba,  
No voluntaria, no, mas obediente  
Al que gustó de estar en cruz patente.

El rubio sol, temiendo la carrera,  
Escasa daba su hermosa lumbre,  
Y discurria por la cuarta esfera,  
Ya no por intencion, mas por costumbre;  
Y si juntarse con verdad pudiera  
En el bajo hemisferio y alta cumbre  
Oscuridad y luz, y noche y dia,  
Todo, por hacer mónstruos, lo haria.



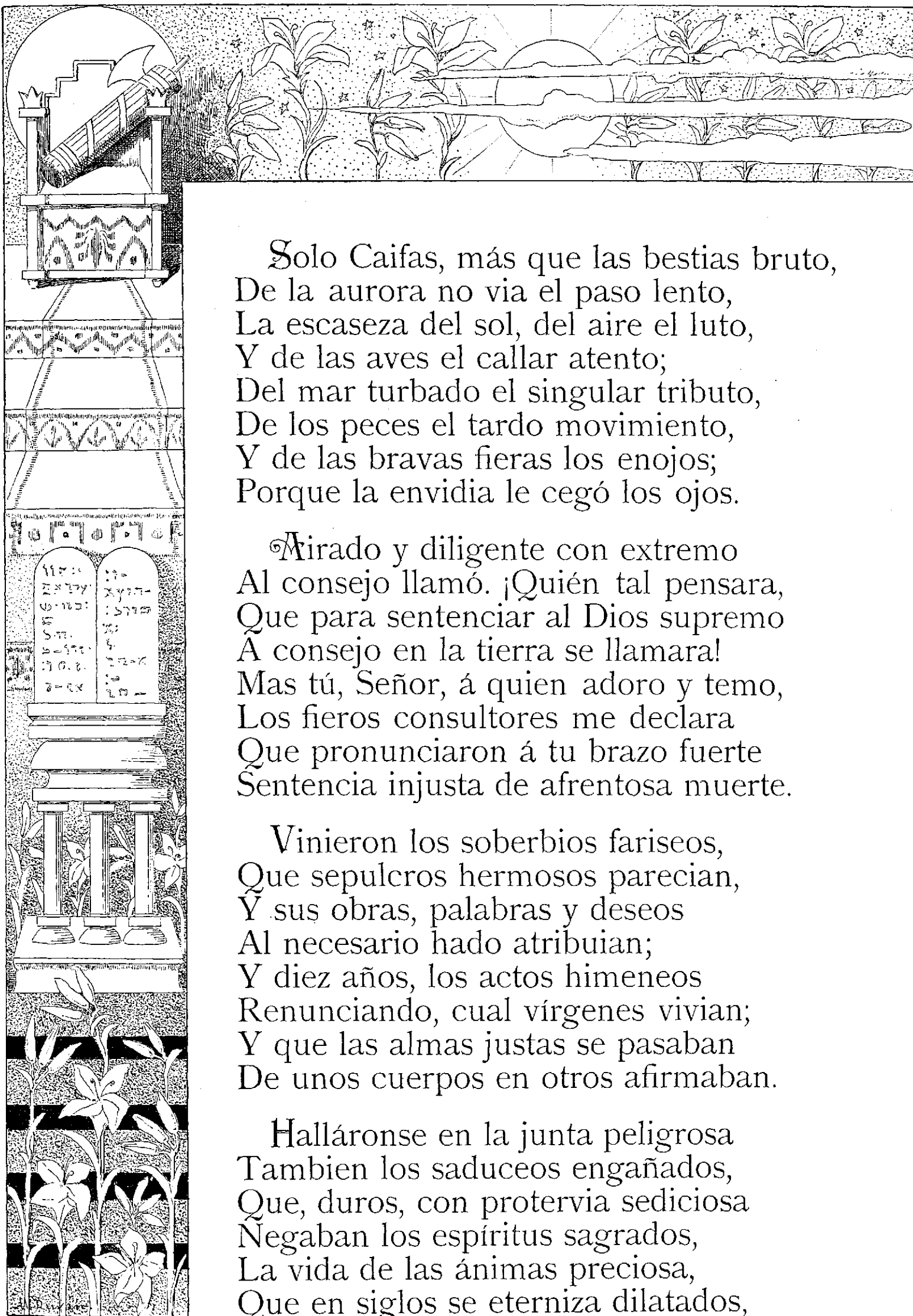


El aire sus alegres arreboles,  
De apacible escarlata sonrojados,  
Que parecen vistosos tornasoles  
De diversos matices retocados,  
Quitaba al sol; y á mil ardientes soles  
Que embestirle quisieran abrasados,  
Melancólico y turbio se hurtara,  
Porque la claridad no le bañara.

Las dulces avecillas voladoras,  
Que al rayar de la luz cantan risueñas,  
Olvidando las músicas sonoras,  
Por su Dios se mostraban zahareñas:  
Mudas las lenguas, ántes chirriadoras,  
Daban de su dolor bastantes señas;  
Que, como naturalmente obedecen  
Á Dios, por Dios callando se entristecen.

Los peces, que en el agua trasparente  
A la mañana alborozados juegan,  
Y la plata del agua refulgente  
De aljófár cubren y de escarcha riegan,  
Y remedando al escuadron valiente,  
En varias tropas á encontrarse llegan;  
Dividian los líquidos cristales,  
Mustios por ver á Dios en penas tales.

Las fieras, en los bosques detenidas,  
Contra lo que sus almas les dictaban,  
Las hondas cuevas de horror vestidas,  
Huyendo de la nueva luz, buscaban;  
Y allí presas, con rabia enfurecidas,  
A su Criador bramando se quejaban,  
Y si tuvieran para más licencia,  
Vengaran su pasion y su paciencia.

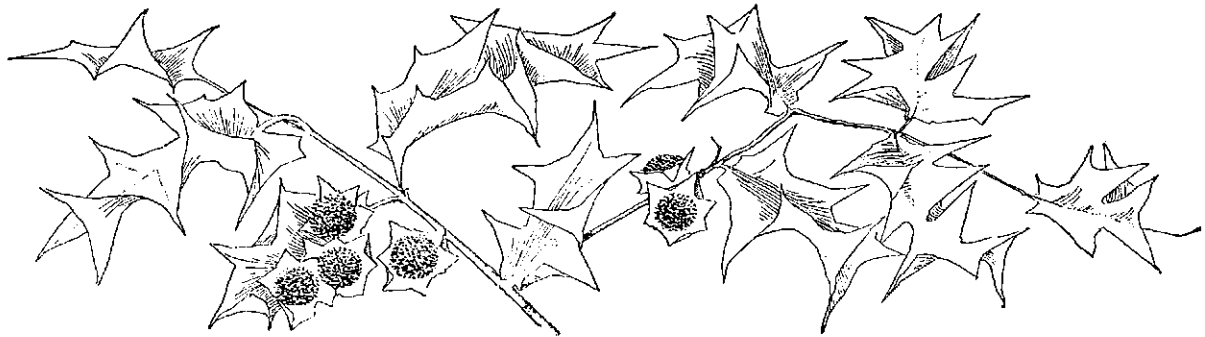
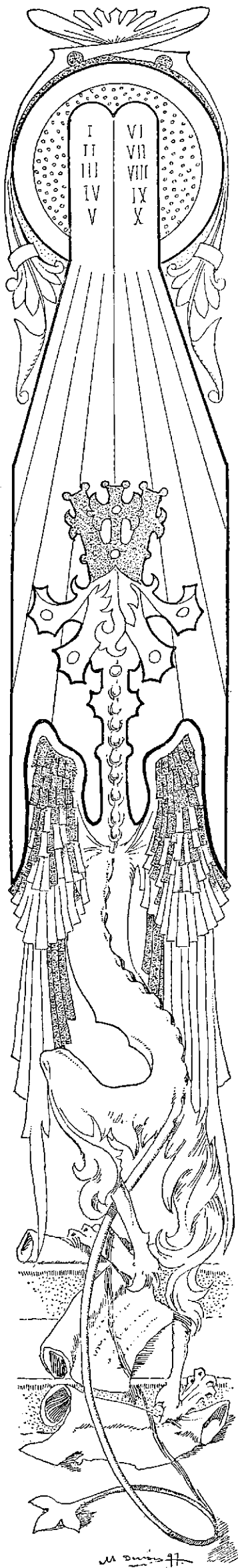


Solo Caifas, más que las bestias bruto,  
De la aurora no via el paso lento,  
La escaseza del sol, del aire el luto,  
Y de las aves el callar atento;  
Del mar turbado el singular tributo,  
De los peces el tardo movimiento,  
Y de las bravas fieras los enojos;  
Porque la envidia le cegó los ojos.

Mirado y diligente con extremo  
Al consejo llamó. ¡Quién tal pensara,  
Que para sentenciar al Dios supremo  
A consejo en la tierra se llamara!  
Mas tú, Señor, á quien adoro y temo,  
Los fieros consultores me declara  
Que pronunciaron á tu brazo fuerte  
Sentencia injusta de afrentosa muerte.

Vinieron los soberbios fariseos,  
Que sepulcros hermosos parecian,  
Y sus obras, palabras y deseos  
Al necesario hado atribuian;  
Y diez años, los actos himeneos  
Renunciando, cual vírgenes vivian;  
Y que las almas justas se pasaban  
De unos cuerpos en otros afirmaban.

Halláronse en la junta peligrosa  
Tambien los saduceos engañados,  
Que, duros, con protervia sediciosa  
Negaban los espíritus sagrados,  
La vida de las ánimas preciosa,  
Que en siglos se eterniza dilatados,  
Y la resurreccion de los mortales,  
Que ha de ser en los cuerpos ya inmortales.



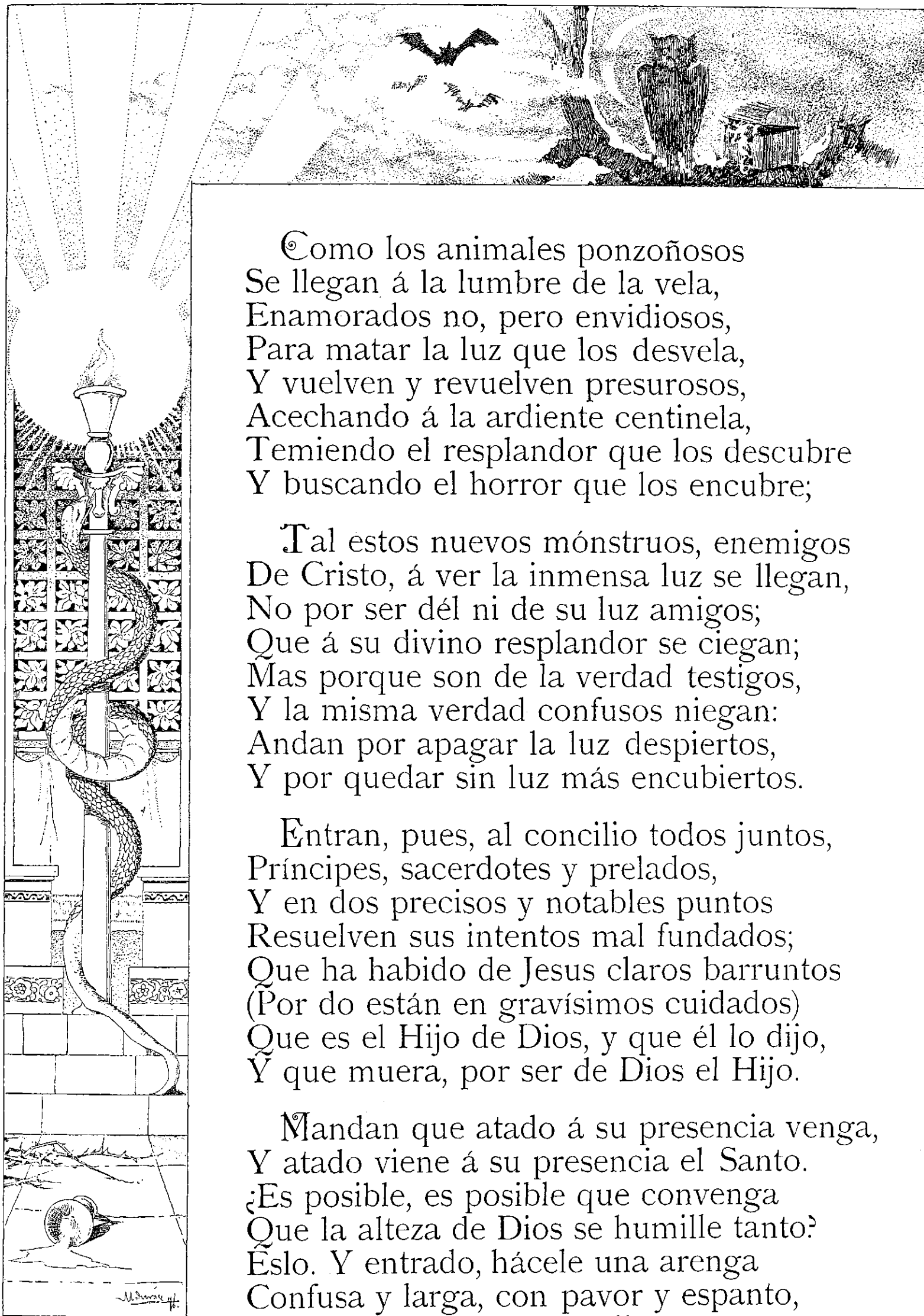
Y fueron convocados los esenos,  
Sin ceremonias, templo y sacrificios,  
Y dellos diferentes los sabuenos  
En variar las fiestas y ejercicios;  
Y discrepantes destos los gortenos,  
Aunque todos conformes en los vicios,  
Y en no admitir de los Profetas santos  
Los sacros libros, que estimaban tantos.

Ni faltaron de allí los dositeos,  
Que animales ó peces no tocaban,  
Y el dia principal de los hebreos  
Con religion ridícula guardaban,  
Pues ni mudarse, ni hacer meneos  
Varios, del modo y punto donde estaban,  
Ni comer en el sábado querian;  
Mas las resurrecciones admitian.

Llegaron los baptistas incansables,  
Que en otoño, en estío, en primavera  
Y en los dias de invierno incomportables,  
Se bautizaban, cual si juego fuera,  
Y el pescado y las carnes saludables  
Juzgaban por comida odiosa y fiera;  
Y de Moises los libros excelentes  
Despreciaban con celos imprudentes.

Y acudieron, al fin, los herodianos,  
Que al mal Heródes, como al Rey ungido  
Que anunciaron los libros soberanos,  
Adoraban con ánimo rendido.  
¡Oh contumaces, pérfidos, profanos!  
Si veis el cetro de Judá perdido,  
Ved en Jesus las otras profecías,  
Y le tendréis por el comun Mesías.



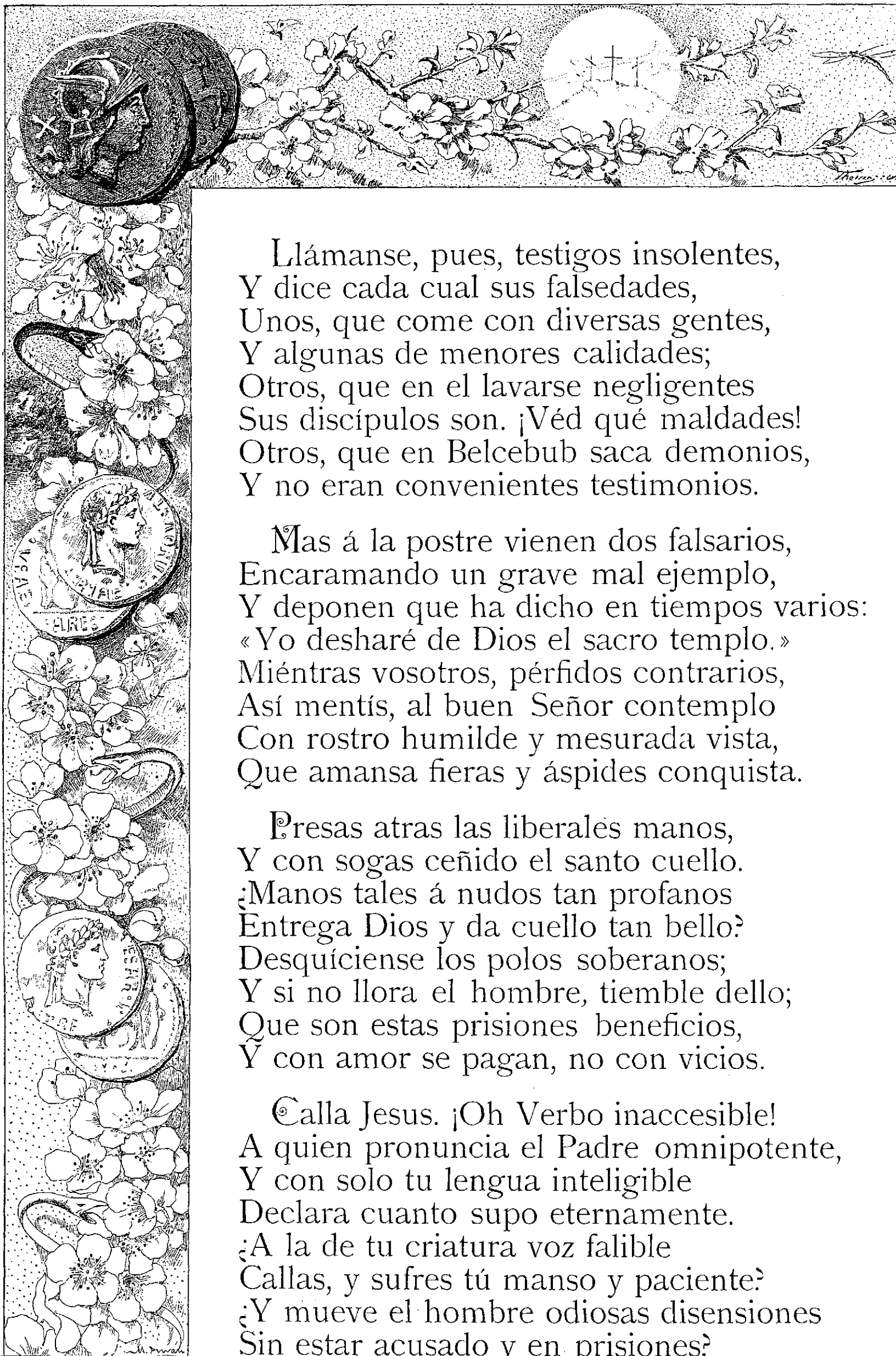


Como los animales ponzoñosos  
Se llegan á la lumbre de la vela,  
Enamorados no, pero envidiosos,  
Para matar la luz que los desvela,  
Y vuelven y revuelven presurosos,  
Acechando á la ardiente centinela,  
Temiendo el resplandor que los descubre  
Y buscando el horror que los encubre;

Tal estos nuevos mónstruos, enemigos  
De Cristo, á ver la inmensa luz se llegan,  
No por ser dél ni de su luz amigos;  
Que á su divino resplandor se ciegan;  
Mas porque son de la verdad testigos,  
Y la misma verdad confusos niegan:  
Andan por apagar la luz despiertos,  
Y por quedar sin luz más encubiertos.

Entran, pues, al concilio todos juntos,  
Príncipes, sacerdotes y prelados,  
Y en dos precisos y notables puntos  
Resuelven sus intentos mal fundados;  
Que ha habido de Jesus claros barruntos  
(Por do están en gravísimos cuidados)  
Que es el Hijo de Dios, y que él lo dijo,  
Y que muera, por ser de Dios el Hijo.

Mandan que atado á su presencia venga,  
Y atado viene á su presencia el Santo.  
¿Es posible, es posible que convenga  
Que la alteza de Dios se humille tanto?  
Éslo. Y entrado, hácele una arenga  
Confusa y larga, con pavor y espanto,  
Caifas, de mal fingidos mil excesos,  
De que pretende fulminar procesos.

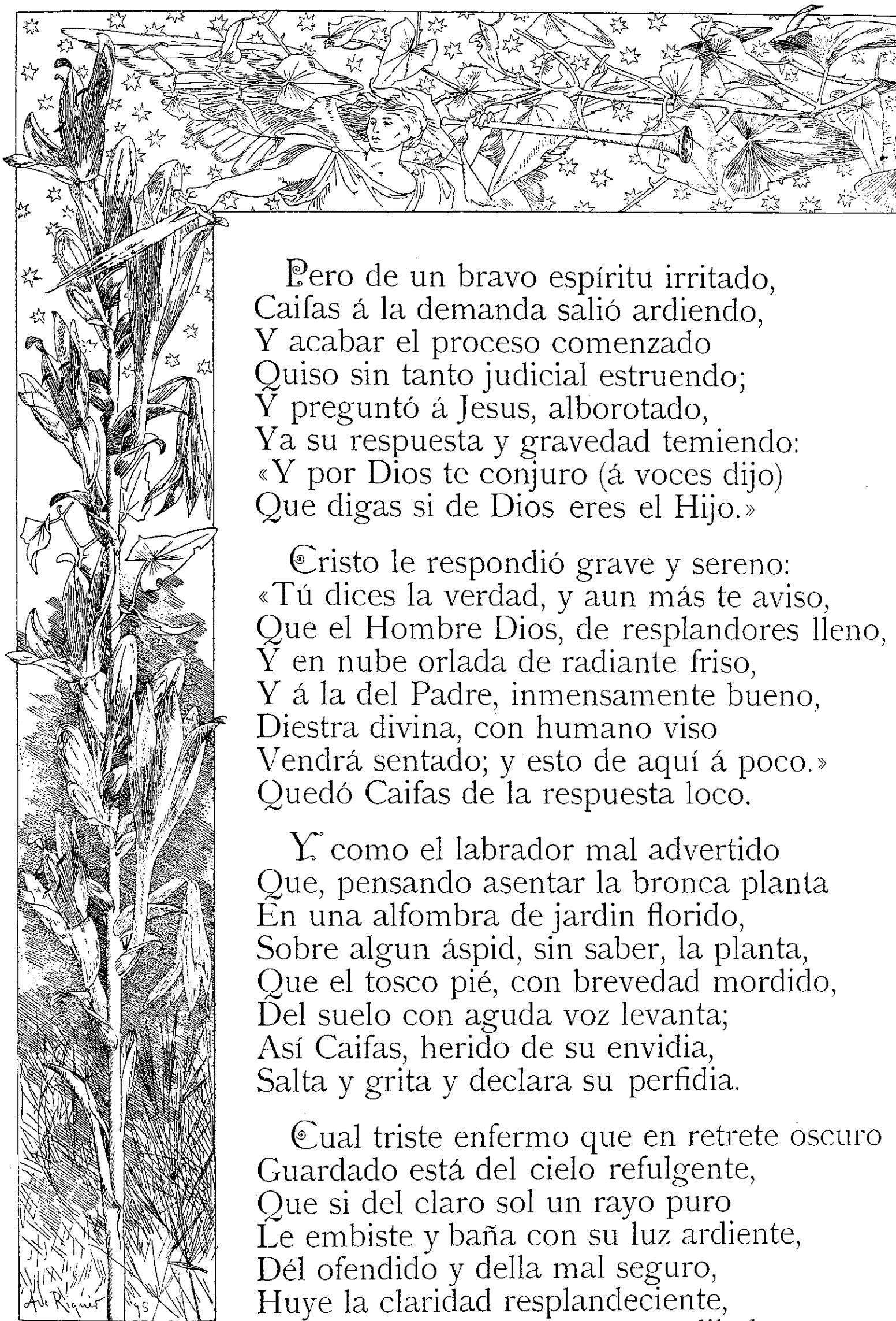


Llámanse, pues, testigos insolentes,  
Y dice cada cual sus falsedades,  
Unos, que come con diversas gentes,  
Y algunas de menores calidades;  
Otros, que en el lavarse negligentes  
Sus discípulos son. ¡Véd qué maldades!  
Otros, que en Belcebub saca demonios,  
Y no eran convenientes testimonios.

Mas á la postre vienen dos falsarios,  
Encaramando un grave mal ejemplo,  
Y deponen que ha dicho en tiempos varios:  
«Yo desharé de Dios el sacro templo.»  
Mientras vosotros, pérfidos contrarios,  
Así mentís, al buen Señor contemplo  
Con rostro humilde y mesurada vista,  
Que amansa fieras y áspides conquista.

Presas atrás las liberales manos,  
Y con sogas ceñido el santo cuello.  
¿Manos tales á nudos tan profanos  
Entrega Dios y da cuello tan bello?  
Desquiciense los polos soberanos;  
Y si no llora el hombre, tiemble dello;  
Que son estas prisiones beneficios,  
Y con amor se pagan, no con vicios.

Calla Jesus. ¡Oh Verbo inaccesible!  
A quien pronuncia el Padre omnipotente,  
Y con solo tu lengua inteligible  
Declara cuanto supo eternamente.  
¿A la de tu criatura voz falible  
Callas, y sufres tú manso y paciente?  
¿Y mueve el hombre odiosas disensiones  
Sin estar acusado y en prisiones?



Pero de un bravo espíritu irritado,  
Caifas á la demanda sali6 ardiendo,  
Y acabar el proceso comenzado  
Quiso sin tanto judicial estruendo;  
Y pregunt6 á Jesus, alborotado,  
Ya su respuesta y gravedad temiendo:  
«Y por Dios te conjuro (á voces dijo)  
Que digas si de Dios eres el Hijo.»

Cristo le respondi6 grave y sereno:  
«Tú dices la verdad, y aun más te aviso,  
Que el Hombre Dios, de resplandores lleno,  
Y en nube orlada de radiante friso,  
Y á la del Padre, inmensamente bueno,  
Diestra divina, con humano viso  
Vendr6 sentado; y esto de aquí á poco.»  
Qued6 Caifas de la respuesta loco.

Y como el labrador mal advertido  
Que, pensando asentar la bronca planta  
En una alfombra de jardin florido,  
Sobre algun áspid, sin saber, la planta,  
Que el tosco pié, con brevedad mordido,  
Del suelo con aguda voz levanta;  
Así Caifas, herido de su envidia,  
Salta y grita y declara su perfidia.

Cual triste enfermo que en retrete oscuro  
Guardado está del cielo refulgente,  
Que si del claro sol un rayo puro  
Le embiste y baña con su luz ardiente,  
Dél ofendido y della mal seguro,  
Huye la claridad resplandeciente,  
Los ojos cierra y brama encandilado;  
Así gime el pontífice alumbrado.



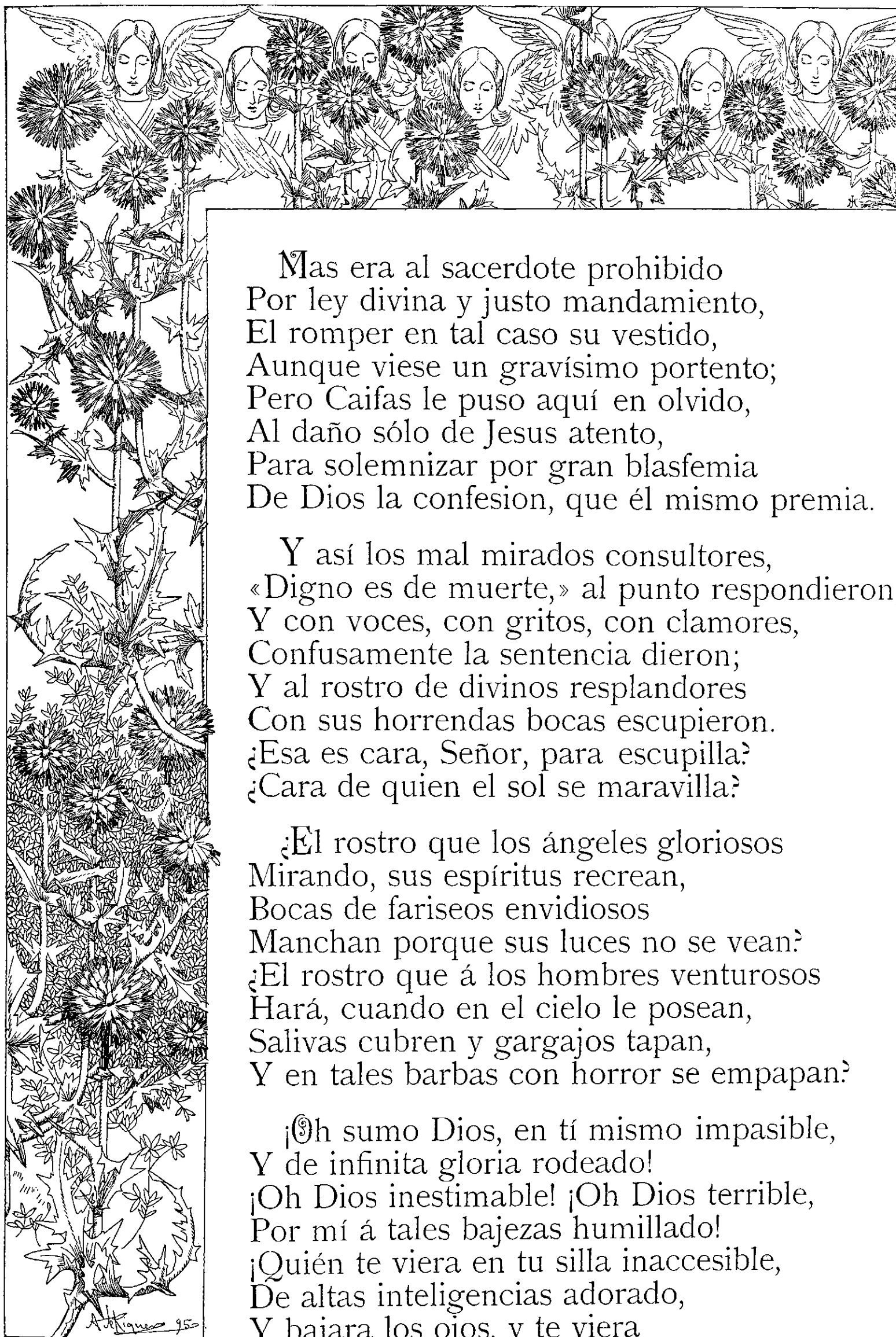


Cual caminante en noche tenebrosa,  
A quien el rayo coge repentino,  
Que de léjos la vista temerosa  
Le ciega y saca de su paso y tino,  
Y aun no tocado de su luz fogosa,  
Las fuerzas pierde y pierde su camino;  
Así Caifas perdió la excelsa cumbre  
De la razon, con este rayo y lumbre.

Y dijo: «Blasfemó: ya habeis oido  
Su gran blasfemia. ¿Qué son de importancia  
Los testigos aquí? Ya es conocido  
Y claro su furor y exorbitancia:  
¿Qué respondeis, senado esclarecido?  
¿Qué os parece su pérfida jactancia?»  
Y pronunciando, al fin, palabras tales,  
Los vestidos rompió sacerdotales.

Era costumbre de la hebráica gente  
Romper sus vestiduras al instante  
Que el nombre de su Dios indignamente  
Blasfemaba algun pérfido arrogante;  
Y Ecequías, con celo vehemente,  
Por no ser en el mal participante,  
De Rapsacis oyendo el gran pecado,  
Rompió sus vestiduras asombrado.

Y Jeremías tuvo á grande espanto  
Que el otro rey sus ropas no rasgase  
Viendo echar en el fuego un libro santo,  
Por ser cual si de Dios se blasfemase;  
Y al vano Heródes castigó Dios tanto  
Porque otro sus vestidos desgarrase,  
Cuando viese que el vulgo le ofrecia  
Honras de la deidad que no tenia.

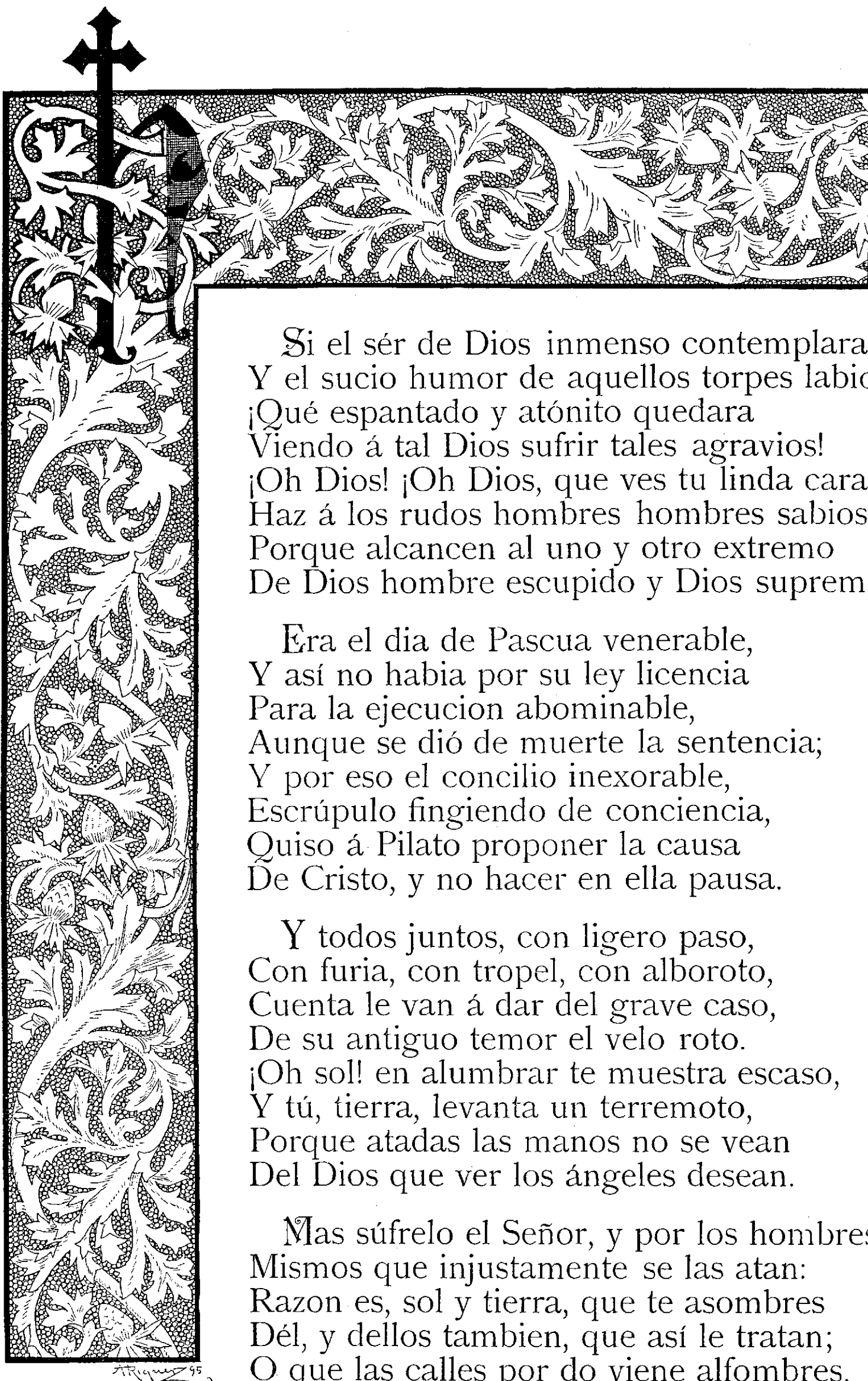


Mas era al sacerdote prohibido  
Por ley divina y justo mandamiento,  
El romper en tal caso su vestido,  
Aunque viese un gravísimo portentoso;  
Pero Caifas le puso aquí en olvido,  
Al daño sólo de Jesús atento,  
Para solemnizar por gran blasfemia  
De Dios la confesion, que él mismo premia.

Y así los mal mirados consultores,  
«Digno es de muerte,» al punto respondieron,  
Y con voces, con gritos, con clamores,  
Confusamente la sentencia dieron;  
Y al rostro de divinos resplandores  
Con sus horrendas bocas escupieron.  
¿Esa es cara, Señor, para escupilla?  
¿Cara de quien el sol se maravilla?

¿El rostro que los ángeles gloriosos  
Mirando, sus espíritus recrean,  
Bocas de fariseos envidiosos  
Manchan porque sus luces no se vean?  
¿El rostro que á los hombres venturosos  
Hará, cuando en el cielo le posean,  
Salivas cubren y gargajos tapan,  
Y en tales barbas con horror se empapan?

¡Oh sumo Dios, en tí mismo impasible,  
Y de infinita gloria rodeado!  
¡Oh Dios inestimable! ¡Oh Dios terrible,  
Por mí á tales bajezas humillado!  
¡Quién te viera en tu silla inaccesible,  
De altas inteligencias adorado,  
Y bajara los ojos, y te viera  
Hombre escupido de esa gente fiera!



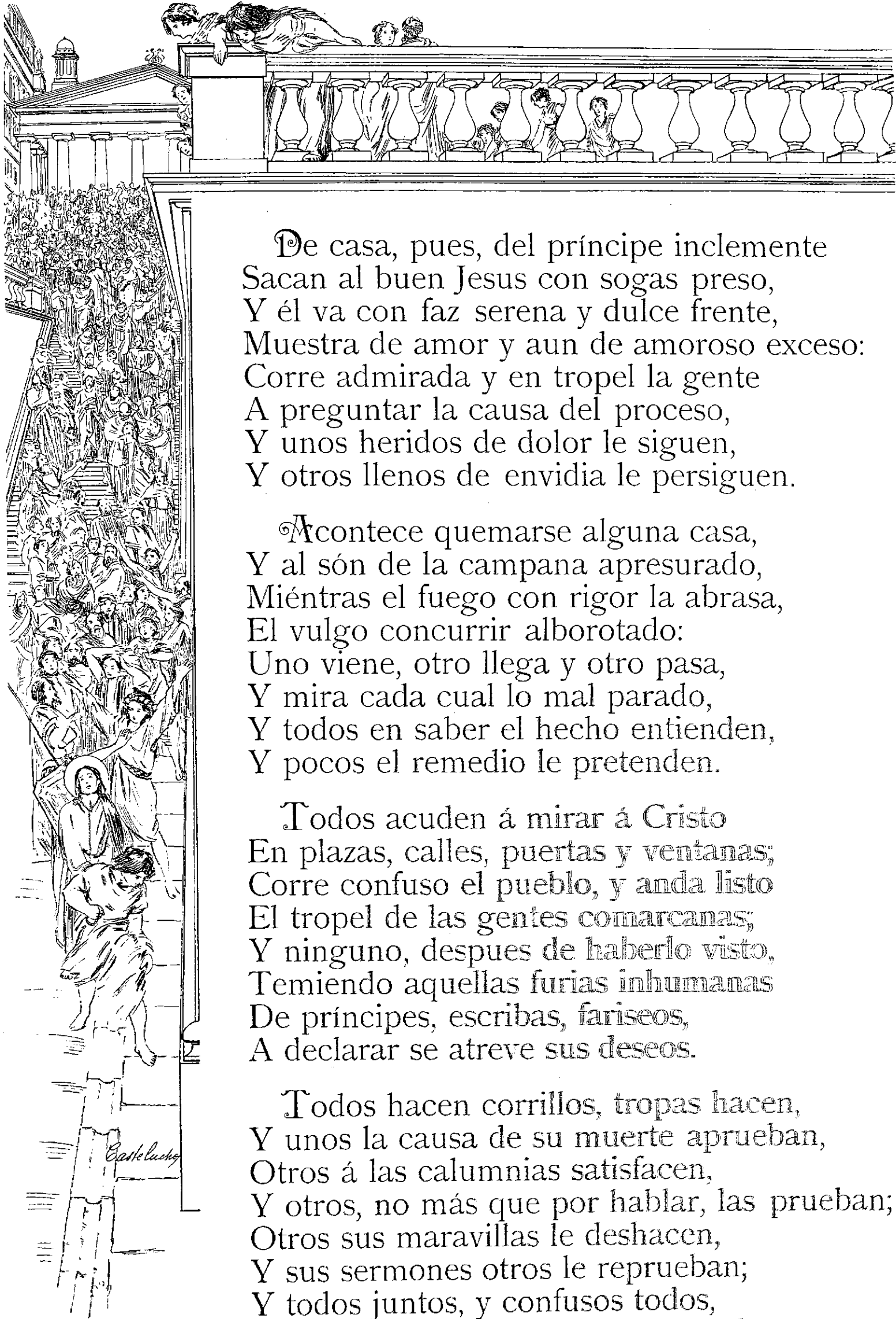
Si el sér de Dios inmenso contemplara,  
Y el sucio humor de aquellos torpes labios,  
¡Qué espantado y atónito quedara  
Viendo á tal Dios sufrir tales agravios!  
¡Oh Dios! ¡Oh Dios, que ves tu linda cara!  
Haz á los rudos hombres hombres sabios,  
Porque alcancen al uno y otro extremo  
De Dios hombre escupido y Dios supremo.

Era el dia de Pascua venerable,  
Y así no habia por su ley licencia  
Para la ejecucion abominable,  
Aunque se dió de muerte la sentencia;  
Y por eso el concilio inexorable,  
Escrúpulo fingiendo de conciencia,  
Quiso á Pilato proponer la causa  
De Cristo, y no hacer en ella pausa.

Y todos juntos, con ligero paso,  
Con furia, con tropel, con alboroto,  
Cuenta le van á dar del grave caso,  
De su antiguo temor el velo roto.  
¡Oh sol! en alumbrar te muestra escaso,  
Y tú, tierra, levanta un terremoto,  
Porque atadas las manos no se vean  
Del Dios que ver los ángeles desean.

Mas súfrelo el Señor, y por los hombres  
Mismos que injustamente se las atan:  
Razon es, sol y tierra, que te asombres  
Dél, y dellos tambien, que así le tratan;  
O que las calles por do viene alfombres,  
Mientras aquestos fieros le maltratan,  
De honestas rosas y de castos lirios,  
Agradeciendo en algo sus martirios.



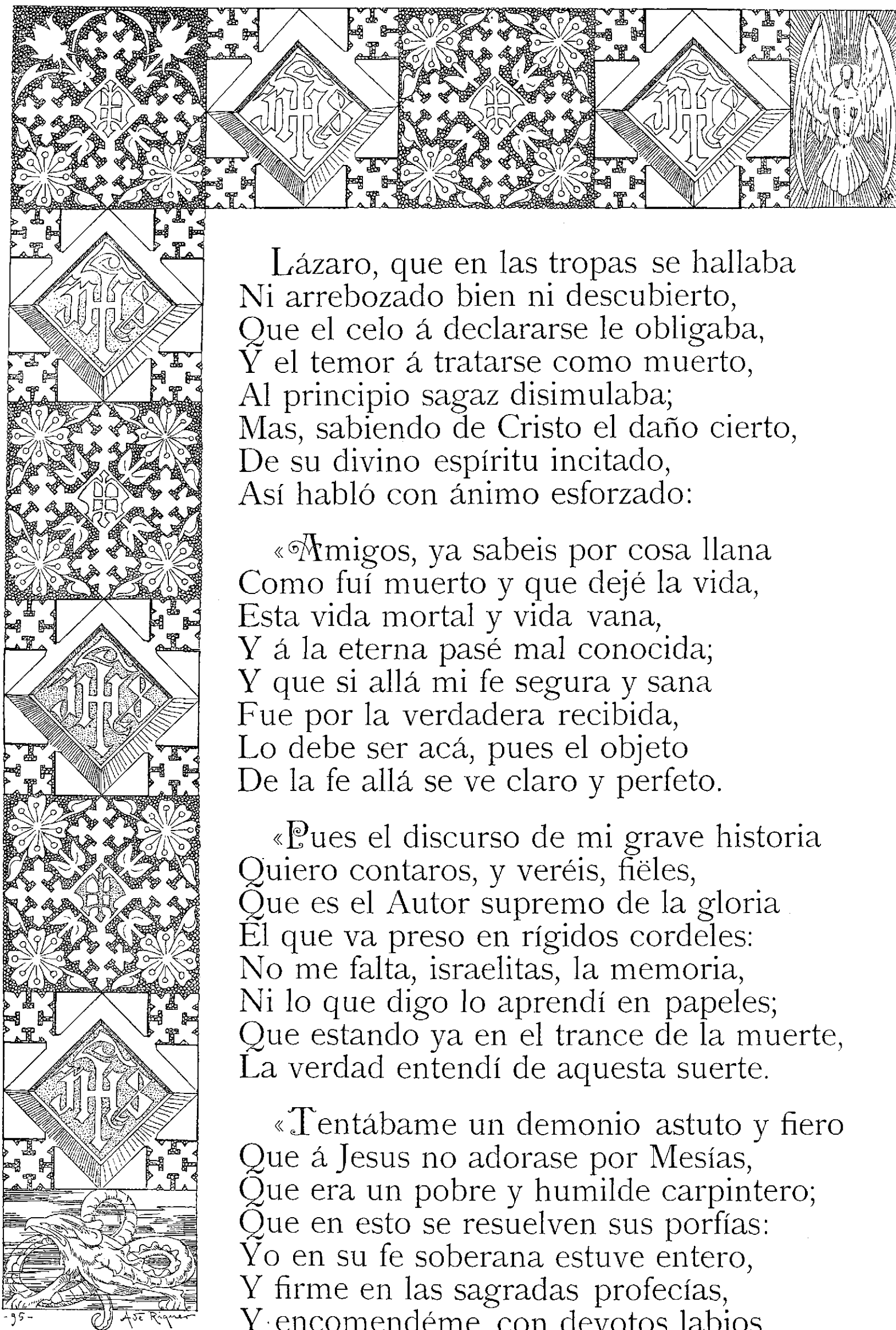


De casa, pues, del príncipe inclemente  
Sacan al buen Jesus con sogas preso,  
Y él va con faz serena y dulce frente,  
Muestra de amor y aun de amoroso exceso:  
Corre admirada y en tropel la gente  
A preguntar la causa del proceso,  
Y unos heridos de dolor le siguen,  
Y otros llenos de envidia le persiguen.

Acontece quemarse alguna casa,  
Y al són de la campana apresurado,  
Mientras el fuego con rigor la abrasa,  
El vulgo concurrir alborotado:  
Uno viene, otro llega y otro pasa,  
Y mira cada cual lo mal parado,  
Y todos en saber el hecho entienden,  
Y pocos el remedio le pretenden.

Todos acuden á mirar á Cristo  
En plazas, calles, puertas y ventanas;  
Corre confuso el pueblo, y anda listo  
El tropel de las gentes comarcanas;  
Y ninguno, despues de haberlo visto,  
Temiendo aquellas furias inhumanas  
De príncipes, escribas, fariseos,  
A declarar se atreve sus deseos.

Todos hacen corrillos, tropas hacen,  
Y unos la causa de su muerte aprueban,  
Otros á las calumnias satisfacen,  
Y otros, no más que por hablar, las prueban;  
Otros sus maravillas le deshacen,  
Y sus sermones otros le reprueban;  
Y todos juntos, y confusos todos,  
Y en varias partes y de varios modos.

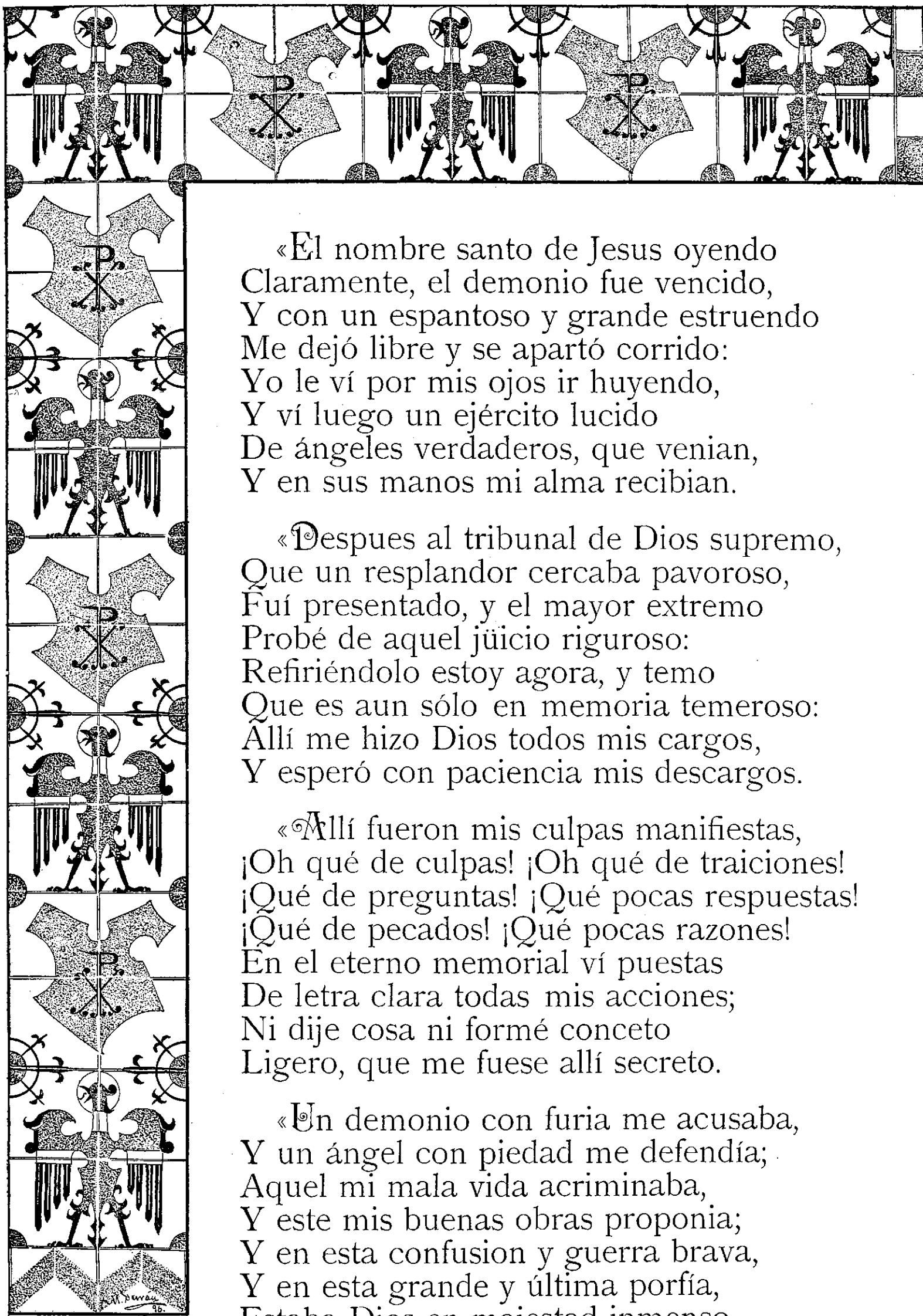


Lázaro, que en las tropas se hallaba  
Ni arrebozado bien ni descubierta,  
Que el celo á declararse le obligaba,  
Y el temor á tratarse como muerto,  
Al principio sagaz disimulaba;  
Mas, sabiendo de Cristo el daño cierto,  
De su divino espíritu incitado,  
Así habló con ánimo esforzado:

«Amigos, ya sabeis por cosa llana  
Como fuí muerto y que dejé la vida,  
Esta vida mortal y vida vana,  
Y á la eterna pasé mal conocida;  
Y que si allá mi fe segura y sana  
Fue por la verdadera recibida,  
Lo debe ser acá, pues el objeto  
De la fe allá se ve claro y perfeto.

«Pues el discurso de mi grave historia  
Quiero contaros, y veréis, fieles,  
Que es el Autor supremo de la gloria.  
Él que va preso en rígidos cordeles:  
No me falta, israelitas, la memoria,  
Ni lo que digo lo aprendí en papeles;  
Que estando ya en el trance de la muerte,  
La verdad entendí de aquesta suerte.

«Tentábame un demonio astuto y fiero  
Que á Jesus no adorase por Mesías,  
Que era un pobre y humilde carpintero;  
Que en esto se resuelven sus porfías:  
Yo en su fe soberana estuve entero,  
Y firme en las sagradas profecías,  
Y encomendéme con devotos labios  
A Jesus, y él deshizo mis agravios.



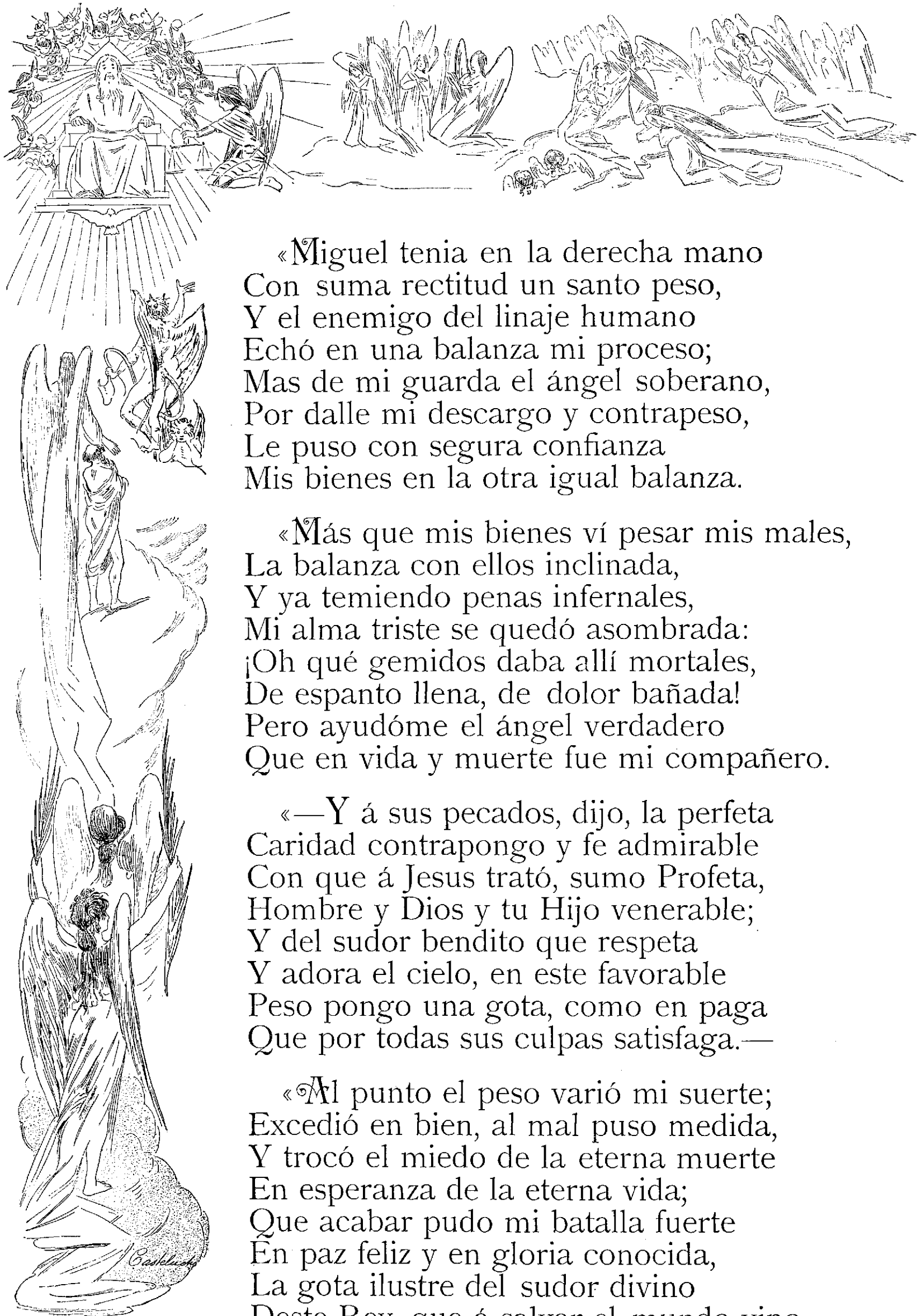
«El nombre santo de Jesus oyendo  
Claramente, el demonio fue vencido,  
Y con un espantoso y grande estruendo  
Me dejó libre y se apartó corrido:  
Yo le ví por mis ojos ir huyendo,  
Y ví luego un ejército lucido  
De ángeles verdaderos, que venian,  
Y en sus manos mi alma recibian.

«Despues al tribunal de Dios supremo,  
Que un resplandor cercaba pavoroso,  
Fuí presentado, y el mayor extremo  
Probé de aquel juicio riguroso:  
Refiriéndolo estoy agora, y temo  
Que es aun sólo en memoria temeroso:  
Allí me hizo Dios todos mis cargos,  
Y esperó con paciencia mis descargos.

«Allí fueron mis culpas manifiestas,  
¡Oh qué de culpas! ¡Oh qué de traiciones!  
¡Qué de preguntas! ¡Qué pocas respuestas!  
¡Qué de pecados! ¡Qué pocas razones!  
En el eterno memorial ví puestas  
De letra clara todas mis acciones;  
Ni dije cosa ni formé conceto  
Ligero, que me fuese allí secreto.

«Un demonio con furia me acusaba,  
Y un ángel con piedad me defendía;  
Aquel mi mala vida acriminaba,  
Y este mis buenas obras proponia;  
Y en esta confusion y guerra brava,  
Y en esta grande y última porfía,  
Estaba Dios en majestad inmenso,  
Como recto juez, grave y suspenso.



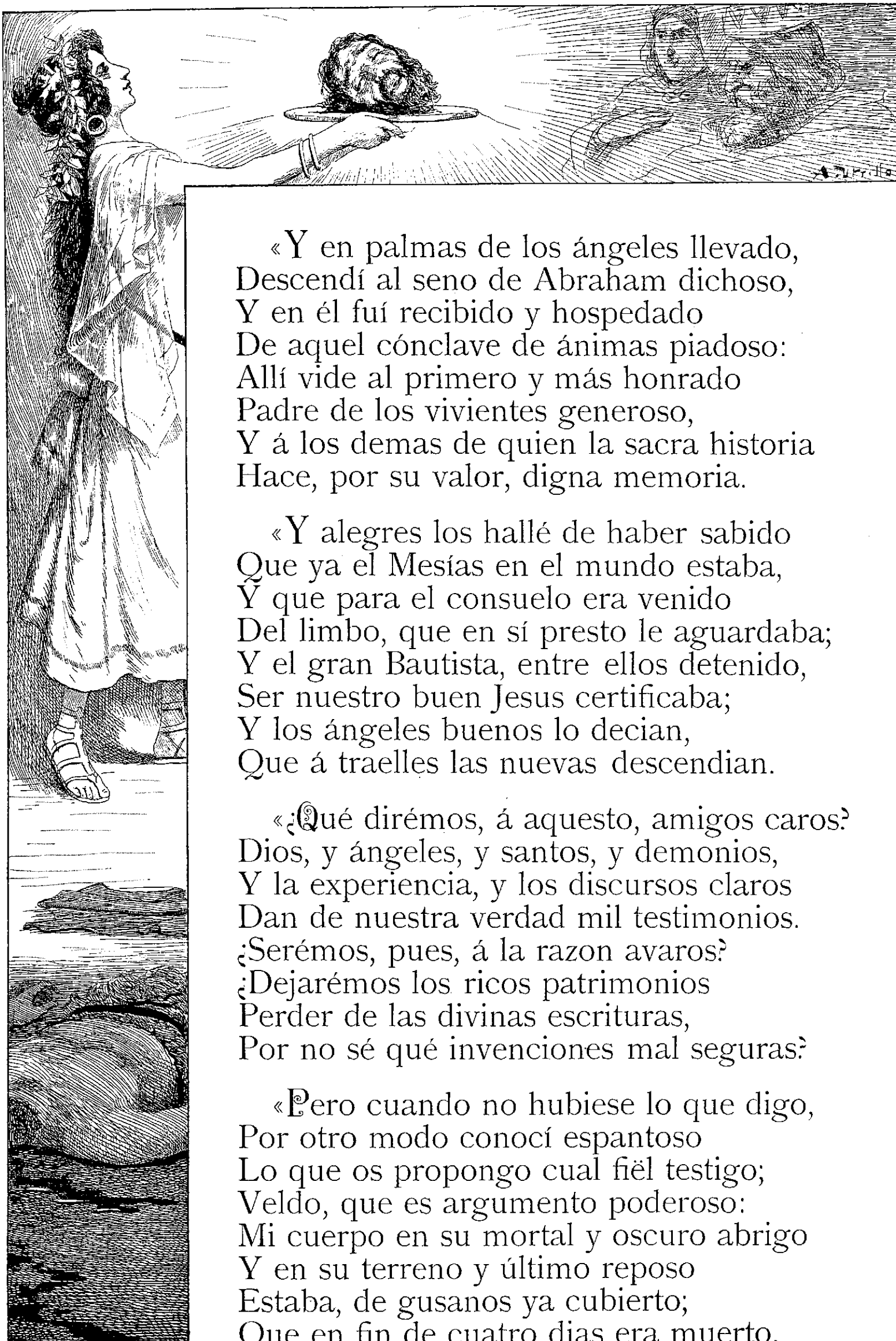


«Miguel tenia en la derecha mano  
Con suma rectitud un santo peso,  
Y el enemigo del linaje humano  
Echó en una balanza mi proceso;  
Mas de mi guarda el ángel soberano,  
Por darme mi descargo y contrapeso,  
Le puso con segura confianza  
Mis bienes en la otra igual balanza.

«Más que mis bienes ví pesar mis males,  
La balanza con ellos inclinada,  
Y ya temiendo penas infernales,  
Mi alma triste se quedó asombrada:  
¡Oh qué gemidos daba allí mortales,  
De espanto llena, de dolor bañada!  
Pero ayudóme el ángel verdadero  
Que en vida y muerte fue mi compañero.

«—Y á sus pecados, dijo, la perfecta  
Caridad contrapongo y fe admirable  
Con que á Jesus trató, sumo Profeta,  
Hombre y Dios y tu Hijo venerable;  
Y del sudor bendito que respeta  
Y adora el cielo, en este favorable  
Peso pongo una gota, como en paga  
Que por todas sus culpas satisfaga.—

«Al punto el peso varió mi suerte;  
Excedió en bien, al mal puso medida,  
Y trocó el miedo de la eterna muerte  
En esperanza de la eterna vida;  
Que acabar pudo mi batalla fuerte  
En paz feliz y en gloria conocida,  
La gota ilustre del sudor divino  
Deste Rey, que á salvar el mundo vino.

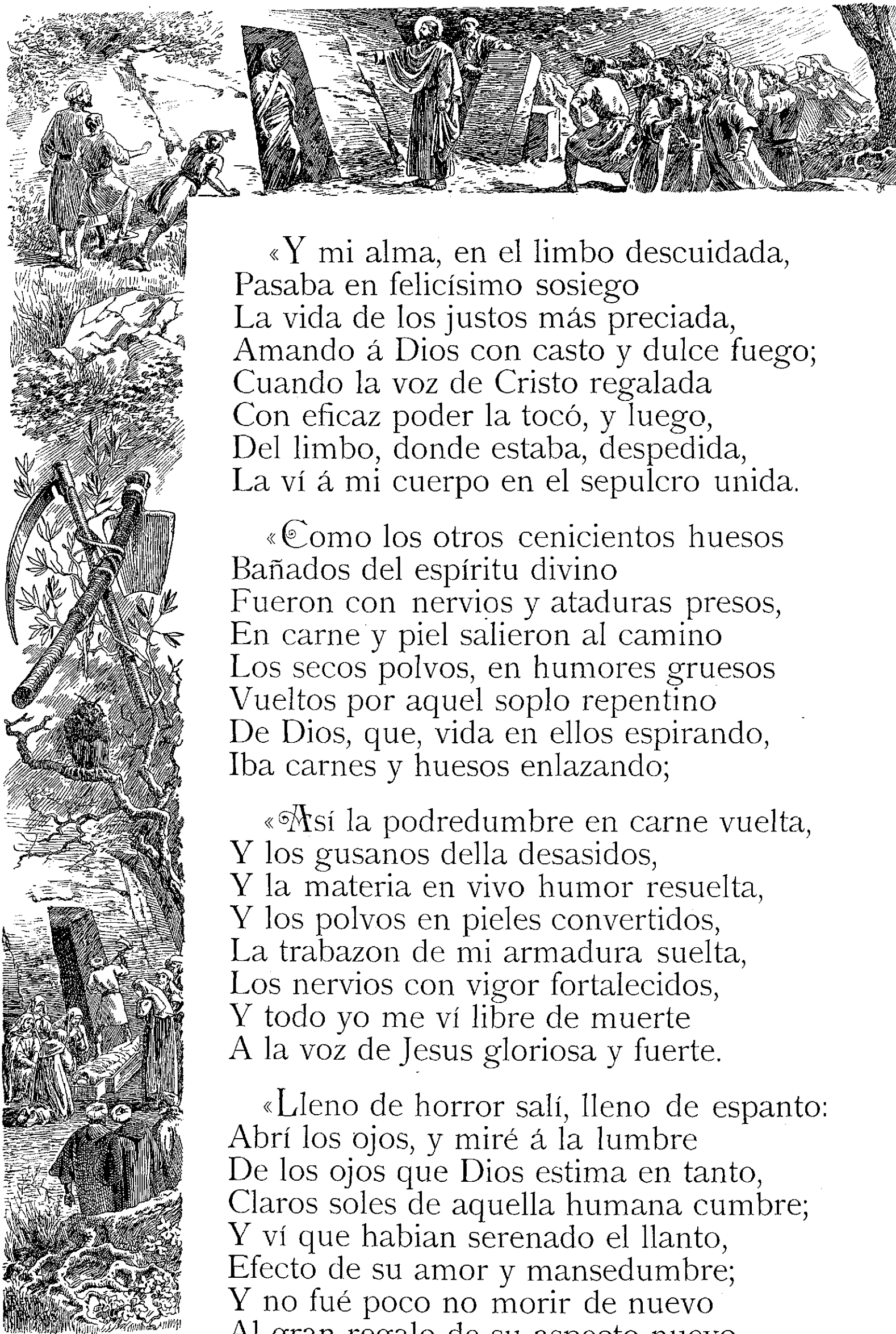


«Y en palmas de los ángeles llevado,  
Descendí al seno de Abraham dichoso,  
Y en él fuí recibido y hospedado  
De aquel cónclave de ánimas piadoso:  
Allí vide al primero y más honrado  
Padre de los vivientes generoso,  
Y á los demas de quien la sacra historia  
Hace, por su valor, digna memoria.

«Y alegres los hallé de haber sabido  
Que ya el Mesías en el mundo estaba,  
Y que para el consuelo era venido  
Del limbo, que en sí presto le aguardaba;  
Y el gran Bautista, entre ellos detenido,  
Ser nuestro buen Jesus certificaba;  
Y los ángeles buenos lo decian,  
Que á traelles las nuevas descendian.

«¿Qué dirémos, á aquesto, amigos caros?  
Dios, y ángeles, y santos, y demonios,  
Y la experiencia, y los discursos claros  
Dan de nuestra verdad mil testimonios.  
¿Serémos, pues, á la razon avaros?  
¿Dejarémos los ricos patrimonios  
Perder de las divinas escrituras,  
Por no sé qué invenciones mal seguras?

«Pero cuando no hubiese lo que digo,  
Por otro modo conocí espantoso  
Lo que os propongo cual fiél testigo;  
Veldo, que es argumento poderoso:  
Mi cuerpo en su mortal y oscuro abrigo  
Y en su terreno y último reposo  
Estaba, de gusanos ya cubierto;  
Que en fin de quatro dias era muerto.



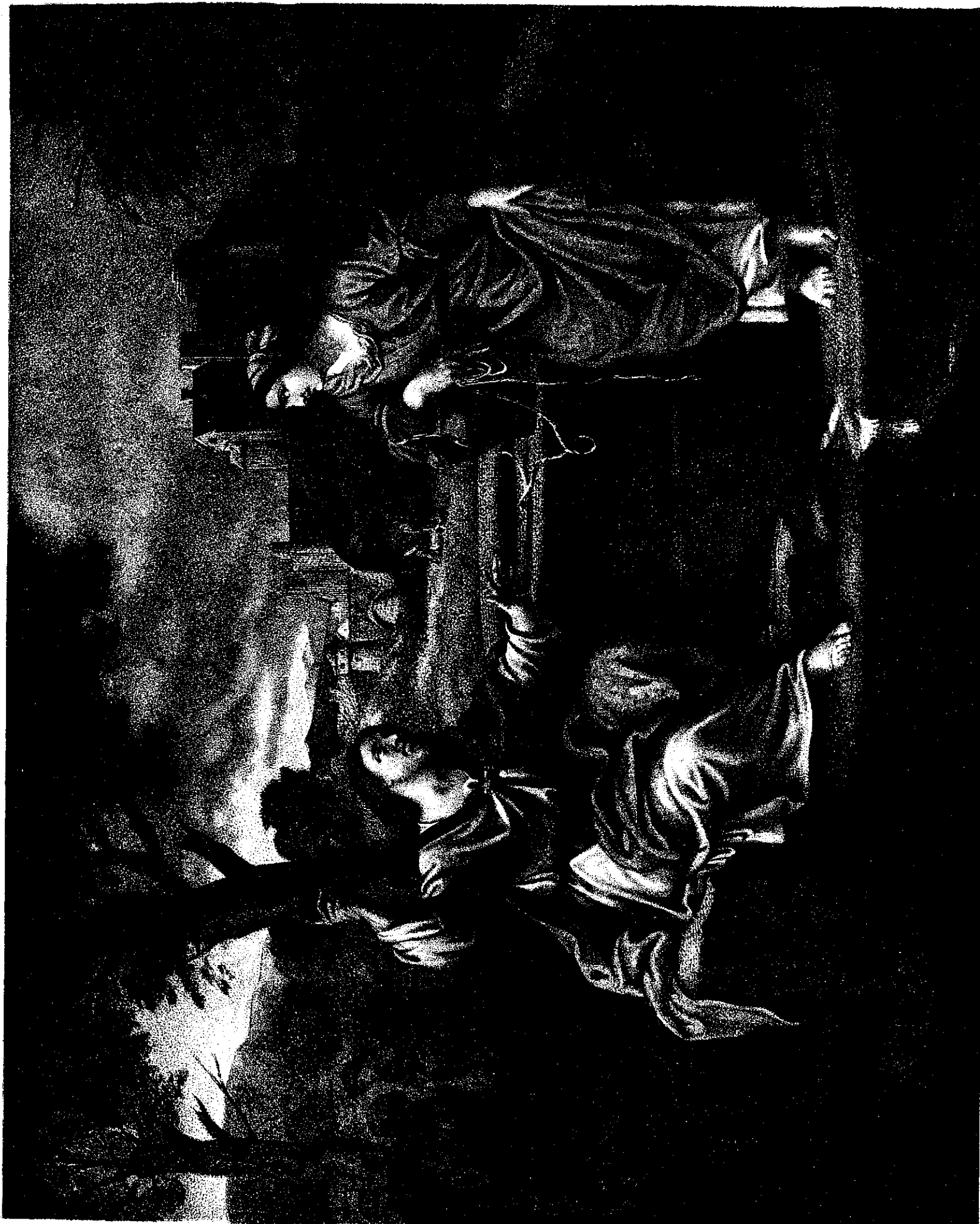
«Y mi alma, en el limbo descuidada,  
Pasaba en felicísimo sosiego  
La vida de los justos más preciada,  
Amando á Dios con casto y dulce fuego;  
Cuando la voz de Cristo regalada  
Con eficaz poder la tocó, y luego,  
Del limbo, donde estaba, despedida,  
La ví á mi cuerpo en el sepulcro unida.

«Como los otros cenicientos huesos  
Bañados del espíritu divino  
Fueron con nervios y ataduras presos,  
En carne y piel salieron al camino  
Los secos polvos, en humores gruesos  
Vueltos por aquel soplo repentino  
De Dios, que, vida en ellos espirando,  
Iba carnes y huesos enlazando;

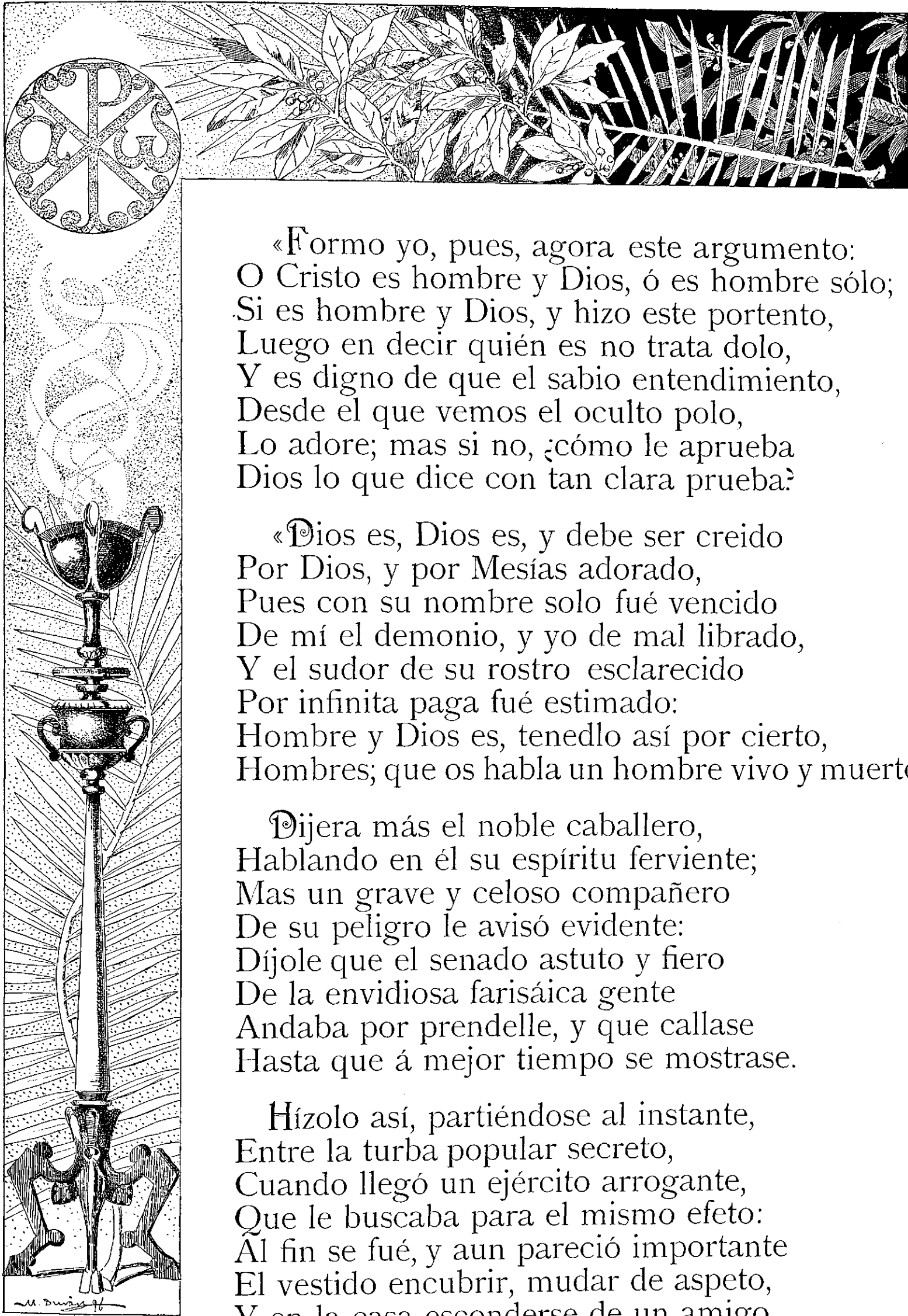
«Así la podredumbre en carne vuelta,  
Y los gusanos della desasidos,  
Y la materia en vivo humor resuelta,  
Y los polvos en pieles convertidos,  
La trabazon de mi armadura suelta,  
Los nervios con vigor fortalecidos,  
Y todo yo me ví libre de muerte  
A la voz de Jesus gloriosa y fuerte.

«Lleno de horror salí, lleno de espanto:  
Abrí los ojos, y miré á la lumbré  
De los ojos que Dios estima en tanto,  
Claros soles de aquella humana cumbre;  
Y ví que habian serenado el llanto,  
Efecto de su amor y mansedumbre;  
Y no fué poco no morir de nuevo  
Al gran regalo de su aspecto nuevo.









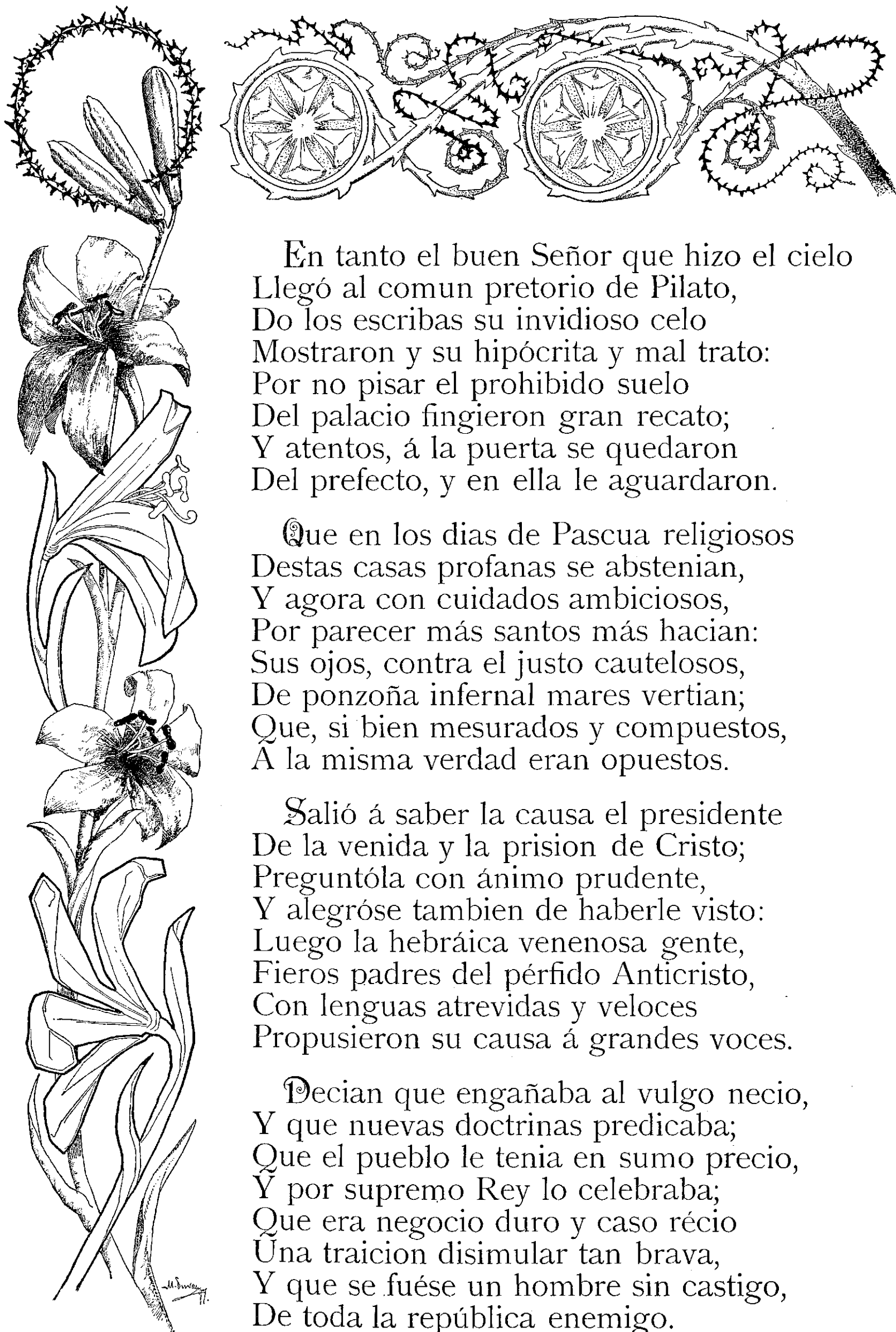
«Formo yo, pues, agora este argumento:  
O Cristo es hombre y Dios, ó es hombre sólo;  
Si es hombre y Dios, y hizo este portento,  
Luego en decir quién es no trata dolo,  
Y es digno de que el sabio entendimiento,  
Desde el que vemos el oculto polo,  
Lo adore; mas si no, ¿cómo le aprueba  
Dios lo que dice con tan clara prueba?»

«Dios es, Dios es, y debe ser creído  
Por Dios, y por Mesías adorado,  
Pues con su nombre solo fué vencido  
De mí el demonio, y yo de mal librado,  
Y el sudor de su rostro esclarecido  
Por infinita paga fué estimado:  
Hombre y Dios es, tenedlo así por cierto,  
Hombres; que os habla un hombre vivo y muerto.»

Dijera más el noble caballero,  
Hablando en él su espíritu ferviente;  
Mas un grave y celoso compañero  
De su peligro le avisó evidente:  
Dijole que el senado astuto y fiero  
De la envidiosa farisáica gente  
Andaba por prendelle, y que callase  
Hasta que á mejor tiempo se mostrase.

Hízolo así, partiéndose al instante,  
Entre la turba popular secreto,  
Cuando llegó un ejército arrogante,  
Que le buscaba para el mismo efeto:  
Al fin se fué, y aun pareció importante  
El vestido encubrir, mudar de aspeto,  
Y en la casa esconderse de un amigo,  
Que solo fuese de su amor testigo.



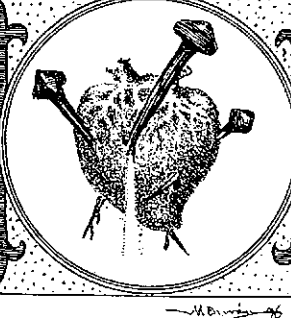
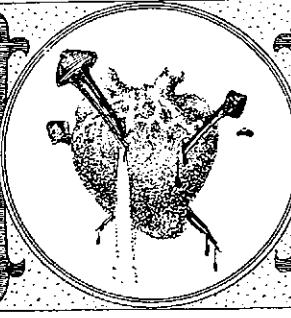
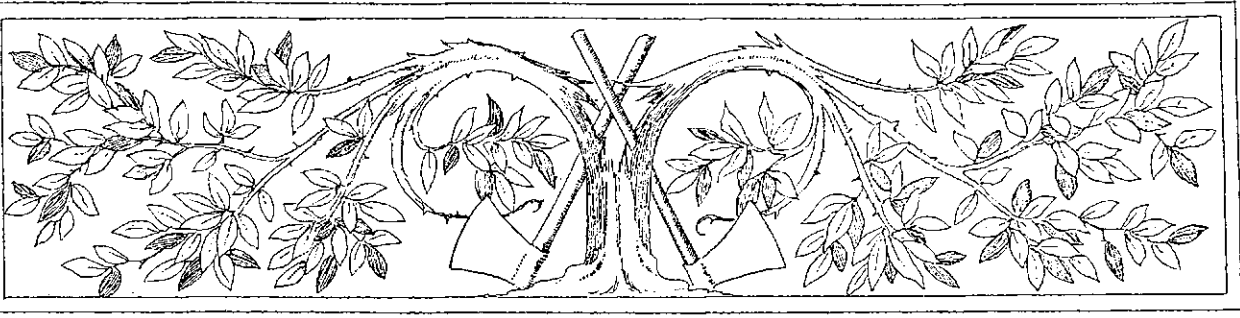
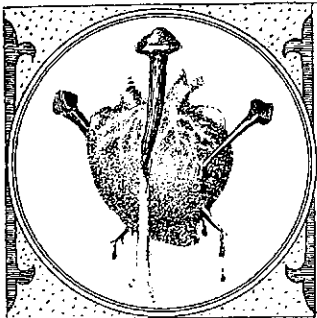


En tanto el buen Señor que hizo el cielo  
Llegó al comun pretorio de Pilato,  
Do los escribas su invidioso celo  
Mostraron y su hipócrita y mal trato:  
Por no pisar el prohibido suelo  
Del palacio fingieron gran recato;  
Y atentos, á la puerta se quedaron  
Del prefecto, y en ella le aguardaron.

Que en los dias de Pascua religiosos  
Destas casas profanas se abstenian,  
Y agora con cuidados ambiciosos,  
Por parecer más santos más hacian:  
Sus ojos, contra el justo cautelosos,  
De ponzoña infernal mares vertian;  
Que, si bien mesurados y compuestos,  
Á la misma verdad eran opuestos.

Salió á saber la causa el presidente  
De la venida y la prision de Cristo;  
Preguntóla con ánimo prudente,  
Y alegróse tambien de haberle visto:  
Luego la hebráica venenosa gente,  
Fieros padres del pérfido Anticristo,  
Con lenguas atrevidas y veloces  
Propusieron su causa á grandes voces.

Decian que engañaba al vulgo necio,  
Y que nuevas doctrinas predicaba;  
Que el pueblo le tenia en sumo precio,  
Y por supremo Rey lo celebraba;  
Que era negocio duro y caso récio  
Una traicion disimular tan brava,  
Y que se fuése un hombre sin castigo,  
De toda la república enemigo.

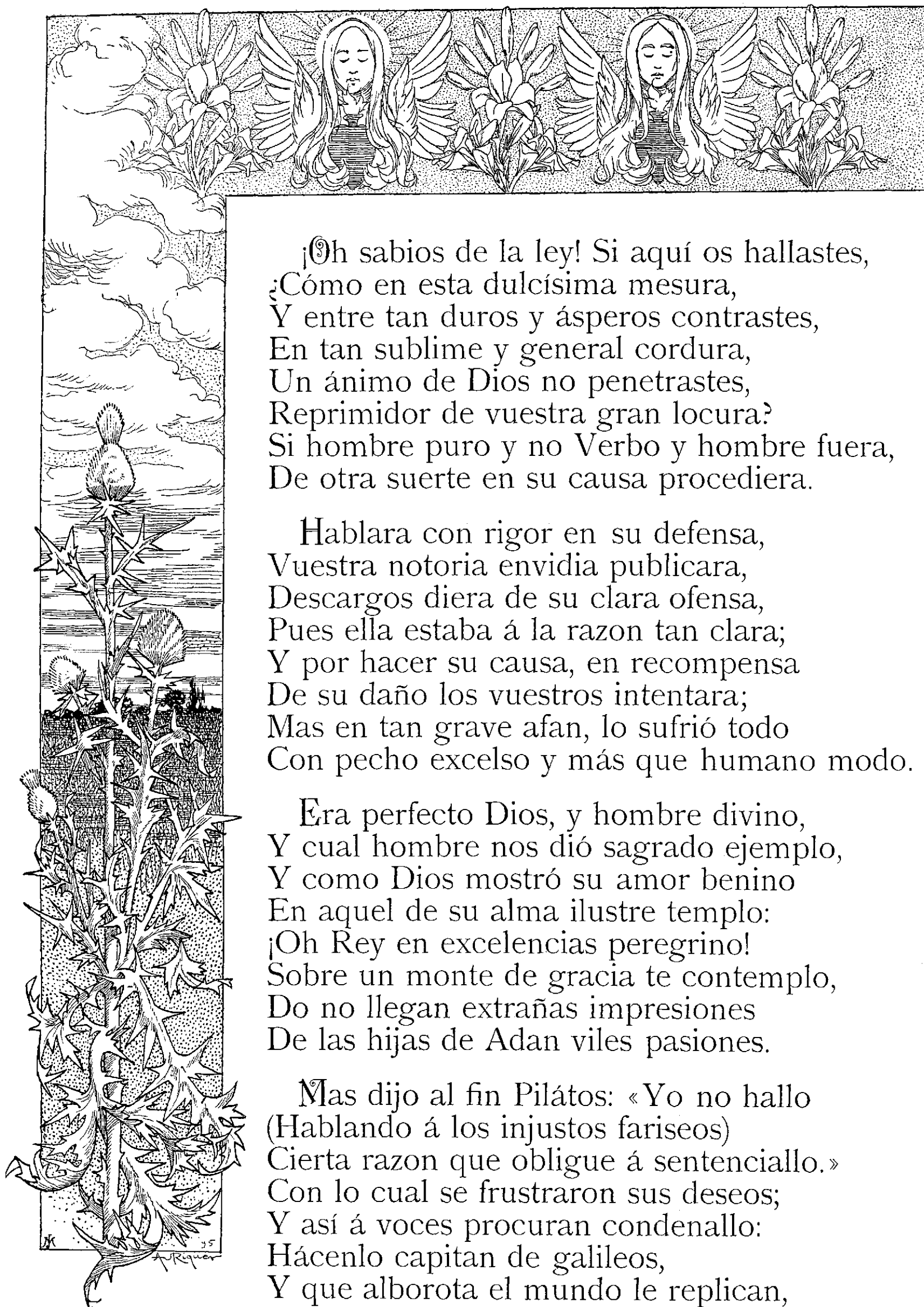


Como sucede en popular mercado  
Furiosa levantarse una pendencia  
De uno y otro linaje alborotado  
De gente infame y falta de prudencia,  
Que un confuso gritar desentonado  
Es la prueba mayor de su sentencia;  
Así aquellos de Dios crudos fiscales,  
Le acusaban con voces desiguales.

Preso, mas con semblante generoso,  
Estaba Cristo, y con serena cara,  
Grave, intrépido, excelso, valeroso  
En tanta furia y confusion tan rara:  
Notó aquel proceder maravilloso  
Pilato, y vió con evidencia clara  
Muestras de rey en él, y así hablóle  
Grandemente admirado, y preguntóle:

«¿Eres, por dicha, el Rey de los judíos?»  
Y Cristo: «No es mi reino de la tierra;  
Que si lo fuera, los vasallos míos  
Me librarán, le dijo, desta guerra:  
Ellos mostraran bien sus justos bríos  
Contra el senado, que en prenderme yerra;  
Mas al fin no es mi reino deste mundo.»  
Y aquí calló el saber de Dios profundo.

«¿Luego rey eres?» dijo el presidente;  
Y respondióle Cristo mesurado:  
«Tú dices que soy rey de aquesta gente;  
Pero yo soy nacido y fuí criado  
Para dar testimonio conveniente  
De la verdad que al mundo he predicado;  
Y el que es de la verdad, mi voz escucha;  
Que es grande su valor, su fuerza mucha.»



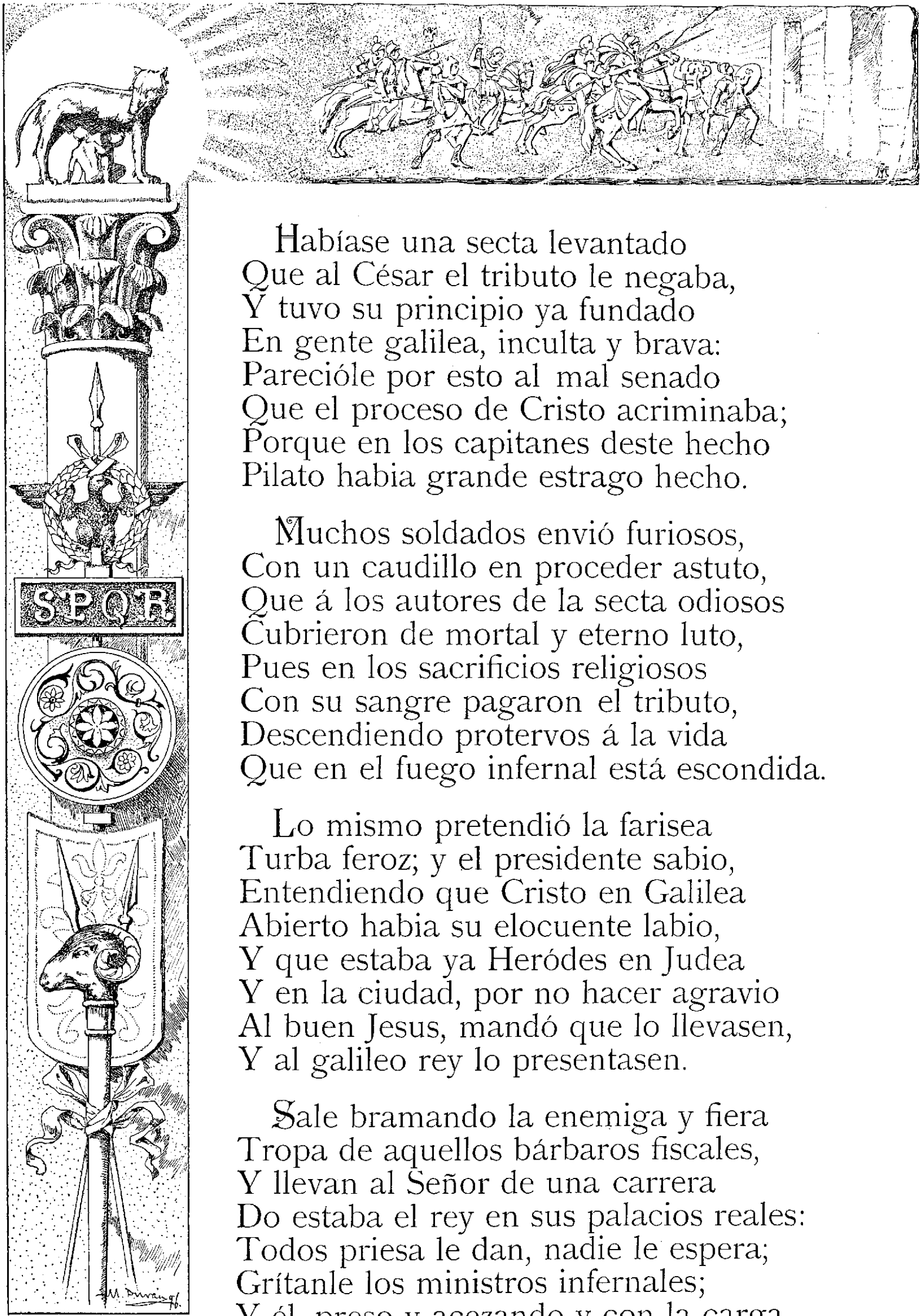
¡Oh sabios de la ley! Si aquí os hallastes,  
¿Cómo en esta dulcísima medida,  
Y entre tan duros y ásperos contrastes,  
En tan sublime y general cordura,  
Un ánimo de Dios no penetrastes,  
Reprimidor de vuestra gran locura?  
Si hombre puro y no Verbo y hombre fuera,  
De otra suerte en su causa procediera.

Hablara con rigor en su defensa,  
Vuestra notoria envidia publicara,  
Descargos diera de su clara ofensa,  
Pues ella estaba á la razon tan clara;  
Y por hacer su causa, en recompensa  
De su daño los vuestros intentara;  
Mas en tan grave afan, lo sufrió todo  
Con pecho excelso y más que humano modo.

Era perfecto Dios, y hombre divino,  
Y cual hombre nos dió sagrado ejemplo,  
Y como Dios mostró su amor benino  
En aquel de su alma ilustre templo:  
¡Oh Rey en excelencias peregrino!  
Sobre un monte de gracia te contemplo,  
Do no llegan extrañas impresiones  
De las hijas de Adan viles pasiones.

Mas dijo al fin Pilátos: «Yo no hallo  
(Hablando á los injustos fariseos)  
Cierta razon que obligue á sentenciallo.»  
Con lo cual se frustraron sus deseos;  
Y así á voces procuran condenallo:  
Hácenlo capitán de galileos,  
Y que alborota el mundo le replican,  
Y envidiosos clamores multiplican.



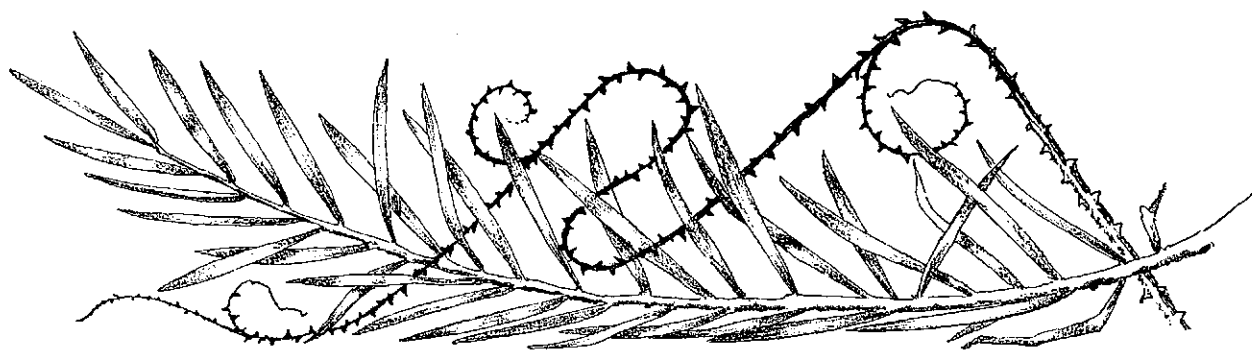
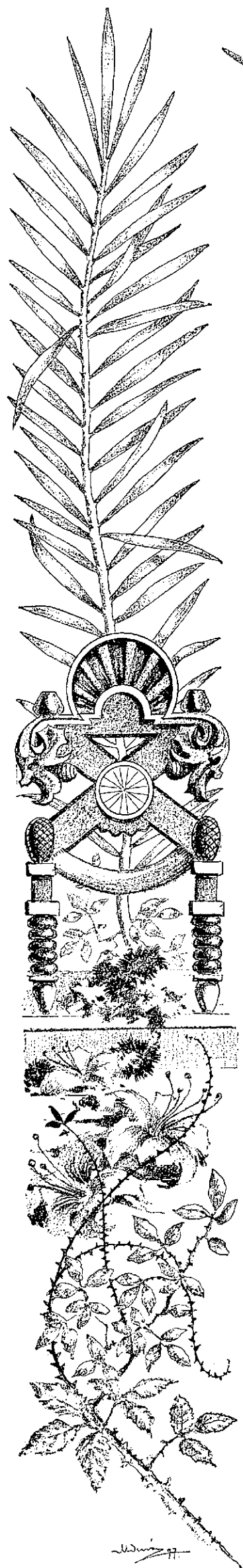


Habíase una secta levantado  
 Que al César el tributo le negaba,  
 Y tuvo su principio ya fundado  
 En gente galilea, inculta y brava:  
 Parecióle por esto al mal senado  
 Que el proceso de Cristo acriminaba;  
 Porque en los capitanes deste hecho  
 Pilato habia grande estrago hecho.

Muchos soldados envió furiosos,  
 Con un caudillo en proceder astuto,  
 Que á los autores de la secta odiosos  
 Cubrieron de mortal y eterno luto,  
 Pues en los sacrificios religiosos  
 Con su sangre pagaron el tributo,  
 Descendiendo protervos á la vida  
 Que en el fuego infernal está escondida.

Lo mismo pretendió la farisea  
 Turba feroz; y el presidente sabio,  
 Entendiendo que Cristo en Galilea  
 Abierto habia su elocuente labio,  
 Y que estaba ya Heródes en Judea  
 Y en la ciudad, por no hacer agravio  
 Al buen Jesus, mandó que lo llevasen,  
 Y al galileo rey lo presentasen.

Sale bramando la enemiga y fiera  
 Tropa de aquellos bárbaros fiscales,  
 Y llevan al Señor de una carrera  
 Do estaba el rey en sus palacios reales:  
 Todos priesa le dan, nadie le espera;  
 Grítanle los ministros infernales;  
 Y él, preso y acezando y con la carga  
 De nuestra culpa y pena, el paso alarga.

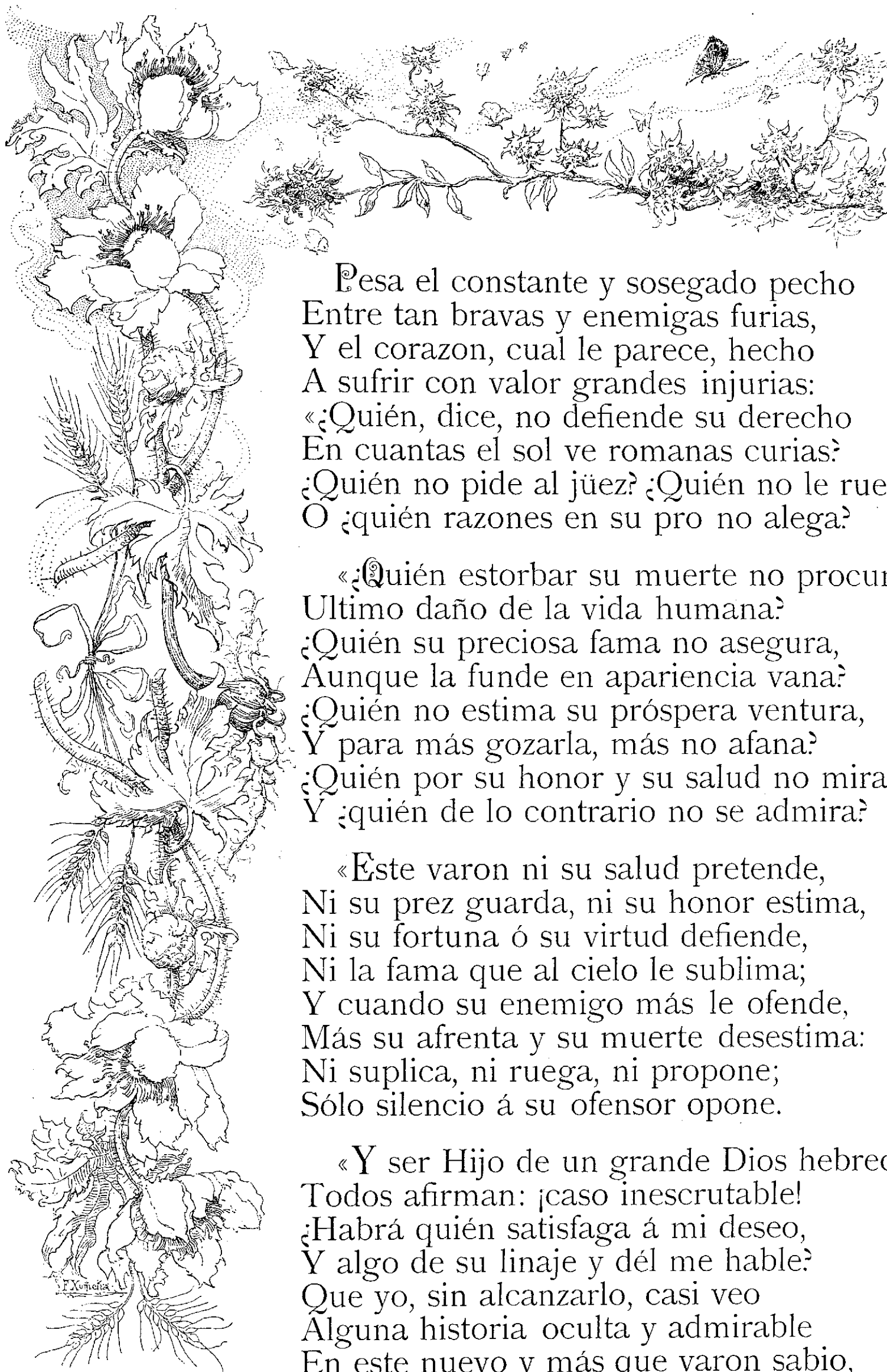


Aspera sogá aprieta su garganta  
Hermosa y grave, y corredizo nudo  
Esta y aquella mano ilustre y santa  
Ciñe y desuella con dolor agudo:  
El rostro, á quien el cielo salmos canta,  
Con deshonras ofende el pueblo rudo:  
Polvo le cubre, y el sudor sangriento  
Le tiñe y cansa y quita el sacro aliento.

¡Oh tú, que así le llevas, hombre duro,  
Si no en peñasco, en tigre convertido,  
Ya que no subes, por tu ingenio oscuro,  
Al sér de Dios el ánimo abatido,  
Y el trono de marfil excelso y puro,  
Donde habita, de soles mil vestido,  
No contemplas, oh bárbaro, siquiera  
Advierte y mira ese varon quién era!

Era un predicador inestimable,  
Que hablando, las almas suspendía;  
Era un profeta de virtud notable,  
Que prodigios grandísimos hacía;  
Era un hombre de aspecto venerable,  
A quien el más protervo se rendía:  
En esto pues repara, esto te rija,  
Prenda tus manos, y tus piés corrija.

Pero mientras camina apresurado  
El Señor de los cielos por el hombre,  
Pilátos, de sus gracias admirado  
(Que no es mucho que á un hombre Dios asombre),  
De alguna gente ilustre rodeado,  
Trata y pregunta por su vida y nombre;  
Su gravedad pondera, y su prudencia  
Alaba, y escudriña su conciencia.



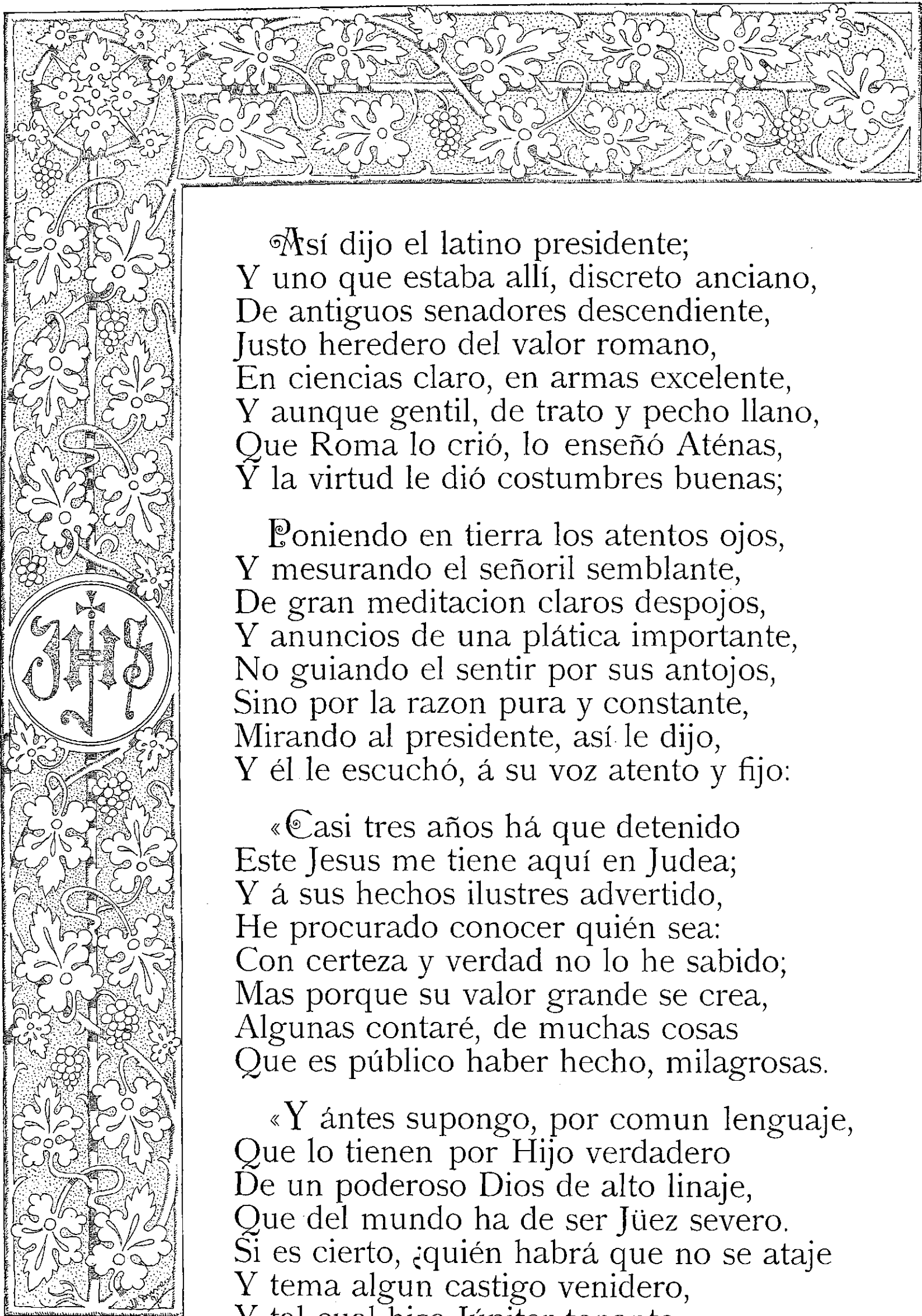
Pesa el constante y sosegado pecho  
Entre tan bravas y enemigas furias,  
Y el corazón, cual le parece, hecho  
A sufrir con valor grandes injurias:  
«¿Quién, dice, no defiende su derecho  
En cuantas el sol ve romanas curias?  
¿Quién no pide al juez? ¿Quién no le ruega?  
O ¿quién razones en su pro no alega?»

«¿Quién estorbar su muerte no procura,  
Último daño de la vida humana?  
¿Quién su preciosa fama no asegura,  
Aunque la funde en apariencia vana?  
¿Quién no estima su próspera ventura,  
Y para más gozarla, más no afana?  
¿Quién por su honor y su salud no mira?  
Y ¿quién de lo contrario no se admira?»

«Este varón ni su salud pretende,  
Ni su prez guarda, ni su honor estima,  
Ni su fortuna ó su virtud defiende,  
Ni la fama que al cielo le sublima;  
Y cuando su enemigo más le ofende,  
Más su afrenta y su muerte desestima:  
Ni suplica, ni ruega, ni propone;  
Sólo silencio á su ofensor opone.

«Y ser Hijo de un grande Dios hebreo  
Todos afirman: ¡caso inescrutable!  
¿Habrá quién satisfaga á mi deseo,  
Y algo de su linaje y dél me hable?  
Que yo, sin alcanzarlo, casi veo  
Alguna historia oculta y admirable  
En este nuevo y más que varón sabio,  
Que ni su vida precia ni su agravio.»





Así dijo el latino presidente;  
Y uno que estaba allí, discreto anciano,  
De antiguos senadores descendiente,  
Justo heredero del valor romano,  
En ciencias claro, en armas excelente,  
Y aunque gentil, de trato y pecho llano,  
Que Roma lo crió, lo enseñó Aténas,  
Y la virtud le dió costumbres buenas;

Poniendo en tierra los atentos ojos,  
Y mesurando el señoril semblante,  
De gran meditacion claros despojos,  
Y anuncios de una plática importante,  
No guiando el sentir por sus antojos,  
Sino por la razon pura y constante,  
Mirando al presidente, así le dijo,  
Y él le escuchó, á su voz atento y fijo:

«Casi tres años há que detenido  
Este Jesus me tiene aquí en Judea;  
Y á sus hechos ilustres advertido,  
He procurado conocer quién sea:  
Con certeza y verdad no lo he sabido;  
Mas porque su valor grande se crea,  
Algunas contaré, de muchas cosas  
Que es público haber hecho, milagrosas.

«Y ántes supongo, por comun lenguaje,  
Que lo tienen por Hijo verdadero  
De un poderoso Dios de alto linaje,  
Que del mundo ha de ser Juez severo.  
Si es cierto, ¿quién habrá que no se ataje  
Y tema algun castigo venidero,  
Y tal cual hizo Júpiter tonante  
En Licaon soberbio y arrogante?»

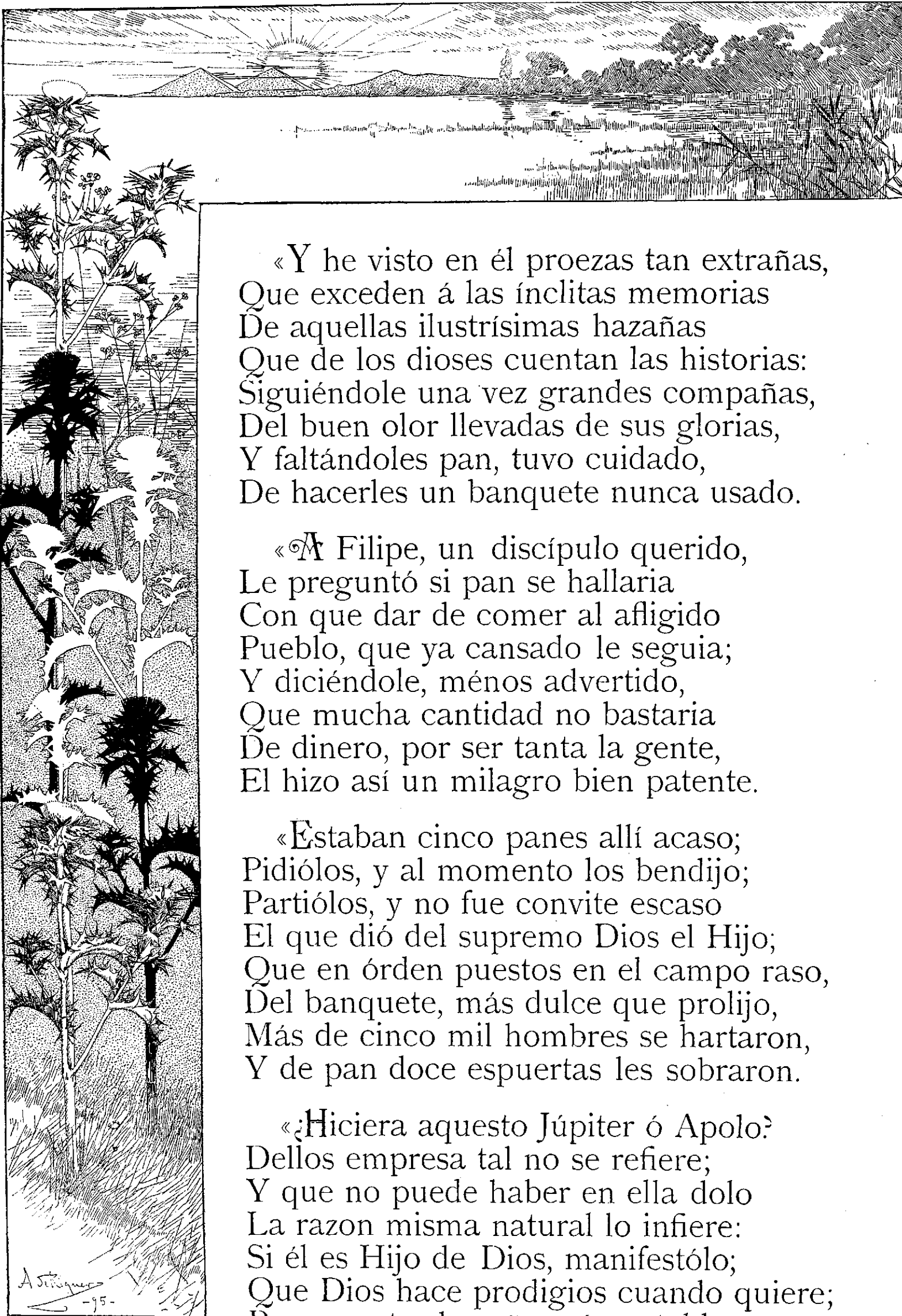


«Sabemos que, viniendo á ver la tierra,  
Y á visitar del mundo las maldades,  
Licaon, con aleve y torpe guerra,  
Quiso inquirir sus altas propiedades.  
¡Oh cuánto el hombre miserable yerra,  
Que ofende á las etéreas majestades!  
Al convite de Dios, un niño asado  
Puso en la mesa: ¡hecho no pensado!

«Júpiter, advirtiéndole su locura,  
La casa le abrasó con fuego ardiente,  
Y en lobo transformado, en la espesura  
De un monte lo encerró perpétuamente:  
Subióse á la region del cielo pura,  
Y consultando á la suprema gente,  
Mandó á las nubes que aguas derramasen,  
Con que el mundo en diluvios anegasen.

«Así se hizo; que al divino imperio  
¿Cuál puede resistir fuerza terrena?  
Vídose de aguas lleno el hemisferio,  
Y la esfera del aire de aguas llena:  
En este caso, pues, fundo el misterio  
De Jesus, que su gente vil condena.  
¿No puede ser que venga á visitarnos  
Para si le ofendemos anegarnos?»

«Si él es Hijo de Dios, ¿qué mucho fuera  
Disimular un poco nuestros males,  
Y con ira despues terrible y fiera  
En el mundo llover daños iguales?  
Y si de lluvias no, de otra manera,  
Pues, conforme á los hados celestiales,  
Al orbe ha de abrasar un triste fuego  
Que lo acabe y resuelva en humo ciego.



«Y he visto en él proezas tan extrañas,  
Que exceden á las ínclitas memorias  
De aquellas ilustrísimas hazañas  
Que de los dioses cuentan las historias:  
Siguiéndole una vez grandes compañías,  
Del buen olor llevadas de sus glorias,  
Y faltándoles pan, tuvo cuidado,  
De hacerles un banquete nunca usado.

«A Filipe, un discípulo querido,  
Le preguntó si pan se hallaría  
Con que dar de comer al afligido  
Pueblo, que ya cansado le seguía;  
Y diciéndole, ménos advertido,  
Que mucha cantidad no bastaría  
De dinero, por ser tanta la gente,  
El hizo así un milagro bien patente.

«Estaban cinco panes allí acaso;  
Pidiólos, y al momento los bendijo;  
Partiólos, y no fue convite escaso  
El que dió del supremo Dios el Hijo;  
Que en órden puestos en el campo raso,  
Del banquete, más dulce que prolijo,  
Más de cinco mil hombres se hartaron,  
Y de pan doce espuestas les sobraron.

«¿Hiciera aquesto Júpiter ó Apolo?  
Dellos empresa tal no se refiere;  
Y que no puede haber en ella dolo  
La razon misma natural lo infiere:  
Si él es Hijo de Dios, manifestólo;  
Que Dios hace prodigios cuando quiere;  
Pero en otra hazaña más notable  
Se vió mejor su espíritu admirable.



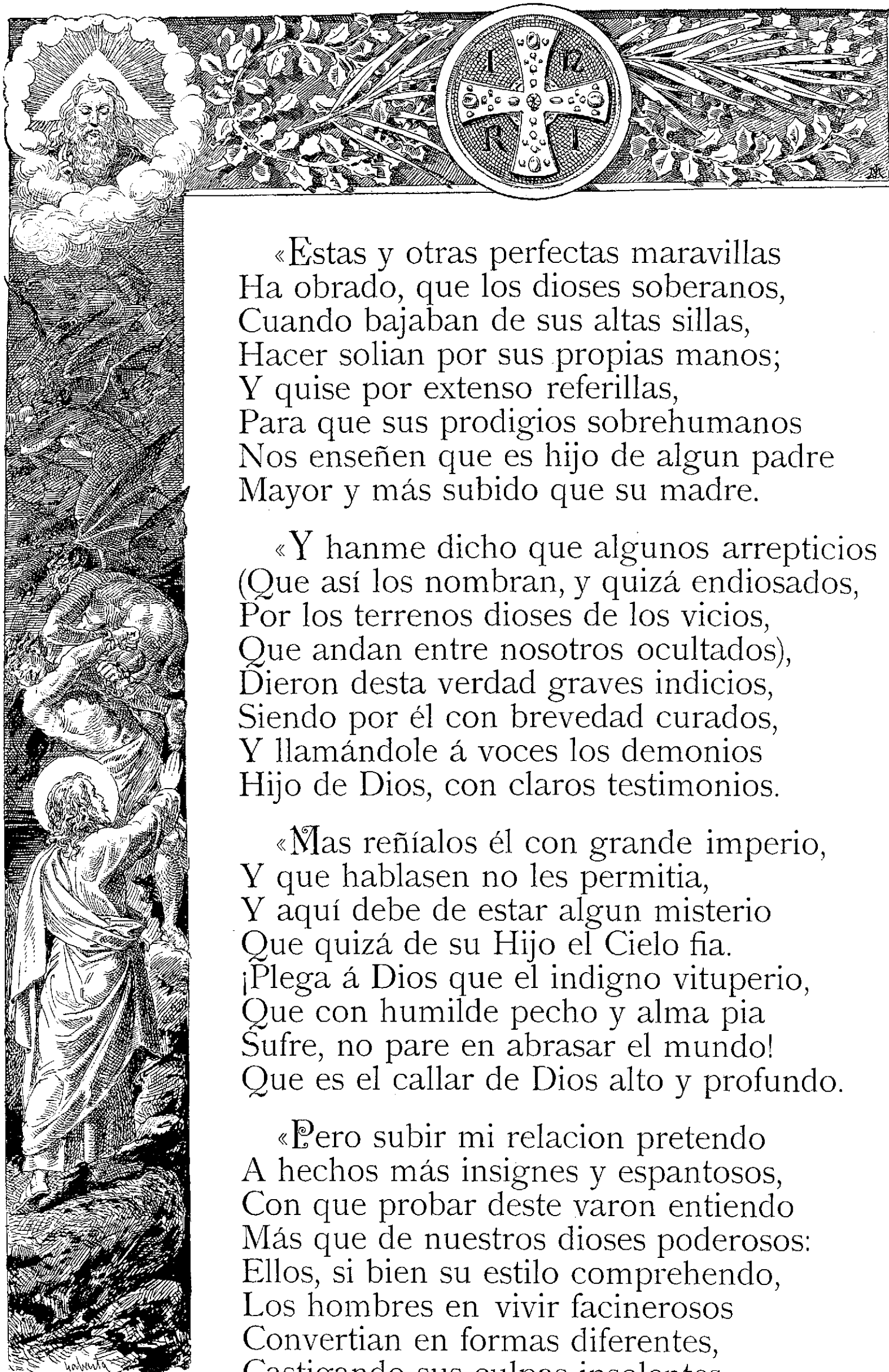


«**A** cierto desposorio le llamaron,  
Y en medio del banquete faltó vino,  
Y habiéndolo sabido, le rogaron  
Que se mostrase, y con razon, benino:  
Excusóse, y al fin le importunaron;  
Y avisando al mayor Arquitriclino,  
Le dijeron que humilde obedeciese  
A cuanto aquel Señor le dispusiese.

«**M**andó henchir los vasos de agua pura;  
Hinchéronlos, y llenos brevemente,  
En vino de suavísima dulzura  
Mudó el agua, cual Dios omnipotente:  
De Baco en su más próspera ventura  
No vemos que grandeza tal se cuente:  
Todos bebieron deste vino ilustre,  
Que honró el convite y dió á las bodas lustre.

«**O**tra vez, predicando en cierta nave,  
Al pescador mandó tender las redes,  
Y de su buena suerte echar la clave,  
Diciéndole: «En mi nombre, echarlas puedes.»  
Y como con verdad todo lo sabe,  
Y hace con amor estas mercedes,  
Tantos peces juntó, que reventaba  
La red, y por mil partes se rasgaba.

«**A**lgunos pescadores acudieron,  
Y preñada del mar la red sacaron,  
Y dos pequeñas naves que hincheron,  
Peces por las antenas rebosaron:  
Todos de asombro y pasmo se cubrieron;  
Y uno de los que al hecho se hallaron,  
Postrado dijo: «Véte, ¡oh Dios supremo!,  
Que por ser pecador tu vista temo.»

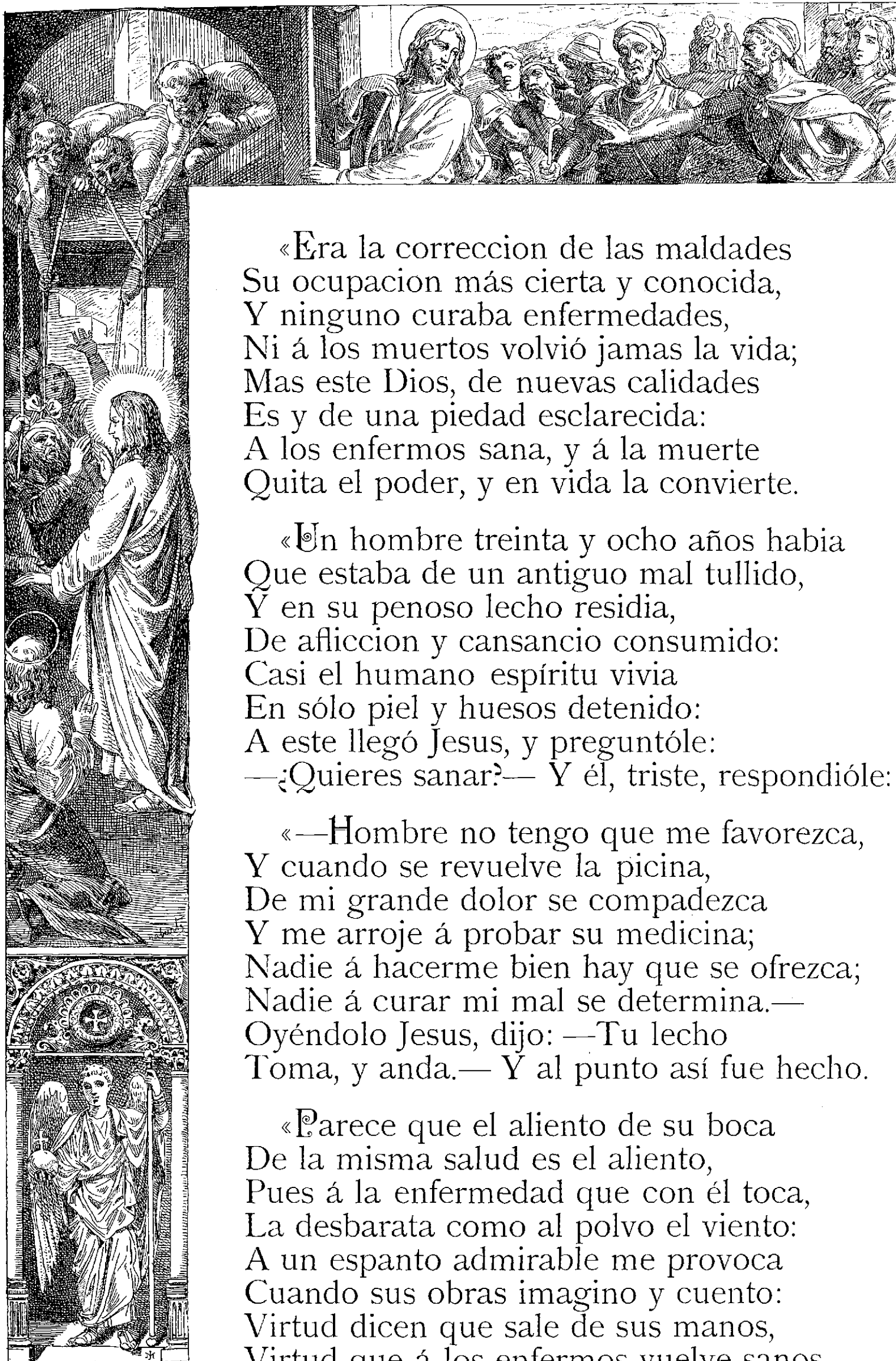


«Estas y otras perfectas maravillas  
Ha obrado, que los dioses soberanos,  
Cuando bajaban de sus altas sillas,  
Hacer solian por sus propias manos;  
Y quise por extenso referillas,  
Para que sus prodigios sobrehumanos  
Nos enseñen que es hijo de algun padre  
Mayor y más subido que su madre.

«Y hanme dicho que algunos arrepticios  
(Que así los nombran, y quizá endiosados,  
Por los terrenos dioses de los vicios,  
Que andan entre nosotros ocultados),  
Dieron desta verdad graves indicios,  
Siendo por él con brevedad curados,  
Y llamándole á voces los demonios  
Hijo de Dios, con claros testimonios.

«Mas reñíalos él con grande imperio,  
Y que hablasen no les permitia,  
Y aquí debe de estar algun misterio  
Que quizá de su Hijo el Cielo fia.  
¡Plega á Dios que el indigno vituperio,  
Que con humilde pecho y alma pia  
Sufre, no pare en abrasar el mundo!  
Que es el callar de Dios alto y profundo.

«Pero subir mi relacion pretendo  
A hechos más insignes y espantosos,  
Con que probar deste varon entiendo  
Más que de nuestros dioses poderosos:  
Ellos, si bien su estilo comprehendo,  
Los hombres en vivir facinerosos  
Convertian en formas diferentes,  
Castigando sus culpas insolentes.



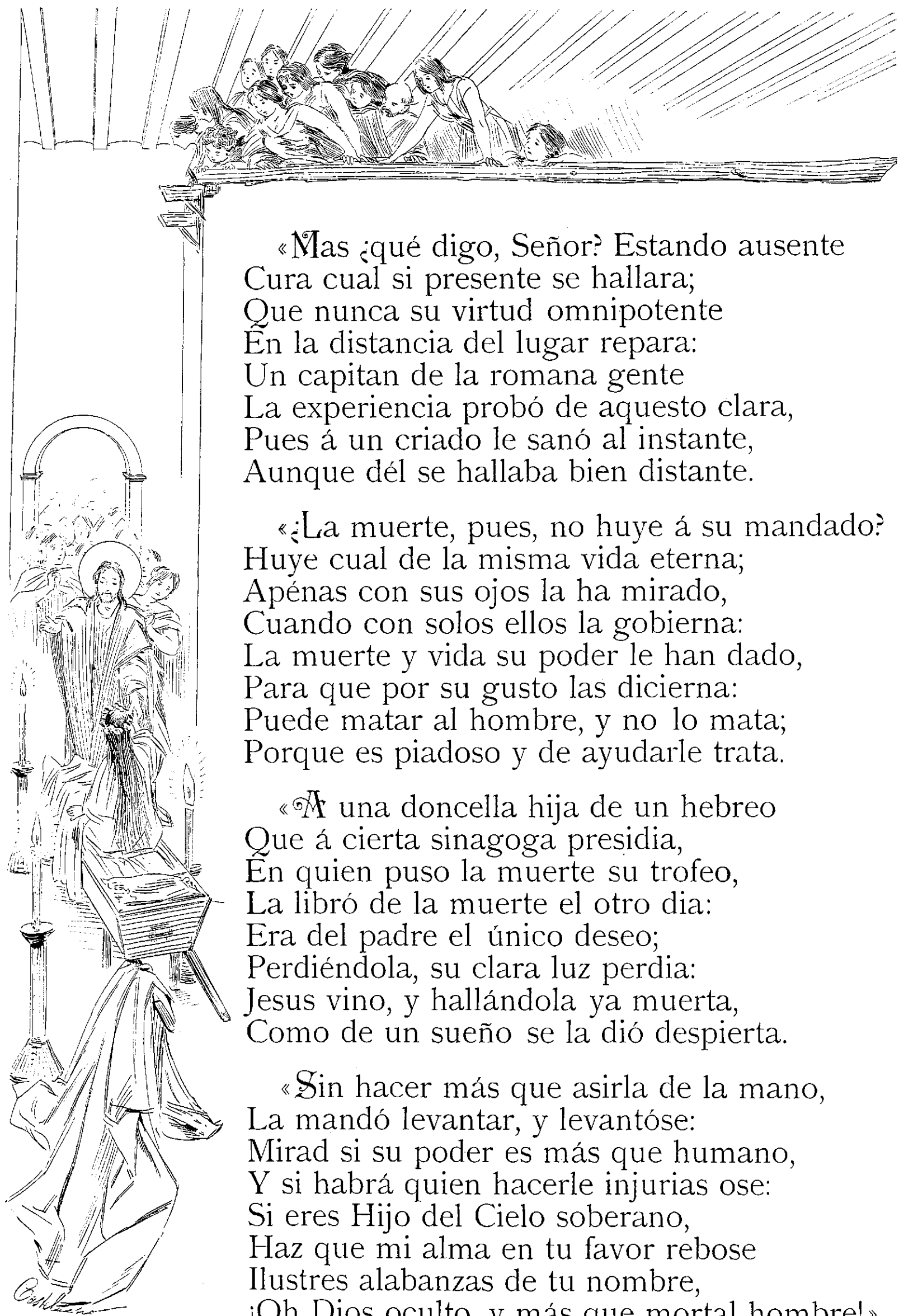
«Era la correccion de las maldades  
 Su ocupacion más cierta y conocida,  
 Y ninguno curaba enfermedades,  
 Ni á los muertos volvió jamas la vida;  
 Mas este Dios, de nuevas calidades  
 Es y de una piedad esclarecida:  
 A los enfermos sana, y á la muerte  
 Quita el poder, y en vida la convierte.

«Un hombre treinta y ocho años habia  
 Que estaba de un antiguo mal tullido,  
 Y en su penoso lecho residia,  
 De afliccion y cansancio consumido:  
 Casi el humano espíritu vivia  
 En sólo piel y huesos detenido:  
 A este llegó Jesus, y preguntóle:  
 —¿Quieres sanar?— Y él, triste, respondióle:

«—Hombre no tengo que me favorezca,  
 Y cuando se revuelve la picina,  
 De mi grande dolor se compadezca  
 Y me arroje á probar su medicina;  
 Nadie á hacerme bien hay que se ofrezca;  
 Nadie á curar mi mal se determina.—  
 Oyéndolo Jesus, dijo: —Tu lecho  
 Toma, y anda.— Y al punto así fue hecho.

«Parece que el aliento de su boca  
 De la misma salud es el aliento,  
 Pues á la enfermedad que con él toca,  
 La desbarata como al polvo el viento:  
 A un espanto admirable me provoca  
 Cuando sus obras imagino y cuento:  
 Virtud dicen que sale de sus manos,  
 Virtud que á los enfermos vuelve sanos.



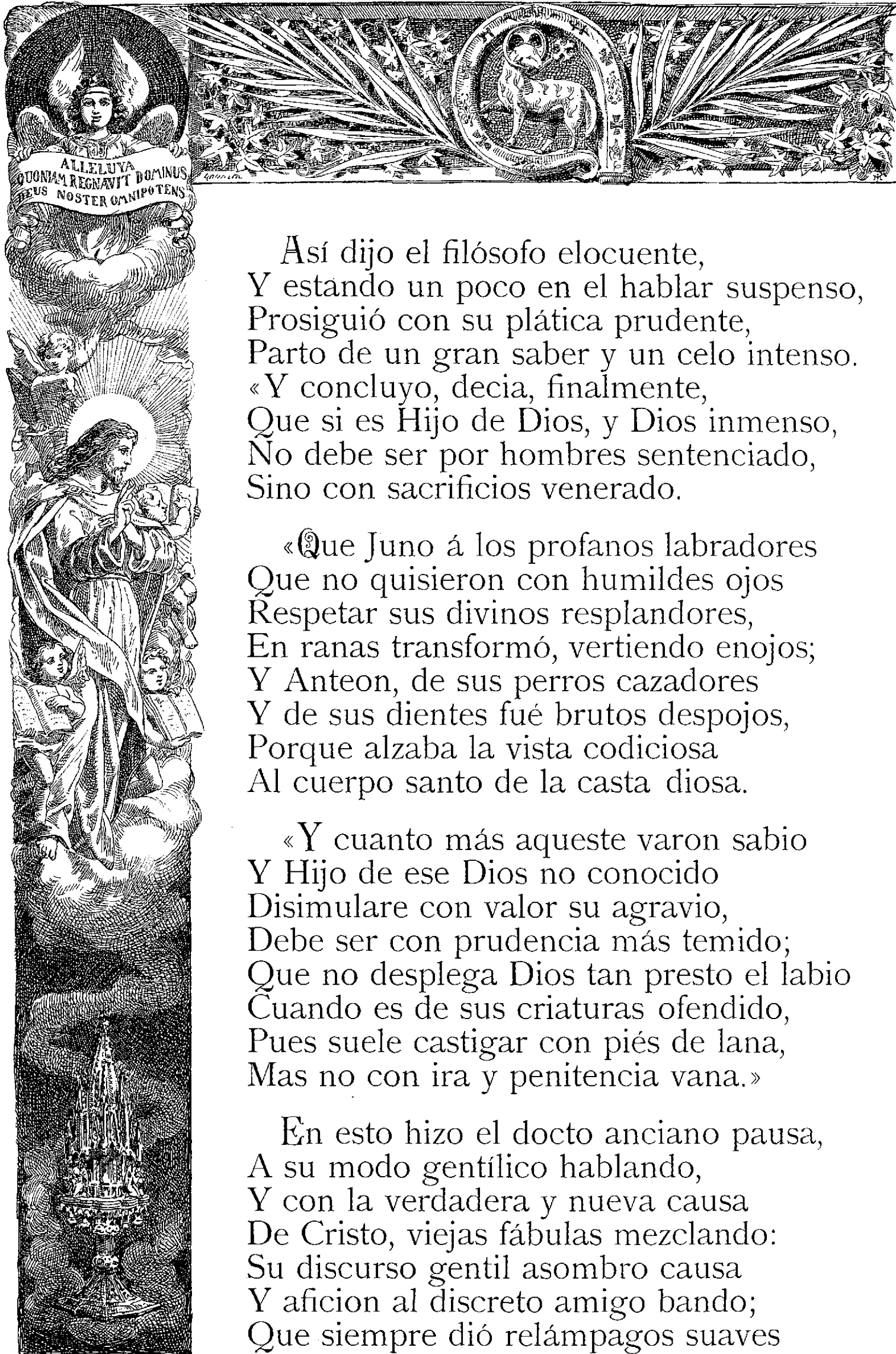


«Mas ¿qué digo, Señor? Estando ausente  
Cura cual si presente se hallara;  
Que nunca su virtud omnipotente  
En la distancia del lugar repara:  
Un capitán de la romana gente  
La experiencia probó de aquesto clara,  
Pues á un criado le sanó al instante,  
Aunque dél se hallaba bien distante.

«¿La muerte, pues, no huye á su mandado?  
Huye cual de la misma vida eterna;  
Apénas con sus ojos la ha mirado,  
Cuando con solos ellos la gobierna:  
La muerte y vida su poder le han dado,  
Para que por su gusto las dicierna:  
Puede matar al hombre, y no lo mata;  
Porque es piadoso y de ayudarle trata.

«A una doncella hija de un hebreo  
Que á cierta sinagoga presidia,  
En quien puso la muerte su trofeo,  
La libró de la muerte el otro día:  
Era del padre el único deseo;  
Perdiéndola, su clara luz perdía:  
Jesus vino, y hallándola ya muerta,  
Como de un sueño se la dió despierta.

«Sin hacer más que asirla de la mano,  
La mandó levantar, y levantóse:  
Mirad si su poder es más que humano,  
Y si habrá quien hacerle injurias ose:  
Si eres Hijo del Cielo soberano,  
Haz que mi alma en tu favor rebose  
Ilustres alabanzas de tu nombre,  
¡Oh Dios oculto, y más que mortal hombre!»

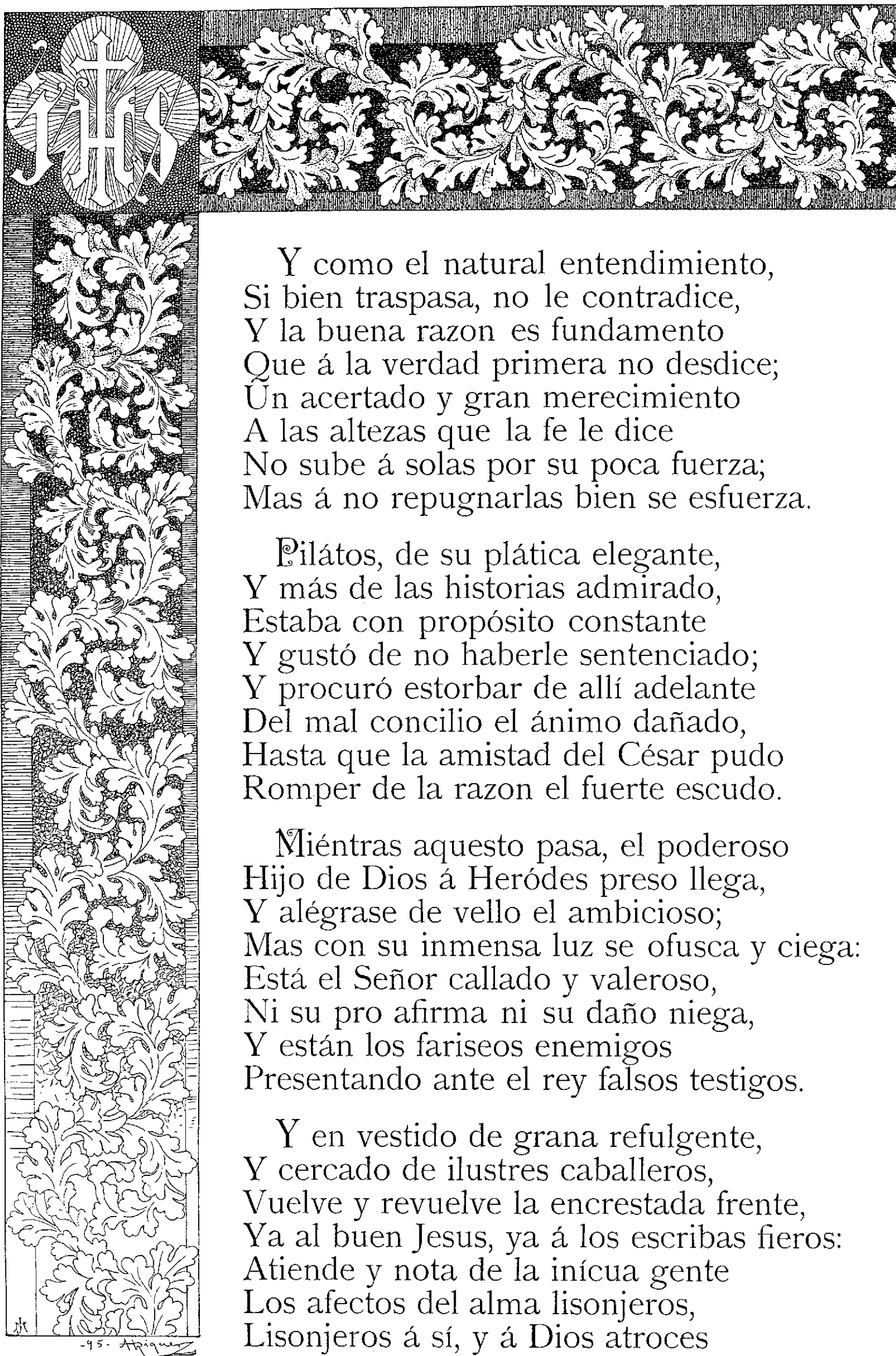


Así dijo el filósofo elocuente,  
Y estando un poco en el hablar suspenso,  
Prosiguió con su plática prudente,  
Parto de un gran saber y un celo intenso.  
«Y concluyo, decia, finalmente,  
Que si es Hijo de Dios, y Dios inmenso,  
No debe ser por hombres sentenciado,  
Sino con sacrificios venerado.

«Que Juno á los profanos labradores  
Que no quisieron con humildes ojos  
Respetar sus divinos resplandores,  
En ranas transformó, vertiendo enojos;  
Y Anteón, de sus perros cazadores  
Y de sus dientes fué brutos despojos,  
Porque alzaba la vista codiciosa  
Al cuerpo santo de la casta diosa.

«Y cuanto más aqúeste varon sabio  
Y Hijo de ese Dios no conocido  
Disimulare con valor su agravio,  
Debe ser con prudencia más temido;  
Que no desplega Dios tan presto el labio  
Cuando es de sus criaturas ofendido,  
Pues suele castigar con piés de lana,  
Mas no con ira y penitencia vana.»

En esto hizo el docto anciano pausa,  
A su modo gentilico hablando,  
Y con la verdadera y nueva causa  
De Cristo, viejas fábulas mezclando:  
Su discurso gentil asombro causa  
Y aficion al discreto amigo bando;  
Que siempre dió relámpagos suaves  
La luz de Cristo á los ingenios graves.



Y como el natural entendimiento,  
Si bien traspasa, no le contradice,  
Y la buena razon es fundamento  
Que á la verdad primera no desdice;  
Un acertado y gran merecimiento  
A las altezas que la fe le dice  
No sube á solas por su poca fuerza;  
Mas á no repugnarlas bien se esfuerza.

Pilátos, de su plática elegante,  
Y más de las historias admirado,  
Estaba con propósito constante  
Y gustó de no haberle sentenciado;  
Y procuró estorbar de allí adelante  
Del mal concilio el ánimo dañado,  
Hasta que la amistad del César pudo  
Romper de la razon el fuerte escudo.

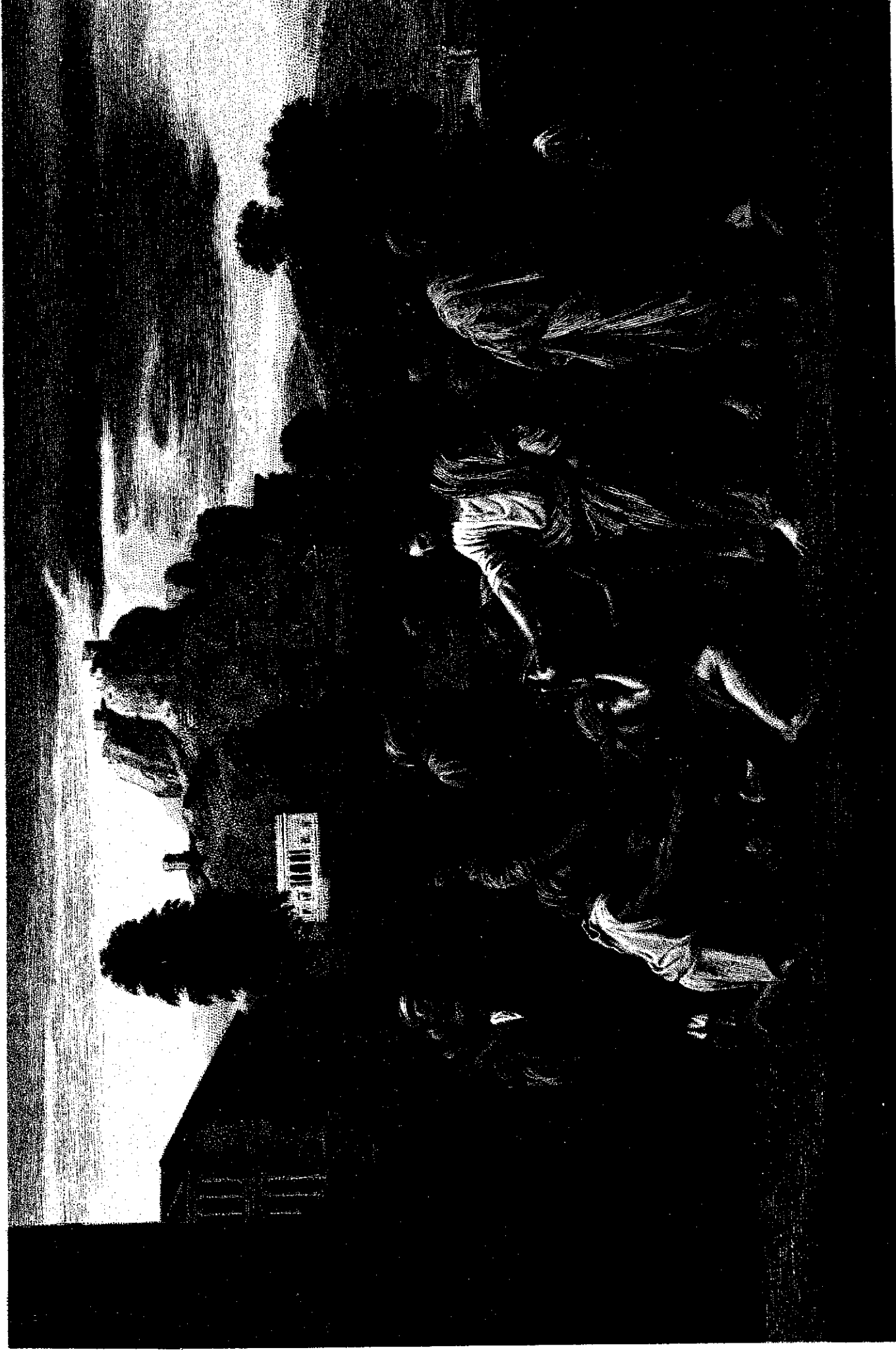
Mientras aquesto pasa, el poderoso  
Hijo de Dios á Heródes preso llega,  
Y alégrase de vello el ambicioso;  
Mas con su inmensa luz se ofusca y ciega:  
Está el Señor callado y valeroso,  
Ni su pro afirma ni su daño niega,  
Y están los fariseos enemigos  
Presentando ante el rey falsos testigos.

Y en vestido de grana refulgente,  
Y cercado de ilustres caballeros,  
Vuelve y revuelve la encrestada frente,  
Ya al buen Jesus, ya á los escribas fieros:  
Atiende y nota de la inícua gente  
Los afectos del alma lisonjeros,  
Lisonjeros á sí, y á Dios atroces  
Las bravas iras y enojadas voces.



POUSSIN

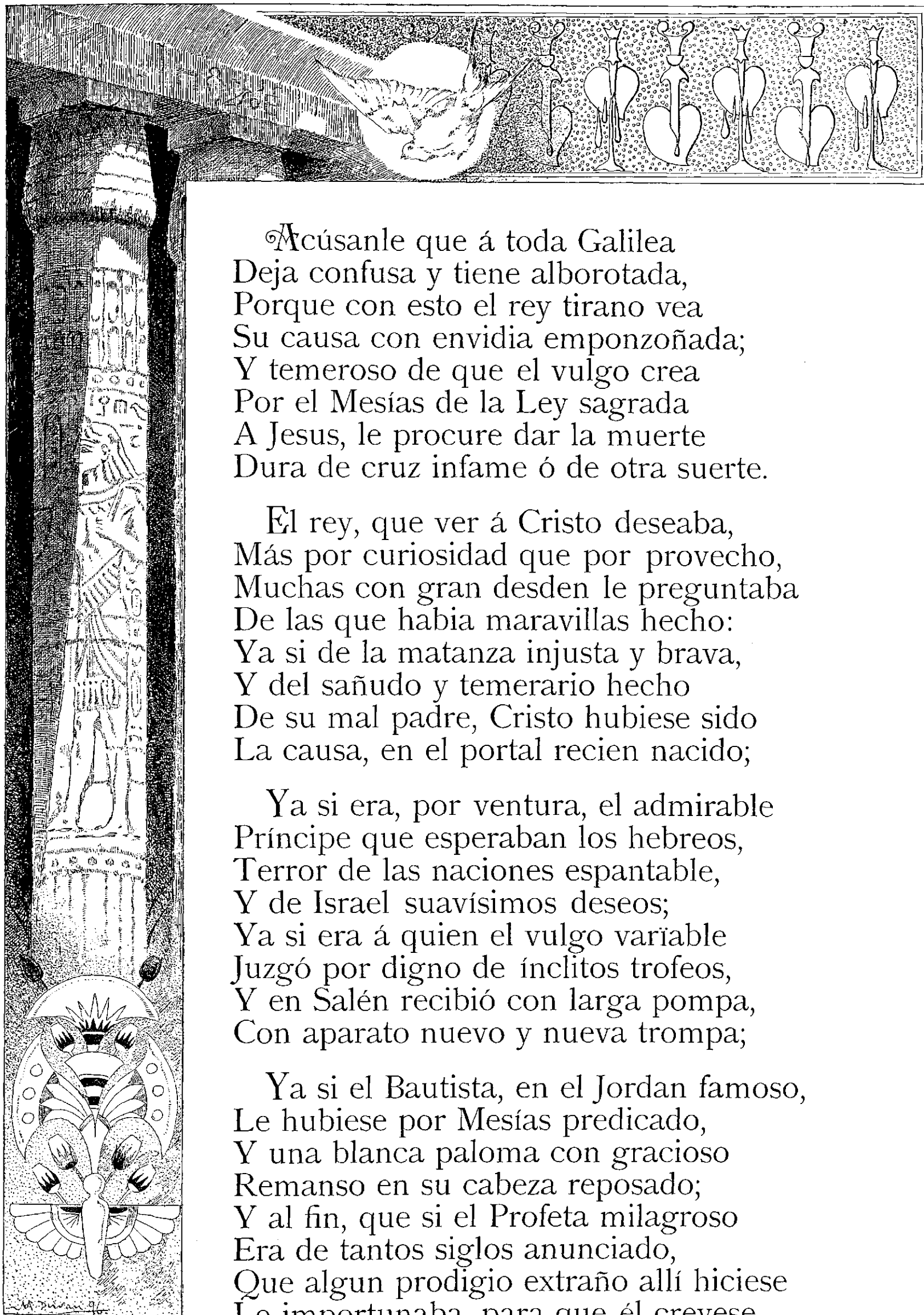
14



A. Nadal lit.

Lit. Aleu.—Barcelona.





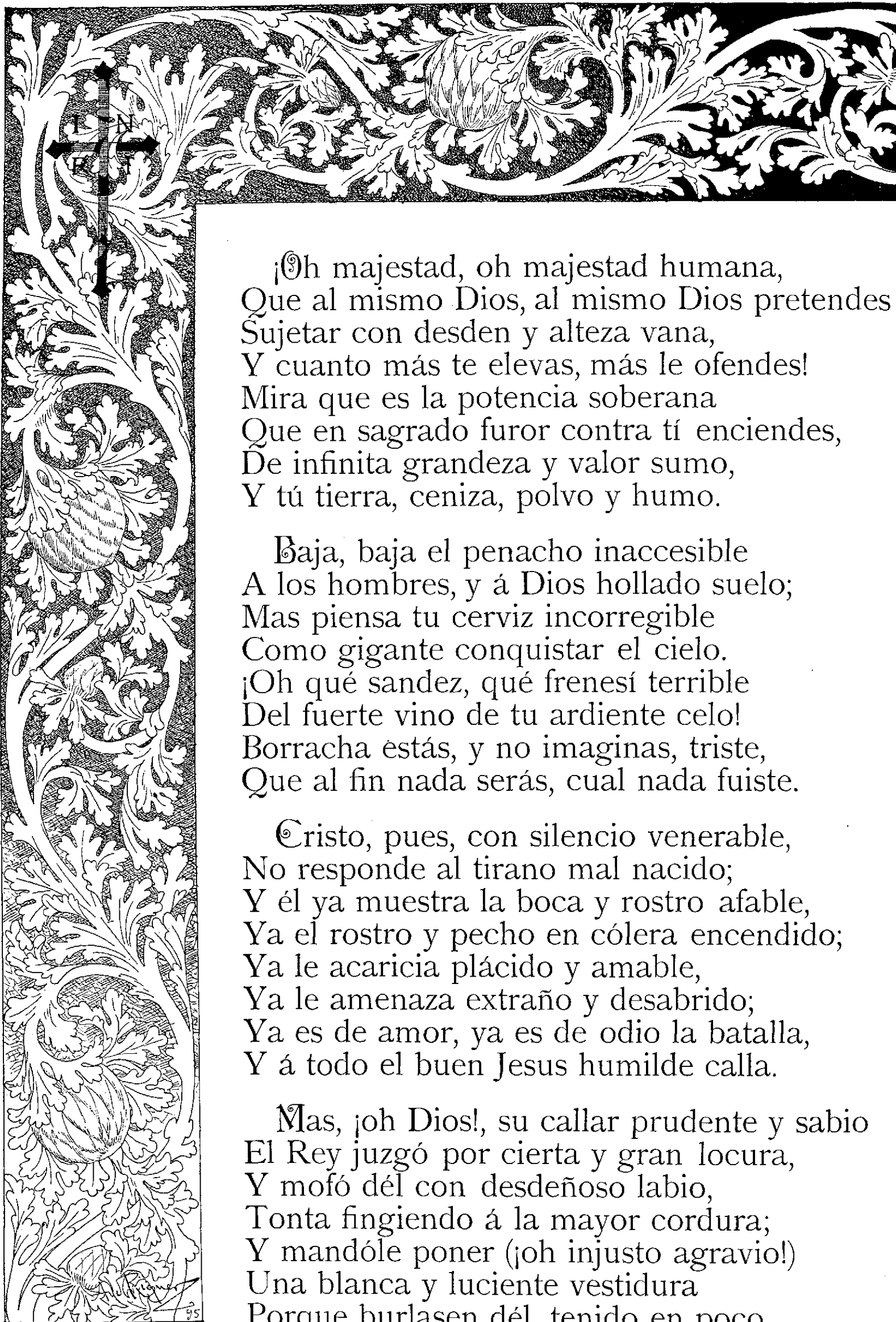
Acúsanle que á toda Galilea  
Deja confusa y tiene alborotada,  
Porque con esto el rey tirano vea  
Su causa con envidia emponzoñada;  
Y temeroso de que el vulgo crea  
Por el Mesías de la Ley sagrada  
A Jesus, le procure dar la muerte  
Dura de cruz infame ó de otra suerte.

El rey, que ver á Cristo deseaba,  
Más por curiosidad que por provecho,  
Muchas con gran desden le preguntaba  
De las que habia maravillas hecho:  
Ya si de la matanza injusta y brava,  
Y del sañudo y temerario hecho  
De su mal padre, Cristo hubiese sido  
La causa, en el portal recien nacido;

Ya si era, por ventura, el admirable  
Príncipe que esperaban los hebreos,  
Terror de las naciones espantable,  
Y de Israel suavísimos deseos;  
Ya si era á quien el vulgo variable  
Juzgó por digno de ínclitos trofeos,  
Y en Salén recibió con larga pompa,  
Con aparato nuevo y nueva trompa;

Ya si el Bautista, en el Jordan famoso,  
Le hubiese por Mesías predicado,  
Y una blanca paloma con gracioso  
Remanso en su cabeza reposado;  
Y al fin, que si el Profeta milagroso  
Era de tantos siglos anunciado,  
Que algun prodigio extraño allí hiciese  
Le importunaba, para que él creyese.



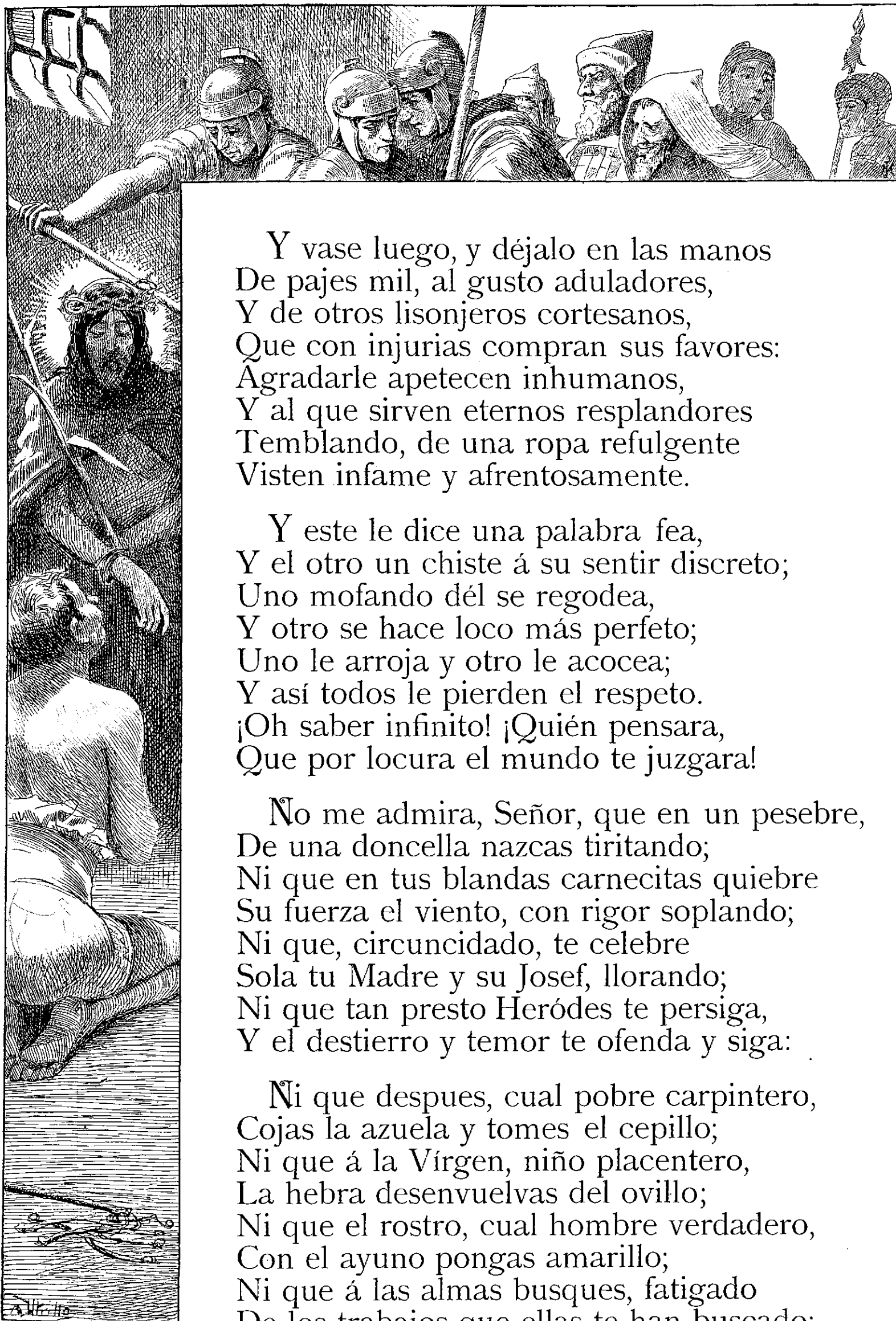


¡Oh majestad, oh majestad humana,  
Que al mismo Dios, al mismo Dios pretendes  
Sujetar con desden y alteza vana,  
Y cuanto más te elevas, más le ofendes!  
Mira que es la potencia soberana  
Que en sagrado furor contra tí enciendes,  
De infinita grandeza y valor sumo,  
Y tú tierra, ceniza, polvo y humo.

Baja, baja el penacho inaccesible  
A los hombres, y á Dios hollado suelo;  
Mas piensa tu cerviz incorregible  
Como gigante conquistar el cielo.  
¡Oh qué sandez, qué frenesí terrible  
Del fuerte vino de tu ardiente celo!  
Borracha estás, y no imaginas, triste,  
Que al fin nada serás, cual nada fuiste.

Crísto, pues, con silencio venerable,  
No responde al tirano mal nacido;  
Y él ya muestra la boca y rostro afable,  
Ya el rostro y pecho en cólera encendido;  
Ya le acaricia plácido y amable,  
Ya le amenaza extraño y desabrido;  
Ya es de amor, ya es de odio la batalla,  
Y á todo el buen Jesus humilde calla.

Mas, ¡oh Dios!, su callar prudente y sabio  
El Rey juzgó por cierta y gran locura,  
Y mofó dél con desdeñoso labio,  
Tonta fingiendo á la mayor cordura;  
Y mandóle poner (¡oh injusto agravio!)  
Una blanca y luciente vestidura  
Porque burlasen dél, tenido en poco,  
Viéndole como rey, pero rey loco.

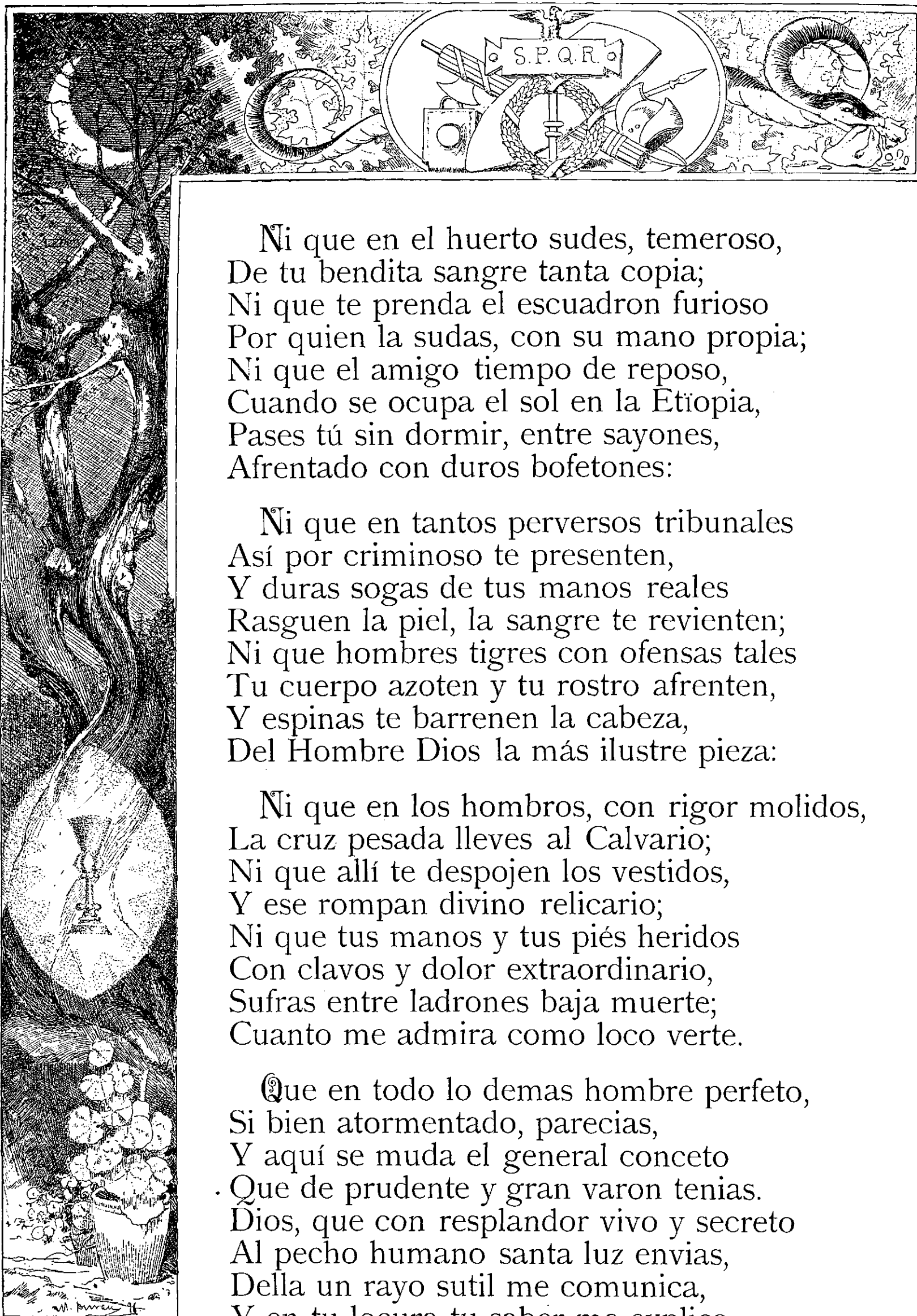


Y vase luego, y déjalo en las manos  
De pajes mil, al gusto aduladores,  
Y de otros lisonjeros cortesanos,  
Que con injurias compran sus favores:  
Agradarle apetecen inhumanos,  
Y al que sirven eternos resplandores  
Temblando, de una ropa refulgente  
Visten infame y afrentosamente.

Y este le dice una palabra fea,  
Y el otro un chiste á su sentir discreto;  
Uno mofando dél se regodea,  
Y otro se hace loco más perfeto;  
Uno le arroja y otro le acocea;  
Y así todos le pierden el respeto.  
¡Oh saber infinito! ¡Quién pensara,  
Que por locura el mundo te juzgara!

No me admira, Señor, que en un pesebre,  
De una doncella nazcas tiritando;  
Ni que en tus blandas carnechas quiebre  
Su fuerza el viento, con rigor soplando;  
Ni que, circuncidado, te celebre  
Sola tu Madre y su Josef, llorando;  
Ni que tan presto Heródes te persiga,  
Y el destierro y temor te ofenda y siga:

Ni que despues, cual pobre carpintero,  
Cojas la azuela y tomes el cepillo;  
Ni que á la Virgen, niño placentero,  
La hebra desenvuelvas del ovillo;  
Ni que el rostro, cual hombre verdadero,  
Con el ayuno pongas amarillo;  
Ni que á las almas busques, fatigado  
De los trabajos que ellas te han buscado:



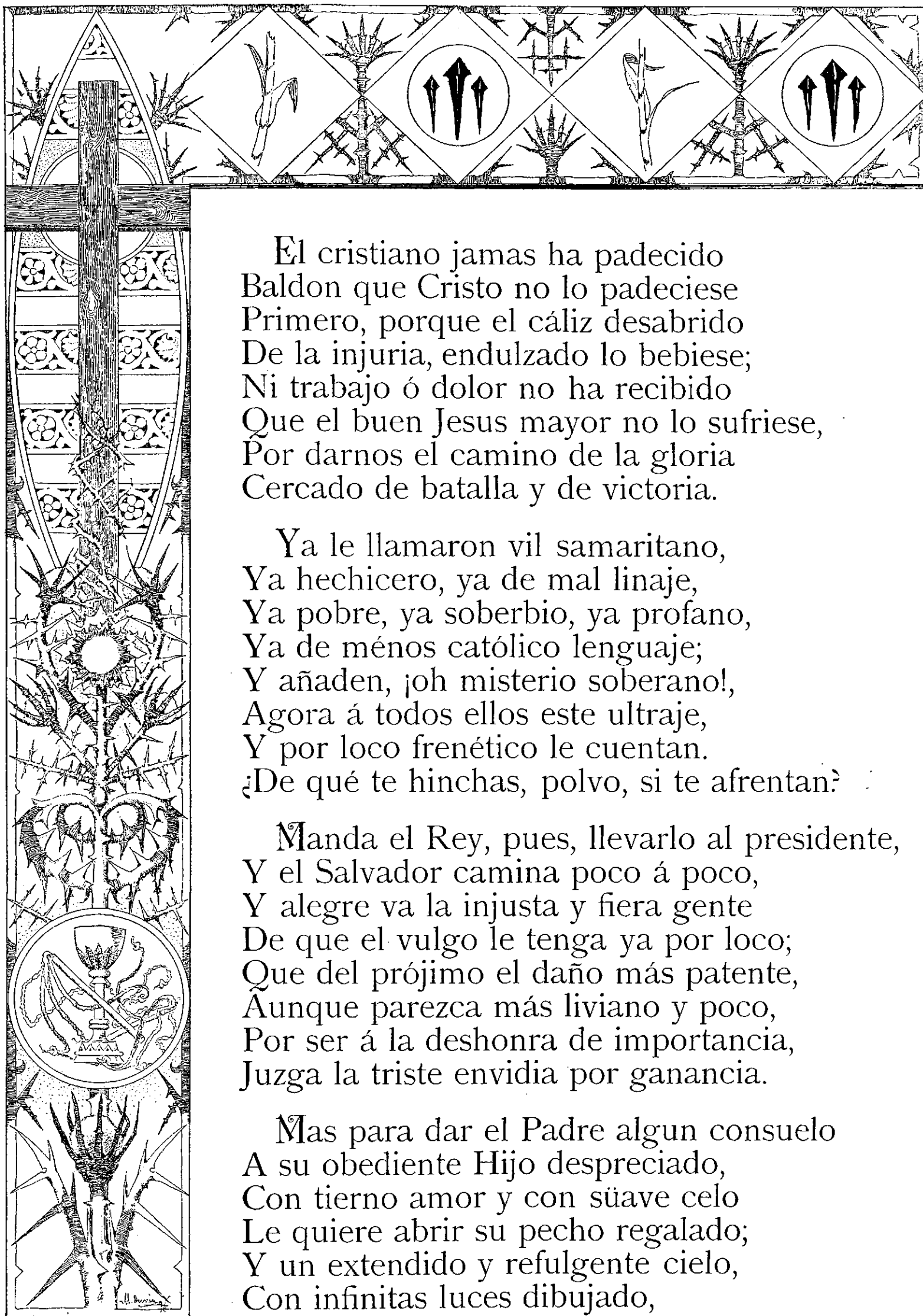
Ni que en el huerto sudes, temeroso,  
De tu bendita sangre tanta copia;  
Ni que te prenda el escuadron furioso  
Por quien la sudas, con su mano propia;  
Ni que el amigo tiempo de reposo,  
Cuando se ocupa el sol en la Etiopia,  
Pases tú sin dormir, entre sayones,  
Afrentado con duros bofetones:

Ni que en tantos perversos tribunales  
Así por criminoso te presenten,  
Y duras sogas de tus manos reales  
Rasguen la piel, la sangre te revienten;  
Ni que hombres tigres con ofensas tales  
Tu cuerpo azoten y tu rostro afrenten,  
Y espinas te barrenen la cabeza,  
Del Hombre Dios la más ilustre pieza:

Ni que en los hombros, con rigor molidos,  
La cruz pesada lleves al Calvario;  
Ni que allí te despojen los vestidos,  
Y ese rompan divino relicario;  
Ni que tus manos y tus piés heridos  
Con clavos y dolor extraordinario,  
Sufras entre ladrones baja muerte;  
Cuanto me admira como loco verte.

Que en todo lo demas hombre perfeto,  
Si bien atormentado, parecias,  
Y aquí se muda el general conceto  
Que de prudente y gran varon tenias.  
Dios, que con resplandor vivo y secreto  
Al pecho humano santa luz envias,  
Della un rayo sutil me comunica,  
Y en tu locura tu saber me explica.





El cristiano jamas ha padecido  
Baldon que Cristo no lo padeciese  
Primero, porque el cáliz desabrido  
De la injuria, endulzado lo bebiese;  
Ni trabajo ó dolor no ha recibido  
Que el buen Jesus mayor no lo sufriese,  
Por darnos el camino de la gloria  
Cercado de batalla y de victoria.

Ya le llamaron vil samaritano,  
Ya hechicero, ya de mal linaje,  
Ya pobre, ya soberbio, ya profano,  
Ya de ménos católico lenguaje;  
Y añaden, ¡oh misterio soberano!,  
Agora á todos ellos este ultraje,  
Y por loco frenético le cuentan.  
¿De qué te hinchas, polvo, si te afrentan?

Manda el Rey, pues, llevarlo al presidente,  
Y el Salvador camina poco á poco,  
Y alegre va la injusta y fiera gente  
De que el vulgo le tenga ya por loco;  
Que del prójimo el daño más patente,  
Aunque parezca más liviano y poco,  
Por ser á la deshonra de importancia,  
Juzga la triste envidia por ganancia.

Mas para dar el Padre algun consuelo  
A su obediente Hijo despreciado,  
Con tierno amor y con süave celo  
Le quiere abrir su pecho regalado;  
Y un extendido y refulgente cielo,  
Con infinitas luces dibujado,  
Que ha merecido Cristo en su paciencia,  
Le muestra, y muestra en él su providencia.

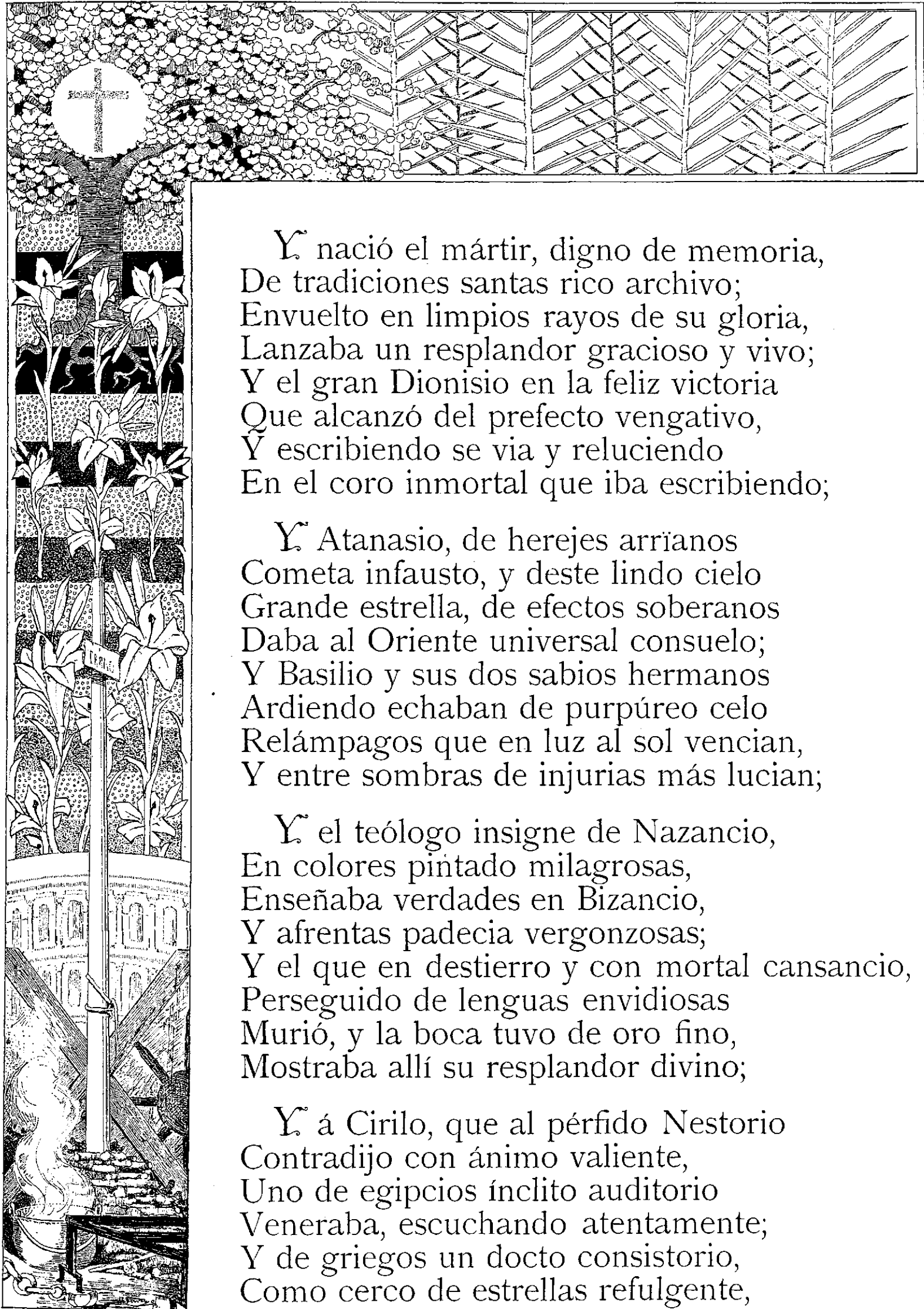


«Y si por loco te desdeña el mundo,  
Le dice, y por mi gloria lo padeces,  
Innumerables, de saber profundo,  
Varones á tu Iglesia le mereces:  
En tus afrentas, como en polos, fundo  
Este cielo, en que ufano resplandeces  
Cual sol divino entre lumbreras bellas,  
Dando luz de doctrina á tus estrellas.

«Levanta, ¡oh Hijo!, pues, tus claros ojos,  
Oscurecidos con tan nueva injuria,  
Y apártalos así de tus enojos,  
Y ve de sabios esta ilustre curia,  
Que son de tu victoria los despojos,  
¡Oh cuerdo vencedor de loca furia!»  
Dijo; y Cristo en su Padre vió formado  
Un cielo intelectivo y estrellado.

Y en él vió sapientísimos maestros,  
Que ilustraron su Iglesia con luz clara,  
En ciencias puros, y en tratarlas diestros,  
De fama generosa y virtud rara;  
Y de la antigua edad y siglos nuestros,  
Cuando se compra la verdad más cara,  
Muchos grandes varones parecian,  
Que aquel místico cielo esclarecian.

Allí estaban los cuatro evangelistas,  
Cual sagrados luceros alumbrando,  
Del sol eterno sabios coronistas,  
Y dél mismo la luz participando;  
Y otros de aquella edad graves salmistas,  
Que, á Dios en dulces versos alabando,  
De Cristo compusieron los cantares  
Que hoy la Iglesia recita en sus altares;



Y nació el mártir, digno de memoria,  
De tradiciones santas rico archivo;  
Envuelto en limpios rayos de su gloria,  
Lanzaba un resplandor gracioso y vivo;  
Y el gran Dionisio en la feliz victoria  
Que alcanzó del prefecto vengativo,  
Y escribiendo se via y reluciendo  
En el coro inmortal que iba escribiendo;

Y Atanasio, de herejes arrianos  
Cometa infausto, y deste lindo cielo  
Grande estrella, de efectos soberanos  
Daba al Oriente universal consuelo;  
Y Basilio y sus dos sabios hermanos  
Ardiendo echaban de purpúreo celo  
Relámpagos que en luz al sol vencian,  
Y entre sombras de injurias más lucian;

Y el teólogo insigne de Nazancio,  
En colores pintado milagrosas,  
Enseñaba verdades en Bizancio,  
Y afrentas padecía vergonzosas;  
Y el que en destierro y con mortal cansancio,  
Perseguido de lenguas envidiosas  
Murió, y la boca tuvo de oro fino,  
Mostraba allí su resplandor divino;

Y á Cirilo, que al pérfido Nestorio  
Contradijo con ánimo valiente,  
Uno de egipcios inclito auditorio  
Veneraba, escuchando atentamente;  
Y de griegos un docto consistorio,  
Como cerco de estrellas refulgente,  
Con claridad perfecta despedia  
Vivos rayos de sacra teología;



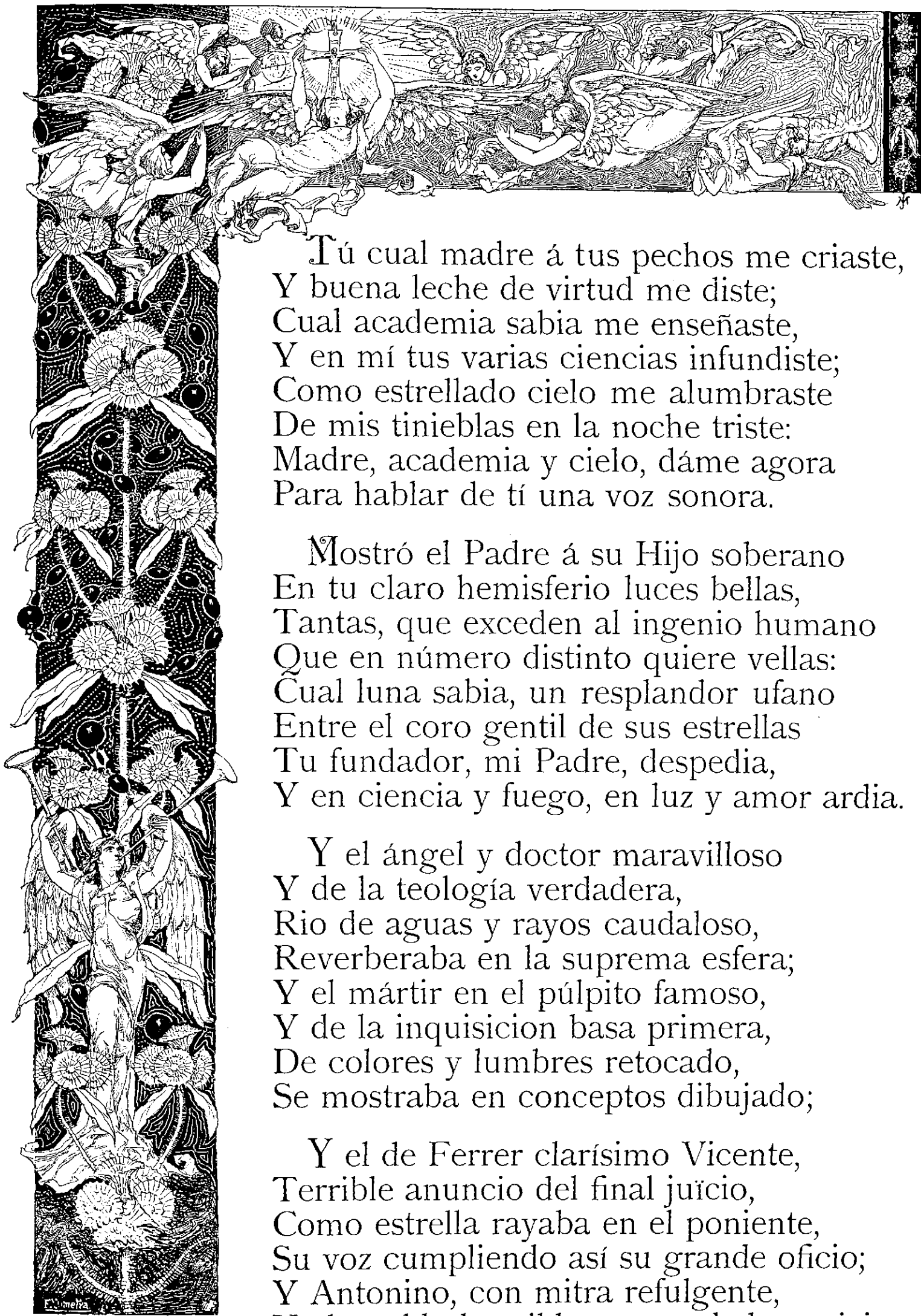


Agustino tambien, inmensa lumbre,  
Gran defensor de la divina gracia,  
En aquella de sabios alta cumbre  
Mostraba su dulzura y eficacia;  
Y con su fuerte y general costumbre,  
El doctor elocuente de Dalmacia  
Que en Belen habitó, contra Pelagio  
Le daba su magnífico sufragio;

Y Ambrosio, padre del valor perfeto,  
Y asombro de tiranos formidable,  
Y á quien Milan guardó sumo respeto,  
En ciencia coruscaba perdurable;  
Y Gregorio, pontífice discreto,  
Sabio, prudente, justo, venerable,  
De patricio linaje y santa vida,  
Con luz centelleaba esclarecida;

Y los de Pedro, dignos sucesores,  
Desde su eterna cátedra invencible,  
De la fe victoriosos protectores  
Con doctrina rayaban infalible;  
Y otros de la verdad claros doctores  
Centellas de un ardor inteligible  
Daban al cielo, con que el suelo ardia,  
Y en caridad, no en fuego, se encendia.

Mas, ¡oh tú, madre de varones sabios,  
Noble academia de sagradas ciencias!,  
Si no es hacer á tu valor agravios  
Y oscurecer tus claras excelencias,  
Desplega, ilustre religion, mis labios,  
Y de tus generosas influencias,  
¡Oh círculo de estrellas rutilante!,  
Dáme, para tu gloria, luz bastante.

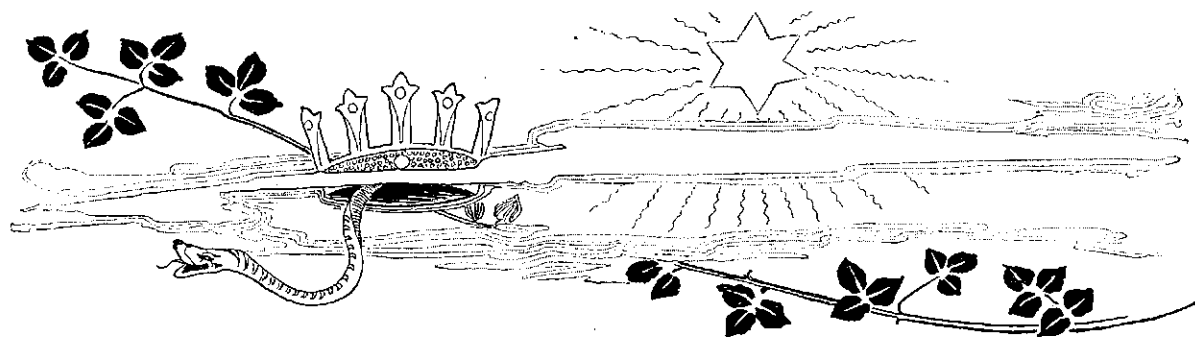
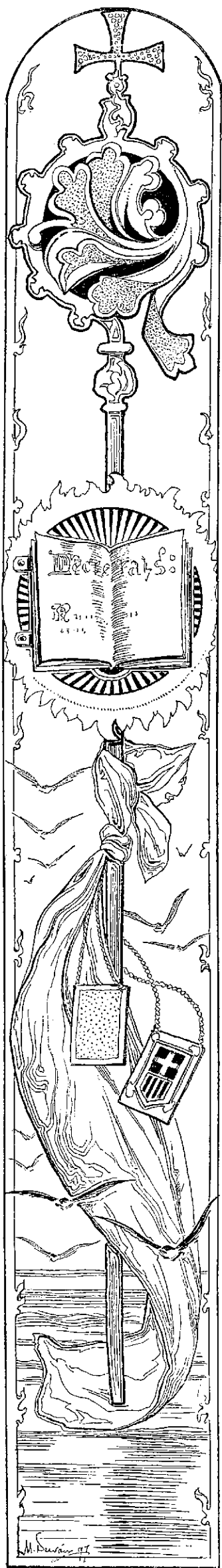


Tú cual madre á tus pechos me criaste,  
Y buena leche de virtud me diste;  
Cual academia sabia me enseñaste,  
Y en mí tus varias ciencias infundiste;  
Como estrellado cielo me alumbraste  
De mis tinieblas en la noche triste:  
Madre, academia y cielo, dáme agora  
Para hablar de tí una voz sonora.

Mostró el Padre á su Hijo soberano  
En tu claro hemisferio luces bellas,  
Tantas, que exceden al ingenio humano  
Que en número distinto quiere vellas:  
Cual luna sabia, un resplandor ufano  
Entre el coro gentil de sus estrellas  
Tu fundador, mi Padre, despedia,  
Y en ciencia y fuego, en luz y amor ardia.

Y el ángel y doctor maravilloso  
Y de la teología verdadera,  
Rio de aguas y rayos caudaloso,  
Reverberaba en la suprema esfera;  
Y el mártir en el púlpito famoso,  
Y de la inquisicion basa primera,  
De colores y lumbres retocado,  
Se mostraba en conceptos dibujado;

Y el de Ferrer clarísimo Vicente,  
Terrible anuncio del final juicio,  
Como estrella rayaba en el poniente,  
Su voz cumpliendo así su grande oficio;  
Y Antonino, con mitra refulgente,  
Y al pueblo humilde con verdad propicio,  
En la cátedra insigne de Florencia  
Lucia en vida y coruscaba en ciencia;



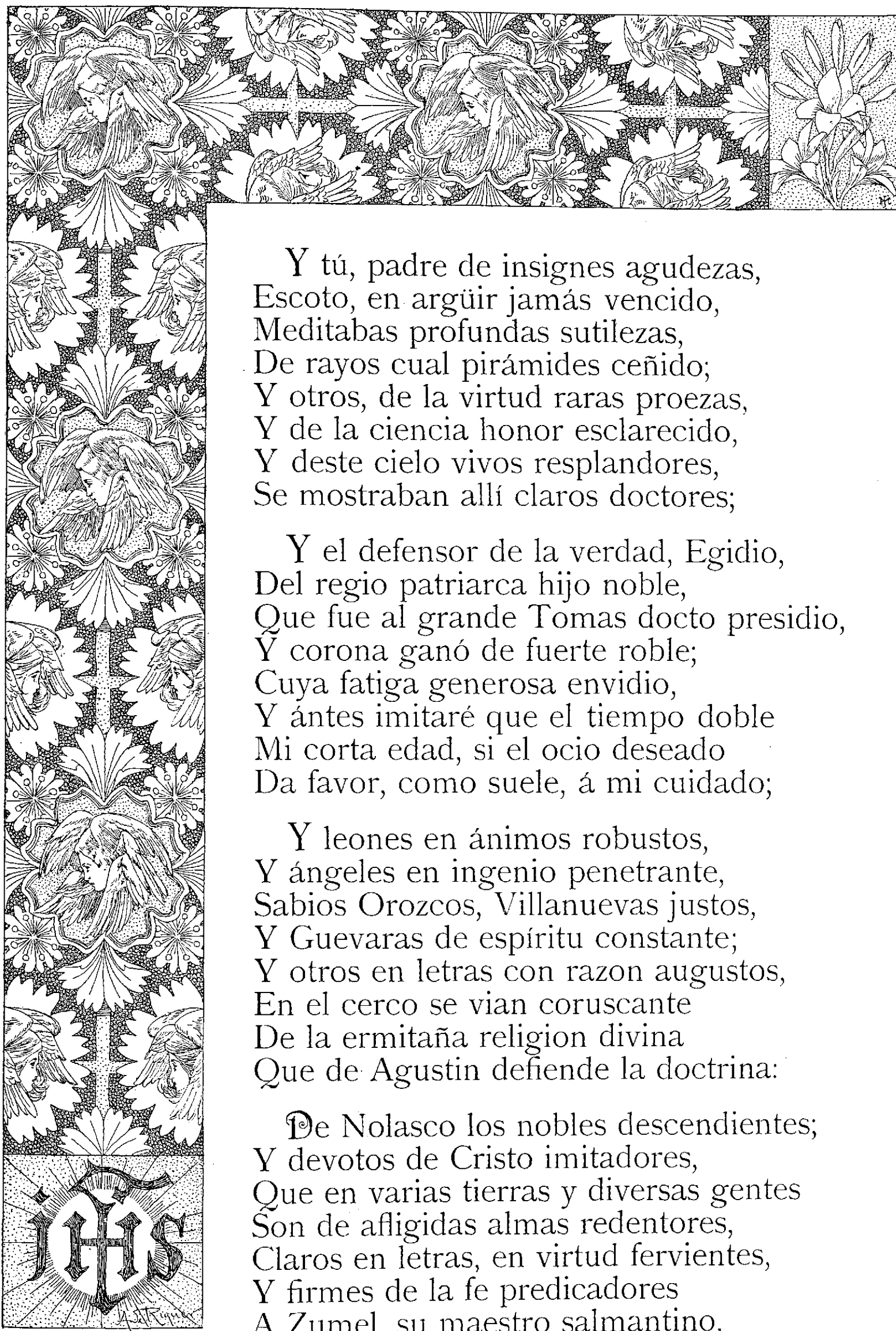
Y el apacible en santidad Jacinto  
Apóstol incansable de Polonia,  
Con claro azul y resplandor distinto  
Alumbraba á la oscura Babilonia;  
Y entre los grandes que en tu cielo pinto,  
Alberto, grandecano de Colonia,  
Favorecido de la Reina ilustre  
Que es de Dios madre, al mundo daba lustre.

Y el alma de las leyes decretales,  
Raimundo, espanto y honra de los reyes,  
De la gloria mostraba los umbrales  
Con sus rayos de luz y santas leyes;  
Y Catalina, cuyas huellas reales  
Devotas mil y religiosas greyes  
Iban siguiendo en obras y doctrina,  
Ciencia brotaba infusa y peregrina.

Mas ¿quién podrá contar, ¡oh Madre santa!,  
De aquellos tus varones generosos  
La copia inmensa, que entendida espanta,  
Y á los astros excede numerosos?  
De tantos sabios muchedumbre tanta  
Los conceptos deslumbra más lustrosos:  
Déjolos de nombrar; que es vano intento  
Las estrellas contar del firmamento.

Tambien el padre y serafin alado  
Y encendido en feliz y eterna llama,  
Con su grave academia estaba honrado  
De hijos dignos de perpétua fama;  
De la Buenaventura acompañado  
(Así el doctor seráfico se llama),  
Que amores con sus manos escribía,  
Y escribiendo, á su escuela arder hacia;



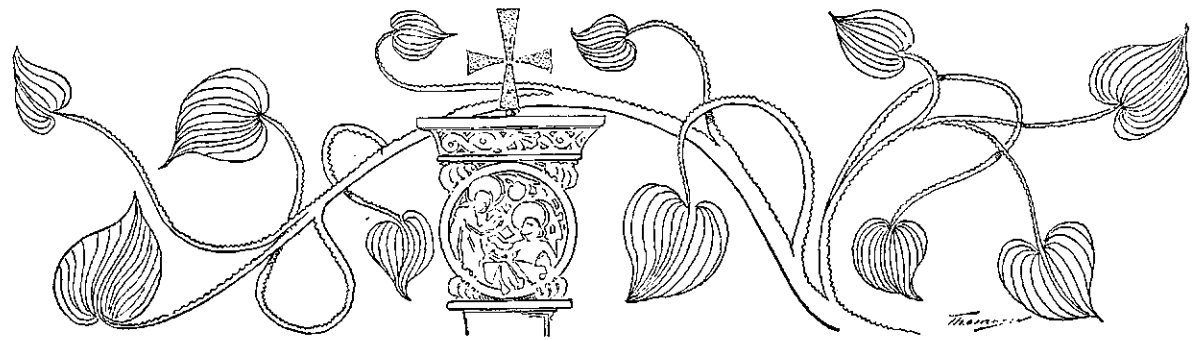
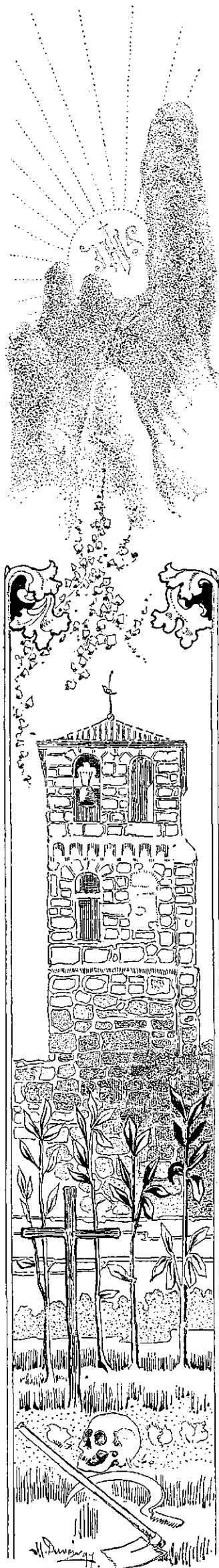


Y tú, padre de insignes agudezas,  
Escoto, en argüir jamás vencido,  
Meditabas profundas sutilezas,  
De rayos cual pirámides ceñido;  
Y otros, de la virtud raras proezas,  
Y de la ciencia honor esclarecido,  
Y deste cielo vivos resplandores,  
Se mostraban allí claros doctores;

Y el defensor de la verdad, Egidio,  
Del regio patriarca hijo noble,  
Que fue al grande Tomas docto presidio,  
Y corona ganó de fuerte roble;  
Cuya fatiga generosa envidio,  
Y ántes imitaré que el tiempo doble  
Mi corta edad, si el ocio deseado  
Da favor, como suele, á mi cuidado;

Y leones en ánimos robustos,  
Y ángeles en ingenio penetrante,  
Sabios Orozcos, Villanuevas justos,  
Y Guevaras de espíritu constante;  
Y otros en letras con razon augustos,  
En el cerco se vian coruscante  
De la ermitaña religion divina  
Que de Agustin defiende la doctrina:

De Nolasco los nobles descendientes;  
Y devotos de Cristo imitadores,  
Que en varias tierras y diversas gentes  
Son de afligidas almas redentores,  
Claros en letras, en virtud fervientes,  
Y firmes de la fe predicadores  
A Zumel, su maestro salmantino,  
Doctos cercaban con aplauso dino;



Y la gran religion de muchos sabios  
Que tiene de Jesus el dulce nombre,  
Contra los que á la fe hacen agravios  
Eternizaba su inmortal renombre;  
Hoy con mil lenguas habla y con mil labios,  
Porque della el saber mismo se asombre;  
Y dibujada allí tambien se via  
La juventud criando afable y pia:

Finalmente, varones infinitos,  
Deste cielo gentil süaves astros,  
Cartujos y bernardos y benitos  
Dejaban de su honor lucidos rastros;  
Y en lenguas dulces, tersos en escritos  
Más que limpios y bellos alabastros,  
Con ciencia y con piedad la Iglesia honraban,  
Y con su luz allí lo declaraban.

Iba, pues, Cristo viéndolos atento,  
De su virtud y letras agradado,  
Y padecia su dolor contento,  
Por verse de sus lumbres rodeado;  
Y con este subido pensamiento,  
Si bien sensible, en éxtasi elevado,  
Al palacio llegó del presidente,  
A quien le presentaron nuevamente.

